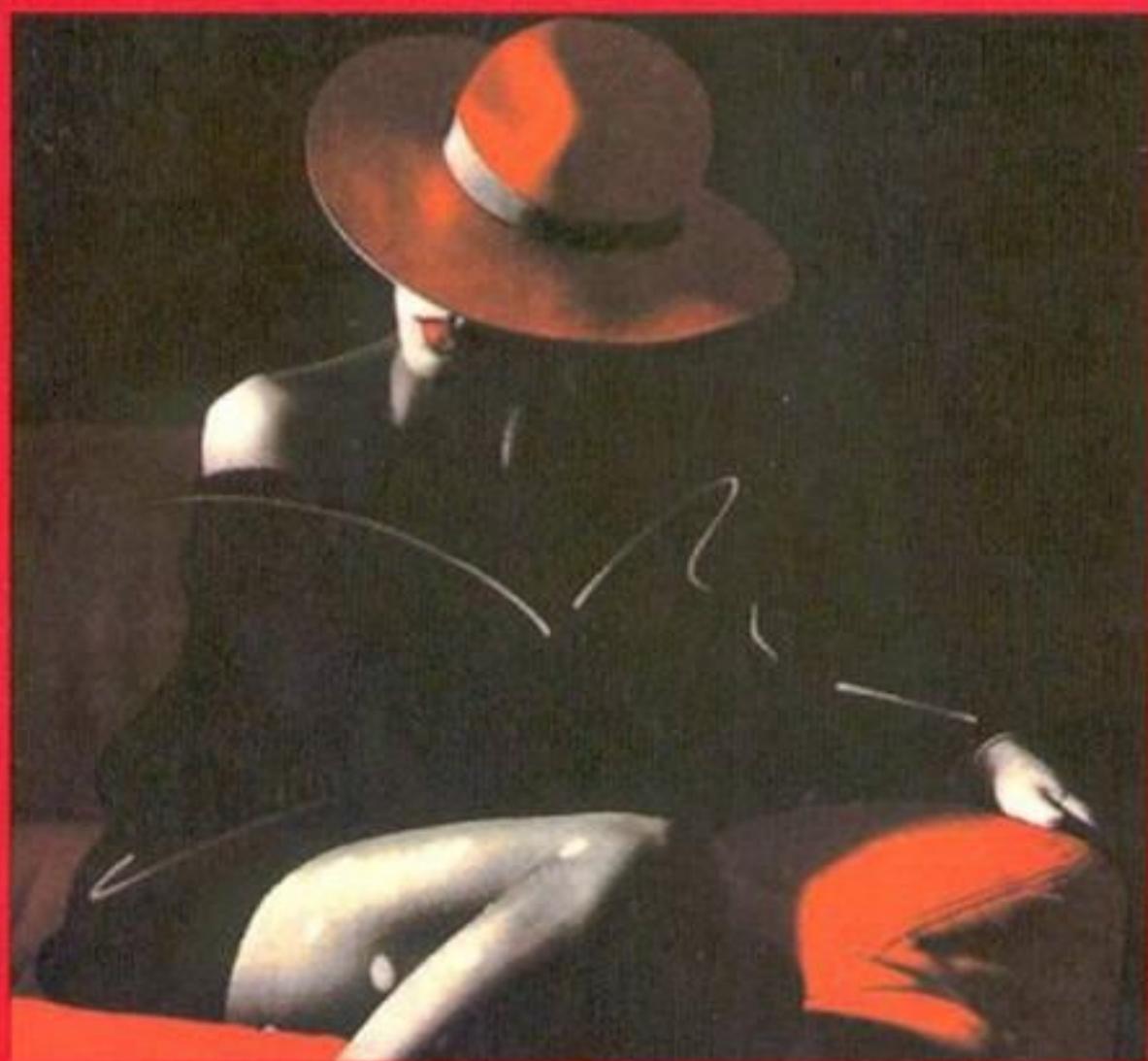


# Martin Amis

## Dinero



Lectulandia

Martin Amis, con esta magistral y divertidísima novela, ha logrado esta vez crear un personaje antológico, John Self, y recrear como nadie dos ciudades centrales del fin de siglo, Londres y Nueva York. El inefable antihéroe John Self es hombre de numerosas adicciones: bebida, tabaco, fast food, pornografía, todo lo cual consume en cantidades industriales. Pero su principal droga es el dinero, única forma de cultura que conoce. Sostenida con un ritmo trepidante en el brillante monólogo de su protagonista, «Dinero» es un magnífico e hilarante retrato de uno de los tipos más peculiares que haya producido la humanidad en este fin de siglo: un hombre hecho a sí mismo que, pese a triunfar en su vida profesional, y aunque se consiente todos sus caprichos, carece de un sistema que le permita comprender el mundo en que vive y, consciente de que es así, acaba siendo víctima de su dramática y desolada situación.

**Lectulandia**

Martin Amis

# **Dinero**

**Carta de un suicida**

ePub r1.2

juanc 14.07.14

Título original: *Money. A suicide note*

Martin Amis, 1984

Traducción: Enrique Murillo

Diseño de cubierta: Ángel Jové

Editor digital: juancc

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Antonia

*Esto es la carta de un suicida. Cuando hayan terminado ustedes de leerla (y esta clase de cartas hay que leerlas despacio, centrandó la atención en las claves, en los detalles delatores), John Self<sup>[1]</sup> habrá dejado de existir. En cualquier caso, la idea es ésa. Pero con las cartas de los suicidas nunca sabe uno a qué atenerse, ¿no es cierto? Si consideramos todo el conjunto de la vida planetaria, hay más cartas suicidas que suicidas. En este sentido son como los poemas: casi todo el mundo intenta alguna vez escribir una carta de suicida, tanto si tiene talento para escribirla como si carece de él. Todos nosotros las escribimos mentalmente. Por lo general, lo que importa es la carta. La terminamos, y luego continuamos nuestro viaje a través del tiempo. Lo que queda suspendido no es la vida, sino la carta. O al revés: la muerte. Pero con las cartas de los suicidas nunca sabe uno a qué atenerse, ¿no es cierto?*

*¿A quién está dirigida la carta? ¿A Martina, a Fielding a Vera, a Alec, a Selina, a Barry..., a John Self? No. Está dirigida a ustedes, los que están ahí afuera, queridos, amables lectores.*

M. A.  
Londres, septiembre, 1981

# I

Cuando mi taxi salió del FDR Drive, a la altura de las primeras Hundred, un Tomahawk con la suspensión baja, rebosante de jóvenes negros, salió como un tiburón de una calle lateral y se cruzó justo por delante mismo de nuestra proa. Nosotros nos escoramos, y nos dimos contra un repliegue o arruga afilada: acompañado de un estampido semejante al disparo de un rifle, el techo del taxi se hundió y me dio en plena cabeza. En realidad no me hacía falta nada de eso, se lo aseguro, porque de todos modos la cabeza y la cara, la espalda y el corazón, ya me dolían constantemente, y porque aún estaba borracho y enloquecido y desesperado tras el viaje en avión.

—Joder —dije.

—Eso —dijo el taxista desde el otro lado del tronchado plástico de separación—. Su puta madre.

Mi taxista era cuarentón, flaco, más bien calvo. El poco pelo que le quedaba le caía, largo y húmedo, sobre el cuello y los hombros. No otra cosa son, para el pasajero, todos los taxistas de ciudad: cuellos locos, pelambres locas. Este cuello loco estaba explosivamente picado de granos y pecas, y poseía un resto de virulencia adolescente en el vivo bermellón de las orejas. Se quedó tumbado en su rincón, con las manos inertes sobre el volante.

—Bastarían unos cien tíos, cien tíos como yo —dijo, disparando su voz hacia atrás—, para echar de esta ciudad a todos los negratos y demás gamberros.

Yo le escuchaba, desde mi asiento. Debido a esa reciente enfermedad a la que ha bautizado con el nombre de tinnitus,<sup>[2]</sup> desde hace unas semanas mis oídos oyen cosas, cosas no estrictamente auditivas. Despegues de reactores, roturas de cristales, hielo machacado. Ocurre casi siempre por la mañana, pero también a otras horas. Me ha ocurrido, por ejemplo, en el avión, o eso creo.

—¿Cómo? —grité—. ¿Cien tíos? No son muchos.

—Podríamos lograrlo. Provistos de los tiros adecuados, lo lograríamos.

—¿Tiros?

—Sí, tiros. Automáticos. Del cincuenta y seis.

Me recosté en el respaldo y me froté la cabeza. Me había pasado dos horas de Inmigración, maldita sea. Soy un antígeno para las colas. Ya saben cómo va la cosa. Jojojo, pienso cuando, a empujones y codazos, me coloco al final de la cola más corta. Pero la cola más corta es la más corta de las colas debido a un interesante motivo. Todos los que están delante de mí son venusinos, pterodáctilos, hombres y mujeres procedentes de un flujo temporal alternativo. Todos y cada uno de ellos han de ser viviseccionados e inspeccionados por el nada sonriente monstruo de ciento veinte kilos que aguarda en su cubículo iluminado.

—¿Negocios o placer? —me preguntó finalmente ese tipo.

—Espero que sólo negocios —le dije, y hablaba en serio.

Con los negocios no suelo tener problemas. Es el placer lo que me mete en todos estos carísimos líos... Después, media hora en la aduana, y otra media hasta que tomé este taxi; sí, y luego todo ese serpentear demencial, todos esos regateos del taxi por las calles. He conducido por Nueva York. Cinco manzanas bastan para dejarte reducido al llanto y la náusea, de tanta barbarie. De modo que, ¿qué pasa con la pandilla de mamones que se ganan la vida conduciendo taxis? Que lo pruebe el que se atreva.

—¿Y por qué tendrían que hacer ustedes una cosa así? —le dije.

—¿Eh?

—Lo de matar a todos los negratos y demás gamberros.

—Porque creen que todos los taxistas —dijo, y alzó una mano destrozada del volante— somos unos mierdas.

Suspiré y me incliné hacia adelante.

—¿Sabe una cosa? —le dije—. Es usted un mierda. Hasta ahora pensaba que eso no era más que una palabrota. Usted es el primer auténtico mierda con el que he tropezado.

Nos enfrentamos. Alzándose en su asiento, el taxista se volvió poco a poco hacia mí. Tenía la cara mucho más horrible, sabrosa, mucho más útil de cuanto hubiera podido imaginarme: una cara de percebe, algo femenina, con ojos brillantes y labios gazmoños, como si hubiese otra cara, la cara real, debajo de esa máscara de piel.

—Vale, tío. Bájese del taxi. ¡He dicho que se baje del jodido taxi!

—Bueno, bueno —dije, empujando la maleta a través del asiento.

—Veintidós dólares —dijo él—. Lo que marca el taxímetro.

—No pienso darle ni cinco —dije—. So mierda.

Sin variar el ángulo de su mirada, metió la mano bajo el salpicadero y tiró de una palanca especial. Las cuatro puertas quedaron cerradas con un ruido de metal engrasado.

—Óigame bien, cacho cabrón —comenzó—. Estamos en el cruce de la Noventa y nueve y la Segunda. El dinero. Deme el dinero.

Dijo que me llevaría veinte manzanas más allá y que me echaría de un puntapié, en medio de la negrada. Dijo que para cuando los negros acabaran conmigo, yo habría quedado reducido a un montón de pelo y dientes.

Llevaba algunos billetes de mi último viaje. Le di uno de veinte dólares a través del plástico roto. El taxista liberó las puertas y salí. No había nada más que decir.

\*\*\*

De modo que ahora me encuentro aquí, con mi maleta, golpeado por la luz, en una isla de lluvia. A mi espalda hay una tremenda masa de agua, y el corsé industrial del FDR Drive... Ya deben de ser cerca de las ocho, pero el sollozante aliento del día esconde aún su brillo, un brillo de cloaca, muy desdichado: con lluvia y goteras. Al otro lado de la sucia calle, tres críos negros haraganean en el portal de una tienda de bebidas alcohólicas. Pero yo soy mayor, fuerte, una madre temible, y los críos parecen estar demasiado deprimidos para venir a buscarme las cosquillas. Desafiante, echó un buen trago de mi whisky libre de impuestos. Y eso que hace horas que fue medianoche, mi límite para la bebida. Dios, cómo detesto esta película. Y eso que apenas está empezando.

Busqué un taxi, pero no se presentó ninguno. Me encontraba en la Primera; no, en la Segunda, la Primera está en la parte alta de la ciudad. Todos los taxis debían de estar desviándose hacia el otro lado, para tomar la Segunda y Lexington. Llevo medio minuto en Nueva York y ya empiezo a caminar, el largo recorrido por la Noventa y nueve hacia abajo.

Hace un mes no hubiera hecho una cosa así. Entonces no lo hubiera hecho. Entonces trataba de eludir los líos. Ahora, sólo espero. Las cosas me sobrevienen. En serio. Aparecen y ocurren. Me quedo mirando, esperando... Dicen que la inflación está limpiando la ciudad. La gente de pasta se está arremangando la camisa y barriendo la inmundicia. Pero aquí siguen pasando cosas. Bajas del avión, miras a tu alrededor, aspiras profundamente..., y cuando vuelves en ti te encuentras en calzoncillos, en algún lugar al sur del Soho, o en una camilla con bandeja de plata y una chapa en el pecho y un tipo que te dice, Buenos días, caballero. Qué tal se encuentra hoy. Serán quince mil dólares... Aquí siguen ocurriendo cosas, y alguna cosa espera a que yo llegue para ocurrirme. Lo sé. Recientemente, mi vida es como un chiste de los que te hielan la sangre. Recientemente, mi vida ha comenzado a adquirir *forma*. Hay algo que me espera. Yo espero. Pronto, esa cosa dejará de esperar, el día menos pensado. Pueden ocurrir cosas espantosas en cualquier momento. Esto es lo más espantoso.

El miedo pisa fuerte en este planeta. El miedo manda y ordena y domina. El miedo nos tiene bien cogidos a todos los que vivimos aquí abajo. Es cierto, tío. Tía,

no te engañes a ti misma... Cualquiera día avanzaré un paso y me daré de bruces contra el miedo. Y pienso seguir andando. Alguien tiene que hacerlo. Seguiré andando y diré. *Vale ya, joder. Esto se acabó. Llevas demasiado tiempo empujándonos a todos. Te has tropezado con un tipo que no traga. Se acabó. Aparta.* Los matones, según he oído decir, son en el fondo unos cobardes. El miedo es un matón, pero algo me dice que el miedo no es ningún cagado. El miedo, me temo, es en realidad increíblemente valiente. El miedo me llevará hasta la puerta, me empujará a un callejón, entre vacías cajas de embalaje y cubos de basura, y me enseñará quién manda aquí... Quizá pierda un par de dientes, no sé, o tal vez me rompa el brazo, ¡o me dejará un ojo jodido! El miedo podría ponerse como un loco furioso, son cosas que he visto ocurrir, convertirse en destrucción pura para la que nada importa. Quizá yo necesite algún apoyo, alguna herramienta, algún ecualizador. Pensándolo bien, quizá será mejor que deje al miedo en paz. Puestos a pelear, soy valiente o implacable o indiferente o injusto. Pero el miedo me asusta de verdad. Pelea como nadie, y de todos modos estoy muy asustado.

Caminé una manzana en dirección oeste, luego torcí hacia el sur. En la Noventa y nueve paré a un taxi que estaba detenido junto al semáforo. Abrí la puerta y metí la maleta dentro. El taxista se volvió: nuestras miradas se encontraron, horrible.

—Al Ashbery —le dije, por segunda vez—. En la Cuarenta y cinco.

Me llevó al hotel. Le di al tipo los dos dólares que le debía, y dos más. El dinero cambió de manos de manera elocuente.

—Gracias, amigo —dijo él.

—De nada —dije—. Gracias *a usted*.

\*\*\*

Estoy sentado en la cama de mi habitación del hotel. La habitación está bien, muy bien. Ni una queja, en absoluto. Vale más de lo que cuesta.

El dolor de mi cara se ha partido en dos, pero duele lo mismo que antes. Ahora me ha salido una hinchazón inequívoca en la mandíbula, en mi Upper West Side. Se trata de un jodido absceso o algo parecido, quizá algún rollo del nervio o un truco de la encía. Qué leches, supongo que tendré que ir al dentista. Que mi dentista se prepare para un buen susto. Está condenada dentadura, esta dentadura inglesa es, digo yo, tan buena como la del cadáver norteamericano medio. En fin, eso es al menos lo que me va a costar. Aquí hay que largar mucha pasta por todo, como decía antes. Tienes que decirte, antes de venir, que el cielo es el límite. La gente de la calle, toda la panda de extras y actores de reparto, cobran lo suyo para seguir ahí. Las ambulancias de esta ciudad también llevan taxímetro, relojes que marcan la cuenta: así es la ciudad en donde me he metido. Me fijo en otro dolor que acaba de abrir la tienda en las colinas

de mis ojos. Hola, muy buenas.

Bebo whisky libre de impuestos en el vaso de la dentadura postiza, y mantengo el oído atento, por si oigo cosas. Lo peor son las mañanas. Esta mañana ha sido la peor de la historia. He oído fugas de ordenadores, jam sessions japonesas, dubiduás. ¿Qué se propone mi cabeza? Ojalá supiera qué planes trama para mí. Quiero telefonar a Selina ahora mismo y darle un pedazo de lo que pienso. Allí son la una de la madrugada. Pero aquí también son la una de la madrugada, al menos en mi cabeza. Y Selina, tal como tengo la cabeza, sería justo el contrincante adecuado... Ahora he de enfrentarme a una nueva noche. No quiero tener que enfrentarme a una nueva noche. Ya he tenido que hacerlo una vez, en Inglaterra y en el avión. No me hace ninguna falta otra noche. Alec Llewellyn me debe dinero. Selina Street me debe dinero. Barry Self me debe dinero. Compruebo que, afuera, la noche ha caído rápidamente. Bien, tranquilo. Las luces, ahí arriba, en el cielo nublado, no parece que estén fijas ni sean estables.

Refrescado después de un breve apagón, me puse en pie y fui al otro cuarto. El espejo me miró, sin dejarse impresionar en absoluto, mientras yo llevaba a cabo toda una serie de replanteamientos mentales bajo la luz brillante del baño desprovisto de ventanas. Me lavé los dientes, me peiné el felpudo, me recorté las uñas, me froté los ojos, hice gárgaras, me duché, me afeité y me cambié de ropa, y pese a todo seguí teniendo un aspecto fatal. Joder, qué gordo estoy últimamente. Lo juro, cuando voy a la bañera o el váter, me escandalizo de mí mismo. Me desplomo sobre la taza como un pedazo de cañería, como el serpentín de la caldera de un maltrecho vagabundo. ¿Cómo ha ocurrido? No puede ser sólo por todo el alcohol y la porquería de comida rápida que he ingerido. No, seguro que hace tiempo me marcaron para que acabara así. Papá no está gordo. Mi madre tampoco lo estaba. ¿Qué pasa aquí? ¿Se resuelve este problema con dinero? Necesito que me reparen y arreglen todo el cuerpo, que me lo cambien. Mi cuerpo necesita una inyección de capital. Con la máxima urgencia.

Selina, mi Selina, Selina Street... Hoy ha habido alguien. Alguien me ha contado hoy uno de sus horribles secretos. Todavía no quiero comentarlo. Lo contaré luego. Antes de hacerlo quiero salir, beber un poco más y cansarme muchísimo más.

\*\*\*

Las puertas batientes se separaron y entré tambaleándome en los brillos y maderas del vestíbulo. Impasibles, como soldados en sus trincheras, unos cuantos hombres permanecieron en sus puestos.

Dejé de un palmetazo la llave en el mostrador, y saludé con la cabeza. Iba tan cocido que me sentía incapaz de averiguar si ellos podían ver lo cocido que iba. ¿Les

daba igual? Yo iba tan cocido que me daba igual. Avancé hacia la salida con zancadas perrunas y hombros encorvados.

—¿Mr. Self?

—Yo soy —dije—. Diga.

—Verá. Han llamado esta tarde preguntando por usted, ¿Caduta Massi? ¿Es posible que sea Caduta Massi, la...?

—Esa es. ¿Ha dejado algún recado?

—No, señor. Ninguno.

—Bien. Gracias.

—Mmhm.

De modo que me encaminé hacia el sur, por Broadway. ¿A qué viene esa mierda de *mmhm*? Anduve a grandes zancadas por entre duendes comehombres de aliento subterráneo. Oí el mellado aullido de las sirenas, los silbatos de ciclistas y patinadores, gocarters y windsurfers. Vi el amontonamiento de coches y taxis, empujándose con sus claxons. Noté toda la reserva, la democracia, la cursiva, que flotaban en el aire. Son gente decidida a ser ella misma, pase lo que pase, aunque dé vergüenza. Expulsado de la cola de apresurados y vagos, de mirones y haraganes, un altísimo rubio despampanante se debatía al borde de la acera, denunciando el tránsito. Tenía el pelo de ese color amarillo especialmente enloquecido que recuerda a las tortillas, un felpudo de tortilla. Mientras boxeaba con su propia sombra, balbucía cosas contra no sé qué fraude, no sé qué traición o redundancia o desahucio.

—¡Ese dinero es mío y lo quiero ahora! —gritaba—. ¡Quiero mi dinero y lo quiero ahora mismo!

Esta ciudad está llena de tipos de esos, tíos y tías que gritan y rezongan y se quejan de su mala suerte, todas las horas del día y de la noche. Leí en no sé qué revista que son enfermos crónicos salidos de los manicomios municipales. Les echaron a la calle hace diez años, cuando comenzaron a flaquear las finanzas del ayuntamiento... Ahora viene un buen chiste, un chiste mundial, que suena a dinero. Un árabe se cierra la bragueta en el corral de las ovejas, deja que su mirada satisfecha recorra el desierto, y dice: «Eh, Basim, busquemos petróleo». Al cabo de diez años un blanco altísimo y rubio agita los brazos en Broadway, ante las miradas de todo el mundo.

Vi un bar topless en la Cuarenta y cuatro. ¿Han entrado ustedes alguna vez en uno de esos antros? Siempre supuse que serían algo así como un club de estudiantes pijos servido por camareras semidesnudas. Pues no lo son. No hay más que un puñado de nenas en bragas que bailan en una rampa situada detrás de la barra: tú te sientas y te tomas tus copas, y ellas, por su cuenta, menean el culo. Pedí los whiskies en serio, a tres dólares y medio la ronda, e hice enjuagues con el líquido por mi Upper West Side. También me apliqué el vaso frío a mi dolorida mejilla. Ayuda, o lo parece.

Resulta un consuelo.

Había tres chicas trabajando en la rampa, separadas, con un espejo detrás de ellas. La chica que bailaba en plan topless para mi recreo, y para el de la figura mojigata y hermafrodítica que estaba sentada un par de taburetes más allá, a mi derecha, era bajita y tímida y con aspecto de cachorro. Bien, vamos a echarle una buena ojeada. Bajo los focos, parecía tener la piel muy pálida, y con aspecto enfermizo junto a los ojos, como si tuviese propensión a las erupciones, a las alergias. Unos pechos grandes y lamentables, con arrugas, y un alerón de carne fofa sobre el borde superior de las bragas, que eran de color azul marino, de gimnasio. Sí, la parte superior de sus pechos estaba suavemente almenada, y era más blanca incluso que el resto de su piel. Esas marcas a los veinte o diecinueve años: aquí hay algo que anda mal, la forma delata fatiga, muestra los errores, a una edad muy temprana. Esa pobrecita mía lo sabe. Su vulgar rostro varonil trataba de ponerse la sonrisa estandarizada del hechizado orgullo que hubiese debido sentir por su cuerpo, pero sólo mostraba turbación: por el cuerpo, no por lo otro. Si quieren que les dé mi más ponderada opinión, esa nena carecía por completo de futuro en el negocio de las go-go. De todos modos, era mi nena, al menos durante la siguiente media hora. Sus dos rivales, situadas en puntos más alejados de la rampa, eran más de mi estilo, pero cada vez que me volvía hacia ellas la cara empezaba a latirme de dolor, avisándome. Además, tenía que pensar en mi nena, no debía ofenderla. Estoy contigo, tía, no te preocupes. Tú sí que vales. De vez en cuando, ella me dirigía una sonrisa. Una sonrisa absolutamente desamparada, vacilante. Sí, una sonrisa avergonzada.

—¿Otro scotch? —dijo la matrona que estaba detrás de la barra, una vieja dama de pelo encerado y voz rasposa. El body-stocking o tutú que vestía era de un poco amistoso tono pardo mate o caramelo. Delataba hernias y fajas ortopédicas.

—Sí —le dije, y comencé a filmar otro pitillo. A no ser que les informe de lo contrario, siempre estoy fumando un pitillo.

Me cuidé un rato la mejilla con el vaso. Hablé entre dientes y me cagué en todo. Cuando volví a levantar la vista mi nena se había ido. En su lugar estaba serpenteando una mexicana de metro ochenta, boca de oreja a oreja, grandes pechos aceitosos, y en el vientre un matojo de pelo negro que se le metía como un reguero de pólvora en la afilada cartuchera blanca de sus bragas. Me acordé de Selina. Y esas bragas mostraban unos profundos conocimientos de la tecnología de la cama. Bailaba como un sueño polucionado, pecaminoso e inane. Su sonrisa, atestada de dientes, se dirigía a todas partes y a ninguna. La cara, el cuerpo, el movimiento, todo en ella era aplomo, seguridad en su actuación, en su arte, en su pornografía.

—¿Quiere invitar a Dawn a una copa?

Giré la cabeza. La vieja dama de la barra señalaba vagamente hacia el taburete que estaba a mi lado, en donde, efectivamente, se había sentado Dawn, mi nena,

envuelta ahora en un batín de lana.

—Y bien, ¿qué toma Dawn? —pregunté.

—¡Champagne! —Un vaso chato que parecía contener glucosa on the rocks cayó bruscamente delante de mí—. ¡Seis dólares!

—¡Seis *dólares*! —Dejé otro billete de veinte en la barra húmeda.

—Disculpa —dijo Dawn, con un respingo. Tenía acento pueblerino—. Esta es la parte del trabajo que menos me gusta. No está bien.

—Tranquila.

—¿Cómo te llamas?

—John —dije.

—¿A qué te dedicas, John?

Ah, entiendo... Una conversación. Menudo negocio. A cinco palmos de mi nariz, tengo un milagro desnudo que culea como una diosa, pero pago una pasta por charlar con Dawn, envuelta en su batín.

—A la pornografía —dije—. Estoy metido hasta aquí en el porno.

—Ah, qué interesante.

—¿Otro scotch? —La vieja furcia metida en su malla terapéutica, se interpuso entre los dos con el cambio.

—Por qué no —dije.

—¿Quiere invitar a Dawn a otra copa?

—La leche. Bueno, sí. Póngasela.

—¿Eres inglés, John? —me preguntó mi nena, demostrando así una gran intuición, como si este detalle explicara un montón de cosas.

—Si quieres que te diga la verdad, Dawn, medio americano y medio dormido. Acabo de bajarme del avión, ya sabes.

—Yo también. Bueno, del autocar. Ayer mismo bajé del autocar.

—¿De dónde venías, Dawn?

—De Nueva Jersey.

—¿En serio? ¿De qué parte de Nueva Jersey? Yo me crié...

—¿Otro scotch?

Noté que mis hombros cedían. Me volví lentamente.

—¿Cuánto cuesta —dije— tenerla alejada de mí durante diez minutos? Diga una cifra, ¿cuánto?

Dije eso y mucho más. Ella se negó a ceder. Aquella vieja dama tenía una larga experiencia. Me volví del todo hacia ella, para que me viera toda la cara, y es una cara capaz de tumbarlas, ancha y gris, marcada por la arqueología juvenil y las comidas baratas y el dinero del narcotraficante, una cara de serpiente gorda, en la que se notan todas las señales de los pecados que ha cometido. Durante unos segundos ella se limitó a mirarme también de frente, con toda la cara y una mirada fría en sus

ojos, mucho más duros que los míos, oh sí, mucho más. Apoyando sus puños pequeños en la barra, se inclinó hacia mí y dijo:

—¡Leroy!

Al instante se calló la música. Varios perfiles pecosos se giraron hacia mí. Con las manos en jarra, más vieja en el silencio, quietos ahora sus pechos, la bailarina mulata me miró con curtido desprecio.

—He venido a ver qué encuentro. —Esta era Dawn—. Siento verdadero interés por la pornografía.

—No es verdad. No te interesa —dije yo. Y tampoco la pornografía siente el menor interés por ti—. Vale, Leroy, tranquilízate. No hay ningún problema, amigo. Ya me voy. Aquí está el dinero. Dawn, cuídate.

Me deslicé del taburete, pero mis pies no encontraron el equilibrio. El taburete giró sobre su base, como una moneda. Les dije adiós con la mano a las mujeres que se habían quedado mirándome —qué miráis— y tomé la diagonal que me llevaba hacia la salida.

\*\*\*

Afuera ofrecían de todo. Chaperos, duchas con ayudante incluida, jodiendas en directo, todo un emporio erizado de electricidad estática, un negocio abierto-a-todas-horas-del-día. Pero yo no tenía intención de comprar nada, al menos esta noche. Regresé al hotel *sin incidentes*. No pasó nada. Nunca pasa nada, pero pasará. La puerta giratoria me empujó al interior del vestíbulo, y el empleado de la recepción se agitó en su estacada.

—Eh, oiga —dijo—. Mientras usted estaba fuera le ha llamado Mr. Lorne Guyland.

Me ofreció mojigatadamente mi llave.

—¿Es posible que fuese Lorne Guyland, el famoso...?

—Yo no diría tanto —dije, o quizá sólo lo pensé. El ascensor me chupó en dirección al cielo. Aún me dolía horrores la cara. En mi habitación, cogí la botella y me hundí en la cama. Mientras esperaba que llegasen los ruidos, pensé en viajar a través del tiempo y del espacio, y en Selina... Sí, ahora ya puedo dar algunos datos sobre esta cuestión. Quizá me sienta incluso un poco mejor cuando lo haya contado, cuanto lo saque afuera.

Hoy mismo, hace unas horas —¿hoy? Dios mío, pero si parece que haya ocurrido en mi infancia—. Alee Llewellyn me llevó al aeropuerto de Heathrow al volante de mi potente Fiasco. Se quedará el coche mientras yo esté fuera. El muy embustero. Yo flotaba en alcohol y Serafim, por lo del vuelo. Volar me da miedo. Aterrizar, también. No dijimos casi nada. Alee me debe dinero... Hicimos cola para comprar un billete

*standby*. Yo confiaba en que el vuelo estuviera completo. No lo estaba. El tikitik del ordenador cantó el número de mi asiento.

—Pero mejor será que se dé prisa —dijo la chica.

Alee corrió conmigo hasta el control de pasaportes. Me revolvió el felpudo y me empujó hacia adelante.

—Eh, John —me gritó desde el otro lado de la valla—. ¡Eh, drogota!

Tenía a su lado a un anciano diciendo adiós, pero no había nadie a quien decírselo.

—¿Qué?

—Acércate.

Me sonrió. Jadeando, me aproximé.

—¿Qué?

—Selina. Está jodiendo con otro... Y mucho, todo el día.

—Serás *embustero*.

Me parece que llegué a dirigirle un cansado puñetazo al rostro. Alec siempre juega a bromas como ésta.

—Me ha parecido que era mejor que lo supieras —dijo, haciéndose el ofendido. Sonrió—. Por detrás, con una pierna en alto, poniéndose ella encima. En todas las posiciones.

—¿Ah sí? ¿Con quién? Falso. ¿Por qué diablos tienes que...? ¿Quién, quién, quién?

Pero no ha querido decírmelo. Sólo que hacía mucho tiempo que las cosas estaban así, y que era con alguien a quien yo conocía perfectamente bien.

—*Contigo* —dije, y me di media vuelta y salí corriendo...

Ya está. No me siento mejor. No me siento nada mejor. Ahora me doy la vuelta en la cama, trato de dormir. Londres estará despertando ahora. Y Selina también. Vuelve a sonar en mi nuca ese burbujeo o silbido o siseo de siempre, modulándose poco a poco, buscando su escala.

\*\*\*

Joder, hay veces en que me despierto como un gato atropellado.

¿Conocen ustedes los aspectos más estoicos de la bebida, del pasarse mucho con la bebida? Tremendo. Durísimo. Nada fácil. Joder, pero si no quería hacerme ningún daño a mí mismo. Sólo pretendía pasar un buen rato.

La enfermedad a la que doy cobijo, y que se llama tinnitus —más segura y más infalible que cualquier despertador—, me tenía en pie a las nueve en punto. El tinnitus me llamó con notable exasperación, como si llevase horas tratando de despertarme. Dejé que mi hinchada lengua se fuera a comprobar el estado de la

inflamación que tengo en el Upper West Side. Más o menos igual, aunque algo más blanda. Mi garganta me informó de que, además, la resaca me estaba afectando esa zona. El primer pitillo encendería la mecha que haría estallar el polvorín, el arsenal de mi pecho. De todos modos, después de rebuscarme en los bolsillos, lo encendí.

Al cabo de cien minutos salí de ese desastre en cueros, convertido en un cocodrilo pálido y arrepentido que lamentaba de verdad el barato alcohol y toda la porquería que había ingerido la noche anterior. Rodé en la cama hasta ponerme boca arriba, y comenzaba a desanudarme y desabrocharme la camisa, cuando sonó el teléfono.

—¿John? Lorne Guyland.

—¡Lorne! —dije. La leche, menudo graznido—. ¿Qué tal estás?

—Bien —dijo—. Estoy bien, John. ¿Y tú?

—Magnífico, magnífico.

—Muy bien, John. ¿John?

—¿Lorne?

—Me preocupan ciertas cosas, John.

—Cuéntamelas, Lorne.

—No soy ningún anciano, John.

—Ya lo sé, Lorne.

—Estoy en forma. Mejor que nunca.

—Me alegre, Lorne.

—Por eso no me gusta que digas que soy un anciano, John.

—Pero, si no lo digo, Lorne.

—Vale, pero lo insinúas, *implícitamente*, John, y es, bueno, es lo mismo que si lo dijeras. En mi texto. Y también dices *implícitamente* que tengo muy poca actividad sexual y que no soy capaz de satisfacer a las mujeres. Y eso no es cierto, John.

—Estoy seguro de que no lo es, Lorne.

—Entonces, ¿por qué lo insinúas? Me parece, John, que tendríamos que vernos para hablar de todo esto. Detesto comentar cosas así por teléfono.

—Naturalmente. ¿Cuándo?

—Soy una persona muy atareada, John.

—Lo cual me merece todos los respetos, Lorne.

—No esperes que lo deje todo así, por las buenas, y sólo para reunirme contigo, John.

—Claro que no, Lorne.

—Vivo una vida completísima, John. Completa y activa. Superactiva, John. A las seis en punto ya estoy en el gimnasio. Cuando termino mi programa, hago judo con mi profesor. Por las tardes les doy a las pesas. Y cuando estoy en casa, bueno, golf, tenis, esquí náutico, buceo, squash y polo. Sabes, John, a veces salgo simplemente a la playa y me pongo a correr como un chiquillo. Las chicas, esas tías que tengo en

casa, me riñen cuando regreso tarde de correr, como si fuese un mocoso. Y luego me paso la mitad de la noche jodiendo. Ayer mismo...

Y siguió así, lo juro ante Dios, durante una hora y media. Al cabo de un rato me quedé callado. Lo cual careció de efectos. De modo que me quedé escuchándole, sentado, fumando y pasándomelo realmente mal.

Cuando aquello terminó, di un trago de scotch, me sequé las lágrimas con un klínex, y llamé al número del servicio de habitaciones. Pedí café. Quiero decir que, a veces, hay que tomarse las cosas con calma.

—¿Cómo lo quiere? —preguntó una voz recelosa.

Le expliqué que con leche y azúcar.

—¿Son grandes las cafeteras?

—Para dos tazas —dijo él.

—Súbame cuatro.

—Ahora mismo.

Me tendí en la cama provisto de mi arrugada agenda, que más bien parece un abanico. Anoté a lápiz, en una hoja en blanco, todos los sitios en donde esa nómada de Selina podía encontrarse en esos momentos. Selina ronda mucho por ahí. Me pregunté, interesado, cuánto iban a costarme todas esas conferencias.

Me desnudé y llené la bañera. Luego llegó el impecable camarero con mi bandeja. Salí, firmé la cuenta y le di un dólar al chico. Era un chico con buena pinta, de paso y sonrisa agradablemente agitados. Frunció inocentemente el ceño y olisqueó el aire.

Bastaba con que me echase una mirada, a mí, al cenicero, a la botella, a las cuatro cafeteras, a mi cara y a mis partes, como una piedra debajo de la faja blanca de la toalla, bastaba con eso para comprender que me había cargado de carburante pesado.

Hay un perro atado en la columna de ventilación que se encuentra junto a mi cuarto. Un gran ladrador, que suelta resonantes ladridos. Me pasé un buen rato escuchándole mientras Lorne hablaba por teléfono. Sus ataques de furia ladradora, que se repiten cada treinta minutos, reverberan como una monstruosa señal de alarma en las paredes del hueco que recorre el edificio de arriba abajo. Ese perro necesita soltar esa furia subterránea. Tiene grandes responsabilidades: ladra como si guardase las puertas del infierno. Tiene unos pulmones insondables, siente una tremenda furia de perro del infierno. Necesita esos pulmones, aunque, ¿para qué? Para que no entre nadie. Para que no se escape nadie.

\*\*\*

Mejor será que cuente la verdad sobre Selina, y que lo haga pronto. ¿Qué estoy dejando que me haga esa perra cachonda?

Al igual que muchas otras tías (según creo), y sobre todo las de tipo pequeño, flexible, nervioso, ágil, y listas como el diablo para la cama, Selina vive su vida en constante temor de asaltos y violaciones. El mundo la ha violado con frecuencia en el pasado, y está convencida de que le quedan ganas de repetir. Tendida junto a mí en la cama, o recostada a mi lado en los largos y ansiosos viajes en mi Fiasco, o sentada frente a mí en las prolongadas heces de los banquetes, Selina me ha refrescado frecuentemente contándome historias de insultos y violaciones padecidas por ella durante su infancia y su adolescencia: un sicópata de aliento almizclado que le ofrecía tofes en el parque; las investigaciones en el armario de las escobas de sudorosos párkings; las portentosas sombras que emergen en callejones nocturnos; de todo, incluidos los fotógrafos narcisistas y los atrezzistas priápicos que andaban a la caza de su cuerpo mientras ella trabajaba; y, últimamente, los ceñudos punks, los gamberros a la salida del fútbol, así como abusones de parada de autobús y demás gentuza que se ha pasado la vida pellizcándole el culo o metiéndole mano a las tetas, y, en general, lanzándose por las buenas a hacer lo que tenían ganas de hacer... Debe de ser agotador saber que la mitad de los habitantes del planeta pueden hacerte lo que les dé la gana.

Y debe de ser especialmente duro para una chica como Selina, cuyo aspecto, tras muchas horas ante el espejo, es un frágil equilibrio entre la niña remilgada y el putón verbenero. Sus gustos son, además, propios de gente con pasta, y prometen una tecnología de burdel combinada con ropa interior carísima. He ido en pos de Selina, por ejemplo, cuando va de compras, y la he visto adelantarse, con sus tejanos serrados a medio muslo y una camisa desteñida con lejía, o con una faldita con volantes que apenas roza el comienzo de sus magníficos muslos, o con una segunda piel semitransparente, se diría que un condón, o con un *uniforme abreviado de colegiala*... Los tíos se estremecen y miran, se estremecen y miran. Dan media vuelta y se esconden un poco. Cierran los ojos y se agarran el paquete. Y a veces, cuando me ven corriendo detrás de ella, y pasándole la mano por su delgada y musculosa cintura, me miran como diciendo: a ver si lo arreglas, tío. No permitas que ande por el mundo así. Joder, el responsable eres tú, ¿no?

Le he comentado a Selina lo de su aspecto. Le he informado de las estrechas relaciones que hay entre las violaciones y su vestuario veraniego. Ella se ríe. Se sonroja, complacida. Y yo tengo que seguir peleándome en defensa de su honor en las fiestas y los bares. Le meten mano, le dicen cosas, le sugieren procacidades, y ahí aparezco yo otra vez, alzando mis cicatrizados puños. Le digo que estas cosas le pasan porque anda por ahí como si fuera una revista de tías en pelotas. También eso le hace mucha gracia. No la entiendo. A veces creo que Selina se quedaría plantada en plena carretera, con uno de esos camiones monstruosos lanzado contra ella a toda velocidad, y que, a condición de que el conductor no le quitara ojo de las tetas, no se

apartaría ni un milímetro.

Además de tener miedo de las violaciones, a Selina le asustan las ratas, las arañas, los perros, las setas, el cáncer, la mastectomía, las jarras de cerveza con el borde partido, los cuentos de fantasmas, las visiones, los portentos, las echadoras de cartas, las secciones de astrología, el mar, los incendios, las inundaciones, los tordos, la pobreza, los relámpagos, los embarazos ectópicos, la herrumbre, los hospitales, conducir coches, nadar, ir en avión y envejecer. Al igual que su gordo y paliducho amante, jamás lee libros. Tampoco tiene ya empleo, ni dinero. Tiene veintinueve o treinta y un años, o tal vez treinta y tres. Está tardando mucho en despedirse de todo eso, y lo sabe. Tiene que dar el paso, y sabe que tiene que darlo pronto.

No me creo a Alec, no por fuerza, pero seguro que no me creeré a Selina. Según mi experiencia, con las tías siempre pasa lo mismo: nunca se sabe. Nunca. Aunque les pilles con las manos en la masa —dobladas en tres en mitad de un salto mortal, por ejemplo, y rozando con los dientes la punta del capullo de tu mejor amigo—, nunca se sabe. La tía lo negará, indignada. Y hasta se creerá lo que dice. Sostendrá el capullo ahí, como un micro, y te dirá que no es cierto.

Hace más de un año que le soy fiel a Selina Street, maldita sea. Es cierto. Intento no serlo, pero nunca me sale bien. No encuentro a nadie con quien serle infiel. No quieren lo que les ofrezco. Lo que quieren es sinceridad y compromiso y simpatía y confianza y todas esas otras cosas de las que parezco estar tan desprovisto. Ya hace tiempo que han superado lo de irse a la cama con un tío por el polvo y nada más. También Selina lo ha superado, hace muchísimo tiempo. Es cierto que todo el mundo sabía que aceptaba siempre, pero ahora tiene que pensar en la seguridad de su futuro. Tiene que pensar en el dinero. Ah, Selina, anda. Di que no es cierto.

\*\*\*

Me pegué una buena sudada y un buen mareo aquella mañana con lo del teléfono. Ensoberdecido de cafeína, me había convertido en un simple robot al rojo, en un manojo de nervios con jet-lag, desconcierto horario y resaca. El teléfono resultó ser de anticuario, con el viejo sistema de la esfera. Y tenía los dedos tan doloridos y mordisqueados que cada uno de los botones de la camisa me pareció una gota de plomo fundido... A mitad de la sesión tuve que ponerme a marcar con el meñique de la izquierda.

—Número de habitación, por favor —dijo la telefonista, cada vez, con su voz mecánica.

—Soy yo otra vez —le decía yo cada vez—. Habitación 101. Soy yo.

Probé primero el número de mi casa, y luego llamé varias veces más allí. Selina tiene llaves propias. Siempre está entrando y saliendo... Hablé con Mandy y Debby,

sus fantasmales compañeras de apartamento. Llamé a la oficina donde trabajaba antes. A su escuela de danza. Incluso a su ginecólogo. Nadie sabía dónde estaba. Siguiendo una ruta paralela, peiné las ondas en busca de Alec Llewellyn. Hablé con su esposa. Hablé con tres de sus amiguitas. Hablé con su funcionario de libertad condicional. Nada. No es fácil soportar una idea así estando a casi cinco mil kilómetros de casa.

El perro ladró. Tuve la sensación de que mi cara, entre las gordas y rojas orejas, era pequeña y desorientada. Me tumbé un rato, mirando fijamente al teléfono. Este sostuvo mi mirada unos segundos, y luego sonó. De modo que, naturalmente, pensé, *es ella*, y me lancé a descolgarlo.

—¿Sí?

—¿John Self? Soy Caduta Massi.

—Por fin —dije—. Caduta, es un honor.

—Me alegro de hablar contigo, John. Pero, antes de que nos conozcamos personalmente, quisiera aclarar unas cuantas cosas.

—¿Como cuál, Caduta?

—Por ejemplo, ¿cuántos hijos crees tú que debería tener?

—Bueno, yo diría que uno.

—No, John.

—¿Más?

—Muchos más.

—¿Cuántos, más o menos? —dije yo.

—Creo que debería tener muchos hijos, John.

—Ah, pues muy bien. Claro. Por qué no. Digamos que dos o tres más, ¿te parece?

—Ya veremos —dijo Caduta Massi—. Me alegro de que seas tolerante en esta cuestión, John. Gracias.

—Nada, nada.

—Otra cosa. Creo que debería tener madre, una señora de pelo blanco y vestido negro. Pero eso no es tan importante.

—También de acuerdo.

—Una cosa más. ¿Te parece que debería cambiarme de nombre?

—¿Para qué, Caduta?

—Aún no lo sé. Pero un nombre que fuese algo más apropiado.

—Lo que tú digas, Caduta... Veámonos.

Después de esta conversación pedí que me subieran una bandeja con cócteles y canapés. El mismo botones negro de antes cruzó ágilmente la habitación con las bandejas de plata posadas sobre las tensas puntas de sus dedos. No tenía nada más pequeño, de modo que le di un billete de cinco dólares. Él miró las bebidas, y me miró a mí.

—Tómame uno —le dije, y cogí uno de los vasos.

Él negó con la cabeza, contuvo una sonrisa, desvió su móvil rostro.

—¿Qué pasa? —le dije fríamente, y bebí—. ¿Demasiado temprano para ti?

—¿Estuvo usted de fiesta ayer noche? —me preguntó. Era incapaz de mantener la misma expresión en su rostro durante más de dos segundos.

—¿Cómo te llamas?

—Félix.

—Pues no, Félix —dije—. Me las arreglé solo.

—¿... Va ahora a una fiesta?

—Sí, pero otra vez solo. Maldita sea. Si te contara mis problemas, no te los creerías. No vivo con el mismo reloj que tú, Félix. En el mío, hace horas que terminó el almuerzo.

Alzó su redondo mentón e hizo un severo gesto de asentimiento.

—Con mirarle una vez —dijo—, me basta para saber que beberá hasta reventar.

Ese día no intenté nada más. Me tomé las bebidas y me comí esa porquería. Me afeité. Me la casqué, estructurando la operación sobre lo acontecido la última noche que pasé con Selina. O eso al menos intenté. No recordaba gran cosa de lo que hicimos, y encima hubo todo aquel montón de tíos que entraban y salían de la habitación todo el rato... Y, así, yo y mis doloridas muelas sufrimos unas horas de televisión: confuso, murmurando como un fantasma jubilado, trasnochado de tanto hechizar a la gente, me pasé el tiempo viendo programas deportivos, seriales, anuncios, noticiarios, el otro mundo. Lo mejor fue un programa de variedades presentado por un veterano del mundo del espectáculo, un tipo que, cuando yo no era más que un crío, ya llevaba tiempo cayendo por la pendiente. Es asombroso que esa gente ande todavía por ahí, no sólo ganándose el jornal con lo mismo, sino, lo que es más asombroso, aún con vida. Ya no los fabrican así. Aunque, no, seamos exactos: sólo ahora, en 1981, los fabrican así. Antes no podían, les faltaba la tecnología necesaria. Por Jesucristo, seguro que a ese viejo mamarracho le han saturado y recosido en un laboratorio de cosmética y reparaciones generales. El fulgor de escalopa, que se le nota en el puente de la nariz, producto de la habilidad del cirujano, sólo puede parangonarse con el brillo macabro de su capullo con volantes y fruncidos. Sus lentes de contacto arden con un verde atigrado. Y el bronceado: parece que le hayan dado una mano de pintura. Está tremendo, fresco y sonrosado. El felpudo estilo latino que corona su testa debe de sudar vitaminas. Sus orejas postizas tienen un aspecto succulento, crujiente. Cuando gane todo el dinero que voy a ganar, y me largue a California para que me hagan ese trasplante de cuerpo que me tengo prometido a mí mismo, mencionaré el nombre de este viejo ojos verdes y les diré a los médicos, antes de quedarme dormido, *Así. Justo así quiero quedar. Un cuerpo como ése...* Pero este viejo androide presenta a una serie de tipos más viejales

incluso, tan frescos y deslumbrantemente metálicos como él, toda una pandilla de coristas que se llaman cosas como Mr. Music and Entertainment en Persona. Alto ahí. Estoy *seguro* de que uno de ellos murió hace más de veinte años. Pensándolo bien, todo este programa tiene el aire suspendido y la textura mórbida de una película reciclada, el mismo fulgor que un sarao de pompas fúnebres: tan insensible, tan en trance, tan reluciente como un cadáver. Cambié de canal y permanecí sentado, frotándome la cara dolorida. En la pantalla salió un paisaje lunar con los cráteres repletos de coches fenecidos, montañas de detritos aporreados al ritmo del tinnitus, la nueva acrópolis de los dioses americanos. Telefoneé, y no encontré respuesta en ningún sitio.

Pasó el tiempo y llegó la hora de irse. Me introduje en mi traje y me aparté el pelo de la cara. Esa tarde llamé una vez más. Fue una llamada rara, curiosa. Más tarde contaré lo que pasó. Un gilipollas. Nada importante.

¿Dónde está Selina Street? ¿Dónde? Ella sabe dónde estoy yo. Tiene mi número apuntado en la pared de la cocina. ¿Qué hace? ¿Cómo se gana la pasta? Un castigo, eso es. Estoy recibiendo un castigo.

Sólo pido una cosa. Soy comprensivo. Maduro. Y no pido nada del otro mundo. Quiero regresar a Londres, encontrarla, y estar solo con ella, con mi Selina; con ella, aunque no sea a solas, maldita sea, basta con que sea cerca de ella, lo suficientemente cerca como para oler su piel, para ver el moteado retículo limón de sus ojos, la moldeada forma de sus hábiles labios. Sólo unos pocos y preciosos segundos. El tiempo necesario para darle un puñetazo, fuerte y limpio. Es todo lo que pido.

\*\*\*

De manera que ahora tengo que irme a la parte alta de la ciudad para encontrarme con Fielding Goodney en el Hotel Carraway: Fielding, mi financiero, mi contacto, mi amigo. Por él estoy aquí. Por mí está él aquí. Vamos a ganar juntas montañas de dinero. Ganar montañas de dinero no es tan difícil, no sé si lo saben. La gente suele sobreestimar las dificultades. Ganar montañas de dinero es fácil. Ya lo verán.

Bajé la escalera y salí a la calle. Arriba, luminosidad oceánica: las nubes habían sido trazadas, contra el achatado cielo azul, por una mano poseedora de una presteza y una seguridad impresionantes. Qué *talento*. Me gusta el cielo, y a menudo me pregunto dónde estaría yo sin él. Lo sé: estaría en Inglaterra, el país en donde estamos desprovistos de cielo. Gracias a cierta chiripa fisiológica —gracias a que los venenos y la química corporal llegaron a un pacto en su habitación llena de humo— me sentía en forma, me sentía bien. Manhattan vibraba en su ozono primaveral, acicalándose en preparación para los fuegos de julio y la revolución del calor de agosto. Vayamos caminando, pensé, y comencé la travesía de la ciudad.

En la masculina Madison (una calle abotonada hasta arriba, como el chaleco de un jugador de billar), torcí a la izquierda y me dirigí hacia el norte, hacia la infinita trampa de aire. Los coches y los taxis se maldecían mutuamente a gritos, buscando pelea, listos para combatir, para enfrentarse. Y aquí están las calles pobladas de sus extraterrestres. Aquí están los artistas callejeros. En la esquina de la Cincuenta y cuatro, un altísimo negro se retorció en el interior de una cabina de cristal y acero. Quedaba claro, como mínimo, que estaba pasándose horriblemente mal ahí dentro. Mientras yo me acercaba, sacaba la mano y le daba golpes al ardiente metal exterior de la cabina con su pálida y carnosa palma. Gritaba, no sé qué. Apuesto a que era un asunto de dinero. Siempre hay dinero de por medio. Tal vez también mujeres, o drogas. ¿Cuánta violencia crepitaba en todo Nueva York por el conducto de los cables subterráneos o por el de los abstractos caminos aéreos del cielo? ¿Cuál sería el resultado final? Malo, seguramente. Cada una de las líneas que estaba vinculando a dos amantes debía de estar retorciéndose entre otras cien en las que sólo se hablaba de obscenidades y amenazas... He pegado a algunas mujeres. Sí, ya lo sé, no está bien. Lo gracioso es que hacerlo cuesta lo suyo, en cierto sentido. ¿Lo han hecho *ustedes* alguna vez? Chicas, señoras, ¿han encajado ustedes algún tortazo? No es fácil. Es todo un paso, sobre todo la primera vez. Después, sin embargo, cada vez resulta más fácil. Al cabo de cierto tiempo, pegarle a una mujer es como hacer rodar un tronco. Pero supongo que será mejor que deje de hacerlo. Supongo que será mejor que acabe un día de estos... Cuando pasé junto a la cabina, el negro colgó violentamente y salió lanzado hacia mí. Pero dejó caer la cabeza, golpeó una última vez la estructura metálica, ahora sin apenas fuerza. En lo alto, el tiempo y la temperatura lanzaron sus destellos.

Fielding Goodney ya estaba esperándome en la Sala Dimmesdale cuando entré en el Carraway, pasadas las seis. Tieso y en pie entre butacas desorientadas, se encontraba de espaldas a mí, en lo más profundo de esta gruta de cristal, con un par de flácidos dedos alzados en un ademán de advertencia o estipulación. Vi su cara parlanchina, blanqueada hasta adquirir un brillo acerado por el cristal deslustrado del espejo. Un barman ceñudo escuchaba sus instrucciones con aire responsable.

—No me eche hielo. Sólo quiero que lave el hielo con el licor, ¿entendido? Sólo lavar.

Se volvió, y noté toda la oleada de su buena salud y de su bronceado: su piel californiana, con un moreno a lo mantequilla de cacahuete.

—Qué hay, Slick<sup>[3]</sup> —dijo, y me tendió la mano—. ¿Cuándo has llegado?

—No sé. Ayer.

Me miró con espíritu crítico:

—¿Has venido en clase turista?

—Standby.

—Paga más dinero, Slick. Vuela en primera, o en Concorde. En clase turista es fatal. No es un verdadero ahorro. Eh, Nat. Ponle a mi amigo un Rain King. Y, recuerda, sólo hay que lavar el hielo. Tranquilo, Slick, tienes buen aspecto. ¿Verdad que sí, Nat?

—Cierto, Mr. Goodney.

Fielding se apoyó en la rica madera de la barra, dejando que su cuerpo distribuyera satisfactoriamente el peso entre los codos y una de sus largas piernas de yanki. Me miró con sus ojos embarazosos, de un super sincero azul de flor de maíz, los que se pusieron de moda cuando aparecieron las primeras estrellas del tecnicolor americano. Llevaba su espesa melena peinada completamente hacia atrás a partir de la elevada y extraña frente. Sonreía... Como inglés que soy, diré que una de las grandes ventajas de Nueva York es que en esa ciudad te da la sensación de que eres un tipo muy bien educado y de clase alta. Quiero decir que por fuerza has de sentirte hasta inteligente y de sangre azul, todo un exquisito, cada vez que pasas por la calle Cuarenta y dos y por la Plaza de la Unión, o incluso por la Sexta Avenida, a mediodía, entre oficinistas con cara de comida rápida y mirada de pillete. Con Fielding no tengo nunca esta sensación. No, en absoluto.

—¿Qué edad tienes ahora? —le pregunté.

—En enero cumpliré los veintiséis.

—La leche.

—No te deprimas, John. Toma, tu copa.

Ceñudo y expectante, Nat deslizó el vaso hacia mí. Parecía que contuviese un líquido pesado como el mercurio.

—¿Qué le habéis metido?

—Cielos veraniegos y nada más, Slick... Todavía te dura el trastorno del vuelo, ¿verdad? —Apoyó una mano morena en mi hombro—. Vamos a sentarnos. Sigue preparando más, Nat.

Le seguí hasta una mesa, calmado por ese contacto humano. Fielding se ajustó los puños de la camisa y me dijo:

—¿Se te ha ocurrido algo sobre la esposa?

—Acabo de hablar con Caduta Massi.

—¿En serio? ¿Te ha llamado ella misma?

—Sí, esta tarde —dije, encogiéndome de hombros.

—Entonces, se muere de ganas. Fantástico. ¿Qué te ha dicho?

—Que quiere muchísimos más hijos.

—¿Cómo?

—En la película. Quiere tener un montón de hijos.

—Cuadra con lo que yo sabía —dice Fielding—. Según los rumores, se hizo ligar las trompas. Poco antes de cumplir los treinta. Era católica, muy devota, y, además, se

iba a la cama con el primero que se lo proponía. Ya sabes, así no hace falta abortar.

—Oye una cosa —dije—. No sé, Fielding, pero me parece que es demasiado mayor para lo que nosotros necesitamos, ¿no crees?

—¿Has visto *La extraña hermana*?

—Sí. Espantosa.

—De acuerdo. La película era horrible, pero Caduta estaba preciosa.

—Ahí está el problema. Parecía una estrella de cine super mimada por Hollywood. Y eso no nos sirve de nada. No quiero una película de esas... —Lo que yo necesitaba era una de esas actrices nuevas, con aspecto de vapuleada ama de casa promedio. Los críticos se pasan la vida diciendo lo *sexy* y lo *reales* que son esas actrices. Yo no creo que sean *sexy*, pero sí me parecen reales. Esto era al menos lo que me decía el instinto, y no contaba más que con mi instinto—. ¿Tenemos a alguien más? ¿Y Happy Jonson?

—Imposible. Está en el Hermitage.

—¿Qué le pasa?

—Depresión, super profunda, prácticamente catatónica. Esa tía es un muermo, Slick.

—Vale. ¿Y qué pasa con Sunny Wand?

—Otro desastre. Una vaca. Por encima de los ochenta kilos.

—Joder... Bueno, Day Lightbowne.

—Olvídala. Acaba de terminar dos años de análisis. Y ha sido violada en Bridgehampton por su terapeuta de fines de semana, que al mismo tiempo era su tío.

—¿Su tío? Caray. Eso es incesto, ¿no?

—Su tío, su novio, su amante. ¿Entiendes? De hecho, no es una violación corriente. En las violaciones corrientes no entra la lujuria. Se trata de tipos que sólo quieren tener sensación de poder, de dominio, de violencia: perdedores a los que no se les levanta. En cambio, cuando el violador es al mismo tiempo el amante sí que interviene la lujuria. —Hizo una pausa y luego, como si tal cosa, volvió al grano—. En fin, que el comecocos de Day Lightbowne la dejó hecha trizas y ha tenido que cerrar la tienda. Lo mejor es que trabajemos con Caduta, Slick. Nos va bien, muy bien. Piénsalo. Piénsalo un momento. ¿Has hablado con Lorne?

—Sí.

—Lorne está pasando una época terrible.

—Joder, y que lo digas.

—Su carrera empieza a deslizarse cuesta abajo, y acaba de invertir ochenta de los grandes en arreglarse la dentadura. Está deprimido.

—¿Deprimido? ¿Y qué hace cuando está animado? Me tuvo dos horas al teléfono. Mira, Fielding, ese tipo me va a matar. Soy incapaz de manejarle.

—Mantén la calma, Slick. Lo cierto es que Lorne Guyland hará hasta lo

imposible por salir en esta película. ¿Has visto *La sanción Cyborg*?

—No.

—¿Y *Pookie emprende el camino*? ¿Y *Dick Dinamita*?

—Desde luego que no.

—Lorne está dispuesto a hacer lo que sea. Óperas espaciales, películas de carretera, comedias clásicas, series B para televisión. Su agente le ata al caballo, y le lanza a donde sea. Este es el primer auténtico papel que le ofrecen desde hace cuatro o cinco años. Está loco por interpretarlo.

—Entonces, ¿de qué nos sirve?

—Confía en mí, Slick. Con el nombre de Guyland en los créditos, la producción adquiere cierta respetabilidad. Piensa que ninguna película de Lorne Guyland ha perdido jamás dinero. Y aumenta en un cincuenta por ciento las ventas para televisión y cable y vídeo. Y significa que salimos con beneficios hasta en Taiwan y Guadalupe. Tengo a una pandilla de viejos mamones con quinientos de los grandes escondidos en el colchón. Y no los sacarían de ahí por Christopher Meadowbrook ni por Spunk Davis ni por Butch Beausoleil. Ni siquiera han oído hablar de ellos. Pero nos los darán por Guyland. Nuestro hombre es Lorne, Slick. Tienes que aceptarlo.

—Está chiflado. ¿Cómo voy a manejarle?

—Yo te lo explico. Di que harás todo lo que él diga, y luego, llegado el momento, haces sólo lo que te dé la gana a ti. Si se te rebela, ruedas la escena y luego pierdes la película. Tú controlas el montaje final, John. Te lo juro.

Bueno, esto ya me gustaba más.

—¿Qué hay del dinero? —le dije.

—El dinero —dijo Fielding—, el dinero va bien, muy bien. Oye, Slick, ¿no haces nunca ejercicio?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Qué clase de ejercicio?

—Bueno, ya sabes. A veces nado un poco. Juego a tenis.

—No lo dejes.

Pidió la cuenta. Me metí la mano en el bolsillo y busqué los arrugados billetes. Fielding, con su fortísima mano izquierda, retuvo mi muñeca. Cuando me puse en pie le vi sacar un billete de cincuenta dólares, uno de los muchos que llevaba sujetos con un clip.

\*\*\*

El coche de Fielding esperaba afuera: un Autocrat de seis puertas, de media manzana de largo, con todo incluido, hasta con chófer guaperas y un guardaespaldas negro, armado con un rifle. Me llevó a un restaurante mañoso de los Heights. Era

magnífico. Hablamos de dinero. Con el grupo de inversores que Fielding había conseguido, todo parecía arreglado. Qué coño, pensé: si las cosas fueran muy mal, ya se encargaría su papá de arreglarlas. El padre de Fielding se llama Beryl Goodney y es el dueño de la mitad de Virginia. Es probable que su mamá se llame Beryl también, y que sea la dueña de la otra mitad. Fielding no habla nunca de su propia pasta, pero todavía no he conocido a nadie que huela tanto a dinero: tiene montones, y quiere más...

—Dime, Slick, en términos generales, ¿qué sabes de dinero?

Le dije que muy poco.

—Yo te lo explico —comenzó. Y siguió lanzado, hablando con una voz en la que vibraba el apasionamiento del experto. Con toda clase de comparaciones y precedentes, me habló de la banca italiana, de las preferencias de liquidez, de las falacias fiduciarias, de la hiperinflación y del síndrome de la desconfianza, de los booms y los pánicos en la bolsa, de las macro empresas norteamericanas, de la sobriedad que posee la arquitectura financiera, del Crac del 29, de los suicidios en La Salle y Wall Street... Y me encontré preguntándome si Alec habrá visto la solitaria flor marchita que hay metida en el tarro de mermelada junto a la cama de Salina, si la habrá oído mear y tararear en el silencioso cuarto de baño, con las negras bragas como un cable que contacta sus gemelos. Algo parece ocurrir entre tus novias y tus mejores amigos. Yo siempre me encapricho, también, de las mejores amigas de mis novias. Debo admitirlo. Me apetecen Debby y Mandy, y esa tal Helle, la de la boutique a la que suele ir Selina. Es posible que te encapriches de las mejores amigas de tus novias porque tienen mucho en común. Son muy parecidas en todo, menos en una cosa. Sólo te acuestas frecuentemente con tu novia. De modo que sus mejores amigas pueden darte una cosa que no está al alcance de tu novia: un cambio de pareja. Eso es algo que ni siquiera Selina puede darme. ¿Se la está tirando Alec? A ver, ¿qué opinan ustedes? ¿Está haciéndole ella todos esos maravillosos favores? Podría ser, ¿no? Mi teoría es la siguiente. Creo que no. No creo que Selina Street joda con Alec Llewellyn. ¿Por qué? Porque Alec no tiene dinero. Yo sí. ¿Por qué creían ustedes que Selina se había ligado conmigo? ¿Por mi tripa hinchada, por mi horrible felpudo, por mi personalidad? No está metida en este rollo por cuestiones de salud, desde luego. Pues miren, estas reflexiones lograron reanimarme de verdad. Con las necesidades económicas no hay duda que valga. Cuando gane todo ese dinero que voy a ganar, mi posición se verá notablemente fortalecida. Entonces podré darle la patada a Selina y buscar a otra que sea mejor incluso.

Fielding firmó el cheque. Yo firmé unos cuantos contratos. Gracias a los cuales aumentó la cantidad de dinero que se desvía hacia mis propias cuentas.

Me dejó en Broadway. Once en punto. ¿Qué puede hacer un hombre adulto que se encuentra solo en Manhattan, una noche cualquiera, como no sea ir a buscar pelea o

pornografía?

Yo me pasé cuatro beneficiosas horas en la calle Cuarenta y dos, entre una sala de videojuegos y un gogo bar que había en el sótano de al lado. En la sala de videojuegos, encorvados sobre sus mandos, reflejados sus rostros aterrorizados en las pantallas, juegan a marcianitos los fantasmas proletarios de Nueva York, los adoradores de las tinieblas. Parecen formas humanas de topos y murciélagos mutantes, imantados por los radares, los ruidos y los aplausos de estos nuevos y robustos robots que están dispuestos a jugar contigo si les das el suficiente dinero. Y por el mismo precio hasta te hablan. *Misión cumplida, Fase de lanzamiento, Tormenta de fuego, Final de partida. Nave destruida, Curva temporal, ¡Desastre absoluto!* Los críos y vagabundos y solitarios que se amontonan en esos antros son los mineros de una nueva era. Seguro que sus abuelos trabajaban bajo tierra. En el gogo bar permanecen perpetuamente enfrentadas las filas de hombres y mujeres, separados por muros de vasos de whisky, fosos de veneno por los que pasean locas matronas y malévolos forzudos.

A las once y media, aproximadamente, la vieja camarera me dijo:

—¿Lo ves? Está hablando contigo. Cheryl habla contigo. ¿Quieres invitarla a una copa?

Pagué los diez dólares y me abstuve de hacer comentarios. La vieja camarera embutida en su pardo condón se parecía mucho a la de la noche anterior. Podía haber sido la misma. Así es mi vida: repetición, repetición. Es cierto que las nenas de la rampa proporcionaban ciertas variaciones. Ninguna de ellas llevaba bragas. Al principio supuse que, por hacer este número, cobraban mucho más. Viendo, sin embargo, el aspecto del local, y viendo luego el estado de las nenas, acabé dando por supuesto que cobraban mucho menos.

Dos horas después me encontré dando vueltas por Times Square, buscando lío. Y lo encontré. Se me acercó una prostituta jovencísima. Tomamos un taxi y recorrimos treinta manzanas, hacia la parte baja, oeste, camino de Chelsea. En el coche sólo la miré una vez. Era morena, con los labios color sangre y una melena española tan revuelta que no brillaba. Me consolé pensando que, para completar los regalos —un frasco de Je Rêve, un cartón de Executive Lights, y un puñetazo en las tetas—, cuando regresara a Londres le llevaría a Selina unas magníficas purgaciones: Herpes I, Herpes II, Herpes, el film. Recuerdo el rudimentario vestíbulo de una floreciente pensión de baja estofa. Pagué la habitación, nada más llegar. Ella me condujo. Mencionó la cifra de cuarenta dólares, y yo la aprobé. Ella empezó a desnudarme, y yo hice lo mismo. Pero me detuve a la mitad.

—Eh, pero si estás embarazada —recuerdo que le dije, con infantil sorpresa.

—Da igual —dijo ella.

Me quedé mirando su fuerte y brillante vientre. Esperaba que fuese blando, pero

era fuerte.

—No da igual —le dije.

Hice que se vistiera y se sentara en la cama. Le cogí la mano y estuve hora y media escuchándome decir estupideces. Ella se pasó el rato asintiendo con la cabeza. Ya le había dado el dinero. Incluso pareció escuchar parte de lo que le dije: en realidad me salía solo. Hacia el final pensé que, como mínimo, podía tratar de conseguir que me la cascara a mano. Seguro que se hubiera mostrado muy dispuesta. Era como yo. Sabía que no debía hacerlo, sabía que lo mejor era dejar de seguir haciéndolo. Pero no lo dejaba. En cuanto a mí, no podía echarle las culpas al dinero. ¿En qué consiste eso de ser capaz de distinguir entre el bien y el mal, y hacer el mal, o consentir el mal, aceptar el mal?

No pasó nada. Le di otros diez dólares para el taxi. Ella se fue a por más hombres y más dinero. Yo regresé a mi hotel, y me tendí completamente vestido, dispuesto a dormir mi segunda noche en esta ciudad en la que todas las cerraduras e interruptores funcionan al revés, y en donde las sirenas dicen «passa, tío» y ¡wow!, y *ay, ay, ay*.

\*\*\*

Mi cabeza es una ciudad, y diversos dolores han tomado residencia en persas partes de mi cara. Cierta dolor de encía-y-hueso combinados ha abierto una cooperativa en mi Upper West Side. Al otro lado del parque, frente por frente, la neuralgia ha alquilado un dúplex en una zona residencial. En los barrios bajos, me late la mandíbula en viejos barracones abandonados. En cuanto a mi cerebro, las calles Cien de mi ciudad, eso es Harlem, un Harlem incendiado con hogueras veraniegas. Hierve. Y cualquier día me va a estallar.

La memoria es muy graciosa, ¿verdad? ¿No están de acuerdo? Yo tampoco. Jamás me ha divertido la memoria, y a medida que voy haciéndome mayor, menos graciosos me parecen sus chistes. Es posible que la memoria no cambie, pero conforme van pasando los días cada vez tiene menos cosas que registrar. Me parece que mi memoria está en forma. Lo único que pasa es que mi vida me parece cada vez menos memorable. ¿Te acuerdas de dónde dejaste aquellas llaves? ¿Y por qué tendría que acordarme? ¿Te acuerdas de aquel día en la bañera? ¿Te lavaste también los dedos de los pies? (Qué aburrido es echar una meada, sobre todo después de las primeras mil veces. Fíu, que rollo, ¿no?). Ya no consigo recordar ni la mitad de las cosas que hago. Pero tampoco hago gran cosa.

Al despertar ahora, al mediodía, tengo por ejemplo la intensa sensación de haber hablado por la noche con Selina. Muy suyo, eso de venir a rondarme en las horas más sombrías, cuando me siento débil, asustado. Selina sabe una cosa que a estas alturas ya debería saber todo el mundo. Sabe lo fácil que es obsesionar y asustar a la gente.

Lo fácil que es conseguir que la gente se aterrorice. Hasta en mi caso, y soy de los más valientes. O de los más borrachos. Ayer noche me metí en una pelea. Digámoslo así: cuando estoy dormido soy un chico encantador. Comenzó en el bar y terminó en la calle. La pelea la empecé yo. También yo le puse el fin, por suerte, y por los pelos. Porque el otro peleaba mucho mejor de lo que indicaban las apariencias... No, Selina no me telefoneó. Eso no ha ocurrido. Lo recordaría. Estoy enfermo del corazón, y me duele todo el día, pero este dolor es nuevo, siento un nuevo pellizco en la maquinita. No sabía que Selina pudiese producirme tantos dolores. Es ese sentimiento de desamparo que suele aparecer cuando estás lejos de casa. He oído decir que la ausencia redobla el afecto. Es cierto, me parece. Desde luego, echo de menos mi promiscuidad. Trato de recordar cuáles fueron las últimas frases que le dije, o las últimas que me dijo ella a mí, la noche anterior a mi partida. No es posible que sean tan interesantes como supongo, tan memorables. Y cuando al día siguiente me desperté y comencé a prepararme para el viaje, ella ya se había largado.

Doce y quince, y llegó Félix, con un par de cócteles en la bandeja que sostenía con la palma a la altura de sus hombros. Tal como van las cosas, mi consumo de café ya es excesivo.

—Gracias, amigo —le dije, y le di un billete de diez.

Oh, sí, y ahora que me acuerdo, todavía no les he informado acerca de mi llamador misterioso. ¿O ya lo he hecho? ¿Lo he hecho? Ah, es cierto, ya se lo había contado todo. Exacto. Algún gilipollas. Nada importante... Eh, alto, miento. No les he contado nada de eso. Lo recordaría.

Ayer tarde. Estaba haciendo lo mismo que hago ahora. Es una de mis actividades favoritas: hasta podríamos llamarlo un hobby. Me encontraba tendido en la cama, bebiendo combinados y viendo la televisión, todo al mismo tiempo... La televisión está convirtiéndome en un cretino, lo noto. Muy pronto seré como los artistas de la TV. Ya saben a quienes me refiero. Chicas que imitan subliminalmente a las presentadoras de los programas infantiles, pura melodía, puro júbilo, Melodía y Júbilo. Hombres cuyos modales denotan interferencias del modelo del presentador de telediarios, manchas de actor de serial, toques peliculeros. O quienes ya han alcanzado un alto grado de cretinez, esa gente que, en la calle, en el autobús, habla de la TV como si los programas fuesen reales, que telefonan a las emisoras para formular las más extrañas preguntas, para hacer peticiones más extrañas incluso... Si pierdes el felpudo, puedes obtener otro artificial. Si pierdes la risa, puedes conseguir otra artificial. Si pierdes la cabeza, puedes conseguir otra artificial.

Sonó el teléfono.

—¿Sí?

Hubo un silencio; no, no era silencio sino un leve silbido requemado, tedioso y monótono, como el sonido que habita en el interior de mi cabeza. Tal vez sea el ruido

que hace el Atlántico, con toda su masa, su enorme espacio.

—¿Diga? ¿Selina? Di algo, por Dios. ¿Quién paga esta conferencia?

—El dinero —dijo una voz masculina—. Siempre es el dinero. El dinero.

—Alec. ¿Eres tú?

—No es Selina quien te habla, tío. No es Selina.

Esperé un momento.

—Oh, no soy nadie en especial. Simplemente el tipo al que le jodiste la vida por completo. Ese soy.

—¿Quién eres? No te conozco.

—Y encima el tío dice que no me conoce. ¿A cuánta gente le has jodido la vida últimamente? Quizá convendría que llevaras las cuentas.

¿De dónde venía todo esto? ¿Lo sabría tal vez la telefonista del hotel? ¿Había jodido recientemente la vida de alguien? No conseguí *recordarlo*...

—Venga ya —dije—. Estoy harto. Voy a colgar.

—¡ESPERA! —dijo él, y, en ese mismo instante, aliviado, pensé: bueno, este tío está *loco*. De modo que no se trata de ningún problema grave. La culpa no es mía. Todo va bien, muy bien.

—De acuerdo. Di lo que tengas que decir.

—Bienvenido a Nueva York —empezó—. Vuelo 666, habitación 101. Gracias por volar con TransAmerican. No arme líos con los taxistas, no se pelee con los borrachos. No pase por la calle Noventa y nueve. No visite los bares topless. ¿Quiere invitar a Dawn a una copa? Deje de frecuentar esos locales porno en donde se mete continuamente. Acabará con la cabeza hecha un asco. Siga borracho hasta el momento de encontrarse conmigo. Y devuélvame mi dinero, joder.

—... Espera. Eh. ¿Quién es?

Colgaron. Yo también colgué y volví a descolgar.

—Ha sido una llamada local, señor —me dijo la telefonista—. ¿Algún problema?

—Ninguno —dije—. Gracias. Ningún problema, ninguno.

Caray, pensé: más líos. Era una llamada local, sin duda. Una llamada super local.

\*\*\*

Dos cuarenta, y me encontraba en Broadway, en dirección norte. Y bien, ¿hasta qué punto suponen que me encuentro mal?... Pues, se equivocan ustedes. Me conmueve la simpatía que muestran por mí (y quiero montones, toneladas de simpatía; quiero que la gente simpatice conmigo a pesar de lo difícil que me resulta comportarme de modo que caiga simpático). Pero, te equivocas, hermano. Hermana, has metido la pata. No me sentía muy en forma esta mañana, es cierto. Por otro lado, una visita de noventa minutos al Pepper's Burger World resolvió esa cuestión. Me he

tomado cuatro Wallies, tres Blastfurfers, y un American Way, más nueve latas de cerveza. Estoy un poco cocido y algo adormilado, sí, pero aparte de eso estoy dispuesto a todo.

Me pregunté, mientras subía por Broadway, me pregunté cómo parieron esta ciudad. Seguro que fue algún tío que se puso a soñar grandezas desaforadas. Tras empezar en Wall Street para después hociquear hacia arriba camino de las ruinas del West Side, Broadway serpentea a lo largo de la isla, única curva en un mundo reticulado. Y Broadway se las arregla, no sé muy bien cómo, para ser un poquitín más repugnante que las zonas que va atravesando. Por ejemplo, el East Village: Broadway es mucho más repugnante. O miremos hacia arriba, a Columbus: también Broadway es mucho más repugnante. Broadway es la piel abandonada por una serpiente pitón después de la muda, y esa pitón es el Nueva York más escrupuloso. A veces yo también me siento así. Los bobos se balancean aquí al ritmo de Manhattan.

¿Se puede saber qué es eso de que yo tenga que jugar a tenis con Fielding Goodney? ¿Recuerda alguno de *ustedes* que yo me comprometiera a hacer esa necesidad? Esta mañana, mientras sollozaba con mi primer pitillo, Fielding me ha telefoneado:

—Vale, Slick. Tenemos pista. Juguemos.

Naturalmente, yo me mantuve en silencio, y tomé nota despreocupadamente de las señas que me dictó. Por casualidad, llevo conmigo unas zapatillas, y una camiseta. Fielding me proporcionará los pantalones cortos. En cuanto al tenis, me dije a mí mismo: sí, a eso puedo jugar. Hace apenas cuatro o cinco veranos me hubiesen podido ver haciendo cabriolas por toda la pista. No he vuelto a jugar desde entonces, pero he visto montañas de tenis por televisión.

Con mis cosas metidas en una bolsa de plástico de las que dan en las tiendas libres de impuestos, seguí subiendo por Broadway, pasé junto a la esquina del Central Park y me metí en el West Side con sus solares vacíos y sus abiertas grutas para coches. Las calles numeradas iban quedando lentamente atrás. Yo esperaba encontrarme de un momento a otro con algún complejo deportivo o gimnasio, una de esas verdes plazas cuadradas que, en Londres, te sorprenden de vez en cuando. «Has vuelto a joderla», pensé cuando llegué al edificio que Fielding me había dicho. Era un rascacielos, y sus líneas acristaladas ascendían hacia el cielo como un trozo de película. De todos modos, entré y le pregunté al conserje.

—Decimoquinto piso —me dijo.

¿A qué jugaba Fielding? Me metí en el ascensor, que me lanzó a través de los pisos deshabitados marcados con una x. En el pasillo me crucé con un rostro conocido, el de Chip Foumaki, un morenísimo profesional que suele caer derrotado, cosa que le pone de malísimo humor, en las semifinales de todos los campeonatos. Segundos más tarde vi a Nick Karebenkian, pareja de Chip en los partidos de dobles.

La puerta emitió un zumbido y entré en el chirriante verde de una antesala ecuatorial. Tendido en la alfombra de césped artificial estaba Fielding, sirviéndose jugo de naranja natural con una alta jarra. Su piel poseía ese bronceado permanente que hacía resaltar el lechoso vello de sus miembros y las blancas arrugas de sus immaculados pantalones cortos y la camisa, y el brillo de su calzado deportivo de alta tecnología.

—Hola, Slick —dijo, volviéndose hacia la pared de cristal. Me reuní con él. Miramos la pista como si estuviéramos en el puente de mando de un buque. Aquello era televisión: un par de jugadores del gran slam gruñendo y esprintando. Al otro extremo del puente había una ventana: veinte o treinta personas miraban el partido. La pista debía de estar unos dos o tres pisos más abajo. ¿Cien dólares la hora? ¿Doscientos? ¿Trescientos?

—¿Quiénes son esos que están sentados ahí?

—Sólo vienen a mirar. ¿Ves ese crío de allí? Joburg, de Texas. Es el undécimo según la clasificación por ordenador. La Asociación Profesional de Tenistas está investigando su caso. Cobra fijos por jugar en los torneos de segunda. Sobornos. Es ilegal, pero prácticamente todos los que están entre los treinta primeros del ranking cobran de tres sitios diferentes. Dentro de un par de años habrá una auténtica tormenta de mierda. Lo que tendrían que hacer es legalizarlo, y pronto. Soy un capitalista, Slick. Un *buen* capitalista. Oferta y demanda. ¿Por qué rebelarse contra eso? Tus pantalones cortos, allí.

Señaló una puerta.

—Oh, Mr. Goodney —le oí canturrear a una dama de blanco—. Espero que termine a la hora. Sissy Skolimowsky tiene que empezar a las cuatro, y ya sabe cómo es.

También yo sabía cómo es Sissy Skolimowsky. La campeona mundial.

Así que me puse mis cosas. Una camiseta rojo-hippy de batería roquero, los espantosos pantalones cortos de Fielding (no eran de los de tenis, en absoluto, sino unos bermudas que se te pegaban a la piel, unos bermudas a cuadros de jugador de golf), unos calcetines negros, y mis agrietadas y remendadas zapatillas... Por lo general, como creo haber comentado antes, Nueva York es una fiesta para mí, de nueve a cinco. Pero en ese momento sentí una mala premonición: intensa, adolescente. Fui de puntillas al váter.

Las zapatillas me daban unos pellizcos horribles: debía de tener los pies todavía hinchados, despistados por el viaje en avión. Me bajé la cremallera y meé. El pis tenía un color horrorosamente pálido en contraste con las bolas color vitamina B que reposaban en el fondo de aquella taza en forma de jarra abierta y que pretendían desodorizar el ambiente. Me volví hacia otro lado. Había un espejo. Olvídalo, tío. De todos modos, con esta pinta no te dejarán jugar.

Pero me dejaron. La dama de blanco me lanzó una mirada sobresaltada: dirigida, sin duda, al bulto de mis partes, muy marcadas en los anchos cuadros de las bermudas. Pero, pese a todo, me dio la raqueta y me abrió la puerta. Bajé la escalera y salí a la pista. Con ganas de jugar, Fielding ya se había ido al otro lado de la red, y sostenía en una mano una raqueta de acero que me pareció desproporcionadamente enorme, y doce pelotas amarillas en la otra.

—¿Quieres pelotear un poco? —gritó, y la primera de las pelotas de tenis ya había comenzado a quemar el aire en su veloz trayectoria hacia mí.

\*\*\*

Hubiese debido comprender que cuando los ingleses dicen que saben jugar a tenis no quieren decir lo mismo que los americanos cuando dicen que saben jugar a tenis. Los americanos quieren decir que saben jugar. Incluso en mis mejores tiempos, jamás fui otra cosa que un jugador de parque público. Cierta error de fabricación de mis pies me ha permitido siempre obtener, a trancas y barrancas, victorias sobre jugadores mejor dotados. Pero, esencialmente, puesto en la pista soy como un perro. Oh, Fielding sí que es un buen jugador. Y había que contar además con la diferencia a su favor en salud, fuerza muscular y coordinación de movimientos. Moreno, fibroso, con unos arreglos dentales más caros que el rescate que se pagaría por un rey, alimentado a base de filetes y leche endulzada con hierro y zinc, con apenas veinticinco años, Fielding golpeaba la pelota con fuerza, imprimiéndole además un efecto endiablado gracias a su portentosa muñeca. En cuanto a mí, me limité a correr y tirarme de un extremo a otro de la pista tratando de salvar la vida, ochenta kilos de genes proletarios, alcohol, comida rápida, con diez años más que él, chamuscado y asfixiado por combustibles de mala calidad, sin otra cosa que ofrecer que no fuese un drive y un revés de circunstancias. Miré la pared de cristal que estaba encima de Fielding. Los ejecutivos de Manhattan seguían mirando, delgados sus rostros como tarjetas de crédito.

—Vale —dijo Fielding—. ¿Quieres sacar?

—Saca tú.

Fielding se inclinó hacia adelante, preparó la pelota, y luego se enderezó para lanzar un cañonazo. *Mi* saque no es más que una convulsión que a veces entra, pero sólo a veces. Fielding componía en cambio una figura perfecta, medía sus movimientos, actuaba con un aire de gravedad común a todos los que tienen talento para el tenis. ¿Qué tienen de especial estos ases del tenis? ¿Por qué entienden este juego mejor que los demás? La pelota es redonda. El mundo también es redondo. Y también lo entienden mejor.

Su primer saque me pasó desapercibido. Ni me enteré. La pelota silbó cerca de

mí, pero ya había desaparecido como objeto definido cuando voló por encima de la red, para después quedar botando a mi espalda. Tuve la sensación de que el paso de la pelota había dejado una amarilla cola de cometa sobre el verde artificial de la pista.

—Muy bueno —grité, y crucé hacia el otro lado de la pista con mis calcetines negros y mis bermudas a cuadros. Esta vez llegué a saber algo más del saque de Fielding: arrancó de la cinta un ruido que me hizo temblar: como el de un bofetón propinado por una mano dura contra una tripa tensa. Me adelanté un paso mientras Fielding sacaba con la punta de los dedos la segunda pelota del bolsillo de sus pantalones cortos firmados por un diseñador de alta costura. Hice girar mi raqueta sobre sí misma, y moví lateralmente mi cuerpo... Pero su segundo servicio también era una bala. La pelota, golpeada tardíamente, cuando ya había descendido bastante, salvó con gracia la red y fue a dar cerca de la línea, para luego salir disparada. Pegó un bote tan alto que sólo pude responder con un sorprendido semismash. Con tres brincos Fielding se había plantado ya junto a la red, naturalmente, y contestó con un inteligente y ágil golpe esquinado, lejos de mi alcance. Me metió otro ace y se puso treinta a cero, pero en el último punto del juego conseguí alcanzar su segundo servicio. Resistí, me salió una bolea bastante precisa que le obligó a retroceder corriendo hasta la línea de saque, pero ese fue en realidad mi último golpe. Después de eso no fui rival para Fielding. Mientras él permanecía en el centro de su lado, yo bailaba por toda la pista. *Dejémoslo correr*, iba diciéndole yo, pero todavía intercambiamos algunos golpes antes de que él decidiese poner la pelota fuera de mi alcance.

Cambiamos de lado. No le miré a los ojos. Confié en que no llegase a notar los jadeos con los que yo trataba de recuperar la respiración. Confié en que no llegase a oler, a ver: mi cara humeaba de apestoso sudor. Cuando me coloqué en mi sitio, alcé la vista para mirar el acuario en donde estaba encerrado nuestro público. Sonreían.

Mi primer servicio golpeó blandamente la red, a un palmo del suelo. Mi segundo servicio es un regalo, y Fielding lo asesinó tomándose lo con toda la calma del mundo, inclinándose primero hacia atrás para a continuación cargar todo su peso sobre el golpe. No pude ni siquiera rozar su resto. Lo mismo ocurrió en el siguiente punto. Con cero-treinta hice un saque tan a ciegas y a locas que Fielding se limitó a abrir el brazo y pararlo con una volea. Apartó la pelota de una patada, y se adelantó varios pasos. Varios. Yo me alejé del centro, dispuesto a probar mi segundo saque, y lo lancé como si fuese el primero. ¡Entró! Fielding se quedó menos sorprendido que yo, pero apenas si logró tocar la pelota con su raqueta. Además, estaba tan insultantemente adelantado que su resto no fue más que un botepronto bastante alto. La pelota amarilla botó en mi lado suavemente, invitándome a propinar un golpe mortal. Yo la lancé fuerte y baja, hacia el revés de Fielding, y me adelanté pesadamente hacia la red. Grave error. Fielding eligió este momento para disparar a

dos manos un drive caracolero. La pelota pasó chillando justo por encima de la cinta, la rozó, varió un poco su trayectoria, recuperó toda su potencia, y me dio de lleno en la cara. Retrocedí tambaleándome y se me cayó ruidosamente la raqueta. Durante unos conmocionados segundos me quedé tumbado como un perro viejo, un perro viejo que tiene ganas de que le acaricien la barriga. ¿Qué va a pensar la gente? Me puse en pie. Me froté la nariz.

—¿Estás bien, Slick?

—Sí, tranquilo —murmuré. Me agaché a recoger la raqueta, y me enderecé. Desde detrás de la pared de cristal aquellos seres seguían observándolo todo. Caras afiladas. Ya vale de mirar.

Y así siguieron las cosas. Gané media docena de puntos: por las dobles faltas de Fielding, golpes dados con la madera, pelotas desviadas por la red, y gracias a que metí un par de pelotas dudosas. Todo el rato tenía ganas de decir: «Mira, Fielding, ya sé que esto te está costando mucho dinero. Pero ¿te importaría que lo deje? Porque, como no lo deje, me temo que me voy a MORIR en esta pista». Pero me faltaba aliento para hablar tanto rato seguido. Al cabo de cinco minutos yo jugaba con el vómito en la punta de la lengua. Fue la hora más lenta de toda mi vida, y he vivido algunas bastante lentas.

El primer set terminó seis a cero. Y lo mismo ocurrió en el segundo. El tercero estaba yendo igual cuando Fielding dijo de repente:

—¿Quieres seguir el partido, o prefieres pelotear simplemente?

—... Peloteemos.

Finalmente sonó un timbre, y apareció Sissy Skolimowsky con su entrenador. Fielding parecía conocer a aquella chica de piel muy blanca y protuberantes músculos.

—Hola —dijo ella.

—Qué hay, Siss —dijo Fielding—. ¿Te importa que nos quedemos a mirar?

Ella ya estaba en su sitio, preparada para trabajar de firme.

—Te dejo que mires —dijo—, pero no quiero que escuches. ¡Mierda!

Pero a estas alturas yo ya no me tenía en pie. Diez minutos más tarde me encontraba todavía resoplando, hundido en una butaca de ejecutivo, cuando regresó Fielding de la pista. Había subido la escalera a un trote ágil. Me estrujó el hombro.

—Lo siento...

—Tranquilo, Slick —dijo Fielding—. Sólo te hace falta gastarte unos dineros en conseguir que alguien te enseñe a mejorar el revés, y quizá también el saque. Aparte de dejar de fumar, beber menos y comer mejor. Tendrías que hacerte socio de algún gimnasio de los caros, y visitar casas de masajes. Tal vez te convendrían también unas cuantas operaciones, de esas largas, dolorosas y carísimas. Y también...

—Cállate de una vez, joder. No estoy de humor para...

—Vas de cara al funeral, Slick. Sólo querría que me durases un poquito más. Cuando termine contigo vas a ser un hombre rico. Lo único que deseo es que disfrutes de la vida.

Poco después, Fielding se fue, haciendo footing, al Carraway. Yo me quedé sentado en el vestuario, mirando los azulejos. Pensé que si lograba permanecer absolutamente quieto durante la siguiente media hora, quizá lograra evitar que me ocurriera alguna desgracia irreparable. Oí un ruido, se encendió una luz, y supe que aquel vestuario sería pronto escenario de unos efectos especiales de carácter privado... Entraron, en efecto, seis tipos enormes, procedentes, supongo, de las pistas de squash. Aquellos relucientes y vociferantes sujetos se pusieron a soltar berridos y maldiciones y pedos mientras se desnudaban para la ducha. No llegué a verles las caras. Si hubiese levantado la cabeza habría tenido que vérmelas con algún hediondo sobaco o algún peludo trasero. La vez que abrí uno de mis ojos capté una gran polla que se bamboleaba a cinco centímetros de mi nariz, a modo de represalia pornográfica. Luego hubo entre ellos una pelea a toallazos. Duró sus buenos diez minutos. La chica de blanco llegó a asomar la cabeza por la puerta y les gritó algo a través del vapor. No pude soportar aquello ni un momento más. Sollozante, recogí la ropa y la metí en la bolsa de plástico. Salí a la calle Sesenta y seis equipado con mi sudada camiseta, las bermudas hasta las rodillas, los calcetines negros y las viejas zapatillas deportivas. Pensándolo bien, seguro que no me diferenciaba en nada del resto de los peatones. Mi cuerpo ansiaba encontrar oscuridad y silencio, pero los controles del sol estaban puestos al máximo, y tuve que desgañitarme bajo aquella turbulencia amarilla para lograr que se detuviera un taxi.

\*\*\*

Sólo hay un modo de aprender a pelear: peleando mucho. El motivo por el cual hay mucha gente que no sabe pelear es que pelean muy de vez en cuando, y, en estos tiempos de especialización al máximo grado, nadie puede llegar a triunfar en ningún terreno a no ser que se dedique a él en serio y todo el tiempo que le sea posible. En el caso de la violencia, hay que practicarla, hay que tener un buen repertorio. De pequeño, en Trenton (Nueva Jersey), y más adelante en las calles de Pimlico, aprendí cada golpe y cada treta, de uno en uno. Por ejemplo, ¿cuál de ustedes sabe embestir (técnica consistente en golpear la cara del rival con la *propia* frente, y que constituye una manera muy íntima de pelearse, aparte de tener una tremenda capacidad de desconcertar y asustar al contrario)? Yo comencé a practicar la embestida a los diez años. Poco después, una vez adquirida cierta costumbre (lo mejor es golpearles con la base del cuero cabelludo, y darles en la nariz, la boca, la mandíbula, da lo mismo), pensé: «Vale, ahora ya sé embestir». A partir de entonces, lo de las embestidas se

convirtió en una opción que tenía siempre a mi alcance. Y lo mismo ocurrió sucesivamente con el rodillazo en los huevos, la patada en el mentón, el dedazo en el ojo; eran nuevas formas de expresar mi frustración, mi furia y mi miedo, y de conseguir que las discusiones terminaran con una victoria por mi parte. Pero hay que practicar mucho. Para aprender hacen falta muchos años, numerosas pruebas, numerosos errores. Nadie aprende estas cosas sólo con ver la televisión. Hay que utilizar municiones de las de verdad. Así, suponiendo que alguno de ustedes tuviera una pelea conmigo, y acabásemos llegando a las manos, y tratara de embestirme a mí, de darme un cabezazo en la cabeza, seguramente lo haría bastante mal. No me dolería apenas. No me causaría daño alguno. Sólo me pondría más furioso. Y entonces yo le daría a quien fuese un cabezazo con mi cabeza super fuerte, y eso provocaría mucho dolor, y seguramente daños bastante irreparables.

Además, lo más probable es que yo le embistiera antes de ser embestido. En las peleas de bar, en las peleas callejeras, sólo cuenta una regla: máxima violencia, y al instante. Nada de pensárselo, nada de esperar a que el otro tome la iniciativa. Hay que usar el ataque atómico desde el primer momento. Darle al contrario con lo que sea, botellas de leche, llaves inglesas, objetos contundentes de cualquier tamaño. El primer golpe tiene que producir el efecto definitivo. Si el otro logra encajarlo, de todos modos acabará sacando a relucir todas sus artimañas. Pero se habrá llevado lo suyo. De modo que, usar desde el principio la peor y mayor violencia posible. El único elemento de sorpresa es la brutalidad extrema. Péguenles con lo que sea. Jamás les den cuartel.

\*\*\*

Les aseguro que en esa pista de los cojones me dejé hasta la piel, en serio. Me pasé setenta y dos horas tendido en mi cuarto del hotel. El tinnitus funcionó a pleno rendimiento y sin cesar, y encima se me complicó horriblemente el dolor de muelas: sus sirenas de dolor me despertaban a patadas, con un estruendo fortísimo, enloquecido, retorcido, como los remolinos de un río. También me había jodido la espalda, en la pista, y además me había salido un extraño bulto en la parte posterior del muslo, por culpa de la caída que sufrí cuando Fielding me pilló con un golpe a contrapié. Resbalé, y me deslicé varios metros por el césped artificial. Finalmente, parecía haberse iniciado una gastritis aguda, quizá a consecuencia de todos esos junkfurters. O quizá fuese sólo una resaca mixta, no lo sé. Durante el primer día estaba hecho un turbo, un hovercraft humano pegado a la taza cada dos por tres. Qué horas... La camarera metió la cabeza un momento, pero no llegó a limpiar la habitación. Pronto comenzó a notarse.

Félix, el botones, se portó como un buen amigo en esas circunstancias. Fue a

buscarme cosas a la farmacia y a la tienda de bebidas alcohólicas. Su presencia, su despreocupada vitalidad, me salvaron la tarde. Poco a poco fue mostrándose más firme. Me echó la gran bronca cuando me encontró hipnotizado una mañana ante un concurso de televisión, *El juego del dinero*, y me miró como si tuviera intención de resistirse cuando yo le pidiera una botella. Le eché a cajas destempladas.

—Vete a la mierda, Félix —le grité—. Usaré el servicio de habitaciones.

Pero acabó haciendo lo que yo le pedía, algo inquieto, sin mirarme a los ojos. Me conmovió. Félix estaba ganándose algún dinero con todo eso: a esas alturas ya le había pasado veinte dólares. Pero hubiese ganado mucho más si me hubiese mantenido mejor abastecido de whisky. Me encontraba tan mal que fui incapaz de soportar el roce de su censura, y, en conjunto, traté de tomarme las cosas con calma.

Tenía fiebre. Y, encima, ardía en deseos de tener noticias de Selina. Tendido en esa zona de nadie en la que ni duermes ni estás despierto, allí donde todas las palabras y todos los pensamientos te salen del revés y, sin embargo, la cabeza trata de resolver tus problemas, vi a Selina envuelta en humos rosados. Vi su carne contorsionada y convulsionada, su cara con una sonrisa distraída, sus ojos adulados con una mirada cómplice, sus afilados hombros, su fiera melena, el cuerpo arqueado haciendo lo que ese cuerpo mejor sabe hacer: y la conmovedora prueba, tan terriblemente pornográfica, de que Selina no hace nada de eso por pasión, ni por comodidad, ni por amor, la prueba de que sólo lo hace por *dinero*. Desperté a media noche, balbuceando: Sí, oí mi voz que decía: Resuélvelo, resuélvelo, sin estar del todo despierto. Y sé que dije: *Me gusta. La quiero... Adoro su corrupción.*

El teléfono es un instrumento unidireccional, un instrumento de tortura. Llamó Caduta. Llamó Lorne Guyland. Llamó un trío de chiflados: Christopher Meadowbrook, Nub Forkner y Herrick Shnexnayder, también llamaron esos tres. Y el loco, el verdadero demente, ese caso clínico, el muy hijo de puta, llamó una, dos, hasta tres veces, qué cabrón. Lo admito, me tiene bien cogido. Me pongo al rojo cuando descuelgo y oigo el vacío al otro lado de la línea, antes de que él me dispare su arenga. Tiene una voz abyecta, amarga, paupérrima. Una voz *mezquina*. Notas en ella cuánto se odia a sí mismo, qué repugnante y dolorosa es su vida. Parlotea. Grita. Pero sus amenazas, detalladas y gráficas, suponen un gran alivio para mí. Sé cómo arreglármelas con las amenazas.

—¿Cómo quieres que te llame? —le pregunté una vez.

—Seré Frank<sup>[4]</sup> —dijo él, y estuvo riéndose un buen rato, sin disfrutarlo.

Estaba enterado de lo del tenis, y se carcajeó un buen rato de mi humillación. Supongo que pudo verme desde lo alto de la galería acristalada, tras haberme seguido hasta la pista.

—Calcetines negros —dijo—. Joder, tío, dabas pena.

¿Cuál era su tema central? Su tema central era que yo le había arruinado su vida.

Que le había engañado y estafado un montón de veces. Por mucho que yo hiciese, jamás le compensaría mis putadas. La única compensación real sería mi propia ruina. No se lo discutí. No dije casi nada. Sólo deseaba que me llamase en un momento en que yo estuviera cocido de verdad: entonces sabría lo que pienso. A veces su voz sonaba altiva; otras, empequeñecida. Y siempre dolida. Una vez puestos, ¿quién sabe? Con unos cuantos brandies en el estómago me sentía capaz de manejarle, gracias a mi breve pero maligno repertorio de trucos callejeros. Pero con los locos no se sabe nunca. Una vez me destrozó un loco que no tenía ni media torta de las mías; pero en aquel estado era cualitativamente superior, estaba imbuido de una rectitud feroz, ilimitada. Llevan los motores super acelerados. Son capaces de levantar autobuses y cosas peores cuando la locura les pone a todo gas.

Fielding también me llamó varias veces. Se mostró amable y solícito, y reconoció haberse pasado conmigo en la pista. Pero la culpa había sido mía, y así se lo dije. No estuvo jugando conmigo, se limitó a usar sus conocimientos y su técnica de siempre. Si ni siquiera tuvo que esforzarse...

—Oye una cosa —le dije—. Dime, ¿quiénes eran todos esos tíos que miraban desde arriba?

—Pues, la verdad, Slick, no lo sé. Creo que dejan entrar a todo el mundo. Quizá sean amigos de los jugadores, no tengo ni idea. ¿Por qué lo preguntas?

—Uno de ellos me ha telefonado —dije, sin concretar.

—¿Quién era? ¿Un cazatalentos?

—Seguro —dije, y alargué el brazo para coger mi scotch.

Fielding se ofreció a enviarme su médico personal para que me atendiera, pero me pareció que no había motivos para hacer que el pobre médico sufriera una experiencia tan brutal.

También me llamó otra persona. Me llamó alguien más, desde aquí mismo, desde Nueva York. En mitad de mi fiebre, en mitad de mis balbuceos, un día oí una voz humana.

A estas alturas ya había comprendido que el teléfono es un objeto malicioso e histérico, un muñeco de ventrílocuo, cargado de amenazas, de mimos. Haz eso, piensa lo otro, finge lo de más allá. Hasta que llegó la voz humana.

Estaba en la cama, me sentía enorme, varonil, en braslip. Menudo tío soy yo. Estaba sudando, maldiciendo, tratando de dormirme. Hasta que, de repente, el teléfono me montó su número. Una de mis quejas más graves contra Selina era que, con su desaparición, me obligaba a descolgar el teléfono cada vez que sonaba. También podía ser Fielding, supuse, anunciándome nuevas remesas de dinero dirigidas a mi cuenta.

—Hola —dijo la voz conocida—. ¿John?

—¡... Selina! Ah, fantástico, mala puta. Haz el jodido favor de decirme dónde

cojones...

—Lo siento. Soy Martina. Martina Twain.

Sentí..., sentí varias cosas a la vez. Sentí el hundimiento de mi escandaloso desconcierto. Sonreí, y sentí que mi cara abandonaba su viejo molde de dolor. Sentí, durante un segundo, la hinchazón de la muela, despertada por la leve contorsión de la mejilla. Sentí que se apaciguaba la corriente estática que me zumba en la cabeza. Y sentí también que, la verdad, no estaba a la altura de las circunstancias, que ni lo estaba en ese momento ni lo estaría jamás.

Mi silencio le hizo reír. La risa me colocó en la posición del gilipollas, del despistado, pero con amabilidad, pensé. En esos momentos ya me encontraba sentado, fumando, bebiendo, tratando de recomponerme. Porque debo explicar ahora mismo que Martina Twain es una tía de categoría, una de las que cualquier presidente de multinacional elegiría como pareja, una tía con clase vista desde todos los ángulos que se quiera, incluso desde los de ustedes, desde sus criterios de valor y sus patrones de conducta, sean lo que sean y sean ustedes quienes sean, oh desconocidos terrícolas. Menuda clase tiene esa chica, y qué educación, aparte de un cuerpo de primera, porque es una de esas niñas que de jovencitas han sido altas y flacuchas, pero que, sea como fuere, acaban teniendo unas tetas considerables y un buen culo. Posee, por si todo eso fuera poco, una lengua vivaz y bien salpimentada. Es norteamericana, pero se crió en Inglaterra. Siempre he sentido por ella una cosa remota y desesperada, desde los tiempos de la escuela de cine.

—Martina, ¿qué tal estás? Ni siquiera sabía que estabas enterada de mi venida aquí.

—Me lo dijo mi marido.

—Ah —dije, entristecido.

—Él está en Londres. Acaba de llamarme ahora mismo. Bien, ¿cómo es que has venido?

—Oh, suelo pasarme por aquí a menudo, últimamente. Por fin he conseguido poner en marcha una película.

—Ya, me lo ha dicho Ossie. Esta noche vienen a cenar unos amigos. ¿Quieres pasarte tú también?

—Oh, sí. ¿Quién habrá?

—Siento decirte que la mayoría serán escritores.

—¿Escritores? —dije. Hay un escritor que vive cerca de mi casa, en Londres. Cuando me ve por la calle me mira de una forma muy rara. Me pone los pelos de punta, el muy jodido.

—Eso he dicho. Escritores. Una mujer que escribe crítica en el *Tribeca Times*. Y Fenton Akimbo, un novelista nigeriano. Y también estará Stanwyck Mills, el crítico.

—Esta noche no podrá ser —dije—. Tengo que ir a un rollo de fiesta, con...

Butch Beausoleil y Spunk Davis.

Pareció impresionada. O eso me dio a entender su silencio.

—Ya me temía que estuvieras ocupado.

—Oye, espera un poco. ¿Y mañana, a la hora de desayunar? Tengo muchas cosas que hacer, pero creo que para el desayuno conseguiré arreglármelas.

Acordamos vernos a la mañana siguiente en el Bartleby de Central Park oeste. A las nueve en punto. Puse en marcha de inmediato mi sistema para curarme las gripes por la vía rápida. Te metes en cama, te envuelves con muchas mantas, y te bebes una botella entera de scotch. Técnicamente suele bastar con media botella, pero quería asegurar el resultado. Suspendí todas las llamadas, puse el cartel de No molesten en la puerta, y antes de las diez ya estaba durmiendo como un angelito.

El reloj marcaba las ocho y cuarto. Salté de la cama sintiéndome peleón, verdaderamente en forma aparte de los sudores, los estremecimientos, los temblores y un pronunciado mareo, más otra cosa, difícil de describir y más difícil aún de sobrellevar, algo así como si me hubiera saltado mi parada del transbordador espacial y hubiese faltado ayer a una cita que tenía en el planeta que ya he dejado atrás. Inspeccioné desde la ventana trasera la palidez matutina... Me llegó el café cuando estaba fumando en la bañera, con una temblorosa pierna apoyada en el frío borde blanco. Me corté al afeitarme, y luego tuve un buen altercado con mi felpudo. Me gusta que quede todo hacia atrás, pero las mechas gris apizarrado se empeñaron en seguir haciendo reverencias que cubrían mi despejada frente en zigzag. Moje el cepillo y aplasté la rebelión por la fuerza. Luego me bebí el café a grandes sorbos jadeantes. Ocho y cuarenta. La mejor ropa: americana larga y acampanada, pantalones pitillo, zapatillas negras de chulo. No tomé ninguna copa, pero al cerrar la puerta ensayé un par de veces el saludo que le dirigiría a Martina, y el modo en que, riendo, pediría champagne.

Me encaminé hacia el este primero, luego al norte. Fíu, qué día tan raro: mucha luz, pero lívida, biliosa, como si en los pulmones del nuevo amanecer quedara todavía algún nudo de porquería anti ecológica. Anda, escúpelo de una vez. Y las tiendas aún dormían... ¿Dónde está el ruido? ¿Dónde está la gente ruidosa? Apenas unos cuantos coches, con ojos de resaca de gimlet. Sintiéndome extrañísimo, abordé a un poli uniformado.

—¿Qué pasa, tío? —dije animadamente, y me parece que incluso le cogí del brazo—. ¿Dónde está la gente? ¿Es fiesta? Joder, qué oscuro está todo. ¿Hay eclipse o algo así?

—¿Qué hora tiene usted? Son las nueve.

—Yo también tengo las nueve.

—Nueve de la noche, hijo mío. Aquí siempre oscurece a esta hora en esta época. Y todo el mundo se ha ido a casa.

No pude soportarlo, ignoro por qué razón. Me puse a llorar, sin hacerlo ni siquiera a gusto, sino con esfuerzo, haciendo trabajar las bombas del pecho. Con extraordinaria tolerancia, el tipo aguantó, me puso las manos en los hombros, y me dijo:

—Tienes que soportarlo, chico. Y creo que llevas toda la razón. De verdad. Pero se arreglará. Tranquilo, hombre. Mañana será otro día.

\*\*\*

Y el tipo tenía razón. A la tercera mañana, cuando desperté, vi que las sábanas estaban secas. Abrí cautelosamente los ojos y me senté. Sí, había acabado, se me había pasado, aquel tormento se había ido de paseo, a por otro. Y pensé: vete a casa, a casa.

Me bajé de la cama y llamé al servicio de habitaciones. Durante más de un minuto hice jogging en el cuarto. Así debería ser siempre el despertar. ¿Me engañaba, o había perdido algún que otro kilo? Me di champú al felpudo. Encontré un frasco de desinfectante y le pegué un buen trago. Hice reflexiones. Llamé a la compañía aérea.

A mitad de mis dos primeros litros de café encendí un pitillo. Mmm, qué bien sabía. El tabaco y la fiebre no combinan nada bien. Me reprocho a mí mismo por ser incapaz de disciplinarme un poco, pero en lo del tabaco no me gana nadie. Comprendí que durante mi enfermedad había conseguido controlar mi ritmo de esputos gracias a la pura fuerza de voluntad. Cuando empecé el segundo cartón hasta descendió un poco la curva estadística, pero me sentía de nuevo capaz de arreglarlo. Si hacía falta, ahora podía fumar a dos manos.

Me toqué los dedos gordos de los pies. Me serví más café y abrí otra cajetilla. Bostecé con satisfacción. Y bien, muchacho, me pregunté, ¿qué tal una paja ahora?

Saqué un par de revistas de desnudos que llevaba en la maleta y volví a meterme en la cama para echarles una ojeada. Veamos que hay por aquí... La idea misma constituía una grave equivocación. No era nada divertido y acabé con un terrible dolor de nuca. Además, la pornografía crea hábito, no sé si lo saben ustedes. Desde luego que sí. Por ejemplo, yo soy adicto a la pornografía, y tengo que mantener unos hábitos de tres revistas y una película a la semana, por lo menos. Mientras me frotaba pensativo la nuca delante del espejo del baño, y soportaba como podía la mirada de mi maldita cara, tuve un recuerdo de mis desastrosas noches de fiebre en este caluroso Nueva York. Alguien había recorrido hasta el final el largo pasillo que conduce a la habitación 101, una vez, dos, quizá más veces, alguien que se había puesto a sacudir mi puerta, y no porque sintiera necesidad de entrar sino de pura furia, a modo de advertencia. ¿Ocurrió de verdad, o no era más que una nueva clase de sueño? Últimamente me vienen nuevos sueños de todos los tipos imaginables,

sueños de tristeza, sueños de borrachera, sueños de aburrimiento que no se acaban nunca, y sueños que sólo soy capaz de comparar con la tensión de la búsqueda que me imagino deben tener que soportar los poetas en espera de que sus versos adquieran forma. Lo digo de forma tentativa simplemente. No tengo ni idea de qué pueda ser eso de escribir poemas. Ni tampoco de qué pueda ser lo de leerlos... Por lo que se refiere a mis relaciones con la lectura (en realidad, no sé por qué les digo esto: ¿lee mucho alguno de ustedes?): soy incapaz de leer, me duele la vista. Y no puedo llevar gafas, me duele la nariz. Ni puedo ponerme lentillas, me pone nervioso. De modo que, ya lo ven, no me quedó más remedio que elegir entre el dolor o dejar de leer. Decidí dejar de leer. No leer: una gran inversión para mi dinero.

Telefoné al Carraway y pregunté por Fielding.

—Lorne quiere que le demos garantías —me dijo.

—Pues, bueno, dale garantías tú un rato. Yo me voy a casa.

—¡Tan pronto!

—Regresaré. Tengo que resolver algunos asuntos.

—¿Qué clase de asuntos? ¿Dinero o mujeres?

—De las dos clases.

—Son el mismo problema. ¿Cuándo sale tu vuelo?

—A las diez.

—Entonces, te vas hacia el aeropuerto a las ocho cuarenta y cinco.

—No. Tengo que estar en el aeropuerto a las ocho y cuarenta y cinco. Vuelo con la Airtrack.

—¿Airtrack? ¿Qué ganas yendo con Airtrack, Slick? ¿Ensalada, marihuana, números de variedades?

—Da igual. Pero voy con la Airtrack.

—Mira... Antes de que te vayas quiero que hables con Butch Beausoleil. ¿Puedes estar en mi club a eso de las siete? Es el Berkeley. Cuarenta y cuatro oeste. Deja las maletas en la entrada y pasa al bar.

Y también llamé a Martina, que aceptó mis disculpas. Al principio, todas las aceptan. De hecho, simpatizó con mi situación. Quedamos a las seis, para tomar una copa en el Gustave, de la Quinta Avenida. Me las arreglé muy bien con ella, le conté lo enfermo y solo y jodido que había estado.

\*\*\*

La jornada comenzaba a ser atareadísima. A mediodía me encontré haciendo cola en la Sexta Avenida, haciendo cola con sementales y leñadores que también querían comprarse un billete para ocupar uno de los asientos más baratos del avión grande e inseguro en el que yo iba a volar. Todas las compañías han rebajado sus precios, y

actualmente sólo los abyectos volamos en Airtrack. Es la compañía aérea del pueblo: y nosotros somos el pueblo. Una chica uniformada con el pelo teñido color tomate y una increíble boca de tragona desapareció durante varios ominosos minutos en los que estuvo comprobando los números de mi tarjeta Approach americana. Luego regresó, con la dentadura brillante de satisfacción ante el magnífico crédito de mi tarjeta.

—¿Qué película echan? —le pregunté.

Tecléo con sus uñas rojas el ordenador, fastidiada por la pregunta.

—*Pookie Hits the Trail* —dijo.

—¿En serio? ¿Quién sale?

La máquina también tenía la respuesta.

—Cash Jones y Lorne Guyland.

—Ande, dígamelo. ¿Cuál de los dos le gusta más?

—No lo sé —dijo—. Son un par de mamones.

Entré a echar una ojeada en un bar de aspecto crepuscular pero sin gogos, en la calle Cincuenta. Estuve leyendo mi billete durante un rato. En el taburete de al lado, un tembloroso ejecutivo se tragó a toda prisa tres combinados oscuros, soltó un espantoso suspiro y salió corriendo... Yo tomé vino blanco: quería mantenerme en forma. Era el primer alcohol que ingería en, no sé, quizá dos días. Después de toda esa lacrimógena confusión, después de haberme sentido la noche anterior, cuando salí a la calle, como un niño de meses, fui incapaz de tragar nada. Pero lo intenté. Sabía a veneno, a cicuta. De modo que me largué. Tenía un puñado de caramelos. La verdad, si no hubiese visto al pobre tipo aquel, tan trajeado, no sé qué hubiera hecho. Mientras masticaba pensativamente un caramelo, algo brincó contra mi peleonera muela. El conocimiento es doloroso, y en aquellos momentos yo sabía muy bien que Selina tenía algún nuevo ligue en su agenda. Pues claro que sí. Es lista. Es práctica. Se habrá liado con algún agente inmobiliario, con algún hijo de papá, alguien de dinero. A lo mejor ni siquiera ha empezado a tirárselo, es posible que se esté limitando a dejarle boquiabierto, permitiéndole vislumbrar apenas el encaje de su ropa interior, dejándole pasar un instante al baño: sí, eso, y alguna que otra paja, seguro. Al fin y al cabo, así fue como me procesó a mí al principio, cuando todavía andaba con aquel ejecutivo de publicidad, y mantenía en la reserva a aquel veinteañero especialista en la búsqueda de localizaciones. Selina sabe muy bien qué tiene que hacer para llamarles, para desviarles cuando le conviene, para que no se le metan en el hangar hasta que ella quiera: tiene gran experiencia en eso del control aéreo. Hasta que, un día, te lo da todo... ¿Dónde puede estar metida? Aquí son las seis, empieza a oscurecer. Estará vistiéndose para la noche, y estará preocupada. Está preocupada. La noche es joven aquí, pero Selina ha dejado de ser joven, ya no lo es. ¿Saben una cosa? Tengo que casarme con ella, tengo que casarme con Selina Street.

Si no lo hago yo, no lo hará nadie, y habré arruinado otra vida.

Terminé el vino y me bajé del taburete, sorprendentemente alto, por cierto. Era como si me hubiese tomado seis vasos, o jarras, de aquel amistoso vino californiano. Regresé al hotel por entre la muchedumbre (ya están aquí otra vez) de extras y aspirantes, de actores de una frase y de ninguna, de terrícolas desconocidos que pueblan las calles de Manhattan. Furiosos taxis maldecían, deprimidos. Luego me fijé en unas pancartas: BRITÁNICOS FUERA DE BELFAST y AMO EL IRA y ¿QUIÉN MATÓ A BOBBY SANDS? Bobby Sands, muerto tras su huelga de hambre. Hacer huelga de hambre debe de resultarle especialmente atractivo a esos manifestantes, que suelen tener un cuello grueso como el de un buey.

—¿Habla usted conmigo? —le grité a uno de ellos.

—Lárgate ya. Qué sabrás tú.

Y entonces recordé que el príncipe de Gales también estaba en Nueva York. Probablemente la manifestación fuese por él. De hecho, eso fue lo que pude comprobar en ese momento leyendo otra de las pancartas. Pues bien, aguanta, príncipe, pensé. No hagas caso de estos gansos. Tú eres el que tiene razón, seguro.

De nuevo en el hotel, hice un trato con el tipo que estaba detrás del mostrador. A cambio de diez pavos y una conversación de otros tantos minutos acerca de Lorne Guyland y Caduta Massi, me dejó conservar mi habitación hasta la seis de la tarde sin cobrarme ni un céntimo más. Era un fan de Caduta, de los de toda la vida, y también estaba encantado con el viejo Lorne.

—Ha aguantado en la cresta durante treinta y cinco años —me explicó—. Así es como se ha ganado mi respeto.

La poco apreciada habitación soportó calladamente el martirio mientras yo hacía el equipaje. Como recordaba mi cita con Martina, y quería seguir portándome tan bien como durante los dos últimos días, me había reservado una botella de Chablis para no quedarme sin combustible durante la tarde. Pero la habitación estaba llena de scotch y gin y brandy, y deploro el despilfarro. Toda una familia africana podría pasarse un mes borracha con todo lo que iba a dejarme allí. No probé de localizar a Selina. Quería darle una bonita sorpresa.

Aunque al principio lo hacía con orden, acabé haciendo el equipaje de forma brutal y caótica. Encontré bajo el colchón una botella de ron sin abrir; seguramente la había escondido Félix. También me puse a darle tragos. Pegué unos cuantos botes encima de la maleta después de haberme hecho mucho daño en el pulgar con la cerradura. En no sé qué momento debí desplomarme sobre la cama y estuve dormido unos cuantos minutos. Me despertó el teléfono. Tomé un trago de ron y encendí lentamente un pitillo.

—Joder, tú otra vez.

—So cabrón —dijo la voz—. Te vas a casa. A joder unas cuantas vidas más. ¿Qué

ha pasado? ¿Otro día de los tuyos? Te he visto en la calle, gritando. Estás acabado, tío.

Era mi oportunidad. Me había pillado en forma. En un caso como éste hay que recurrir a todas las posibilidades del idioma. Y siempre tengo cerca esas posibilidades. Sobre todo si estoy bebido. Agarré el teléfono por la garganta, me adelanté un poco y dije:

—Vale, chupapollas, ahora te toca escuchar a ti. Necesitas que te ayuden, ¿de acuerdo? Vete al asistente social de tu barrio, busca al que se encarga del programa de desintoxicación para drogotas, o al especialista en psicóticos, o a la patrulla de barrenderos, y apúntate en lo primero que encuentres. Estás enfermo, tío. La culpa no es tuya. La culpa es de tu química corporal, que no te funciona. La culpa es del dinero. Ya verás como te dan unas cuantas pastillas gratis. Durante un ratito te sentirás mejor.

—Sigue —dijo él—. Me gusta tu estilo. Plan macho... Algún día nos veremos las caras.

—Eso espero. Y para cuando haya acabado contigo, guaperas, no quedará más que un mechón de pelo y un par de dientes.

—Nos veremos...

—Nos veremos las caras. Y cuando llegue ese día te mato, tío, te mato.

Colgué violentamente y me quedé sentado en la cama, jadeando. Sentí necesidad de escupir. Uf cómo detesto tener que hacer esta clase de amenazas telefónicas. Miré la hora... *Cristo*. Debía de haberme quedado dormido una hora o más, aunque quizá dormir no sea la palabra adecuada. Dormir es una exageración, porque lo que yo hago últimamente apenas se le parece. Lo mío son apagones, tío. Apuré la botella de ron, terminé de hacer el equipaje a la luz ácida del final del día, reuní mi documentación de viajero, y pulsé el timbre del botones.

\*\*\*

Al final tuve tiempo de sobra para despedirme de Nueva York. Para empezar, le di a Félix un billete de cincuenta. Me pareció que el chico estaba extrañamente excitado o preocupado, y, no sé por qué, se empeñaba en conseguir que me tendiera en la cama. Pero la pasta le tranquilizó, supongo. Me encanta dar dinero. Si alguno de ustedes se encontrara ahora aquí, probablemente le daría algo de dinero, veinte, treinta, quizá más. ¿Cuánto quieren? ¿Qué van a tomar? ¿Qué me darías tú, hermano? ¿Y tú, hermana? ¿Habría alguien dispuesto a ponerme el brazo sobre los hombros y decirme que soy la clase de tipo que más le gusta? Pagaría por eso. Le daría un buen dinero a quien Riese.

Tras dejar la maleta en la recepción salí directamente camino de la House of the

Big One, en donde me comí siete fastfurters. Estaban tan deliciosas que, mientras las devoraba, se me saltaron las lágrimas. Después le compré un canuto, una píldora estimulante, un poco de cocaína y otro poco de opio a un camello listo que me abordó en Times Square, y me metí en los lavabos de un bar de gogos para tomármelo todo de golpe. Dicen que esto es un grave error pues, según parece, se te pueden cruzar los cables si combinas la hierba con cosas como la heroína. Aunque, me gustaría saber cuál es el principio económico en el que se basa esa suposición. Lo que suele hacer la gente es combinar la hierba con cosas *flojas*, de manera que en realidad lo único que hacen es mezclar aspirinas con cagarrutas de perro. En fin, que lo que yo hice, como iba diciendo, fue tragármelo todo, y de inmediato noté un acelerón y salí del váter hecho una fiera.

Crucé la calle empujado por los coches y su orquesta de viento, y entré en el emporio del porno que hay en la esquina de Broadway y la Cuarenta y tres. ¿Cómo describir ese local? Es un lavabo de caballeros. Sus cubículos a veinticinco centavos son en realidad váteres: metes la moneda, te introduces en el pequeño recinto, te sientas y haces tus necesidades. Hay graffiti escritos con rotuladores fosforescentes de color negro en tarjetas amarillas, con fotos de las tías más extrañas. El coño de esa puta es enorme. Aquí estuvo una pandilla de cerdos jodiendo entre torrentes de semen. A Juanita de Pablo le dan por el culo. ¿Quién escribe estas cosas? Es evidente que se trata de alguien que tiene muy buenas relaciones con el otro sexo. Mientras, los encargados, todos negros, pasean con su bolsa de tintineantes monedas... Primero me metí en el reservado 4A para probar un número sadomasoca. Tenían a la chica doblada en tres y le metieron un bate de béisbol por entre las piernas. Luego le daban corrientes. Todo en plan muy realista. Ahora bien, ¿era real? Se veía una línea blanca de zigzagueante corriente estática, y la chica se retorció y chillaba, sin duda. Me largué cuando iban a meterle una lavativa, tal como estaba anunciado en el escabroso programa sujeto con una chincheta en la puerta. Si la chica hubiese sido un poco más guapa, un poco más de mi tipo, me habría quedado un rato más. En el siguiente reservado vi una película de veinticinco centavos y ambiente selvático: el foco de interés romántico radicaba en los amores entre una chica y un asno. Ella sonreía tranquila, dispuesta a cargar con aquella bestia de carga. El asno no parecía especialmente emocionado.

—Espero que te paguen bien por eso, nena —murmuré cuando salí. No estaba mal... Finalmente, dediqué otra parte importante de mi tiempo a un número bastante ortodoxo en el que un vaquero de mandíbula cuadrada le sacaba todo el partido posible y desde todos los ángulos posibles a la tal Juanita de Pablo. Justo antes de que el buen mozo alcanzara la culminación, la pareja se separó bruscamente, con muchas prisas. Entonces ella se arrodilló delante de él. Y había una cosa que quedaba clarísima: que el vaquero debía de haber soportado una abstinencia de seis meses por

lo menos, a dieta de yogur y helado y mantequilla exclusivamente, con prohibición explícita de la paja por si fuera poco. Para cuando el tío acabó, Juanita estaba cubierta de una granja entera de leche. La cámara se acercó orgullosamente a su rostro para mostrar a la pobre escupiendo, atragantándose, parpadeando... No es fácil decir, la verdad, quién es el que sale perdiendo en esta curiosa transacción: ella, él, ellos, yo.

Así pues, llego tambaleante y tembloroso hasta la recepción del club de Fielding, tras haberme parado por el camino para tomar un par de copas. Seguro que creen ustedes que a estas alturas ya soy un caso terminal, con todo el ron, la coca y todo el acompañamiento de orquesta. Pues no. No señor: este chico aguanta lo que le echen. Seguro que ahora ya se han hecho una idea de quién soy. Hay gente a la que le entra el sueño en cuanto bebe un poquito. Yo pertenezco al otro tipo. Al tipo de los que cuando beben se sienten fuertes y con ganas de hacer cosas... *No hagas nada* es la máxima que yo sigo cuando me emborracho. Pero siempre hago montones de cosas. Estoy borracho. «No hagas nada», una *buena* norma. El mundo sería mucho mejor, y mucho más seguro para mí, si nadie hiciera nunca nada. En fin, como iba diciendo, me encontraba de excelente humor cuando me metí en la puerta giratoria, y fui empujado por ella al interior de la recepción. Y allí debía encontrarme con Fielding y con Butch Beausoleil, Butch Beausoleil en persona.

Había un viejo robot de pelo cano en el mostrador, y estuvimos manoteando el aire los dos un buen rato mientras él trataba de anunciar mi llegada por la megafonía. Por cierto, le conté un chiste. ¿Cómo va el chiste ese? Ah, sí, hay un tipo que va en coche y se le avería, y entonces... No, alto ahí, empecemos de nuevo... En fin, que nos reímos lo nuestro con el chiste cuando lo terminé, o lo dejé a mitad, y él me dijo adónde debía dirigirme. A continuación me perdí. Entré en una sala donde un montón de gente vestida en plan fiesta de lujo jugaba a naipes y al backgammon. Salí presurosamente y de paso derribé la lámpara que estaba junto a la puerta. A quién se le ocurre colocar una lámpara ahí, con ese pie tan ancho y sobresaliente. Me pasé unos cuantos momentos peleándome en el interior de un armario, pero terminé encontrando la salida. Bajé otra vez las escaleras, pero tropecé y me caí de espaldas. Un buen golpe que, curiosamente, apenas me dolió, de modo que aparté a manotazos al apesadumbrado lacayo que intentó ayudarme. Luego le canté las cuarenta al subnormal de la recepción. Esta vez se aseguró de que llegaba a mi destino encargándose personalmente de acompañarme hasta la puerta de la Sala Pintón, lugar en donde, tras hacerme una profunda reverencia, me dijo:

—¿De acuerdo, señor?

—Fabuloso —dije yo—. Oiga, tome esto, hombre.

—Gracias, pero no, señor.

—Venga ya, que son cinco dólares.

—En este club no aceptamos propinas, señor.

—Por una sola vez, no creo que vayamos a perjudicar a nadie. No nos miran, aproveche... ¿No? Váyase a la mierda.

Bueno, con eso quedó zanjado el asunto. Me colé en la Sala Pintón. Me aflojé el nudo de la corbata y estiré el cuello. Qué sitio tan oscuro, y qué calor hacía allí. La larga barra se alejaba hacia el fondo, con mujeres de espalda encorvada y hombres de actitud atenta hasta el final. Me compliqué la vida con un taburete alto y acabé saliendo lanzado, con la cara por delante, contra una pilastra, pero, a tropezones, recobré el equilibrio y conseguí llegar hasta el sitio en donde se encontraba Fielding, al otro extremo de la barra. Llevaba un smoking blanco y hablaba en susurros junto al aura dorada que se expandía en torno a una chica de extraordinario glamour. Ella iba vestida con un vestido gris de seda, muy escotado, que ondeaba como la televisión. Su ferozmente azabachada melena caía en sólidas curvas sobre las válvulas vulnerables de su garganta y su deslumbrante piel. Sin dar tiempo a que Fielding me interceptara, me lancé directamente hacia la tía y le di un suave beso en el cuello.

—Hola, Butch —dije—. ¿Qué tal?

—Eh, hola, John Self. Es un honor —dijo Butch Beausoleil.

—Cómo vamos, muchacho —dijo Fielding—. Oye, Slick, estás encantador. Antes de que se me olvide, toma, un regalo.

Y me dio un sobre. Contenía un billete de avión, Nueva York-Londres, primera clase.

—Sale a las nueve —dijo Fielding—, pero te garantizo que llegarás a tiempo. Bien, John, yo diría que una copa te sentará muy bien.

Ellos tomaban champagne, y enseguida me puse a pedir a gritos otra botella. Derramé buena parte de su contenido y volví a gritar para que renovasen el suministro. Butch era un millón de carcajadas, y una chica marchosa. Tendrían que haber visto cómo me ayudó a frotarle el regazo con una servilleta, y con qué sentido del humor iba sacándose del escote los cubitos de hielo que yo le iba metiendo. Menuda electricidad desprendía aquella zorra en celo, sobre todo después de haber recargado mis baterías con la pornografía. Calor, dinero, sexo y fiebre: esto es Nueva York, esto es clase, esto es la cresta de la ola. Ahí, en la Sala Plutón, fui feliz, y luego apareció otra botella, y la nariz me cosquilleaba todo el rato, y había luego otra sala, una enorme confusión, y alguien me cogió del hombro, y me sentí todo mojado, y vi que la cara de Fielding me decía...

\*\*\*

El taxi amarillo se abrió paso a empujones por entre el tránsito de las calles de Nueva York. Era la ambulancia con rejas que llevaba a este perro loco a su casa. Con una sola mano, flexionado el moreno brazo en la ventanilla, el taxista comenzó a

saltarse todos los ámbar y nos llevó como una bala. No hagas nada. No hagas nada. Estuve fijándome en ese brazo moreno, con su piel salpicada de puntitos y de erizados pelos negros. Estuve fijándome en las extensas zonas desconocidas de la ciudad que iban deslizándose a mi lado. Hasta que los carteles y las luces blancas del aeropuerto comenzaron a volar junto a mi rostro.

—¿Qué compañía? —preguntó el taxista, y se lo dije.

Mentí. Hasta donde yo podía saber —a partir de los datos de mi reloj, y de los dos billetes— ambos vuelos habían despegado ya. Pero me aguardaba una buena dosis de sorpresas en la terminal. La partida del avión de las nueve había sido retrasada, gracias a una oportuna falsa alarma de bomba. Acababan de comenzar la operación de cargar de nuevo el equipaje, y suponían que el despegue sería a las once. Me dirigí al mostrador de primera clase. Qué bien te tratan en primera.

—¿Cuántas maletas, señor? —me preguntó la chica.

—Sólo esto —dije, señalándome a mí mismo con un elegante ademán.

—¿Perdón, señor?

—Nada de maletas. Sólo yo —dije con una sonrisa horrible.

Telefoneé a Félix, al Ashbery. Él me guardaría el equipaje. Pronto tendría que regresar... Bajo los calientes focos de dentista, crucé el edificio en busca de algún bar, pues se me había ocurrido la idea de brindar por mi despedida de Nueva York. Cuánto tuve que andar.

—Apenas son las diez, ¿y ya están cerrando? —me oí aullar—. ¿Y esto es el aeropuerto JFK?

En este momento tenía agarradas en mis puños un par de solapas de sarga azul marino. El tipo volvió a abrir el mostrador libre de impuestos y me vendió una jarra. Me senté a bebérmela en la sala de espera. Nos hicieron subir al avión, los de primera delante. Me levanté y me metí en el tubo.

Y continué viajando hacia el fondo de la entubada noche, viajando por la noche a medida que la noche se acercaba desde el otro lado, barriendo violentamente la tierra. Bebí champagne en el ancho trono rojo, sin amigos, en el ojo del avión, cortésmente separado por unas cortinas de las toses, ronquidos, gritos, llantos y chillidos de parto de las clases Negocios, Turista y Tarifa Especial. Cómo detesto la vida que llevo. Pedí que me dieran las cartas para apinar mi porvenir. He dejado de ser joven. ¿Por qué? Me está matando, lo de ser joven me está matando. Me tomé la cena. Vi la película: me dejaron elegir y preferí *Pookie*: era espantosa, el viejo Lorne estaba fatal. ¿Qué ha pasado allí, con Fielding y Butch? Oh, no, alejaos de mí. No quiero ni tocaros. No puedo ceder. Tengo que hacerme mayor. Ha llegado la *hora*.

## II

—Venga, John. Di lo que sientes. Eres uno de los más importantes directores de spots publicitarios del país, sólo tienes treinta y cinco años, estás a punto de rodar tu primera película, trabajarás con gente como Lorne Guyland y Butch Beausoleil. Venga, John, di lo que sientes.

En realidad no sentía absolutamente nada. Sólo notaba que volvía a encontrarme en Londres, arrojado desde el cielo en un clima indiferente. No sentía absolutamente nada, pero seguía tomando sorbos de mi cerveza; dirigí una sonrisa al micrófono, y dije:

—Es una sensación fantástica, Bill, por supuesto. Nunca es fácil hacer una primera película, pero estoy animadísimo y encantado con este proyecto. Las perspectivas no pueden ser mejores.

—Desde luego. Debes de estar flotando.

—Sí, tengo un futuro brillante.

Bill es el corresponsal en Londres de *Box Office*, la revista de los profesionales de Hollywood, y por eso utiliza este tono tan entusiasta. Aunque he tenido la sensación de que Bill no estaba especialmente entusiasmado esta mañana. Parecía costarle un gran esfuerzo lo de celebrar mi éxito. Pero para eso le pagan.

—Danos algunos datos. ¿Escribirás tú mismo el guión?

—¿Yo? ¿Bromeas? No, la idea es mía, pero utilizaremos una escritora norteamericana, Doris Arthur, para que se encargue del guión. Al principio la historia transcurría en Londres, pero ahora la hemos trasladado a Nueva York, y necesitamos un escritor que conozca el argot norteamericano.

—Dime, ¿qué te parece la perspectiva de trabajar con Lorne Guyland, emocionante?

Era una pregunta irónica, sin duda, pero respondí:

—Muy emocionante. Estoy conmovido de verdad. Quiero que Lorne me ayude a saltar este primer obstáculo, es un hombre que tiene muchísima experiencia. Eh, espera, será mejor que no escribas eso. A ver. Mejor pon: Sí, Lorne es un auténtico profesional, de los de la vieja escuela. No, no. Será mejor que tampoco pongas eso.

Di simplemente que es un buen profesional, ¿de acuerdo?

—¿Y qué me dices de Butch Beausoleil?

—Lo fantástico de Butch es que no es la típica rubia tonta. Es tan deslumbrante como un millón de dólares juntos, pero además es muy inteligente y sensible. Creo que tiene un gran futuro en nuestra industria.

—La última pregunta. El dinero.

—Bueno, ya he dicho que Fielding Goodney es un genio del dinero. Para él también será su primera película, pero tiene mucha experiencia en cosas de dinero. Hasta llegar a la fase de la distribución, no queremos tener ninguna relación con las grandes productoras. Hemos reunido un grupo de inversores. Parte del dinero vendrá de California, pero también contribuye gente de Alemania y Japón. Ya sabes que esta es la nueva tendencia en este terreno de la financiación.

—Exacto. ¿Cuál será el presupuesto? ¿Seis millones?

—Doce.

—Joder. Así se puede hacer cine, ¿no?

—Cierto.

Gracias a Dios, después de esto Bill se largó, y yo pude regresar al bar con mi jarra vacía. Once y media, domingo por la mañana, en el Shakespeare. Bajo la hilera de botellas de alcohol apoyadas en el gran espejo, Fat Vince y Fat Paul, dos generaciones de barmans, amontonaban cajas de cerveza con simiesca agilidad. Fat Paul se enderezó y yo me quedé mirando su cara incolora y sin una sola gota de sudor.

—¿Lo mismo? —dijo él.

—Sí. Y..., oye, Fat Paul, pon también un scotch.

—¿De los grandes?

—No, bastará con que sea doble.

Fat Paul dejó las bebidas sobre la barra. Cruzó los brazos y se apoyó en la madera. En actitud pensativa, hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Hoy viene una chica nueva para el striptease. Verónica. Qué tía. Preciosa.

—No me iré muy lejos.

—Oye, ¿y Selina? ¿Se la estás pegando?

—A mí que me registren.

Oímos un ruido de cadenas. Nos dimos la vuelta: lentamente, una sombra pequeña intentó abrirse paso, pero chocó contra la resistencia de las puertas de cristal que aún permanecían cerradas.

—¡Iros a tomar por el culo! —gritó la voz juvenil de Fat Paul.

—Deja, deja —dije—. Debe de ser mi guionista.

\*\*\*

Cinco días en Londres, y sin noticias de Selina.

Veinticuatro horas antes le había apretado las tuercas a Alec Llewellyn, pero después perdí el rastro por completo. El mentiroso de Alec. Estaba metido en el agujero de un bloque de apartamentos amueblados, cerca de Marble Arch, una carísima pensión cutre para ejecutivos medios pertenecientes al tipo de los solitarios y los transeúntes. Todo el edificio tenía aspecto de hospital o laboratorio: cincuenta unidades de gente en declive, conservadas en condiciones de asepsia total. Alec cree ser un privilegiado, un buceador de las más insondables profundidades de la vida. Delincuencia, deudas, drogas: por esas zonas suele nadar. Su forma de coger con sus largos dedos la caja de cerillas y el paquete de tabaco armonizan con su cara de chiflado guaperas en estado de gran nerviosismo. Sí, está muy nervioso. Y es mucho más frágil que hace unos cuantos años. Entonces no se asustaba ante nada. Ahora ya no está seguro de llegar a todo lo que se propone.

—¿Dónde está Selina?

—No lo sé —dijo Alec—. Tumbada sobre alguna montaña de pollas. Meneando el trasero en algún ático de ejecutivo. Elige tú mismo.

—¿Con quién se acuesta ahora?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Dijiste que estaba con alguien a quien yo conocía muy bien. Dime quién es. Quién.

—Da igual quién sea. Piénsalo bien, tío. Lo sabes muy bien. Selina es una buscadora de oro que ha pasado de la treintena, ¿no? Dicho de otro modo, es una perezosa que se está quedando sin recursos. No puede dejar de cavar hasta que encuentre el filón. Es lo único que puede hacer. Pues bien, cástate con ella. O busca alguna chica de otro tipo: con pecas y con diplomas, una mujer de carrera, una divorciada con dos niños, una enfermera gorda...

—Qué embustero eres. Hablas y hablas, y te da igual decir una cosa que otra. ¿Qué tal llevas eso de ser un embustero?

—Lo llevo bastante bien. ¿Qué tal llevas tú lo de ser un imbécil? ¿Dónde crees que puede estar Selina? ¿En un cursillo de verano? ¿De excursión por el distrito de los lagos?

Miré la habitación: la cama revuelta, el cepillo para el pelo, la maleta abierta, la ropa desperdigada. El flaco Alec, a sus treinta y seis años, con dos hijos, con toda su magnífica educación, con todos sus privilegios... ¿Qué coño está haciendo en este agujero? Estábamos bebiendo pernod, o paranoid, de una botella con etiqueta de Heathrow.

—Por cierto —dije—, gracias por lo que me dijiste en el aeropuerto. Me jodiste el viaje. Menudo mal rato me has hecho pasar.

—Fue sólo por precaución.

—¿Cómo?

—Selina quiere todo tu dinero.

Esto me interesó:

—¿Y qué? —dije—. Maldita sea, ¿qué tiene que ver eso contigo?

—Yo *también* quiero todo tu dinero. —Se rió a carcajadas, pero era una risa que no podía ocultar la mueca de dolor—. Mira, John. Este asunto es muy serio. Detesto tener que pedírtelo.

—Y yo detesto tener que oírlo. ¿Cuánto?

Dijo una cifra, una cifra que me consternó.

—Ya me debes bastante dinero —dije—. ¿Para qué lo quieres? ¿Un bisnes? ¿Deudas de juego?

—¡Pensión de alimentos! Mi ex ha logrado que los jueces se pongan de su parte. No hemos conseguido ponernos de acuerdo, y cada día me visita una pandilla de picapleitos para decirme que ella tiene razón.

—Eh, un momento. ¿No me habías dicho que seguías acostándote con ella?

—Y así es. Entre nosotros, jamás nos había ido tan bien.

—No lo entiendo.

—Las cosas están así. Esos cerdos dicen que le debo todo ese dinero. Si no tuviera ni cinco no habría problema. Pero tengo algo, en el banco. Pero es un dinero que necesito para cerrar un trato. Estoy metido en ese asunto con unos tipos de muy mala catadura, y como no cumpla con mis compromisos voy a salir muy mal parado. Me han explicado con todo detalle lo que piensan hacerme.

—¿Qué es, exactamente? —dije, muy interesado.

—Nada de golpes en la nuca. Me reventarán. Esos cerdos van muy en serio. O suelto la pasta el viernes, o acabo en la cárcel, y hecho trizas.

—Joder.

—Dame el dinero. Venga, tío... ¡dámelo! Dámelo. ¿Cuánto vas a ganar con esa película? ¿Ochenta? ¿Cien?

—De momento no he ganado nada.

—Dámelo. Si tú lo necesitaras, te lo daría.

—Siempre dices lo mismo.

—Te lo devolveré al cabo de diez días. Te lo juro. Tiene que llegarme un cheque. No es más que un préstamo-puente.

—Ya, conozco muy bien todo ese asunto de los puentes.

Y era cierto. Siempre estamos en las mismas. Alec esperaba un cobro, pero supuse que el único cobro que tenía pendiente era el de mi dinero. Parecía que yo fuese su último recurso. Y que, en cuanto le llegara ese dinero, ya no sería mío. Parecería suyo. No hay nada tan versátil como el dinero. Hay que reconocerle ese mérito al dinero.

Le expliqué algunas de estas cosas a Alec. Él no me escuchaba. Yo tampoco. Se abrió una puerta de otro cuarto del apartamento y apareció una chica muy alta y flaca, con bragas blancas. Esta chica sí que *entiende* de bragas, pensé. Tenía la piel de un color casi risiblemente exótico. ¿De dónde podía ser? ¿Borneo, Madagascar, Mercurio? Se tapó la cara con una mano mientras rondaba por allí, buscando a tientas su maletín. Le importaba un pimiento que le vieran aquellos pechos de caoba. Por el aspecto que tenían, se hubiera dicho que un buen montón de gente les había estado tomando las medidas. A su espalda, a través de la puerta abierta, el cubículo sin ventanas brillaba como un filamento. Conozco esa clase de baños, equipados con pilas (como si los baños no fueran ya suficientemente espantosos). Te sientes en ellos como una rata que echa una meada de rata, observada por los científicos que se encargan del control de ratas.

—No encuentro mis cosas —dijo la chica con acento cockney.

—Tómame un pernod, guapa —dijo Alec—. John... Eileen.

—Me acabo de lavar los dientes —dijo ella.

Dio media vuelta y se metió otra vez en el baño. Se movió con más naturalidad. Alec y yo contemplamos en silencio sus ágiles hombros y su regalada grupa.

—¿Dónde toman el sol estas tías? —pregunté—. ¿En una isla?

—No es más que bronceador rápido —dijo él, mirando abstraído la puerta del baño, otra vez cerrada—. A lo mejor no te lo crees, pero tiene el culo tan blanco como esas bragas. A Eileen le disgustaría que alguien pudiese creer que toma el sol completamente desnuda. Ella opina que eso es una guarrada. Curioso, ¿no?

—Me gustan esas bragas —dije animadamente—. Oye. —Estiré el índice en señal de advertencia, y di con él unos golpecitos en la botella—. Me parece que me he hartado de ti y tus asuntos de dinero. ¿Y si estuvieras mintiéndome? Me gusta saber adónde va a parar mi dinero, el que me paso la vida dándote. —Encima de la cama había un par de arrugados billetes de avión. Los cogí. París, primera clase—. ¿Qué clase de chica es esta Eileen? ¿Una enfermera gorda?

—Una mujer de carrera. Fue ella quien pagó el viaje. Se lo debo. —Alec se estremeció, e hizo un ademán desesperado con las manos—. Tengo que salir de toda esta *mierda*. John, no eres más que un charlatán que ha tenido un golpe de suerte. ¿Qué más te da cuáles sean mis problemas? Calla de una vez y dame el jodido *dinero*.

Era justamente lo que yo estaba esperando. Era justamente lo que yo necesitaba ver y oír, su saludo atemorizado al cruzarnos por casualidad. Yo, hacia la cumbre. Él, cuesta abajo. Quizá fuese esto lo que estaba pagándole.

—Bien —le dije—. Veremos qué se puede hacer.

Sonó un timbre muy fuerte, seguido por tres golpes sombríos en la puerta del rellano. Alec se puso instantáneamente en pie y, con presteza de hombre experimentado en estas situaciones, retrocedió hacia el baño diciéndome por señas

que él no estaba. Me indicó con furiosos gestos que abriese yo, y se esfumó.

Con el vaso y el pitillo en una mano, abrí el cerrojo y tiré de la puerta hacia mí. Un tipo fortachón de pelo desordenado estaba apoyado, como si se encontrara exhausto, contra la jamba. Se frotaba los ojos con ambos puños. Tenía una sonrisa temible y cansada, pero en la que aún quedaba un resto de diversión. Sí, era enorme, de mi mismo peso aproximadamente. Su ancho traje brillante reflejaba la luz real procedente de la ventana de la escalera.

—Diga.

—¿Mr. Llewellyn? —dijo, estirando el cuello.

No esperaba encontrarse conmigo, con alguien como yo. Carezco del aspecto elegante de Alec, no soy ningún dandy, ni poseo tampoco la agudeza mental del truhán desesperado. No esperaba encontrarse conmigo, con alguien de su misma ralea.

—¿Quién quiere verle?

—¿Está por casualidad Mr. Llewellyn? ¿Le he pillado en casa? ¿Le importa que eche una ojeada?

—No dé un solo paso.

—No es más que una tontería —dijo—. Una gran tontería. Su amigo es bastante tonto. Nosotros, en cambio, somos gente seria. Y nos sentimos agraviados cuando la gente empieza a hacer tonterías. —Adelantó un paso—. Vamos a ver.

—Alto —dije, y también adelanté un paso—. Conozco muy bien a la gente como ustedes. Compran cheques incobrables a mitad de precio, y luego pretenden sacarle el jugo al primer infeliz. —No era el clásico matón de los que pueden romperte un brazo o dejarte la cara nueva. Se trataba solamente de un soldado raso del ejército del dinero, un simple rastreador. No pretendía arrancarme una pista a palos. Sólo hablar y hablar hasta lograr que, de puro aburrimiento, soltara lo que él quería—. Carece de fuerza legal —le dije—. Un vaquero no tiene nada que hacer aquí. Lárguese.

El fortachón dejó caer la cabeza y dio media vuelta. Por un instante le vi sentado al volante de su Culprit o su 666, colado y enrojecido de vergüenza, tratando de imaginar la manera de salir con bien de ésta. Pero luego lanzó un escupitajo al suelo y me miró con el gesto torcido.

—Dígale a su amigo que volveremos a vemos. Y lo mismo le digo a usted.

—Qué miedo —dije. Este tipo no tenía ningún futuro en el negocio del miedo. Simplemente, no asustaba.

—Muy pronto —dijo, y se fue pasillo abajo, haciendo tintinear sus llaves.

Me sentí reconfortado, cerré la puerta y regresé dando brincos al interior del apartamento.

—Se ha ido —dije, entreabriendo la puerta del baño.

... Ah, la pornografía. Eileen se había subido al borde de la bañera. Estaba

desnuda. No, llevaba bragas blancas. No, estaba desnuda: esa franja blanca no era más que el fantasma de su bikini. Esta chica (pensé de repente) hace verdaderos esfuerzos por ser verosímil. Aunque, ¿cuánto han de esforzarse los bailarines cuando imitan a las marionetas? Las piernas de la chica colgaban sobre los hombros de Alec bajo la grosera luz blanca. Él se volvió hacia mí con una expresión vejada, tensa. También ella se volvió. Su mirada era chata y perezosa, como si estuviese mirándose a un espejo y supiera que no iba a gustarle lo que vería. Sus labios dibujaban un gesto más extraño incluso. De *ahí* colgaban las bragas. Sus bordes de encaje caían enroscados de aquellos labios como un ramo estrujado.

Dejé el cheque en la cama. Cuando avanzaba por el rellano, camino de las escaleras, oí algo, un ruido excepcionalmente claro y rítmico, el sonido que imita el dolor consentido, el sonido de un crío que se pasea al borde de un estornudo, y lo que oí me bastó para saber que Eileen era una experta en ruidos a la que le había fallado el truco.

\*\*\*

Fat Paul se agachó y comenzó a abrir los gruesos cerrojos negros. Y Doris Arthur entró en el Shakespeare, preguntándose hacia dónde debía dirigir su agradecida sonrisa. Pero Fat Paul mantuvo la cabeza gacha, al igual que todos los porteros del infierno, que todos los matones de bar... Fielding Goodney me había dicho que Doris era «una feminista de mucho talento». Yo imaginé que la frase no era más que una expresión estandarizada que ocultaba una simple referencia a las habilidades de la chica en la cama, pero en este momento ya no me sentí tan seguro de que fuese así. Seguí tomando sorbos de mi copa, y dejé que siguiera buscándome en la cegadora penumbra. Al fin y al cabo, Doris era beneficiaria de una educación universitaria. Detesto a la gente con títulos, matrículas, sobresalientes, diplomas de taquigrafía... Y ustedes me odian a mí, ¿verdad? Sí, me odian. Porque pertenezco al nuevo tipo, el tipo de la gente con dinero pero que sólo disfruta con la fealdad. A lo cual yo respondo: jamás nos habían dejado ustedes un hueco, ni uno solo. Quizá creían que nos estaban franqueando la entrada, pero no era así. Se limitaban ustedes a darnos un poco de dinero.

Y nos decían, largaos... En cuanto al feminismo en general, bueno, mi actitud en este terreno era la del inabordable jefe mafioso que, irritado por ciertas molestas incursiones que amenazan con fastidiarle el conjunto de sus negocios, llama a las Señoras y les dice con toda la calma del mundo: Muy bien, así que queréis un pedazo del pastel. ¿Y por qué no lo habéis cogido? Nosotros creíamos que os lo pasabais en grande haciendo todas esas otras cosas. Os habéis callado durante un millón de años, y *ahora* venís con las quejas. De todos modos, soy un hombre razonable. Dentro de

poco habrá un sector libre en uno de nuestros negocios de las afueras de la ciudad. Si todo va bien y no armáis jaleo, quizá pudiéramos...

—¿John Self?

Se quedó plantada delante de mí, escrutándome. Por muy bravuconas que lleguen a ser, las chicas no pierden jamás ese aire de estar a la expectativa. O yo espero al menos que no lo pierdan. Llevaba un mono holgadísimo y una cazadora de aviador con remiendos por todas partes: ropa antiviación, ropa de macero. No le sirvió de nada. He aquí a una persona, pensé para mí, he aquí a una persona a la que valdría la pena violar. Con un buen abogado, apenas si te caen un par de años. Y tampoco se está tan mal en el talego últimamente. Hay tele y ping-pong y celdas individuales.

—Siéntate, Doris —le dije, frío como el hielo—. Te invito a una jarra. ¡Fat Paul!

—No. Sólo agua.

—¿Agua de alta costura..., o te arreglas con la del grifo?

—La del grifo me basta.

Me enderecé un poco y me acerqué a la barra. Me volví. Doris estudiaba el local con ojos de antropóloga... Algunos meses antes Fielding me había remitido un ejemplar del primer libro de esta nena, un delgado volumen de cuentos. A la joven Doris le había ido bien en los Estados Unidos. Las frases subrayadas de los recortes de prensa que la oficina de Fielding en Los Ángeles me incluyó en el paquete hablaban con entusiasmo de su originalidad y de su desacostumbrada fuerza erótica. El libro se titulaba *Elocuencia ironizada*, por alguna razón. Por alguna razón, también, aunque debía de ser otra, uno de los cuentos llevaba asimismo ese título. Bostecé y parpadeé a duras penas, bien entrada la noche, a través de las páginas de los cuentos, tratando de encontrar esa fuerza erótica. Leí el cuento titulado «Elocuencia ironizada». Era la historia de un vagabundo que cuando hablaba lo hacía exclusivamente con citas de Shakespeare. Se limitaba a pedir limosna, chulear algunas putas, vivir de gorra, pero siempre con frases de Shakespeare. Este viejo vagabundo..., en fin, no se imaginan ustedes la clase de imbécil que era. Sea como fuere, hasta yo pude ver que los diálogos de Doris tenían mucho ritmo, y por eso la habíamos contratado. Fielding me dijo que era una princesa judía. Su aspecto era ciertamente milagroso, algo así como el de una abeja reina norteafricana, con la tez de tinte satánico, cálidos ojos negros, unos labios ardientes, tremendos... Qué tía. No era de extrañar que ocultase sus encantos con aquel disfraz. Pero, probablemente, cuando una persona es tan despampanante, la cosa no tiene disimulo posible. No hay quien lo controle. Y aquella maravilla me dio de lleno en las narices a través de las oleadas de calor que me producía la resaca que yo llevaba encima. Era como si se estuviera quitando los siete velos de uno en uno.

Al igual que el periodista de *Box Office*, Doris sacó un cuaderno y me dirigió una mirada que pretendía estimularme.

—Veamos la idea original —dijo—. ¿Quieres darme algunos detalles? Quiero decir, por ejemplo: ¿dónde ocurre?

—¿Cómo?

—Digo que dónde ocurre.

—Aquí —dije, encogiéndome de hombros.

Miramos los dos de forma harto triste aquella bodega reconvertida a medias: la madera oscura, el húmedo terciopelo, las cortinas flácidas que ocultaban parcialmente las vidrieras de colores, los bandidos mancos, los pálidos ojos de Fat Paul, su cara de pub, el gesto decaído de sus labios mientras miraba el reloj, cerca ya de las doce.

—Aquí. Yo nací arriba. El local es de mi padre.

—No estoy para bromas. —La frase hecha parecía extraña en aquellos opulentos labios oliva oscuro. Tiene los dientes como perlas, perlas en la ostra de Shakespeare. Inspiré ruidosamente y le dije:

—La cosa es como sigue. Hay un Padre, una Madre, un Hijo y una Amante. La Amante es compartida por el Padre y el Hijo. Al principio era del Padre, pero luego el Hijo también metió la nariz en el asunto. El Hijo está enterado de lo del Padre, pero el Padre no sabe nada de lo del Hijo. ¿De acuerdo? ¿Me sigues? Verás, el Padre...

—Ya lo entiendo.

—... lleva años tirándosela, y ahora también se la tira el Hijo, en secreto. Ah, sí, y la Amante está relacionada con la mafia, había hecho striptease en un pub frecuentado por gánsters. En fin, un día, en el restaurante, porque todos trabajan en un restaurante, o un pub, o un bar, o un club. Eso no lo hemos decidido todavía. La Amante también trabaja ahí. En fin, un día, la Madre y el Hijo tienen muy buenas relaciones, amistosas, y la Madre siente cierto interés, algo de tipo maternal, por la Amante. La Madre no sabe nada. En fin, un día, en el restaurante, el sitio en donde todos ellos trabajan, o en el pub o el bar o el club, llega el repartidor diario de la panadería. El Padre y el Hijo abren una caja de harina. Pero no es harina, es heroína. Porque el Padre está relacionado con la mafia. Él quiere devolver el material. Pero el Hijo...

He pronunciado este discurso un montón de veces. Si no me falta combustible, y me dejan que lo suelte sin interrupciones, a mi ritmo, no me cuesta el menor esfuerzo. De modo que, entretanto, mis pensamientos se dedicaron a divagar desagradablemente, que es como divagan en estos últimos tiempos, cuando no les entretiene el placer o la tensión. Mis pensamientos bailan. ¿Cómo llamarlo? Una danza de ansiedad y de súplica a la vez, de fútil vigilia. Creo que debo de haber contraído alguna nueva enfermedad de las vacas, un síndrome que hace que estés todo el rato preguntándote si eres real, que hace que tu vida te parezca un truco, un número de variedades, un chiste. Me siento muerto. Cerca de mi casa vive un tipo

que me pone los pelos de punta. También él es *escritor*... Una cosa sé con toda certeza: no puedo seguir durmiendo solo. Necesito calor humano. Al paso que vamos, pronto tendré que bajar a la calle y ofrecer dinero, a ver si sube alguien. Me despierto al amanecer, y no hay nada. Y cuando me despierto por la noche... Mejor será que no me pregunten nada, que no diga nada.

Sin apartar ni un segundo de los míos sus diabólicos ojos, Doris se quitó la cazadora y se llevó un pañuelo a su brillante frente. Su camisa blanca de hombre también brillaba. Era de seda. La miré fijamente y seguí hablando. Hasta donde yo podía averiguarlo, tenía poco pecho. Pero también su delgadez era vagamente excitante, sobre todo cuando le miraba su atlética y complicada garganta. La de Selina era más gruesa, más volátil, más inflamable, al igual que sus tetas. ¿Qué coño pasa con las tetas? No hacen ninguna falta, ¿no? A Doris no... Se abrieron las puertas del pub, para no volverse a cerrar. Ahora ya no entran tantos clientes fijos como antes, no entran tantos cuarentones con sus trajes horteras y sus periódicos populares bajo el brazo. No, entran los jóvenes, con los pelos teñidos a mano y una salud animal, envueltos en ruido urbano, cargados de ropa especial, de tetas, de dinero.

—De modo que al final —dije— llegamos al gran enfrentamiento entre el Padre y el Hijo. Oh, sí, y el...

—Dime una cosa —dijo Doris—. ¿Cuáles son las motivaciones del personaje de Butch Beausoleil?

—¿Cómo dices?

—La Amante. ¿Cuáles son sus motivaciones?

—¿Cómo?

—¿Por qué se acuesta con esos dos tíos? El Padre le da dinero. Vale. Pero ¿y el Hijo? ¿Por qué? ¿No es un gran riesgo para ella? Además, el Hijo no es más que una masa de carne.

—Lo que es *yo*, no tengo ni idea —dije—. Quizá lo tiene salvaje.

—¿Cómo?

—Que quizá tiene un polvo salvaje.

—Eso no es una motivación. No es una cosa que podamos mostrar de forma dramática. Lo principal de la Amante, si no lo he entendido mal, es que no se trata de la clásica rubia tonta. Entonces, ¿por qué se comporta como si lo fuese? Creo que el público no lo aceptará. ¿Cómo va a aceptar que una mujer de considerable inteligencia esté dispuesta a echar su vida a perder, y sólo por el disfrute sexual? Creo que hará falta que le proporcionemos algún motivo que la induzca a actuar como lo hace.

Fat Paul pasó presuroso junto a nosotros.

—Verónica va a empezar —dijo, e hizo la señal de tetas grandes: las dos palmas ahuecadas, elevadas, tensas. Doris alzó una dulce mirada.

—Vaya con las chicas. Vaya con los escritores —dije yo—. Ven conmigo.

La tomé de su mano fría y nudosa. Cruzamos el polvo frío de una cortina de terciopelo para introducirnos en una zona más ruidosa, con mucho más humo, con bebidas más fuertes. Veinte personas vociferantes miraban a una mujer alta y grande que actuaba en el pequeño escenario. Era oscura como una araña, enorme, y una maestra de su oficio. El rostro completamente vacío, como tiene que ser. Durante unos minutos estuvo bailando lentamente, y luego se reclinó parcialmente sobre la silla de respaldo recto que había sacado al escenario. Fundió con una mano sus grandes pechos y con la otra buscó las lentejuelas de sus bragas, y la metió debajo, y comenzó a moverla, moverla. Me incliné para susurrar a la trasería del oído de Doris:

—¿Lo ves bien, o prefieres sentarte en mi cara? Dime una cosa, ¿cuáles son las motivaciones de ésa? ¿Y las de esta gente? Mira, tengo mi Fiasco ahí afuera. Vamos a comer a tu hotel. Luego te acompañaré a tu habitación y te daré una larguísima lección sobre motivaciones.

Me miró como para valorarme. Hizo un gesto de asentimiento, sonrió, y salió por la cortina, acelerada por un sonoro cachete en aquel culo suyo, duro como una roca. Yo la seguí, murmurando, la vista fija en el escenario. Fantástico, sí, que todas sean iguales, Dios las bendiga. Basta con tener el cuerpo grande..., el cuerpo grande y mucha jeta.

Con la chaqueta echada sobre los hombros, Doris había empezado a recoger sus cosas apresuradamente. Joder, tía, pensé. ¿Conque tienes prisa, eh? Bueno, pues dejamos lo de comer y subimos directamente al catre. Hasta que vi que le saltaban lágrimas, abundantes como gotas de sudor.

—Gracias —me dijo cuando me acerqué—. Es uno de los peores momentos de mi vida.

—Venga, nena, sabes que te encanta.

Se tranquilizó. Habló con esfuerzo, pero logró decirlo todo.

—Tonto del culo —dijo—. No sabía que aún andabas a la caza. Crees que las mujeres como yo nos sentimos, pese a nosotras mismas, atraídas por hombres como tú. Pues resulta que yo no quiero acostarme con hombres de tu estilo. Me gustaría que los hombres de tu estilo dejaran de *existir*.

Giró en redondo. Corrí tras ella, pero no logré interceptarla. Lo que hice fue caerme sobre una mesa. Esta maniobra, unida a la docena de jarras y vasos vacíos entre los que aterricé, comenzaron a convencerme de una cosa. Yo había creído que la resaca se me estaba pasando. De hecho, mi embriaguez se había esfumado sin dejar rastro bajo otra tonelada de alcohol. Cuando me enderezaba a duras penas y empezaba a sacudirme los pedacitos de cristal que se me habían pegado al traje, vi a mi padre, que estaba mirándome por el hueco que dejaba una cortina. Le miré confuso, expectante. Pero él sonrió despectivamente, olvidándose, y retrocedió hacia

las sombras con su copa.

Diez minutos más tarde seguía tratando de aliviar el dolor que sentía en la frente contra la fría piedra de los urinarios del Shakespeare. Luego levanté la cabeza, fruncí gradualmente el ceño, y leí el graffiti de los alicatados color verde lima: MATAD A TODOS LOS NEGRATAS. LA VIOLACIÓN NO MOLA. JÓDETE.

—Jódete tú, mamón —musité para mí—. Da igual. Que se joda todo el mundo.

\*\*\*

Después de la siesta me encontré algo mejor y, mansamente, pasé del asiento trasero al delantero, sin detenerme más que el momento que necesité para desatascar la pernera del pantalón, que se me hizo un lío con el freno de mano. Luego conduje hasta mi casa: desde Pimlico hasta Portobello en mi Fiasco cárdeno. Mi Fiasco es una preciosidad, un cupé estilo años cuarenta, con montones de cromados y brillos. El Fiasco es mi orgullo y mi alegría. Como soy amigo de mis amigos, se lo dejé a Alec Llewellyn cuando me fui a Nueva York, como siempre. ¿Y qué me encuentro a mi regreso? Un auténtico iglú de papeles de multas y cagadas de pájaro, el neumático de repuesto inutilizado, un extraño ruido a molienda en el motor, y todos los indicadores lanzando intermitentes llamadas de socorro. ¿Qué habrá estado haciendo el tío con mi fantástico, con mi incomparable Fiasco? Se diría que ha vivido en él. Hay gente que no tiene clase. Si vieran ustedes cómo esconden la cara de pura envidia y admiración los chicos del garaje cada vez que entro al volante de mi Fiasco —conduciéndolo o dejando que me remolquen, y hasta una vez colgado de un helicóptero— en su sucio taller. Mi Fiasco es muy temperamental, como los mejores caballos de carreras, o poetas, o chefs. Nadie puede esperar que se comporte como un Mistral o un Alibi. Lo compré el año pasado, y me costó una enorme suma de dinero. Hay quienes —entre los que, con toda probabilidad, se encuentra Alec— creen que el Fiasco es un poco exageradamente ostentoso, que es un coche de gusto discutible. Qué sabrán éstos.

Soltando maldiciones, mi coche y yo subimos por la calle hasta mi casa. En esta zona ya no hay modo de aparcar. Ni siquiera los domingos por la tarde. Puedes aparcar en doble fila: los demás también te lo hacen a ti. Se está duplicando el número de coches, y reduciendo el de casas a la mitad. Las casas se van dividiendo, en dos, en cuatro, en dieciséis apartamentos. Cada vez que un propietario o un constructor agarra una de esas casas, la convierte en un laberinto, en un rompecabezas chino. Los cuadros en los que van montados los timbres del portero automático se parecen cada vez más al salpicadero de una nave espacial de las antiguas. Las habitaciones se van dividiendo, multiplicando. Las casas se van fragmentando. Casas aparcadas en triple fila. También la gente se redobla, se divide, se fragmenta. Al multiplicarse los problemas subdividimos las pérdidas. No es de

extrañar que salgamos rebotados por las paredes.

... Me gusta pensar que mi apartamento del oeste de Londres es la casa de un playboy. Lo cual no produce efecto alguno en mi apartamento, que sigue siendo una madriguera, un colgadizo, un calcetín. Huele a soltero, a solterón: hasta yo lo noto (no permitan ustedes que la solteronería se les meta en la vida, en los huesos). Como un adolescente, tembloroso, agitado, mi pobre apartamento suspira por una presencia femenina. Y yo igual. Tiene el ánimo destrozado, y yo igual. (El salto de cama, las cremas humedecedoras, el baúl del tesoro que era su cajón de las bragas: todo se echa en falta, todo ha desaparecido). Mi apartamento tiene moqueta rizada de color vainilla, un sofá de piel de rinoceronte, y una cama ovalada con una colcha de satén negro. Nada de esto es mío. Ni las paredes son mías. Todo es alquilado. Alquilo el agua, el calor, la luz. Alquilo el té a bolsas. Llevo viviendo aquí desde hace diez años, y nada es mío. Mi apartamento es pequeño y también me cuesta un montón de dinero.

Desde el reducto nórdico de la cocina alcanzo a ver los delgados miembros de la gente que baja haciendo jogging hacia el parque. Las cosas están aquí casi tan mal como en Nueva York. Algunos de estos locos jadeantes, de estos artistas tardíos, ponen la misma cara que si estuvieran subiendo por una tremenda cuesta, una horrible subida. Fue mi generación la que puso en marcha todo esto. Antes, todo el mundo estaba más o menos conforme con sentirse casi siempre muerto. Ahora todos quieren sentirse maravillosamente bien a cada momento. Soy un producto de los años sesenta —un producto obediente, serio, no sabe/no contesta de los sesenta—, pero en esta cuestión mis simpatías se remontan mucho más atrás, a aquellos tiempos de antaño en los que a nadie le importaba sentirse siempre como si estuviera muerto. A través de las espectrales, contaminadas ventanas con manchas de nicotina de mi calcetín contemplo a estos niños viejos disfrazados de mozalbetes. Volved a casa, les digo. Volved, tendeos, comed muchas patatas. Ayer me hice tres pajas. Las tres me costaron lo mío. A veces no te queda otro remedio que acabar retorciéndote para conseguir tu propósito, al igual que en cualquier otro tipo de ejercicio. Se trata simplemente de fuerza de voluntad. El que sea capaz de venir a decirme que una paja no es un ejercicio, la verdad, no sabe lo que se dice. Durante la tercera a punto estuve de tener un ataque al corazón. También hago muchas otras clases de ejercicio. Subo y bajo andando la escalera. Me meto en taxis y reservados de restaurantes. Voy a pie hasta el Butcher's Arms y el London Apprentice. Toso muchísimo. Vomito con frecuencia, y éste es un ejercicio que te limpia de verdad. Estornudo, subo al metro. Entro y salgo de la cama, con frecuencia varias veces al día... En fin, ya me han visto ustedes en Nueva York, en plena forma, disciplinadísimo, decidido, dinámico. Cuanto estoy aquí me noto cierta tendencia a deslizarme pendiente abajo. No tengo nada que hacer ni a nadie con quien hacer algo. Ojalá encontrase a alguien con quien serle infiel a Selina. La pequeña Doris, por ejemplo, parecía tener muchísimas ganas.

¡Mujeres! ¡Bebida! Beber mucho te pone en desventaja en relación con las mujeres, sobre todo si te pasas el día borracho. Aunque el otro día me sorprendió que Fielding afirmara lo impresionada que se había quedado Butch Beausoleil conmigo. Sí, ya me han visto ustedes en mi mejor forma, los momentos en los que estoy fino y resulto super atractivo, allí, en Nueva York. Ah, ¡qué daría por recobrar parte de esos ánimos neoyorquinos! Allí puedes andar por el mundo jodido y ojeroso y todos siguen pensando simplemente que eres un europeo con mucho talento. He cometido errores, lo admito, como nos pasa a todos cuando nos vamos allí a ver qué tal nos salen las cosas. Errores como el de pedir una copa a berridos cuando ya eran las dos y cuarto y todo el mundo se había ido del restaurante. Como animar a los demás parroquianos del bar a cantar en voz alta, o pasarme las noches tropezando y cayendo en clubs y discotecas. Una mañana, hace dos viajes, tuve un desayuno de trabajo con Fielding y tres financieros en potencia. Era en la suite de un aterciopelado hotel de Sutton Place. A mitad de mi sinopsis, el tapón de la náusea estalló bruscamente en mi garganta. Llegué por los pelos al váter, que era enorme y acústico: mi imitación del estallido de un hipopótamo se coló a través de la puerta cerrada como si lo hubiesen grabado en sistema cuadrafónico (según me explicó Fielding posteriormente). A mi regreso recibí un par de miradas extrañas, pero conseguí terminar mi exposición y creo que no me gané enemigos. Si yo hubiera estado en su lugar, habría disfrutado del espectáculo. A mi corazón le sienta muy bien ver a alguien hecho trizas, sobre todo si es culpa suya. Las víctimas de la naturaleza o la desgracia, en cambio, sólo me atemorizan. Pero en los Estados Unidos la gente es bastante puritana, de ahí las miradas solícitas pero incrédulas de las que fui objeto aquella mañana, desde el otro lado de los platos con huevos revueltos y las tazas de plata cargadas de café, cuando intenté retomar el hilo. Primero emití un ruido extraordinario; el mismo, por cierto, que oí el otro día cuando trataba de sacar por la fuerza las últimas gotas de ketchup que contenía aquel tomate de plástico. No fue nada. Sólo que tosí hasta reventar, lloré como un niño, y tuve finalmente que ser llevado en volandas hasta el Autocrat. Como si hubiese estado muriéndome. Detesto ver a mujeres en ese estado. No es frecuente verlas así, lo cual me alegra. Aunque de vez en cuando me tropiezo con casos de esos, rubias muertas en cicatrizados pubs... ¿Qué ocurrió esa noche, la noche del Berkeley? ¿Qué ocurrió? Fue... He resuelto un pequeño misterio. Ahora ya me acuerdo de cómo me las arreglé para tomar mi vuelo en Nueva York. Fielding telefoneó al JFK e informó a la TransAmerican que había una bomba en mi vuelo.

—No tiene importancia, Slick —me dijo Fielding por teléfono—. Lo hago siempre que temo perder un vuelo. A los que llegan tarde ya no les dejan subir, pero si vas en primera, pasas. De lo contrario, perderían prestigio.

Luego está el segundo de los misterios, el que sigue vigente.

Es domingo por la tarde y regreso al dormitorio desde la cocina. Abro las puertas

blancas del armario empotrado y saco el traje que llevaba puesto aquella última noche de Nueva York. Tiro de los pantalones y los extiendo sobre la cama. No es la primera vez que lo hago. En las arrugas laterales de la entrepierna hay una gran mancha en forma de salpicadura, que desciende en forma de goteo por ambas perneras. Al tocar la tela manchada, se perciben claramente ciertos crujidos. ¿Qué puede ser? ¿Agua del grifo? No. Champagne, o tal vez orina. Creo que sé la verdad. En algún rincón me espera el recuerdo. El recuerdo vive aún, pero me repugna tocarlo. ¡Ay, no permitan que lo roce siquiera! Aléjenlo de mí... De modo que vuelvo a meter el traje en el armario, vuelvo a encerrarlo con sus compinches en otros actos de delincuencia, lo alejo de mí y de mi noche, de mi tacto.

\*\*\*

También en el presente echo en falta alguna cosa. Creo que estarán todos ustedes de acuerdo conmigo si afirmo que el movido, fiero y brillante discurrir de mis días tiene buen aspecto, al menos sobre el papel, pero también sé que todos estamos de acuerdo en que tengo un problema. ¿De acuerdo? Vamos a ver, pues, ¿cuál era? Venga, hermano, y tú, hermana, ayudadme en esto. Decídmelo. Dicen ustedes que es la bebida... La bebida no sienta muy bien, lo admito, pero la bebida no es nada nuevo para mí. Hay otra cosa que sí lo es. Me siento invadido, engañado, porculeado. Oigo extrañas voces y hablo extrañas lenguas. Me vienen ideas que no salen de mi cabeza. Me siento violado... La otra mañana, al abrir mi periódico, un diario popular, claro, comprobé que durante mi ausencia toda Inglaterra ha sido sacudida por tumultos y amotinamientos, por un resquebrajamiento social en los chamuscados barrios bajos. El paro, averigüé, era la causa de que todo el mundo hubiera enloquecido de ese modo. *Sé muy bien cómo os sentís*, me dije a mí mismo. *Siento lo mismo que vosotros*. Tampoco yo tengo casi nada que hacer en todo el día. Me quedo aquí sentado, indefenso, con la cabeza reducida a dolor de oídos y disturbios. ¿Por qué? Ahora lo digo. Las ciudades interiores crepitan en el caos económico..., pero yo *tengo* dinero, mucho dinero, y voy a ganar muchísimo más. ¿Qué me falta? ¿Van a decirme que existe alguna otra cosa?

Impulsado por el azar (y ésta es la única clase de impulsos que tengo últimamente: todas mis motivaciones son casuales), pasé al cuarto contiguo y le eché una ojeada a mi colección de libros: *Cómo pagar los impuestos*, *La isla del tesoro*, *Los usureros*, *Timón de Atenas*, *Multinacionales*, *Nuestro amigo mutuo*, *Compre, compre, compre*, *Silas Marner*, ¡*Éxito!*, *El cuento del vendedor de indulgencias*, *Confesiones de un alguacil*, *Un diamante tan grande como el Ritz*, *La herencia de amatistas*, y esto es prácticamente todo. (La mayor parte de los libros serios son restos abandonados aquí por las predecesoras de Selina, excepto *Los usureros*, que

recuerdo haber comprado yo). Contemplé mi equipo de sonido de la era espacial. Hace ya muchos años que me hice demasiado mayor para el rock, pero desde entonces no he crecido lo suficiente para disfrutar de ninguna otra clase de música. Estuve esperando a que ocurriese, pero no ocurrió nada. La televisión matutina no es todavía más que un sueño, un rumor. También seguiré esperando a que llegue. Tal vez sí, tal vez no. Ver televisión es una de las actividades que más me interesan, una de mis principales actividades. Los vídeos son otro de mis logros: demonismo, carnicerías, porno. Me doy cuenta, cuando tengo arrestos suficientes para pensar en ello, que todos mis pasatiempos son de tendencia pornográfica. La gratificación solitaria es el común denominador. Comida rápida, striptease, juegos espaciales, tragaperras, pornovideo, revistas de desnudos, bebida, pubs, reyertas, televisión, pajas. Tengo un presentimiento al respecto. Me refiero a las pajas, o a su agotadora presencia. Necesito ese toque humano. No hay ningún ser humano más aquí, de modo que me lo doy yo mismo. Como mínimo, las pajas son gratuitas, de favor, sin dinero de por medio.

Sobre la mesa, junto al servicio de café, la cordillera de correo sin abrir es barrida descuidadamente por el viento. ¿Cuánto tiempo hace que todo el correo que me llega trata solamente de un tema? Cuando miro las cartas de ese montón, cuando finalmente rasgo los sobres y me abro paso a través de todas esas tramposas ofertas y demandas, estas cartas de súplica, me entran ganas de decir, Oye, ¿no podríamos cambiar de tema? Aunque sólo sea por una vez, después de tantísimos años. ¿No puedes pensar en ninguna otra cosa?... ¿Cuándo recibí la última carta de amor, por todos los dioses? ¿Cuándo escribí mi última carta de amor?

Son las seis y media. La hora del arrepentimiento. Telefoneé al hotel de Doris Arthur y le ofrecí miles de disculpas. ¿Cuántas disculpas puede contener una persona dentro de sí? Voy a necesitar mucho más material de éste cuando regrese a Nueva York, para ofrecérselo a Martina. Doris no estuvo muy exigente. Al principio, todas hacen lo mismo. Además, esa nena se lleva sus buenos cien mil dólares por el contrato, y no me extraña que no haya perdido el interés. Luego encontré un bolígrafo, un bloc, unos cuantos sobres, sellos. Abrí mi talonario de cheques. Mientras trabajaba, me hablé en susurros: me hablé a mí y le hablé a mi dinero.

La última de las cartas llevaba las señas escritas con estilográfica, y me daba un tratamiento señorial. Tras haberme librado de todas las cartas de sobre pardo el día de mi regreso de Nueva York (sentado, en Londres, a mediodía, en el apartamento vacío y con una copa en mi puño: es decir un gin tonic a las seis de la mañana, y estoy seguro de que esto tiene que ser una buena noticia tanto para el cuerpo como para el alma), y esperaba ver una mano dispuesta a ayudarme, una mano amistosa, ya le había echado una ojeada a esta caligrafía torpe, y hasta había acariciado el sobre esperando que contuviese uno de esos nomeolvides que suelen remitirte los

especialistas en desviaciones de columna, los gurús de la calvicie, o los expertos en estimulantes, que tan a menudo tengo que visitar... Suelen contratar a chicas extranjeras para que les escriban a mano los sobres: así parece todo mucho más personal. Pero de repente me pareció que esta carta era personalísima. Le rajé la garganta y mi corazón se enloqueció. Y cito su contenido:

John querido:

Déjame regresar. No puedo creer que dijeras en serio todas esas cosas horribles que me dijiste. Que hayas podido pensar cosas tan espantosas de mí. Envía a alguien a recogerme, no sé qué hacer ni te tengo a mi lado para cuidarme.

Te quiere tu Selina XXXXXX

P. S. Estoy sin un céntimo.

Peligrosamente excitado, cursivizado de lujuria infalible, me serví un trago y escruté la carta tratando de encontrar alguna clave. El matasellos decía Stratford-upon-Avon. La fecha era de diez días atrás. Dentro, el membrete decía Hotel-Casino Cymbeline, con un teléfono de siete cifras en formación de dos-cinco... ¿Qué significaba toda esa historia del Déjame regresar? ¿Cuáles eran esas cosas horribles que yo le había dicho? Retrocedí, y no era la primera vez, a la víspera de mi partida hacia Nueva York. ¿Qué había ocurrido? Llevé a Selina a cenar a un sitio caro. Tuvimos una pelea por dinero. Muy mala leche por ambas partes. De regreso en casa libramos, a varios asaltos, un combate erótico de despedida, en el que Selina se mostró tan dócil y sufriente como de costumbre, y yo tan efusivamente carnal como siempre. Luego me tomé unos cuantos tragos en espera del sueño, y me preparé para dormir. En otras palabras, una velada absolutamente normal. Quizá le di un poco la bronca en el último momento, pero esto también es corriente. Cuando desperté al mediodía siguiente, Selina se había ido, y hacía mucho rato. Ni siquiera me paré a pensar en ese detalle. Me tomé un café irlandés, hice las maletas, y dejé mi número de teléfono en la pared de la cocina.

Contestó una voz de hombre, y, tranquilamente, accedió a hacer lo que yo le había solicitado.

—Sabía que serías tú —dijo ella, con una entonación apremiante, roncamente contenida, en su voz estropajosa.

—Ven a casa —dije, en el mismo tono—. Quiero tenerte conmigo. Ahora mismo.

—Ah, mi hombre. ¿Cómo he podido seguir viviendo?

—Toma un taxi.

—¡Un taxi!

—Haz lo que te digo.

—Lo haré.

—Y enseguida.

—De acuerdo.

Di varias vueltas al apartamento. Cogí la carta. Cómo me escocían los ojos. ¿Saben ustedes una cosa? Esta era la primera vez que veía su letra, su firma, tan insegura, sus besos garabateados. ¿No era increíble? En fin, quiero decir que no somos la pareja más expresiva del mundo, pero de todos modos... Maldita sea, dos años, con algunos intermedios, ¿y ni una sola nota? Maldita sea. Tiré la carta. Alcé la vista. ¿Conocía ella mí letra? Sí, la había visto muchas veces, en las facturas, los recibos de las tarjetas de crédito, los cheques.

Salí a las espumeantes calles. ¿Mi objetivo? Comprar champagne. A Selina le gustan las cosas con mucho atrezzo. No se puede hacer pornografía en plan barato. La pornografía y el dinero han firmado un concordato, hay que pagar la cuota sindical... ¿Conque Hotel Cymbeline, eh? Resulta que yo también me he alojado en ese tugurio, con algunas de las predecesoras de Selina, una modelo o una estilista, una Cindy o Lindy o Judy o Trudy. Se trata de un antro carísimo, un palacio de la ginebra, un tugurio de juego, atestado de yanquis y canadienses de hoja de arce, de pícaros, tortis, truhanes, traidores conyugales de fin semana. Se lo recomiendo. Yo estaba en Stratford-upon-Avon haciendo un spot de televisión para un nuevo tipo de invento precocinado de jamón y huevos, la Hamlette. Utilizamos un teatro e hicimos todo el rodaje en el escenario. Había un actor, vestido de negro, con su globo terráqueo y su calavera, al que siempre está fastidiando la loca de su mujer. Pero se libra de ella y de repente aparece una tía buena en bragas y sostenes, y cargada con una bandeja que contiene un par de Hamlettes recién salidos del horno. La tía buena le guiña el ojo, y asunto resuelto. En todos mis spots sale una tía buena en bragas y sostenes. Es algo así como mi marca de fábrica. Nadie dice que mis spots sean sutiles. Pero, amigo, con qué rapidez vendían la comida rápida.

Pasé de la luz blanca y húmeda a los prismas del Liquor Locker. Qué cantidades tan industriales de bebidas tienen en esa tienda, y todo de la más baja estofa: bañeras de jerez nigeriano, litros y más litros de oporto de Alaska. Incluso venden un producto llamado Alkohol, que suministran en garrafas de plástico sin etiquetar. El Liquor Locker debió de surgir en respuesta a la demanda de las numerosas mujeres desastradas con bolsa de plástico, de los vagabundos en general, y de los dipsómanos cojeantes que suelen rondar por el barrio. Había, en efecto, todo un muestrario de caras espantosas entre los estantes. Mientras estaba estudiando el departamento de whisky de malta, un viejo chiflado cuya presencia me fue anunciada por las esporas de su aliento con aromas a madera podrida, me asaltó de repente, como si se tratara

de una salamandra provista de lenguas de fuego y sangre. ¡Horror! Me habló con voz cansina y entonación de súplica y disculpa, señalando al mismo tiempo una cicatriz reciente que le atravesaba una de sus hirvientes mejillas. Aquí no, tío, pensé; aquí no puedes pedir limosna, se presta a todo tipo de confusiones desagradables. Le hubiese dado una libra, sólo por quitármelo de encima, pero, como era de esperar, uno de los miembros del trío de dependientes se aproximó, bostezando, y dejó caer sobre el hombro de aquel desgraciado una de sus pesadas manos, dispuesto a sacarlo a la calle, que era el lugar que le correspondía. A la calle, abuelo. ¿Por qué? Porque aquí manda el dinero. Me quedé tres botellas del brebaje francés de siempre. En la caja comprobaron las cifras de mi tarjeta Vantage en el librito donde viene la lista de las que no tienen nunca fondos o han sido robadas... Luego entré en la tienda de al lado, un sitio que se llama Chequepoint o Chequeup o Chequeout, en donde una nena enjaulada te cambia los cheques por dinero en metálico, aunque suele quedarse con la mitad de la pasta a manera de comisión por este cómodo servicio. De hecho, se queda más de la mitad, o esa es la sensación que le queda a uno después de haber hecho la transacción. Cada día te cobran más. Un día de estos entraré en ese sitio, haré un cheque de cincuenta libras, se lo pasaré a la nena, esperaré un rato, y luego preguntaré:

—¡Eh! ¿Qué pasa con mi dinero?

Y la nena me contestará:

—¿Es que no sabe leer? Ahora nos lo quedamos todo.

Regresé a casa dando un rodeo, para matar el tiempo antes de su llegada, antes de que apareciese mi Selina tarada, mi Selina saldo, mi Selina abaratada por fin de temporada. Me encanta. Me apasiona. Al igual que Selina, este barrio está en carrera ascendente. En la acera de enfrente había antes un restaurante italiano de tercera generación, con manteles de hilo y camareras serias, vestidas de negro, con mucho trasero. Ahora es un antro de hamburguesas. Hay además un Burger Hutch en la esquina. Y también un Burger Shack, y un Burger Bower. Comida rápida igual a dinero rápido. Lo sé muy bien: yo he contribuido al éxito de estas cadenas. Quizás aún quede espacio comercial para algún local más de la misma ralea. Cada dos escaparates hay una boutique con ropa interior provocativa. ¿Cuántas más caben? ¿Treinta, cuarenta? Antes había aquí una librería, con la mercancía dispuesta en orden alfabético y clasificada por temas. Ya no está. Faltaba el apoyo de las fuerzas del mercado. Ahora es otra boutique, y en su escaparate se menean tres nenas bronceadas que sonrían como bobas. También había una tienda de música (flautas, guitarras, partituras). Se ha convertido ahora en un supermercado de souvenirs. Y una sala de subastas: que ahora es un videoclub. Y una charcutería judía: actualmente, un local de sauna y masajes. ¿Captan ustedes la cosa? Mi estilo avanza. Estoy satisfecho. En serio, lo estoy. Es una pena lo del restaurante —yo era un cliente fijo, y a Selina le

gustaba—, pero el resto de las tiendas desaparecidas no me servía de nada, y me alegro de que haya desaparecido.

Siguiendo mi periplo demográfico, pasé al más relajado mundo de las plazas polvorientas y los hoteles viejos. Algunos de los edificios residenciales también van ascendiendo de categoría: los están acicalando, humidificando, marmoreando. Ejecutivos de publicidad, gente de dinero, recién casados con cara de pícaros vienen a vivir aquí. Hoy en día, en mi barrio no es tan raro tropezarse con algún famoso. Algún viejo actor que canta arias amargas en pubs de pequeñas callejas. Y hay una locutora de telediario a la que a veces veo cuando trata de meter a todos sus hijos en su viejo Boomerang. Todos los días comen en la Kebab House de Zilchester Gardens un entrevistador fracasado de televisión y un ex conductor de programa-concurso que actualmente está alcoholizado. Ah, sí, y además vive también por este barrio un *escritor*. Un amigo me lo señaló en un pub, y desde entonces lo veo siempre rondando por el Family Fun, el local de las máquinas de marcianitos, o llevando su bolsa azul con la ropa sucia a la lavandería. No creo que les paguen gran cosa a los escritores... Siempre se detiene y se me queda mirando. Tiene una expresión incómoda e incrédula, y también maliciosa, con cierto matiz conspiratorio en su torcida sonrisa. Me pone los pelos de punta. «*Deja de mirarme, ¿quieres?*», le grité una vez desde la acera de enfrente, y le hice un corte de mangas y levanté un puño amenazador. Él no se inmutó, y siguió mirándome. Me han dicho que ese escritor se llama *Martin Amis*. Jamás había oído hablar de él. ¿Conoce alguno de ustedes lo que escribe ese tipo?... Alcé la vista al cielo, con un estremecimiento: igual que siempre, no hace ni buen ni mal tiempo. A veces, cuando el cielo está así de gris — impecablemente gris, una negación absoluta de la idea de color— y varios millones de seres encorvados alzan la cabeza, resulta difícil distinguir el aire de las impurezas de nuestros ojos humanos, como si los diminutos gránulos flotantes de polvo que caen y se remontan por la atmósfera siguiendo serpenteantes caminos fuesen parte del propio elemento, como la lluvia, las esporas, las lágrimas, la contaminación. Es posible que en esos momentos el cielo no sea más que la suma de toda la porquería que habita en nuestros ojos humanos.

\*\*\*

Todo listo. Vuelvo a estar en mi apartamento. He cambiado las sábanas, metido los calcetines en un baño de Coral, amontonado las tazas. Hasta yo mismo me he lavado y frotado. Pronto sonará el timbre y aparecerá Selina con sus ojos persas, su maletín de viaje, su cálida garganta, su omnisciente ropa interior, sus cicatrizadas muñecas, sus aromas de boudoir y, probablemente, los aromas de otros hombres. Sin embargo, desde los auspicios de la pornografía todo eso está bien, es correcto.

Servirá. Tendría que esperar a conocerles un poco mejor a todos ustedes antes de revelar qué es lo que hago con Selina en la cama. Pero probablemente lo voy a contar. ¿A quién le importa? A mí no, desde luego. ¿Es infiel? ¿Se acuesta con otros hombres por dinero? No, mi Selina no. Simplemente, cuando me voy de aquí hace películas porno para que luego se proyecten en mi vieja cabezota. Esta noche habrá de todo. Y, la verdad, ahora que la pornografía viene hacia aquí en taxi, no estoy apenas preocupado.

Mientras se enfriaba el champagne en mi pequeña pero potente nevera, abrí una lata de cerveza y me tomé diez cápsulas de vitamina E. Soy adicto a las vitaminas, y adicto a la penicilina, y adicto a los analgésicos. Los analgésicos sí que son una porquería realmente *buena*... Camino de un lado para el otro del apartamento. Estoy aturdido, inquieto, desamparado. Me quedo quieto. Me siento. Puse en marcha la tele por control remoto. Tras un crujido premonitorio, el príncipe de Gales apareció en la pantalla de alquiler. Hola, príncipe, me dije a mí mismo. ¿Cuándo has regresado? El tipo ese va a casarse dentro de un par de meses. Se ha ligado a un encanto que se llama Lady Diana. Por su aspecto, yo no diría que esa chica vaya a causarle grandes problemas, al menos no serán como los que me causa mi Selina... En una serie de imágenes rápidas, el príncipe apareció jugando al polo, escalando montañas, pilotando cazas, comandando buques de guerra. Y charló junto a una chimenea con su madre, la Gran Belleza. Después, mirando directamente a la cámara, el príncipe contestó unas cuantas preguntas que trataban de su infancia y su juventud. Dijo que estaba profundamente agradecido por el hecho de que, desde muy pequeño, le hubieran enseñado a autodisciplinarse. La autodisciplina, dijo el príncipe, es esencial para cualquier tipo de vida civilizada... Amigo, también a mí me hubiera gustado que alguien me hubiese enseñado autodisciplina, cuando era joven, cuando aprendes las cosas sin enterarte ni esforzarte. Ojalá me hubieran enseñado orgullo, dignidad, y hasta un poco de francés, una vez puestos. Lo habría aprendido con la mayor facilidad. Pero jamás hubo nadie que me enseñara esa clase de cosas. He hecho cuantos esfuerzos estaban a mi alcance para aprenderlo por mi cuenta. Me paso los días tratando de aprender a autodisciplinarme. Pero las lecciones no me entran (esto de la autodisciplina no es en absoluto divertido), y al final siempre acabo yéndome a cualquier lado, a divertirme.

Sonó el timbre y me puse trabajosamente en pie, con las manos muy atareadas con el dinero de mis bolsillos.

—¿Has follado últimamente?

La velada ha llegado, por fin, a la fase para la que estaba destinada. Acabamos de regresar del Kreutzer's, donde hemos cenado. Era una elección tradicional, convencional. El Kreutzer's nos proporciona el escenario carísimo que necesitamos para nuestras reuniones, para nuestros juegos preparatorios y nuestras mentiras.

Hemos comido una carne magnífica, un vino color sangre. Hemos tomado brandy, y pastel. Ya hemos dicho alguna que otra guarrada. Selina está animadísima, y yo, bueno, soy un gorgoteante mago de excesos caloríficos.

—Sí —dijo ella tras una pausa, y tomó un sorbo de champagne.

—¿Con quién? ¿Le conozco?

—... Sí.

—Será mejor que me lo cuentes.

—Estaba en mi habitación, arrodillada junto al alféizar, mirando el prado. Ahora está precioso. Entonces aparcó delante del hotel un coche negro, enorme. Era de oro y cromados. Se bajó uno de los cristales de las ventanillas y asomó una mano con doce anillos. Y esa mano me saludó.

—¿Cómo ibas vestida?

Iba vestida con unas mallas de cuerpo entero, negras, que se le amarraban a los muslos, y medias plateadas y zapatos dorados.

—Iba vestida con un vestidito blanco de cuando era más pequeña. Me llega sólo hasta aquí. Y todavía no me había puesto los pantis porque acababa de salir del baño y aún no me había arreglado del todo.

—¿Qué hiciste entonces?

Cruzó la habitación y se arrodilló en la cama, junto a mí. Se echó el pelo hacia atrás con ambas manos, dejando al descubierto su cambiante garganta.

—Crucé la habitación y bajé las escaleras. Y entré en ese coche negro y enorme.

—¿Y qué hizo él?

La tendí en la cama, boca arriba. La malla tenía cuarenta botones negros, abrochados con ojales de hilo de seda. Ya sólo le quedaban treinta y nueve. Treinta y ocho.

—Me puso encima de él. Era como sentarse sobre un cabrestante o una boca de riego. Me apoyó las manos en los hombros, y empujó hacia abajo. Yo pensé: no conseguirá entrar. Pero era fortísimo, con unas manos pesadas como el oro, unas manos increíbles.

Dolía, pero yo estaba mojada, y el dolor era agradable. Entonces pensé: soy una polla, soy solamente una polla.

Más tarde, con su cuerpo extendido sobre el satén, junto a mí, me fumé un habano y terminé el champagne y pensé en la buena vida. En cierto modo, en cierto sentido, creo que quiero vivir una buena vida.

Pero ¿cómo se hace?

\*\*\*

En el fondo, soy un tipo muy alegre. La alegría es un alivio para el dolor, dicen, y

por eso supongo que soy un tipo muy alegre. Es muy frecuente que sienta un alivio para mi dolor. Pero no menos frecuente que me sobrevenga el dolor. Por eso tengo tan a menudo ese alivio del que habla la gente, toda esa felicidad.

—¿Sabes qué quiero? —dijo Roger Frift—. Quiero que te tomes las cosas con calma durante las noches que faltan hasta que nos veamos.

—¿Se puede saber qué pasa ahora?

Mejor será que añada que Roger es un precioso muchacho de veintiséis años, y un homosexual hiperactivo.

—Siempre tienes la lengua... Mira, lo que te pido no es más que un poco de buena educación. Tal como están las cosas, haces que me resulte muy desagradable.

—Nadie ha dicho que tenga que resultarte agradable. Lo haces, y listo. Joder, con lo que cobras...

—Entonces, recuéstate. Y *relájate*... ¡Por Dios!

Ninguno de ustedes podría relajarse si estuviera sentado en la silla eléctrica de Roger. Roger es el encargado de mi higiene bucal, el entrenador de mis encías. Cuatro veces al año introduce sus puntiagudos instrumentos, sus afilados espetones, sus punzones monstruosos en mi boca, y trepana y excava las raíces mismas de mi cabeza. Es lo que se llama control de la placa y limpieza de sarro. Lo que a mí me gustaría saber es qué coño es eso de la placa. ¿Por qué no se mete la placa de los cojones con cualquier otro individuo? Por ejemplo, nunca se mete con mi padre. Ni tampoco se metía con mi madre, hasta donde yo sé. Mi madre murió cuando yo era pequeño, pensándolo bien, y no sé gran cosa de ella... Esa muela de mi Upper West Side, la que me produjo todo aquel dolor, se calmó por fin hace unos días y, desde entonces, me ha proporcionado una gran felicidad, una tremenda felicidad. Pero ayer se puso a producirme dolor otra vez. En realidad no se me había calmado del todo: la notaba, sentía sus ronroneos, sus zumbidos, sus temblores bajo la piel: estaba planeando su regreso. Espero que Roger me la arregle ahora, que me alivie el dolor y me devuelva la felicidad. También Selina sabe hacer este truco. Me produce dolor. Me lo alivia. ¿Soy feliz? No estoy seguro. Desde luego, ahora que ella ha regresado siento un notable alivio. Como mínimo, cuando está conmigo no está con otros. Al parecer, aquella noche la desenmascaré y la expulsé, justo antes del día en que tomé el vuelo hacia Nueva York. Yo no me acuerdo de nada. Parece ser que la llamé puta, la maldije, le dije que era una furcia que sólo andaba poniendo el coño por ahí para ver si encontraba de paso una mina de oro, y luego la eché a patadas. Y, así, ella desapareció sin replicar. ¿Resulta convincente? ¿Sí o no? Yo no me acuerdo de nada. Tampoco es que hablemos mucho de eso. Sólo hablamos de dinero. Selina quiere que tengamos la cuenta del banco a nombre de los dos. ¿Qué opinan ustedes?

—Ooooh —dijo Roger, que tampoco tiene el aliento tan maravilloso, si quieren que les diga la verdad.

En estos momentos ya me había metido en la boca tres aparatos diferentes, a cual más peleón.

—¡Ay! —dije como pude—. Despacio.

—¿Sientes ahí algún tipo de molestia?

—¿Te refieres a dolor? ¿Dolor? Sí, horrores. Por eso he venido.

—Sí, es lógico. Hombre, parece que esto se mueve un poco.

Dijo lo de que se movía como si se tratara de una cosa muy reconfortante, algo así como si se hubiese tratado de movilidad social, movilidad ascendente.

—¿Quieres decir que tengo la muela suelta? —balbuceé a duras penas.

—Creo que tendría que comprobar su vitalidad. —Roger agarró el miembro del robot con el que me taladra las entrañas de la boca—. ¿Notas algo?

—¿Qué tendría que notar?

—Una presión.

—¿En la muela? No.

—¿Te molesta...? Vitalidad mínima —murmuró.

Al oír esto escupí de golpe los sprays y los hierros, y me incorporé bruscamente.

—¿Qué quieres decir con eso? Habla claro, ¿entendido? Se me mueve, y la tengo muerta, y se me va a caer. ¿Es eso?

—No me dedico a las extracciones —dijo en tono mojigato—. Tengo que hablar con Mrs. McGilchrist de ese asunto.

—Entonces, límpiamelas y calla —dije.

Roger volvió a meterme las pinzas y los tubos. Me limpió, tarareando una canción. Sus instrumentos, animados por su propia cancioncilla, estuvieron picoteándome, afinándome, dolorosamente. Luego, el acero se entretuvo inmisericordemente en el punto negro, en la manzana más conflictiva de mi Upper West Side.

—Mmm —dijo Roger, una vez terminada la limpieza. Sacó remilgadamente todos sus artilugios de mi boca y murmuró—: La deformación de la raíz ha provocado un traumatismo en la encía.

—¿Traumatismo? —Sorbí un poco de aquel líquido espumoso y escupí su cortés tono rosado—. Ahora vas mejor encaminado.

—Sí. La forma de la encía me ha parecido rarísima.

—¿Y crees que la encía podrá soportarlo? ¿Opinas que la pobre encía tiene un trauma por culpa de todo ese jaleo?

—Todavía se puede salvar la muela —dijo él.

Recogí el abrigo en la sala de espera, calurosa y adornada con flores: había dos personas, indistintas y serias, como todos los fantasmas que pueblan las salas de espera. Pagué a la niña que se pasa el día haciendo calceta en la mesita de entrada: quince libras, en metálico, y un videocasete. Sin recibo. Economía sumergida. Selina

forma también parte de mi economía sumergida. No llevamos libros ni ninguna otra cosa. Ni siquiera hay ningún acuerdo entre caballeros. Ni un simple apretón de manos. Pero los dos sabemos de qué va el asunto.

—Selina —le dije, dos días después de su regreso—..., cuando me acompañaba al aeropuerto, Alec me dijo una cosa extraña.

Selina, que se estaba quitando la chaqueta, vaciló un momento.

—¿Qué pasa? ¿No me das un beso de bienvenida?

—Me dijo Alec que estabas acostándote con alguien. A menudo, a todas horas. — Tomé un sorbo de mi copa y encendí otro pitillo.

—Se trata de un aristócrata inglés —dijo Selina con ironía—. Ha logrado duplicar la fortuna de su familia en Wall Street. Sus criados pasan a recogerme en un...

—Estoy hablando en serio. Hablo de la realidad. Alec me dijo que tienes a otro tío. Alguien a quien yo conozco.

—Serás estúpido. No le hagas caso. Alec quiso ligármeme una vez.

—¿Cómo? Será hijo de puta.

—Me besó las tetas. Luego me cogió la mano y se la llevó a la polla. Después...

—Joder. ¿Dónde estabais? ¿Metidos en la cama?

—Aquí, en la cocina. Pasó a verme cuando tú habías salido.

Refresqué mi copa y, con toda la calma, le dije:

—Todo el mundo te mete mano, Selina. Hasta los camareros de los restaurantes y los tíos que se cruzan contigo por la calle.

Selina cerró los ojos y se puso a reír. Pero se volvió a serenar rápidamente y dijo:

—Pero ¿no se supone que Alec es tu gran amigo?

—Todos mis amigos te meten mano.

—No tienes ningún amigo.

—Terry te ha metido mano. Keith te ha metido mano. Hasta *mi Papá* te ha metido mano. Y él es de la familia...

—No le hagas ningún caso. Ya sabes que Alec te tiene muchísimos celos. Quiere destruir nuestro amor.

Esto me sorprendió: era una idea que no se me había ocurrido. Mientras abría la segunda botella de whisky, de repente me saltó esta idea: *Falta otra cosa. ¿Cuál?* Pero me limité a decir:

—¿Lo crees de verdad?

—¡Estás derramándolo! Demonios, tío, tómate las cosas con calma. Apenas son las seis. Mira. ¿Guardas todavía aquellos impresos que te dieron en el banco? ¿Cuánto rato llevas encerrado aquí, bebiendo sin parar?

—¿Qué impresos?

—Ya sabes cuáles. Necesito tener cierta independencia.

—Sí, claro.

—Tengo veintiocho años.

—¿Veintiocho años? Nadie lo diría.

—Gracias, cariño. Creo que no estoy pidiendo nada extraordinario. Gregory le pasa un dinero a Debby. ¿Por qué te da tanto miedo lo que te propuse? Admito que eres muy generoso en cosas pequeñas. Pero en cuanto se trata de...

—Ya, ya.

Lo malo, lo grave, es que Selina es mucho más inteligente que yo. Intenté cambiar de tema. De acuerdo con mi experiencia, y tratándose de Selina, la única forma de hacerle cambiar de tema es bajar con ella al Butcher's Arms. Porque, ¿cómo se puede cambiar de tema cuando no hay más que un tema? Ah, bueno. La violencia. Eso cambiaría el tema, de acuerdo. Durante un rato, servirá. Pero la violencia ha dejado de ser una posibilidad a tener en cuenta. Apenas la consideré durante unos instantes. Porque me he tomado muy en serio lo del curso de autodisciplina al que me he apuntado. Muy en serio. Autodisciplina. Una vida más civilizada.

De modo que bajé de la cama, le dije que cerrase el pico, y fuimos al Butcher's Arms.

Mientras me paso la lengua por las muelas y retuerzo el cuello tratando de encontrar algún taxi, camino a lo largo de la zona dental, paso por el estuco de las calles careadas y las plazas con sarro, verjas recién pintadas, porches estampados en relieve, clínicas caras, árabes tranquilizados, sufridores dentales aturcidos y endomingados, acompañados de esposas con abrigo de pieles y laca de Harlem, con sus niños empingorotados, los unos doloridos, los otros felices, y atravieso ese barrio bajo conocido como Oxford Street, siempre atascado por los autobuses, para bajar hacia el Soho, el apelmazado territorio del sexo y la comida y el cine, seguir por sus callejas estrechas, y llegar finalmente a ese tarro de cristal para conservas que es la firma Carburton, Linex & Self.

Hoy en día, Carburton, Linex & Self es, para mí, otra sala de espera. ¡Qué lugar! Tendrían ustedes que ver la cantidad de dinero que nos pagamos los unos a los otros, lo poco que trabajamos, y lo tontos y subnormales que somos. Tendrían ustedes que ver las facturas de gastos, los billetes de avión que andan tirados por ahí, y las tías. C. L. & S. fue la revolución cuando, hace cinco años, creamos la empresa. Y sigue siéndolo. Hubo mucha gente que intentó imitarnos. Nadie lo logró. C. L. & S. es una agencia publicitaria que se encarga de producir ella misma sus spots para televisión. ¿Que parece fácil? *Pruébenlo*. Yo mismo fui, personalmente, la figura clave de todo el asunto, sobre todo gracias a mis polémicos spots televisivos de tabaco, bebidas alcohólicas, comida apestosa y revistas de desnudos. ¿Se acuerdan del jaleo que hubo durante el ardiente verano del 76? Mis anuncios, siempre nihilistas, obtuvieron premios y demandas judiciales. El de las revistas de desnudos no llegó a proyectarse nunca, excepto ante los tribunales. La publicidad que rodeó este escándalo nos

permitió abrirnos paso, lanzamos hacia arriba, y nunca hemos vuelto la vista atrás. Nigel Trotts, el tío que lleva lo del dinero, y que está siempre instalado en la planta baja con una nena, una fotocopidora y un bote de café instantáneo, es el único de nosotros que trabaja sin parar. Y Nigel es un tío que trabaja por placer.

—Nigel ha conseguido un contrato millonario de las Antillas Holandesas —me cuentan en mi despacho.

—Divino —contesto, pues qué voy a decir si no.

Parece que todos ganemos montones de dinero. Se diría que somos la fábrica de la moneda. Hasta las nenas viven como reinas. El coche nos sale gratis. Porque lo tenemos con la casa como garantía. Y la casa está hipotecada. Y la empresa paga la hipoteca, sin intereses. Ahora bien, lo verdaderamente interesante es lo siguiente: ¿cuánto tiempo puede durar todo esto? En mi caso, esa pregunta me provoca mucha ansiedad, muchísima ansiedad, a interés compuesto. Sin duda, todo ese jaleo es ilegal. No se puede manejar el dinero de esa forma, desde el punto de vista legal. Pero nosotros lo hacemos así. Somos codiciosos. Somos desvergonzados. Una vez vi a Terry Linex, ese gordo chiflado, sacar diez mil dólares en metálico para pagarse un fin de semana en Dieppe. La histerectomía de su mujer, y también la ortodoncia de su hija, las ha pagado como gastos de representación. Hasta consigue desgravar la cuenta que le pasa el barbero de su caniche por lavar y cortarle el pelo: gastos de seguridad, en los que Fifi aparece como perro guardián. Hemos calculado que Keith Carburton se gastó diecisiete mil libras esterlinas en comidas, según consta en su declaración de la renta del año 80, servicio e IVA *non compris*. Tendrían ustedes que ver las casas que tienen esos tíos en Londres, y los chalets del campo. Tendrían ustedes que ver sus coches, los Tomahawks, los Farrago, los Boomerang. Yo también me he pasado cinco años sisándole a la empresa y al Estado, pero ¿qué tengo? Un apartamento de alquiler, un Fiasco, más Selina, una mujer de precio prohibitivo. ¿Se puede saber en qué me he gastado el dinero? Lo he tirado. Sencillamente lo he tirado. Y, a pesar de todo, sigo teniendo montones de dinero.

—Le dije a mi esposa —me contó Terry Linex, aparcando sobre mi mesa la mitad de su tremendo peso—. «Cómprate *todos los electrodomésticos que te dé la gana*, pero no me vengas a mí *cuando se te estropeen*. ¿Entendido?». Y el viernes pasado, llego a casa, ¿y qué me encuentro? «Qué pasa, ¿es una película de terror?». Ahí está la nueva lavadora, y todo el suelo hecho un asco porque el cacharro ha soltado litros de una asquerosa pasta negra. «¡Corre a llamar por teléfono!», dice ella. E insiste, «Arréglalo tú». ¿Sabes qué hice?

—¿Qué hiciste?

—Les demandé. Telefoneé a Curtis & Curtis, encontré a Benson en su casa. Al cabo de diez minutos, entré otra vez en la cocina y ya estaba allí un paquistaní tendido de espaldas en el suelo, metiéndole la lengua a la lavadora por no sé qué

tubos. Nada de factura. Nada de mierdas. ¿No te parece brillante? Ahora lo hago siempre así. El otro día. Llevo el coche a la revisión. Cuatrocientas libras. ¿Sabes qué hice?

—Les demandaste.

—Les demandé. Exacto. «¿Cómo prefiere pagar, señor?», me preguntó el tipo. «¿Metálico, cheque, tarjeta de crédito?». «Yo no pago. El que va a pagar es usted. Porque voy a demandarle, amigo». En cuanto dices eso se quedan pálidos. Todos. Terminé pagando treinta y seis libras. La semana pasada demandé al inspector de hacienda.

—Divino —dije.

—¿No es fantástico?

Le dije que lo era, y volví al lastimoso caos en que suele estar convertida mi mesa. Mi trabajo consiste, al parecer, en atar cabos, en resolver problemas. Los cajones de la mesa, una antigüedad carísima, están atascados de la cantidad de papeles atrasados que contienen: de aquí no sale ni una factura, y es por esta razón que llevo cinco años sin pagar ni un céntimo de impuestos. Mis compañeros creen que voy a dar el salto a negocios aun mejores. A veces me gustaría que me lo hubieran consultado antes de adquirir esa opinión. Pero ellos siguen poniendo los ojos en blanco, soltando silbidos de admiración, frotándose las manos para animarme. Me han entrevistado para *Box Office*, me han fotografiado para *Turnover*, han publicado un perfil mío en *Market Forces*. Mi corto de treinta y cinco minutos, *Dean Street*, obtuvo el año pasado el premio de la crítica en el Festival de Siena. Salgo en titulares, gano pasta a espuestas. Peter Sennet lo consiguió. Freddie Giles y Ronnie Templeton lo consiguieron. Jack Conn también. Y todos ellos viven ahora en California. Han desaparecido del mundo corriente. Tienen casa nueva, esposa nueva, bronceado nuevo, felpudo nuevo. Con sus Hyena V8 y sus fulgurantes Acapulco atraviesan las costas de moda, y se toman una dosis diaria de ADN y plasma que les mantiene en forma. Dos o tres veces al mes se van en su jet privado a pasar el fin de semana en una isla desierta, en un mundo paradisíaco, en un océano de felicidad. Todos creen que a mí también me ocurrirá todo esto, y pronto. Yo, por mi parte, no lo veo tan claro. Tengo más bien la inquietante sensación de que mi vida está en precario equilibrio. Es posible que nunca tenga que volver la vista atrás, pero también que me hunda para siempre. En serio, estoy aterrado, condenadamente aterrado. «¡Dadme el jodido dinero y ya está!», es lo único que se me ocurre gritar, a cada momento. Porque el que fracasa se queda en la calle... El pasado enero estuve en California, en Los Ángeles. Hice unos cuantos negocios interesantes, y todo parecía ir bien encaminado. Pero del lado del ocio las cosas no me fueron demasiado bien, y hasta me metí en algún mal asunto. Recuérdeme que se lo cuente cuando tenga tiempo. Es una anécdota interesante... Conocí a Fielding en el vuelo de regreso a

Nueva York. Casualmente, los dos íbamos en primera.

—¿Dónde te apetece comer, John? ¿El Breadline, el Assisi's, el Mahatma?

Terry Linex y los chicos quieren invitarme a comer. Acaba de llegar Keith Carburton, muy contento, felicitándome. Esta historia empieza a cansarme. Es como si fuese un nuevo método para darle la patada a la gente que estorba. Pero no me descuido. Después de una mañana en el despacho, necesito un poco de combustible, me he quedado casi seco. Me voy con ellos, claro, me voy, de la misma manera que me iré de aquí cuando llegue el momento, cuando dé el gran golpe. Espero que el gran golpe no me deje hecho papilla... Así pues, nos apeamos de los taxis, con nuestros abrigos de cachemir sobre los hombros. La nena con el traje de bollera y larga corbata color salmón (creo que, si quisiera, podría llevármela a la cama, pero es posible que el hecho de que ella misma insinúe esa posibilidad forme parte de su trabajo) nos acompaña amablemente a nuestra mesa. ¡Pero se equivoca, nos da una mesa mala! Antes de que Terry Linex demande al restaurante, Keith Carburton se lleva a la chica a un lado. Le oigo decirle que recuerde la cantidad de dinero que todos nosotros nos gastamos en este restaurante. La chica se ha quedado impresionada. Yo también. Poco después nos dan otra mesa (un anciano se retira con la servilleta colgada todavía del cuello), una mesa mucho mejor, redonda, más cerca de la puerta, con una botella gratis de champagne.

—Lo sentimos muchísimo, señor —dijo la chica, y Keith la tranquilizó.

—Esto ya me gusta más, qué cojones —dijo Terry para sí.

—Magnífico —dijo Keith—. *Magnífico*.

Bebemos el champagne. Pedimos otra botella. Una por una, las chicas van saliendo del tocador o de donde sea, y las van enviando a nuestra nueva mesa. Mitzi, la ayudante de Keith. Little Bella, la telefonista. Y la predadora Trudi, una vampiresa para todo y estratega de las relaciones públicas. (En lo que se refiere a la contratación de las tías, en C. L. & S. seguimos una política muy clara: sólo nos interesa su aspecto). Las chicas tendrán que pasarse el rato riendo y escuchando. Pueden hablar un poquito, pero sólo en la medida en que seamos nosotros los protagonistas de las historias que cuenten. La luz amortiguada de este junio de chiste se cuelga por las ventanas. Por un momento hay demasiada iluminación sobre nosotros. Parecemos una pandilla de monstruos. Por un momento, todo el restaurante es un rebrillo de cola para peluquines y dentaduras manipuladas. Pero por fin empieza la diversión. Terry me tira migas de pan, y Nigel anda por el suelo haciendo su imitación del perro, olisqueando las medias de Trudi. Me fijo en la pareja madurita de la mesa de al lado. Se han retirado un poco, y meten la cabeza en el plato para no ver nada. Salpico a Terry con el champagne, tras haber agitado la botella, y canto a coro con Keith Carburton una estrofa de «Campeones, campeones». Me temo que esa pareja de al lado no disfrutará apenas de la comida. Imagino que en esta clase de locales, las

parejas como la que forman esos dos debían de encontrar el ambiente tranquilo que necesitaban. Pero de eso hace algún tiempo. Hemos empezado a aparecer los de nuestra calaña. Y vamos a durar mucho. A ver quién nos echa. ¿Quieren intentarlo ustedes...? Llega la carta, a la que prestamos tanta atención como a las preguntas de un examen, y nos quedamos callados unos instantes, con el ceño fruncido y pronunciando bajito lo que llegamos a desentrañar en esa letra tan incomprensible.

Cuatro en punto. Bajo una luz pesada, inmóvil, rompeespaldas, Linex y yo nos tambaleamos en los urinarios de la planta baja. Oigo el lento crujido de la bragueta enorme de Terry, y luego el goteo de su meada contra el mármol. Otro día que termina, tan echado a perder como los anteriores.

—Joder —gruñe Terry.

—¿Cómo la tienes?

—Muy verde, todavía —dijo, bajando la vista. Tiene una voz de pito, incorpórea, de obeso enfermizo.

—¿Aún te dura lo que pillaste en Bali? ¿Qué era? ¿La gonorrea?

—¿Gonorrea? —dijo—. ¿Gonorrea? No, tío. Lo que pillé fue la *peste*.

Su sonrojado rostro adquirió una expresión grave.

—¿Te has acostado recientemente con la mujer de otro, John? ¿Te has follado a la hija de alguien?

—¿Cómo? —dije, y tuve que estirar el brazo para sostenerme en la pared.

—Quiero decir que... ¿Hay alguien por ahí que creas que tiene ganas de joderme vivo?

—Pues, sí —dije. Cambié el peso del brazo. Hay días en los que tengo la sensación de que hay mucha gente con ganas de joderme vivo.

—Pero joderme de verdad —concretó él—. ¿Algún asunto verdaderamente serio?

—No. ¿A qué te refieres?

—La otra noche estuve en el Fancy Rat —dijo Terry Linex—. Creo que bebimos bastante. Esa gente está chiflada. Hacen un concurso de scotch, a ver quien bebe más. Me encontré rodeado de una pandilla de zánganos. Uno de ellos dijo, «Eh, tú tienes un socio que se llama John Self, ¿no?». «¿Y qué pasa?», dije yo. «Que hay alguien que va a por él». Bueno, sabes muy bien que en un sitio como Fancy Rat se cuentan muchas mamonadas. Pero esos rumores suelen tener cierta *base*... ¿Quieres que trate de enterarme?

Miré el fiero rostro de Terry: peluca barata, media oreja arrancada de un mordisco, hocico de cerdo. Tiene los dientes tan desordenados como lo que queda de una botella cuando la rompes arrojándola contra el suelo. Terry es uno de los nuevos magnates, un gran improvisador, furioso y genial. Actualmente sueña con tener a su servicio un chófer minusválido: podría ponerse un cartel en el coche que le permitiría aparcar donde le diera la gana.

—Sí, hazlo.

—Encantado de serte útil —dijo—. Hay que ir con cuidado. ¿De acuerdo?

De modo que cuando regreso a casa a través de la arrugada tarde, abriéndome paso entre mis hermanos y hermanas, buscando y rehuyendo miradas, casi resulta encantador que todo ese asunto ya sea oficial.

\*\*\*

—Jaque —dije.

Selina alzó la vista, indignada. Sus acerados ojos regresaron al tablero. Soltó un suspiro, y movió su alfil en una zona en absoluto relacionada con el problema.

—*Jaque* —repetí.

—¿Y qué?

—Quiere decir que tu rey puede morir. Que puedo matarlo.

—Mátalo. Tanto trabajo para nada.

—Mira, Selina. No lo entiendes. La clave del ajedrez...

—Voy a darme un baño. Odio el ajedrez. ¿Adónde vamos a ir? No me apetece nada chino ni indio. Ni griego. Vamos a Kreutzer's.

—Como quieras.

Dispuse de nuevo todas las piezas en el tablero.

—Tienes el pelo horrible. Tendrías que dejarme que te lo cortara.

—Ya lo sé.

Esa misma tarde había ido a que me recompusieran el peinado, por veinte libras nada menos. El marica bajito estuvo revolviéndome los rizos un buen rato, torció el gesto, y me preguntó:

—¿Cuántos años tiene?

La misma pregunta que Roger Frift. Es el corazón, el corazón. La jodida maquineta que no funciona bien. Tengo el reloj estropeado.

Entré en el dormitorio y revolví el cajón de bragas, tratando de elegir un buen modelo para cuando ella saliera del baño. Hombre, éstas son nuevas... Y éstas también. Mientras palpaba experimentaba unas mallas, noté algo sólido envuelto allá dentro. ¿Qué es eso? Caramba, un paquete de billetes usados de diez. ¡Doscientas libras! Es una necedad por parte de Selina esconder las cosas en su cajón de las bragas. Porque siempre estoy revolviéndolo. Y ella lo sabe muy bien.

Salió del baño con una toalla pequeña sujeta a la cintura. Ni siquiera parpadeó al ver el dinero, que yo había esparcido negligentemente en su lado de la cama.

—¿De dónde lo has sacado?

—¡Lo gané!

—¿Cómo?

—¡En la ruleta!

—Entonces, ¿y toda esa historia de que estabas sin un céntimo?

—¡Fue con el último billete de cinco que me quedaba! ¡Lo aposté a un número cuando ya me iba!

—No pagan más de treinta por uno. ¿Qué hay de los otros cincuenta?

—¡Fue una propina!

—¿No me dijiste que en ese hotel estuviste trabajando?

—¡Sí!

—¿De qué?

—¡De croupier!

Fruncí el ceño, e hice una pausa. Era cierto que antiguamente Selina había trabajado de croupier. Y el Cymbeline suele contratar calientapollas para que animen a los clientes. Eso también es cierto. Las visten con minifaldas y blusa transparente. Las tías parecen acercarse sólo para pedir un pitillo, pero en realidad están animando el negocio y les está prohibido acostarse con los mamones que se tragan el anzuelo. Lo sé por experiencia propia. La chica se fue sola a su cama.

—Vamos a ver. ¿Cómo puedo asegurarme de que no estuviste liada allí con algún tío?

—¡Telefonea a Tony Devonshire!

—¿Y quién es Tony Devonshire?

—¡El gerente!

—Bueno...

—¡Venga! ¡Telefonéale! Por cierto, creo haberte pedido que bajaras la bolsa de basura. Hazlo ahora, si no te importa. Mañana podríamos ir a comer al centro, y luego vamos a tu banco y resolvemos de una vez el problema. Ese dinero será para el alquiler, y aún le debo sesenta libras al ginecólogo. Sería mucho más lógico que me instalara definitivamente aquí. Anda, dámelas. Sí, ésas. Vaya, se han encogido. Casi no me entran. Yaaa está. Oh, me parece que no van muy bien con este ligero, ¿no te parece?

Me senté sobre los arrugados billetes.

—Ven para acá... —le dije.

\*\*\*

Tengo que hacerle una buena revisión al Fiasco. Selina Street quiere que tengamos la cuenta del banco a nombre de los dos. Alec Llewellyn me debe dinero. Barry Self me debe dinero. Tendré que regresar a los Estados Unidos, pronto, y ganar otra montaña de dinero.

Comí con Doris Arthur. Mis insinuaciones deshonestas parecían haberle gustado.

De hecho, le habían gustado tantísimo que volví a las andadas. Esta vez no fue porque hubiera bebido mucho. Fue por ella. Después de comer hablamos del guión en su habitación del hotel. Esencialmente son seis las escenas que tengo pensadas y que sé cómo quiero rodar. La tarea de Doris consiste en unirlas entre sí, enlazarlas.

—¿Sabes una cosa? —me dijo, saliendo de abajo de mí y sacando mis manos de sus muslos—. Me has devuelto las ganas de combatir. Yo creí que ya habíamos ganado, pero ahora veo que todavía tenemos que recorrer un largo camino.

Gracias a Selina, la segunda de las insinuaciones no acabó tan mal como la primera. Pero, gracias a Selina, también acabó bastante mal. Selina... Oh, sí, y además me tomé unas cuantas copas con el iluminador de la película, Kevin Skuse, y con Des Blackadder, el jefe de atrezzo. Fielding dice que tendría que darles un anticipo a esos chicos, a fin de tenerlos listos para comenzar el rodaje en otoño. Pero todavía no puedo encargarles ningún trabajo. Les noto que tienen ganas de colaborar conmigo, y sé que esperarán hasta que llegue el momento, esperar otro mes.

¿Puedo esperarlo yo? ¿Dónde está el clima de este país? ¿Dónde? Tenemos un abril de verdad, con ventiscas que huelen a flores y repentinos rayos de sol y raudas nubes amaradas. Y también tenemos un auténtico mes de mayo, con su luz helada, el cielo revuelto, cambiante. Luego llega junio, el verano, una lluvia tan fina y amarga como la huella de un patinazo en la autopista, pero sin cielo, absolutamente desprovisto de cielo. En verano, Londres se convierte en un anciano de mal aliento. Si prestas atención puedes llegar a oír los silbidos de cansancio que emiten sus pulmones. Feo Londres. Hasta su nombre suena a agotamiento.

A veces, cuando camino por sus calles, me peleo contra el tiempo. Me las veo con uno de esos dioses del tiempo. Lo aporreo. Le doy de patadas y puñetazos. Algunas personas se quedan mirando, riendo, pero no me importa. Aunque esté rechoncho, soy capaz de pegar saltos de karate, de propinar golpes de antebrazo, siempre contra el cielo. También grito, mucho. La gente cree que me he vuelto loco, pero me da lo mismo. *No pienso soportarlo*. Aquí tienen a un tipo que *no piensa soportar* que el tiempo se ponga así.

Hace algún tiempo que Selina está empeñada en convencerme de que abra una cuenta bancaria a nombre de los dos. No tiene ninguna cuenta, y quiere tenerla. No tiene dinero, y quiere un poco. Antes había tenido una cuenta: me destrozaba el corazón ver los saldos que le mandaban. Dos libras, cuarenta y tres peniques. Una libra, setenta y un peniques. Cinco libras. Pero el banco se la cerró. Nunca tenía dinero en ella. Selina sostiene que eso de la cuenta conjunta es esencial para su dignidad y su orgullo. Yo se lo he discutido, le he dicho que ni a su dignidad ni a su orgullo les pasa nada con el sistema que hemos venido utilizando hasta ahora, un sistema con primas de productividad y demás incentivos. Según yo veo las cosas, las chicas que carecen de dinero tienen dos formas de afirmarse: o bien peleando

constantemente contigo, provocándote, o mostrándose infelices hasta que te rindes. (Lo que no pueden hacer es largarse: les falta la pasta). Selina no es de las que buscan pelea, porque sabe que soy de los que pegan, o de los que pegaban (ella no sabe que me he reformado, y confío en que no lo averigüe nunca). Y no tiene paciencia suficiente para hacerse la desgraciada cada vez que me ve. Este sería un plan a largo plazo. De modo que Selina ha encontrado una tercera vía... Se pasó toda una semana sin maquillarse, llevando medias arrugadas y con carreras, y poniéndose bragas espantosas, y después se metía en la cama con la cara llena de crema facial, y con los rulos en la cabeza, y vestida con un horrible camión. No llegué a averiguar si las relaciones sexuales habían sido tachadas del menú. Ni siquiera me entraron ganas de preguntárselo.

Sin embargo, por fin decidí abrir una cuenta conjunta en el banco. Rellené los impresos, fríamente supervisado por la vigilante Selina. Ese día Selina se metió en cama con medias negras, ligero, cinturón de satén, bolero de seda, guantes de muselina, cadenita en la cintura, y collar de oro. Debo admitir que actué como un cerdo. Al cabo de una hora y media se volvió para mirarme, con una pierna todavía colgada del cabezal de la cama, y dijo:

—Hazme lo que quieras, donde quieras.

Ahora que disfrutábamos de tanta dignidad y tanto orgullo, la situación había mejorado notablemente.

Así pues, ayer noche, a las once menos veinte, me encontraba en el Blind Pig. Mañana, América. Me encontraba pensativo, expansivo, filosófico, con tendencia a interrogarme a mí mismo, por no decir que verdaderamente cocido. Selina se había ido a ver a Helle, su amiga de la boutique. Yo tenía un regalo para ella: un talonario de cheques nuevo y reluciente. Se lo tendería, y me deleitaría viéndola sonreír. También Selina tenía un regalo para mí: unos cuantos números nuevos para la cama, una selección de ropa interior de la que Helle vende en la trastienda. De modo que, como decía, yo estaba sentado en el bar, quieto, sin respirar siquiera, como si fuese el reptil doméstico del local, cuando se sentó a mi lado ni más ni menos que el mismísimo Martin Amis, el escritor. Tenía un vaso de vino y un pitillo, y un libro de bolsillo. El libro parecía de lo más serio. Como él, en cierto sentido. Bajito, compacto, con el felpudo considerablemente largo... Las dos puertas del pub estaban abiertas a la cálida noche. Es lo acostumbrado a comienzos del verano, días turbios y noches agobiantes. Es terrible. Puede ocurrir cualquier cosa.

Yo me sentía amigo de todo el mundo, como iba diciendo, de manera que bostecé, tomé un trago de mi copa, y le susurré:

—Qué, ¿ya has vendido un millón de ejemplares?

El tipo levantó la vista, con un destello de paranoia en su expresión que me pareció extraño en él, tan candoroso, tan osado. Aunque la reacción quizá sea de

esperar en un pub como éste. Suele estar repleto de turcos, locos, marcianos. Cuánto extranjero. Ya sé que no saben inglés, pero ¿no podrían hablar algún dialecto terrícola? Porque hablan más bien en estéreo, ruidos de radio, interferencias. Hablar en sonar, en crujidos, en pterodáctilo, en zumbido de pez.

—¿Disculpe? —dijo él.

—Digo que si ya has vendido un millón de ejemplares.

Se relajó. Su sonrisa descentrada pretendía no entender nada.

—Menos bromas —me dijo.

—¿Cuánto vendes?

—Oh, cifras sensatas.

Eructé y me encogí de hombros.

—Joder —dije—. Perdón.

Bostecé. Miré hacia el resto del local. Él volvió a su libro.

—Eh —dije—. ¿Es cada día...? Quiero decir que, ¿escribes todos los días? ¿Tienes unas horas fijadas y todo eso?

—No.

—Ojalá pudiese dejar de eructar —dije.

—Él se puso a leer otra vez.

—Eh —le dije—. Cuando te pones digamos que te lo vas inventando, o, simplemente, cuentas lo que pasa.

—Ninguna de las dos cosas.

—¿Autobiográfico? —pregunté—. No he leído ninguno de tus libros. Apenas me queda tiempo para lecturas.

—Curioso —dijo él. Se puso a leer otra vez.

—Eh —dije—. Tu padre, ¿verdad que también es escritor? Seguro que eso te facilitó las cosas.

—Por supuesto —dijo—. Es como coger a la familia y llevarla al pub.

—¿Cómo?

—La hora del cierre —dijo el tipo del mostrador—. La hora. La hora.

—Eh, quieres tomar otro —le pregunté—. Te invito a un scotch.

—No, gracias.

—Ya. Bueno, yo estoy bastante cocido. Pronto regresará mi novia.

Ha ido a uno de sus almuerzos de trabajo. Tiene una tienda de ésas, una boutique. Busca gente que invierta en el negocio.

No contestó. Bostecé y me desperecé. Eructé. Cuando me estaba levantando, le di un golpe a la mesa con la rótula. Su vaso se tambaleó, pero lo agarró a tiempo. Casi no se derramó nada.

—Joder —dije—. Bien, Martin, nos veremos por ahí.

—Seguro.

—... ¿Qué quieres decir con eso? —No me gustó nada de nada su tono de superioridad o, pensándolo bien, tal vez lo que no me gustó fuera su bronceado, o su libro. O esa forma que tiene de mirarme en la calle.

—¿Eso? —dijo—. ¿Qué crees que significa?

—¿Me estás llamando mamón? —dije a gritos.

—¿Cómo?

—Me has llamado mamón.

—Lo siento, pero te equivocas.

—Ag, conque ahora me llamas mentiroso. ¡Me has llamado mentiroso!

—Eh, tío, tómatelo con calma, joder. No pasa nada. Eres un tipo magnífico. Fantástico. Ya nos veremos.

—Eso...

—Cuídate.

—Sí. Muy bien, Martin —dije, y, zigzagueando, me dirigí a la calle.

Once en punto. La hora de los disturbios. Los policías en mangas de camisa (hoy en día nos tomamos con mucha tranquilidad lo de la delincuencia), haraganean de seis en fondo junto a sus furgonetas blancas, sus ambulancias del dinero adornadas con esa elegante franja roja, aguardando a la vuelta de la esquina, junto a la calle mayor. En algún lugar, dispuestos a organizar el alboroto, aguardaban los chicos, los peleones. Aparentemente, el último sábado por la noche se declaró la revolución en este barrio. Yo estaba cenando solo en el Burger Bower, junto a la ventana, y no me enteré de nada. Pero, si quieren saber mi opinión, cada noche hay una revolución por estos contornos. Siempre las ha habido, y seguirá habiéndolas. A las once en punto, Londres es una tormenta, una locura, un jaleo, todos a por todas... Ya vienen otra vez. Sí, les digo yo, venga, adelante. Estoy destrozado; estáis destrozados. Al alboroto. Adelante.

Rompedlo todo.

—De acuerdo, Selina —dije, una vez terminada mi propia revolución—, escúchame bien, y a ver si te enteras. Mientras esté fuera, vas a comportarte como una señora. ¿Entendido, Selina? ¡Se acabó el cachondeo! ¿Entiendes, Selina? Ahora te tengo contratada y, óyeme bien, o haces exactamente lo que yo te diga, maldita sea, o... ¡Nadie se folla a mi tía! ¡NADIE va a joder a John Self! ¿Me oyes? ¡NADIE!

—Pero ¿qué dices? No oigo nada. ¿Quieres sacar la cabeza de la almohada?

—Pronto se arrepentirán de haber nacido los que me estafen. Sabrán que se han pasado de la...

—¿Qué? Saca de ahí la... *uuf*. Por fin. ¿Qué decías?

Soltando un gruñido, me di media vuelta. Secamente, Selina me dijo:

—¿Viste a Martina Twain en Nueva York?

—En cierto modo. Íbamos a vernos, pero hubo... un problema de horarios.

—Crees que Martina es lo mejor de lo mejor, ¿verdad? Crees que con sus títulos universitarios y su enorme culo...

—Bueno, sí.

—Tu gran oportunidad, ¿eh? Pues, olvídate de ella. Está casada y bien casada. ¿Sabes cuál es la única manera de retener a la mujer que te gusta? Casándote con ella.

—Ya, ya.

Me levanté de la cama y me fui a la sala para prepararme una copa. Al cabo de una o dos horas me pareció oír la voz de Selina. Nada, un murmullo, un gemido. Con mucho esfuerzo, logré levantarme del sofá y entré sigilosamente en el dormitorio. Estaba desnuda, en la cama, se había quitado toda la corsetería fina, todos los fetiches. Les aseguro que la boutique de Helle había demostrado su capacidad de hacer maravillas... Me acerqué un poco más. Selina estaba durmiendo, tranquila, sin trucos, sin sorpresa. Se le notaba un resto de carácter infantil en los párpados y en su levísima sonrisa: sí, se le notaba que aún era una niña. Está viajando a través del tiempo, pero ¿hacia dónde? En ese momento Selina se agitó, suave, perezosamente, buscando una posición más horizontal, de la misma manera que el agua busca siempre tener la superficie plana.

Selina Street no tiene dinero, nada de nada. Imagínenselo. En su vida se ha encontrado muchas veces sin dinero ni para el billete del autobús, para una taza de té. Selina ha robado. Ha empeñado su ropa. Ha jodido por dinero. No tener dinero es doloroso, como un aguijonazo. Y está bien, muy bien, darle un poco de dinero. Siempre ha dicho que los hombres usan el dinero para dominar a las mujeres. Y yo me he mostrado siempre de acuerdo con ella. Por eso nunca había querido darle dinero. Pero está bien, muy bien, haberle dado dinero. Toma. Un poco de dinero... Me arrastré hasta la ventana del dormitorio y metí la mano entre las cortinas negras. Era la primavera más fría del siglo. La nevisca de junio golpeaba los cristales. Ahí afuera debe de hacer mucho frío. Es cuando hace frío. Este es el momento en que realmente notas que tienes dinero.

### III

Hojeé el diario en el bar. LA BRUJA QUE MINTIÓ EN DEFENSA DEL DR. SEX. NO ES MÁS QUE... AMOR A LOS CACHORROS. APOYO AL IRA: RED KEITH. MI AMOR SECRETO, POR EL ENANO DE LA TV: VÉASE PÁGINAS CENTRALES. Y yo me pregunto, ¿es ésta manera de interpretar el mundo? Parece que en Polonia se está cocinando un buen jaleo. Solidaridad le hace cortes de manga a Moscú, le reta a pelear. Rusia aplastará a Polonia, estoy seguro, como las cosas sigan así. Lo que yo haría es atarles corto... Siguen las especulaciones en tomo al vestido de novia de Lady Diana. No tengo opiniones firmes sobre este asunto, pero me gustaría que nos dejaran ver otra vez esa famosa foto, aquella en la que sostiene a un niño en alto, y se le ahueca el vestido y llegas a ver lo que hay debajo. Una camarera que mató a su amante, que además era el dueño del bar, aporreándole con una botella de cerveza, ha sido condenada a dieciocho meses de cárcel (sentencia suspendida). ¿Por qué? Porque, como atenuante, declaró que en aquel momento estaba sufriendo su clásica Tensión Pre-Menstrual. Se me ocurrió pensar que la TPM ya es de por sí un grave riesgo para los hombres; sólo falta que ahora sea un atenuante para cualquier cosa. Otra abuela ha sido atracada y violada por una pandilla de negros y skinheads de menos de quince años. ¿De dónde ha salido esta moda de las abuelas? Pero si la de esta vez tiene ya ochenta años... Una violación a esa edad... Joder, debe de ser la leche. Aquí hablan otra vez de la tía de menos de veinte años que se está muriendo porque, según el diario, le tiene alergia al siglo XX. Pobrecilla... Pues mira, hermana, yo también tengo problemas, pero no coinciden con los tuyos. Yo no le tengo alergia al siglo xx. Soy más bien un adicto al siglo xx.

La Terminal Tres se encontraba hundida en un caos terminal, el aire y la luz empapados de últimas cosas, de pánico planetario, de dinero del Juicio. Estamos huyendo de la Tierra en pos de un nuevo mundo, y lo hacemos ahora, cuando todavía hay esperanza, cuando todavía quedan oportunidades. Hice cola, dejé el equipaje, subí las escaleras, fui al bar, me cachearon, me pasaron por rayos X, fui al bar, saqué la tienda libre de impuestos, bajé por los pasillos, caminé nervioso por la sala de espera hasta el momento de entrar en la nave, de dos en dos, con representación de

todos los tipos conocidos, dispuestos todos a fugarnos... A bordo del tubo viajero (una nueva clase de sala de espera) nos sentamos en fila, como el público de un teatro, para dejar que nos ofrecieran la terapia artística que habían preparado para nosotros: sillones de dentista y, adornando la cortina de la pantalla de cine casero, una vista de un puerto pintada por un pincel descorazonadoramente desprovisto de talento. Luego, el número del desafío a la muerte, interpretado por las azafatas, esas chicas tan tímidas que fingen respirar oxígeno. Pero el auditorio estuvo atento a esta danza del destino. Una vez desenganchados de Londres, comenzamos a hervir, a estremecernos, a correr. ¡Nos vamos!, pensé, cuando, con la mayor facilidad, nos encaramábamos por el aire.

Bajé la vista para contemplar los bonitos dibujos que las calles hacen sin darse cuenta. Aunque yo volaba en clase turista, el avión, que penetraba lateralmente en el espacio, tragaba combustible a razón de quince litros por kilómetro. Hasta mi Fiasco me sale más barato. Sí, yo iba en clase económica, pero también necesitaba mi ración de combustible. Con el cigarrillo y el mechero a punto, esperé a que se apagara el PROHIBIDO FUMAR. Torciendo el cuello, observé la llegada de ese cortejo fúnebre que es el carrito de las bebidas. Me zampé mi comida como un lobo, y hasta le arranqué, gracias a mis encantos, una segunda dosis a la siempre sonriente azafata. Adoro la comida que dan en los aviones y, además, sospecho que alguien está ganando un montón de pasta con ese negocio. Una vez intenté conseguir que Terry Linex se interesara por la idea de montar un restaurante que sólo sirviera comida de avión. Evidentemente, harían falta butacas, bandejas, bolsitas de mayonesa, etc. Incluso se podrían proyectar películas de vídeo, crear un ambiente de semioscuridad, poner departamentos para no fumadores, ofrecer bolsas de papel para los que se marean. A Linex le gustó la idea, pero dijo que sería imposible lograr que la clientela comiese a la velocidad suficiente como para que el negocio rindiera...

Con los caros cascos bien colocados, estuve viendo la película. Era horrorosa, por supuesto. Un rollo insoportable. Espero que mi película sea un poco mejor que ésta: y confío desde luego en que dé más dinero. (¿Una venta de los derechos a alguna compañía aérea, sólo tres meses después del estreno? Eso ha de ser por fuerza una tragedia para todos los que la hicieron). Miren, la cosa que deseo por encima de todo —el sueño de mi vida, si quieren que lo llame así— es ganar montones de dinero. Me metería tan contento en el sector alquímico, con tal de que existiera y permitiera ganar montones de dinero... Estuvimos viajando por el aire y el tiempo. Me quedaban cuatro horas. Matar cuatro horas no es tan fácil. Beber y fumar no son actividades que absorban por completo nuestra atención. Es el único defecto que les encuentro a estas dos actividades. Hay gente, tengo esa impresión, que nunca se siente satisfecha. Gente que no se alegra cuando se mete en el bolsillo el elegante talonario de cheques. Selina, por ejemplo, dice ahora que quiere una tarjeta Vantage.

Sí, y un hijo. Un *hijo*... Me volví a echarle una ojeada al avión, ocupado sólo en sus tres cuartas partes. Todos parecían estar leyendo o durmiendo. Leer debe de ser, supongo, muy práctico en momentos como éste. La chica de los rizos que ocupa la butaca que está delante de la mía, lee una revista verde: el texto está en francés, me parece, pero incluso así pude adivinar que el artículo que estaba estudiando trataba de la técnica de la fellatio: tecnología de la mamada. El abrigo de pieles que hay en la butaca de al lado es espantosamente voluminoso, como un bote hinchable descontrolado. Debía de volar para reunirse con su amante, o quizá para alejarse de él, o para irse con otro. La concentrada joven con gafas de mi izquierda, en cambio, leía un libro titulado *La filosofía de Rousseau*. Esto bastó para darme pie. Mientras seguía con mis copas, me pasé el resto del viaje hablándole de *mi* filosofía. Fue duro, pero logramos superar el lento transcurrir del tiempo.

\*\*\*

—He viajado mucho —me dijo Fielding— por el mundo de la pornografía. Esfuézate siempre, Slick, por tener algo invertido en las industrias que crean adicción: es imposible que pierdas dinero. Los adictos son los únicos que pierden. Drogas, bebidas, juego, vídeos de todos los tipos: ahí es donde hay dinero de verdad. Hoy en día, cualquier hombre de negocios que sea un poco responsable tiene que mantener al menos un dedo apoyado sobre el pulso de las dependencias. ¿Cuál es el futuro de ese sector? Todos los estudios señalan hacia el mundo del bajo consumo energético, la cosa casera, el factor ganga. La gente ya no soporta seguir saliendo de casa todo el día. Todos son adictos a quedarse. Por eso sube como la espuma el negocio de la comida barata. Tómese sus pastillitas, trágueselas deprisa, y vuelva a casa. No frecuente las calles. Quédese en el salón. Con la compañía que le brinda la pornografía...

—¿Ah sí...? —dije.

Tomé un sorbo de mi bebida, una cosa de color escarlata. Nos encontrábamos en un restaurante italiano, en la zona sur del Soho, por Tribeca. Fielding dijo que lo frecuentaban los mafiosos, y le creí: brocados, luces indirectas, un sitio tan silencioso como una iglesia. Y soy un terrícola estándar, vulgarcillo, pero Fielding, con su traje blanco, su bronceado y su lacio pelo rubio, destacaba como un elefante rosa entre todos aquellos ejecutivos de funeraria que aparecían, temibles, entre las paredes rojo sangre. Esos tipos parecían andar sin necesidad de mover las piernas. Hasta que, de repente, un bribón maduro —el clásico tipo con cara de divo de ópera, con expresión de millonario mimado por su mamá— saludó a una pelirroja exuberante que estaba sentada al otro lado de nuestra mesa, de la magnífica mesa a la que Fielding había sido prontamente conducido de forma ceremoniosa.

Fielding alzó la vista. Hizo una pausa.

—Antonio Pisello —dijo—, más conocido como Tony Cazzo, de Staten Island. Le pegaron un tiro en el corazón hace cinco años. ¿Sabes cómo se salvó? —me preguntó, al tiempo que se clavaba el pulgar entre sus costillas—. Gracias a las tarjetas de crédito. Las llevaba todas juntas, atadas con una cinta. Antes era un rufián, pero ahora todo lo hace por lo legal.

—¿Y la pelirroja?

—Es Willa Glueck. Una chica elegante. Y furcia de las de diez mil por noche, actualmente casi retirada. Se pasó diez años haciendo la calle, ya sabes, alquilando los buenos oficios de su mano y su boca, a razón de un dólar la polla. Luego estuvo cinco años en la cumbre, en la mismísima cumbre. Nadie sabe cómo dio el salto. No ocurre casi nunca. Mírala, fíjate qué ojos, qué labios. Soberbios. Ni rastro de su pasado. No lo entiendo. Y cuando no entiendo una cosa, me pongo furioso.

Sí, Fielding Goodney estaba lamentablemente subinformado. Sonrió, lanzándose un inocente autorreproche, y luego se volvió de nuevo y le hizo el signo de Victoria al camarero. Pasaron cerca de nosotros otras dos mujeres exuberantes. Pedimos nuestra comida. Fielding sostuvo el menú de color carmesí (sedoso, con dibujos de encajes, bellísimo, lo cual hizo que yo y mis dedos nos acordáramos de Selina y sus secretos) en sus delgadas manos morenas, con el azul pálido de la camisa y el oro de los gemelos sobre las muñecas. Durante la cena Fielding me habló de las lucrativas contingencias de la pornografía, del infierno de la calle Cuarenta y dos, de los chaperos de la Séptima Avenida y todos sus prodigios de bestialismo y cadenas, del circuito de Malibu, frecuentado por la gente de cine que sale a la hora del crepúsculo a la caza y captura del chico de playa que acabará tendido en el suelo de la habitación del motel, de las tremendas proliferaciones del porno blando a través de los sistemas mundiales de televisión por cable, de sus cuidadosas codificaciones, de las magníficas aberraciones alemanas y japonesas, de la difusión de cine perverso a través de la venta de vídeos por correo, de las producciones mañosas de cine porno con crimen real incluido, que empiezan en México y terminan distribuidas por todo Nueva York.

Y yo le pregunté:

—Pero..., ¿existen esas películas?

—Claro. Pero no hay muchas, no han durado mucho tiempo, y ahora se acabó el negocio. —Me fijé en que Fielding cortaba el bistec del modo corriente, pero que luego se pasaba el tenedor a la derecha para pinchar la carne—. Mira, Slick, deberías ser realista. Este género hubiera podido dar dinero, había que probarlo... Las chicas eran vagabundas.

—¿Has visto alguna de esas películas?

—¿Te das cuenta de lo que me estás preguntando? Me preguntas si he sido

encubridor de lo que ante un tribunal constituye un delito de homicidio en primer grado. No, Slick, no. Esto era el más puro crimen organizado, super organizado. Sólo se podía hacer así. Una de esas películas constituye una *prueba* en toda regla...

Y entonces cambió, aunque sólo por un momento, su actitud, el campo de fuerzas que proyectaba a su alrededor. Pasó a mostrarse confidencial, amistoso.

—¿Fastidioso, no? Pruebas que corrompen. Suele ocurrir con la pornografía, ¿no te parece? —Se relajó mucho más—. Eso quema, Slick. No hay forma de sacarle partido a un material así. Es un problema de distribución.

Pasamos a discutir nuestros propios problemas de distribución, que, según Fielding, eran inexistentes. Se trataba, sencillamente, de arrendar el producto acabado: así, dijo Fielding, nos reservaríamos la mayor libertad artística y, además, ganaríamos mucho, muchísimo dinero. Yo creía que sólo las grandes productoras podían arreglárselas para practicar con éxito este sistema, pero él dijo que lo tenía todo muy bien estudiado. Sus contactos eran extraordinarios, y no sólo en el mundo del cine. Mientras él iba dándome explicaciones, y yo iba engullendo una larga serie de copas de grappa y tazas de café express, me sentí agarrado y acariciado por el dinero, dinero en cantidades ingentes. El dinero, mi guardaespaldas.

—Mira, Slick —dijo Fielding—, a veces pienso que los negocios no son más que un perro grande y tonto que te está pidiendo a gañidos que juegues con él. ¿Quieres saber en dónde intuyo que surgirá el nuevo sector con futuro y crecimiento garantizado, dentro del mundo de las adicciones? ¿Quieres ganar un millón? ¿Quieres que te deje un hueco a ti?

—Desde luego —dije.

—El futuro está en el terreno de los abrazos y arrumacos —dijo Fielding Goodney—. Una pareja tendida en la cama o el sofá, dándose abrazos amorosos, haciéndose arrumacos, sintiéndose tranquila, segura. El problema consiste en ver cómo se puede hacer dinero en ese terreno. ¿Un libro que explique la técnica? ¿Un vídeo? ¿Venta de camiones y pijamas? ¿Una cadena de escuelas de arrumacos, con chicas que dan lecciones? Piénsalo bien, Slick. Seguro que en ese terreno se puede ganar muchos millones, sólo hay que averiguar el modo de ganarlos.

Fielding leyó por encima la cuenta, y dejó un billete de veinte dólares en el platillo. Su Autocrat de alquiler nos esperaba en la calle. Hubo un momento en el que se quedó mirándome y, mientras en su rostro se reflejaba el centro de la ciudad, me dijo:

—Discúlpame, Slick, por haber tratado de confundirte hace un momento. El problema está en el segundo homicidio. En Nueva York, el primer homicidio es cosa de policías, funcionarios de prisiones, y demás mierdas de esa calaña. Discúlpame.

Me bajé cerca de Time Square. Oí a Fielding darle al chófer la dirección de una mujer, en Park Avenue.

En cuanto a mí, avancé con paso vacilante a través del calor de la noche pornográfica. La lectura de mis relojes corporales y de las coordenadas de mi viaje a través del tiempo me indicó que aquí eran las seis de la madrugada, y que estaba empapado de alcohol. Había hecho un largo viaje aquel día, un viaje a través del espacio y del tiempo. Amigos, qué necesidad tenía de estrellarme de una vez. Por las callejas y tejados próximos a Ashbery, me contó Fielding, anda suelto un sutil demente. Siente necesidad de arrojar desde lo alto tejas y ladrillos, para que caigan en la cabeza de la gente que ha salido a cenar, la gente que va al teatro. Ya lo ha hecho cinco veces. Y las cinco ha dado en el blanco. Uno de los heridos murió. Falta el segundo. Policías ultravioletas permanecen al acecho ahí arriba, pero no parecen capaces de atraparlo. Siempre se les escapa este psicópata de los tejados, este aficionado a las azoteas y los antepechos, este artista de las masas infinitas. De modo que el tipo sigue saltando y deslizándose por entre los perfiles góticos de las escaleras de incendios, las tuberías de desagüe y antenas de televisión, mientras, a sus pies, Broadway crepita en las últimas horas de la noche, y nadie se juega ni un céntimo. Ese loco de ahí arriba no tiene nada que ganar.

\*\*\*

Ya me han visto ustedes antes en Nueva York, y ya saben cómo me comporto ahí. No sé qué pasa: debe de ser algo relacionado con la energía, la electricidad que desprende la ciudad, todo ese ajeteo, toda esa confusión: es un muelle que me pone en pie y me da marcha. En Nueva York soy otro, me siento en forma, voy a por todas. Así que a primera hora de la mañana ya estaba trabajando, a pesar de mi jet-lag y de mi resaca, una de esas que le hubiesen impedido actuar a cualquier persona menos dotada que yo. Era una resaca peor incluso que la que pillé en California. La resaca que pillé en California había cumplido ya los siete meses de edad, y seguía sin dar señales de haberseme pasado. Probablemente me acompañe hasta el día de mi muerte... Ya les he contado lo de mi resaca en Los Ángeles, ¿verdad? Menudo jolgorio. El negrazo aquel, tan alto, con el bate de béisbol, ¿lo recuerdan? Joder, menudos riesgos hay que correr por reírse un poco a gusto. A veces pienso que la capacidad de permanencia de esa resaca californiana ha de estar por fuerza relacionada con mi incapacidad para creer que aún estoy vivo.

Tumbado en la cama, con el teléfono, la agenda, el cenicerito y el café preparados en la mesilla de mi entrepierna, me dispuse a atacar el primero de los problemas: Caduta Massi... Al igual que el resto del mundo, al igual que cualquiera de ustedes, he visto muchas veces a Caduta Massi en la pantalla de los cines, en dramas de época, musicales, comedias eróticas italianas, westerns mexicanos. He visto a Caduta encogerse y brincar, hacer pucheros y sonreír malévolamente. De pequeño, me la

cascaba pensando en ella, como todo el mundo. Y ahora, cuanto más pensaba en ella, más cerca estaba de volver a cascármela recordando su imagen. De joven era una mujer fuerte cuyos ojos y labios conservaban cierta huella de simplonería rural. El paso del tiempo se ha mostrado amable con Caduta Massi. El paso de los años se ha mostrado cruel con prácticamente todos los demás. El tiempo ha sido caprichoso, virulento y desdeñoso. El tiempo ha pisado con su bota a más de uno. A sus cuarenta y tantos años, Caduta seguía estando en condiciones de interpretar un primer papel romántico, con la sola condición de que a su lado estuviera un gran actor lo suficientemente anciano y/o bisexual... Ya saben ustedes que yo no me había precipitado a la hora de pedirle su colaboración a Caduta. De hecho, hubiese preferido una actriz menos espectacular, menos alegre y sana; por ejemplo, Sunny Wand, o incluso Day Laihborne. Y no sé muy bien por qué. Pero Fielding dijo que Caduta era uno de los elementos esenciales del proyecto, y en estos casos hay que obedecer al dinero. Caduta en el papel de esposa del adúltero Lorne Guyland, y rival de Butch Beausoleil, y madre del codicioso, del ladrón, del adicto Christopher Meadowbrook, o Spunk Davis o Nub Forkner, o quien fuera que al final contratásemos. El papel de Caduta era pasivo pero calladamente central. Un papel triste. Yo hubiese preferido una actriz algo más realista... Verán, la idea fundamental de mi proyecto era estrictamente personal, tenía mucho que ver con mi propia vida. Era autobiográfico. Sí, en el fondo trataba de mí.

Llamé al Cicero, que es el hotel en donde Fielding había instalado a Caduta con todo su acompañamiento. Contestó una voz de hombre. Caduta me pidió que me reuniera con ella en unas señas de Little Italy, a las dos de la tarde. Luego llamé a mi apartamento en Londres. Comunicaba. Seguía comunicando... Según Fielding, Caduta necesitaba que alguien le diera confianza. Y yo estaba dispuesto a dársela, encantado de darle confianza a quien fuera. Suponiendo que tuviera confianza para ir regalándola por ahí. Ayer, cuando volví a reunirme con mi añorada maleta, intenté jugar a palmadas de negro con Félix. *¿Por qué?*, pensé. Por el contacto, por el contacto. Al fin y al cabo, aquí abajo todo somos humanos, y nunca nos sobran los elogios ni los consuelos. Confianza terrícola, un elemento del que nunca hay suficiente oferta, ¿no les parece? Sé honrado, hermano. Y usted, señora, diga la verdad. ¿Cuál fue la última vez que un terrícola le dejó apoyar la cabeza en su pecho y le acarició la mejilla y le dijo cosas pensadas para hacer que usted se sintiera feliz y profundamente a gusto? Siempre queríamos más de eso, seguro. ¿De acuerdo? Caray, tío (están pensando ustedes, me apuesto lo que sea), lo bien que me iría a mí todo eso de la cabeza apoyada en el pecho.

Bostecé y me desperecé, y a punto estuve de derramar el café. Cuando estiraba el brazo para sostener la taza, tiré el cenicero. Cuando pretendía agarrar el cenicero, se me cayó la cafetera, y me enganché el codo en el cable del teléfono..., de manera que

cuando, con una última y heroica convulsión, me levanté de la cama, el maldito cacharro me dio un trompazo en el mentón y cayó luego sobre mi desnudo pie... Veinte minutos más tarde, cuando había pasado lo más grave del dolor, hojeé mi sucia agenda tratando de asegurarme de que en ninguna de sus páginas constaba el número de Martina. Era una llamada, una cita desperdiciada, una disculpa de la que quería librarme. Vamos a ver: Theresa, Tele (reparaciones), TransAmerican, Trexacarna..., Martina Twain. Maldita sea. Alto ahí. Esa no era mi letra. Era..., ¡la de Selina! *La muy puta*. ¿Estaba recriminándome, o haciéndome reproches insultantes? Cerré mi agenda con aire de violento desafío. Sí, la cerré, y luego marqué el número.

\*\*\*

Yo seguía haciendo surf sobre la electricidad estática de Manhattan. Los semáforos y señales de tráfico me pedían calma, pero ni yo ni nadie les hacía caso. ¡No hay que ceder ni un centímetro, esa es la contraseña! Pelear, buscar, avanzar, a ver quién puede más. De modo que el mediodía me encontró con un segundo scotch en la mano, un batín paquistaní enrollado en mi cintura, y una semidesnuda azafata sexual montada a horcajadas sobre mis muslos. Me encontraba en Happy Isles, de la Tercera Avenida. Leí algo sobre este local en la revista *Scum*... Me sentía bien allí: una habitación circular, sin ventanas, que trataba de asemejarse a la idea que un chulo barato puede hacerse del paraíso: emparrados artificiales, racimos de uva de plástico, techo de bambú, luces de laguna y cantos enlatados de pajarillo. Hasta me sorprendí a mí mismo tarareando una vieja canción de Fat Vince. ¿Cuál era? Algo de tipo campestre, bucólico. Ya saben, hay tíos que acuden a esta clase de sitios para echarle un polvo a alguna de las furcias que trabajan allí. Pero, cuando alguien se lo propone en serio, mejorar la propia condición no resulta tan difícil. Yo, por ejemplo, sólo había entrado para que me hicieran una paja.

—Ya, pero ¿cómo te lo organizas? —le dije—. ¿Usas el secador *después* de la toalla?

Le estaba hablando a la tía esa de su cabello y de los problemas que suponía su cuidado. No crean, la tía andaba buscando camorra. Alisado por su propio peso, brillante como una mancha de aceite de coche, su sólido felpudo moreno le caía hasta el final de la espalda. Cuando se levantó para echarme más hielo en la copa, aquella melena casi le tapaba el culo. Amigo, cómo me hubiera gustado tener un felpudo americano, en lugar de ese trapo de cocina bajo el que tengo que vivir... La elegante dama me había asegurado, en cuanto entré en el local, que podía «festejar lo que usted quiera con quien usted quiera» (y esta frase, aparte del diminuto bikini que llevaba puesto, fue el único indicio de que no me encontraba en un salón de belleza o un aula universitaria sino, de hecho, en un burdel. Pero yo me mantuve igualmente

recatado). En ese primer momento, y también luego, me pregunté si ese «con quien usted quiera» la incluía también a ella. Se había sentado en mis piernas de una manera francamente amistosa, cierto, pero sólo lo hizo para que pudiera verle mejor aquella magnífica alfombra que caía sobre sus hombros. Quizá sólo era la encargada de las bebidas, o la cajera, o la chica para todo. A mi lado se encontraba, metida en una bolsa de plástico transparente e impermeable, mi cartera: el dinero, lo imprescindible. Me habían obligado a darme una ducha abrasadora en un baño atendido por un par de negros gordos con camisa hawaiana y sombrero de paja. Hasta que, por fin, fui a sentarme, plácidamente despiojado, en una de las Islas Felices. Estimulada por tanto viaje y cambio de ambiente, esa enfermedad a la que he bautizado con el nombre de tinnitus estaba abriendo profundos túneles desesperados hacia los rincones de mi cabeza. Por su parte, mis oídos estaban empeñados en hacer su imitación de un Concorde, con todo el estruendo de silbidos y gemidos y temblores de tierra y lenguas de fuego. Me llevé la copa a la frente, como si de este modo pudiera calmar mi febril pulsación, consolar mis ideas: vaso de plástico, hielo de plástico, la clásica bebida que te sirven las compañías aéreas. Sí, a esto le llamo yo la buena vida.

—Lavarse el pelo dos veces —insistí— puede ser una grave equivocación. Dilata los folículos, y entonces los agentes limpiadores los secan y endurecen.

—¿En serio? —dijo ella—. ¿Está demostrado?

—Sí —dije.

Una de las cosas de las que entiendo es el pelo. Quizá no sepa gran cosa de anatomía, pero entiendo mucho de felpudos. Se lo debo a todos esos estilistas y encargadas de vestuario y técnicos de maquillaje que siempre me rodean, y también a los carísimos psicodramas sobre el tema a los que yo mismo me he sometido. Asentí con la cabeza y tomé un trago. Miré a mi alrededor. ¿Dónde estaban las demás candidatas? Fuera como fuese, no había duda de que la del bikini blanco estaba disfrutando de mis tomaduras de pelo sobre el pelo. Seguramente, charlar conmigo le resultaba mucho más divertido que acostarse conmigo por dinero, aunque, todo hay que decirlo, también era mucho menos productivo. Yo me sentía encantado por el modo en que estaban yendo las cosas. Me satisfacía permanecer sentado con una bebida fuerte en lugar de haber sido enviado a un cubículo del sótano para hacer el primer papel romántico en una película con crimen real incluido. Estaba siendo muy civilizado, civilizadísimo.

La chica hundió la cabeza para escrutar la fisura de una uña medio partida. Caída la melena hacia adelante, sus pequeños hombros adquirirían un carácter más indefenso, más pálido. Pero, qué pasa, ¿acaso Happy Isles era lugar para entretenerse con asuntos tales como el color local? La chica, la flaca adolescente con pliegues en forma de W en los respiraderos de sus axilas cerradas, podía servirme a la perfección.

Ahora bien, siendo como soy, y dado que no he cambiado (al menos por el momento), decidí que quería obtener todos y cada uno de los privilegios a los que me sentía con derecho en aquel burdel, quería ser capaz de elegir.

—¿Dónde están tus amigas? —le dije.

Ella se encogió de hombros y miró a su alrededor. Tampoco yo tenía ningún amigo por allí. Luego alzó el rostro, me miró y, con una expresión tristemente seria, me preguntó:

—Oye, cómo te llamas.

—Martin —dije inmediatamente... Detesto mi nombre. A ver, cuando alguien tiene un hijo, un varón, ¿no hay otro nombre que ponerle aparte de John? Me llamo John Self. Una vulgaridad.

—¿Y tú?

—Me llaman Moby. ¿Estás casado?

—No. Creo que soy de los que no se casan.

—¿A qué te dedicas, Martin?

—Soy escritor, Moby.

—Oh, pero qué *interesante* —dijo, muy seria—. ¿Eres escritor? ¿Y qué escribes?

—Bueno, novelas. Cosas así.

—¿Haces realismo crítico? —me pareció oírle decir.

—¿Cómo?

—Quiero decir si estás en la línea de la novela del realismo crítico, o bien practicas géneros, no sé, novela negra, ciencia-ficción o algo así...

—¿Qué es eso del realismo crítico?

Sonrió y me dijo:

—Es una buena pregunta... ¿Sabes que estudio literatura en la universidad? Literatura anglosajona, sabes. ¿En serio que escribes *novelas*? ¿Es eso lo que *haces*? ¿Cómo dijiste que te llamabas?

A estas alturas tenía ganas de preguntarle qué *hacía* ella, y cuánto cobraba por hacerlo, pero justo entonces mis sensores notaron la presencia de otra mujer. Me volví. Una tía buena en bragas y sostenes salió meneando el culo de entre las sombras del pasillo. Era del tipo de Selina, pero en plan exagerado y más guarro. Subrayaba las protuberancias, las convexidades. Y enseguida pensé: quiero. Mía, para mí. La chica nueva se sentó en una seta de plástico que había junto a la barra. Segundos más tarde, un caballero agotado y presumido, con un impecable traje de empresario, salió arrastrándose.

—Cuídate, She-She —dijo con voz pastosa.

—Y cuídese también usted, señor —dijo She-She con la entonación falsamente animada que usan las azafatas en todas partes—. Muchas gracias por haber venido. Hasta la próxima.

—Oh, sí.

El tipo de She-She siguió su camino a duras penas. Parecía que estuviera a punto de caérsele su cara chupada y gastada, por la sola fuerza de la gravedad de la disipación. Era evidente que no había echado todo el resto con She-She. No. Había dejado que She-She le hiciera regalos de todas clases para sus sentidos.

—Eh, She-She —dijo Moby—. Te presento a Martin, un escritor inglés.

—¿Ah sí? —dijo She-She.

—Sí —dije yo. Me puse en pie: mi piel gris, mi tripón y mi cabello color cielo londinense, cargado de pastillas estimulodepresivas, de alcohol.

\*\*\*

—¿No estás excitado? —me preguntó al cabo de diez minutos.

—Sí y no.

—Venga, hombre. Seguro que estás *excitadísimo*.

—Bueno, sí —dije—. Supongo que lo estoy. Bastante.

Y, en efecto, me encontraba desnudo, tumbado en una cabaña iluminada con velas, completamente solo con la industriosa She-She, cuya fuerte mano derecha acariciaba la peluda curva de la cara interior de mi muslo... Durante un rato, bajo los efectos de los estimulodepresivos, me había costado elegir. Era posible que la pequeña Moby se hubiese sentido ofendida cuando mostré mis preferencias por su aventajada colega. Quizá se había largado, había roto a llorar, se había suicidado. Pero en Happy Isles no parece que nadie padezca de autocompasión. Saben una cosa, sospecho que lo mío no son los burdeles. Por mucho que me esfuerce, siempre establezco relaciones a escala humana, por mínimas que sean. Y no logro romperlas... Cuando She-She me mostraba el camino, Moby y yo nos despedimos efusivamente. Luego, seguí a She-She por el pasillo completamente forrado de moqueta, por los cuatro lados. Hasta que She-She me dejó estacionado en el cubículo aromático. Se quedó en el umbral, con los nudillos en las caderas, y me rogó que me tendiera en una cama alta que estaba junto a la pared, como si fuese el médico a punto de hacerme una revisión. Sí, me sentí como si hubiese ido a hacer por fin la siempre aplazada y siempre temida visita al siniestro médico de la polla.

—¿Por qué no te pones más cómodo? —me dijo ella, fingiendo indignación.

Dócilmente, me dejé caer un par de centímetros más en los blandos almohadones.

—No... ¡Que te quites el *sharong*! Ahora mismo vuelvo.

De modo que me quedé desnudo en el limpio aire sin oxígeno de la habitación, esperando el regreso de She-She, y pensando en lo tonto que había sido por no haber probado suerte con Moby.

—En tu lugar —dijo She-She—, yo me sentiría muy excitada.

—Sin duda, sin duda.  
—Estaría volviéndome loca.  
—Me encantaría que me enloqueciese, sí.  
—Por supuesto.  
—Sí, sería divertido.  
—Yo estaría *excitadísima*.

Fruncí el ceño:

—¿Por qué motivo, exactamente?  
She-She hizo un puchero de incredulidad.  
—No sé, eres una tía buenísima y tal —dije—, pero...  
—¡Por Dios, no! Me refería a la nueva princesa que tenéis en Inglaterra.  
—Ah, *ella*.

De manera que, durante un buen rato, She-She y yo estuvimos charlando muy seriamente de la futura princesa de Gales. La futura princesa de Gales se ha convertido, indudablemente, en un gran ídolo para las putas de la Tercera Avenida. She-She se mostró admiradísima por los peinados de Lady Diana, por su gusto en el vestir, por su porte. Dijo que le gustaba el príncipe Andrew. Y que le gustaba el príncipe Edward. Y que hasta le caía bien el duque de Edimburgo. Después de media hora de incesantes ensoñaciones de este tipo, di una palmada y, quizá con demasiada brusquedad, dije:

—Todo esto está muy bien, pero, y tú, ¿qué vendes?

—Lo que quieras —dijo ella, sin desacelerar el ritmo de su voz—. ¿Qué clase de propina piensas darme?

—No sé. Veamos. ¿Qué puedes ofrecerme?

—Normal, francés, inglés, griego, turco. O un combinado.

—¿Qué es un combinado?

—Normal mezclado con francés.

—¿Y en qué consiste el inglés?

—Un buen correctivo.

—¿Y el turco? No, no me lo digas. Quiero, mira, creo que me bastará... Sólo quiero una paja.

—¿Una paja? —She-She se atiesó—. Vale. Si eso es lo que quieres... ¿Qué propina vas a darme?

Aunque estaba desnudo, seguía teniendo a mano el condón con la cartera. En la puerta ya había tenido que desprenderme de cuarenta pavos. ¿Cuánto puede costar una paja? Venga, usted, ¿cuánto le parece que puede costar? Me encogí de hombros y le dije:

—¿Cincuenta dólares?

—Oye —me dijo She-She—. Vístete *ahora mismo* y lárgate a la Séptima Avenida

o a la calle Cuarenta y dos. Si quieres gastarte cincuenta dólares, quizá allá hagan algo por ti. ¿Cincuenta dólares? Nadie me da cincuenta dólares a mí.

—Un momento, eh... Tómatelo con calma, ¿quieres? —dijo. Confieso que el tono de mi compañera de juegos me dejó algo perplejo. Por un momento tenía el aspecto y el tono de un matón de los que se dedican al cobro de morosos—. Soy nuevo en este terreno. Lo siento. ¿Por qué no sugieres tú misma una cantidad?

—Si me pagas los cincuenta dólares en metálico —dijo She-She—, y setenta y cinco con tarjeta, más el suplemento, que es un quince por ciento, no nos da ni para pagar el alquiler del local. También aceptamos cheques, pero viene a ser lo mismo, menos el quince por ciento con un suplemento de diez dólares. En realidad, ya te digo, es prácticamente lo mismo.

—¿Estás hablando de ciento setenta y cinco dólares? ¿Por una *paja*?

—Mira, chico. Esto no es la Séptima Avenida, sino la Tercera. ¿Por qué no te vistes...?

—Vale, vale.

Qué bien lo tienen organizado: aquí hay un hombre que lo ha pensado todo hasta el menor detalle. Un hombre que ha pensado mucho más que el que acaba de estar en ese cagadero de bambú, escuchando los cantos de los pájaros, bajo las luces de la laguna. Ahí estás, desnudo, discutiendo tus necesidades con el inspector de sexo. No es que esa tía quiera que te sientas como un tirado. Lo que quiere es que te sientas más tirado que en tu puta vida... Con paso ágil, She-She me dejó solo. Pero regresó enseguida. Provista de esa abrazadera deslizante, un franquador de tarjetas de crédito. ¿Qué pretendía meter She-She en ese trinquete, mi tarjeta Approach americana, u otra cosa? A ver, señor, permítame. Voy a tomarle la huella dactilar de su pene... Hubo todavía algunos problemas presupuestarios que discutir, esta vez relativos a la ropa interior de She-She. La parte de arriba voló al instante. Las bragas, dijo, no formaban parte del trato.

—La verdad, sabes muy bien cómo poner calientes a los tíos —dijo, agotada toda mi pasión, y le di otros veinte dólares.

\*\*\*

Sin ánimo de exagerar, cuando me encontré finalmente con Caduta Massi mi estado de forma era simplemente pasable. Me había tomado un par de copas, lameteando un plato de comida rápida, y saltado luego a un taxi. Cualquier día acabaré con la comida rápida. Ha llegado el momento de acabar con la comida rápida. El momento de darle la patada, y rápido... La sesión con She-She no me había beneficiado en lo más mínimo. Pese a que me había entretenido en Happy Isles durante una hora por lo menos, la paja en sí file cuestión de momentos: cuarenta y

cinco segundos, diría yo. Tuve que revolver todo mi cerebro para recordar otra que fuese peor.

—Estabas excitadísimo —dijo She-She sin alzar apenas la voz, y empezando a sacar pañuelos de papel.

Pues mira, chica, sí y no. Entre nosotros, ha sido una de esas pajas en las que pasas directamente de tenerla blanda a correrte, saltándote la fase de erección. Seguro que She-She ha puesto en marcha algún truco glandular que sólo ella conoce. Tenía ganas de acabar pronto. Luego pretendió volver a charlar del asunto de la Familia Real, pero yo me largué en cuanto pude. Lo malo de todo esto es que sea tan *insatisfactorio*. Las pajas corrientes también son insatisfactorias, pero no las pagas a cinco dólares el segundo. Los gastos generales suelen ser de poca monta. En fin, que de las pajas podrán decir ustedes lo que quieran, menos que cuestan ochenta y cinco dólares.

La carrera de taxi hacia la parte baja de la ciudad fue angustiosa: costó mucho esfuerzo, mucho aguante, mucha espera. La primera vez que estuve en Nueva York, hasta los atascos de tránsito me parecieron interesantes. En cambio, actualmente los atascos me dejan frío. Los tomo o los dejo, me da igual. Ojalá aprendiese a desplazarme en metro. Lo he intentado. Por mucho que me concentre, siempre termino escalando una cloaca del Duke Ellington Boulevard, con una tapa de cubo de basura por sombrero. No hay modo de atravesar Nueva York, y punto... Miré el reloj. Seguía pegajosamente sentado en el asiento de plástico, sudando y maldiciendo. El aire se está recalentando, ya se prepara para los incendios de agosto. De las diversas instrucciones pegadas en el cristal de separación, había una que se tomaba la molestia de darme las gracias por abstenerme de fumar. Odio esta clase de cosas. Me parecen un poco precipitadas, ¿no creen? ¿Y si yo no fumase? De hecho, todavía no he fumado en ese taxi. Sin embargo, al final acabé por encender un pitillo, y me dispuse a verlas venir. El gordo de pelo rizado que iba al volante gritó no sé qué y se volvió hacia mí, pero yo seguí no absteniéndome de fumar, muy callado, y no ocurrió nada.

Según la opinión corriente en esta ciudad, Little Italy es uno de los barrios más limpios y seguros de todo Manhattan. En cuanto aparece por la calle un yonqui o algún chalado del Bowery, cinco muchachotes de aspecto sombrío, armados de bates de béisbol, salen de la trattoria más próxima. De todos modos, Little Italy me recordó mucho al Village. Cualquiera hubiese dicho que la gente tenía que usar las escaleras de incendios dos veces a la semana por lo menos, pues la mierda les daba un color chamuscado. Jamás en la vida podrán limpiar, en estos retorcidos desfiladeros, todos los eructos de camión y todos los pedos de coche que burbujan hacia arriba formando nubes de aceite y ácido y refrigerante de motor. ¿Se puede saber qué hace aquí la centelleante Caduta? Tiene una suite en el Cicero, pagada por Fielding Goodney, con peluquero, guardaespaldas, y amante de setenta y tres años... Tuve que

recorrer la calle varias veces arriba y abajo hasta que encontré la puerta que buscaba.

—Bien, Mr. Self, John: ¡hablemos de nuestra película! —dijo Caduta Massi—. He visto en la sinopsis que la señora es de... Bradford. Y este dato no me parece en absoluto convincente.

—Mira, Caduta, la sinopsis que tú leíste era de la versión inglesa. Ahora que hemos trasladado la historia a Nueva York, podemos...

—Prefiero Florencia. O Verona.

—Pues claro. De acuerdo. Elige donde tú quieras.

—¿Y cómo va a titularse la película?

—*Dinero limpio* —dije. De hecho, aún no estábamos seguros. A Fielding le gustaba *Dinero limpio*. Yo prefería *Dinero sucio*. Fielding sugirió que usáramos su título en Estados Unidos, y el mío en Europa, pero a mí no acababa de convencerme esa idea.

—Bien —dijo Caduta—. Vamos a ver, John. Esta Theresa, ¿qué edad tiene?

—Mmm... ¿Unos treinta y tantos?

Eso, treinta y *nueve*. Observé fijamente a Caduta.

—Disculpa, pero me ha parecido entender que tiene un hijo de veinte años.

—Cierto. Bueno, supongo que tiene, sí, algunos años más.

—Yo tengo cuarenta y uno —dijo Caduta.

—¿Seguro? —dije—. Bueno, es perfecto.

—¿Sí? A ver si me lo explicas. ¿Se puede saber cómo es que una mujer de esa edad se pasa la vida desnudándose y pidiéndole a todo el mundo que se acueste con ella?

Estaba tomándome un café, y aún me sentía semiasfixiado por aquella atmósfera, que yo supuse que era algo así como «calor napolitano». El lugar estaba repleto de críos: los unos con pañales, los otros andando a gatas, y también los había algo mayorcitos, y hasta inquietos adolescentes. Vi al menos tres figuras paternas, con chaleco blanco y delantal, en la contigua cocina, rodeados de botellas de vino a granel y sumergiendo humeantes pastas italianas en grumosas salsas sanguinolentas. Había en el local hasta un par de viejas vagabundas, las dos vestidas de negro y silenciosamente instaladas junto a la puerta, en sendos taburetes altos. No vi, en cambio, a nadie que pudiera parecer una madre. Aparte de este dato, toda aquella pandilla daba la sensación de haber pasado por el control de inmigración hacía apenas media hora... Caduta era, evidentemente, la abeja reina del lugar. Batía palmas cada dos por tres, y arremetía contra unos y otros en su torrente de palabras italianas. Como si fuese el Santa Claus de unos grandes almacenes en época navideña, cambiaba de mocosos en su regazo casi ininterrumpidamente: los críos se pasaban un momentito sentados en sus piernas, y luego le dejaban el sitio a otro. De vez en cuando venía uno de los padres, sudoroso, y le hablaba a Caduta con reverencia no

exenta de cierta alegre cortesía. Las viejas vagabundas, ambas provistas de un solo diente por cabeza, murmuraban, decían que sí con la cabeza, y se persignaban cada dos por tres. Frecuentemente, Caduta también me hablaba a mí en italiano, lo cual no servía para que yo la entendiese mejor.

Tosí un poco y le dije:

—Disculpa, Caduta, pero ¿qué es todo esto?

—Fue Mr. Guyland. Me dijo que tenía que haber varias escenas eróticas muy explícitas en la película.

—¿De él contigo?

Caduta alzó el mentón e hizo un gesto de asentimiento.

—Nada de nada, Caduta. En la sinopsis no hay ninguna escena erótica.

—Lorne Guyland me dijo que Mr. Goodney le había prometido que habría tres escenas eróticas, muy largas, con desnudo integral.

—Santo Dios, ¿qué edad tiene Guyland? ¿Para qué quiere salir desnudo?

—Es un ser repugnante. Mire, Mr. Self... John. Necesito que me asegures que no habrá nada de eso.

—Te lo garantizo. —Eché una ojeada a la sala. Las viejas me sonrieron—. Mira, Caduta, no hay ninguna escena sexual entre tú y Lorne. Probablemente haya un par de escenas en las que saldréis los dos juntos, en la cama, pero son escenas de por la mañana, con sábanas y todo eso, ¿entiendes?

—Seré franca contigo, John —dijo Caduta Massi. Hizo que el niño que tenía en la falda se callase—. Ya te he dicho que tengo cuarenta y tres años. Mis tetas ya no se aguantan tan bien como antes. Estoy bien de barriga, y muy bien de culo, pero las tetas... —Hizo un vago ademán con la mano—. Tengo celulitis de segundo grado en la cara exterior de los muslos. ¿Qué me dices?

No tenía nada que decir. Caduta llevaba un traje chaqueta de cuero gris. Sacudiéndose un poco, se levantó la falda para dejar los muslos al aire. Yo alcanzaba a verle el extremo superior de las medias, la piel, muy suave, y hasta las bragas, una maravilla de un billón de liras. Cogió un buen puñado de piel de la cara exterior de su muslo, y apretó, haciendo que la piel se arrugara.

—¿Lo ves? —dijo, y empezó a desabrocharse la blusa.

Desvié de nuevo la vista. Uno de los padres asomó la cabeza por la puerta. Sonrió, y se retiró. Las viejas siguieron mirando, ahora como hipnotizadas. Uno de los niños me arañó el muslo, como si quisiera que concentrase mi atención en la señora que hablaba conmigo.

Mirándome a los ojos, Caduta separó las blondas de su blusa. Luego soltó el clip que marcaba el centro de la hendidura del altivo sostén.

—Venga, John.

Me levanté y me acerqué un paso y me arrodillé. Tomó mi cabeza y se la acercó

al corazón. Llegué a notar las agitaciones internas, profundamente hundidas bajo aquel peso mortal.

—¿Verdad que no tuviste madre, John?

Mi voz salió debilísima, pero llegué a decir:

—No, no la tuve.

\*\*\*

Según el último recuento, hay en mi cabeza cuatro voces diferentes. La primera, por supuesto, es el ininteligible chapurreo del dinero, que podríamos representar con los signos de la primera fila del teclado de una máquina de escribir: %1/2\$!... Sumas, sustracciones, terrones y codicias multiplicados y divididos. La segunda es la voz de la pornografía: a menudo suena como la cháchara de un disc-jockey demente: *su forma de menearse, sólo me suelto cuando bebo sus jugos, mama, perra, brinca por mí, nena...* Y así sucesivamente. (Una de las subvoces de la pornografía que suena en mi cabeza es la voz de un vagabundo o retrasado mental negro que marca el compás en Times Square, aquí en Nueva York. Su monólogo, incomprensible pero, al mismo tiempo, indiscutiblemente lascivo, dice así: Uh guh geh yug tih ah fuh yuh uh yuh fuh ah ah yug guh suh muh fuh cuh. En mi cabeza también hablo así, muy a menudo). En tercer lugar, la voz del envejecimiento, del viaje a través del tiempo, de los días y los días sucesivos, la voz que me devuelve a mí para decirme lo vergonzoso de mi comportamiento, lo triste de mi aburrimiento, lo inútil de mis protestas...

La número cuatro es un verdadero intruso. No me gusta ninguna de esas voces, pero la que menos deseo oír es ésta. Es la más reciente. Tiene que ver con dejar el trabajo y sentir necesidad de pensar en cosas acerca de las que jamás había pensado. Yo nunca pensaba. En nada. Esta voz tiene la tendenciosidad insoportable de la paranoia, de la furia y el llanto articulados en espasmos vivísimos: ebria palabrería escuchada en momentos sobrios. Mientras en la TV siguen poniendo anuncios histéricos o jodidos noticiarios... Todas las voces vienen de otros lados. Ojalá pudiese tirar de la cadena y echarlas así de mi cabeza. Al igual que ocurre con los vampiros, sólo vienen cuando las llamas. Pero cuando ya se me han metido dentro, en cuanto les dejo un hueco en mi cabeza, siempre parecen decididas a quedarse para siempre jamás. No dejen ustedes que entren. Son terribles. No las dejen entrar, pase lo que pase.

\*\*\*

¿Y qué pasó con Caduta, eh?

No crean, si piensan ustedes que su comportamiento fue extraño, tendrían que

haberme visto a mí. Tuve un increíble ataque de llanto. Y ella también lo tuvo. Y lo mismo un par de críos y una de las viejas. Al cabo de unos momentos, todos los padres entraron de golpe. Todo el mundo lloraba y gritaba en este escenario, en esta demostración de la riqueza del alma humana. Pero todo era pura mierda, yo al menos lo sabía. Arte, pero del malo. De todos modos, ¿acaso podría esperarse otra cosa de mí? Últimamente me ocurre que, en determinados momentos, me siento tan hambriento de afecto que las instrucciones de cualquier analgésico o cualquier frasco de vitaminas («En cuanto aparezcan los primeros síntomas de un resfriado, tome...») pueden ponerme a parir. Y, desde luego, supe apreciar el tesoro que Caduta me puso ante los ojos. Olisqueé y hociqueé a gusto durante unos buenos diez minutos, y hasta le largué unos cuantos lametazos y besos. Pero no había en eso nada sexual. Jamás le haría yo una insinuación a Caduta —no, a Caduta no—, y si alguno de ustedes se la hiciera, yo le arrearía un buen puñetazo. Cuando llegué al hotel todavía estaba impregnado de tristura, asfixiado de llanto. Las palabras de despedida que me dirigió Caduta —las pronunció, como hubiese hecho la madre o la novia de un soldado, caminando junto al taxi que ya se iba— fueron las siguientes:

—¡Protégeme, John! ¡Protégeme!

Supe lo que quería decir con eso. Tomé el teléfono y llamé a Lorne Guyland, indignadísimo.

—Mira, Lorne —comencé, después de que una voz femenina le transmitiera el recado—, acabo de tener una reunión con Caduta Massi. Esas escenas que tú insinuaste... Ella dice que no piensa desnudarse, y yo también tengo algo que decir...

—¡QUÉ QUIERES DECIR CON ESO DE QUE NO PIENSA DESNUDARSE! ¡PERO SI NO ES MÁS QUE UNA MIERDA DE ACTRIZ DE TV! ¡SE DESNUDARÁ, AUNQUE TENGA QUE DESGARRARLE LA ROPA!

Aparté el teléfono de mi oreja, estirando el brazo al máximo, y me quedé mirándolo fijamente. Creo que lo que más me impresionó fue la rapidez, la instantaneidad con la que Lorne perdió los estribos. Repentina, inmediatamente: desbocado. También yo soy un artista al que se le saltan enseguida los fusibles, pero necesito un poco más de tiempo que Lorne. Necesito un par de segundos, como mínimo, para saber que ésa es la última gota, la que colma el vaso. Pero es evidente que para ciertas personas cada gota es la última gota. La primera es la última.

—Lorne —dije—, Lorne, escúchame bien. En el guión no hay ninguna escena en la que Caduta salga desnuda contigo. Con Butch Beausoleil sí, adelante, todas las que tú quieras. Pero con Caduta no. Caduta es...

—¿De qué guión estás hablando? ¡Nadie me ha enseñado ningún condenado guión!

—Doris Arthur está terminándolo, Lorne. Pero me siento en condiciones de asegurar que no habrá escena de desnudos en la que salgáis Caduta y tú. Quizá de

semidesnudos. Pero de desnudos integrales, nada. Y ésta es mi última palabra.

Mientras hablaba, tenía a mano mi alcohol libre de impuestos, y vacié la botella relajadamente. La super furia de Lorne se había quemado. Ya no podía intensificarla más. Sólo le quedaba la rabia. Y se mostró increíblemente enfadado.

—¿Última? ¿Última? —dijo—. Muchacho, se nota que eres nuevo en este mundo. Escúchame bien, tío mierdas. Estás hablando con Lorne *Guyland*. Sí. ¡Yo! ¡Yo! Si quieres que haga ese papel, tendrás que echarme un poco de carne al plato. Y si no, búscate a otro. Búscate a una cagarruta pestilente como Cash Jones. —Lorne se puso a reír—. No sé por qué digo eso. Cash Jones me encanta. Cash y yo somos grandes amigos. Es uno de mis más antiguos y más íntimos amigos. Es un magnífico amigo mío, John. Magnífico. —Lorne hizo una pausa—. Sí, pero si metes a Lorne *Guyland* en una película tienes que servirle una buena tajada de carne, tienes que... Mira, ha de ser de buen tamaño, ¿entiendes? A lo grande. Ya viste mi trabajo en *Pookie*, ¿no? Me alegro que hayas llamado, John —prosiguió, cambiando lunáticamente de tema—. Precisamente quería hablarte de la nueva idea que se me ha ocurrido. Mira, no soy escritor. He escrito muchas escenas, claro. De hecho, de hecho la idea es la siguiente. El joven, ¿eh? El joven, no tengo ni idea de a quién le vais a dar el papel, pero él y yo tenemos una pelea, ¿eh?

—Tú y tu hijo. Exacto.

—Pues bien, en la sinopsis dice que gana él.

—Exacto.

—Pues me parece poco convincente desde el punto de vista narrativo, John.

—¿Por qué?

—Porque el público puede pensar que él es más fuerte que yo.

—Exacto. Bueno, él no tiene más que veinte años, y tú... Bueno, tú eres un hombre maduro.

—Mira, John. Conozco al muchacho ese al que le habéis hecho unas pruebas. ¡Ese es un punky! ¡Con mis solas manos podría hacerle pedazos!

—Pero la gente no sabrá que podrías hacerlo, Lorne. El público creerá que él te gana porque tú tienes cuarenta años más.

—¡Ah! Ya entiendo. Crees que por el simple hecho de que él sea más joven que yo *tiene que ser también más fuerte*. ¡Y una mierda!

—Yo no creo que él sea más fuerte. Pero todo el mundo lo creerá.

—Vale, vale. Soy una persona razonable. Lo haremos así. Ah, y quiero que toda esa escena de la pelea sea en plan desnudo, desnudo integral, ya me entiendes. Te lo digo muy en serio. No pienso sacrificar esa idea. Bien. Otra cosa. En la historia se supone que me follo a Caduta, ¿no? Quiero decir que *me la follo*. La tía está... No, espera. Esa es Butch. Acabo de follarme a Caduta y ahora voy y me follo a Butch, ¿no? Quiero decir que *me la follo*. La tía está llorando, ha perdido completamente el

control. Está histérica, John. Entonces entra ese actor jovencito... También va desnudo... y se prepara la pelea. Yo salto de la cama, en pelota viva, sabes, y empiezo a darle una paliza de campeonato. Estoy a punto de matar al tío, a punto, pero Butch, que está desnuda, se pone a gritar, «¡Lorne! ¡Lorne, cariño! ¡Qué estás haciendo! ¡Detente, mi amor, detente!». Y entonces me doy cuenta de que estoy actuando como una fiera... Comprendo que he dado rienda suelta al *animal* que vive dentro de mí, porque, John, tú lo sabes, ya sabes cómo es el mundo en el que vivimos, es un mundo loco, John, horrible... De modo que Butch y Caduta se me llevan. Yo estoy a punto de llorar porque al fin he comprendido lo que estaba a punto de hacerle a ese pobre chico. Entonces viene ese punky, me ataca por la espalda, y me da en la cabeza con una llave inglesa, por ejemplo. ¿John? ¿Qué me dices?

—¿Lorne? Ya lo estudiaremos.

—¡No! ¡No! Lo estudiarás tú solo. Tú.

Crac.

Colgué y me quedé mirando el regazo, sobre el cual tenía un portafolio de plástico con la publicidad de Lorne. Era en ese papel donde yo había ido garabateando las ideas de Lorne. Echando a perder mi vista, leí el texto impreso y llegué a ver que, en sus buenos tiempos, Lorne había interpretado en la pantalla los papeles de Genghis Kan, Al Capone, Marco Polo, Huckleberry Finn, Carlomagno, Paul Reveré, Erasmo, Wyatt Earp, Voltaire, Sky Masterson, Einstein, Jack Kennedy, Rembrandt, Babe Ruth, Oliver Cromwell, Americo Vespuccio, El Zorro, Darwin, Sitting Bull, Freud, Napoleón, El Hombre Araña, Macbeth, Melville, Maquiavelo, Miguel Ángel, Matusalén, Mozart, Merlín, Marx, Marte, Moisés y Jesucristo. No es que yo tuviera todos los datos respecto a cada uno de esos tipos, pero no cabía la menor duda de que todos eran gentuza importante. Así pues, quizá no era tan sorprendente que Lorne tuviera alguna que otra idea curiosa respecto de sí mismo.

\*\*\*

¡Qué día tan largo! ¡Uf! Qué día. ¿Saben qué hora es? ¿Qué hora tengo ahora? Las cuatro de la tarde. Eh, si estuvieran ahora conmigo, ustedes, hermana madre hija amante (sobrina, tía, abuela), podríamos hablar un rato, hacemos arrumacos, ninguna guarrada, claro. Sólo cariñitos. Quizá me dejarían que apoyase mi enorme jeta en el dulce hueco que se forma entre sus omóplatos, esas alas. Sólo hablo de eso. De eso y nada más, en serio. Sé que usted es un ser puro. Ni bebe ni fuma ni anda follando por ahí con el primero que se presenta. Estoy convencido. ¿Que me equivoco, por completo? Eso es lo que me gusta de ustedes... Tal como yo veía las cosas, ahora tenía ante mí seis posibilidades realistas. Dormirme rápidamente, con un poco de scotch y unos cuantos somníferos. Podía volver al Happy Isles y ver qué intenciones

tenía Moby. Podía telefonar a Doris Arthur. Podía bajar al primer espectáculo porno en directo que me encontrase a la salida del hotel, en la condenada Séptima Avenida. Podía emborracharme por ahí. Podía emborracharme aquí.

Al final me emborraché en la misma habitación. Lo malo fue que antes hice todo lo demás. A veces tengo la sensación de que la vida pasa a mi lado, y no precisamente despacio, sino soltando grandes humaredas y chispas y acompañada de un terrorífico estruendo. La vida pasa, pero yo soy el que se mueve. No soy la estación, no soy la parada: soy el tren. Soy el tren.

\*\*\*

—Explícame cómo las tiene, Slick. Cuéntame cómo son esas tetas, con todo detalle.

—Nada de nada. Lo siento, amigo. Esto fue algo muy especial entre ella y yo. No pienso decir nada. Tengo los labios sellados.

—No sé si sabes que Caduta tiene locales parecidos a ése en Roma y en París. Un sitio a donde puede ir a pasar una temporada de vez en cuando, y sentirse como una reina. Para las familias es fantástico. Lo único que les pide es que, durante unos días, manden a la madre por ahí, y convengan a los niños de que Caduta es algo así como un super útero. Venga, Slick, cuéntame algo de sus tetas. Imagino que son más grandes que las de, bueno, por ejemplo, ¿Doris Arthur?

Todas las tetas son más grandes que las de Doris Arthur, pensé con ternura. Seguimos caminando. Estábamos en Amsterdam Avenue, y las bocacalles se sucedían lentamente. Ahora pasamos por la Ochenta y siete. Ahora la Ochenta y ocho. Sin destacar más de la cuenta, el Autocrat nos seguía despacio, a una manzana de distancia. Era la primera vez que me metía en el Upper West Side, pero, pese a ello, me recordaba alguna cosa. Me recordaba lo tranquila que estaba mi muela desde hacía al menos una o dos semanas... Mientras consumíamos una comida fanáticamente carnívora en un restaurante argentino de la calle Ochenta y dos, mi amigo Fielding me había tranquilizado respecto al problema Caduta-Lorne. Todos los enfrentamientos y conflictos, me explicó, se disolverían en cuanto tuviéramos el guión terminado. Las estrellas de cine siempre andan jodiéndote todo lo que pueden hasta que el guión está listo. Luego se olvidan de los problemas de construcción del personaje y se obsesionan solamente con cosas como el recuento de frases que ha de decir cada uno, minutos en pantalla, y reparto de primeros planos. Doris Arthur acababa de regresar a los Estados Unidos y estaba mecanografiando el guión en una casita de campo de Long Island, alquilada por Fielding a tal efecto. Me imaginé afectuosamente a la pequeña Doris rodeada de simpáticos animalitos, con sombrero de paja y mono de trabajo, accionando la bomba manual de agua, arreglando una

gotera, con media docena de clavos y un par de pipas de boj en sus labios de jarabe. Fielding me prometió que tendríamos el primer borrador en cuestión de tres semanas.

—¿Adónde vamos? ¿Por qué tanto andar?

—Hace un domingo muy soleado, John. Estamos viendo paisajes urbanos. Dime, ¿qué te pareció Doris? Quiero decir, físicamente —añadió, entornando los ojos de una manera tan suave y codiciosa que me falló el pulso.

—Tú has pasado por allí, ¿no? —dije—. Dímelo tú, tío. ¿Qué tal es?

—Mira. Tú me cuentas lo de las tetas de Caduta, y yo te explicaré todo lo que hay que saber acerca del comportamiento de Doris en la cama. ¿Hacemos un trato?

—Bueno, son grandes de verdad, y caídas, pero sobre todo son profundas y espesas. Se apoyan en las costillas, claro, y hasta bajan un poco más abajo, pero siguen siendo muy sólidas y además...

—Ya me hago la idea, Slick. No nos sirven. Pensé que tal vez se las había hecho operar. Le gusta tener unas tetas maternas. No nos valen. Ya sé lo que piensas. Piensas: No necesitamos una tonta de remate que aguante bien los años. Lo que necesitamos es alguien que parezca real. Pero, John, las estrellas de cine *no* son reales. Es algo de lo que son incapaces. Ya lo verás.

—De acuerdo. Doris. Suéltalo.

—Me temo que no me has entendido bien. Sé todo lo que hay que saber, es decir que es igual a cero. Porque esa tía es lesbi, Slick.

Tropecé y me detuve, e hice chasquear los dedos.

—Así que era *eso*. Joder, ya sabía yo que pasaba alguna cosa así. La muy *puta*...

—¿Lo intentaste?

—Por supuesto. ¿Y tú, ni siquiera intentarlo?

—No, lo sabía desde el principio. En los relatos se notaba mucho.

—¿Qué relatos?

—Los relatos cortos, John. Su libro, ¿recuerdas?

—Ah, *eso*.

Pero en ese momento vi hacia donde iban las calles, vi que se oscurecían a pesar del sol, que el aire era más espeso bajo la inocencia de la tapadera azul. Tres manzanas atrás había toldos en las puertas, porteros con librea, fachadas de elegante piedra. Ahora en cambio las calles estaban descuidadas, era un mundo sin ley. Sorteamos los obstáculos esponjosos de los colchones rotos y las maletas abiertas y boca abajo, vimos los oscuros perfiles ocultos tras las ventanas y los alambres de gallinero: estábamos en un mundo sin dinero, sin agua caliente, sin coches. Y el cambio había sido repentino, de golpe y porrazo veías que allí se habían acabado los acuerdos, los consensos, como no fuera el compartido odio contra el dinero que suele aparecer en todas las ciudades en donde las fronteras entre ricos y pobres son tan estrechas, tan finas como las dos caras de una navaja. Me fijé en la pobreza, y la

pobreza se fijó en mí. Noté también —de forma perversa, innecesaria, malograda— lo *gays* que Fielding y yo debíamos de parecer, él con sus zapatos ligeros y su mono color estroncio y su peinado de peluquería, y yo con mi ropa amariconada y mis zapatos redondeados. Hasta los peores maricas del barrio (pensé) deben estar mirándonos con preocupación desde sus altillos y buhardillas, pensando: nosotros somos de miedo, pero éstos de ahí, Dios mío, van a pervertir a todo el barrio.

—*¡Eh! ¡Hermano! ¡Negrata!*

Calle Noventa y ocho. Volví la cabeza. Dos negros enormes con un perro atado con una correa.

—No te jode, tío. Me parece que mi perro tiene ganas de morder a uno de esos blancos subnormales.

—Fielding —dije, muy tenso—. ¿Crees oportuno seguir? Subamos al coche. Esto es el reino de los navajeros.

—Sigue caminando, Slick, con la cabeza bien alta. No pasa nada.

Se equivocaba. Fielding se equivocaba. Estaba pasando algo, seguro. Cuando alguien se ha pasado la vida metiéndose en jaleos, como me ocurre a mí, los sensores te avisan enseguida, de modo que pronto te das cuenta de lo difícil que va a ser salirte de según qué embrollos. Y sabes cuándo tienes que ceder. A menos de una manzana de distancia, los restos de individuos de colores diversos, todos ellos pertenecientes a las castas más bajas, habían comenzado a amontonarse para formar un grupo o zona peligrosa. Pude ver camisetas horteras, gruesos bíceps, caras vellosas. Esta gente no tenía nada que decirnos, aparte de recordarnos que éramos blancos y teníamos dinero. Tal vez dijeran también: eso de hacer visitas a los barrios bajos no mola, al menos en Nueva York. No se pueden hacer expediciones de buena voluntad a los barrios bajos porque tales expediciones tienen la pretensión de negar que los barrios bajos son reales. Y el sitio en donde estábamos era real. Y esos tíos tenían intención de demostrárnoslo. A estas alturas del asunto yo empezaba a seguir los dictados del instinto, o del hábito, investigando los puntos débiles del enemigo, buscando salidas. Evitar las calles de la izquierda. Mantenerse en la acera, pero junto a la calzada. Sí..., cuidado con ese chico de ahí, seguro que lleva un palo. En cuanto llegues, dispara puñetazos contra todos y corre como un hijo de puta hacia la cuesta con césped que hay al final. Miré fugazmente a los lados. Fielding alzó un brazo, dándole instrucciones al chófer del Autocrat, pero su mirada y su paso eran tranquilos. El coche se nos acercó con un rápido acelerón, y luego continuó avanzando lentamente, a nuestro lado. Fielding desaceleró el paso. Hizo un ademán explicativo, super sincero. Y no pasó nada. El camino quedó despejado, y seguimos caminando.

—Columbia, Slick... Chicago, Los Ángeles, cualquier sitio... En este país, las sedes del saber, las grandes universidades, están rodeadas por los peores, mayores y más desesperados barrios bajos del mundo civilizado. Parece ser el estilo americano,

¿entiendes? ¿Captas la idea? Ahora por ahí, Slick, tendremos una magnífica panorámica de Harlem.

Lancé una ojeada hacia la universidad de Columbia. Comprobaciones. Ya he visto otra veces esta clase de edificios de columnas altas y mentón alzado, con su orgulloso pecho adelantado en un ademán de soberbia cultural. Todo aquello no me decía nada nuevo. Con la muñeca de Fielding apoyada en mi hombro, me acerqué a las murallas del castillo. Nos apoyamos en la barandilla, y miramos abajo a través de la sucia celosía de los árboles entrecruzados cuyas rotas espaldas eran testimonio de su último intento de ascender hasta la cumbre. Más allá de sus copas se extendían los kilómetros cuadrados de Harlem, es decir de la segunda parte de Manhattan, el otro Manhattan, la mitad oculta y joven de la isla.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, y encendí otro pitillo, notándome todavía con las baterías cargadas, con las glándulas en pie de guerra tras la reciente y frustrada pelea.

—Ha sido gracias al coche, sencillamente.

—¿Estaba apuntándoles tu chófer con un arma? No he visto nada.

—No. Bueno, supongo que tenía la pistola preparada. Pero no le hubiera hecho ninguna falta. Con el coche basta, cuando no se trata más que de un par de minutos. No necesitábamos nada más.

Lo entendí, o eso supongo. El Autocrat, el chófer, el guardaespaldas: era suficiente para que aquellos chicos comprendieran la distancia enorme, mágica, que nos separaba de ellos. ¿Cuál fue exactamente el ademán que hizo Fielding? Una mano apoyada sobre el corazón, y la otra señalando hacia el coche, educadamente, como diciendo: «Esto es dinero. ¿Se conocen ustedes?». Luego unió las manos, alzó la cabeza, dejándoles contemplar a su aire la prueba definitiva. Ante lo cual ellos retrocedieron con esa precipitación, esa nula agilidad, esa ceguera con la que los coches se apartan cuando pasa una ambulancia o algún miembro de una familia real.

—¿Por qué? —le dije.

—Vistas urbanas, color local. El coche es tuyo, Slick. Yo regresaré corriendo.

Me quedé mirándole cuando se alejaba a paso de jogging, con la cabeza alta durante los veinte primeros metros, para oxigenar mejor sus pulmones, y luego más baja, para medir el ritmo de sus pasos. Me di media vuelta y miré de nuevo la apretujada cuña de calles y robustos edificios de pisos, y, a manera de excepción a la regla, la tensión de mis oídos dio la nota justa. Acompañados por un débil zumbido premonitorio, mis ojos trazaron una panorámica sobre Harlem, como si allí, entre las chimeneas y los tejados, habitara mi dolor, mi dolor especial, esperando el parto, la libertad, el poder.

\*\*\*

Sólo existe un terrícola al que le preocupo. Como mínimo, este ser humano al que me refiero me sigue fielmente por todas partes, me vigila y me telefonea a menudo. Es el único. Selina nunca está cuando la busco. En cuanto a los demás..., es cuestión de dinero. No tenemos en común más que el dinero. Billetes de dólar, de libra esterlina: notas de suicida.<sup>[5]</sup> El *dinero* es una nota de suicida. Pues bien, el tipo al que me refería hace un momento también habla de dinero, pero su interés por mí es personal. Personalísimo, vamos.

—Nunca piensas en ellos —me dijo, por ejemplo—. No piensas en ellos. Visitas los barrios bajos, pero nunca piensas en ellos..., en los otros.

—¿Quién dices? —le pregunté—. ¿En vosotros, los pobres?

—Escúchame bien. He robado comida, de puro hambre, para mantenerme con vida. Pero eso puede durarte una semana. Al cabo de un mes se te empieza a notar. Tienes la pinta del tipo que tiene que robar comida para no caerse muerto. Y entonces ya está. Se acabó. No puedes seguir robando comida. ¿Por qué? Porque ellos lo adivinan, en cuanto pisas la tienda. Ven que no tienes ni cinco. Ni siquiera te queda el recuerdo de qué cosa sea el dinero. Imagínatelo.

—Parece duro. Lo cual, sin embargo, sólo sirve para demostrar que ser pobre es un paso en falso, es de tontos. Mira, ya conozco todo eso. No es nuevo para mí, amigo. Llevo toda la vida oyendo eso mismo.

—Eres pobre. Sigues siendo pobre.

—Te equivocas. Tengo montones de pasta y voy a ganar mucho más. En cambio, tú sí que parece andar mal de dinero.

*Telephone* Frank parece ser no solamente un experto en tener dinero sino también en no tenerlo. También habla mucho de las tías. Por ejemplo:

—¿Las mujeres? Te limitas a usarlas, y luego las tiras, como una hoja de lechuga.

—Vuelves a equivocarte. Intento hacerlo, es verdad, pero no hay ninguna que me lo aguante.

—Para ti las mujeres no son más que pornografía.

—Mira, chico, tengo una cita. Hay un montón de gente con pasta que me espera ahí, en el centro de la ciudad.

—Ya nos veremos, cualquier día.

—Me encantará... Bien, Frank, nos veremos.

Llegué a Bank Street a las ocho en punto, con la última luz. Arriba, el cielo seguía centelleando, pero una película de color verde se había colocado entre los rosas y los azules, un ramalazo aguacate de embellecedora morbidez urbana... Mi mejor traje: gris marengo, con finísimas listas blanco tiza. Me puse además una ancha corbata plateada, con un rollizo nudo. Era la zona oeste del Village, esa parte en donde las calles tienen nombres.

Bank Street parecía un pedazo nostálgico de Londres, con sus rejas negras y sus

pálidas flores ciñendo las tímidas casas de piedra arenisca, y hasta con un deje de olor a hojas y tallos en el aire. Mientras paseaba por allí me fijé en un chico negro, muy elástico, de la edad de Félix o quizá algo mayor, que pasaba con su amiguita. Negligentemente, se metió en un jardín y arrancó una flor de la rama de un árbol. Ofreció el capullo rosa a su amiga, que lo hizo girar ante sí un momento para después dejarlo caer al suelo.

—Eh —dijo el chico—. Eh, eso que he hecho era muy bonito. Era bonito regalarte una flor. ¿Se puede saber, coño de tía, por qué la has tirado?

El chico siguió caminando, algo más envarado, mohíno y con los hombros tiesos. Ella retrocedió y se agachó para recoger la flor rota, y se guardó algunos pétalos en la falda.

Calculé que tenía media hora de tiempo sobrante. Había que matar el tiempo, de modo que torcí un par de veces a la derecha y me encontré en la rampa de la Octava Avenida. Supuse que se trataba de una zona de clase media pobre. Shoe Hospital, Asia de Cuba Luncheonette, Agony and Ecstasy Club, ESP Reader and Adviser, Mike's Bike World, y también LIQ, BEE y BA. Me pregunté si los carteles de las tiendas están hechos de forma que la gente crea que se trata de las plantas de unos pies gigantescos. Jovencillos jugando al ajedrez sobre los capós de los coches aparcados. Un pálido tatuaje en un brazo pálido y viejo. Ahí están otra vez, jóvenes y viejos, sanos y enfermos entremezclados como prodigios americanos de gente con dinero y sin él, de gente guapa y gente deforme, milagros de frío y calor en Manhattan. Hay personas espantosamente necesitadas de una buena reparación. Lo bien que les iría una pequeña inversión de señorío. Pero adoro la densa variedad de estas calles. Sí, me estimula. Después de ver esto, Londres parece despoblado, desleído... Paseé bajo la luz amarillenta de los bancos, oficinas y negocios cerrados. ¿Por qué los bancos no rebosan capacidad de improvisación, como el resto de empresas norteamericanas? ¿Por qué no nace un banco llamado Mike's Bank World? No lo sé, pero me siento bastante tranquilo. No me he emborrachado ni una vez en todo el día. No he bebido nada, ni siquiera a la hora de comer, cuando me han servido esa horrible Sorpresa de las Malvinas que he pedido (una parrillada triple). Esta noche quiero estar en plena forma. Me he duchado y arreglado, y no tengo mal aspecto. Ese paseo con Fielding, ese safari hacia la parte alta me ha hecho muy bien. Lo necesito, necesito estar fuerte. Ustedes creen que soy un paranoide, pero se lo aseguro, aquí pasa *algo*. ¿Están metidos ustedes en ese asunto? Tengo esta horrible sensación desde la última vez que vine a Nueva York, una sensación..., una sensación de espantosa ulterioridad. Trato de convencerme a mí mismo de que todo es consecuencia de mi pasado, de mi infancia pobre y mi temor al éxito. No es por la película. La película va bien. La haremos. Triunfará. Pero hay alguna otra cosa que no marcha, una cosa más importante incluso. Más importante que todo lo que Frank

me dice por teléfono, sea lo que sea. Más importante que lo que me está haciendo Selina, sea lo que sea. Más importante que lo que me estoy haciendo yo a mí mismo... Al volverme del escaparate de una tienda —¿y por qué tiene que ocurrir siempre así?— fui abordado por una mujer de metro ochenta y pelo color jengibre, sombrero negro y velo de tul hasta el mentón. Tenía una presencia firme, desafiante: me parece que hasta noté su aliento en el cuello.

—¿Qué? —dije. Pero ella permaneció quieta y callada, mirándome a través de su máscara... ¿Dónde he visto antes a esta chalada de los cojones? Vaya. Ya vuelve a acercarse. En algún sitio, la he visto en algún sitio.

Retrocedí pasando por Christopher Street, el barrio de los maricas. También pasé cerca del barrio de las tortilleras. Como mínimo hubo un par de tías que me prohibieron entrar en su santuario color cárdeno. Luego encontré un sitio cuyo anuncio mostraba a las claras que era un bar de solteros, y nadie me cerró el paso... Bien, yo había leído algo, en *Scum* y *Miasma*, acerca de esos locales especializados en enfermedades venéreas. Las dos revistas les daban un tratamiento bastante duro. Había corrido la voz de que, hace uno o dos años, estos tugurios estaban poblados por azafatas, modelos y mujeres con cargo de ejecutivo: cinco minutos, dos cervezas, y enseguida te encontrabas en una habitación de hotel o un apartamento amueblado, con la tía haciendo números delante mismo de tus narices. ¡Falso!, decía *Scum*. Quizá fue así durante una breve temporada, explicaba *Scum*, pero poco después entró en acción la gente bien pensante y se acabó la ganga. Las tías se largaron a otra parte. *Miasma* llegó al extremo de enviar un grupo de agraciados reporteros para que comprobaran por sí mismos la situación, y ninguno de ellos consiguió ligar... Bueno, para mi gusto este sitio estaba bien, y sólo resultó tener un inconveniente: no había allí ni una sola mujer. Seguro que se habían ido todas a los bares de cowboys y las discos diesel. De modo que aumenté el número de tipos solitarios y callados que estaban en la barra, apenas media docena, y me concentré en mis copas. Por ti, Martina, me dije a mí mismo, y de un manotazo dejé un billete de veinte dólares en el húmedo zinc.

¿Se acuerdan ustedes de Martina, Martina Twain? No me digan que ya se han olvidado de ella. ¿Qué tal andamos de memoria, amigo? ¿Cómo vamos de recuerdos, hermana? Seguro que la recuerdan. Ella y yo, hace poco tiempo. Con Martina, la cosa es que... La cosa con Martina es que no consigo encontrar la voz adecuada para atraerla. Las voces del dinero, del tiempo y de la pornografía (todo ese incontrolable jaleo), no están a la altura de las circunstancias cuando se trata de Martina. En cuanto pienso en ella se me produce una conmoción de silencio. Me pasa lo mismo cuando estoy en Zurich, en Frankfurt, en París, y me encuentro con gente que no habla mi idioma. Mi lengua suele buscar entonces formas y retículos que, simplemente, no están ahí. Así que me pongo a gritar... Piensen ustedes en la gentuza que me rodea de

ordinario, estilistas, modelos, actores, productores, calientabutas, olisqueadores, quebrantarrodillas, lectores de tarjetas de crédito, gente de pasta: tipos raros. Ni uno solo al que se pudiera llamar normal. Y mujeres raras, tías que hacen malabarismos con el sexo y el tiempo y la pasta. ¿Alguien de tipo corriente? A mí que me registren. Yo soy un tipo retorcido, encorvado, tironeado y apretujado, y así están las cosas. Cada vida es una partida de ajedrez que se fue al carajo a la séptima jugada, y el resto de la comedia se arrastra desde entonces lenta y tediosamente, un sueño de compresiones y trapiés, cada jugada forzada con antelación, todas las piezas inmovilizadas y paralizadas y aherrojadas... Pero de vez en cuando veo aparecer alguna pieza que sigue moviéndose libremente, y su ejemplo es terrible para mí. Por lo general, son gente rica.

Ossie, el inglés que está casado con ella, tiene una fortuna como para vivir a lo grande toda su vida, pero trabaja en cosas de dinero, dinero puro. Su empleo no tiene nada que ver con nada que no sea dinero, la cosa en sí. Nada de andar jodiendo con acciones, bonos de caja, bienes muebles o inmuebles. Dinero, simplemente. Instalado en sus espectrales torres de la esquina de la Sexta Avenida y Cheapside, el rubio Ossie usa el dinero para comprar y vender dinero. Equipado con un teléfono, compra dinero con dinero y vende dinero por dinero. Trabaja en las grietas y orificios de ventilación del mercado de divisas, comprando y vendiendo, cabalgando la marea cotidiana del cambio. Por estos servicios, le premian con dinero. A montones. Es precioso, y él también lo es.

Pasé de un combinado a otro. De todos modos, siempre llego demasiado temprano a esta clase de cenas. Me voy tarde, pero nunca suficientemente tarde. Barman, otra de lo mismo. Mientras festejaba mis copas, noté de repente el zumbido, el caramelo de la presencia femenina. Me volví, y me encontré con que una chica se había sentado junto a mí. La tía pidió con voz cargada un vino blanco. Cambié de combinado otra vez, ahora un Manhattan. Nueva York tiene gran abundancia de chicas que te dejan el corazón parado un segundo, tías con mucho colorido, dientes vainilla, y unas grandes tetas que todas lucen como si fuese lo más normal. Seguro que aquí hay algún truco. (Y lo hay. La mayoría están locas. Vale la pena no olvidarse nunca de este detalle). La tía del taburete contiguo..., bueno, parecía Cleopatra. No sé por qué, pero al instante la encajé en el apartado de los putones aficionados, las idólatras de las pollas, etc. Siempre las calo a la primera. Miré mi reloj: ocho y media... No, *nueve* y media. ¡Eh, chico! Es hora de irse.

—¿Te invito a una copa? —dije.

Se le destensó la cara. Temblorosamente, dijo que no con la cabeza.

—¿Vino blanco? —dije.

—No, gracias.

—¿A qué viene eso de no gracias? ¿No sabes leer? Este es un bar de solteros.

—Disculpe —dijo—. ¡Camarero, este hombre está molestándome!

—Y una mierda que te molesto. —Le di un golpecito en el hombro—. ¿Y qué esperabas, nena? A ver, ¿por qué has entrado aquí? ¿Te gusta el chablis californiano, o vienes a ver los patos del empapelado?

—Eh, eh, eh. O se calla, o fuera.

Este era el barman.

—¿Qué pasa aquí? ¿Ninguno de los demás sabe leer? Ahí afuera dice «bar de solteros», en letras de neón. Yo soy soltero. Ella también. ¿Dónde está el problema?

—Está borracho.

Este fue uno de los solitarios.

—Vale, ¿quién ha dicho eso?

Me dejé caer cautelosamente del taburete. Aquí hacía falta una maniobra estratégica que acompañara a la anterior. A saber: levantarme del suelo.

—Si no me he tomado más que diez combinados, joder.

—Cuidado con él... Llémoslo a la... Fuera...

Varias manos me agarraron de los brazos, una rodilla se me hincó en la espalda, y alguien tiró de mi felpudo. En fin, el tiempo estaba en marcha, y pensé que, de todos modos, lo mejor sería ponerme en marcha.

Al cabo de quince minutos, o tal vez fueran veinte, me encontré plantado frente a un ascensor encerrado en una jaula: la reja con dibujos de encaje, las puertas de acordeón. Me tambaleé y recorrí como pude un pasillo hasta el final. Llamé al timbre. Estaba borracho, vale, pero ya empezaba a reanimarme. Es lo que pasa con la bebida: hay gente que aguanta, y otros que no. En cuanto me den unas cuantas rondas más, estaré tan fresco. Enderecé el nudo de mi corbata y me tiré el pelo hacia atrás con las manos. Llamé al timbre, largo y tendido. Alguien descendió sonoramente una escalera de madera. La puerta se abrió.

Al otro lado estaba Ossie, en chaleco y mangas de camisa. Vi a Martina, al fondo, con el delantal de cocina y bandejas en las manos.

—¡Hombre, amigo mío! —croé—. ¡Ya estoy aquí!

Ossie se adelantó un paso.

—Es tarde —dijo. El rostro curioso de Martina apareció al otro lado de su hombro—. Vete a casa, John —dijo Ossie—. Anda, vete a casa.

Cerró de un portazo. ¿Se puede saber qué le pasa a éste?, pensé. Hay tíos que... Vale, llego ligeramente tarde, pero... Miré el reloj. Decía la una y cuarto. Entonces recordé una cosa. No sólo había llegado tarde. También me iba demasiado tarde.

Exacto. Ya había estado en la cena. Y algo me decía que mi comportamiento no había sido muy correcto.

\*\*\*

Hoy es mi cumpleaños. He cumplido los treinta y cinco. Según el último libro bueno que he leído, esto significa que estoy a mitad de mi viaje a través del tiempo. La sensación que tengo no es exactamente ésa. No noto que esté a mitad de camino. La matrícula de postín que llevo en mi Fiasco dice OAP 5.<sup>[6]</sup> Tengo mentalidad de crío, pero soy un cliente muy importante de los médicos de la boca y las tripas. Tengo la sensación de haber empezado ahora mismo.

Y también que estoy a punto de acabar, a punto de acabar. Así es como me siento.

Llegó la mañana y me levanté... Cosa que no parece especialmente interesante o difícil, ¿verdad? Seguro que ustedes lo hacen cada día. Pero, miren, la cuestión es que me encontré con un problema. A saber, estaba tendido boca abajo, al pie de un matorral o un seto o alguna maldita planta, en un solar húmedo salpicado de ortigas, paquetes aplastados de cigarrillos, condones usados y latas vacías de cerveza. Era un lugar sumamente apropiado para volver a nacer, y tal era la sensación que yo tenía. Duele, sin duda, eso de nacer: por eso la gente llora y chilla. Luego tenía que hacerme la revisión. Comprobar que todavía tuviese la cartera, los miembros, la cara, la polla, el ser. Luego tenía que ponerme a correr llorando por entre los pasadizos de cemento y bajo la lluvia del amanecer hasta lograr que se me pasara un poco el pánico, hasta reconocer la ciudad y reconocermé a mí mismo en las calles mojadas y enmudecidas. Luego tenía que encontrar un taxi y regresar al hotel. El tipo aquel no quiso cogermé hasta que le enseñé el dinero. No le culpo. Había estado soñando —¿y quién necesita sueños cuando lleva una vida nocturna como la mía?— en torturas, risas, dolores en mi frágil espina dorsal.

Me desnudé lentamente en el baño, frente al espejo. Primero la cara: tenía una hinchazón gris encima del ojo izquierdo, y el felpudo estaba muy maltrecho en ese mismo lado. ¿Una pelea? No era probable. Si hubiese sido una pelea, habría ganado yo. Y allí estaba también todo mi cuerpo, temblando, estremeciéndose bajo la delatora luz, pero entero. Me volví, y solté un respingo. ¡Ah...! Joder... Mi espalda, mi ancha y blanca espalda tenía de treinta a cuarenta verdugones limpiamente perfilados, iguales los unos a los otros, como si hubiese dormido en una cama de fakir. Agarré con ambas manos un buen pedazo del neumático de recambio, conseguí tirar de la piel y ver con detenimiento una de aquellas heridas sin sangre. Una muesca, un agujero rojo: me cabía todo el meñique hasta media uña de profundidad. Retrocedí. No había más daños. Mi repleta cartera estaba intacta: tarjetas de crédito, unos ochenta dólares, unas treinta libras. La resaca seguía su curso. La resaca había salido bien librada del percance.

De modo que me había pasado la noche, o una buena parte de ella, en un pedazo

de tierra del país del alfabeto, junto a la Avenida B, en el East Side. Tras una velada placentera y beneficiosa con mis amigos de Bank Street, debí de salir a tomarme un par de copas, seguro. ¡Mala idea! ¡Malísima! Alguien, en algún momento, me había trabajado la espalda con una herramienta, un objeto contundente, lo que fuera. Tenía algunos agujeros en la camisa, pero no en la americana: mi americana buena, la mejor. Eran las ocho treinta. Me lavé la cara con agua y noté como si unos dedos calientes me hicieran cosquillas por detrás. Durante diez minutos estuve vomitando detenidamente, con convulsiones parecidas a las de una maza mecánica, unas convulsiones que rae sentí incapaz de resistir o frenar. Luego, durante el doble de tiempo, me quedé sentado en la ducha, con el grifo plateado abierto al máximo de presión y de calor, aunque apenas sirvió para limpiarme la mugre. Debo de ser muy *infeliz*. Sólo así puedo explicarme mi comportamiento. Amigos, qué depresión llevo encima. Seguro que soy un jodido suicida. Y me gustaría saber *por qué*.

Fíjense en mi vida. Ya sé lo que están pensando. Están pensando: ¡pero si es una vida fantástica! ¡Magnífica! Están pensando: ¡hay tíos con suerte! Bueno, supongo que parece fantástico con tantos vuelos y tantos restaurantes, y taxis y estrellas de cine, y Selina, y el Fiasco, y el dinero. Pero mi vida también es mi cultura particular: eso es lo que estoy mostrándoles al fin y al cabo, ése es el lugar a donde les estoy conduciendo, dejando entrar: mi cultura particular. Y quiero que miren mi cultura personal. Que vean en qué estado se encuentra. No es un lugar bonito. Y por eso me muero de ganas de salir disparado del mundo del dinero para irme... ¿Adónde? Díganmelo ustedes, por favor. Yo solo jamás lo conseguiré. No sé cómo.

\*\*\*

Durante un par de días no ocurrió gran cosa; para mí, perfecto. No pasó nada. Bueno, digo eso, pero yo y mi dolorida espalda estuvimos muy activos.

Yo y mi dolorida espalda redactamos conjuntamente una carta dirigida a Martina. Sí, una carta. Incluso salí a comprarme un diccionario en la Sexta Avenida, como indispensable ayuda para mi proyecto. ¿Sabes cómo son esas resacas en las que te sientes incapaz de escribir *eres para mí*, o *lo siento* u *otra vez* sin faltas de ortografía?

Me costó un día entero escribir esa carta, otro tanto ponerle el sello y lo mismo echarla al correo, pero al final conseguí dejar listo ese asunto. Pedí disculpas por mi comportamiento (ya saben ustedes lo que pasa: unas copas, unas carcajadas, y piezas a meter la pata), y le pregunté si podía invitarla a almorzar algún día. Al fin y al cabo, señalé, almorzar era una de las pocas formas de vernos que todavía no habíamos ni siquiera probado. Habíamos tomado juntos unas copas, algún desayuno, varias cenas, pero no habíamos almorzado nunca en la misma mesa. Le dije que comprendería «perfectamente» que decidiera recuperar pérdidas y dejar que yo

pagara. Afirmé que me negaría en redondo a que pagase ella, y le aseguré que estaba hablando muy en serio. En fin, que no estaba yo para dejarme invitar después de lo ocurrido.

Yo y mi dolorida espalda tomamos unos combinados con Butch Beausoleil. No hubo mención alguna de la debacle del Berkeley, por fortuna. Butch estaba preciosa —toda ella juventud y salud—, y se mostró notablemente dócil, al menos por ahora. Es lógico. Se llevará una tajada de setecientos cincuenta mil dólares. La única condición que pone es que no hará ningún tipo de tarea doméstica. En la película. No barrerá ningún suelo. Ni siquiera aclarará una taza de café. La liberación de las tías. ¿Quién quieres que haga de galán?, le pregunté. ¿Christopher Meadowbrook, Spunk Davis o Nub Forkner? Butch contestó que le gustaría que fuese un chico de tez morena. Lo bueno de Butch es que no es la rubia tonta de siempre, tal como ella misma subrayó varias veces. Me mostré de acuerdo con ella. Quizá lo parecía. Quizá hasta se comportaba y hablaba como si lo fuese, a veces. Pero no lo era. Eso es lo grande de Butch.

Yo y mi dolorida espalda celebramos varias reuniones con la gente del dinero que Fielding había engatusado. Cenamos en La Cage d'Or con Steward Cowrie, Bob Cambist y Ricardo Fisc. Visitamos varios clubs nocturnos, Krud's y Parlour 39, con Tab Penman, Bill Levy y Gresham Tanner. Qué gente tan rara, los tíos del dinero: hoteleros de Miami, terratenientes de Nebraska, petroleros de Maryland. Sus únicos temas de conversación son las estrellas de cine y el dinero. Hablan de dinero con ese tiburonesco estilo tan propio de los norteamericanos, como si el dinero fuese la única llave para todo, el único patrón de todas las medidas. Encuentro que son gente con la que te puedes relajar a gusto. Fielding se encarga de todas las cuentas. Fielding se encarga también de embolsarse todos los cheques. Cada una de las reuniones termina con los tíos del dinero diciendo cosas como *Contad conmigo, o Quiero participar o Dicho y hecho o Hagámoslo*. Fielding ha comenzado a pensar en darles la patada a tres o cuatro de los socios menos importantes.

Ah, sí, y yo y mi dolorida espalda logramos localizar a Selina una noche, bastante tarde. De hecho eran las siete de la mañana aquí. Habló con voz fina y fría, que es como a mí me gusta. Al cabo de un ratito, con arrullos e insultos, me devolvió la paz. Tengo que comunicarles a ustedes que estas mamadas a larga distancia, estas llamadas tórridas, son sólo una más de nuestras lamentables costumbres... También esta perversión en particular, según he podido observar, y al igual que todas las demás, ha empezado a funcionar en plan negocio en Nueva York. Las columnas de anuncios de letra pequeña que aparecen en *Scum* van repletas de busconas a control remoto que se pasan el día sentadas junto a un teléfono. Por dinero, claro. Como Ossie Twain, por cierto. Las telefoneas, les das tu número de tarjeta de crédito, y ellas te dicen guarradas durante todo el tiempo que alcances a pagar. Probablemente salgan

más baratas que Selina, pensándolo bien. Además, ellas están aquí, y Selina allí... Había decidido colgar cuando Selina comenzó a decirme, en un tono de alarmante excitación erótica, no sé cuantas cosas acerca de un nuevo novio suyo, un adinerado norteamericano que, según me contó, se la llevaba a los hoteles de su propiedad, la vestía elegantemente, y se la tiraba en el suelo, como a un perro. La historia y los detalles eran muy normales, pero deploré su entonación. Déjalo correr, le dije. Su vocecita continuó provocándome. Me dijo que siempre estaba aquí o allí, con él, haciendo todo eso. Ya basta, dije.

—Entonces, cástate conmigo —dijo Selina, pero lo dijo de una forma muy fea.

\*\*\*

Fielding apoyó su espalda en el elegante asiento de la limusina, como un gato. Se estiró los puños de la camisa y dijo firmemente:

—Nos quedamos con Spunk.

—Supongo que no es su verdadero nombre, ¿no?

—Lo es —dijo Fielding, y me contó que había dos actores del sur que se llamaban Sod MacGonagall y Fart Klaeber.<sup>[7]</sup> Luego soltó una de sus carcajadas, una de sus ricas, millonarias, contenidas carcajadas adorables. Cómo me gusta oír ese sonido. Daría cualquier cosa por ser capaz de provocarlo más a menudo—. Pero —añadió Fielding—, es posible que para el mercado inglés le llamemos Scum.<sup>[8]</sup>

—Es un problema, tendrás que admitirlo.

—He hablado con su agente. Él ya sabe que algún día habrá que arreglarle lo del nombre a Spunk, pero el problema es que así es como fue bautizado, y que es uno de esos tipos que detestan las clásicas mentiras del estrellato. No es más que un muchacho del Bronx, un tipo duro, pero en la pantalla es tremendo. ¿Quieres una copa?

—No, gracias.

—¿Qué te pasa? Son las cinco.

—No, gracias.

Tenía mis motivos. ¿Qué prefieren, que les cuente primero las buenas noticias, o que empiece con las malas? La buena noticia es que esta mañana me ha llamado Martina. Mañana almorzaremos juntos. La mala noticia es que la buena noticia me dejó tan aliviado y excitado que, de inmediato, me he metido en un bar y me he bebido un montón de copas. ¿Sí?, dirán ustedes. ¿Y qué? *No es ninguna novedad*. De acuerdo, pero la parte mala de la mala noticia es que el alcohol me ha producido un efecto verdaderamente horrible. No me ha emborrachado, que es lo que yo quería conseguir. Me ha dado resaca, directamente. En serio. Increíblemente, he seguido pidiendo copas, en un intento de cambiar las cosas, pero estaba condenado al fracaso. Por eso

me he metido tantísimas. Lo cual contiene además una nota de ironía, porque esta mañana, al despertar, me sentía condenadamente bien después de una noche de televisión hasta última hora. Me pregunto si este fenómeno es una nueva consecuencia derivada del jet-lag, o la rebelión final, terminal, de la mierda de cuerpo con el que convivo. Amigos, mejor será que me vaya pronto a California, ahora que la gentuza esa de los trasplantes todavía está a tiempo de arreglarlo. Quizá lo mejor sería agarrar inmediatamente un vuelo hacia allí, y pedirles que me revisaran de pies a cabeza. Pero es que, además, la cabeza también se duele lo suyo. La mente también tiene sus padecimientos. La sentía atestada de pecados y delitos, perdidos por completo mis pensamientos, como si estuviera en plena caída libre. Tengo que sacarme de encima toda esa mierda. Eso, y muchas otras cosas más. Tengo que agarrar todo mi sistema y despedirlo a patadas de mi sistema. Eso.

—Concéntrate, Slick —dijo Fielding—. Esto es semicircular. Todo el asunto gira sobre este eje. Desde el punto de vista económico, lo más seguro es quedarse con Meadowbrook. Me parece que Nub Forkner daría juego junto a Butch Beausoleil, Pero Davis, por su parte, es la apuesta a largo plazo, con mayor riesgo y mayor futuro, y eso me atrae mucho. Pon todo tu instinto a trabajar en este asunto, Slick. Yo digo que nos quedamos con Spunk.

—Mejor será que me des un scotch.

El asunto requería cierta introspección, puesto que el personaje estaba basado en mí mismo: Doug, el Hijo, el ambicioso, el adicto, el traidor. Tal como iban las cosas, parecía que la elección tenía que estar entre Christopher Meadowbrook y Spunk Davis, mientras que Nub Forkner quedaba un poco al margen, como una tercera posibilidad de última hora. De Meadowbrook sabía todo cuanto había que saber, era un tipo que encajaba bien en todas partes, pero que difícilmente asomaría a un titular de prensa. Ya le conocen ustedes. Es ese sujeto pecoso con cara de yanqui tonto, de tipo algo descompuesto y casi cómicamente flacucho. Generalmente interpreta papeles de hermano mayor, chico tímido, universitario sonriente. En el papel de Doug, Meadowbrook se encontraría haciendo un papel para el que no da el tipo, pero ésta era precisamente la clase de efecto ambiguo que yo pretendía conseguir. En cuanto al otro, a ese tal Davis, había oído hablar de él pero no le había visto nunca. Era un chico de Broadway, con una sola película en su haber, *Prehistoric*, aún en fase de montaje. Nos iban a proyectar un montaje no definitivo de la película. Las referencias eran buenas. Según Fielding, Davis iba para estrella.

Aterrizamos en unas señas de Park Avenue. La persona que nos abrió, un tipo con aspecto de guardaespaldas del presidente, nos señaló el pasillo y la puerta de una sala de proyección para ejecutivos: seis butacas solamente, pero todo muy lujoso, con espejos unidireccionales, propaganda de gran multinacional. Ya se encontraba allí el agente de Davis, Herrick Shnexnayder, un ser humano francamente horrible, con un

blusón afrancesado, una corbata *prosciutto*, y con el peinado más complejo con el que me hubiera tropezado en diez años de relación con el mundo del espectáculo. Un mechón amarillento procedente de la base de la nuca había sido dirigido hasta la frente, y otro, que nacía en su patilla izquierda iba a encontrarse con el primero en una zona descentrada. Su cabeza parecía uno de esos helados tan complicados que venden en América. Juro que me entraron ganas de meterle una cucharilla en la oreja y clavarle una guinda en la coronilla, y no creo que su aspecto hubiera empeorado con estos dos detalles. Me puse a beber el champagne ilimitado que me ofrecieron (aunque casi todo lo retuve primero en la boca, acariciando el coral de mi reseca lengua), y estuve escuchando el parloteo obsequioso de Herrick. Los agentes, últimamente, parecen altos ejecutivos, pero este Herrick era bastante parecido a la gente de la farándula. Fielding mencionó en cierto momento el asunto del dinero. El agente esbozó una sonrisa como las que ponen los médicos cuando tratan de una muerte cercana, y dijo:

—Oh, creo que, después de *Prehistoric*, pediremos cinco.

En otras palabras, el precio de Davis había subido ahora al medio millón de dólares. Fielding se limitó a hacer un gesto de asentimiento y dijo:

—¿Y qué tal estará de fechas y compromisos?

Lo de las fechas y compromisos no representaba problema alguno porque, después de *Prehistoric*, no había nadie en condiciones de pagar lo que pedía.

*Prehistoric* empezaba con una larga panorámica que recorría una larga serie de pinturas rupestres: un hombre, una mujer, una pelea, un polvo, un tigre..., una nave espacial. La cámara retrocedía. Una banda o tribu de hombres-mono anteriores al descubrimiento del fuego permanecía amontonada por allí: Spunk se encontraba en medio del grupo, afilando su lanza. Cabeza cuadrada, labios rectos, denso y fibroso su rostro oscuro. A la mañana siguiente, o poco después, da lo mismo, Spunk, bajo unos focos, ascendía por el puente de una nave espacial hacia la que le conducían unos malvados extraterrestres de forma cónica y voz de ordenador, que llevaban a Spunk en un viaje a través del tiempo y luego le depositaban en Greenwich Village, en 1980. Era una noche de verano, de modo que Spunk no llamaba la atención a pesar de su cuerpo peludo, de sus pinturas de guerra, de la piel que llevaba sujeta a la cintura. Después de mirar a su alrededor y de soltar un montón de gruñidos, Spunk salvó a una chica muy bebida que estaba siendo agredida en la acera, junto a la puerta de un bar para solteros. Ella se lo llevó a su casa, que es un apartamento de lujo. Más gruñidos. La chica imagina que Spunk es lituano o albanés o lo que sea: en las calles de Nueva York hay terrícolas de las especies más inesperadas. Spunk acepta un par de copas de aguadefuego, y luego le conducen a la cama, en donde le pega a la tía el polvo de su vida. Amanece, la chica se ha largado, pero Spunk aún ronda por el apartamento... A continuación vimos una escena muy brillante. Spunk, tambaleante

—seguro que no estaba bien alimentado en su época prehistórica—, se enfrenta con las chicas que comparten el apartamento con su pareja de la noche anterior. Estas chicas están acostumbradas a que su amiga recoja tipos increíbles por la calle, pero Spunk (que parte nueces con los dientes, que se come los huevos sin quitarles la cáscara y las salchichas sin cocerlas) es otra cosa. Después de varios planos de transición durante los cuales, suspirando, estuve deseando que la cosa pasara a mayores, la película adoptaba otro tono, el de una suavemente paródica historia de amor en la que la chica iba civilizando poco a poco a Spunk —le enseñaba a vestirse, a comer, a hablar—, mientras que Spunk incivilizaba a la chica: le enseñaba a abandonar la bebida, los ligues callejeros, la autodestrucción, el dinero (durante una temporada incluso viven en plan primitivo, después de un choque urbano por parte de Spunk. Incluyo yo, pese a mi exaltación, detecté cierto sentimentalismo en esas escenas). A todo lo largo de la película, Spunk usaba una máscara silenciosa de sorpresa y reserva estoicas, una máscara cómica pero digna al mismo tiempo. Formidable. Y estaba especialmente bien al final, cuando los extraterrestres (que se habían pasado el rato observando los incidentes con sus pantallas, e interviniendo a veces para salvarle de algún apuro) le devuelven a la prehistoria. Spunk sabe más o menos qué va a ocurrir, intenta explicárselo a la chica con sus escasísimos recursos verbales y gestuales. Pero al final se va. Spunk se encuentra en lo alto de un risco, bajo un potentísimo foco extraterrestre. Soplan y silban los vientos. Spunk se pone tenso, frunce el ceño. La chica permanece agachada, murmurando en voz baja, temblando, con su último pitillo y su mechero electrónico. Títulos de crédito. Me conmovió profundamente. ¿Conmovió? Me produjo una crisis nerviosa. Huí corriendo al váter porque mis ojos meaban interminables lágrimas. Seguro, absolutamente seguro: Davis acabaría convirtiéndose en una gran estrella.

Una vez en el Autocrat me volví a Fielding y, con voz afónica, le pregunté:

—¿Sabe hablar? Quiero decir si sabe hablar de forma *normal*.

—¿Spunk? Claro. El pasado otoño interpretó a Ricardo II en un teatro off Broadway. Estaba un poco nervioso por lo de su acento, pero la articulación, si te refieres a eso, fue soberbia. Bien, Slick, ¿qué opinas?

—Opino que nos quedamos con Spunk.

Fuimos directamente en el coche a un restaurante de la zona entre la Quinta y la Sexta, para celebrar una reunión exploratoria con Christopher Meadowbrook. Después de *Prehistoric*, fue deprimente. Me bastó echarle una ojeada a Meadowbrook para saber que no nos serviría de nada. Sólo faltó que las sillas especialmente tiasas del restaurante, que me recordaron la erecta triangularidad del torso de Selina, estuvieran especialmente contraindicadas para clientes con la espalda dolorida. Al final acabé retorciéndome más que Meadowbrook, y eso que él no paró de retorcerse, víctima al parecer de la timidez. El tipo no estaba en plena forma,

desde luego. No tenía aspecto de bueno. Pero tampoco de malo. Parecía, sencillamente, un tipo débil, poco viril: la clásica víctima. Tenía la misma expresión flácida de labios y ojos que un desvencijado marica al que me encontré tirado en la acera de Sunset Boulevard, un desgraciado al que acababan de meársele encima y que parecía estar pidiendo que alguien repitiera el número. Después de los aperitivos y las presentaciones y unos minutos de entrecortada charla introductoria, como si los tres fuésemos dioses o monos o astronautas, Fielding hizo lo que jamás tendría que haber hecho. Se largó, para irse a cenar con Butch y Caduta en el Cicero. Luego me juró que ya me había avisado de que ése era su plan. Seguro que me había avisado, segurísimo. Le miré, horriblemente desamparado, y él me dijo adiós y prometió regresar a eso de las diez.

En cuanto nos encontramos solos, Meadowbrook me cogió las manos, se adelantó, y me dijo:

—Necesito ese papel, señor, lo necesito. Tiene que dármelo, señor.

Y rompió a llorar. Justo lo que menos me convenía en ese momento... El problema era de dinero, claro. Aquel pobre actor debía setenta y cinco de los grandes. Cocaína, dijo, pero añadió que la había dejado hacía tiempo. Lo peor era que un amigo (un amigo queridísimo) le había abordado pidiéndole ayuda porque su madre necesitaba ser operada, y hasta *él* necesitaba ser operado. Y así siguió la cosa. Supongo que, en teoría, he pasado momentos peores, pero no muchos, ni mucho peores. Santo Cielo, ¿me he portado yo alguna vez de esta manera tan ridículamente penosa? ¿Me muestro a veces tan triste y repetitivamente frágil? Se tragó cuatro combinados. Estuvo a punto de pelearse con el *maître*. Tras mucha confusión, un camarero le sirvió un plato de sopa. Meadowbrook se derramó sobre los pantalones el plato entero y soltó un grito de potencia tan inhumana que el gato del restaurante (un persa adormilado y perezoso) saltó como un kamikaze a través de un tabique acristalado, para ir a darse de bruces en el vestíbulo. Meadowbrook se fue luego al lavabo, se pasó allí veinte minutos y regresó empapado y tembloroso, con el pulso más loco que un contador geiger. Fue entonces cuando me fijé en que sólo tenía un orificio nasal. La gente que abusa del esnifado suele tener estos problemas: se les pega la piel al tabique hasta que el orificio se les cierra del todo. En Inglaterra conozco a un tipo, uno de los que trabajan en la tienda de bebidas alcohólicas que tengo cerca de casa, con un narizón que parece una fresa hemorrágica. Siempre le evito. Prefiero ir a la otra tienda, la que está un poco más lejos, en donde el dependiente tiene la nariz normal, todavía... Meadowbrook comenzó ahora a recitar su Shakespeare. Ser o no ser. Mañana y mañana y mañana. Jamás jamás jamás jamás jamás. Desesperado, y a pesar de mi despiste mental, de mi desesperación, de mis propios problemas alfabéticos causados por mi tratamiento alcohólico, comencé a darle al scotch. Fielding regresó. Haciendo señales con su tarjeta de crédito,

Meadowbrook se empeñó con grandes aspavientos en hacerse cargo de la cuenta.

—¡Y no vuelvan a servir esa sopa nunca más! —advirtió.

La tarjeta le fue devuelta en bandeja de plata, rota en cuatro pedazos.

—Me van a matar —dijo Meadowbrook.

—Está caducada —dijo el camarero.

—Joder, larguémonos.

Eso lo dije yo. Me puse en pie.

Lo mismo hizo Fielding.

—Chris, quedas descartado —dijo, y sacó su clip de oro y dejó dos de cincuenta sobre la mesa.

\*\*\*

Se tiene la sensación, sentado en el taxi y pasando por los túneles, surcos y trampas, se tiene la aguda sensación de que las preocupaciones humanas no son más que pequeñeces; y esa sensación es especialmente intensa en Nueva York, en donde siempre notas la enorme altura, el tremendo peso de las instancias superiores. Allá arriba está todo el control, todo el poder, todo el significado. Aquí abajo no hay nada de eso. Dios ha agarrado las columnas de Nueva York entre los nudillos de su mano derecha, y las ha apretujado. Y nosotros aquí, abajo del todo. Me he sentado en un taxi, voy hacia alguna parte, dirijo las cosas por medio del dinero. Soy más importante que la gente que veo por la ventanilla, los nómadas, los que se dejan arrastrar por las mareas. Ellos no dirigen nada. Calle Veintitrés. Perros que van y vienen.

Ya estoy seguro de que Selina Street *no* está acostándose con Alec Llewellyn, o al menos no lo está haciendo ahora. Cuanto más lo pienso, más me convenzo de que no he sabido juzgar a la pobrecita Selina. Selina me es fiel, mi Selina. Ciertamente, se comporta como si estuviera siéndome constantemente infiel. Se comporta como si fuese una chica hiper infiel. Pero se comporta así porque sabe que a mí me gusta. (¿Por qué me gusta? Porque, gustarme, seguro que me gusta, sí. Entonces, ¿por qué *no* me gusta?). Selina lo hace para satisfacerme. Si en realidad estuviera siéndome infiel, seguro que no se comportaría así. ¿A que no? Se comportaría como alguien que no está siendo infiel, y nadie podría acusarla de esa clase de comportamiento. Fantástico.

Qué infiernos, no tengo más que buenas noticias.

—¿Sí? —dije en tono cansino, suponiendo que quien me llamaba era Lorne, o Meadowbrook o Frank, mi conciencia telefónica.

—¿John? Soy Ella Llewellyn. Te he llamado porque hay una cosa que creo que tendrías que saber. Es una mala noticia, lo siento.

Oh, venga, Ella, no hace ninguna falta que adoptes este tono para hablar conmigo. Te follé una vez —en la escalera, ¿te acuerdas?—, el día en que Alec se quedó dormido en la cocina.

—Hola, Ella. Bien, dime lo que sea —dije, y me preparé para lo peor.

—Alec está en la cárcel. En Brixton, pendiente de un juicio. Ya se lo temía. Pero quiso que te lo contara.

¿Malas noticias? ¿Malas? No, son noticias de las mejores. Mucho antes de que la picara de Selina invadiera mi mente, sentí un placer inocente y luminoso al pensar que mi mejor amigo, mi más antiguo amigo, se había metido en semejante brete. Mmm, es fantástico que uno de tus iguales se hunda así. ¿Conocen ustedes esa sensación? Anima de verdad, reconforta. No hay que avergonzarse por eso. Ahora Alec no podrá salir, no podrá escaparse, largarse. Jamás conseguirá remontarse, escalar, subir hasta lo más alto. Tendrá que quedarse en el primer peldaño, abajo, conmigo. Tendrá que bajar más abajo, mucho, muchísimo más abajo.

Esta cita ocupaba una de las posiciones más importantes en mis cuarenta principales. ¿Por qué? ¿Cómo es posible que un tranquilo almuerzo con una chica guapa e inteligente, en un buen restaurante, pueda provocarme pánico? Suban a la montaña y pregúntenlo allí. (No era la primera vez que temía encontrarme con ella, ¿no es cierto?). Pero al final resultó consolador. Sólo cuando te sientes consolado llegas a darte cuenta de hasta qué punto necesitabas ese consuelo. Estaba volviéndome loco. Estaba muriéndome. Eso es, muriéndome, muriéndome.

Antes de hablar de la cena fantasma estuvimos hablando de *estética*. Bueno, fue Martina. La estética es un asunto que hasta entonces sólo había tratado con mi dentista cosmético, Mrs. McGilchrist (cosas como «va a salirle bastante cara la estética»), así como con algún que otro chiflado iluminador o cámara que pretendía que escuchara sus opiniones personales acerca de la estética de un fundido del anuncio de las Bulky Bars, o de un primer plano de una Rumpburger, o de un zoom del spot de Zaparama. Martina habló de estética en un sentido más amplio. Habló de percepción, representación y verdad. Habló de la vulnerabilidad de una figura observada sin que ella lo sepa: de la diferencia entre un retrato y un boceto de una persona que no posa para el artista. En ficción también hay, dijo, una distinción análoga: el narrador consciente y el narrador a pesar suyo, el triste narrador inconsciente. ¿Por qué sentimos deseos de protección cuando vemos al amado y el amado no sabe que estamos viéndole? ¿Por qué nos duele el corazón cuando vemos un par de zapatos abandonados? ¿O al ser amado cuando está dormido? Es posible que el cuerpo muerto del amado exprese todo el patetismo de esta ausencia, el desamparo del que es visto sin saberlo... Los actores cobran por fingir que no se dan cuenta de que les miran, aunque de hecho confían en obtener la colusión del mirón, y casi siempre la consiguen. También hay actores que no cobran (pensé yo): a esos sí

que hay que mirarlos.

Yo permanecía sentado en el borde de la silla. Seguía a duras penas la evolución de sus pensamientos durante unos cuantos segundos seguidos, hasta que el semigratificado sentimiento de esfuerzo —o mi conciencia de estar mirándome a mí mismo— comenzaba a intervenir y dispersaba mi atención. Me sentía tenso. ¿Muy tenso? Quizá no tanto... Estábamos almorzando en un esmerilado chalet próximo a Bank Street, en el West Village: un restaurante con bebidas alcohólicas, sí, pero que además olía a comida sana, lentamente masticada, a macrobiótica y a longevidad. Unos airoso camareros, hombres y mujeres, servían las mesas en los reservados de madera. Allí va Hansel. Allí va Gretel. Vestidos de blanco, como médicos y enfermeras. Y te traían la comida como si estuvieran administrándote una medicina, un elixir. Y las cosas que llenaban los platos eran de lo más saludable, sin relación alguna con toda esa mierda que te dan en otros barrios. Me moría de ganas de tomarme una copa, pero sobreviví a base de frecuentes vasos de vino blanco. Martina se conformó con té, y sostenía la taza con ambas manos, como suelen hacer las chicas, con los dedos pegados a la loza para sentir el calorcillo. Al comer, hundía la cabeza en cada bocado, sin apartar sus ojos de los míos. Sus ojos redondos, oscuros, limpios.

—Quizá es lo mismo que les pasa a los borrachos —dije—. Bueno, como mínimo, no saben que les miran. No saben nada. Yo no sé nada.

—Pero tampoco son ellos mismos en ese momento —comentó ella—, lo cual reduce la intensidad del patetismo.

—Sí, sin duda. Por ejemplo, tendrías que contármelo tú. Lo de la otra noche. Tanto suspense acabará conmigo.

—¿De verdad que no logras recordarlo? ¿No estás fingiendo?

Medité en torno a esa pregunta, y dije:

—No soporto recordarlo. Quizá, si lo intentase, lograría recordarlo. Lo insoportable es el esfuerzo de intentarlo. A ver, por ejemplo, ¿quién más estuvo en esa cena?

—Los mismos de la otra vez. Mis únicos amigos. Los amigos de Ossie son todos... Estaba esa señora del Tribeca *Times*. Fenton Akimbo, que es el escritor nigeriano. Y Stanwyck Mills, el especialista en Blake y Shakespeare. Ossie quería que le explicase algunas cosas sobre los dos caballeros de Verona.

—¿Cómo? —Menuda pandilla, pensé—. Vale. Cuéntame qué pasó.

Me lo contó. Tampoco fue tan grave. Me sentí aliviado. Entre nosotros, hasta me quedé gratamente impresionado. Al parecer, llegué hecho un torbellino a eso de las diez menos cuarto, con tres botellas de champagne. Las rompí, todas, cuando trataba de hacer un arriesgado número de prestidigitación. El suelo de la cocina, dijo Martina, parecía un jacuzzi. Por fin tomé asiento. La cena estaba muy avanzada.

Después, durante los siguientes veinticinco minutos, conté un chiste.

—Santo Cielo. ¿Qué clase de chiste? ¿Muy guarro?

—No lo recuerdo. Ni tú lo recordabas tampoco. ¿Algo de la mujer de un granjero? Sí, ella y un vendedor.

—Joder. ¿Y luego?

Luego me quedé dormido. No me derrumbé en la mesa. En absoluto. Me levanté, bostecé y me despecé, y me tiré en el sofá. Allí estuve roncando y gimiendo y resoplando durante casi tres horas, y me desperté reconfortado, fresco, y pensando que lo mejor sería que no me fuera muy tarde. Se habían ido todos. Yo también me fui. Luego regresé. Por fin, me fui.

—¿Qué le dije a Fenton Akimbo? ¿Le dije algo?

—¿Qué quieres decir?

—Que si le llamé negrata de mierda o algo así.

—Oh, no. Contaste el chiste, y eso fue prácticamente todo.

—Fantástico.

—A mí sí que me dijiste una cosa. Cuando te ibas. La primera vez.

—¿Qué?

Martina sonrió. No fue una sonrisa de adulto, sino más bien salvaje, tremenda. Una sonrisa de tío cachas. No le costaba apenas esfuerzo regresar a la adolescencia. La muchacha siempre estaba muy a mano.

—¿Qué? —repetí.

—Dijiste que me amabas. —Y volvió a reír con su risa especial, aquella carcajada escandalosa que hacía volver las cabezas y que acabó sonrojándola, obligándola a llevarse la mano a la boca.

—¿Y qué dijiste tú?

—Te dije... A ver si me acuerdo. Te dije: No seas idiota.

—Bueno, quizá sea cierto —dije, envalentonado—. *In vino...*, ya sabes, que cuando uno bebe dice la verdad. Todo eso.

—No seas idiota —dijo Martina.

Sí, parece muy cuerda, verdad, en medio de toda esa otra gente entre la que suelo moverme. Pero, claro, siempre ha tenido dinero; nunca ha estado sin dinero, sin blanca. El dinero está descuidadamente presente en el corte de su ropa, en sus complementos de cuero, en el brillo de su felpudo y en la vitalidad de sus labios. Sus largas piernas han viajado, y no solamente a través del tiempo. Su limpia lengua domina el francés, el italiano, el alemán. Sus ojos expectantes han visto muchas cosas, y esperan ver todavía más. Incluso de jovencita sus novios eran selectísimos, miembros de alguna élite, muy por encima de los típicos irregulares, mercenarios, desarrapados. Su sonrisa es juguetona, sabia, estimulante, pero también inocente, porque el dinero, cuando te ha acompañado desde el principio, te hace inocente. De

otro modo, ¿cómo se podría haber rondado treinta años por este planeta sin perder la libertad? Martina no es una mujer de este mundo. Pertenece a otro mundo.

—Oye —le dije—. ¿Cómo es que siempre te enteras cuándo estoy en Nueva York o cuándo me vuelvo a casa?

Se encogió de hombros:

—Me lo cuenta Ossie.

—¿Y cómo se entera él?

—Va y viene constantemente de Londres. Debe conocer a la misma gente que tú.

—Supongo que sí —dije.

—¿Qué tal está tu... novia?

—¿Selina?

—Sí. ¿Cómo os van las cosas? Estás con ella, ¿no?

Reflexioné un poco. Luego dije, o quizá fue una de mis voces, que habló por mí:

—No sé. Se puede estar con alguien y, al mismo tiempo, estar solo.

—... Es muy guapa, ¿verdad?

—Cierto —dije—. ¿Y Ossie?

Ella calló.

—Ossie es muy guapo —dije.

Pero ella permaneció callada también ahora. Luego me preguntó por qué razón creía yo que bebía tantísimo, y yo le dije por qué razón creía que lo hacía:

—Soy alcohólico —dije.

—No, no lo eres, no eres más que un chico ambicioso que no tiene nada que hacer. ¿No estás cansado de todo eso?

—Sí, lo estoy. Llevo años muy cansado... Sí, estoy cansado.

Veinte minutos más tarde nos encontrábamos en la calle, pisando la esponjosa acera. Ante nosotros, al otro lado de la calzada, brillaba la fila de escaparates como un pedazo de película: Manhattan y sus pequeños intereses. Una lavandería tailandesa, un hospital para bolsos, un delicatessen («Lonnie's», «El Mejor Emparedado», «Nuclear, no», «Lo sentimos-Cerrado»), el bosque de una floristería, una tienda de tontadas zen en donde aceptaban todas las tarjetas de crédito más importantes, una librería diesel. Martina y yo interpretamos la danza de dos personas indecisas en el momento de separarse, con sus limitados pasos. Ella seguía de cara a mí, pero sus hombros ya se habían vuelto... Si eres pequeño y aquello de lo que te evades es grande (¿no han tenido nunca este sueño?), el único escondrijo posible es algún reducto muy pequeño en el que la cosa grande no pueda entrar. Pero lo malo es que tienes que quedarte ahí, en ese sitio tan pequeño, y a veces hasta encogerte para retroceder más aún. Estoy cansado de ese sitio tan pequeño. Estoy hasta los putos cojones de ese sitio tan diminuto. Estoy harto de que me miren sin yo enterarme. Estoy harto de todas esas ausencias.

—Eh, espera —dije, con desesperación—. ¡Ayúdame! Dame libros, cosas para leer. Dime un buen libro, recomiéndame lo que sea. —Y señalé con ademanes frenéticos la tienda de la acera de enfrente—. Algo educativo.

Martina cruzó los brazos y estuvo un momento pensando. Estoy seguro de que se sentía satisfecha.

—¿De acuerdo? —le dije.

Cruzamos juntos la abollada calzada. Me dijo que la esperase en la calle. En el escaparate de la librería hay montones de ejemplares del último éxito del frente feminista, un revientaescrotos de verdad. Se titulaba *Jamás en nuestras vidas*, y era de Karen Krankwinkl. Estuve mirando las fotocopias de las reseñas, los textos de las solapas. Karen, mujer casada y con tres hijos, estaba convencida de que hacer el amor constituye, siempre, una violación, incluso cuando ninguno de los participantes cree que lo sea. Su rostro, valeroso y resplandeciente, aparecía en las tapas. Pues bien, Karen, no podría violarte ni con un poste de teléfonos. Aunque claro, es posible que todas las chicas tengan ese aspecto cuando las han violado unos cuantos miles de veces.

Martina reapareció. Me había comprado un libro de tapa dura. Quizá fuera de segunda mano, pero admití que aquel libro tenía aspecto de haber costado cinco dólares como mínimo.

—¿Cuánto me costará la broma? —pregunté.

—Nada. Te lo regalo.

—¿Cuándo te llamo?

—Cuando lo hayas leído —dijo, y se fue.

\*\*\*

*Mr. Jones, el dueño de Manor Farm, había cerrado los gallineros para la noche —leí—, pero estaba tan borracho que no se acordó de cerrar los pop-holes.* Me desesperé, y me froté los ojos. ¿Iba a seguir así todo el libro? Quiero decir que no estaba captando ahí ni la menor intención satírica. En fin, no pasaba nada. Sé aceptar las bromas. Entrelacé las manos en la nuca y medité: ¿qué coño son los *pop-holes*...? [9] ¿Me entienden? La vida libresca, contemplativa. Martina ha logrado hasta curarme de mi tinnitus, lleva horas sin chirriar ni una sola vez. Lo fantástico de leer y todo eso es..., que tienes que estar en muy buena forma para hacerlo. Hay que estar tranquilo. Sereno. Tienes que ser capaz de soportar tus propios pensamientos, sin interferencias. Al regresar del almuerzo (volví andando), ya me pareció encontrar menos pesadas las calles. Entendía un poco mejor lo de quienes miran y quienes son mirados. Este libro de Martina (la comida la pagamos a medias) es un regalo, un auténtico regalo, maldita sea. ¿Cuánto tiempo hace que ninguna chica me hacía un regalo? Voy a

telefonarle para darle las gracias. Nada más sencillo.

Tomé delicadamente el teléfono. Me detuve con los dedos en los números. Fatal. Y entonces me estalló la bomba en plena cara.

—El gran chollo, tío. Que te crees tú eso. Olvídalo ahora mismo. ¿Tú y ella? ¿Tú? ¿Ella? ¿Qué clase de libro te ha dado, tío? ¿De esos de «Aprenda a mejorar por su propio esfuerzo»?

Y el tipo se puso a reír, y siguió riéndose. Sus carcajadas producían un sonido horrible: indescriptible, de verdad. Pero apreté el teléfono con fuerza y respondí:

—Anda corriendo a que alguien te repare la risa, tío. O que vuelvan a arreglártela. Suena fatal. Eh, eh. ¿Por qué no me dejas en paz? ¿Qué te parece la idea?

—¿Y perderme todo esto? ¿Bromeas? Contéstame una pregunta. ¿Le has contado a ella lo del domingo por la noche? ¿Le has dicho dónde te quedaste dormido?

—¿Cómo?

—El domingo por la noche. ¿Te acuerdas? La noche en que terminaste pisoteado.

—Ah —dije yo—, conque fuiste tú.

Ya se me había ocurrido esa posibilidad, pero preferí pensar que el ataque había sido casual. En mi estado, siempre confío en que las cosas sean casuales. No me gusta pensar que los acontecimientos me persiguen.

—Bueno..., sólo estuve mirando.

—Fuiste tú, maldito hijoputa.

—¡No! No fui yo. Lo hizo una mujer. Llevaba tacón alto, y te pisoteó con sus tacones altos.

La voz se interrumpió aquí, pero mi cabeza se puso a funcionar a toda marcha. Se abrió una puerta, y salieron por allí todos los ruidos encerrados. Durante un espantoso instante volví a notar su tembloroso peso femenino sobre mi espalda, pisándome, y diciendo... ¿Qué? Nada, nada: abortemos este recuerdo ahora mismo. Hice algunas llamadas por teléfono. La compañía aérea. El número de casa, pero nadie contestó. Y el de Martina, pero sólo para despedirme. Estas llamadas no me produjeron dolor alguno. El único que me exigió alguna cosa fue Fielding. El único que quiso arrancarme alguna penitencia fue Fielding.

\*\*\*

—Spunk —dije—..., es un honor.

Miré de soslayo, hacia Fielding Goodney, que se encogió de hombros.

—*Prehistoric* nos ha encantado —proseguí—. Estás fantástico. Lo digo en serio. Absolutamente fantástico, Spunk.

Noté el codazo de Fielding en la penumbra.

—No tengo palabras para... En serio, Spunk, tu interpretación me llegó hasta el

fondo. Queremos contratarte. Queremos contratarte para nuestra película. Por eso hemos venido a verte... Joder, Fielding —dije—. Quedémonos con Meadowbrook o con Nub Forkner o con quien sea. No soporto esto.

—Bien. Muy bien. Sentaos, por favor —dijo Spunk Davis.

Estábamos en el piso cuarenta del Plaza de la ONU. Fielding y yo habíamos sido inspeccionados, cacheados, pasados por rayos X, y así sucesivamente, por un par de guardias de seguridad vestidos con blazer color ciruela.

—Davis, Spunk —repitió el hombre en tono reflexivo, entre las macetas con plantas, las centralitas de intercomunicación, las pantallas de TV de circuito cerrado—. Lo tengo por otro nombre.

Nos dejó pasar, sufrimos la náusea del ascensor, subimos, subimos.

—Soy Mrs. Davis —dijo la señora bajita que abrió la puerta. Bueno, quizá no fuese tan vieja, pero su encogido rostro tenía muchas arrugas, cuidadosos pliegues, muy concentrados en torno a los ojos y los labios. Arrugas, más arrugas, muchísimas arrugas. Para obtener el mismo efecto basta con mirar una hilera de árboles deshojados en Londres: las ramas desnudas se cruzan y vuelven a cruzar hasta que no ves más que diminutas motas de luz, diminutos triángulos. Una cara trabajada y trabajadora. Pero los ojos eran brillantes.

—Oh. Hola —dijo.

—Mrs. Davis —dijo gravemente Fielding. Luego le besó la mano y se la acercó al pecho. Esta cortesía, realizada con afecto, me pareció fuera de lugar, pero fue aceptada por Mrs. Davis, que estuvo mirando un buen rato a Fielding antes de decir:

—¿Han alcanzado ustedes la salvación?

Mientras Fielding se hacía cargo de esta pregunta («Desde luego, señora», comenzó a decir), me volví hacia una habitación contigua, cocina o salita, de formas sencillas pero repleta de cortinas y colores manufacturados. Un caballero moreno y de frente estrecha permanecía sentado de perfil, con su antaño fortísimo esqueleto envuelto en un traje de listas finas y chaqueta cruzada. Spunk Padre, seguramente. Estaba mirando la TV del aparador (baloncestistas saltones), y luego miró su reloj (un movimiento flácido y estoico), y finalmente me miró a mí. Cruzamos sendas miradas brutales y breves. Nos reconocimos mutuamente, supimos quiénes éramos. Hizo un ruido con la lengua entre los dientes y desvió su mirada, aburrido, vejado o disgustado. Sí, me bastó echarle una ojeada para que hasta yo mismo tuviera que murmurar para mí: las señoras, pobres señoras. Siempre les toca. Yo no me sentía en absoluto con ganas de celebrar esta reunión. Lo admito. Estaba empapado de miedo y de scotch, y mi casa comenzaba a tirar fuertemente de mí. En este momento la mano de Mrs. Davis se había apoyado en mi brazo, y su rostro suplicante me preguntaba:

—¿Y usted, señor, también ha alcanzado la salvación?

—¿Cómo?

—Sí, él también —intervino Fielding. Y yo dije:

—Sí, yo también.

—Me alegro. Spunk está al final del pasillo.

Nos condujo por una serie de antecámaras de color pardo a través de cuyas ventanas asomaban los bruñidos kilómetros finales del East River, haciendo arder todas sus llamas. Vi una mesa de billar, un traje con chaleco metido en una bolsa de plástico, varios adornos religiosos con su característico y pálido fulgor. Era un fulgor que me sobraba. Entramos en un comedor oscuro como un cine, con una figura que destacaba entre las sombras, sentada en la cabecera de la mesa. Mrs. Davis se deslizó hacia la zona iluminada. Eran las cinco en punto de la tarde.

—Hace dos años —prosiguió el actor—. Me hiciste una prueba. —Rió sin alegría—. Para un anuncio.

—¿Sí? —dije yo—. La verdad, no lo recuerdo.

Su voz: cierto músculo, cierta válvula la modulaba. Era una tensión que me resultaba conocida. Yo también hablaba así cuando tenía su edad, cuando combatía en contra de mi acento barriobajero. También Spunk intentaba, ante mi presencia, domar sus salvajes terminaciones de palabras y sus resbaladizas vocales. No crean, ahora ya hablo bien. Pero les aseguro que sólo lo conseguí después de diez años de tremendos esfuerzos.

—No te parecí suficientemente bueno. Para tu anuncio.

—Vaya —dije—. ¿Y te acuerdas de qué anuncio era?

—No, no me acuerdo. ¡Apágalo!

Se refería a mi pitillo.

—¿Dónde?

—¡Apágalo!

—Joder —dije, y miré a Fielding en solicitud de ayuda. Esto no es más que una resaca desorbitada, pensé. Me arrastré en la penumbra hasta distinguir en la tenue luz malva a Davis, sus hinchados músculos. Su cabeza estaba un poco inclinada, extrañamente ladeada sobre sus hombros, como si mirase hacia arriba desde el manillar de carreras de una bicicleta. Pero vi que sonreía.

—De acuerdo —dijo—. Fuma. Desde que la gente se enteró de lo de *Prehistoric*, me han ofrecido montañas de guiones. Road movies, historias de vaqueros, amoríos con la chica de al lado, final feliz. —Dijo que no con la cabeza—. En cambio, *Dinero limpio* me interesa, de verdad. Pero quiero que me expliquéis algunas cosas. ¿Qué actitud tienes en relación con ese personaje, John?

—Uh, en general me cae bien.

—Ese tipo es un degenerado.

—Tiene muchos problemas.

—Mira. No tengo intención de fumar, ni tengo intención de beber, ni tengo

intención tampoco de tener relaciones sexuales.

—En la pantalla.

—En la pantalla.

Bueno, se acabó, pensé. Pero luego le di unas cuantas vueltas más al asunto y levanté el dedo índice:

—¿Estás dispuesto a tener resacas?

—Desde luego —dijo—. Soy un actor.

—Alto, un momento. En *Prehistoric* tienes relaciones sexuales.

—Ese era un primitivo, John. Hay otro asunto que también me preocupa. La pelea. A ver, dime una cosa ¿Por qué razón podría querer yo pelear con un viejo?

Noté que también Fielding me miraba con mucha atención. Esto no durará mucho más. Como las demás cosas, esto está cerca del final.

—Es la escena..., digamos que la culminación de la historia —dijo—. Tú y Lorne peleáis por la chica. También por el dinero. Es...

—Entiendo, entiendo. Pero yo no me pelearía con ningún viejo. No lo haría así. A puñetazos.

—¿Y si fueses tú el que perdiese la pelea? ¿Qué te parecería entonces? ¿O si, por ejemplo, le dieses en la cabeza con una llave inglesa?

Me miró compasivamente, sus gruesos labios inscritos en la abultada mandíbula.

—Eso es *imposible* —dijo—. Le dominaría por cualquier otro procedimiento. Hay otras técnicas... La hipnosis, el poder mental. En fin, creo que podemos arreglarlo. Me ha dicho Herrick que el primer borrador del guión estará listo en cuestión de dos semanas. Vuelve aquí para entonces, y lo discutiremos otra vez. Mi madre os acompañará hasta la puerta.

A mitad de camino de la puerta, giré sobre mis talones y, como si estuviera limitándome a hacer lo que decía el guión de esta resaca particular, regresé a paso lento hasta la mesa y, con las manos en los bolsillos, me detuve bruscamente a unos tres palmos de la silla de Davis. Él alzó la vista. Sí, hasta su cara era musculosa, como si se alimentara de hierro.

—Algún día nos veremos —dijo.

—¿Eh?

—Habitación 101.

—¿Cómo dices?

—Olvídalo. Sabes una cosa, tu película me ha gustado, de verdad. Me ha dicho algo. Nos veremos, Spunk.

\*\*\*

Nos quedamos plantados en el balde caliente de la calle, contemplando el muro

de la muerte de la Primera Avenida. La calle asciende en este punto en fuerte cuesta hasta desaparecer en un túnel que se remonta por los aires. Los coches estaban detenidos en la rampa, parachoques contra parachoques, en una estampida de animales que huyen de las trampas de la parte baja de la ciudad. Fielding había hecho una señal al Autocrat, indicándole que se fuera, y nos quedamos ociosamente detenidos, reflexionando, vestido el productor con su traje gris paloma, y el director con su holgada ropa color carbón y su turbada piel. Saben una cosa, al entrar en esa casa comenzaron a escocerme los verdugones de la espalda. Un dolor detestable. Quizá sería una buena idea dejar que algún médico metiera el hocico en esta cuestión: es posible que las heridas estén sucias, infectadas. Aunque también es posible que se pueda arreglar todo con mucha penicilina, y para eso me bastaría con mi abastecimiento personal. ¿A cuánto van las espaldas de repuesto en California? Aunque, pensándolo bien, pasar toda una noche con la espalda pegada al poliéster del avión resolvería el problema, en un sentido o en otro. A casa. Tengo que regresar a casa.

—Bien —dije—, otro chiflado. Justo lo que nos hace falta. ¿Y qué coño es toda esa historia del estar «salvado»? ¿Qué significa *Salvado*?

—Renacido. Se trata del fundamentalismo, Slick, el más tosco y proletario de todos los credos norteamericanos. Nicodemo, Juan III. Si el hombre no vuelve a nacer, no llegará a ver el Reino de Dios.

—¿Cómo?

—La Biblia, Slick. ¿La has leído alguna vez?

—Sí, eso sí que lo he leído.

—Spunk es un joven muy religioso. Ese chico es un santo, ¿no lo sabías? Trabaja en los hospitales, baja al Bronx a colaborar en los proyectos sociales. Todo el dinero que su padre no se gasta con tías o caballos, Spunk lo entrega para obras benéficas.

—Lo que yo te decía. Otro chiflado.

—Le necesitamos. Le necesitamos de verdad. Con él, el combinado sería fantástico. Encaja a la perfección. Ese chico va a ser un actor importante, importantísimo. Spunk está subiendo, Slick. Oye —dijo, y soltó una breve carcajada—, ¿crees que tiene permiso para usar toda esa musculatura? Mira, sé lo que te preocupa, y te aseguro que puedes tranquilizarte. No es incontrolable. Doris conseguirá que encajen todos los detalles en el guión, y en cuanto ese chico lo lea en letra impresa lo aceptará todo. Todos lo aceptarán. Además, tú le gustas. Les gustas a todos. Es una pena que tengas que irte. Las cosas avanzan, John.

Al diablo con todo, dije, y añadí que podía llevar a cabo todos los estudios de presupuesto y todo el diseño de las secuencias en Londres. Si Doris Arthur terminaba el guión antes de lo previsto, podía mandármelo por correo urgente en cosa de veinticuatro horas. Entretanto, me prometió Fielding, él mismo se encargaría de

contratar el estudio o el local que fuera para las pruebas de los papeles secundarios: los camareros, los bailarines, los gánsters.

—Eso sí que va a ser divertido —dijo—. El futuro nos sonríe, Slick.

Nos abrazamos, un fuerte abrazo en el que se rozaron nuestras mejillas, pero en plan macho, naturalmente. Cómo necesitaba ese apretujón. Cuánta vida me devolvió. El Autocrat se había acercado al bordillo. Me hizo firmar unos contratos con el papel apoyado en el capó. Después me despidió con la mano, y desapareció tras el cristal ahumado.

Bajé hacia el centro observado por la roja mirada del sol. En la recepción de Ashbery me informaron de que se había hecho cargo de mi cuenta Mr. Goodney, que, además, había reservado la habitación 101 hasta nuevo aviso. Era toda una concesión. Porque yo sabía que a Fielding no le parecía nada bien este hotel, y siempre insistía en que tenía que alojarme en una suite, o en un piso entero, del Bartleby o del Gustave, en Central Park South. Pero a mí el Ashbery me iba más. Y ahora me sentía muy bien instalado allí.

Así que sólo me quedaba hacer el equipaje y todo eso. Cuando estaba metiendo el libro de Martina entre los pliegues de mi mejor traje, alguien llamó a la puerta. Era Félix, que traía un paquete blanco, de tamaño de un ataúd pequeño, fantasiosamente atado con una cinta rosa oscuro. Selina tiene un conjunto de sostenes y bragas justamente de ese mismo color. Selina. Tengo grandes planes para Selina. Bien, así que otro regalo, ¿eh?

—Han venido a traerlo —dijo, enderezándose. Incluso cuando pretendía adoptar la posición de descanso, Félix parecía estar haciendo jogging sin moverse del sitio.

—Toma, Félix. Te has portado como un verdadero amigo.

Tomó el billete pero su rostro permaneció extrañado.

—Es mucho dinero, tío. ¿Está borracho? —preguntó de forma simpatiquísima, y sonrió.

Hay pocas cosas mejores que la sonrisa a regañadientes de un negro. Esa sonrisa vale cien dólares. Más incluso. Las pendientes de sus párpados eran infinitamente oscuras, y esta circunstancia hacía que su mirada fuera más intensa, que su sonrisa fuese más furtiva. Debido a ese hecho, Félix seguiría siendo siempre un tipo con aspecto de descarado, incluso cuando dejara de ser un crío negro y se convirtiera en un negro adulto. Quizá también yo tuve antaño un aspecto parecido, pero ahora ha desaparecido. En la escuela, los maestros me repetían una y otra vez que borrarse esa expresión de mi cara. Pero yo ni siquiera me enteraba de qué cara ponía. ¿Cómo hubiese podido borrar esa expresión?

—Quédatelo —le dije—. En realidad, el dinero no es mío. Hazle un regalo a tu novia. O a tu madre.

—Y ahora, tómele las cosas con más calma —dijo Félix.

La maleta negra reposaba sobre la cama al lado de la caja blanca. Tiré de la cinta, levanté la tapa, y me oí a mí mismo soltar un áspero grito de ira y rechazo y, probablemente, también de vergüenza. Lo rompí en pedazos con mis propias manos. Luego me planté en el centro de la habitación. Pensé, bueno tío, tómatelo con calma, con mucha calma. Pero se me habían atascado unas cuantas lágrimas a mitad de camino, y el momento era tan malo como cualquier otro. Y ahí mismo me salió todo. Ahora les explicaré en qué consistía el regalo que había recibido, y me parece que de esa manera lo entenderán mejor. La caja no contenía mensaje alguno, sólo una tía de plástico, pálida como la carne de ternera, de aspecto húmedo, con una sonrisa burlona en los labios.

Saben, a veces me han dicho que a mí no me gustan las mujeres. Y la verdad es que *sí* me gustan. Las tías me encantan. Me han dicho que a los hombres no les gustan las mujeres, y punto. ¿Ah sí? Entonces, ¿a quién le gustan? Porque a las *mujeres* no les gustan las mujeres.

A veces la vida parece una cosa muy conocida. Tiene ese aspecto tan familiar en la mirada. La vida no es más que venganza, conspiración, sentimientos intensos, arranques de orgullo, fe en uno mismo, fe en la justicia de sus mareas, de sus inundaciones.

Este es el secreto que nadie conoce: Dios es una mujer. ¡Miren a su alrededor! *Pues claro que es una mujer.*

## IV

Encima de la puerta que da acceso al *saloon bar* hay un retrato de Shakespeare montado sobre el cimbreante cisne. Es el mismo retrato de Shakespeare que recuerdo haber visto en mis días de colegial, cuando se me fruncía el ceño leyendo *Timón de Atenas* y *El mercader de Venecia*. ¿Es que no tienen ningún retrato mejor que ése? ¿Es posible que siempre pusiera esa cara? Lo normal hubiera sido que su director de imagen se las hubiese ingeniado para conseguir algo que fuese un poco más atractivo. Ese labio superior, picudo y fofo como un culo, esa zafia curva del mentón, esos ojos de abuelita que contempla las rompientes. ¿Y el felpudo? ¿No hay para matarle? Siempre he obtenido un gran consuelo de la contemplación de Shakespeare. Tras una deprimente visita al espejo, o de un comentario desagradable de alguna amiga, o de una mirada de incredulidad recibida por la calle, suelo decirme a mí mismo:

—Bueno, Shakespeare era horrible.

Hace maravillas.

—Eh, Fat Vince —dije—..., ¿qué has tomado esta mañana para desayunar?

—¿Yo? Esta mañana he desayunado un arenque en escabeche.

—¿Y para comer?

—Tripas.

—¿Y qué piensas cenar?

—Sesos.

—Fat Vince, estás enfermo.

Fat Vince es transportista de cervezas, y matón del Shakespeare, el encargado de echar a los alborotadores. Lleva treinta y cinco años entrando y saliendo de este local. Igual que yo, al menos mentalmente. Al fin y al cabo, nací arriba, justo encima del bar. Fat Vince tomó otro sorbo de cerveza. Fat Vince también tiene una pinta horrible, y lo mismo puede decirse de su hijo, Fat Paul... Le tengo aprecio a Fat Vince, en parte porque, como yo, padece del corazón. Su corazón le ataca constantemente, y cualquier día también el mío me atacará. Creo que Fat Vince también siente afecto por mí. Cada dos meses se me lleva a un rincón y, con el aliento endulzado por la bebida, me pregunta qué tal estoy. Es la única persona que me lo pregunta. La única.

A veces me habla de mi madre. Fat Vince es viudo, también. Su mujer murió por ser de clase demasiado baja. No estaba a la altura de su situación social. En cuanto a mi madre, cayó de repente en una misteriosa degeneración. Al salir de la escuela, solía irme con ella a la cama. Y notaba que estaba cayendo, partiéndose. Se moría de nostalgia por su América. Estaba harta de Barry Self. Fat Vince también trabaja de vice administrador de un salón de billar que cae por Victoria, en donde se muestra muy tolerante y es querido por todos. Tiene allí una trascocina donde se prepara sus demenciales ranchos. Entretanto, Fat Paul estafa a los clientes, haraganea, y mete las cosas en el horno. En la mesa número uno, con el taco clavado en el mentón, estudia la jugada para acertarle a una de las bolas... Poco después de la muerte de mi madre, Fat Vince se llevó a mi padre a librar con él una pelea que se hizo famosa, junto al váter de hombres, en el callejón, en aquellos remotos tiempos en los que Shakespeare aún era joven.

—Eso es comida de verdad, hijo mío —dijo Fat Vince—. ¡Qué sabrás tú de eso! Te has pasado la vida en un pub de mierda. Te dan una bolsa de patatas fritas y ya crees estar en el paraíso.

—Eh, conoces a Loyonel, ¿no? —dijo Fat Paul.

—Sí —dijo Fat Vince.

Fat Vince no es miembro de la realeza, pero habla con cierta contención de labios entrecerrados. Fat Paul es diferente. Fat Paul tiene un enorme pecho hinchado, una cara impasible de adoquín, un felpudo remendado, y unas crueles cejas rubias que dan a sus ojos un brillo de hurón veterano que ya lo ha visto todo en cuestión de trampas para liebres y ratas. Yo diría que Fat Paul no se angustia en absoluto por su acento. Deletrea muy bien. Cada una de sus sílabas posee la claridad de la amenaza. Jamás se le podría hacer justicia a esa voz.

—Le vi el domingo, por la calle —dijo Fat Paul—. Le dije, ¡Joder! ¿Acabas de tomarte un curry? Y él dijo, «No. Me tomé un curry el viernes». Y entonces yo le dije, Entonces, ¿qué has tomado hoy? «Tres pizzas y dos sopas chinas». Últimamente se alimentaba sólo de antibióticos, por lo del golondrino en el sobaco y el impétigo. Al día siguiente me lo encuentro en el club. Ya sabes, mi padre tiene una máquina que vende *patatas fritas*. *Patatas fritas*. —Fat Paul parecía estar disfrutando todavía de este nuevo acontecimiento—. Todo un jodido barril de grasa. Una vez al mes, pasa un tío y mete más grasa. Treinta peniques la bolsa. Pues, bueno, allí estaba Loyonel, apoyado en la máquina, y atiborrándose de aquello. Y esas patatas fritas, te lo juro, son repugnantes. Indescriptibles. ¡E imagínate que cuando ya se ha metido un kilo de esa porquería en el estómago se vuelve hacia mí y me dice que no entiende por qué tiene tantos problemas con la piel!

—Tiene suerte de seguir vivo —dijo Fat Vince—, comiendo lo que come.

—¿Te has fijado en la tripa que tiene?

—Su padre murió a los cincuenta y uno. Tras cinco años de comer a régimen, siguió engordando. Hasta que averiguaron que, además de la comida de régimen, también comía lo normal. Es increíble lo que era capaz de tragar. Y cuando aparecía Eva, él escondía los dientes y se lo tragaba todo de golpe, por llena que tuviera la boca. Además, tenía pasta.

—La pasta —dijo Fat Paul pensativamente— no sirve de nada cuando estás muerto.

Dicen que los franceses viven para comer. Los ingleses, por su parte, comen para morir. Me llevé mi cerveza a la barra, y cogí una bolsa de patatas fritas —con sabor a gamba y a fregona— y otra de Cripis de cerdo. Mientras me lo iba comiendo, me di media vuelta y estuve fijándome en la gente. Sin la menor duda, cuando rondo por el Shakespeare resulto un tipo con buena pinta. Quizá no alcance puestos tan elevados cuando voy con Fielding y las estrellas de cine, pero aquí soy de los buenos. En cuanto a todas esas mujeres de clase obrera, la verdad, no hay mucho donde elegir. Esto de pertenecer a la clase obrera marca lo suyo. Se sufre mucho desgaste, hay mucho para usar y tirar. Y los pubs no contribuyen a mejorar las cosas. Me volví de nuevo y me apoyé en la barra de madera, flanqueada por los emblemas heráldicos de las marcas que adornan las palancas de las cervezas de barril, por esos ceniceros de plástico que por su tamaño parecen soperas, y por los peludos y apezonados posavasos que imitan la humedad incluso cuando están secos. Sujeto a la columna cuadrada de madera, y escrito a mano, estaba el cartel que anunciaba los precios y tarifas de las porquerías que suelen dar de comer en los bares, con sus obsesivas permutaciones de tartas y purés y cosas fritas, subrayados los y y los o, más los cafés y los téns entrecomillados. Me pasé un rato mirando la esfera de reloj de una hucha para obras benéficas que era una verdadera antigualla. La Asociación de Amigos del St. Martin's Hospital le dirán la Suerte. Metes la moneda, gira una aguja, y te puede corresponder toda una gama de curiosos destinos. Pasé revista a las diversas posibilidades: Librarse de la gota, Fortaleza hasta el final, Suerte en las apuestas, Alegría asegurada, El próximo será chico... No muy impresionante. Y eso que yo les tengo miedo a todos los portentos. Si los Amigos de ese hospital hubiesen ofrecido cosas como la pérdida total del felpudo, por ejemplo, les hubiese abandonado a su suerte. De modo que metí una moneda en la ranura, y oí el satisfecho clic de su caída. La aguja giró: Hay dinero en camino. Metí otra: Cuidado con los falsos consejos. Muy bien, de acuerdo. Alcé la vista, y el tembloroso espejo de la Casa de los Horrores se partió en dos: se abrió la puerta de cristal, se asomó mi padre un momento, y luego me llamó con un ademán de bienvenida, como si me invitara. Acepté, y entré en la trampa.

—Hola, Papá —dije. Llevaba una chaqueta de cuero negro, y un pañuelo de seda blanca al cuello. Mi padre tiene un buen felpudo, plateado y abundante. No me

importaría tener ese aspecto cuando llegue a su edad. De hecho, no me importaría tener ese aspecto ahora mismo. Pensándolo bien, no me hubiera importado tenerlo hace cinco años, o hasta diez. El problema es el reloj, la máquina de los latidos. Tengo el corazón averiado.

—No me llames así —dijo, encogiéndose de miedo—. Tú y yo somos *amigos*. Llámame Barry. Bien —dijo, apoyando su crujiente brazo sobre mis hombros y conduciéndome a la salita—, quiero presentarte a *Vron*.

—¿Vron? —Ahora se acuesta con robots, pensé. Me frenó por el procedimiento de tirarme del pelo.

—Sí. Vron —dijo—. Y compórtate, ¿entendido?

Pronunciado por mí, Vron sonaba muy mal. Pero es que, además, mi padre tiene un problema con las *erres*, no sé si por culpa de alguna afección al paladar o de alguna pieza de su boca. Pronunciado por él, el nombrecito sonaba peor aun.

La salita había cambiado mucho desde los tiempos de mi infancia. Ahora se notaba el dinero. La vieja y granuda estufita de gas junto a la que me vestía para ir a la escuela ha sido sustituida por un negro cesto cargado de carbón de plástico. La mesa camilla a la que me sentaba para comerme la tostada se ha convertido en un mueble bar. La han forrado de plástico con remaches metálicos, está rodeada de tres taburetes altos, y sobre ella descansa un horizonte de sifones y cocteleras que recuerda el perfil urbano de Manhattan. Vron estaba tendida en un espectacular sofá de pana blanca. Era una morena de piel pálida y bastante buen tipo, aproximadamente de mi edad. Ya la había visto en algún lugar.

—Encantado de conocerte —dije.

—He oído hablar muchísimo de ti, John —dijo Vron.

—Vron está felicísima hoy, sabes —dijo mi padre, muy ronco—. ¿Verdad que sí, Vron?

Vron asintió con la cabeza.

—Para mi Vron, hoy es un día muy especial. Enséñaselo, Vron.

Vron se sentó y estiró los pliegues de su caftán. Se agachó bajo la mesita de café, y sacó un ejemplar de una revista porno, *Debonair*... Soy un hombre que conoce a fondo esta clase de revistas: *Debonair* pertenece al grupo de las más baratas, y su objetivo es la paja del obrero manual; a tal fin, muestran numerosas y salaces amas de casa o pechugonas suecas retorciéndose en sucesivas instantáneas en las que se ponen o se quitan ropa interior de la que venden en los grandes almacenes.

—Siéntate, John —me dijo la chica, y apoyó la palma en el sofá, justo a su lado.

Tras haberse humedecido las puntas de los dedos, Vron comenzó a pasar páginas. Hasta que, con un suspiro que casi era un gorgoteo de satisfacción, encontró el resbaladizo desplegable. Luego lo depositó sobre mi regazo, como una suave caricia. Mi padre se sentó también. Noté los brazos de ambos sobre mis hombros, y sus

contentos, expectantes y humanos rostros muy cerca del mío.

Aplané la página. Desde la de la derecha, la cara de Vron me miraba a los ojos. Sobre su desnuda garganta se podía leer: «Vron», con las mismas comillas de poco antes, preñadas de su exótica, de su imposible promesa.

—Sigue, John —le oí susurrar a Vron.

Volví la página, y allí estaba Vron, con los acostumbrados lazos y cintajos de seda, haciendo las cosas que esa clase de chicas hacen si les pagas para que lo hagan. Volví la página.

—Espacio, John —le oí susurrar a Vron.

Vron sobre una silla de acero, con un pesado pecho sobre cada uno de sus puños. Vron tendida con la espalda arqueada y las piernas levantadas, sobre una rizada alfombra blanca. Vron montada sobre el lomo de una hiena. Vron agachada sobre un espejo plano. Volví la página.

—Ahí —le oí susurrar a Vron. El desplegable final la mostraba de rodillas, con la grupa adornada con unos ligeros y vuelta hacia la cámara, mostrando la peluda grieta con los dedos armados de uñas magenta. Por fin la reconocí: era Verónica, aquella artista del strip-tease que un día me mostró su talento allí mismo, en el Shakespeare.

Vron rompió a llorar. Mi padre me miró varonilmente. Creo que también en sus ojos había un par de lágrimas.

—Estoy... Estoy tan *orgullosa* —dijo Vron.

Mi padre inspiró generosamente y se puso en pie. Descargó un manotazo sobre la mesa de las bebidas. Y, a modo de explicación, dijo:

—Champagne rosado. Bueno, no ocurre todos los días, ¿no te parece? ¡Venga, Vron! ¿Conoces a un gran tonto? Aquí lo tienes, mirándote, amor mío. —E hizo un gesto indulgente con la nariz—. Toma una copa John.

—Vron... Barry... —dije—. *Felicidades*.

\*\*\*

Me fui a casa en mi Fiasco, que, aparte de sus problemas en la refrigeración, los repetidos fallos de los frenos y la dirección asistida, y cierta tendencia a irse violentamente hacia la izquierda, parece estar funcionando relativamente bien en estos últimos tiempos. Como mínimo, y en conjunto, arranca más de la mitad de las veces.

No creo que Selina haga mucho gasto del Fiasco cuando estoy en los Estados Unidos, y Alec Llewellyn, por supuesto, ya no lo usa nunca desde que vive encerrado las veinticuatro horas del día... El viaje desde Pimlico hasta Portobello me costó unos noventa minutos, y eran más de las doce de la noche cuando aparqué en una zona

prohibida, delante mismo de mi casa. ¿Por qué tardé más de noventa minutos? Un atasco de tránsito a las doce de la noche, pero que parecía de hora punta. Algo relacionado con la jodida Boda Real. Durante casi toda una hora estuve soltando maldiciones en un túnel del cinturón de ronda. El Fiasco se recalentaba de mala manera. Y yo también. Los coches iban todos atestados de extranjeros y sonrientes borrachos. La garganta del túnel se hinchaba como un enfisema, asfixiada de colillas y humos y malos alientos. Luego, como una cuña, penetramos en el mapa azul de la noche. Camino de las estrellas... Londres padece jet-lag. Londres padece conmoción cultural. Londres lo hace todo al revés y en el peor momento.

Selina estaba sentada en la cama cuando pasé delante del dormitorio con mi copa.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Estoy leyendo mi libro.

—¿Cómo dices? —Tenía sobre los muslos un ejemplar de *Sugar*. También estaba acompañada de una guía de televisión.

—¿Qué tal has encontrado a Barry?

—Ah, bien. Muy bien.

—¿Has conocido a esa furcia que sale ahora con él? Dice que piensan casarse. El otro día me lanzó otra andanada.

—No me lo creo. ¿Qué pasó?

—Me metió la cabeza por debajo de la falda.

—¿Cómo?

—Pensaba que todo iba en broma..., hasta que intentó bajarme las bragas tirando de ellas con los dientes.

—Joder.

—Doctor.

—¿Hum?

—Doctor, me parece que tengo una contusión en la cara interna del muslo. ¿Puede echarle una ojeada, por favor? Un millonario del petróleo me ha ofrecido cincuenta petrodólares por mamársela en el ascensor.

—¿Y qué has hecho?

—Le he pedido setenta y cinco. Pero el hombre lo quería todo, y me parece que no ha sido muy cuidadoso con mis muslos. ¿Le importaría, doctor, echarme una ojeada?

Le dije que se olvidara de las necedades del doctor y me hablara con más sensatez: que me contara lo del millonario del petróleo y sus petrodólares y de lo que le había hecho hacer... En los momentos de la agonía le oí articular un sonido que jamás, hasta la fecha, había oído salir de su garganta, un rítmico gemido de abandono o entrega, un sonido de derrota. No era la primera vez que oía ese sonido, pero nunca hasta entonces emitido por Selina.

—Eh —dije, acusadoramente (me parece que estaba bromeando)—, ¿no estás fingiendo!

Ella me miró sobresaltada, indignada:

—Pues claro que sí —dijo apresuradamente.

Lo intrigante es que la única forma de conseguir que Selina *quiera* acostarse conmigo es a base de no querer yo acostarme con ella. Nunca falla. Cada vez la pone a tono. Lo malo es que cuando no quiero acostarme con ella (lo cual ocurre a veces), no quiero acostarme con ella. ¿Cuándo me ocurre eso? ¿En qué ocasiones no quiero acostarme con ella? Cuando ella quiere acostarse conmigo. Me gusta acostarme con ella cuando ella tiene ganas de cualquier cosa menos de acostarse conmigo. Y casi siempre se acuesta conmigo, sobre todo si comienzo a pegarle gritos o a lanzarle amenazas o a darle el suficiente dinero.

Y funciona bien. Es un excelente sistema. Selina y yo nos entendemos de maravilla. Lo bueno de Selina es que es comprensiva. Conoce bien el siglo xx. Ha estado colgada en mil ciudades... Cuando nos vamos juntos a la cama, a veces la conversación pasa a... Mientras hacemos el amor, es frecuente que hablemos de dinero. A mí me gusta. Me gusta hablar de esas guarradas.

De dormir, nada. Nada de nada. No pude dormir, mientras que Selina sí pudo. También es muy buena para eso, es una gran dormidora, y pone cara de cría.

Con mi batín tres cuartos, pasé a la habitación contigua. Me serví una copa. Miré a mi alrededor, tratando de encontrar alguna clave. Al llegar del aeropuerto —ayer, semana más, semana menos—, el piso estaba tan desmelenado, apresuradamente habitado, como si alguien hubiese interrumpido súbitamente los esfuerzos de la mujer de la limpieza. Había flores en la mesa, pero ni una braga en el cesto de la ropa sucia. Había leche fresca en la nevera, pero un té de hacía siglos en la tetera. Y a Selina le gusta mucho el té. En esto del té es muy especial, y suele llevar un paquete de té en el bolso... Estaba esperándome. Lo supe por la cualidad especial de su alarma, muy de actriz, sobreactuada. ¿*Dónde has estado?*, le pregunté.

—¡Aquí! —insistió ella varias veces, con un vago gesto de su cabeza. ¿*Cómo te enteraste de que iba a regresar?*

—No tenía ni idea —repitió ella varias veces. Y yo no se lo había contado a nadie, ni siquiera a Ella Llewellyn, a nadie. Da igual, pensé, y traté de meterla directamente en la cama. Sentía un intenso deseo de reconquista. Me dejó remolonear un rato a su alrededor, soltó esos jadeos que sabe que me gusta oír, y me prometió brindarme todo su magnífico talento, hasta que, de repente, dijo alto, se dejó caer de la cama, se arregló la ropa, se peinó, se cambió de zapatos, se empolvó la nariz, se sacó mi verga de la boca, y se empeñó en comer.

Vamos a Kreutzer's. Como y bebo como si no hubiese mañana. Apenas tenemos

nada que decirnos. Nadie se dedica a formular preguntas capciosas cuando le están haciendo subir a gatas unas escaleras. No soy yo el que va a poseerla como si fuese un mal espíritu, en absoluto. Estoy demasiado preocupado por los terremotos, la guerra nuclear, la invasión de los extraterrestres y el Día del Juicio, que pueden interponerse entre mí y mi premio. De John Self no van a sacar nada que no sea charla inconsecuente, adulaciones, angustiadas peticiones de otra copa. En pos de los elixires para el dolor de muelas, me meto en casa como un ciclón tras abandonar el Fiasco en medio de la calle. A estas alturas soy un crepitante brujo empapado en alcohol y comida repugnante, en filtros y hechizos eróticos. Selina entra en el dormitorio con la cabeza gacha. Cuando me desabrocho el cinturón, emito un tremendo y enervado gruñido.

... Agarré el montón de cartas que estaba en la mesita baja y me serví a mí mismo una de las de abajo: el sobre que contiene mi informe mensual de la cuenta bancaria, con su familiar color pardo y su sello de lacre, rojo como una gruesa gota de sangre. Aunque, claro, ya no es *mi* cuenta bancaria. Es una cuenta conjunta. Selina posee ahora la mitad, porque así logra recuperar su dignidad, porque así puede respetarse a sí misma, ¿lo recuerdan? Rompí el lacre con mi contundente pulgar. Y, lo juro, había *tres* páginas enteras de cifras. En medio de las generalmente lacónicas referencias de la columna de gastos —tarjeta Approach norteamericana, Liquor Locker, Dra. Martha Gilchrist, Compañía de Gas, Kreutzer's, el Mahatma, TransAmerican, Liquor Locker otra vez— aparecía esta vez toda una muchedumbre formada por los viejos amigos de Selina. ¿Quién coño son todos estos? Da la sensación de que, en cuanto esa chica tiene dinero, se larga a Troya o Cartago, por lo menos: Chez Zeus, Goliath's, Amaryllis, Aphrodite, Romeo amp; Juliet, Romulus amp; Remus, Eloise amp; Abelard... Siempre había sospechado que Selina se gastaba toda la pasta en masajes, reparaciones capilares y ropa interior. Pero eso era cuando no tenía casi ni cinco. La referencia más significativa estaba en la columna de los haberes: 2. 000 libras esterlinas, de la cuenta de depósito. Supongo que no puedo quejarme. Así es nuestro trato. Así es nuestro pacto de caballeros. Y ese es el problema de la dignidad y el respeto de uno mismo: lo jodidamente *caro* que resulta.

\*\*\*

Y ahora soy un desempleado más. ¿A qué nos dedicamos, con todo el día por delante? Nos sentamos en cualquier escalera, nos detenemos en cualquier rincón de las sucias aceras. Las aceras son alfombras deshilachadas que nos aguardan después de una ruta atroz de comida asquerosa y bebida emética: ayer noche, los dioses del clima ahogaron sus penas, y luego vomitaron desde diez mil metros de altitud. Nos pasamos las horas tumbados, perplejos, en los parques, rodeados de flores de casta

inferior. Fíu (solemos pensar), qué despacio va la vida. Yo llegué a la primera madurez en los años sesenta, aquella época rebosante de oportunidades en la que todo parecía estar esperándonos. Ahora los chicos van saliendo de la escuela para..., ¿para qué? Para hundirse en la nada, para estar jodidos. Los jóvenes (se les nota en la cara), los sin esperanza de felpudo pterodáctilo, los fracasados de cresta de loro, han encontrado la respuesta apropiada para esta situación, a saber: nada. Que quiere decir: nada, todo está jodido. La cola del paro empieza a la salida del patio de la escuela. Sus habitaciones de niños han sido los disturbios callejeros; Londres ha sido su gimnasio en plena selva. Otros se han llevado la vida consigo. El dinero está tan cerca que casi puedes tocarlo, pero se encuentra todo en el otro lado: lo único que puedes hacer es pegar la cara al cristal. En mi época podías, si así lo deseabas, abandonarlo, dejarlo todo. Ahora ya no hay quien abandone. Ya se ha encargado el dinero de evitarlo. No hay adónde ir. No hay quien se esconda del dinero. Ya no puedes decidir: voy a esconderme bien lejos del dinero. Por eso, a veces, cuando la noche es calurosa, rompen y roban cuanto pueden.

Entretanto, hay ciertos seres primitivos que circulan cargados de dinero en sus Torpedos y sus Boomerangs, o que se quedan sentados en sus pozos de dinero en el Mahatma o el Assisi, que pasean con su dinero por todas partes, las tiendas, los pubs, las calles. Los hay de todas las formas y colores, inocentes beneficiarios del chiste mundial que sigue contando el dinero. No hacen nada: son sus divisas las que hacen cosas. El año pasado los pubs estaban repletos de irlandeses increíblemente ricos: no llevaban ya dinero en sus bolsillos, sino eurodinero, que es mucho mejor aún. Y hay cierto reducto en Oriente Próximo donde también nadan en dinero, y toda una escuadrilla de evasores de impuestos ha comenzado a saquear el mundo occidental. Cada vez que le asestan un nuevo golpe a la libra esterlina en los mercados internacionales de divisas, cada una de las tías árabes se encuentra con un nuevo abrigo de pieles. También hay adinerados blancos, ingleses, aborígenes de estas islas. *Seguro* que son delincuentes. Cómo no van a serlo con esos fajos de billetes, esa mierda de conversación, esas caras crueles, bien tostadas. Y yo soy uno de ellos, uno de los blancos, o al menos de color gris cielo, con mi acicalado felpudo, mi brazo moreno apoyado en la ventanilla del Fiasco, serio ante el semáforo, atontado de tanto abuso alcohólico, pero con dinero. Tengo dinero, sí, pero no puedo controlarlo: a cada momento viene Fielding y me da más. El dinero, en mi opinión, es incontrolable. Incluso aquellos de nosotros que tenemos dinero somos incapaces de controlarlo. La vida está peor cada día, pero jamás se oye decir nada malo del dinero. El dinero, eso sí que tiene que ser bueno.

Desde que dejé mi empleo y me puse a esperar que empezara la película, he notado, también yo, el salto que media entre las cosas. ¿Cómo puede nadie, en estas circunstancias, esperar que sepa cómo apañármelas para enfrentarme a cada nuevo

día? Carezco de ideas al respecto. A ver si ustedes me sugieren alguna, por favor. El dinero no me sugiere nada. Permanezco tendido, despistado por completo, en una cama hasta..., ¿hasta cuándo? ¿Cómo es que esta experiencia no se acaba nunca? Levántate, sal, haz algo, ahora... Ahora, *ahora*. ¡Ahora! Vacilo, tanteo, manoseo..., y por fin me encuentro, semivestido, en la cocina, rodeado de pitillos y filtros de café. A veces las adicciones son utilísimas: como mínimo, para satisfacerlas no te queda más remedio que levantarte de la cama. Miro por la ventana —las calles, el cielo color azúcar mojado— y me quedo perplejo, aturdido, pasmado. Las ventanas en sí parecen tener algo más de sentido. Están forradas de porquería. El cristal parece el parabrisas del Fiasco después de un viaje de dos mil kilómetros, manchado por la sangre ennegrecida de los insectos espachurrados hace mil kilómetros, moteado de contaminación, con las huellas dactilares de repugnantes fantasmas. Hasta la porquería tiene sus estructuras y busca sus formas... Cuando dejé mi empleo tuve la misma sensación que al acabar un curso, como si fuese un domingo por la mañana, fantástico, ilegal. Pero el final de una cosa debería ser el comienzo de otra, y todavía no sé qué es lo que se supone que está empezando. En mi cabeza, por lo menos, la sensación es de puro vacío, todo está jodido. Selina se levanta temprano. Sus instintos de adicta a las compras (detectables en su expresión afilada, en lo afilado de sus dientes) la empujan a salir al mundo del dinero y el intercambio. Le interesa esa boutique que lleva una de sus más útiles amigas, Helle, una tienda que está allá por Chelsea. Selina quiere que yo invierta dinero en esa boutique. Y yo no quiero invertir dinero en la tienda, pero probablemente acabe haciéndolo. Si lo hago, jamás lograré sacar de ahí lo que haya metido.

De modo que juego a ser paciente, y juego a hacer solitarios. El libro de Martina permanece cerrado en la mesilla de noche: todavía no le he hincado el diente, ni he averiguado tampoco qué son los *pop-holes*. Miro el televisor, el vídeo. Llegué a tener una buena colección de películas grabadas en vídeo, pero ahora soy incapaz de hacer nada durante tanto tiempo seguido. He visto todos los vídeo pornos, y, ahora que Selina está aquí, no necesito para nada la pornografía. Grabo en las cintas fragmentos al azar de la programación nocturna. Documentales de la naturaleza, programas cómicos. Fútbol, billar, bolos, dardos. ¡Dardos! ¡Eso! La leche... Pronto pareceré uno de esos brutos de gran tripa y cara de animal que siempre andan con la cerveza y las flechas. Luego, caídos los hombros y la mirada fija en la sucia acera, me largo al bebedero y me siento con mi jarra y mi tabloide en un rincón junto a la chimenea.

Rusia va a darle una paliza a Polonia. Si yo fuera Rusia haría exactamente eso, aunque sólo fuese por mantener las apariencias. Quiero decir que no se puede permitir que el mundo dé un vuelco. Parece que el príncipe Carlos tuvo algún lío con una de las hermanas de Diana, hace mucho tiempo, antes de que decidiera señalar a Lady Di como la estrella de la familia. Otro juez comechochos le ha impuesto una

multa de diez libras a una gilipollas que asesinó al lechero de su barrio: tensión premenstrual, TPM. La Alianza Occidental está en baja forma, según me cuentan. Bueno, ¿se puede saber qué esperan ustedes? Ellos tienen de jefe a un actor, y nosotros a una tía. Más disturbios en Liverpool, Birmingham, Manchester; el centro de las ciudades ha sido abandonado a su suerte, dejan que se pudra, que se queme. Lo siento, chicos, pero la primera ministra (PM) tiene tensión premenstrual (TPM). Aquí viene lo de una mujer que regaló su hijo de cinco años a un desconocido al que se encontró en un pub, a cambio de un par de copas de whisky. Está separada de su marido, con el que estaba casada por lo civil, y que está en paro.

Hago el crucigrama corto. Juego a marcianitos y a tragaperras frutales. Me siento como un robot que juega contra un robot rival, por dinero. Los dos somos bandidos de un solo brazo. Retención, cambio, doble, gana, pierde. Hoy en día te lo hacen todo sin que tengas que mover un dedo: Buscapremios, Retenomátic, Autoempujón. Las máquinas me dan náuseas, tanto si gano como si pierdo. Pero si en este local tuviera un agujero en la pared, seguro que también metería dinero por él. Voy a otro sitio, como alguna que otra porquería y bebo un vino asqueroso. Entro en la tienda de apuestas hípicas y, sentado en un taburete alto, me dedico a perder dinero. Paseo junto a los kioscos y estudio las tías en pelotas de las revistas. Me voy a casa, me tumbo en la cama, y todo vuelve a empezar. ¿A qué puedo agarrarme, qué podría hacer para que las cosas tuvieran sentido? El tiempo me tiene sobre ascuas. Hubo épocas en las que me sentía pictórico de *energías*. Actualmente, la sola palabra energía me produce un apagón total, me deja agotado. No puedo preparar el guión técnico hasta que Doris Arthur termine su trabajo. En cuanto a los presupuestos, Micky Obbs, mi primer ayudante, está cobrando media paga para estar sin hacer nada, en espera de que llegue el primer día de trabajo, junto con Des Blackadder y Kevin Skuse. *Él* sí que puede permitírselo.

\*\*\*

Ayer, por ejemplo.

Once cuarenta y cinco. Entré en el Jack the Ripper, el peor local de los muchos locales que frecuento. No estaba lleno: la chica de la barra se empeñaba en desaparecer y en no encontrar mi mirada. Saludó, en cambio, a dos o tres recién llegados, a los que entregó sus copas y cobró, sin que en ningún momento hiciera caso alguno del billete de cinco libras que yo le mostraba, ni de mis estridentes solicitudes. Bueno, no soy de los que aguantan tranquilamente esta clase de trato.

—¿Qué opina usted? —dije en voz bien alta—. Quiero decir que, ¿qué probabilidades tengo de que me sirvan si me quedo por aquí un par de meses?

La gente se volvió, pero la camarera hizo caso omiso. Se fue a la caja que, a

ruegos suyos, estalló y tintineó. Giró noventa grados, con el cambio en la mano, y pasó delante de mí, y llegó a ver la expresión furiosa de mi rostro.

—No vamos a servirle —me anunció. Vaciló un momento. Luego me miró a los ojos. Su cara, ese pequeño universo, era perfectamente correcta. Todos los clientes del bar nos miraron con curiosidad.

La verdad es que, desde que pisé el umbral del pub, sentía una tremenda necesidad de tomarme una copa. Y de eso hacía por lo menos cinco minutos.

—¿CÓMO DICE? —dije—. ¿Por qué? ¿Quién lo ha dicho? ¿Por qué?

—Es por lo de ayer noche.

—¿Qué quiere decir eso de lo de ayer noche? Pero si ni siquiera estuve aquí.

—No se acuerda. Estaba demasiado borracho. ¡Jerome! —gritó—. ¡Jerome!

Jerome, el matón de azules vaqueros, pendiente en la oreja y pelo teñido de rubio, salió de su escaparate de calienta tartas y revienta alubias para acercarse a nosotros.

—¿Qué?

Ahora iba a empezar el turno de Jerome. La chica se había ido a atender sus ocupaciones en otro punto de la barra. Pero antes, volviendo la cabeza por encima del hombro, le dijo a Jerome:

—Cuéntaselo. Es el de ayer noche.

—¿Qué es toda esa mierda de lo de ayer noche? —dije—. Acabo de decirlo, ayer noche ni siquiera pasé por aquí.

—Espere un momento —dijo Jerome—. Oye, Flora, no fue ayer. Fue anteayer.

—La noche del domingo.

—¿A qué día estamos hoy?

—Lunes —dijo Flora—. Fue *ayer* noche.

—A ver si nos aclaramos —dije—. ¿Cuándo fue? Trabajáis todo el puto día en el pub, y tampoco os acordáis de nada.

—Él es el que rompió la máquina —le dijo Flora a Jerome, que, muy serio, cruzó los brazos—. Luego se metió con Mr. Beveridge. Y después me dirigió a mí toda clase de insinuaciones obscenas.

—Ah, bueno —dijo Jerome.

—Eh, Jerome. Tío. Vete a tomar por el culo —dije—. Tú, Flora, ven para acá. Ven.

Flora se cruzó también de brazos.

—A ése no pienso acercarme —dijo.

Dejé caer la cabeza sobre el pecho. Inspiré profundamente. Las lágrimas me asomaron a los ojos. Cómo necesitaba un buen trago. Sentí ganas de decirles que tengo graves problemas de los ojos, del felpudo, del corazón, y que soy amigo de Lorne Guyland y de Butch Beausoleil. Pero de repente vi un grupo de vasos llenos de cerveza en la barra, frente a mí. Abriendo las dos manos, los empujé. Tardaron lo

suyo en caer, y para cuando lo hicieron yo estaba a mitad de camino de la puerta.

—¡No vuelva más por aquí! —le oí gritar a Flora cuando abría de un empujón, en busca de aire.

Había otros dos pubs cerca de allí, el Butcher's Arms y el Jesus Christ. Lo fastidioso era que también allí me habían prohibido la entrada. De modo que probé en el Pizza Pit. Me instalé en una caravana crepuscular, con una botella de vino tinto y una pizza de las grandes, que seguía siseando, olvidada, en la mesa. Domingo por la noche..., mejor no menearlo. ¿O fue el sábado por la noche? Me bebí otra botella, y después crucé la calle en busca de una comida más interesante. Con la ayuda de tres hileras de cervezas, consumí tres Waistwatchers, dos Sickburgers, un American Way y una ración doble de Tuckleberry Pie. Pero, un momento... ¿Creen que puedo haberme olvidado algún plato?

Después de comer volví a cruzar la calle para encaminarme al kiosco, y me puse en la cola del muro de las lamentaciones pornográficas. Como en las bibliotecas corrientes, el material está organizado por especialidades: revistas con chicas de grandes tetas, revistas con chicas vestidas de seda y encaje y ligeros, revistas con chicas a quienes se lo están haciendo pasar muy mal. Amigos, qué cantidad de revistas con chicas a quienes se lo están haciendo pasar muy mal. Tal vez piensen ustedes que esa gentuza tiene bastante con media docena de revistas mensuales de ese tipo. Pues no. No les basta con media docena. La pornografía tiene su olor, su aroma especial. Me parece que es el del papel tratado que usan los magnates de la prensa. El olor de la pornografía es árido, acre, olor a jaqueca y a cera... Le eché otra ojeada a *Debonair*, volví a mirar a Vron, mi futura madrastra. Menudo par de argumentos tiene mi futura madrastra, desde luego. Podría ser la estrella de una de las revistas especializadas en tías de tetas grandes. Dejé *Debonair* en su sitio y cogí *Lovedolls*. Acepten mi palabra: no las hay más guarras que *Lovedolls*, al menos en Inglaterra, al menos dentro del circuito legal. De modo que allí estaba yo, murmurando bajito y pasando turbiamente las páginas, encorvados los hombros, gacha la cabeza..., cuando de repente, con una sonora palmada en las páginas centrales, alguien me arrebató la revista de las manos.

Alcé la vista, alarmado, pasmado, aterrorizado. Una tía rolliza, con una agradable cicatriz, dos insignias en la solapa de su chaquetón de pana, vibrante el rostro y la pose, severísima, exaltada... Los mirones de revistas detuvieron su procesión. Alguien, cerca de mí, se apartó un paso, lejos de mi vista.

—¿Qué está haciendo? —ladró la tía, en tono sequísimo. Unos labios de clase media, una voz y unos dientes duros, limpios.

Retrocedí, me aparté. Creo que incluso traté de protegerme levantando un brazo.

—¿Por qué no le da vergüenza? —dijo ella.

—Pero si me da mucha vergüenza —dije.

—Mire. Mire eso.

Los dos nos quedamos mirando la revista que había caído al suelo. Estaba entreabierta encima de un estante que contenía revistas de las corrientes, de las legales, muy ordenaditas. Una de las páginas centrales había quedado semidoblada, como tratando de ocultar la visión de la tía despatarrada. A pocos centímetros de su codiciosa sonrisa penduleaba un miembro viril fofo y granudo.

—¿No es repugnante?

—Lo es.

—¿Cómo puede *mirar* esas cosas?

—Ni idea.

Esto hizo que la tía vacilase un momento. Creo que hasta este momento ni siquiera había oído ni una sola de mis palabras. Seguro, por otro lado, que le estaba costando un buen esfuerzo hablar con un tipo como yo, con mis gordos hombros y mi tensa cabeza vuelta hacia el espectáculo de aquellas mujeres, aquellas hermanas de ella, que habían caído en la perdición. Sí, pese a su fuerte y redondo rostro, sus impecables dientes, su rectitud, debía de estar costándole un gran esfuerzo. Tal vez había hecho esto mismo varias veces, pero no muchas. En estos momentos toda la fuerza de su mirada comenzó a individualizar mi forma humana, y sus preguntas empezaron a ser preguntas. Alzó el enguantado índice.

—Entonces, ¿por qué? ¿Por qué? Sin usted, no existirían. Mírelo bien. — Volvimos a bajar la vista. La muñeca del amor estaba en una postura de contorsionista—. ¿Qué le dicen esas cosas?

—No sé. Dinero.

La tía dio media vuelta y, con un leve taconeo, se largó hacia la salida (todo el kiosco estaba extrañamente paralizado, mudo), le pegó un buen tirón a la puerta de cristal y, sacudiendo su brillante melena, salió al azaroso desorden de la calle.

Hubo carcajadas, conversaciones restablecidas. Un divertido alivio asomó brevemente en los rostros de un par de chicos que trabajaban en la caja. Devolví *Lovedolls* a su estante, y luego, en plan desafiante, estuve mirando *Plaything International* y *Jangler*. Crucé la calle, me encaramé a un taburete y perdí veinte libras en la carrera de las 3. 45. Me sentí horriblemente mal, enfermo, apaleado. Ya está bien: ¿por qué me ha de tocar siempre la china? ¿Por qué no le ha de tocar la china a alguien que tenga algo más que perder?

Regresé a casa bajo una fina lluvia. Y qué cielo. ¡La leche! Tonos neblinosos de cocina sucia en los que algún que otro ojo de luz no mostraba más que mugre y ribetes de grasa, y todo aquel aire colgando encima de mí y de mi espalda como un fregadero viejo repleto hasta el borde de platos por lavar. Un jodido, derrengado, reventado Londres, haciendo tiempo bajo cielos empapados. En el adornado portal de unos grandes almacenes, un viejo de abrigo abrochado hasta el cuello y zapatos

lustrosos le hablaba a la lluvia. A su alrededor, con rostros inexpresivos, había más viejos, así como un par de mujeres jóvenes de uniforme azul y rostro de blanqueada sinceridad, que subrayaban o puntuaban su discurso con un himno interpretado con flautas y tambores.

—Nunca es demasiado tarde —decía con timidez el viejo parlanchín, en actitud ciertamente modesta, la de uno de esos sombríos conserjes de Dios— para cambiar de actitud.

Finos los labios y los ojos, se dirigía a la paseante ironía de la muchedumbre, a los jóvenes, a los en absoluto curiosos extranjeros.

—No tenéis por qué —dijo— sentirnos avergonzados.

De todos modos, apenas si se le entendía, en parte debido al ruido del tambor y de la lluvia y del aire lechoso.

Pero te equivocas, colega. Los cielos están avergonzados. Los árboles de las plazas tienen la cabeza gacha, y las marquesinas de las tiendas ocultan cuidadosamente los sonrojados rostros húmedos de los escaparates. Hasta el periódico vespertino siente vergüenza tras las rejas de su celda. Y también la siente el reloj situado sobre la puerta junto a la que habla el viejo. Hasta el tambor siente vergüenza.

\*\*\*

—¿Se puede saber cómo cojones has terminado en este estado? —Vale ya, furcia, ¡se acabó!

—¿De qué hablas?

—¡Nunca estás aquí cuando te llamo desde América!

—¿Acaso no puedo irme a mi propio piso cuando me da la gana?

—¡Tampoco estás allí!

—¿Y no puedo desconectar el teléfono si quiero?

—Eres una actriz barata, eso es lo que eres. ¡Lo que pasa es que te largas por ahí!

—¿Y pretendes hacerme creer que no sabes por qué las cosas están como están?

—¡Estás estafándome, so furcia!

—¿A qué viene todo esto? ¿No ves que trato de decirte algo?

Selina se desabrochó el abrigo. Cruzó los brazos y permaneció en pie, erizada por la reciente tensión callejera.

—Menudo tú para decir eso —dijo Selina—. Vete a la cama, por Dios, y duerme la mona de una vez, o no podremos salir a cenar. Si es que vamos a salir.

No, me pondré bien, dije, o gemí, hazme un té o algo así... No sé cómo se las ha arreglado, pero Selina, menuda ella, me ha derrotado con mis propias armas. Ojalá supiera cómo se las ha apañado. Gimiendo, me tiendo en la cama con mi taza de té.

Selina se instaló junto a la mesa circular de acero: periódico de la tarde, taza de té, un merecido pitillo. Estuvo volviendo las páginas con nervio, se detuvo, frunció el ceño, carraspeó, entornó los párpados, y se inclinó hacia delante, fríamente concentrada en una página. Yo sabía muy bien qué estaba leyendo. Estaba leyendo una noticia acerca de ese juicio que hay en California en tomo a la demanda de alimentos que ha interpuesto una tía contra un tipo que fue su amigo durante un par de días. Selina no se pierde detalle de lo que pasa en ese juicio. Yo tampoco. Esta nueva variante del asunto supone muy malas noticias para los tíos. Tal como van las cosas, y si no lo he entendido mal, parece que en cuanto una tía le prepara el té, una vez a la semana, al mismo tío, durante un período determinado, la tía tiene derecho a la mitad de la pasta del tío. Cada tarde, desde hace unos días, Selina pasa directamente a la página que cuenta esta historia, y la casa se queda en silencio. Espero que no pretenda conseguir algo parecido de mí.

—Seamos realistas, aunque sólo sea por una vez, ¿de acuerdo? —dijo más tarde—. Eres tan bruto que no te has dado cuenta, pero soy tu última oportunidad. No, ésas no, se me clavan. ¿Quién, aparte de mí, será capaz de aguantarte?

—No, ésas tampoco. Las usamos la otra noche.

—Mírate a ti mismo un momento. No, están por lavar. Entiéndeme, tampoco creas que eres un gran partido. Tienes treinta y cinco años. A ver si por fin se te nota.

—Sí, ésas me valen. Y ponte los que van a juego. Eso.

—Si lo que haces es esperar a ver si encuentras a alguien mejor..., ya puedes armarte de paciencia. Además, dime, ¿quién crees que querría cargar contigo? ¿Martina Twain?

—Espera. Quítate ésas y ponte esas otras.

—Fue ella la que te dio el libro, ¿no?

—¿Qué libro? —pregunté, impresionado, una vez más por el brujeril radar de Selina.

—Ese libro de una biblioteca que tienes en la mesita de noche. Ese del que lees cada noche la primera página.

—Así, perfecto. Perfecto. Es algo así como un regalo.

—Un regalo... Y una mierda. La verdad, hay que ver lo poco que algunos sabéis de vosotros mismos.

Más tarde, bastante más tarde, Selina volvió a la carga:

—Enfréntate a la realidad —dijo—. Crece de una vez, por Dios. Estoy dispuesta a quedarme contigo. Quédate conmigo. Yo te cuidaré. Tú cuidarás de mí. Dame hijos. Cásate conmigo. Comprométete de una vez. Hazme sentir que mi vida está basada en algo. O, al menos, deja que pueda moverme a mi gusto.

—Vale. Sí, de acuerdo. Muévete a tu gusto.

De modo que, a la mañana siguiente, cuando los cuervos de la plaza aún estaban

haciendo ruidos de hambre, alquilé una furgoneta en la tienda de la esquina y nos deslizamos cuesta abajo, hacia Earl's Court, para recoger las cosas del apartamento de Selina. Mandy y Debby, sus compañeras de piso, revolotearon semidesnudas por todas partes, dedicándose a servirme café con la reverencia debida ante un hombre adinerado que, además, iba a pagar las deudas de su amiga. Estuve tumbado en el sofá de aquel ático de forma piramidal y con ventanas de ancho alféizar. Más allá de los tejados se podía observar el cielo, estudiar el tiempo, que preparaba una nueva fase del tipo atascado. En efecto, el sol, averiado y herrumbroso, dejó repentinamente de brillar, como una linterna con las pilas mojadas. Selina se puso un delantal, se recogió el pelo bajo una gorra de béisbol, y comenzó a trabajar con notable eficacia femenina. Mandy y Debby, por su parte, se turnaron en la tarea de entretenerme. Mandy y Debby: ésas dos también parecen tías de las que salen en las revistas de desnudos. Son como Selina. Las artistas de la cama no son, actualmente, criollas lánguidas que tontean el día entero en el boudoir, comiendo bombones de chocolate, relamiéndose los labios y ronroneando, con el rostro orlado de crema de leche y semen. Qué va. Son más bien mentes empresariales apoyadas sobre hombros de industrial, mujeres astutas y listas, que ya no parecen adolescentes sino mujeres curtidas, experimentadas. Selina se enamora y desenamora de este par, según corran los tiempos, al igual que le ocurre con Helle. Una vez me contó, con una entonación preñada de odio y desprecio, que Mandy y Debby habían trabajado de escoltas, negocio que funciona de acuerdo con las siguientes condiciones: el tontolaba le paga a la agencia quince libras por cada cita, de las cuales la tía se llevaba sólo dos. Exacto: dos pavos. Escandaloso, ¿no les parece? De modo que, como es natural, las tías tienen que buscarse por su cuenta algún tipo de negocio suplementario. Nada de todo eso, sin embargo, ocurrió aquí. Lo que ocurrió, ocurrió en todas esas habitaciones de hoteles intercontinentales tan iguales las unas a las otras, en las suites privadas de ciertos corrompidos clubs y boyantes locales ilegales, en brillantes pisos de árabes. Mandy y Debby tenían toda la pinta de haber estado en ese negocio, y parecían lo suficientemente duras como para soportarlo, sobre todo Debby, que se dedicó a regalarme tantas miradas, tantas casuales caricias de su mano en mis rodillas, tantas revelaciones de lo que ocultaba bajo el batín, que a punto estuve de pedirle su número de teléfono. Aunque comprendí a tiempo que pedirselo hubiera sido gratuito, especialmente dadas las circunstancias. Ya sabía su número de teléfono.

Hice un cheque de trescientos veinte pavos para cubrir diversos gastos —«pasta de despedida», lo llamó Mandy— y luego cargué con las pertenencias mundanas de Selina hasta la furgoneta. Sus propiedades eran lastimosamente escasas, la verdad. Hubiese cabido todo en el Fiasco si el Fiasco hubiera podido ponerse en marcha. Tres papeleras metálicas con ropa, una tetera, dos fotos enmarcadas, una jabonera, una silla, una plancha, un espejo y una lámpara.

—Ahí lo tienes, nena —le dije, tras haber subido las últimas cosas al final del trayecto.

—Gracias, cariño —dijo Selina. Se había plantado en mitad de mi piso de alquiler—. Ahora, esto es mi casa. Mi hogar. Muy bien.

Selina poseía tres libros de bolsillo que sumaron sus fuerzas a los que ocupaban anteriormente los anaqueles: un callejero de Londres, *Problemas legales de la vida corriente*, y *Guía del Amor y el matrimonio*. Sumando a todo esto el regalo de Martina, mi colección de libros parece haber entrado en una fase de expansión.

\*\*\*

—No se lo cuentes a nadie —dijo Alec Llewellyn—, pero aquí dentro se está de fábula. ¡No te rías! Nos verán, y se van a creer que no me lo tomo en serio.

—¿Tienes celda propia?

Se recostó en el respaldo de la silla.

—No. La celda es individual, pero hay otros dos tipos conmigo. Esto está atestado. Tenemos aquí de todo, ladrones, estafadores y cosas así. Contamos con nuestro propio calentador de agua para el té. Y la vida es tan relajada que casi me parece imposible. La primera mañana, al despertar, me sentí fantástico, oye, como un crío. Me desesperé y pensé: Bueno, ahora me tomaré mi taza de té y saldré a pasear... Fue entonces cuando lo comprendí.

—Caray.

—Sí. No sabes lo aliviado que me siento. Antes de entrar yo creía que, con mi acento y mis modales, en cuanto me vieran me darían una paliza o me joderían vivo. Pero no es nada de eso. Probablemente éste sea el último rincón de Inglaterra en donde todavía funciona el sistema de clases.

Encendí un pitillo y esperé.

—Creo que tiene que ver con la claridad de mi pronunciación. Todos los demás hablan como si hubiesen aprendido a hablar ayer mismo. Nadie entiende por qué estoy aquí. Les doy paranoias. A los presos, a los guardias, al subdirector. Hasta el director viene a charlar conmigo a la celda.

—¿Qué tal te dan de comer?

—Horrible. Mucha soja y poca carne. Te sientes llenísimo, pero al poco tiempo te quedas vacío. Sabes, siempre había creído que les echaban píldoras anti calentura en el café. Pero no les hace ninguna falta. No le echan nada al café. Butch Beausoleil podría vivir aquí y pasarse el día desnuda, y nadie le echaría ni una ojeada. Tal vez se les ocurriera cogerla y pegarla con celo a la pared de la celda. Porque te pasas el día entero como si acabases de hacerte diez pajas seguidas. Es por la comida y el aire, por el confinamiento.

Estábamos sentados en una cafetería neogótica. Si alzabas la cabeza, era como volver a estar en la escuela. Arriba, entre las ventanas, podías imaginarte que aquella luz, el jugueteo del artesonado, el ruido de conversaciones, correspondían a un mundo libre. Abajo, claro, los presos estaban sentados al otro lado de una fila de mesas de superficie amarilla, frente por frente de las visitas —mujeres diminutas, niños—, que estaban sentadas en sillas de cocina. Pero no había cubículos ni rejas metálicas. Los que quisieran, podían cogerse las manos. Darse besos. Los presos más viejos eran una pandilla de hurones hociudos. Como seres a medio hacer. Se instalaban cómodamente en su banco y hacían ademanes resignados, explicativos. Sus esposas, más tensas, adelantaban el cuerpo sobre la mesa, en actitud de súplica. Los niños se limitaban a mirar y agitarse, nerviosísimos. No cabía duda de que estaban portándose mejor que en su vida.

—Te he traído un cartón de tabaco —le dije—. Y una docena de botellas de vino.

—Gracias. Oye...

—Cuando me explicaron qué es lo que estaba permitido traer me quedé pasmado. Media botella de vino diaria..., no es suficiente, pero no está mal. Se lo he dejado todo a ese tipo.

—¿Has traído algún libro?

—¿Cómo?

—¡No te jode! Imbécil, a ver si me traes alguno mañana, eh. Prométemelo. ¿A qué crees que me dedico durante todo el día? Y aquí sólo tienen unas cuantas novelas del oeste, algunas de suspense, y todas con la mitad de las páginas rotas o manchadas de té y salivazos. Los últimos días he tenido que leer la Biblia, no te jode. Hasta me conformaría con eso, pero, desde que empecé, todo el mundo cree que estoy como una cabra. Tráeme libros.

—Ni siquiera sé cuáles te gustan.

—Por Dios, cualquier cosa. Te haré una lista. Novelas, historia, viajes, da igual. Poesía, lo que sea.

—¿Poesía? ¿Aquí?

—Me arriesgaré.

Alec llevaba un mono azul marino. Recordaba a un obrero francés, o al menos a esos obreros franceses que salen en las películas de vanguardia... Fue verle vestido de aquella manera lo que me hizo comprender lo bajo que había caído. Tampoco es que hubiera ido a parar muy lejos. No le pises, pensé. No le pises demasiado. O desaparecerá por el otro extremo. Todos los que están aquí han cometido alguna transgresión, todos han pecado contra el dinero. Y, ahora, el dinero se lo estaba haciendo pagar.

—Esto me recuerda... —dije—. ¿No tendrás por casualidad seis mil pavos encima, no?

Alec se rascó el cuero cabelludo. Movi6 nerviosamente la punta de la nariz.

—Ya, bueno, siento mucho que pasara eso.

—¿Qué ocurri6?

—Una parte se la di a Eileen, e intenté doblar el resto en la ruleta. Brillante, lo admito. Pero no fue suficiente. Hubieses tenido que verme en el banquillo de los acusados, tío. Estaba fundiéndome. Cuando aquel viejo necio de la peluca comenzó a leer la sentencia... Dios mío, pensé, por fuerza tiene que estar hablando de otra persona. Y ahora sólo soy un preventivo. Como el día nueve las cosas me salgan mal, me mandarán a un sitio mucho peor.

—¿Puedo ayudarte en algo? —dije apresuradamente.

—No. Necesitaría... Me piden una fianza tan enorme que no te la puedo pedir ni a ti. ¿Qué dijo Ella?

—Casi nada. ¿La odias?

—Bueno, ya sabes. En un momento en el que dos personas pelean y se detestan, seguro que a ella le ha encantado encontrarse con que la ley está a su favor. Tiene a su favor un juez y quinientos presos y todo este penal. En lugar de tirarme un cenicero me ha mandado a la cárcel.

—Joder, voy a...

—La culpa no ha sido suya. Todo es legal, algo relacionado con los niños. Lo más irónico —dijo Alec Llewellyn—, lo más irónico es que Andrew ni siquiera es hijo mío.

—¿Cómo lo sabes?

—Mírale bien. Fíjate en el pelo. Y luego mira a Mandolina. Ella es completamente diferente.

—¿Estás seguro?

—El mes en que quedó preñada nos llevábamos tan mal que no me acosté con ella ni una sola vez. Ella dijo que me la tiraba cuando estaba borracho. Pero si estaba demasiado borracho como para acordarme, seguro que también estaría demasiado borracho para hacer nada. En fin. El día después de mi llegada aquí vino Ella y lloró hasta reventar. No sé si sabes que trató de impedir que ocurriera esto.

—¿Ah sí?

—¿Cómo está Selina?

—Bien. Y me es completamente fiel.

—Qué bobo eres. Qué tonto.

Mencioné el nombre del colegio de pago al que fue de pequeño. Luego el de la carísima institución donde hizo el bachillerato. Finalmente el de su college, en Cambridge.

—Y ahora, la cárcel de Brixton —dije—. ¿Qué vendrá a continuación?

—Pentonville, u otra cárcel de alta seguridad. —Cogió otro pitillo del paquete

que yo había dejado en la mesa—. En fin, es la universidad de la vida. Se aprenden cosas nuevas cada día. Por ejemplo, sé que hay alguien que ha pagado una pasta para que te den una lección.

—Ah, eso —dije, fríamente. Ya había oído rumores.

—Uno de los delincuentes de poca monta que rondan por aquí me lo contó el otro día. Es un contrato baratísimo. Cincuenta libras o algo así.

—¿Quién paga?

—Eso no me lo dijo. No lo sabía, o no lo recordaba. Pero sí se acuerda de los daños.

—Por valor de cincuenta pavos —dije, sintiéndome un tanto ofendido, humillado—. ¿En qué consiste? ¿Un caponazo al cogote? ¿Un dedo machacado?

—Un golpe en plena cara, con algún objeto contundente. Bueno. Voy a hacerte la lista. Y hazme el jodido favor de traerme esos libros.

Me pasó el pedacito de papel. Le pasé un billete de diez libras. No era prudente que tuviera más dinero. Tampoco iba a tener muchas posibilidades de comprar cosas. Pero el dinero da poder, incluso en un sitio así... Se lo llevaron enseguida: un guardia uniformado le hizo una seña desde la puerta entreabierta. Alec Llewellyn me miró, serio, cuando se alejaba con su mono azul; Alec, el super elegante. Me fui por donde había entrado. Los delincuentes estaban abrazando y dando ánimos a sus esposas, muchas de las cuales soltaban su ración de lágrimas. Unas palabras dichas a tiempo habían servido para que los niños se estuviesen callados un momento. Pasé junto al mostrador de los paquetes, junto al cuarto de las taquillas; dejé atrás enormes cubos de basura, restos de viejos radiadores. La siguiente oleada de familiares iban entrando en grupo; otra oleada de carteristas, atracadores y demás chapuceros iba siendo conducida a la sala de visitas. Guardias en mangas de camisa andaban de acá para allá con unos impresos: todos muy animados, con exceso de trabajo. Uno de los tipos de la puerta me ayudó a empujar el Fiasco. A muchas revoluciones por segundo, bajé la pendiente verde hacia el centro de Brixton y luego crucé todo el barrio. Pero sólo cuando alcancé el lavado cielo del Támesis me atreví a estacionar el coche y enfrentarme a mi miedo.

Me apeé. Subí la cuesta del puente de Battersea, hasta el centro. A mi espalda, las cuatro chimeneas de la central eléctrica señalaban hacia arriba, a manera de umbral de un edificio inacabado de dimensiones inconcebiblemente enormes, tremendas. A mis pies, el Támesis serpenteaba y latía como un cerebro humano: lanzando señales, deslizando un velo tras otro, como si alguien hubiese echado a su corriente algún líquido pesado, dando evidentes signos de que los ríos son seres vivos. También ellos mueren. Estuve agarrado a la barandilla hasta que me abandonaron las náuseas y vomité a través de los barrotes de hierro hacia el aire libre.

Ya lo ven, procedo de las clases que viven en la delincuencia. Sí, es cierto. Lo

llevo dentro de mí, todo eso, en la sangre. ¡Cómo te dominan esas cosas! Una persona como yo es incapaz de distanciarse de las cárceles. Lo único que puedo hacer es darles dinero a los que están dentro. Lo llevo en la sangre, en la sangre. Cuando vaya a California para la última revisión, quizá me decida a cambiarme todas las piezas, incluida la sangre.

\*\*\*

California, el país de mis sueños, y de mis anhelos.

Ya me han visto ustedes en Nueva York, y ya saben cómo soy aquí, pero en Los Ángeles, amigos, se lo aseguro, allí voy a por todas, allí soy enérgico, impetuoso, agresivo, un tipo diferente. El pasado diciembre, y durante toda una semana, mi corto de treinta minutos *Dean Street* fue proyectado diariamente en el Pantheon of Celestial Arts. Y estuve haciendo tratos y negocios en restaurantes chillonamente limpios, junto a vaporosas piscinas redondas, en jacuzzis selváticos. Todo me salió bien, y todo pareció posible. Fue en el terreno del placer, como de costumbre, donde me tropecé con un problema.

En Los Ángeles no hay quien haga nada a no ser que tenga coche. Yo, por mi parte, soy incapaz de hacer nada a no ser que beba. Y la combinación de bebida-conducción es francamente imposible en esa ciudad. En cuanto te aflojas el cinturón de seguridad o se te cae el cenicero o te hurgas la nariz, bueno: te espera la autopsia en Alcatraz, y el interrogatorio lo dejan para después. Allí tienes la sensación de que a la menor indisciplina, a la menor variación, oirás el grito de advertencia por los altavoces, verás una serie de imágenes amenazadoras, y un cerdo transportado en helicóptero dejará caer una cuenta sobre tu felpudo.

De modo que, ¿qué puede hacer un pobre chico como yo? Sales del hotel, el Vraimont. El perfil urbano de la zona baja de la ciudad está marcado por el verde salivazo de Dios. Tanto si te vas a la derecha como si caminas hacia la izquierda, no eres más que una rata en un río veloz. Tal restaurante no sirve bebidas, tal otro no sirve carne, y el de más allá no sirve a los heterosexuales. Puedes conseguir que te laven el chimpancé con champú, puedes lograr que te tatúen el pijo, con servicio de veinticuatro horas al día, pero ¿lograrás que te sirvan el almuerzo? Y aunque veas en la acera de enfrente un cartel que con destellos de neón anuncia CARNE-ALCOHOL— SIN LIMITACIONES, da lo mismo. Mejor olvidarlo. Para cruzar la calle hay que haber nacido allí. Todos los semáforos para peatones están en rojo, permanentemente, todos ellos: *DON'T WALK*, dicen. Ese es el mensaje, el contenido, de Los Ángeles, *don't walk*, no ande. Quédese en casa. No ande. Conduzca. No ande. ¡Corra! Intenté usar taxis. Inútil. Los taxistas son todos extraterrestres, tipos venidos de Saturno que ni siquiera saben si en este planeta se conduce por la derecha o por la izquierda. Cada

vez que vas en taxi, lo primero que tienes que hacer es enseñarles a conducir.

Me emborraché, llamé a Hire-A-Heap y alquilé un cicatrizado Boomerang a tarifa reducida, mínimo cuatro días. Con una botella de whisky entre mis piernas, recorrí lanzado como un cohete calles y carreteras. Bel-Air, Malibu, Venice. Hasta que, la última noche, cometí una gravísima equivocación, y tuve ese tropiezo del que ya les he hablado. No quiero parecer excesivamente severo, pero opino que fue una equivocación tremenda. Iba lanzado por Sunset Boulevard: siguiendo lo que no era más que un impulso, torcí por una calle a la izquierda, cerca de Scheldt's, donde el día anterior había visto a unas negritas que paseaban con unos brevísimos pantalones cortos de color pastel... En fin, la cosa es que, fuera como fuese, me encuentro tendido en el asiento delantero del Boomerang, con los pantalones a la altura de las rodillas, soportando como puedo una mamada de veinte dólares a la que se entrega de todo corazón una zulú propulsada por speed y que dice llamarse Agnes. Lo que quiero decir es que todo me parece la mar de sensato, ¿no opinan ustedes lo mismo? Es un país magnífico. Una ganga. Tal como está la libra en estos tiempos, al cambio me hubiera salido por apenas nueve libras... Pero Agnes y yo tenemos un problema.

—Ya sé que cuesta —recuerdo haberle explicado a Agnes—. No es nada fácil que se me empalme. Nada fácil.

Agnes comienza a perder la paciencia, a perder dinero. Yo tengo las piernas prácticamente asomando por la ventanilla del Boomerang. Y, de repente, suena un fuerte golpe en el techo del coche.

La bofia, pensé. ¡La brigada de delitos sexuales! Estiré el cuello. Un ama de casa elegantísima, con traje de noche, miraba hacia el interior del coche, con el rostro enmarcado por mis zapatos.

—Dese prisa, amigo —dijo la mujer—. Quiero entrar en mi casa.

Al instante, Agnes escupió la polla como si fuese una ostra en mal estado, y comenzó a pegarle gritos a su detestada enemiga. Qué lengua la de Agnes: inimaginable. Hasta a mí me escandalizaron sus palabrotas. Juró vengarse de esa mujer, de sus perros, de sus hijos, y lo hizo detalladísimo, con variadas y concretas referencias a diversos rudimentos y efluvios femeninos que yo desconocía.

—Vale, llamaré a la poli —dijo finalmente la señora, y se fue hacia la casa...

Yo estaba agitándome, tratando de enderezarme, agarrándome al asiento con las uñas, pero Agnes y la botella de whisky entorpecían mis movimientos de modo que, pese a todo, no logré incorporarme. Luego se abrió la puerta que tenía junto a mi cabeza, se encendió la luz interior del coche, y un chulo negro de dos metros diez me amenazó con un bate de béisbol, una magnífica pieza de caoba, que sostenía en su cerrado puño.

Bueno, jamás en la vida puede nadie sentirse más desnudo que en una situación así. No, jamás de los jamases. Cierta cualidad del propio bate, el grano lubricado de

su superficie, me hizo ver con claridad inmejorable el motivo por el cual hasta entonces me había mantenido alejado de la zona de Scheldt's y de las encantadoras negras y sus baratísimas mamadas. *Todo esto es muy grave y violento y criminal. Mejor que no te metas en según qué barrios, porque puedes salir muy mal parado.* Mientras Agnes se escabullía por la otra puerta, el enorme chulo alzó su martillo. Yo cerré los ojos. No me iban a conceder cuartel. Oí un gruñido, un silbido del aire, un crujido que me heló la sangre en las venas, y luego, con movimientos sorprendentemente medidos y eficaces, logré sentarme y, diciendo «*Dinero*», saqué la cartera, abrí en abanico cinco billetes de veinte dólares que agité delante de su sudorosa cara negra, cerré corriendo la puerta, hice la señal de *todo-va-bien* con una mano, y salí tranquilamente de Rosalind Court. A continuación, la estela de sirenas a mi espalda. Tras dejar en el asfalto unas largas marcas humeantes con los neumáticos, salí como un cohete hacia Sunset Boulevard, me salté tres semáforos, e hice un espectacular aterrizaje forzoso en un solar junto a Vraimont. Abrí la puerta y corrí hacia el ascensor. Una vez en pie, traté de subirme los pantalones, que estaban entorpeciendo mis tobillos, y al segundo intento lo conseguí. Qué suerte, qué suerte, qué increíble suerte, repetí cien veces mientras me lavaba la sangre que me brotaba de la nariz en la habitación 666. Cuando al día siguiente les devolví el maltrecho Boomerang, los de Hire-A-Heap ni siquiera se fijaron en que los faros estaban hechos añicos y que una nueva verruga adornaba la puerta del volante. Me apoyé en el capó, firmé la factura, me miré los dedos, me brillaban más que la deslustrada carrocería. A mi espalda, iluminado como un barco en fiesta, Sunset Boulevard navegaba pendiente abajo.

Una hora más tarde estaba ajustándome el cinturón de seguridad en el avión. Primera clase: pagaban los del Pantheon of Celestial Arts. Mientras brindaba conmigo mismo con martinis preparados en tierra, también yo fui una coctelera de hilaridad y pánico. Acababa de leer en el *Daily Minute* que estaban produciéndose apaleos y homicidios continuados en Rosalind Court: la noche anterior, un japonés experto en ordenadores y un dentista alemán habían sido encontrados en un aparcamiento con la cara destrozada a pisotones. Me sentía conmocionado, aturdido.

—Qué suerte tienes, qué suerte —murmuré para mí, contemplando desde lo alto las rocosas Rocosas o Humosas por entre una nube de humo y nieve... En el trono de al lado iba sentado un elegante joven: traje de seda, bronceado artificial, espesa melena. Creí que sería un actor. Alzó la vista y tomó un sorbo de champagne. Alzó la copa.

—Brindemos por la buena suerte —dijo—. Y por el dinero.

Bueno, yo no necesitaba que me empujaran mucho para aceptar un brindis así, y enseguida empecé a balbucear mis sueños y temores. Resultó que el tipo elegante había estado en el Festival, buscando talentos nuevos. Había visto *Dean Street* y le

había gustado. ¿Qué proyectos? Le conté lo de *Dinero sucio*, otro corto, poca cosa. Estuvimos hablando, trazando planes, intercambiando números de teléfono, como suele hacerse en los aviones: son cosas del alcohol, del aire enlatado y de las historias contadas con gruesos trazos. La pornografía de los viajes.

—Te llamaré —dijo el tipo cuando nuestros túneles se separaron en el aeropuerto Kennedy. Seguro que sí, pensé con ironía, mientras hacía cola para sacar el billete para Londres. Tres días más tarde me llevé un susto cuando el tipo me telefoneó. Lo que dijo fue:

—Tenemos a Lorne Guyland. Tenemos a Butch Beausoleil. Tenemos ocho millones de dólares, y otros tantos haciendo cola. Súbete a un avión, Slick, y hagamos *Dinero sucio*.

Puedo verme a mí mismo en esa situación. Me encuentro en el departamento de diseño de Silicon Valley. Brilla el sol pero no hay vórtices de polvo. Me muevo con aplomo entre los técnicos, los cerebros y los consejeros de creatividad, los ingenieros, los ajustadores. Alguien me muestra el proyecto abocetado de las orejas y los orificios nasales diseñados para mí. Me apoyo sobre un tablero de dibujo para dar mi aprobación a una mata de pelo para la entrepierna. Los cardiólogos comprueban por segunda vez los detalles de mi funcionamiento. Celebro una reunión preparatoria con los especialistas en felpudos. Pasamos al banco genético, al departamento de programación del ADN, al depósito de plasma. De vez en cuando digo cosas como «Me gusta, Phil», o «¿Qué garantía me das, Steve?», o «De acuerdo, Dan, pero ¿no será una tensión excesiva?». Finalmente saco la cartera, y se hace el silencio.

—Bien, chicos, quiero que una cosa quede absolutamente clara. Pago la tarifa más alta, y quiero que los resultados sean inmejorables. Me da igual lo que cueste. La quiero azul, la quiero real, la mejor sangre que se pueda pagar con dinero. Adelante, muchachos, maldita sea, y a ver si esta vez sale bien.

\*\*\*

La textura de mi vida ha cambiado mucho desde que Selina vive aquí. Con un gemido de esfuerzo, el escasamente querido piso va reaccionando lentamente a la presencia femenina. De forma perezosa, con obvia falta de entrenamiento, se va enderezando y hace lo que puede por parecer educado, atento, bien dispuesto. Sólo de vez en cuando asoma la mueca burlona de la insinceridad bajo la máscara. Cada vez tiene mejor aspecto. Las toallas aparecen en ordenados montones. Su olor, incluso para mis atascadas narices, ha mejorado de forma indudable. Tengo que agradecer esta innovación a los perfumes y esencias de baños libres de impuestos que suele usar Selina, y también al aroma de lavandería que aporta su ropa, y a la carísima

aceitosidad de su piel y sus suaves secreciones. Ahora mismo vuelve a estar en la bañera, mi anfibia Selina. Pronto la oiré acicalándose en el dormitorio, engalanando de sedas y encajes sus fulgurantes curvas. Vamos a cenar fuera, a un restaurante caro, muy caro, uno de esos sitios para los que, según Selina, sí vale la pena vestirse bien... El piso está mejor, más organizado. Y no es que ella tenga mucha vocación de ama de casa o de reina del aspirador. La mujer de la limpieza viene ahora todos los días en lugar de hacerlo todas las semanas. Pero Selina es eficiente, práctica. Vale lo que cuesta.

Y con una nena por aquí, no puedo vivir como antes. Imposible. Lo sé: ya lo había comprobado. No puedes, por ejemplo, hacerte la clásica paja de la resaca antes de levantarte de la cama. Ni sonarte con el filtro del café: es que ni siquiera tienes la oportunidad de hacerlo. En cuanto a mear en el lavabo, es algo que las tías no te consienten. No hay mujer merecedora de ese nombre que te lo permita. Las mujeres gustan de las cosas bien hechas. Sin mujeres, la vida es un pub, un bar de reptiles a las tres menos cuarto de la madrugada... ¿Habéis notado, tíos, que unos calzoncillos negros o azules o rojos permanecen limpios durante días y días, mientras que los blancos...? Bueno, ¿qué coño pasa con los blancos? ¿Qué truco tienen esos calzoncillos que siempre parecen comprados en una tienda de artículos de broma? Sea como fuera, con Selina aquí me siento como si llevara siempre calzoncillos blancos. Supongo que van mejor, aunque tengas que cambiarte de calzoncillos continuamente.

Entré en el dormitorio con la copita suave que le gusta tomar a Selina.

—Mmm —dijo ella.

Estaba plantada delante del espejo, con toda la parafernalia burdelesca. Qué talento. Qué arte. Se volvió. Sus características sexuales carecen de redondez, de plenitud. Sólo que son increíblemente prominentes. Trasero, caderas, vientre, pechos: todo increíblemente prominente. Estaba tan porno con aquellos pertrechos que sentía deseos de quitárselos, o, mejor aún, de apartarlos ligeramente.

—Ven para acá —le dije.

—No.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué.

—... Hoy he visto a Terry Linex. Me ha dado recuerdos. Tenía buenas noticias sobre mi finiquito. Dice que llegará a mitad de camino de las seis cifras.

—¿Cuánto es eso? ¿Cincuenta de los grandes?

—O más.

—Entonces, con mayor razón. Terry Linex intentó propasarse conmigo.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—Yo creí que estaba buscando algo. Hasta que se me enredaron las pestañas

postizas en la cremallera de su bragueta. Entonces él...

—¡Joder! ¡Basta! Ven para acá.

Selina tarareó bajito.

—¿Por qué no quieres?

—Ya sabes por qué —dijo, poniéndose su vestido negro.

En realidad, yo no estaba muy seguro de los motivos. Últimamente nos habíamos peleado por el dinero. Pero también podía ser que fuese por mi cara. Mi cara, que jamás ha sido mi mejor atributo físico, sigue bastante hinchada del lado izquierdo. Esa muela ha vuelto a las andadas. Le llevé mi pobre boca a Martha McGilchrist, que, exasperadamente, me la limpió. Si conocen a una tía que diga que es feminista, envíenla por favor a visitar a Martha McGilchrist. Menuda carnicera. Hace que me sienta como una starlet. Menudo *macho* que es la buena de Martha McGilchrist. Cuando me dejó por fin en paz me dijo que tan pronto como esa muela vuelva a las andadas, que volverá, no podrá salvarla, ni con dinero ni con cariño. En fin, que esa muela tendrá que esperar a que haga el famoso viaje a California. Esa muela, y también todo lo demás.

Me pasé un ratito pegándole gritos a Selina, y luego regresé al sofá y a mi copa. La televisión estaba puesta. La televisión está siempre puesta. Esta tarde, cuando cruzaba la plaza, vi a un par de perros enganchados, culo contra culo. Sus propietarios esperaban, cerca de allí. Los perros también estaban esperando: parecían azorados, abobados, pero lo soportaban con estoicismo. No era la primera vez que se encontraban en esta situación. O, al menos, sus genes ya lo habían vivido muchas veces. Tratar de separarlos puede resultar peligroso... En la tele estuve viendo un documental de vida salvaje que trataba de serpientes de dos cabezas. Las serpientes de dos cabezas son infrecuentes, y duran poco. Se pasan su breve vida peleando por la comida, y por cuál camino tomar. Se pasan todo el día tratando de aniquilarse mutuamente. Pero pronto hay una que domina a la otra. La más pequeña tiene que seguir los dictados de la otra, y ya no tiene voz ni voto. Este sistema les permitió ir tirando durante una temporada. Pero las dos murieron muy pronto.

Si hay una cosa de la que estoy seguro es de que tengo que casarme con Selina. De esto estoy seguro, me parece. Sí, esta vez no hay duda: me he hecho mayor. En realidad no hay alternativa: el no sentar la cabeza, el no crecer me está matando. Tengo que cambiar ahora que aún soy joven, antes de que sea demasiado tarde.

Tengo que casarme con Selina, sentar la cabeza y tener una familia. Vivir una vida segura. Joder, eso de segura me da pánico. Sentar la cabeza: me parece aventurado, precipitado. ¡Hijos! Para eso sí que hace falta cojones. Ser marido y padre: pocos destinos hay peores. La cosa es que, sin embargo, tarde o temprano todo el mundo acaba conformándose con eso. Seguro que *ustedes* también se conformarán un día de éstos. Y creo que yo también quiero hacerlo, en cierto sentido.

Naturalmente, falta algo. Ah, ya se habían fijado ustedes. No están ciegos. Pero me falta a mí, le falta a Selina, es algo que falta y que siempre permanecerá ausente. Selina y yo nos vamos a la medida el uno al otro. Nos vamos de perlas. Tengo que casarme con Selina. De lo contrario, me moriré, y ya está. Como no me case yo con ella, nadie lo hará, y eso significará que habré malogrado otra vida. Si no me caso con ella, me parece que me demandará por todo mi dinero, hasta el último penique.

\*\*\*

Hoy he roto con mis costumbres, con la tradición, y he comido en el restaurante New Born. El New Born es una calurosa y diminuta caverna forrada de plástico y con mesas de formica, entre bistro barato y comedero de judíos, administrado por una pandilla de italianos elegantes con quienes colaboran temporeros de baja estofa: asistentes del barrio, vagabundas reformadas, barrenderos. Te encuentras allí con gente de todo tipo, desde basureros hasta ejecutivos de medio pelo. El menú es más bien casero, pero tienen licencia para servir bebidas alcohólicas. De otro modo, no hubiese podido romper con la tradición. Hoy he pedido carne en salsa, más un par de verduras de acompañamiento y una jarra de vino tinto; lo que es para mí, veterano del Pizza Pit y el Burger Shack, del Doner Den y del Furter Hut, esta comida es el equivalente de un puñado de arroz moreno y un vaso de vitamina C efervescente. (De hecho, por el barrio hay unos cuantos restaurantes para gente de vida sana, con macrobióticos servidos por hippies envejecidos o serios daneses. Pero no pienso comer esa mierda, jamás. No pienso comer nada de eso). En fin, que estaba sentado allí, esperando que me trajeran lo que había pedido, cuando entró en el local Martin Amis, ya saben, el escritor con el que charlé la otra noche en el pub. El restaurante estaba muy lleno, y el joven dudó un poco hasta que se fijó en la silla desocupada de mi mesa. Creo que no me vio.

Martin se sentó frente a mí y, de inmediato, abrió y aplanó un libro. Este chico va a acabar malográndose la vista... Yo, por mi parte, tenía la cabeza ocupadísima, aparte de una desesperante resaca, y no estaba de humor para líos. Ayer noche ya había tenido otro lío. Cócteles: diecisiete libras. Cena: sesenta y ocho libras. Selina: dos mil quinientas libras. Sí, me han oído bien, dos y medio de los grandes. La paja aquella de Happy Isles resultó ser una ganga. En serio, lo de She-She fue un regalo. Estoy perdiendo el control, estoy arruinándome. Hace un año, un intento de captación de fondos a la luz de las velas por parte de Selina no le hubiera servido para ganarse más que un buen cogotazo (no crean que lo hacía en público, qué va, esperaba a estar en el Fiasco, o de vuelta en casa). Voy camino de la quiebra, estoy perdiendo facultades. Le di el cheque en el dormitorio. Ella lo dobló y se lo guardó en la hendidura central de su sujetador negro. Luego, amigos, me cobré lo mío. Al cabo de

una hora sonó el teléfono. Era la una de la madrugada.

—No contestes —susurró Selina.

Pero a mí me vino bien la interrupción, exactamente en la misma medida en que Selina la deploraba. Nos separamos (fue como tratar de deshacer un nudo de esos tan liados) y me arrastré para descolgar. Era Fielding Goodney, con buenas noticias de diversos colores: finalmente Doris Arthur le había hecho llegar un «guión de ensueño», Caduta Massi y Butch Beausoleil habían firmado los contratos, Spunk quería trabajar con nosotros, y Lorne quería abandonar: Lorne estaba volviéndose loco, o seguía estándolo. El dinero seguía cayendo del cielo con tanta rapidez que Goodney casi no tenía tiempo para atraparlo todo. Refrescado, animadísimo, entré de nuevo en el dormitorio, la botella de brandy balanceándose en mi mano, e hice que Selina maldijera a su madre por haberla parido. Dos mil quinientas libras esterlinas: eso es muchísimo dinero. Pero Fielding hablaba de millones. Si todo salía bien, pronto estaría en condiciones de acostarme con Selina cada noche y por el resto de mis días.

Me trajeron el vino. Tenía que tragarme aquella comida, de modo que me incliné hacia adelante y dije:

—Cosas del destino.

Martin Amis alzó la vista con expresión de pánico, pero luego se tranquilizó y hasta sonrió. Me reconoció. Casi todo el mundo suele reconocerme. No tengo ese problema, el de no ser reconocido. Es una de las contrapartidas que tiene andar por la vida con una jeta como la mía.

—Ah, hola —dijo—. No podemos seguir viéndonos de esta manera.

—¿Qué haces tú en un lugar como éste? ¿Por qué no estás comiendo con tu..., con tu editor o algo así?

—Menos bromas. Suelo comer con mi editor cada dos años. ¿A qué te dedicas tú?

—Al cine —dije.

—Entonces, ¿cómo es que no estás comiendo con Lorne Guyland? ¿Entiendes lo que quiero decirte? No pasa todos los días.

—¿Por qué has mencionado a Lorne Guyland? —Era posible que, aparte de reconocerme a mí, estuviera brindándome su *reconocimiento*. Nunca se sabe. Al fin y al cabo, en ciertos círculos se me conoce bien.

—Por nada —dijo.

—John Self. —Le tendí la mano, y él me la estrechó.

—Martin Amis.

—Ya.

—Oye —dijo—. ¿No eres tú el tío que hizo los anuncios aquellos, los que al final fueron prohibidos?

—Exacto.

—Ah —dijo, haciendo un gesto de asentimiento—. A mí me parecían muy divertidos. A mí, y a todo el mundo.

—Gracias, Martin.

La camarera apareció con mi plato humeante y rebosante. Tomó nota de lo que quería Martin. El chico aquel volvió a sorprenderme porque decidió tomarse un desayuno estándar: huevos, bacon y patatas fritas. La verdad, empiezo a convencerme de que a los escritores no les pagan gran cosa.

—¿Tostada? —preguntó la chica. Formaba parte del contingente italiano, pero su tez había sido notablemente adaptada a las tonalidades locales por su repetida exposición a los aires vaporosos de la cocina.

—No, gracias.

—¿Para beber?

—Té —dijo Martin.

Señalé mi jarra de espumeante tinto.

—¿Quieres un sorbo de esto? —le pregunté.

—No, gracias. Estoy intentando no beber alcohol en los almuerzos.

—También estoy intentándolo yo. Pero no lo consigo.

—Si bebo al mediodía, me siento horriblemente mal toda la tarde.

—Yo también. Pero me siento horriblemente mal al mediodía si no bebo alcohol.

—Ya. Al final, todo se reduce a elegir, ¿no te parece? —dijo—. Por la noche ocurre exactamente lo mismo. ¿Quieres encontrarte bien por la noche, o prefieres encontrarte bien por la mañana? Y lo mismo ocurre con la vida. ¿Quieres sentirte bien cuando eres joven, o prefieres sentirte bien cuando seas viejo? O una cosa o la otra. Las dos a la vez, imposible.

—Trágico, ¿verdad?

Me miró con cierta cautela. Seguí sus ojos, y vi lo que él estaba viendo. Mis nevadas mejillas y mis enrojecidos párpados, la rendija tragaperras de mi boca, con sus dientes teñidos de ácido tánico: y el felpudo, reseco, el clásico felpudo de bebedor.

—Pero, a pesar de todo, sigues apostando tu dinero por la noche, ¿eh?

—Sí.

—Y por la mañana te sientes hecho una mierda. —Miró mi vino con expresión divertida—. Y te sientes hecho una mierda por la tarde.

—Sí. Bueno, soy una lechuza —dije, inquieto.

Le sirvieron su comida —en este local no se entretienen mucho— y Martin cogió el salero. Luego, cuando empezaba a comer, dijo sin alzar la voz:

—El otro día estaba en el kiosco..., cuando tuviste aquel embrollo con la mujer.

—¿Ah sí? —dije, y noté que mi sangre me daba un morboso tirón.

—Me pareció que te las apañabas muy bien, en aquellas circunstancias. Feo

asunto.

—Sí, bastante fastidioso.

—Claro —dijo él, sin dejar de comer—. Podrías haberle dicho que también el hombre estaba siendo explotado.

—¿Qué hombre?

—¿No salía también un tío en la foto?

—No. Sólo una polla junto a la cara de la tía.

—Ya, pero la polla debía de ser de alguien, ¿no?

—Bueno, sí. Pero las tías opinan que eso no es explotación. Ellas creen, bueno, piensan que a todos los hombres les gusta hacer eso.

—Pero se equivocan, ¿no? —dijo él—. A mí no me gustaría. A ti tampoco. Los hombres que se dedican a eso lo hacen por dinero, como las mujeres.

—Probablemente haya tíos a los que les guste hacerlo. Cuando yo era joven siempre pensaba que era como si te dieran mermelada y encima te pagasen un dinero. Y también, no lo olvides, hay tías que lo hacen por gusto.

—¿Lo crees de verdad?

—Desde luego —le dije—. Conozco a una que ha posado para Debonair Cada vez que alguien se lo recuerda, la tía se siente tan orgullosa que acaba poniéndose a llorar.

—¿Orgullosa? Bueno, supongo que es posible.

—¿Lo ves?

—Arte popular —dijo él, y se secó la boca—. Tengo que salir pitando.

—Hombre —le dije—, digiere un poco la comida. No es sano. Toma un poco de vino.

Dijo que no con la cabeza. Antes de irse me tendió la mano que tenía libre, y se la estreché.

—Encantado de haber charlado contigo, Martin.

—Nos veremos, John.

John. Menudo nombre, ¿no? Tan corriente que parece falso. Aparté mi plato y acerqué el vino. Encendí un pitillo. Reflexioné. Arte popular... Sí. Cuando Vron terminó de llorar tras haberle mostrado a su futuro hijastro unas fotos en las que aparecía en pelota viva haciéndose una paja por dinero, me explicó —afónica y detalladamente, y con las últimas lágrimas peinándole hacia abajo las pestañas— que ella *siempre* había sido muy creativa.

—¡Siempre he sido creativa, John! —repitió una y otra vez, mientras yo, despiadadamente, insistía en que sólo lo era a veces, y desde hacía poco tiempo. Pero Vron me explicó que ya en la escuela sacaba buenas notas en los trabajos de tipo artístico, y que hasta fue elogiada en clase por el profesor. Como ejemplo, mencionó su talento para zurcir y su gracia para el diseño de interiores.

—Siempre supe que algún día saldría en un libro<sup>[10]</sup> —dijo, cogiendo otra vez el *Debonair*—, y ahora, John, mi sueño se ha realizado.

Abrió la revista sobre su regazo: allí estaba Vron, «Vron», a gatas, vista por detrás en un ángulo de tres cuartos, con medias, zapatos de tacón aguja y unas bragas color borgoña bajadas hasta dejar al descubierto buena parte de sus anchas caderas.

—Bellísimo —le oí decir, medio atragantado, a mi padre por encima de mi hombro.

—Mira, John —dijo Vron—, si posees el...

—El don —dijo mi padre.

—... el don creativo, John, creo que estás obligada a..., a dar ese don a los demás, John. John. Mira esto.

Volvió la página; Vron aparecía ahora reclinada en una alfombra blanca, peluda como un gato de angora, con una pierna doblada y enganchada en el codo, y una mano muy atareada en la grieta central, con el rostro inclinado hacia arriba y adornado por una expresión de escandalizado éxtasis.

—¿Ves todo lo que doy ahí, John? Eso era lo que me repetía Rod constantemente, John. El fotógrafo, John. Me decía a cada momento: «¡Dáselo, Vron, dáselo...!».

Me fui al cabo de media hora, justo cuando Vron y Barry se habían puesto a llorar otra vez, con un llanto agradecido, consolador, el uno en brazos del otro.

Y a ver si se fijan bien en esto. Lo diré una sola vez.

Hace tres años, cuando empecé a ganar dinero de verdad, cantidades que no tenían nada que ver con todo lo que había ganado hasta entonces, mi padre tuvo bastantes problemas en el juego y las apuestas, y entonces... ¿Saben lo que *hizo*, el muy cabrón? Me presentó una factura por todo el dinero que se había gastado en mi crianza y educación. Exacto: me lo cobró. No es que mi infancia hubiera sido muy cara, porque me había pasado siete de todos esos años viviendo en casa de la hermana de mi madre, en los Estados Unidos. Todavía guardo ese documento en algún lado. Eran seis páginas de tamaño folio, mecanografiadas con un solo dedo. Por treinta pares de zapatos (aprox.)... Por cuatro vacaciones en Nailsea... Por gastos de gasolina... Me lo cobraba todo, hasta el suelto para gastos, los helados, el barbero, todo. Adjuntó una nota explicativa, redactada con su tosco estilo de oficinista, en donde aclaraba que todo aquello no era, por supuesto, más que un cálculo aproximado, y que no estaba yo obligado a reembolsárselo todo, penique a penique. Decía que había que tener en cuenta la inflación. En fin, que yo le había costado mil novecientas libras.

Fuera como fuese, la cuestión es que ambos tuvimos una reacción visceral. Cuando recibí la carta con la factura, me emborraché y le mandé un cheque por veinte de los grandes. Al recibir el cheque mi padre se emborrachó y apostó todo el dinero en un caballo que iba a correr el Cheltenham Golden Shield, un bicho llamado,

no sé, Pajillero, Soplapollas, algo así. Era un caballo muy joven para una prueba como ésta, y no estaba exactamente en su mejor forma, pero a Barry le había llegado un soplo confidencial de una fuente muy bien informada. Las apuestas por aquel monstruo estaban cien a ocho, lo cual le pareció muy bien a mi padre. Hizo la apuesta por medio de un intermediario. Uno de los delincuentes que Barry tiene por amigos, un tal Morrie Dubedat, llevó el dinero y lo apostó tal como él le había indicado... Diez minutos después Barry sintió pánico e intentó retirar la apuesta. Pero el agente no estaba para monsergas, y no hubo modo. Agarrado a la botella de whisky, Barry oyó la retransmisión por radio. Como era de esperar, Soplapollas salió andando torpemente, como si cada una de sus patas quisiera ir a un sitio diferente, relinchando, tratando de librarse de sus anteojeras y su jinete. Cuando éste logró por fin someterlo, Soplapollas comenzó a galopar en pos de sus compañeros de juego, que comenzaban a desvanecerse en la distancia. El locutor mencionó alguna que otra vez, y siempre en plan chistoso, a este caballo, y mi padre acabó rompiendo la radio, apurando el whisky, y sufriendo una hemorragia nasal que a punto estuvo de resultarle fatal.

Posteriormente, Barry se compró un vídeo de la carrera, y sigue disfrutándolo pese al transcurso de los meses. No solamente Soplapollas acabó ganando, sino que fue casi el único superviviente. En el penúltimo salto hubo uno de esos amontonamientos aterradores. Soplapollas saltó por encima del atasco, y se adelantó a todos sus competidores, con una sola valla por delante. En solitario, siguió su camino sin darse mucha prisa. Ni siquiera saltó aquel último seto. Prácticamente se lo comió, y así pudo abrirse paso sin esfuerzo. Luego, cuando no tenía ante sí más que una lisa extensión verde, a diez metros de la meta, Soplapollas tropezó y cayó. El jockey, que a estas alturas veía el triunfo a su alcance, intentó montar de nuevo. Lo mismo se les ocurrió a varios de sus colegas, que yacían por tierra algo más atrás. Al cabo de diez minutos —a estas alturas diversos caballos sin jinete habían cruzado ya la meta, y otro competidor había saltado el último obstáculo y parecía ganador seguro— Soplapollas fue dominado por su jinete, que logró convencerle de que dejara de describir círculos, y ganó por medio largo.

Bien, pues resulta que aquel agente de apuestas era un tipo que actuaba ilegalmente, de modo que mi padre se llevó consigo a Morrie Dubedat, a Fat Paul y a un par de matones el día en que fue a cobrar sus ganancias. Por otro lado, a esas alturas yo había logrado volver a estar sobrio, y provoqué ciertas complicaciones adicionales pues intenté impedir que el banco le pagase mi cheque. Pero interrumpí la maniobra cuando mi padre me llamó hecho un mar de lágrimas. Cobró finalmente su dinero, después de un mes de guerra de guerrillas entre varias bandas de delincuentes, y no todo, desde luego, pero lo suficiente como para pagar sus deudas, comprar un negocio de mayorista de cerveza, redecorar el Shakespeare, instalar la mesa de billar, montar el espectáculo de striptease... Dice que algún día me devolverá el dinero. ¿A

quién le importa? Da igual. Jamás superaré el dolor que me produjo esa herida. Y no creo que a él le gustara que lo superase.

Pagué la cuenta, bastante onerosa, sobre todo por el añadido de la serie de copas de brandy que me tomé al final, de humor bastante meditabundo. Volví al piso, hice la maleta y comencé a regresar a los Estados Unidos.

## V

El Autocrat avanzaba veloz y suavemente a través de casetas prefabricadas y una sucesión de escenas de la vida familiar de los negros, con sus pandillas de hermanos y mirones en las pistas de baloncesto, y las formas maternas que, semiescondidas tras la tela metálica, les llamaban a gritos. Sobre el techo de la limusina zumbaban espectrales aviones que sobrevolaban la mancha negra de agua próxima al aeropuerto de La Guardia. Prohibida la circulación de peatones, No adelantar, Prohibido cruzar la línea blanca, Las infracciones del código son multadas en todos los casos, Prohibido cambiar de carril, No variar de velocidad. ¿Necesita mi chófer que le digan todo esto? ¿No bastaría con un cartel que dijera: CONDUZCA? Abandonamos la zona de chabolas playeras y entramos deslizándonos en la autopista. Y ahí aparece otra vez el horizonte de Nueva York, su perfil dentado, rechinante, con numerosos huecos de muelas perdidas por el camino.

Una vez en el Ashbery le ofrecí al conductor un billete de veinte.

—¡Gracias, señor, pero no hace falta! —me dijo—. Están cubiertos todos los gastos. Haga el favor de telefonar a Mr. Goodney en cuanto se haya instalado en su habitación.

Intenté ofrecerle de nuevo el billete de veinte. Como no lo aceptaba de ninguna manera, se lo puse a Félix en la palma.

—Detesto tener que obligarte a una cosa así, Slick, pero has de entrevistarte con Lorne Guyland..., esta noche.

—Vaya.

Me explicó los motivos. Iba ya a colgar, pero Fielding me preguntó, recelosamente:

—¿En qué clase has venido? ¿Turista?

—Sí.

—Slick, tendré que hablar muy seriamente contigo acerca de tus gastos. Sube de categoría, chico. Esto está empezando a resultar embarazoso. Queda mal ante la gente del dinero. Alquila un piso entero en el Gustave. Alquila un jet y ve a pasarte un fin de semana en el Caribe con Butch y Caduta. Cómprate toda una caja de champagne y

viértela encima de tu polla. Gasta. Gasta. No me *sirves* de nada volando en clase turista. Toma aviones supersónicos, primera especial. Maldita sea, Slick, haz las cosas a lo *grande*.

Me afeité, me duché, me cambié de ropa, me bebí un tazón de whisky libre de impuestos, y me fui en taxi hasta las Ochenta este, en una loca carrera con Si Wypijewski al volante. O quizá fuese Wypijewski Si. Los neoyorkinos lo confirmarán: los taxistas ponen primero el apellido y luego el nombre. Pero ni así me aclaro. Cuando estás en esta ciudad, hasta Smith John o David Brown se prestan a confusiones. Una vez me llevó un taxista que se llamaba Supersad Morgan. O Morgan Supersad. Fuera como fuese, tenía los ojos castaños y de expresión tremendamente melancólica, tan super tristes como su apellido, o su nombre.

¿Mi misión? Ir a tranquilizar a Lorne Guyland. Según Fielding, hacía bastante tiempo que teníamos que haber ido a tranquilizar a Lorne Guyland. Llevaba una buena temporada esperando garantías, lo que fuera, y nadie había ido a decirle nada.

—Hazlo hoy mismo —me aconsejó Fielding—. Nos ahorrarás muchos problemas a mitad de rodaje.

Lorne quería que le garantizáramos que él tendría la supremacía en la pantalla, en la cantidad de texto, en el minutaje de primeros planos. Lorne quería que le tranquilizáramos respecto a lo juvenil que parecería ante el público, a lo fuerte que se le notaría, y quería garantías respecto a que él iba a ser el más popular de los intérpretes. Y, además, esperaba que le tranquilizáramos respecto a cuál era la naturaleza exacta de su papel. Pues yo también querría que alguien me tranquilizase respecto a esto último, chico. Sabes, Lorne, cuentas con todas mis simpatías.

El papel de Lorne era el del padre, Gary, un padre que no sirve para nada. Yo tenía la impresión de que en mi boceto de la historia quedaba muy claro cómo era Gary. Gary era como Barry, como Barry Self: un tipo de mandíbula cuadrada y cabeza vacía, un hedonista irreflexivo, un maestro de la astucia y la brutalidad que, sin embargo, se las arregla para explotar una pequeña pero tenaz herencia de encanto personal y buena suerte... ¿Por qué me preocupa cómo sea mi padre? ¿A quién le importa? ¿A qué viene tanto jaleo en tomo a las relaciones de los padres y los hijos? No tengo ni idea; el problema no es que sea mi Papá. El problema es más bien que yo soy su hijo. Giro confusamente alrededor de él, de su modelo, de sus jodidos genes... Gary se parecía en el boceto a mi padre, se le parecía mucho, de la misma manera que yo me parecía a Doug, el hijo. Cuando encuentran que hay heroína en la harina, Gary quiere devolvérsela a los gánsters. Pero Doug quiere venderla al precio que tendría puesta en la calle, dos millones de dólares. Los dos son malvados y codiciosos, pero el viejo Gary es un acojonado. Sí, un acojonado con suerte.

Fielding me advirtió que Lorne podía crearme dificultades en varios frentes. Quería que Gary subiera de categoría. En lugar de ser el dueño de un pub o de un

restaurante de baja estofa, pretendía que fuese un famoso restaurateur. También le fastidiaba el asunto de la edad. Me dijo Fielding que Lorne había llegado a insinuar que Gary y Doug podían ser hermanos en lugar de padre e hijo. De este modo confiaba Lorne en quitarle importancia a la diferencia de cuarenta años que le separaba del otro primer actor. Y, por fin, estaba el asunto del erotismo.

—Soy Thursday —dijo la chica que abrió la puerta del ático de Lorne—. Ahora mismo me largo.

Thursday se fue hacia la mesa que estaba al otro lado de vestíbulo. Iba vestida con un disfraz de colegiala: blusa y lacito en el cuello, falda plisada, calcetines cortos. Medía su buen metro ochenta, y parecía un travestí de esos que están tan buenos, un beneficiario de alguna de esas guarras operaciones de cambio de sexo que tan frecuentes son en California. Cuando se inclinó para hablar por el interfono, se le levantó la faldita y vi sus bragas, que acogían las nalgas como unos sostenes. Caramba... Fielding insistía en afirmar que Lorne estaba fuera de juego en el terreno sexual, tras haber malgastado sus fuerzas durante su primer decenio en la cumbre; era moneda corriente en la industria del cine. Según Fielding, Lorne no había erectado ni una sola vez en los últimos treinta y cinco años.

Había que recordar, por supuesto, que en sus buenos tiempos Lorne había sido una figura gigantesca, colosal, tremenda. Cuando estaba en España para el rodaje de *Gargantúa*, allá por los años cincuenta (la afirmación era de Fielding), Bullion alquiló una flota de aviones desde Nueva York, Londres y París, para mantener a Lorne bien abastecido de tías durante los cinco meses que tenía que durar su trabajo. Y Lorne se jactaba de ser capaz de cepillarse a un contingente entero en una noche, armado únicamente de una botella de whisky. Lorne había sido indudablemente un tío grande. Yo me había pasado la vida viendo su enorme jeta ahí arriba, en las pantallas.

—Mr. Guyland... ¡Ha llegado el director! —dijo Thursday con su vocecilla canturreante. Se rió a carcajadas—. Claro, cielo. Como tú digas. —Luego se volvió—. Lo siento si le he parecido un poco agotada... Ya sabe, Lorne no me ha dejado en paz en todo el día.

Ascendí por una acolchada escalera de caracol. Ascendí de la platea al paraíso en donde moran los dioses. Lorne alzó la cabeza desde la superficie mullida de una gruesa alfombra, el séptimo cielo, vestido con una toga blanca, y extendió un brazo medio perdido en la ancha manga, atravesando con él el aire acondicionado. Con silenciosa celeridad, giró en redondo y señaló el banco de la ventana: ahí estaba su mirador, su palco particular, dominando el sudoroso Manhattan desde las alturas. Me sirvió una copa. Me sorprendió que el vaso escarchado no supiera a ambrosía, sino a simple whisky. Luego Lorne se me quedó mirando un buen rato, candorosamente. Pronuncié el que sería mi más largo discurso de toda la tarde: dije que tenía entendido que él deseaba hablar largo y tendido sobre su papel, hablar de Gary. Lorne volvió a

mirarme largo rato. Luego empezó.

—Yo veo a Garfield como un hombre de considerable cultura —dijo Lorne Guyland—. Amante, padre, marido, atleta, millonario..., pero también un hombre de lecturas amplísimas, de... de cultura amplísima, John. Un poeta. Un inconformista. Tiene el mundo en sus manos, dispone de mujeres, dinero, éxito, pero no le basta, quiere ir más al fondo. Tú que eres inglés, John, sabrás de lo que hablo. Su casa de Park Avenue es un cofre rebosante de tesoros artísticos. Esculturas. Grandes maestros. Tapices. Cristalería. Alfombras. Tesoros procedentes de todo el mundo. Es catedrático de arte en alguna universidad. Escribe artículos eruditos en las revistas universitarias, John. Es un brillante arqueólogo aficionado. La gente le llama desde todos los rincones del mundo para pedirle consejo sobre cosas de arte. En el plano inicial de la película, veo a Garfield junto a un atril, leyendo en voz alta una primera edición de Shakespeare, encuadernada en piel de cabritilla recién nacida. A su espalda, en la pared, hay un verdadero montón de óleos. Los grandes maestros, John. Alza la cabeza y, cuando mira hacia la cámara, la luz arranca un destello de su monóculo y...

Mientras Lorne seguía parloteando, mi sombría mirada se me perdió por la habitación. Para empezar, ¿quién coño era Garfield? El tipo se llama Gary. A ver, Barry no es una abreviatura de Barfield, digo yo. Es Barry a secas, y ya está. De todos modos, éste sería el problema menos peliagudo. Lorne comenzó a explicarme qué tipo de libros leía Garfield. Se pasó un buen rato hablando de un poeta llamado Rimbo. Yo supuse que el tal Rimbo era uno de nuestros amigos del mundo en vías de desarrollo, como Fenton Akimbo. Luego Lorne añadió alguna cosa que me hizo suponer que el tal Rimbo debía de ser francés. Cerdo de mierda, pensé, no es Rimbo, es Rambor, o Rambeau. Rambeau tenía un amigo, un contemporáneo, si no recuerdo mal, con nombre de vino francés... Bordeaux. Bardolino. No, ése es italiano, ¿no? Joder, cómo agota eso de no saber nada de nada. Es malo para los nervios. Te deja derrengado. Eso de no saber absolutamente nada de nada me puede. Oyes chistes y no les encuentras la gracia. Y a cada hora que pasa, más débil te sientes. A veces, cuando me encuentro solo en el apartamento de Londres, pienso en lo decepcionante que resulta, en lo duro y pesado que resulta ver la lluvia y no saber por qué cae.

Sí, en conjunto, estaban ofreciéndome un magnífico espectáculo en el vigésimo primer piso. Como mínimo, eso lo sabía. Calzado con sandalias doradas, Lorne caminaba con estudiada vacilación de una ventana a la otra, vuelta hacia arriba en éxtasis su cabeza, con las manos abiertas para reclamar y ofrecer las revelaciones que los dioses estaban dispensándole fraternalmente. Al igual que todas las estrellas de cine, Lorne medía algo menos de un metro (tiene que ver con la presencia condensada, concentrada, de la pantalla), pero había que reconocer que aquel viejo mamarracho estaba en forma y tenía muy buen aspecto, con esa combinación de

bronceado y plata que hace refulgir a los grandes robots plenamente americanos. Sí, ahí estaba la solución: no es un ser humano, pensé una y otra vez, es un viejo robot chiflado, hecho de zinc y aluminio con circuitos refrigerados. Es como mi coche, como el Fiasco de los cojones: hace tiempo que dejó atrás su mejor momento, y no para de quemar dinero y caucho y gasolina.

Lorne había seguido explorando el fastuoso mundo de Garfield, las galerías de arte que supervisaba, en París y en Roma, sus vacaciones de loco-por-la-ópera en Palma y Beirut, sus casas de la Toscana, de la Dordogne, de Berkeley Square, su escondrijo bávaro, sus ranchos de sementales, su sobreático con helicóptero en Manhattan... Y mientras el espumeante perro seguía ladrándole a la noche, me reservé un momento para pensar en mi querido proyecto, en mi pobrecito proyecto, que llevaba ya tanto tiempo dando vueltas en mi cabeza. *Dinero limpio* habría dado para un buen corto, con un presupuesto de, más o menos, setenta y cinco mil libras. Ahora estaba a punto de costar quince millones de dólares, y, curiosamente, ya no me sentía tan seguro del proyecto como antes. Pero no debo confundirme acerca de lo que importa de verdad. Lo importante no es hacer una buena película. Lo importante no es *Dinero limpio*. Lo que importaba es el dinero. Lo que importaba es el *dinero*.

—Lorne —dije—. ¡Lorne! ¿Lorne? ¿Oh, Lorne?

—Rubíes, diamantes, esmeraldas, perlas, y una amatista valorada en un millón y medio de dólares.

—Lorne.

—Di lo que piensas, John.

—Lorne Si Gary fuese tan rico, ¿qué importaría que tuviera o no en la cocina heroína por valor de dos millones de dólares?

—¿Cómo dices?

—Le quitaría emoción al asunto, ¿no te parece? Piensa un momento. Piensa un segundo. Si Gary es rico, también lo es Doug. Naturalmente, en una situación así devolverían la heroína. Se acabaría el dramatismo. Se acabaría la película.

—¡Y una mierda! Garfield quiere devolver la heroína. Pero el otro tipo, dices que se llama Doug, ¿no?, ése quiere quedársela. ¿Por qué?

—Eso. ¿Por qué?

—Por celos, John. Por celos. Está celoso de Garfield.

Durante veinte minutos Lorne estuvo hablando de celos, de lo poderosos que eran, de lo extendidos que estaban, y de cómo un hombre de la categoría de Garfield (me parece que hasta le llamó *Sir* Garfield en algún momento), podía fácilmente provocar esa clase de rastrea pasión en un ser tan vil, tan débil como Doug. Garfield tenía, al fin y al cabo, su talento de conocedor de arte, su apartamento con helicóptero, su erudición, su escondrijo en Baviera, y todo lo demás. Lorne necesitó otros veinte minutos para explicármelo de nuevo.

—Y, *además* —terminó—, está celoso de lo que yo hago por Butch.

—¿Por qué iba a estarlo? No puede estar celoso, porque también él se la tira.

—Me alegro de que hayas planteado este asunto. Sabes, John, creo que no es convincente, desde el punto de vista dramático, que ese Doug o como se llame esté tirándose también a Butch, John.

Le miré duramente.

—No tiene sentido. No sirve de nada. —Lorne sonrió—. Si Butch jode con Garfield, ¿cómo se le ocurriría jamás correr el riesgo de perder toda esa felicidad, esa satisfacción completa, John? Y todo por un punky de mierda como... —Sacudí negativamente la cabeza—. De acuerdo. Podemos discutir sobre esta cuestión. Pero de todos modos mi guión sigue funcionando. Tal como yo lo veo, Butch no ha tenido ningún orgasmo en su vida hasta que se encuentra con ese hombre maravilloso, un hombre que le muestra un mundo que ella sólo había soñado, un mundo de jets y mansiones, un mundo de...

Seguí mirándole fijamente. De repente, Lorne interrumpió una frase a la mitad, a mitad de un centelleo, y dijo:

—Creo que ha llegado el momento de hablar de la escena de la muerte, John.

—... ¿Qué escena de muerte?

—Pues..., la de Lord Garfield —dijo Lorne Guyland—. La escena es así. Los tipos de la mafia están torturándome. Yo estoy desnudo, peleo como un loco, pero ellos son quince. Quieren la heroína, y también quieren mi colección de tesoros artísticos de todo el mundo. Pero yo mantengo la boca cerrada. Bien. Esos mamones no sólo me torturan sino que, además, obligan a Butch y a Caduta a mirarlo. No sé, quizá ellas también estén desnudas. Tú mismo, John. Piensa tú sobre ese detalle. Como te decía, esas dos mujeres me ven sufrir, desnudo, en silencio, ven al tipo que se lo ha dado todo, que les ha pegado los mejores polvos de su condenada vida, y al final, esas dos mujeres, John, esas dos mujeres sencillas, desnudas, olvidan su rivalidad y se ponen a llorar abrazadas. Títulos de crédito.

—Lorne —dije—. Tengo una prisa infinita.

De hecho, transcurrió otra hora antes de que Thursday me abriese la puerta. La conferencia sobre el guión terminó con una escena increíble: Lorne dejó caer su túnica al suelo y, con lágrimas en los ojos, me preguntó:

—¿Crees que éste es el cuerpo de un viejo?

Yo no dije nada. Aunque, si vamos a eso, la respuesta a la pregunta de Lorne era: Sí. Pero me limité a agitar el brazo y bajar a toda prisa la escalera de caracol.

Al abrir la puerta Thursday me sonrió, muy tensa.

—¿Está desnudo? —me preguntó fríamente.

—Sí, lo está.

—Oooh —dijo Thursday.

¿Por qué tengo que presenciar estas escenas estúpidas y embarazosas y pornográficas? Bueno, imagino que cuando alguien es un especialista en pornografía, como me ocurre a mí, lo normal es que la pornografía te rodee por todas partes.

Atravesé el bonito East Side hacia el oeste, cercado de sus decorativos cubos de basura, sus sucios toldos de los tenduchos, el olor cálido de los desperdicios, y me fui a cenar con Fielding Goodney y Doris Arthur en un elevado restaurante a sólo cinco manzanas de Harlem. Las mecanógrafas estaban pasando a limpio el guión de Doris. Besé su mano. Pedí champagne. Quise ver el manuscrito. Ellos, en broma, dijeron que tendría que esperar. Hubo muchas bromas, me parece. Yo estaba tan aturdido de alcohol y viajes que no pude enterarme bien de lo que pasaba. Lorne me había ofrecido litros de whisky nonagenario. Tengo que reconocerlo, aunque diga mucho en su favor. Bebimos champagne en honor del guión de ensueño que había escrito Doris. El restaurante estaba repleto de estrellas de cine. Más estrellas de cine. ¿Por qué ando siempre con estrellas de cine? Ni siquiera me gustan. Joder, qué transparentes son los actores. Los profesionales, sin embargo, no son casi nunca peligrosos. Lo que vale la pena ver son los actores de la vida real, sí, los actores y las actrices de la calle. Tuve un ataque de hipo, aunque habría que decir más bien que fue como una serie de ganchos al mentón. Uno de los golpes me torció algo en el cuello. El cordón de la lámpara que había en la barra tenía una inclinación especial, y por unos momentos creí que Fielding llevaba un aparato para la sordera. Mi rodilla rozó la de Doris una vez, otra, y pensé en lo maravilloso que es cuando un par de jóvenes empiezan a sentirse enamorados. Hice numerosas y tambaleantes visitas al lavabo, en donde había unas fotos increíbles de tías desnudas cubriendo toda la pared. Me tropecé con una mujer que hablaba muy entristecida por teléfono, e intenté animarla, insistí un buen rato, hasta que un tipo, su marido o su amante, apareció de repente. No me gustó el tono que empleó para hablarme. Me sentí ofendido. Tuvimos un altercado que terminó muy pronto, conmigo tumbado boca abajo sobre un húmedo lecho de cajas de cartón, al pie de una escalera oculta. Esto debió de entristecer todavía más a la mujer del teléfono, que se mostró muy dispuesta a escucharme. Una vez refrescado, saludé a unas cuantas estrellas de cine, me entretuve unos momentos en sus diversas mesas, y les obsequié con unas cuantas frases breves pero ingeniosas y contundentes. Invitado a pasar a una sala de la trastienda, charlé un rato con un matrimonio que, según sus palabras, eran los dueños del local. Ella era una madame o algo así, lo cual me la traía floja. Pero ella negó serlo. Cuando Fielding me condujo a nuestra mesa, le lancé una insinuación verbal, notablemente salaz, a una camarera muy cachonda que parecía estar dispuesta a aceptar mi invitación pero que se metió de repente en la cocina, algo apenada, y cuando empujé las puertas batientes, dispuesto a consolarla, un par de tipos en camiseta gris sudor me dijeron que no había nada que yo pudiera hacer por aquella muchacha tan triste. Firmé un autógrafo. Doris

estaba guapa, iba vestida como para saltar directamente a la cama. Los ojos enormes, el pelo revuelto, era tan adorapollas y calentabraguetas como las demás. También lo negó. Saben una cosa, esa tía *no* me gusta. Pedí a gritos que me sirvieran algún vino tónico, y me tomé varios tazones de un café que me chamuscaba la lengua. Doris me sostuvo de camino hacia la puerta, pero debió de soltarme un momento (quizá cuando me abracé a ella más fuerte de la cuenta) porque salí disparado, corriendo como un loco, y hubiese seguido así hasta la parte baja de la ciudad —o más lejos incluso, hasta el Village, hasta Martina Twain— de no haber sido porque, circunstancialmente, un carrito de postres se interpuso en mi camino y frenó en seco mi sprint. Cuando, furioso, luché por abrirme paso y pude finalmente salir a la noche, todo el restaurante rompió en vítores y aplausos.

Me apoyé, jadeante, en una farola, mientras Doris se dedicaba a ir quitando con toda su ternura los pedazos de pastel de naranja y chocolate que se me habían quedado pegados al traje. Fielding se entretuvo un momento en el restaurante para felicitar —o pagar alguna compensación— a los dueños. Cuánto tiempo llevo en Nueva York, pensé.

—Dios mío, ¿estás bien? —me preguntó Doris.

—Ya sé que eres bollera y todo eso, pero te diré cuál es tu problema: aún no has conocido a ningún tío de verdad. Así de sencillo. Ven conmigo al hotel, y juguemos un rato. Anda, nena, sabes que te encantará.

—Serás tonto del culo...

Pero Doris lo dijo sonriendo. Luego, de repente, cambió de expresión y me dijo una cosa tan horrible, tan extraña, tan aniquiladora, que no recuerdo ni una palabra. Llegaron, cada uno por su lado, Fielding y el Autocrat. Mientras yo me iba en marcha atrás hacia mi taxi, las caras de la gente se volvían a mirarme.

\*\*\*

Y todo eso sin haber sentido ni por un momento el más mínimo stress. ¡*Stress!* ¿Cómo puede haber gente que soporte una cosa así? Animado y fresco, a la mañana siguiente agarré al despertar un *Delicacy* que tenía a mano, como método económico y sencillo de determinar si aún seguía con vida. Otras preguntas, no menos apremiantes —tales como quién, cómo, por qué y cuándo—, tendrían que guardar cola hasta que les llegara el turno. Como no encontré entre las damas a ninguna que se pareciese a Selina, acabé leyendo un test sobre el stress, táchese lo que no interese, en donde se establecía un contraste entre tu consumo de nicotina y alcohol y varias de las diversas dificultades que suelen ser factores condicionantes del stress. Según los criterios de *Delicacy*, yo era un hombre absolutamente despreocupado, pese a lo cual mis dosis de tabaco y bebida eran comparables a las de un industrial apopléjico tras

una quiebra fatal. Y entonces se me ocurrió: stress, ¡quizá lo que necesito es un poco de stress! Es posible que lo que estoy reclamando a gritos sea una buena dosis de stress. Necesito problemas, chantajes, terremotos, lepra, accidentes, penurias... Creo que voy a probar lo del stress. ¿Dónde podría comprar unos cuantos kilos?

De hecho, el stress se puede comprar, y eso es lo que he comenzado a hacer. Son cosas de Nueva York, supongo, de sus caballos de potencia, de su electrodinámica. Manhattan y su retículo te cargan las baterías. Denme un problema, que lo reviento.

Acompañado de la agradable sensación de estar manteniendo el ritmo de la noche anterior, con sus diversos éxitos y logros, bajé a Mercutio's y me compré cuatro trajes, ocho camisas, seis corbatas y un elegante abrigo ligero. Todas estas prendas están pendientes de ligeros arreglos que las harán mañosos sastres, para luego ser enviadas a mi habitación del hotel. Parece que tienen que ensancharme un poco hasta las corbatas. Coste: 3. 476, 93 dólares. Pagué con la Approach americana.

En LimoRent de la Tercera Avenida me quedé con un Jefferson de seis puertas con mueble bar, televisor y teléfono. Lo conduje directamente hasta la primera esquina, y, tras doblarla, lo dejé instalado en un carísimo aparcamiento de Lexington esquina Cuarenta y tres. Eso me costaría por encima de los ciento cincuenta dólares diarios.

Me tomé un almuerzo de cien dólares en La Cage D'Or, en la Cincuenta y cuatro, y me dejé dar un masaje de doscientos dólares más ducha con ayudante, en el Elysium de la Cincuenta y cinco. Como se me habían agotado las ideas, y estaba cansado, hartado de comprar, me metí en un bar topless de Broadway e invité a una caja entera de champagne a cuatro borrachos y tres strippers que rondaban por allí. Pensé en tomar un taxi e ir a Atlantic City para tirar un poco de pasta en la ruleta. Tengo un sistema perfecto. Siempre falla. Pero al final me limité a cobrar mis cheques de viaje y me fui a pasear por Times Square en donde, sorteando charcos, comencé a dar billetes de veinte dólares a unos cuantos vagabundos selectos además de ciertas busconas, viejas con bolsa de plástico y tullidos. Dos policías se las vieron y se las desearon para sofocar el pequeño disturbio que se produjo en cuanto corrió la voz.

—Usted está loco, como una cabra —me dijo uno de los agentes, con la más absoluta convicción. Pero no me tomé la molestia de explicarle hasta qué punto se equivocaba.

De vuelta en mi habitación, me senté a la mesa y reflexioné. Los problemas de dinero no son como los otros problemas. Si debes diez mil dólares te sientes el doble de preocupado que si debes cinco mil dólares, pero sólo la mitad de preocupado que si debes veinte mil. Deber diez mil dólares significa una preocupación que no es más que las tres séptimas partes de la que sentirías si debieses veintitrés mil trescientos treinta y tres dólares. Y si debes diez mil dólares y te llegan diez mil dólares, entonces es fantástico porque desaparecen todas tus preocupaciones. Mientras que no

se puede decir lo mismo de los otros tipos de preocupación, por ejemplo, de la preocupación que puede producirte el sentirte decepcionado, el saber que estás degenerando.

Me senté en la cama y empecé a preocuparme por el dinero. Empecé a sentirme verdaderamente preocupado por el dinero. Saqué la cartera y repasé las facturas de las tarjetas de crédito y los cheques de viaje. En este momento me he quedado sin dinero. Y esto sí que es *preocupante*.

Llamaron a la puerta y, serpenteando, me puse en pie. Un joven negro indescritiblemente elegante se coló en la habitación cargado con varias bolsas de plástico.

—¿En la cama, señor? —preguntó.

—Sí. No —dije—. Ya no quiero nada de eso. He cambiado de opinión. Puede llevárselo todo.

Me miró perplejo, y alzó su señorial mentón:

—En su recibo podrá comprobar cuáles son las condiciones de venta, señor.

—Vale. Tírelo ahí. Sólo era una broma.

Le di un billete de diez, y se largó. Un billete de *diez*... Durante la siguiente hora me llegaron las entregas de otras compras suplementarias, cuya gran mayoría no recordaba haber hecho. Me quedé tendido en la cama, bebiendo. Al cabo de un rato sentí lo mismo que sin duda sentiría Lady Diana el día de su boda, cuando comenzaran a llegar vagones de tren cargados de regalos de los países de la Commonwealth. Un chato juego de cristalería abollada, una alfombra anaranjada de origen iraní y reciente manufactura, una guitarra y unas maracas, dos óleos (en el primero, unos cachorros de perro y unos gatitos dormitando; en el otro, un desnudo de la escuela idealista), una pata de elefante, una cosa con aspecto de pie de micrófono pero que resulta ser una escultura canadiense, un tablero de ajedrez bengalí, una primera edición de *Mujercitas*, y otros diversos tesoros culturales procedentes de todos los rincones del mundo. Cuando parecía haber terminado la procesión, pasé al baño y tuve un explosivo ataque de vomitera. Qué caro sale el stress. Tiene un coste personal elevadísimo. Pero allí salió todo: el almuerzo, el champagne, el dinero, todo verde y revuelto. Cuando parecía haber terminado, me fui al dormitorio y llamé por teléfono a Fielding para pedirle que me diera dinero, una cantidad increíble de dinero. Dio la sensación de haber estado esperando esa llamada. Su voz sonó complacida. Por la noche me subieron a la habitación un grueso sobre. Contenía una tarjeta Approach de platino, varios talonarios de cheques de viaje, y una autorización para sacar dinero en metálico de un banco de la Quinta Avenida: hasta mil dólares diarios, por si necesitaba suelto. Me sentí tan aliviado que me quedé dos días enteros en cama. De hecho, no podía hacer otra cosa. Tranquilo, pensé, cálmate. Tienes dinero, pero careces de poder. Parece que, haga lo que haga, en este mundo en

el que estoy metido sólo consigo dinero y más *dinero*...

\*\*\*

Y más stress.

—Gracias de nuevo por el regalo —dije—. Justo lo que siempre había deseado.

—Estoy intentando enseñarte una cosa. ¿Entiendes?

—¿Qué cosa?

—Bueno, son muchas. Compasión. Autocontrol. Generosidad de espíritu. Respeto por la mujer.

—Anda ya... La leche —dije—. Empiezo a comprender lo loquísimo que estás.

Él se puso a reír:

—¿No te encanta todo esto? —dijo él—. Oye, qué tonto fuiste montándote aquel número. No se puede ir por ahí regalando todo ese dinero, tío. Si quieres hacerlo, hazlo bien hecho.

—Ah, por fin lo comprendo. Creo que ya lo he pillado. Vale, hermano, ¿cuánta pasta quieres? ¿Cuánto me va a costar que me dejes en paz de una vez?

—Te equivocas. Te equivocas. No quiero tu dinero.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Tu vida.

—Gracias de nuevo por el regalo —dije—. Lo aprecio de verdad.

—¿Lo has leído ya?

—¿Qué? Bueno, no, no del todo. —Había leído nueve páginas en el vuelo transatlántico, pero todavía me quedaba mucho—. He estado enfermo. Oye, ¿cuándo podríamos vernos?

—¿A qué te dedicas todo el día cuando estás enfermo?

—Pues me quedo en la cama. Me dedico a estar enfermo.

—No tengo casi ningún compromiso —dijo ella—. Ossie se ha ido a Londres otra vez.

—Fantástico. ¿Qué tal esta noche?

—¿Tendrás tiempo suficiente..., para terminar el libro? ¿Me estás escuchando?

—Sigo aquí.

—Venga, no seas subnormal. Quiero que me presentes un informe del libro. Te haré preguntas, un examen... ¿Oye?

—Sigo aquí.

—Bien. Llámame en cuanto termines de leerlo.

Esperen. Miren... Sí, ahí viene otra vez esa mujer. Tengo que explicarles que hay una mujer que me sigue por todo Nueva York. Sí, es ella. Una mujer cuarentona, de

unos cuarenta y cinco años, de tobillos cuadrados, más de metro ochenta, con tacones altos, muy altos. Me mira a través de un velo negro que cuelga de su sombrero negro. Pelo corto, rojizo, eléctrico. Tiene un mentón breve y testarudo y chiflado.

Trabaja de noche. Salgo trompicado de un bar, y ahí está, con los brazos cruzados, oculta en un portal de la acera de enfrente. Me pongo a caminar y ella me sigue a cierta distancia, sin perder terreno. Saco la cabeza bajo el neón espástico de un tugurio porno, iluminado intermitentemente por los destellos, anónimo, y ahí está ella comiendo maíz tostado o nueces. A veces, en los cruces, se me acerca tanto que llego a notar su aliento en el cogote. Pero no me vuelvo. Me recuerda a alguien. No sé a quién. ¿Dónde habré visto antes a esa furcia enloquecida? Esperen. Miren... Sí, ahí viene otra vez. Esta clase de gente viene directa hacia mí. Siempre actúan de la misma manera. Como animales, hociqueándome, como perros. Cuando una vieja vagabunda con su bolsa de plástico entra en la silenciosa cafetería y pasa rápidamente por entre las mesas, cuando aquella ruina humana se planta frente a la muchedumbre, observa a la gente, y elige su objetivo, todos sabemos qué es lo que está buscando. Suelo mirarles a los ojos, aunque me esfuerzo para evitarlo. Algo que hay en mí les dice algo a algo que hay en ellas. Algo que hay en ellas le dice algo a algo que está en mí. ¿Qué? Yo y ellas tenemos la cabeza igual, con piezas sueltas que no encajan. Reconocemos esta circunstancia y seguimos adelante. Me parece que en este momento hay un par de personas o cosas que se ciernen velozmente sobre mí.

\*\*\*

—Eh —dijo Félix en el vestíbulo, deslizando el pulgar sobre mi solapa—. Qué estilazo. Me gusta. Lástima que sólo sea una semana al mes. ¿Se puede saber qué ocurre?

Lo que ocurría es que teníamos que hacer las pruebas para elegir a los actores de reparto. Tras bajar los peldaños de la fachada del Ashbery, estallé en una carcajada provocada por el calor. Es imposible que Nueva York haga esto en serio. He leído, o he oído decir por televisión, que hay determinadas zonas del espacio por las que vuelan boomerangs de fabricación humana. Unas zonas calurosísimas, a varios millones de grados de temperatura. Un calor psicopático. En Nueva York, durante el mes de julio, también hace un calor psicopático. En el atascado Broadway, todos los taxis, cabreados, daban rienda suelta a su furor, cargados con robots, perros rabiosos y demás, para subirlos o bajarlos de un extremo a otro de la ciudad. Me metí en mi propia trampa, y así me uní a las maniobras.

La gente dice que Nueva York es como la selva. Se quedan cortos. *Nueva York es la selva*. Bajo las columnas del viejo bosque tropical, en el asfalto a punto de derretirse, la pantanosa Novena Avenida soporta una circulación de furiosas bestias y

dragones, peces tigre, máquinas ruidosas, sudorosos hacedores de lluvia. En las esquinas se amontonan brujos y magos, cazadores de cabezas y balbuceantes sacerdotes de vudú: aborígenes, los listos aborígenes, tan hábiles para sobrevivir en la selva. Y de noche, bajo la frondosa vegetación y la nube que cubre la zona y retiene en ella todo el calor, se puede oír el afónico grito de los loros y el chillido de mono de las sirenas, mientras se encienden hogueras que pretenden mantener alejados a los monstruos. Precaución: las calles están sembradas de trampas: pozos, redes, de todo. Lo mejor es contratar a un guía. No olvidarse de la vacuna contra el veneno de las serpientes, ni del suero contra las picaduras de los mosquitos. Tómenselo muy en serio. Hay que aprender a sobrevivir en la selva.

Metido en mi ardiente jaula, me dirigía ahora camino de la región donde está situado el mercado de carne fresca, en la punta del West Village. En esa zona se elevan barracones de ladrillo rojo a modo de galerías de esqueletos y colmenas de ratas, y allí es donde la fauna de Manhattan busca el nivel en donde ir tirando, viva o muerta. También allí se encuentran los locales que suelen frecuentar los perversos sexuales de toda especie: el Spike, el Water Closet, el Mother Load. Nadie sabe lo que ocurre en tales reductos. Sólo se han enterado los peores perversos. Incluso Fielding resulta un tanto vago en su respuesta a mi pregunta. Son sitios en donde te insultan, te pisotean, te azotan. Desde cualquier punto de vista, ahí te lo puedes pasar verdaderamente mal. Los clientes suelen llegar al Spike en un taxi, pero necesitan dos para regresar a casa. Pero la noche siguiente vuelven a presentarse allí, buscando más de lo mismo. Buscan a alguien que les atormente, que les meta de cabeza en un orinal. Y, si quieren conocer mi opinión, sus parientes tendrían muchas cosas que explicar, especialmente las madres. Siento que les ponga a ustedes, las señoras, en primer término, pero esta historia tiene que empezar en algún sitio. Un vehemente deseo de ser asesinado a cada hora: no me digan que alguien puede quererlo voluntariamente. Entretanto, me cuenta Fielding, la Madre Naturaleza sigue mirando al frente, descarga una patada en el suelo y chasquea la lengua. Campeona siempre de la monogamia, está preparando nuevas y rarísimas enfermedades. No piensa soportar que las cosas sigan así.

Me despegué como pude del asiento, salí del taxi, y le pagué la carrera al conductor por la ventanilla: es una costumbre londinense, extremadamente mal vista en Nueva York. El viejo taxista se quedó quieto, metido en su jaula.

—No tengo cambio de diez dólares —dijo al fin.

—¿Cómo?

—¿Sabe leer? —dijo, señalando un anuncio amarillo, el que dice que el taxista no puede cambiar ningún billete de más de cinco dólares—. No puedo cambiárselo.

—Ese letrero debe de tener diez años de antigüedad, por lo menos. ¿No ha oído hablar nunca de la inflación?

—No se lo puedo cambiar.

—Pues quédese el cambio. Algún día tendrán que mirar ustedes la realidad cara a cara. Su actitud no puede ser menos realista.

El taxi se alejó cansinamente. Alcé la vista, miré a la acera de enfrente, y vi una serie de talleres de techo inclinado, con camiones en la entrada. Sobre la abierta tripa de una de esas máquinas muertas o fosilizadas se encorvaban los torsos oscuros de tres jóvenes. Dos de ellos iban desnudos hasta la cintura, sucios y vellosos, mientras que el tercero era como una colcha de retazos de cuero y tejano desteñido. La entrada al local de Fielding, según pude ver por fin, se encontraba justo al lado de donde ellos estaban, una puerta numerada en medio de grandes muros ennegrecidos... Me abroché con un ademán elegante el botón de la americana de mi traje nuevo (blanco hueso con los respuntes negros: yo no estoy en absoluto seguro, de modo que me hubiera encantado que ustedes estuviesen ahí para tranquilizarme, para decirme que mi aspecto era el más adecuado), me metí las manos en los bolsillos del pantalón, y crucé tranquilamente la calle.

Bien. Los gays no me han molestado nunca, jamás en la vida. Hasta un grado casi humillante, no parezco ser su tipo. No les voy, sencillamente. No tengo problemas con ellos. Pero cuando atravesé la calle, con sus cráteres y grietas, y noté las conocidas vibraciones de la ironía y la agresión, noté también otra cosa: noté mi peso, mi volumen, mi carne, estaba siendo tasada, valorada, registrada, y no con lujuria, no, sino con un tipo de especulación carnal que hasta entonces no había sentido. Joder, ¿es así como os sentís las tías? Miré recto al frente, hacia el portal, con la presencia de los hombres inquietos fuera de mi campo de visión, pero ahí, justo ahí.

Pasé al lado de ellos.

—Elemental —me pareció oírle decir a uno de ellos.

Me detuve. Volví la cabeza. Nada nos impide seguir nuestro camino, pero yo soy incapaz de hacerlo. Me giré y les pregunté, con verdadero interés:

—¿Qué es lo que me han llamado?

—Semental —dijo uno de los tipos. Tenía una especie de gancho enorme sujeto entre las piernas—. Semental.

Se me ocurrió un montón de respuestas, pero me limité a gruñir, y le borré de mi vida con un ademán despectivo de la mano, para después reanudar mi camino. Tampoco en eso acerté. Tampoco eso era lo adecuado en la selva... Crucé la puerta. Medio cegado por la oscuridad, llegué a una empinada escalera y avancé hasta el primer peldaño. Pero, en ese mismo momento, sonaron unos pasos a mi espalda, y rechinaron unos goznes, y oí también el cascabeleo asesino de unas cadenas. Se lo juro, subí esa escalera más aprisa que un masoca recién apaleado, impulsado por un aparatoso terror diurético, temiendo por mis expuestas grupas... La pesada puerta de arriba no cedió hasta mi quinto empujón, pero para entonces ya me había dado media

vuelta y alcancé a ver las figuras encogidas que se retiraban hacia la luz de la calle, y sólo pude oír unas risas.

Avancé unos pasos, cerré, y me quedé jadeando y parpadeando en un teatro acristalado de espaciosa luz, con un aire tan libre de polvo, tan oceánico, que sólo veías la suciedad de tus propios ojos humanos. Entre las columnas de pino que había en el fondo se encontraba Fielding Goodney, ridículamente amable y firme —y refrigerado— con sus tejanos y su camisa nueva de color blanco, disfrazado de joven, de adinerado. Les estaba dando instrucciones a tres obreros o lo que fueran, vestidos con monos azules. Me saludó alzando la palma en el aire.

Mientras aguardaba a que mi respiración regresara a su pesado ritmo habitual, me giré y observé el lugar. Encendí un pitillo, cuya primera puñalada me dobló por la cintura con un inacallable ladrido de protesta por parte de mis pulmones. Una llorosa comezón me irritó los párpados mientras pasaban velozmente ante mis ojos numerosas y dolorosas resacas. Fíu, esto de la bebida, este estilo de vida del bebedor, resulta durísimo para quienes lo eligen. Seguí avanzando sin rumbo fijo, tratando de disfrutar de la luz, pasando junto a colgaduras y cortinas de aspecto clínico, un banco de carpintero, una máquina del millón. De la pared del fondo colgaban media docena de cielos lechosos. Quienquiera que los hubiese pintado veía la vida limpia como un dentífrico, o fingía verla así. Me volví, y el sol me dio en pleno rostro. Allá arriba, a través de los altos ventanales, se escondía Manhattan, pues se alcanzaban a ver las torres gemelas del World Trade Center, a modo de sendos mecheros de oro recortados contra el intenso y pesado azul del aire exterior. Sacudí la cabeza. La paja en mi ojo, la mota de nervio muerto en la que no vive luz alguna, me señaló con su dedo negro.

—Eh, John. Menudo traje. ¿Adónde pensabas ir? ¿Alabama?

—¿Qué?

—¿Te pasa algo, tío?

—No, sólo que he tenido un pequeño percance con unos cabrones. Viniendo para acá.

Fielding rió, y luego arrugó el entrecejo, concentrado:

—¿Y?

—Me han llamado semental, esos maricones ¿Qué se supone que quiere decir eso?

—¿No te parece precioso?

—Anda ya. Este no es un lugar adecuado para las pruebas. Pobres actrices, cuando tengan que pasar junto a esos bestias de ahí abajo.

—No te preocupes, John. Ellas entrarán por la fachada —dijo Fielding, apoyándose el brazo sobre el hombro—. Y por ese lado no hay más que una tienda de pan macrobiótico, y un magnífico ascensor. A ti te he hecho venir por la puerta trasera.

—¿Para qué?

—Con fines educativos. Ahora, tranquilízate y toma una copa. Y prepárate para las nenas.

No otra cosa podía esperarse de Fielding. Subimos al estrecho escenario, en donde Fielding había hecho instalar un equipo de vídeo (dos cámaras portátiles), un estéreo, una máquina pequeña de marcianitos, una enorme pecera, dos sofás con sendas mesas bajas de acero, y una gorda y bajita nevera. Me gustan los muebles nuevos. Me gustan los muebles por estrenar. Quedé harto para toda mi vida de cacharos de anticuario cuando crecí, en Pimlico, y en Trenton (Nueva Jersey). Pero sigo prefiriendo los muebles feos, ¿me entienden ustedes? Fielding se arrodilló e hizo sonar una uña contra la pared de cristal de la pecera. Cuando miro una pecera, tengo la sensación de ver muebles de un tipo especial, con perlas y encajes y rayas y gorgoteos, una salita de estar supermoderna, y un boudoir de la era espacial.

—Todos los peces reaccionan a los movimientos del pez alfa —dijo Fielding con su rostro reflejado en el cristal—. El pez alfa es ése, el de la cola negra. —Eché una ojeada al reloj, y se enderezó—. Hoy elegiremos a la chica, a la artista de strip-tease.

—¿La bailarina? —dije—. ¿Y Butch?

—Tú sabes que Butch ya ha sido contratada. Tú sabes que ella tiene el papel de bailarina. Yo también lo sé. Pero esas chicas, ésas no saben nada de nada. ¿Entiendes la cosa, Slick? Vamos a divertirnos un poco.

Y vaya si nos divertimos. Para empezar, con la jarra de cóctel que Fielding había preparado, gracias a la cual yo había dejado de sentir dolores para cuando llegó la primera candidata y comenzó a pegar brincos en el escenario. Era una enorme morenaza con las mejores... No, esperen. A lo mejor comenzamos con esa rubia cachonda que movía su... No. Fue la negra con el... En fin, al cabo de un rato, tras toda aquella exhibición de luminosa y blanquísima vigilia de alcohol y mentiras y pornografía, comenzaron a confundirse las unas con las otras. Siempre seguíamos la misma rutina y les pedíamos que hiciesen el mismo número, y Fielding las hizo entrar y salir por aquella puerta como un vacunador en serie. Es una tradición intemporal de nuestra industria: crear una atmósfera relajada y simpática cuando haces pruebas de chicas para papeles de tipo erótico. Por ejemplo, Terry Linex, de la C. L. amp; S., suele decir siempre lo mismo:

—Bien. Esta es una escena erótica. Yo haré el papel del hombre...

Qué ganas le ponen las tías, qué a gusto trabajaron esas enloquecidas y felices chicas de Manhattan.

Avanzaban por el escenario, nerviosísimas, sí, pero mortalmente excitadas, con los nervios de punta hasta el extremo de su último pelo, cada una con sus detalles especiales en sus formas y curvas, en sus retorcimientos y contoneos. Nosotros permanecíamos sentados y les ofrecíamos una copa y les preguntábamos lo de

siempre. Ellas no necesitaban que nadie las estimulase: verán, las pobres creían que era posible, hasta probable, que cierto grado de dinero y de fama las hubiese elegido, que las hubiese excepcionalmente señalado con el dedo. De modo que hablaban de su carrera, de sus sueños, de sus comecocos, de todo. Fielding las dejaba hablar durante unos cinco minutos, para después preguntarles, con un destello estratégico en su mirada:

—¿... Y Shakespeare?

Bueno, hasta yo me pegué mis cuatro o cinco grandes carcajadas oyendo las respuestas a esa pregunta.

—Sí, tengo muchas ganas de hacer Mrs. Macbeth. O *Antonino y Cleopatra*. O *La comedia de las equívocas*.

Hubo una chica, lo juro, que por algún extraño motivo estaba convencida de que *Pericles* contaba la historia de un vendedor de coches. Y otra creía, sin duda, que *El mercader de Venecia* ocurría en Los Ángeles.

—Muy interesante, Verónica, o Enid, o Serendipity —contestaba Fielding—. Bien. Ahora querríamos que te quitaras la ropa.

—¿Al ritmo de la música?

—Claro, claro —decía él, y se preparaba para poner la cinta en marcha.

—En realidad, no he traído la ropa adecuada.

—Venga, Maureen, o Euphoria, o Accidia. ¿No eres una actriz?

Y, dejando primero sus dientes al desnudo, las chicas iniciaban sus contorsiones. Yo las contemplé tras una pantalla de vergüenza, o miedo, de lujuria y risa. Mi pantalla pornográfica. Y las chicas se entregaron de brazos abiertos a la pornografía. Eran chicas de ciudad, con gran experiencia en las costumbres del siglo xx. Aquello no era baile ni *strip* ni *tease*, en realidad no tenía nada que ver con ese arte. Se quitaban simplemente la mayor parte de la ropa, y te daban una lección acerca de su anatomía personal. Una de ellas se limitó a levantarse la falda, se tumbó en el suelo, y se hizo una paja. Fue la mejor. En tres atareadísimos días, sólo hubo dos que se negaron. Fielding opinaba que era Shakespeare lo que las ponía en situación, algo relacionado con la exaltación que en ellas provocaba la mano que les había tendido el arte por un instante.

Algunas veces estuve preguntándome si Fielding tenía intención, con todo aquello, de promocionar a las chicas, en otro sentido. Pero siempre se limitó a decir cosas como: «Esta va por ti, Slick», o «John, a ésa le gustas».

—¿Crees que le gustas a Doris? —le pregunté en un momento de descanso.

—¿A Doris? Doris es gay, John. Ya lo sabes.

—¿Y dónde está su guión, maldita sea?

—Paciencia, Slick. Calma y serenidad. Oh..., y esta noche tienes que hablar con Spunk Davis. Tienes que pedirle una cosa. Y te lo advierto, se pondrá hecho una

furia.

—¿Qué tengo que pedirle?

Me lo explicó.

—De eso nada —le dije—. Oh, *no*. Pídeselo tú.

—Es a ti a quien respeta, Slick. Se la pones tiesa de verdad.

—Vaya —dije. Pero para entonces una nueva máquina erótica se nos acercaba desde el otro extremo del escenario, y me sentí enseguida demasiado caliente como para ponerme a discutir.

De modo que, ya lo ven, durante los últimos días no tuve tiempo para *leer*. Estuve demasiado ocupado *viendo* de todo.

\*\*\*

*Mr. Jones, el dueño de Manar Farm, había cerrado los gallineros para la noche, leí, pero estaba tan borracho que no se acordó de cerrar los pop-holes...* Todavía no sé qué son los *pop-holes*. He preguntado por ahí. Fielding no lo sabe. Félix tampoco. El diccionario tampoco. ¿Lo saben ustedes?

—Eh —dijo una voz a mi espalda.

Me volví.

—Vete a tomar por el saco —dije, y le di de nuevo la espalda.

Dejé de leer y miré a mi alrededor. No era un lugar para dejarse sorprender leyendo: un bar gay de hombres, en un profundísimo sótano situado no lejos de las chamuscadas East Twenties. Aquello era tan hondo que casi parecía que estuviésemos en un rascacielos vuelto boca abajo. Es posible que algún día Manhattan sea así: rascaprofundidades, rascanúcleos, cien pisos bajo tierra. Algunos neoyorquinos que no viven en el mundo que está de moda ya han tomado como lugar de residencia las alcantarillas y los pasillos del metro. En serio. Tienen ahí sus casitas, con camas y cómodas. El dinero les ha sumergido hacia las tripas del planeta, el dinero les ha empujado hacia las profundidades... A mi alrededor había ausencia de mujeres, mandíbulas, pelos rapados a lo militar, tipos recubiertos de cuero, como hombres ranas, adanes con toda la barba de tres días, con todo el músculo y todo el sudor. Ahí, en medio de las sombras y el polvo de la serrería, no necesitaba uno más que su masculinidad, su agria testosterona.

—Eh —dijo una voz a mi espalda.

Me volví.

—Vete a tomar por el saco —dije, y le di otra vez la espalda.

No era uno de los peores locales. Imagino que el maricón estándar de Manhattan pasa por aquí para tomarse un último vaso de vino blanco camino de la mazmorra o de una cita asesina previamente pactada en el Water Closet o el Mother Load. Éste

era un lugar oscuro de susurros y tanteos, de siluetas negras. Las formas de los clientes no proyectaban temblores ni amenazas, sino, más bien, cierta circulación sacerdotal de ondas de radar emitidas por los apetitos que les habían traído hasta allí.

—Eh —dijo una voz a mi espalda.

—Vete a tomar por el saco —dije, y me volví—. Ah, hola. Lo siento. ¿Qué tal?

—Bien. ¿Te gusta este sitio? Mírate, parece que estés aterrorizado. Vale. ¿De qué querías hablarme?

Inspiré profundamente, y oí la débil marea de protesta emitida por mis gimoteantes pulmones. Él se sentó en el taburete que había a mi lado. Camiseta, bíceps con las venas visibles, los tendones visibles. Pidió un vaso de agua. Agua de grifo, nada de agua de alta costura. No tenía intención de tragar tanta burbuja: Spunk no era de éstos.

En este momento yo tenía el deber y la necesidad de recordar que no estaba tratando con un jovencito corriente. Spunk no bebía. No fumaba. No esnifaba. No comía. No jugaba. No juraba. No follaba. Ni siquiera se hacía pajas. Sólo hacía verticales. Flexiones. Meditación trascendental y control mental. Era un cristiano renacido, un auténtico creyente que se dedicaba a hacer obras de caridad: un joven preocupado por los pobres y los marginados... Sí, tendría que emplear todo mi talento para la manipulación humana. Miré su cara, cerrada como un puño, y le dije:

—Spunk. Es el asunto de tu nombre.

—Ya. ¿Qué pasa con él?

—Probablemente me odies cuando oigas lo que tengo que decirte.

—Ya te odio antes de oírlo.

—La cuestión es, Spunk —dije—, que en Inglaterra...

—Ya sé lo que vas a decirme. Ya sé lo que vas a decirme.

Esperé.

—Quieres que le añada una *e* a Davis. Pues, olvídalo, Self. Ya puedes comenzar a pensar en cualquier otra cosa. No pienso hacerlo. Imposible.

—No —dije—, la parte de Davis está bien. Mira, Spunk, puedes conservar tu Davis tal cual. Davis va bien. El problema lo tenemos con la otra parte.

—¿La otra parte?

—Ahí está el problema, sí.

—¿Te refieres a Spunk?

—A esa parte me refiero, en efecto.

Puso cara de sorpresa, como si le hubiese pillado a contrapié. Pedí otro whisky y encendí otro pitillo.

—La cuestión es —dije— que esa palabra, en *Inglaterra*, significa otra cosa.

—Ya, claro. Significa fuerza, valor, coraje.

—Cierto, pero también otra cosa.

—Ya. Huevos. Cojones.

—Cierto, pero también otra cosa.

—¿Cuál?

Se lo dije. Se quedó destrozado.

—Lo siento, Spunk, pero las cosas son así.

Su joven rostro se hundió y tembló, y el dolor le arrugó las esquinas de los ojos. ¿Por qué no hubo nadie que se lo explicara antes? Probablemente, pensé, nadie se atrevió. Me encogí de hombros y vacié mi copa.

—Me explico, ¿no? Si trabajáramos con un actor inglés que se llamase Jizz<sup>[11]</sup> Jenkins o algo así, habría que...

—Al diablo Inglaterra. ¿Qué me importa a mí Inglaterra?

—Tendrás que admitir que es un problema... Podrías cambiarlo un poquito. ¿Qué te parece Spank?

—¿Spank? ¿Se puede saber lo que pretendes? ¿Se puede saber qué clase de nombre es Spank?

—Hay varios nombres norteamericanos que suenan así. Skip. Flip. Rip. Trip. Hank. Hunk. Hunk Davis —dije, en plan de experimento—. O Bunk, o Dunk, o Funk, o... Junk, o Lunk, o...

—Como pronuncies una sola palabra más, me arranco las orejas de cuajo.

—O Punk —dije—. O Unk —insinué. Pensándolo bien, eso de *unk* es una terminación bastante popular.

De repente Spunk se dejó caer del taburete. Agarrándome de la corbata, como si intentase conservar de este modo el equilibrio, acercó su cara de actor a la mía, justo entre los ojos. Esto duró mucho tiempo. Me parece que trataba de proyectar sobre mí sus ejercicios de control mental, pero no estoy seguro. Luego, con los abultados nudillos de su mano derecha, mandó su vaso lleno de agua hasta el final de la barra, en plan oeste. El vaso se tambaleó tras deslizarse por la resbaladiza superficie de acero, pero no llegó a caer al suelo.

—Spunk... —dije.

Pero Spunk se largó.

Pedí finalmente otra copa, y giré en mi taburete. Si Spunk pretendía ponerme nervioso al citarme en este local, se había equivocado de largo. Con toda la pandilla de maricas diesel, toros homosexuales, artistas del strip-tease, travestís y amantes del dinero que suelen rodearme en mi trabajo, la anormalidad ya no me inquieta. El mundo vacila. ¿Quién es normal? ¿Lo es alguno de ustedes? ¿Lo es Martina Twain? ... Miré hacia uno y otro lado: las caras, los hombros, las manos. En cuanto a mí, carezco por completo de historial maricón. Carezco de pasado maricón. Pero, hoy en día, ¿quién sabe? Quizá tengo un gran futuro maricón. Es posible que, como maricón, me aguarde un futuro triunfal.

Eh, vosotros, tíos, vosotros, gays que disteis el paso. Me refiero a los de ahí afuera, no a los de este local. De modo que habéis decidido montároslo así. Buscar al macho. ¿Qué se siente en un mundo sin *ellas*? Imagino que es lo mismo que cuando no hace ningún tiempo, ni bueno ni malo. Sin vientos ni lluvias lunares, sin biología. Zona templada. Una vez igualada de *este* modo la humanidad, quizá el mundo resulta más tranquilizador. ¿O resulta extraño? Sí, y querría saber una cosa que siempre me ha intrigado: ¿hay ocasiones de ésas en las que no se le levanta a *ninguno* de los dos? ¿Padecéis noches de ésas de las del a-mí-tampoco? En fin, chicos, reconozco una cosa: este siglo ha sido el vuestro. He oído decir no hace mucho que *Australia* acaba de salir diciendo yuuupi del lavabo. ¡Australia! Todos esos chicos con cara de calabacín, todos esos fortachones playeros, todos son ahora mariposos. ¿Se puede saber qué está ocurriendo, maldita sea? Hay quienes le echan la culpa a las mujeres. Yo se la echo a los hombres. A la primera señal de preocupación, tras cincuenta millones de años de hacer lo que nos daba la gana, levantamos las manos y nos hacemos gays. Increíble. ¿Es forma esta de comportarse? ¿Hasta qué punto nos vamos a amariconar? Venga, tíos, no me dejéis solo. ¿Qué se hizo del viejo espíritu cavernícola? No os rindáis. No desertéis. ¿Cuál es el problema? Al fin y al cabo, no son más que *mujeres*.

Pedí otra copa. Mirando hacia un lado me fijé en algo extraño, anómalo: una tía, una rolliza muchacha con tobilleras, avanzando trémula junto a la barra, dirigiéndose hacia mí. No podía tener más de dieciséis años aquella pobre niña perdida con su breve faldita rosa y su bolero de ropa tejana. Se volvieron las cabezas gays. Ella se encaramó en el taburete que estaba junto al mío, y le pidió al ceñudo barman un zumo de naranja. Pronto comprendí lo que tenía que hacer. Ahora lo veía con la mayor claridad. Acompañarla de regreso a su vieja casa de piedra arenisca, darle unas cuantas explicaciones amables a su mamá, estrechar silenciosamente la mano de su agradecido papá, jugar una partida de damas con su hermanito, y, en el momento de retirarme, propinarle a la niña unos buenos azotes en los cuartos traseros.

—Hola —dije.

Ella se volvió.

—Vete a tomar por el saco —dijo ella, y me dio la espalda.

De hecho, acepté su consejo. Me tomé unas cuantas pizzas tamaño neumático en un snack-bar mongoles, y regresé en taxi al hotel. Luego cené en el Barbarigo, mi restaurante preferido del barrio. Mañana será un gran día. Tengo que ver a Martina, y me queda mucho por leer.

\*\*\*

El regalo de Martina se titulaba *Animal Farm* y era de George Orwell. ¿Lo han

leído? ¿Es un libro que me va? Coloqué la lámpara, y puse los cigarrillos en la mesita, en fila. Luego tomé tanto café que cuando abrí el libro sobre mi regazo me sentía como un asesino en el momento de recibir la primera descarga en la silla eléctrica. George Orwell se cambió el nombre, porque en realidad se llamaba Eric Blair. No le culpo por haberlo hecho. Su libro empieza con unos animales que celebran una reunión en la que exponen sus quejas acerca de la vida que llevan. La vida que llevan parece dura —sólo trabajo, nada de descanso, nada de dinero—, pero ¿qué esperaban? No alimento ambiciones realistas respecto a Martina Twain. Sólo alimento ambiciones antirrealistas. No sé si se han dado cuenta de lo asombrosas que son hoy en día las posibilidades de los monstruos de fealdad que ganan un poco de pasta. Si eres heterosexual, y tienes algo de dinero en el bolsillo, puedes tirarte a lo mejor de lo mejor. Los tíos buenos se pasan todos al campo gay, o bien eligen a mujeres de las que se dedican al porno. En esa reunión de animales, se ponen a cantar una canción. Bestias de Inglaterra... Fui a tenderme en la cama. Tenía la cabeza repleta de interferencias. Necesito unas gafas. Necesito una paja. Pero tengo que seguir leyendo. Lo fantástico de leer es que tienes que estar en condiciones de hacerlo. En buenas condiciones mentales, y también físicas. Este cuerpo que me ha correspondido es una distracción constante. Aquí estoy, tratando de leer, atareadísimo con mi lectura, pero obligado persistentemente a dejar el libro a un lado a fin de mear, cortarme las uñas, afeitarme, vomitar, cepillarme el felpudo, hacerme una paja, tomarme una aspirina, encender un pitillo, pedir más café, rascarme la oreja y mirar por la ventana. Me puse de nuevo a leer. Los animales cantan una canción. Bestias de Inglaterra. Era opresivo, super opresivo, el calor que hacía en mi habitación. Fui a inspeccionarme la espalda en el espejo. Completamente curada por fin, excepto la herida que se enfureció, que se infectó. La herida está mucho más rabiosa que yo. Yo estoy dispuesto a reírme de todo, pero la herida que me queda en la espalda no para, quiere pelea. Me puse otra vez a leer, estuve, de hecho, leyendo tanto rato seguido que acabé obsesionándome por la cantidad de tiempo que había dedicado a leer. Llamé a Selina. Allí eran las seis de la mañana, pero no hubo respuesta. Dirá que desconectó el teléfono. La muy puta. Me puse otra vez a leer. A las doce y cuarenta y cinco tengo que estar al otro lado de la ciudad, para almorzar con Caduta Massi en el Cicero. Pero todavía no son más que las once y quince. Empecé otra vez a leer: no he parado de leer; como mínimo, parece que he pasado unas cuantas páginas. Tengo que reconocer que admiro el modo en el que Orwell empieza el libro con cierto retraso, en la página siete. Esto ha de actuar en tu favor. Leer, sin embargo, es un trabajo lento, ¿no les parece a ustedes? Hace falta mucho tiempo para pasar de la página veintiuno a la, digamos, página treinta. Primero llegas a la veintitrés, luego a la veinticinco, luego a la veintisiete, luego a la *veintinueve*, por no hablar de los números pares. Luego a la treinta. Después te queda la página treinta y *uno*, la treinta

y tres: y la cosa no se acaba nunca. Por suerte, *Animal Farm* no es una novela muy larga. Pero las novelas son largas, ¿no? Todas. Son, bueno, *larguísimas*. Al cabo de un rato se me ocurrió llamar a Félix y decirle que me trajera unas cuantas cervezas. Resistí la tentación, pero eso también me costó mucho tiempo. Luego llamé a Félix y le pedí que me subiera unas cuantas cervezas. Seguí leyendo.

Regresé del almuerzo a las cinco menos cuarto, en excelente forma, no sin haber entrado a husmear un par de bares en mi camino de vuelta desde el otro extremo de la ciudad. Tres horas y ciento veinte páginas por delante. Noventa segundos por página, lo suficiente. Caduta Massi tampoco me supuso problemas, ni siquiera en su enorme suite. Estuve sentado, haciendo gestos de asentimiento, con su viejo príncipe Kasimir (un resto remendado de la II Guerra Mundial), mientras Caduta hablaba como una canción de cuna sobre niños, madres, partos, estaciones, y aquellas sus colinas toscanas en las que crece la hierba, sopla el viento, y azulea el cielo. Allí, en las colinas de la patria de Caduta, al parecer, la primavera es una época de renovación, la tierra da vida renovada, los brotes crecen y la savia trepa por los árboles.

—Ahora dejaré que los hombres disfruten de su café y de su oporto a solas, libres del parloteo femenino —dijo Caduta, y desapareció. Kasimir y yo nos quedamos sentados, bebiendo en absoluto silencio, durante cuarenta y cinco minutos, hasta que regresó Caduta cargada con tres gruesos álbumes dedicados por completo a sus ahijados. Los ahijados son los únicos hijos que Caduta ha logrado tener, pero, amigo, qué cantidad de ahijados tiene. Me senté junto a ella en el sofá y estuve figando montones de caricias filiales... A estas alturas el libro y yo nos deslizábamos suavemente. Esto de leer sin parar da mucho sueño. Yo tengo la teoría de que el whisky ayuda a seguir avanzando. El whisky es el secreto de una lectura seguida y sin problemas. O eso, o bien *Animal Farm* es muy fácil de leer... Lo único que me desconcertó fue lo de los cerdos. Esto no me lo trago, tío, repetía interiormente. Quiero decir que, ¿cómo es que los *cerdos* son tan listos, tan civilizados y educados? ¿Han visto ustedes un *cerdo* alguna vez? Yo sí, y, la verdad, es una experiencia repugnante. Estuve viendo cerdos la vez que fui a una granja para filmar un spot de una nueva marca de croquetas con sabor a cerdo. Tendrían ustedes que ver a esos monstruos de mandíbulas peludas, a esos feos bichos pedorreros, gruñendo y comiendo en sus pocilgas. Qué pandilla. Morderle la cola a tu novia cuando ella se distrae no está mal visto entre ellos. Dado lo que vi allí, eso debe de ser de buena educación, una muestra de cortesía. Y cuando pienso en cómo tienen su casa, bueno, me estremezco. No es por casualidad que reciben el nombre de *cerdos*. En cambio, Orwell los pone aquí como los cerebros de la granja. Seguro que nunca vio a un cerdo en acción. O eso, o hay alguna cosa que no he acabado de pillar.

*Los seres de afuera miraban primero a los cerdos y luego a los hombres, leí, Y de*

*nuevo a los hombres y luego a los cerdos; pero a estas alturas ya no era posible distinguir a los unos de los otros.* Brillante. Llamé a Martina y acordé reunirme con ella en el Tanglewood de la Quinta Avenida. Ella puso alguna leve objeción, no recuerdo cuál. Me duché, me mudé y llegué a buena hora. Pedí una botella de champagne. Me la bebí. Ella no compareció. Pedí otra botella de champagne. Me la bebí. Ella no compareció. Así que pensé, qué diablos, y decidí que, ya puestos, mejor sería agarrarla de verdad... Y en cuanto logré esto último, siento tener que informarles que me olvidé de toda precaución.

\*\*\*

Me hice mayor, en el sentido de más grande, aquí, en los EE. UU. de A. Entre los siete y los quince años viví en Trenton, estado de Nueva Jersey. Hice todas las cosas que suelen hacer los niños norteamericanos. Dije las cosas como las dicen los niños norteamericanos. Me crecieron dientes fuertes, orejas grandes, llevé el pelo al cepillo, y tuve una bici pequeña con timbre eléctrico. Afiné mi voz en un tono a mitad de camino entre el inglés de América y el de Inglaterra. Alec Llewellyn dice que a veces hablo como un disc-jockey inglés. No recuerdo que las cosas de aquí me pareciesen enormes, pero sí recuerdo que cuando volví a Inglaterra todo me pareció pequeño. Los coches, las neveras, las casas: todo escuchimizado, ridículo. Aquí aprendí muchos interesantes trucos sobre la riqueza y la gratificación en general. Hice la labor preparatoria para mis posteriores adicciones a la comida rápida, las bebidas dulces, el tabaco fuerte, la publicidad, la televisión veinticuatro horas al día, y, quizá también, a la pornografía y las peleas. Pero no le echo las culpas de todo eso a Norteamérica. No culpo a Norteamérica. Culpo a mi padre, que me envió aquí en barco en cuanto murió mi madre. Culpo a mi madre.

A ella casi no la recuerdo. Recuerdo sus dedos: en las mañanas frías, me llegaba junto a su cama y ella tendía su mano cálida desde debajo de las mantas, y me abrochaba los botones de los puños de mi camisa. Su cara era... No lo recuerdo. Su cara permanecía debajo de las sábanas. Vera estaba siempre malita. Sólo recuerdo sus dedos, sus huellas dactilares, sus uñas rotas y la marca del botón en los contornos de la yema. Supongo que no sabía abrocharme los botones de los puños. Y parece que necesitaba un toque humano. Romperé a llorar dentro de poco, pero me resistiré. De hecho, no he llorado nunca, ni nunca lloraré. Creo que necesitaba algo por lo cual recordarla, y, ¿qué tengo? Sólo sus dedos y la diferencia en la casa, el juicio, la vergüenza, cuando ella desapareció.

Me gustaban mis tíos de Trenton, Lily y Norman, los americanos. Vera y Lily, las dos hermanas: en la foto perdida sus caras parecen muy americanas con sus anchas sonrisas provistas de unos dientes delanteros que se les meten hacia adentro, con sus

dulces dientes. Las hermanas parecen felizmente conscientes de ser hermanas. Se nota un disfrute de los genes compartidos. *Brindo por vosotras, chicas*, pensaba yo cada vez que miraba la foto (¿dónde la perdí?). Pasadlo *bien*. Las caras están, además, atemorizadas. Tenían veinte y veintiún años. Sé lo que se siente a esas edades. Cuando eres así de joven pasa lo siguiente: que sigues poniendo cara de aplomo, pero no entiendes nada. Las hermanas se fueron a Inglaterra en 1943. No sé si los maridos ingleses eran entonces lo que han sido luego, pero las dos se encontraron casadas con maridos ingleses. Lily regresó de nuevo a casa con Norman. Vera se quedó allí, con Barry Self.

Mis primos, Nick y Julie, me gustaban, eran más pequeños que yo. Nick y Julie también se gustaban mutuamente: eran más pequeños, y se convirtieron en norteamericanos hasta un grado que yo nunca alcancé. Excepto cuando les amenazaban, y yo peleaba o me hacía el matón para protegerles, por lo general preferían que me mantuviera lejos de ellos. Eran más pequeños, la culpa no es suya. Pero todavía me siento excluido, como entonces. ¿Dónde estaría yo en una Granja de Animales? Sería una de las ratas, pensé al principio. Pero..., venga, no te pongas tan duro, tómatelo con calma. Ahora, tras maduras reflexiones, creo que tengo lo que hace falta para ser un perro. Soy un perro. Soy un perro junto al mar, atado a una valla mientras mi amo y mi ama retozan en la arena. Salto, brinco, gimo y ladro, consumiéndome. Los perros aceptan un cachete, hasta una patada de vez en cuando. Si eres perro, soportas bastante bien algún cachete. ¿Y una patada? ¿Qué es una patada? Los perros de la calle se preocupan por todo, se interesan por todo, corren en pos de los grandes descubrimientos. Pero qué dolor, estar atado a una valla cuando, tan cerca, hay actividad —y juego, imaginación, fascinación—, justo un poco más allá del extremo de la correa que te sujeta.

Siempre he entendido que Norteamérica es el país de las oportunidades. Vigorosamente mestiza, Norteamérica es un país con éxito en su ozono, un nuevo mundo para aprovechados y listos, un lugar en donde la fortuna sonrío con una mueca y te hace la señal de victoria... Sí. O no. Tío Norman comenzó a trabajar en la industria de los áridos, con poco capital de entrada, por supuesto. Norman trabajó con ahínco. Los días eran largos y dulces. Pasaron los años. Y no ocurrió nada: seguía siendo un pequeño comerciante de áridos. Luego lo vendió todo y metió toda su energía en el campo de los electrodomésticos. Volvió a fracasar. A los electrodomésticos parecía importarles muy poco que él volcase todas sus energías en ese campo. Probó suerte como mayorista de maderas. Fracasó, no tuvo ninguna suerte. Llegado a ese punto Norman comenzó a describir una curva: hipotecó la casita y metió hasta su último céntimo en la industria de la ventilación. La industria de la ventilación se tragó su dinero sin el menor problema, y no le devolvió nada. Luego hizo lo tremendo. Volvió a Inglaterra.

A mí me devolvieron a mi padre, al Shakespeare, con quince años y enorme ya. Salí a trabajar, cosa que era justamente lo que yo quería. Mi pequeña familia se esparció por todas partes. Lily ha vuelto a casarse: ayuda a su marido, que tiene una tienda de comestibles en Fort Lauderdale. Nick se dedica a Dios sabe qué en el Golfo, me parece que en Qatar, o en los Emiratos. Norman está en un manicomio. Creo que hubiese ido a parar allí de todos modos, aunque hubiera triunfado. Era un hombre amable y perplejo, siempre predispuesto a las mayores confusiones. Estaba escrito. A Norman le debo dinero. Una vez le mandé cierta cantidad. Me la devolvieron. En los manicomios —sólo en ellos— el dinero no sirve de nada.

Me sentía mayor y fuerte, a los quince, y dispuesto a utilizar todo el talento que tenía. A primera hora de la mañana cargaba cajas de cerveza con Fat Vince. Durante el resto del día hacía recados en Wallace amp; Eliot. Por las noches ayudaba a Fat Paul a echar a los borrachos del Shakespeare. Y... No sé muy bien por qué les cuento todo esto. Está tan lejos... Las paradas de un viaje carecen de importancia cuando el viaje carece de destino, cuando sólo tiene un final. En la calle, taconeán las mujeres. Taconean por el tiempo... Aquello ocurrió, pero ahora ocurre esto. Al igual que la desaparecida Vera, el pasado ha muerto y desaparecido. El futuro podría ir hacia allí, hacia allá. Los futuros del futuro nunca habían tenido un aspecto tan pétreo. No inviertan dinero en el futuro. Acepten mi consejo y confórmense con el presente. El presente es real, la única realidad. El presente, el jadeante presente, es todo cuanto hay.

\*\*\*

—¿Qué ocurrió? —pregunté por teléfono. Estaba dispuesto a ponerme muy serio.

—... No fui.

—Sí. Eso me parece recordar. —Esperé un momento—. ¿Por qué?

—Por nada. Intenté explicarte por teléfono que no iría, pero no me escuchabas.

Esperé.

—Te esperé —dije.

—Estabas borracho —suspiró Martina—. No sé si te das cuenta, pero es pedir mucho eso de hacerme pasar toda una tarde con alguien que está borracho.

... Siempre había sabido que eso era verdad, naturalmente. Todos los borrachos sabemos que eso es verdad. Pero, en general, la gente tiene la suficiente consideración como para no mencionarlo. La verdad carece de tacto. Ese es el problema de los que no son alcohólicos: nunca sabes qué van a decir a continuación. Sí, los sobrios son gente extraña, impredecible, insoslayable, selectiva. Pero nosotros hacemos cuanto podemos por soportarlos.

—Veámonos esta noche. No estaré borracho, te lo prometo. Mira, siento de

verdad lo de ayer noche.

—¿Ayer noche?

—Sí. Las cosas escaparon un poco a mi control.

—¿Ayer noche?

—Sí. No sé qué me ocurrió.

—No file ayer noche. Fue anteayer por la noche. Llámame a las ocho. Entonces podré darte una respuesta. Si estás borracho, colgaré, y ya está.

Y colgó.

Sentí un montón de bascosas preguntas que se interponían en mi camino cuando me bajé de la cama y me desnudé lentamente delante de la ventana, contemplando las tremendas traiciones químicas y las horribles superposiciones que se producían en el derramado cielo. Llegué incluso a decirme a mí mismo. Joder, otra vez se me cae encima uno de esos eclipses internos. Pero Félix apareció con mi desayuno, y me dio los buenos días, y todo pareció estar bien. Aparte, claro, de la comida. Mi tortilla, cuando estaba en el plato, parecía notablemente dócil, pero muy pronto adquirió más vida de la cuenta.

Llamé a Félix y le exigí que se presentara en la habitación 101.

—Mira, chico —dije, muy severo—. Me gustaría saber por qué me dejaste dormir tanto ayer. ¿No se supone que tienes que cuidar de mí? El tiempo es dinero. Maldita sea, Félix, soy un hombre muy atareado.

¿Cómo? —dijo Félix, ladeando la cabeza—. Pero si ayer ni siquiera estuvo aquí... Pensé que se había ido a pasar el fin de semana fuera, o algo así. Llegó por la noche, muy tarde.

—¿Bebido?

—¿Bebido? —Y comenzó a esbozar una sonrisa—. Los de abajo no están de acuerdo conmigo, pero en mi opinión fue la mejor borrachera de todas, hasta la fecha. Llevaba un gorro de fiesta en la cabeza, y toda la cara pintarrajeada de barra de labios. ¿Bebido? No hay palabras para describir cómo venía. Parecía que se hubiera estado pegando con la botella. Estaba usted..., bueno, estaba simplemente muerto.

No cabía la menor duda: la cogorza había sido de las malas. Era incapaz de recordar nada de la noche anterior, de todo el día anterior, de antes de ayer. Y, lo que es peor, tampoco lograba recordar nada de *Animal Farm*.

\*\*\*

No sé lo que hice ayer, pero lo que sí sé es que lo que hice me ha hecho salir un divieso en el culo, y de los grandes. No es la primera vez que me sale un divieso en el culo, pero éste es de los de campeonato. Su puta madre, es un divieso enorme. Yo estaba convencido de que estos desagradables personajes habían desaparecido de mi

vida, como los granos de la cara y los gallos. Parece que no, parece que no. Debe de ser la bebida, debe de ser la mierda que como, la pornografía... Tengo la misma sensación que si estuviera sentado encima de una bola de plutonio radioactivo. Es asombroso, y hasta adulator, que mi cuerpo sea todavía capaz de alojar esta volatilidad torturadora, estos repugnantes venenos superficiales. Y duele de cojones, encima. Si me vuelvo de espaldas hacia el espejo y me asomo a mirar por entre mis piernas separadas, como si estuviera haciendo un estúpido número pornográfico, alcanzo a ver una buena perspectiva de esa erupción purpúrea que me ha salido en la nalga izquierda. Y va muy en serio. No se entretiene con tonterías. Hierve, saben. Hay veces, hermanos, que los baños, tanto si son caseros como si se trata de baños alquilados, como éste, con enormes lunas reflectantes, acero salpicado de manchas y la cortina de la ducha más arrugada que un impermeable viejo, te hacen retroceder veinte años, hasta el punto que empiezas a preguntarte si en realidad has viajado un solo día... Tendido boca abajo todavía lo soporto. Pero si camino, me duele; si permanezco en pie, me duele; si me siento, me duele. Si no me muevo, me duele. Tiene que ser la bebida, tiene que ser la mierda que como, tiene que ser la pornografía.

De modo que la jornada se convirtió en una extraña búsqueda de papel de calco y tinta invisible. Me senté a releer, a re-releer, y a rebuscar en mi cabeza y en mi habitación, por si aparecía alguna clave, alguna pista. Bestias de Inglaterra. Esclavos del trabajo. La toalla pequeña del baño parecía una venda usada: ¿de dónde podía haber salido toda esa pintura de labios? ¿Qué labios la imprimieron en mi rostro? Sólo pudo tratarse de alguna profesional. Nadie me besa voluntariamente en estos últimos tiempos. Tiene que ser la bebida, tiene que ser la... Mientras me remojaba el divieso (fíu: mi culo no ha sido nunca una de las cosas más bellas del mundo, pero ahora dejaría pasmado a cualquiera) me acordé, sin poder evitarlo, de las Happy Isles: seguro que es culpa de She-She. Tengo que hacer una confesión. Lo mejor será que sea sincero. No puedo engañarles a *ustedes*. La verdad es que no he estado portándome tan bien como les he dicho. Seguro que *ustedes* ya empezaban a sospechar que todo iba demasiado bien para ser cierto. La verdad es que he vuelto a pasar por la Tercera Avenida. No he ido a Happy Isles, pero sí que he entrado en lugares parecidos: Elysium, Eden, Arcadia; no más de una vez al día, lo juro ante Dios, y sólo para que me hicieran pajas (y los días que no me encuentro bien o que tengo una resaca especialmente grave, no piso ninguno de esos locales). En lugar de eso me meto en algún cine porno de la calle Cuarenta y dos. O en algún local porno. El porno duro excluye los besos. Pensándolo bien, tampoco hay besos en la Tercera Avenida. Te hacen un francés o un inglés, un griego o un turco, pero nada de besos. Seguro que tuve que pagar algún extra para conseguir esta perversión. Seguro que me costó un ojo de la cara. Ah, disculpen *ustedes*. No me he atrevido a contarles antes

todo eso por miedo a no gustarles, por miedo a perder su simpatía. Y necesito su simpatía. No puedo permitirme el lujo de perder incluso eso. Menudo tipo este, temía que dijeran. Encontré una caja de cerillas en el bolsillo de la americana: Zelda's, Restaurante y Baile. ¿Dónde más he estado? Tendría que preguntárselo quizás a la mujer que me sigue la pista por todo Nueva York. Ella lo sabrá. Había un paquete de tres condones en mi cartera, dos colillas de porro en la vuelta de los pantalones, y un palito de cóctel en mi felpudo. ¿Es de extrañar que, además, tenga un divieso en el culo? Tiene que ser la bebida, tiene que ser la mierda que como, tiene que ser la pornografía.

Saben ustedes (y la tarde se desliza ahora en un azul irreprochable, y el libro también se va deslizando y está a punto de terminar), mientras permanezco tendido en mi habitación me acobardo al pensar que el cuerpo pretende hacerme justicia por su cuenta; aunque quizá no haya justicia, en absoluto. Pensemos en la monja que, con su piel gris y sus cosméticos asexuales, se retuerce sometida a una maldición en su celda de clausura. Hay niños perfectamente capaces de morir jóvenes de vejez. Privados del zinc o del hierro, del manganeso o la bauxita imprescindibles para la vida, impecables estoicos, comienzan a resquebrajarse, a derrumbarse. Son legión los enemigos de mi cuerpo, y mucho más malévolos que mis pecados. Trabajan organizadamente. Tienen toda la financiación necesaria (¿quién les pasa la pasta?). Tienen su infantería, sus espías, sus francotiradores, sus guerrilleros urbanos, sus campos de minas, sus sistemas de armas químicas, sus misiles termonucleares. Y tienen muchas más cosas, porque el monitor de mi cuerpo muestra la aparición de invasores espaciales, enjambres de ovnis, de mutantes, erizadas naves y zumbonas bombas inteligentes. Diablos, no hay quien se salve. Y no olvidemos tampoco al mirón de visión rayos X, ni a los matones de fuertes músculos y fuerte corazón, ni a la estrella de cine de categoría Z, con su felpudo espeso y su barriga plana, ni al hechizador asesino de niños con su sonrisa perfecta.

¿Se puede saber cómo puedo crecer, con un divieso en el culo? ¿Cómo puede haber alguien que me tome en serio? Alguien está haciendo un chiste, a mis expensas.

Tiene que ser la bebida, tiene que ser la mierda que como, tiene que ser la pornografía.

\*\*\*

—De hecho, lo he disfrutado. ¿Y ahora qué? ¿*El oso Yogui*? No me acoses así. ¿Y si ahora me dices un libro de verdad? Me he cansado de animalitos. Soy demasiado viejo para leer fábulas. No sé, me parece que no hay por qué empezar desde tan atrás, ¿no te parece?

Pese a que lo pronuncié como si estuviera improvisando sobre la marcha, este

discurso había sido ensayado a fondo. Supuse que Martina pondría cara de circunstancias, que se disculparía y me daría a leer cosas difíciles. Que se quedaría muy impresionada, algo herida y arrepentida quizá, ante la reacción del sediento cerebro que ella había comenzado a despertar. Aguanté su mirada. Sus ojos inquietos y dolidos derramaban consternación, placer. *Joder*, pensé. *Animal Farm* no era más que un chiste, de cabo a rabo.

—Te habrás fijado en que es una alegoría —dijo Martina.

—¿Cómo?

—Es una alegoría. Trata de la Revolución Rusa.

—¿Y eso qué es?

Me lo explicó.

Eso sí que me hizo tambalear, desde luego. La Revolución Rusa no era para mí una novedad, claro. Bueno, me parecía haber oído contar que hubo allí un enorme jaleo, un replanteamiento general, a comienzos de siglo. Pero lo de la alegoría me había pillado en cueros. Escuché a Martina. Boxer, ese caballo grande, era el campesinado, si no les importa. Y Little Squealer no era sólo un cerdo, sino Molotov, el propagandista. ¿Sabía yo que Molotov era el director de *Pravda*, antes de la Revolución? Pues no, no lo sabía. Para ocultar mi pánico (y es pánico, auténtico pánico ante lo desconocido), disparé mis críticas, la opinión que me merecía el asunto de los cerdos.

No sé por qué, pero Martina se rió mucho al oírme. Como casi todo el mundo, tiene dos maneras de reír. Una risa reflexiva y educada, y la risa de verdad. Su risa de verdad es la menos señorial que conozco: es brutal, infantil, pero sinfónica, con varios niveles y tensiones simultáneos. Sí, a Martina le gusta reír.

—Disculpa —dijo—. De hecho, los cerdos son más listos que los perros. En relación con el tamaño de su cuerpo, tienen un cerebro más grande. Y eso es lo que cuenta. Los cerdos son casi tan inteligentes como los monos.

—No me digas —dije—. En fin, no sé qué opinarás tú, pero me parece que viven una vida horrible. Si tan listos dices que son... Quiero decir que yo les he visto. ¿Y tú?

—Me gustan los cerdos —dijo Martina.

Me trajo un vaso de vino blanco y me aparcó en la terraza mientras ella subía a cambiarse. Era mi primera copa del día. No tenía resaca. Estaba con síntomas de abstinencia, pero en medio de toda la corriente estática, de todo el amargor que sentía, noté también hilachas de hilaridad desesperada. En la terraza de Martina había muchas flores, metidas en macetas y otros recipientes, pequeñas y grandes, rastreras y trepadoras, rojas y azules, supervisadas por corpulentas abejas de cuerpos brillantes y coloridos como piedras lavadas por la corriente de un río. Estas criaturas metálicas y super dinámicas de las capas inferiores de la atmósfera se desplazaban a mi alrededor

como diabólicos cómplices de algún plan maquiavélico, tan pesadas que parecían colgar de hilos invisibles. Pero di la bienvenida a su compañía. Supuse que no malgastarían en mí sus agujijones suicidas. Más abajo estaban los rectángulos ordenados de algunos jardines con estanques y fuentes pequeñitas, con muebles retorcidos, y una mujer embutida en un mono y armada de unas tijeras de podar. Los pájaros de Nueva York temblaban y croaban entre las dobladas ramas. Los pájaros de Nueva York son como fantasmas. Han sido procesados por Manhattan y por el siglo xx. Una paloma corriente traída de Inglaterra parecería, junto a ellos, una luminosa cacatúa. Un petirrojo inglés parecería, aquí, un ave del paraíso. Los pájaros de Nueva York son viejos gandules vestidos con abrigos apolillados y sucios. Viven de la mendicidad y la beneficencia. Tosen y gruñen y, para calentarse, no tienen otra solución que mover las alas. Son unos desclasados que han caído varios eslabones en la cadena del ser: lo pasan verdaderamente mal. Se acabaron para ellos los cantos, las gordas lombrices, los vuelos a mares veraniegos. El siglo xx ha sido un mal siglo para los pájaros de Nueva York, y ellos lo saben.

—¿Estás bien ahí?

Eché la silla hacia atrás. La cara de Martina, velada por la melena que se estaba cepillando, me inspeccionó desde una ventana del piso superior.

—Esto es el paraíso —dije.

El rostro desapareció silenciosamente. De modo que permanecí sentado en la terraza, en medio de aquel caluroso atardecer, bebiendo vino entre abejas.

Cenamos en su casa. Lo cual me fastidió bastante. Había reservado una mesa de moda en el Last Metro de West Broadway, y tenía ganas de soltar un poco de pasta.

—Diles que no iremos —dijo Martina, y llamé para decirles que no iríamos.

Ella cocinó. Tortilla, ensalada, fruta, queso. Vino blanco. El dúplex tenía aspecto de escenario apropiado para llevar una vida sana y sensata. Había libros, cuadros, despachos modernos, una máquina de escribir, un tablero de ajedrez, una raqueta de tenis apoyada en la puerta de un armario. El fresco vestuario de Ossie debía de estar perfectamente ordenado en cajones y perchas en el piso superior... Martina se puso un jersey de cuello abierto en V y una falda azul de tela tejana. Tiene un utilísimo trasero de buenas proporciones, y también recibió las bendiciones divinas en la parte delantera superior, aunque no tan rotundas como yo me había imaginado. No, su cuerpo es su cuerpo, y no se parece a ningún modelo.

—Cenemos aquí —había dicho Martina—. Se está mejor.

¿Me permiten que les sea franco? ¿Seguro que quieren oír lo que viene a continuación? Pues bien, diré lo que pienso: siempre he opinado, secretamente, que lo que Martina quería era un buen revolcón. Exacto, conmigo, en la cama. Estoy de acuerdo: de entrada parece improbable. Pero la gente suele ser bastante improbable en estos tiempos que corren. Son cosas que han ocurrido. Hace veinte años, Martina

se hubiese conformado con cuidar de su casa, sus intereses, su precioso marido. No me hubiese dado cancha, en absoluto. Pero ¿y ahora? Hoy en día no sabe uno a qué atenerse. Ni lo sabe uno, ni lo saben los demás. ¿Por qué ha permanecido presente Martina en mi caos? Quiero decir que no sé muy bien por qué estoy aquí esta noche. ¿Por mi conversación?

No crean, siempre me ha parecido que yo le gustaba. En los años sesenta les veía, a los dos, Ossie y Martina, la pareja óptima. Él la ayudaba a bajar del Landrover con el que se desplazaban por el mundo, y, altísimos los dos, entraban cogidos de la mano en el teatro, o en la terminal reconvertida de tranvías, o en su restaurante preferido, o en donde fuera. Parte de su encanto radicaba en la firmeza de cierto dato insoslayable: que eran una *pareja*, rica pero limpia, mientras los demás andaban perdidos por los callejones o aturridos de drogas diversas: LSD, hierba..., sí, y penicilina. Ossie era entonces actor. Interpretaba obras de Shakespeare. Me gustaría saber qué piensa ella, ahora que Ossie es un fabricante de dinero, como todos los demás. Conocí a Martina en la escuela de cine; mientras yo ligaba con la primera estilista o maquilladora que me encontraba, ellos dos, Ossie y Martina, aquellos jóvenes con tanto talento, paseaban juntos. Mi reputación se vio muy beneficiada por el trato de favor que me dispensaban. Siempre pareció que Martina se alegraba de verme. Quizá, ya entonces, tenía ganas de darse un revolcón.

De modo que, hacia el final de la cena, Martina se puso en pie y se acercó a mi lado para servirme el resto del vino, y yo le metí la mano por debajo de la falda y le dije:

—Anda, nena, sabes que te va a gustar...

Relájense. En realidad, no llegué a hacerlo. En realidad, me pasé la velada conteniéndome. Porque a esas alturas deduje lo que pasaba. Sabía muy bien lo que ella pretendía, qué era lo que Martina andaba buscando. Amistad. Amistad: sin sexo ni duplicidades ni complicaciones, sin dinero, sólo un contacto humano, sin fricción alguna. Pues bien, a mí no me sirve de nada todo eso, pensé al principio. Con tanta sobriedad y circunspección, me sentía ligero, ido, incapaz de creer que estaba cenando en casa de aquella psicópata que no veía en mí más que a mí mismo. Joder, ¿con qué clase de perversa me las tengo que ver ahora? Pero logré tranquilizarme, y la conversación fue hasta fluida. Hay que tener aguante, pensé para mí, encogiéndome de hombros, y me resigné a lo que fuera. Además, me dolía el divieso del culo.

Pero sí probé un truco con ella, cuando, a las once y media, comenzaba a despedirme. Las mejores mujeres, a veces, son las más olvidadas, y nunca sabes si tienes tu día de suerte.

—Ah, sí —dije, simplemente—. Dame otro libro.

—De acuerdo. Espera un momento.

Era 1984, también de George Orwell.

Alcé un dedo:

—¿No será de animales?

—No. Sólo salen unas cuantas ratas.

—¿Es una alegoría?

—De hecho no, no lo es.

—Oye —dije (y aquí estaba mi truco)—, la otra noche tuve un sueño fantástico, salías tú.

Normalmente, con esta clase de indirectas el resultado puede ser de dos tipos, según mi experiencia: o bien un tímido retraimiento, o puro y simple pánico, según la señora. Pero Martina se limitó a mirarme tranquilamente, con cierta curiosidad, y me preguntó:

—¿Ah, sí? ¿Y qué pasaba?

—Uh... Bueno, te rescataba de los Pieleros Rojas. Pero en realidad no tenían la piel roja, sino blanca, y eran rubios. Te rescataba con mi coche. Es un Fiasco. Y el coche no arrancaba.

—¿Y dónde ves tú lo fantástico del sueño?

—Oh, luego aparecía otro coche y por fin te rescataba. Te llevaba a un sitio seguro en ese otro coche.

Esto era, en realidad, el primer dato no estrictamente cierto. Porque sí tuve un sueño. Lo que pasaba en mi sueño era que los Pieleros Rojas desaparecían, o se largaban a otro sitio, y el Fiasco se transformaba en un piso de playboy, Martina se quitaba su camisa de algodón y su pellejo de bisonte..., y yo le hacía el amor en la cama ovalada.

—Sí, fue horrible eso de que mi coche no arrancara —dije.

—Seguro que estabas bebido —dijo Martina, abriendo la puerta para que me fuera.

La película porno era de época, y con una trama más elaborada que de costumbre; trataba de un plenipotenciario negro (¿otomano? ¿Cartaginés?), y de los apetitos de su lista esposa (Juanita del Pablo), quien, con la ayuda de su doncella (Diana Proletaria), se tira no sólo a su marido sino también a casi todo su ejército, así como al puñado de criados, esclavos, eunucos, acróbatas y, finalmente, verdugos, que rondan por allí. Al final, el plenipotenciario sorprende a Juanita en pleno ajetreo, y la arroja a los leones, que se la comen. Mientras bajaba por el pasillo con mi Orwell y mi cerveza, y mientras una histérica voz en off balbucía un anuncio de las atracciones que nos aguardaban («... con Diana Proletaria, la princesa de Paw-wun, la salvaje, la increíble...»), un par de gilipollas negros se pusieron pesadamente en pie, frotándose los ojos:

—Jo, tío, yo también le hubiese pegado un buen polvo a esa doncella. Creo que

volveré a ver esta película, dentro de un par de semanas.

—Eso, dentro de un par de semanas.

Cinco minutos más tarde me metí en un bar gogo de Broadway, y estuve hablando sobre la inflación con una stripper en período de descanso que atendía por el nombre de Cindi. Si alguno de ustedes me hubiese preguntado qué tal me sentía, estoy seguro de que le hubiera contestado que bien, que aliviado de estar de nuevo en la civilización.

\*\*\*

—Quiero darte las gracias, John —dijo el teléfono—, por nuestra cita de la otra noche.

—¿Qué noche?

—El sábado por la noche, o el domingo por la mañana. No me digas que ya no te acuerdas. Nos vimos. O algo así. Fuiste muy amable conmigo, John. No intentaste matarme ni nada así. No. Estuviste muy amable.

—Olvídame, tío.

*Telephone* Frank otra vez dispuesto a fastidiarme. De hecho, aún sentía mucha curiosidad por la noche del sábado. Cuanto más me esforzaba por recordar —o, seamos sinceros, cuanto más me esforzaba por alejar los recuerdos—, más convencido estaba de que había ocurrido algo horrible, definitivo, absolutamente destructor. Creo que fue por eso que me emborraché tanto durante el domingo. Para mantener bien alejados los recuerdos. Pero me sentía capaz de manejar a *Telephone* Frank. Ese gilipollas no me preocupaba.

—¿No has encontrado una caja de cerillas en la americana? Búscala otra vez, John. Te escribí un recado.

—¿Conque sí, eh? ¿Qué decías allí?

—Búscala, John. Quiero que veas esa prueba con tus mismos ojos.

Me fui al armario y revolví el traje. No había tirado nada. Nunca tiro nada. Ahí estaba todo: la delatora caja de cerillas, color rosa de felicitación de San Valentín, color barra de labios: *Zelda's*. Abrí, y capté el mensaje a la primera.

—Estúpido murciélago —dije—. Pobre estúpido. ¿Quieres decirme una cosa? ¿Por qué haces todo esto? Dímelo otra vez, se me olvida siempre.

—Ah, parece que lo que te interesa son los *motivos*. Quieres motivos. Muy bien. Toma motivos.

Y a continuación pronunció el discurso más largo que hasta la fecha he tenido que escucharle. Me dijo:

—¿Te acuerdas, en Trenton, del colegio de Budd Street, del chico pálido y con gafas, en el patio? Le hiciste llorar. Era yo. ¿Te acuerdas del coche alquilado, el

pasado diciembre, en Los Ángeles, aquel día en que tú ibas conduciendo y te saltaste un semáforo en Coldwater Canyon? Un taxi chocó, y tú ni siquiera te paraste. Pues en ese taxi iba un pasajero. Era yo. ¿Y qué me dices de Nueva York, en 1978, cuando hacías aquellas pruebas de actores en el Walden Center? La pelirroja, aquella a la que obligaste a que se desnudara, aquella a la que luego te tiraste, para encima reírte de ella. Era yo. Y ayer, ayer tropezaste con un vagabundo en la Quinta Avenida, bajaste la vista, soltaste una maldición y le diste una patada. Era yo. Era yo.

Permanezco sentado en la habitación 101 del Ashbery con mi gran cara de cocodrilo iluminada intermitentemente por los últimos velos de la sesión golfa, golfísima. No...

No recuerdo al chico pálido con gafas que se pone a llorar en el patio del colegio..., pero seguro que hubo uno o dos de éstos, y seguro que yo era un chico muy malo. Siempre hay chicos pálidos... Y, sí, estuve en Los Ángeles el pasado diciembre, y es cierto que alquilé un coche. Hubo de todo, patinazos, choques evitados en el último momento, patinazos de emergencia, frenazos de emergencia. Siempre hay frenazos de emergencia... Y también es cierto que estuve haciendo pruebas en el Walden Center el año 78, buscaba una modelo para el papel de tetona en un anuncio de galletas con chocolate. Seguro que hubo alguna pelirroja entre las que se presentaron, y yo estaba de mi humor corriente de los días de trabajo (cuando trabajo soy muy distinto: no estoy para bromas, en absoluto). Siempre hay pelirrojas... Fui un niño malo en el 78. Fui un niño malo el año pasado. Y, además, lo de ayer.

Ayer iba andando por la dorada Quinta Avenida, camino del leonado golfo del Central Park. Los potentes comercios funcionaban a pleno rendimiento, absorbiendo y expulsando gente, vigilados por los delgados tótems de Manhattan, esos ídolos o estatuas de piedra que miran al frente aprobando sombría pero despreocupadamente las transacciones que se desarrollan abajo, en la calle. Llovía dinero a raudales. En las aceras, los artistas de los tres naipes y de los micos, los tramposos de los dados, los reyes del tirón, los vendedores de contrabando, todos iban directo a su negocio. Hoy en día hay un montón de mujeres preciosas dispuestas a comprar de todo... No hay escasez de tetas grandes en Manhattan. Eso no constituye un problema. Casi todo el mundo parece llevarlas ahí delante, muy bien puestas... Hasta que vi una cosa que suele verse también bastante a menudo en esta ciudad: un auténtico pobre, un verdadero aplana-suelos, un nómada neoyorquino tendido boca abajo sobre la acera como un leño mojado, atravesado en el camino de los consumidores y vendedores. Cuando tropecé con él bajé la vista (un felpudo tieso como la corteza de un árbol, una oreja con la misma textura que la piel de una granada) y le dije, creo que con notable afabilidad:

—Levántate, gandul hijoputa.

Seguí caminando y saludé a Fielding, que salía de una librería. Cogidos del brazo nos fuimos hasta el Carraway para reunimos con dos de nuestros financieros: Buck Specie y Sterling Dun. Ambos estaban emocionadísimos con nuestra aventura, y convencidos de que yo tenía un tremendo futuro en nuestra industria. Luego subimos al Autocrat, dispuestos a rondar por los clubs nocturnos, pero yo ya estaba cargadísimo y mudo de vino de arroz, de modo que...

Zelda's, Restaurante y Baile. El mensaje estaba dentro, escrito con letra inclinada hacia adelante, temblorosa, bastante parecida a la mía. En los Estados Unidos, en mis tiempos de colegial, las clases de caligrafía empezaban cogiendo el cuaderno y torciéndolo cuarenta y cinco grados a la izquierda, a fin de fomentar este estilo caedizo y vacilante. «Frankie y Johnny eran amantes», rubricado con un beso, una huella labial completa, en el más dulce tono de rosa.

En resumen, todavía no estoy muy seguro de qué quiere decir ese tipo cuando habla de *motivos*.

\*\*\*

El nuevo intercomunicador televisivo del despacho de acero interrumpió su afónico zumbido. Fielding pulsó el botón y esperó a que se formara la imagen. Parecía algo perplejo.

—¿Quién es? —le pregunté.

—De acuerdo, Dorothea. Gracias. No, espera nuestra llamada. —Fielding se sentó y dijo—: Nub Forkner.

—Bien —dije yo. Ahora que Spunk Davis se había cabreado, ahora que Spunk Davis se había rajado y se negaba a contestar a nuestras llamadas, Fielding y yo habíamos decidido tener a Nub Forkner como posible suplente. Tomé nota de su nombre en mi cuaderno, por hacer algo.

—Bien, Slick —dijo Fielding.

Miré la hoja:

—Es todo cuanto tenemos.

—... John, ¿lee mucho?

—¿Si leo qué?

—Novela.

—¿Y tú?

—Claro. Me sugiere montones de ideas. Me gusta el ruido y la furia —añadió, enigmáticamente.

Este es el resultado de la lectura: la gente acaba diciendo cosas parecidas.

—Pues, sí —contesté tardíamente—. He estado leyendo una novela de George Orwell. *Animal Farm*. De hecho, he estado releuyéndola. Sí, y también *1984*.

Mis relaciones con *1984* estaban yendo muy bien.

—¿*Animal Farm*? —dijo Fielding—. Caramba.

Dorothea o quien fuese dijo adiós con la mano y salió taconeando hacia la puerta, abrochándose de paso la blusa. La vimos empequeñecer momentáneamente en la pantalla hasta que salió al vestíbulo. Nub Forkner cruzó la puerta agachando un poco la cabeza, e hizo una pausa en su camino para restablecer el equilibrio de su tremendo volumen... Bien, yo estaba lejos de conocer a fondo el trabajo de Nub. Había roncado y eructado largamente durante la proyección de dos de sus películas, pero a diez mil metros de altitud, en la oscuridad de sendos vuelos transatlánticos. El dossier de prensa que yacía sobre mis piernas confirmaba que Nub había hecho un papel de vagabundo en *Whisky Sour*, y de sordomudo en *Down on the Funny Farm*, la película de gran espectáculo y humor disparatado que se estrenó el año pasado. Me parecía recordar que tanto el vagabundo como el sordomudo eran psicóticos de tamaño gigantesco, muy dados ambos a la violencia más repentina e indiscriminada, especialistas en gritos primigenios. Pues bien, cuando Nub Forkner avanzaba con pasos crujientes hacia nosotros, con un chal de pelo aceitoso cayéndole sobre los hombros, Fielding y yo nos vimos forzados a pensar, ante su presencia, que nos encontrábamos frente a un ser irreprimitamente elemental, primario, un noble salvaje. Y, en efecto, no hacía falta mucho talento para comprender que Nub era un verdadero cóctel molotov, a punto de estallar. Medía por encima del metro noventa, y debía de pesar más de cien kilos. Sí, Nub parecía aprovechable.

—Hola, Nub. Siéntate, hombre —dijo Fielding secamente.

Nub tomó una silla y, con un descuidado giro de su muñeca, le hizo girar mil veces sobre una de sus patas hasta que se estrelló contra la pared. A continuación agarró el reloj ovalado de Fielding (un cronómetro que usa para medir el ritmo de las strippers) y lo reventó contra el suelo. Se inclinó hacia adelante y extendió un brazo sobre la mesa de despacho, dispuesto a barrerla de todo su contenido de alta tecnología. Alzó la vista un instante, y noté que esperaba un gesto de aprobación.

Fielding se puso rápidamente en pie:

—Tranquilo, Nub —le dijo.

Nub frunció el ceño y se enderezó.

—¿Se trata de una escena de furia, no? —dijo, con una voz grave y aplomada—. Pura masculinidad desatada. Soy un actor de método. Antes tengo que ponerme furioso.

Todo aquel rollo fue una farsa desde el primer momento. Nub era uno de esos tipos que sólo pueden hacer un papel, el de señora barbuda. No nos servía de nada. ¿Quién se hubiera creído que Caduta Massi podía haber parido a este monstruo? ¿Cómo iba a arreglárselas para perder una pelea con Lorne Guyland? ¿Era posible verle en brazos de Butch Beausoleil? Nada de nada. Nub tendría que seguir

esperando a que alguien le ofreciese un papel de bruto enloquecido... Pero nosotros teníamos que probarle, y él tenía que probarnos. Había venido a ver si su tipo particular de química corporal le servía para ganarse unos cuantos dólares. Supongo que todos vendemos lo que tenemos. Los actores son todos unos artistas de strip-tease: se pasan el día entero desnudándose. Fielding le soltó las bobadas de siempre, y al final el tipo se largó, haciendo temblar el edificio con sus pasos.

—Fantástico —dije—. Volvemos a estar como al principio.

—No te dejes desanimar tan fácilmente, Slick. Mira, tanto Nub como Spunk trabajan con Herrick Shnexasnyder. Llamaré a Herrick. Prepara tú las copas, te toca.

Fielding telefoneó a Herrick Shnexasnyder. Le dijo que le encantaba el trabajo de Nub y que quería saber en qué fechas estaría disponible. Mencionó algunas cifras de dinero, con cautela, y bastante bajas.

—Parece que Nub tiene mucho tiempo disponible —dijo Fielding, colgando el teléfono y conectando el intercomunicador.

—No me extraña.

—Venga, hombre, iría bien para un papel de tipo duro, el rompe-brazos. A ver, échale una ojeada a *ésta*. Celly Unamuno. Mexicana. Diecinueve. Dicen que tiene futuro.

—Joder —dije—. Espero que Butch Beausoleil no se entere de nada de esto.

—Tranquilo. Oye, ¿qué crees que es lo más grande de Butch? Personalmente.

—A mí no me lo preguntes. Eres tú el que ha investigado a fondo.

—Soy demasiado joven para ella, Slick. Le gustan los hombres maduros. Esa va a por ti.

—Lo más grande de Butch... Mira, como ella misma dice, por el hecho de que una chica sea joven y tenga talento y belleza, nada le impide ser, además, inteligente. Lo más grande de Butch es que no es solamente... —Hice una pausa.

—¿Lo has adivinado, no?

—¿El qué?

—Que es subnormal —dijo Fielding—. Lo más grande de Butch es su culo. Eh, hola Celly. Siéntate y ponte cómoda. ¿John? ¿Esas copas?

Al cabo de veinte minutos, cuando Celly volvía a vestirse (parecía un dibujo porno, una tira cómica, excepto por los ojos, que aún no habían cumplido los veinte y eran incapaces de ocultar su miedo), me puse en pie y me acerqué como un fantasma a la blanca ventana. Sostenía en la mano la fría coctelera de acero, y, viendo el meneo de mis hombros, cualquiera de ustedes hubiese dicho que estaba agitándola. Pero no era así. Sólo estaba preguntándome: *¿Estoy en el infierno? ¿Por qué es esto el infierno?* Ahí, bajo el cielo, con las tías y las mentiras y las chifladuras escenificadas, ¿qué significa esta tienda blanca? Seguí mirando el cielo, diciéndome: Sí, así soy yo, pura pornografía. ¿Cómo he llegado a esto? Lo he hecho antes, y seguiré haciéndolo.

No hay ningún policía que me impida hacerlo. Sé que la gente está mirándome, y ustedes no son inocentes ni están libres de culpa, me parece, pero ahora hay otro ojo que me mira. El de una mujer. Maldita sea. Martina Twain. La tengo metida en la cabeza. ¿Cómo ha conseguido colarse? La tengo metida en la cabeza, junto con las crepitaciones y el tránsito de todos los días. Me mira. Ahí está su cara, justo ahí, mirándome. El mirón mirado, el mirador mirado, y esto sólo complica las cosas: yo estoy siendo mirado por ella, pero ella me mira sin saberlo. ¿Le gusta lo que está viendo? ¡Bah! Tengo que pelearme contra esto, debo resistirme, sea lo que sea. No estoy en condiciones de dejarme controlar por la policía del amor. Dinero, tengo que rodearme de dinero, de más dinero, y pronto. Necesito sentirme seguro.

—Fielding —le dije—, ¿qué me estás haciendo? ¿Qué? Son ya doce días. Maldita sea, ¿dónde cojones está ese guión?

—Mañana por la mañana lo tienes, John. Te lo garantizo.

Sonó el teléfono, y solté una furiosa maldición: pero era la llamada que Fielding había estado esperando. Spunk Davis. Volví a la ventana mientras Fielding trataba de apaciguarme.

—Lo que me imaginaba. Shnexnayder le ha hablado claro. La cuestión es que Spunk odia desesperadamente a Nub. Una vieja historia. —Fielding se encogió de hombros—. Sí, ya le tenemos con nosotros. Y Herrick se ha quedado sin cliente.

—Fantástico —dije, y lo pensé.

—Con una condición. Fíjate bien. Spunk quiere que sea un restaurante vegetariano.

—¿El de la película?

—El de la película. Estos tipos...

Me reí, y también Fielding se rió con su risa adorable, amorosa. Mientras él me enseñaba sus limpias muelas (brillantes, sin tacha, infantiles), yo pensé para mí, balbuceante. Dios, qué chico tan guapo. Cuando me vaya a California para que me hagan la revisión a fondo, cuando entre desnudo en el laboratorio con mi cheque, creo que ya sé lo que diré. Diré:

—Al carajo los proyectos. Al diablo vuestras ideas. Quiero un Fielding. Sí, un Goodney. Eso quiero ser. Dejadme como a él.

\*\*\*

Tal como he dicho anteriormente, *1984* y yo nos estábamos llevando de maravilla. Un ambiente descarnado, una acción llevada sin sentimentalismos, sin esnobismos ni favoritismos culturales, y Airstrip One parecía mi clase de ciudad. (Me veía a mí mismo como un joven cabo de la Policía Mental). Además, estaba el bienvenido interés por lo sexual, así como todas esas torturas de ratas que me

aguardaban. Entrando a trompicones en el Ashbery a última hora de la noche, vi con cierto sobresalto que la habitación que me correspondía era la 101. Es posible que otros aspectos de mi vida sigan adquiriendo un contenido, una sombra muy marcada, si continúo leyendo en lugar de estar pensando todo el día en el dinero. Pero al día siguiente no iba a tener tiempo para lecturas. Estaría demasiado ocupado con una *lectura*.

Félix me despertó a las once en punto con cuatro elegantemente encuadernados volúmenes de *Dinero limpio*, guión de Doris Arthur basado en una idea original de John Self. Pedí seis jarras de café y desempeñé todas mis tareas del baño rápida y simultáneamente, como un hombre orquesta. Dije que no me pasaran llamadas. Me instalé, con la nueva lámpara de diseño vanguardista inclinada sobre mi hombro. Leer: últimamente no hago otra cosa. Lo único que hago es estar sentado en mi habitación, *leyendo*. Pero esto era otra cosa. Esto era trabajo. Esto era dinero. «1. INT. NOCHE», leí, y seguí adelante, peligrosamente excitado.

Soy un lector veterano, un profesional de la lectura, de modo que pasé todas las páginas de *Dinero limpio* en menos de dos horas. Al cabo de las cuales rompí a llorar, rompí una silla, tiré una cafetera llena contra la puerta, y le pegué una patada a la cama con furia tan salvaje que tuve que estar saltando a pata coja por toda la habitación, con una almohada contra la boca, hasta que logré sofocar mis deseos de gritar. Era jodidamente increíble... Fielding había acertado en un sentido. *Dinero limpio* era un guión de ensueño, fabulosamente coherente, con ritmo y marcha. El diálogo era rápido, divertido y seductoramente indirecto. Un magnífico cálculo de la duración de las escenas. Se podía ir a filmar sin esperar ni un segundo, y terminar en un mes. Me instalé en la mesa, provisto de pluma y papel, dispuesto a escribir una felicitación. Empecé a leerlo otra vez.

Era jodidamente increíble. ¿Se puede saber quién me ha hecho esto? ¿Quién? En primer lugar: Gary, el padre, «Garfield», el papel de Lorne Guyland. En la secuencia que precede a los títulos de crédito, vemos a Lorne en pijama, con la ropa enrollada bajo el brazo, mientras le reclaman animadamente desde el dormitorio matrimonial. Es, sin duda, el mejor momento de Lorne. Después, todo será ir bajando por la pendiente. Aunque Lorne se jacta constantemente de su erudición, de su riqueza y de su juventud, en realidad (comprobamos) es analfabeto, está en quiebra y es más o menos senil. Sí, ahí está el pobre Lorne, el viejo Lorne sobre sus largas piernas. Cuando al cabo de un tiempo le hace chantaje a la joven striptease y consigue llevársela a la cama (un episodio muy humorístico), al viejo Lorne no se le levanta. ¿Levantarla? Ni siquiera es capaz de *encontrársela*. Frustrado y gimoteante, le mete mano a la guapísima chica, que responde dándole una patada en los huevos, y Lorne se dobla por la cintura como un palo roto. En la escena de la pelea propiamente dicha, Lorne Guyland, vestido con anorak, se lleva la paliza de su vida pese a que sorprende

dormido al protagonista joven, y pese a que le ataca con una llave inglesa. Sus últimas y abyectas palabras son pronunciadas bajo un disfraz de momia, un vendaje completo, en una unidad de cuidados intensivos. En cuanto al hijo, Doug —Spunk Davis—, bueno, para empezar, sus motivos para rondar la banda mafiosa que se dedica al tráfico de heroína son los siguientes: se ve obligado a mantener vivo el Riego, la chispa, de su propio hábito, y los narcóticos le cuestan mil dólares diarios. Fuma sin parar, se juega todo el dinero que tiene, y es un auténtico artista (¿a qué estaba jugando aquí Doris?) de la paja, pero Spunk resulta ser, además, un auténtico brujo o gurú de la comida rápida, y en las cocinas del restaurante preside las maniobras armado de diversos aditivos letales y sabores artificiales especiales para glotones. No llegamos a saber hasta dónde alcanza su tendencia a la delincuencia sexual, aunque hay una digresión obsesiva en la que hace una visita «de caridad» a un orfanato, acompañado de su madre: en una serie de primeros planos muy seguidos, le vemos jugar con caramelos de palo mientras acaricia a las hipnotizadas enanitas.

Y ahora las señoras. Si buscasen ustedes una palabra que resumiese el personaje de Caduta Massi, no encontrarían otra mejor que ésta: *esterilidad*. La clave de Caduta es lo fantásticamente estéril que es. Menuda esterilidad, tíos. No hay familia numerosa. No hay ni un solo hijo. Spunk (según se deduce en un momento crucial) no es más que su hijo adoptivo. Pese a la confirmada impotencia de su esposo, y pese a que celebra en la pantalla su cincuenta y tres cumpleaños, Caduta sigue hablando de todos los hijos que llegará a tener algún día. Hay muchos momentos simbólicos en los que Caduta contempla desolada los patios de colegios en los que juegan y ríen los niños. También estaba la visita al orfanato. E incluso una secuencia con un sueño en el que Caduta camina sola y errante por un desierto gris. ¿Se puede ser más estéril? La verdad es que uno termina por apiadarse de Caduta, de su tremenda esterilidad. En cuanto a Butch Beausoleil: ¿la amante?, ¿la strip-tease? Yo había imaginado que Doris, como feminista, habría rendido honores al papel de Butch. Yo me había esperado que Butch se librara de las pesadas tareas domésticas, de lavar platos, barrer suelos, hacer camas. Nada de eso. En el guión de Doris Arthur, Butch parece exclusivamente dedicada a las tareas más aburridas, algo así como el antes de ese después que podría aparecer en un anuncio de electrodomésticos. Pela patatas, vacía cubos de basura, limpia lavabos. Incluso en las escenas del club nocturno, Butch se pasa el rato aclarando vasos y arreglando botellas. En su principal número de baile, sale con fregona y balde. ¿Y lo grande de Butch? Ya lo habrán adivinado. Antes incluso que yo. Butch, esa chica parlanchina y con talento es, sin embargo, una persona de nivel intelectual extraordinariamente bajo. No es más que una masa de carne prieta y bien puesta, con mucho culo y buenas tetas. Una rubia tonta del género clásico: eso es lo grande de Butch en el guión.

—Alguien me está jodiendo —dije en voz alta, y noté que el divieso reventaba.

Y luego me puse a correr otra vez.

Avancé a gran velocidad por el vestíbulo del primer piso, en donde un adormilado lacayo se retiró demasiado tarde, atravesé el saloncito poblado de antigüedades y gadgets, y llegué junto a las altas puertas del dormitorio. Agarré los dos tiradores, y abrí... Fielding estaba sentado al pie de la cama, con un batín negro, en absoluto sorprendido. Detrás de él, desnudo sobre las sábanas, con el rostro vuelto hacia atrás, yacía el duro cuerpo oscuro de un muchachito.

Suelo escandalizarme como el que más cuando llego a entrever los verdaderos apetitos de los conocidos, pero a esas alturas estaba tan cabreado que sólo pensé: Bien, otro mariconazo, ¿no? *Perfecto*.

—Ven un momento.

—¿Ocurre algo, Slick?

Tengo que admitirlo, no parecía avergonzado. Incluso soltó un bostezo y se rascó el pelo mientras cerraba a su espalda las puertas del dormitorio.

—El *guión* —dije.

—Sí, ¿no te encanta?

—Es desastroso, y tú lo sabes tan bien como yo.

—¿Ah, sí?

—¡Las estrellas! ¡Nuestras estrellas! No querrán leer ni palabra de esa mierda. Todo ha terminado.

—Discúlpame, Slick —dijo él, sirviéndose un café—, pero esta reacción delata tu inexperiencia. ¿Quieres un poco? Tómate una copa. Todas las estrellas han firmado su contrato. Todas lo harán. O nuestros abogados tendrán que intervenir. Sólo tienes que reafirmar tu poder, John. Querías realismo, ¿no? Maldita sea, por eso me subí a tu barco.

—Eso no es realismo, sino vandalismo.

—¿No ves lo que tenemos entre manos, Slick? *Dinero limpio* será la única película del año, de la década, de la era, que mostrará el verdadero delirio del cine, la desnudez de los actores...

—Te equivocaste de tío, soy incapaz de trabajar de esa manera. Hablo en serio, Doris está en la calle. Esa puta es una cabrona. Está enferma del coco. Ya conseguiré que alguien me escriba el *guión* que yo necesito..., meteré a una persona de confianza, no te preocupes. Dale su pasta a Doris, y mándala escaleras abajo de una buena patada.

Fielding desvió la vista, sin contestar. Acababa de ver minados y revueltos sus planes más queridos.

—¿Crees que Doris tendría que escuchar todo eso que estás diciendo? —dijo, sin darle importancia.

—Por supuesto. Llámala.

—Lo haré. —Y la llamó—. ¿Doris? —dijo.

Y Doris Arthur salió del dormitorio sin llevar encima más que las bragas... Encendido como estaba yo, necesité algún tiempo para registrar y digerir esto, y para registrar y digerir su atractiva imagen. Se acercó a la bandeja del desayuno, haciendo balancear los brazos con una soltura de niño de nueve años. Porque no tenía nada que ocultar: nada, absolutamente nada. Las bragas, por otro lado —y eran unas bragas muy útiles, utilísimas desde el punto de vista fetichista, por no hablar del feminista—, las bragas contenían un montón de cosas: el tieso y tembloroso trasero, el matojo central, como una ciruela metida en un pañuelo, esperando ser brillantada y compartida. Supongo (pensé), supongo que le saldrán unas tetas como dios manda cuando tenga hijos, y entonces... Bueno, el conjunto...

—Vale ya... Muy bien. Sí —dije—, Doris, estás en la calle. La has jodido del todo. Te quedas sin empleo. Óyeme —le dije a Fielding—, es así de sencillo. O lo deja ella, o lo dejo yo. O yo o tu novia. Joder, si Caduta leyese una sola palabra de esa mierda. Si la leyese Lorne...

—Lo están leyendo ahora —dijo Fielding—. Hice fotocopiar el guión, y ya lo tenéis todos. Tú, Caduta, Lorne, Spunk, Butch.

—Muy bien —dije. Era mi oportunidad. En estas ocasiones hay que hacerlo bien, no se presentan muchas—. Vamos a recibir una avalancha de mierda de todos ellos. Y tendrás que encargarte tú de manejarla, amigo, porque yo tomo el avión esta misma noche. Y te diré otra cosa. No pienso regresar. Me la sopla. Volveré a hacer spots para C. L. amp; S., y esperaré a que salga el productor que me interesa a mí. O lo deja ella, o lo dejo yo. Lo deja ella. Como no sea así, saldré de aquí para siempre.

Fielding permaneció sentado en su silla. Doris tomaba despreocupadamente su café, sosteniendo la taza con las dos manos. Di media vuelta.

Y comencé a caminar. Atravesé la larga habitación, dejé atrás los sofás, las mesas brillantes. A ambos lados de la puerta estaban los circuitos, los módulos del circuito cerrado de televisión, los mandos a distancia, las pantallas con sus imágenes y letras de ordenador... Esto de salir disparado hacia la puerta ha estado bien, pensé. No te detengas. Estás en el buen camino. Estoy hablando en serio. Cruzaré la puerta y seguiré andando, hasta Inglaterra, y jamás regresaré.

—Slick —dijo Fielding.

\*\*\*

Un parque con un paseo de cemento en la zona central de la ciudad, con la humedad y las filtraciones asomando por entre las grietas, a pesar de todo ese calor. El calor había hecho cuanto podía, pero había fracasado. El edificio situado al final de este jardín de una manzana de largo tiene cierto aspecto de austeridad gracias a sus

estrictamente escuadradas esquinas, pero la plaza que queda al pie pertenece a todo el mundo, está dominada por la cultura callejera, y se ven allí negros y artistas de las aceras, cagadas de pájaros, intérpretes del saxo, timadores, genios de la selva. A mi lado, en el banco de madera, se encuentra Martina Twain.

Venía de un museo. Le brillaba la piel con palidez museística. Pese a lo frutal de su colorido natural, tiene momentos en los que no parece que haya sangre en sus venas. Normalmente, por supuesto, hubiese atribuido esta circunstancia a mi presencia, a mi proximidad. Pero había otra cosa. Consultando mi radar de macho sediento, supuse que Ossie estaba organizando algún problema. Yo estaba pensando en Selina. Acababa de telefonarla a Londres, y, por una vez, mi gallinita estaba en casa. «Sí —llegó a decirme—, no. De acuerdo. Regresa cuanto antes...». Este encuentro con Martina: al llamarla ya estaba yo en plena agitación previa al viaje, en posición de partida; quería despedirme, hasta que lo pensé mejor. Espera, me dije, tranquilo. Su voz sonó triste, y aún más triste cuando le dije adiós. De modo que tuvimos este encuentro silencioso, sin progreso alguno, sólo presencia, y tal vez algún consuelo. Al fin y al cabo, ¿para qué, si no, somos amigos? ¿Para qué sirven los amigos? A menudo me lo he preguntado.

Y había otras cosas que acicateaban mi silencio. Las estrellas de cine leen aprisa, seguro. Cuando, después de comer, entré en el Ashbery, una horda de adultos convergió sobre mí, y fue como si a mi cara le estuvieran ocurriendo a la vez una docena de cosas. Alguien escupió sobre ella, otro la amenazó con un puño, hubo alguien que agitó una demanda judicial ante sus narices. Entre toda esa gente vi a Thursday, escoltada por un negro de la misma talla que Nub pero vestido con librea de deportista, que dijo llamarse Bruno Biggins y resultó ser el guardaespaldas de Lorne. También vi al príncipe Kasimir, dispuesto a citarse conmigo para un duelo de madrugada en Central Park. Y a Herrick Shnexnayder, representando los intereses de Spunk Davis con su mejor peluca. Vi asimismo a un torbellino de gritos que atendía por el nombre de Horris Tolchok, el abogado de Butch Beausoleil... Finalmente huí a la carrera y me escondí en un bar con un teléfono sobre mis rodillas. Pero ahora estaba atardeciendo: Fielding había tratado de tranquilizar a todo el mundo después de comer, y las cosas comenzaban lentamente a calmarse.

En cuanto a mí, sin embargo, la calma se me escapaba. Llegué antes de hora para mi cita con Martina, y me puse a pasear por los intestinos de Times Square, las calles Cuarenta y Treinta. En una mugrienta bocacalle, vi un toldo negro que mis piernas reconocieron antes que yo, pues pegué un brinco y avancé con los hombros hundidos, como un soldado herido sometido a fuego cruzado del enemigo. Era el Zelda's. Me aproximé. Restaurante y Baile. Me asomé a mirar a través del cristal. Mesas, un piano bajo su funda. Qué aspecto tan mortecino bajo esa luz gris y seca, con el polvo y los ceniceros llenos de colillas. Todo el personal, toda la clientela, había emigrado, se

habían ido todos junto a las momias de sus mamás, junto a sus ataúdes de vampiros, en espera de la llegada de la noche... Me metí en un bar de la acera de enfrente y giré sobre el taburete para contemplar el olvidado toldo.

—Póngame un..., cómo lo llaman —dije—, un vino blanco con sifón.

—¿Seguro? —dijo el barman. Era alto, desastrado, irlandés, y llevaba un delantal blanco, como un carnicero el primer día de la semana, antes de dar comienzo a su sangrienta labor. Acunaba en sus brazos, en sus brazos de carnicero, una botella de scotch.

—Seguro que estoy seguro.

Dudando, dejó a un lado la botella.

—¿Dónde está su amiga? —me preguntó, y no lo hizo en tono amistoso, qué va, todo lo contrario. Me echará de un momento a otro, pensé, y apenas acabo de llegar.

—¿Qué amiga?

—La de la cabezota pelirroja. La que le tenía enchufada la lengua en la oreja. —  
¿Cuándo?

—¿Cómo coño quiere que lo sepa? Qué sé yo. El sábado por la noche.

—No era yo —dije, y no era la primera vez que tenía razones para pronunciar esa frase—, era mi hermano gemelo. Cuénteme qué pasó.

El tipo sacudió sombríamente la cabeza. Le ofrecí un billete de veinte dólares, pero no quiso contar nada.

—Yo soy John. Él se llama Eric —le expliqué.

—¿Usted? ¿Un hermano gemelo? —dijo él, y se alejó hacia el otro extremo de la barra—. No hay nadie como usted, amigo. Con uno basta y sobra.

... Martina se agitó a mi lado. Nuestra silenciosa cita estaba terminando. Se puso en pie, y luego se agachó un poco para sacudirse una astilla de la falda. Me miró con sus ojos alargados. No ocurrió nada. ¿Por qué tendría siempre que estar ocurriendo algo? ¿Por qué? Nos rozamos las manos e intercambiamos frases de despedida. Me quedé mirándola mientras se iba hacia la calle Cuarenta y dos, entre la Quinta y la Sexta, para luego encaminarse hacia el oeste y perderse muy pronto en la marea de gente.

De modo que aquí estoy, en mi cueva lunar de fabricación humana, en el aeropuerto Kennedy, con un whisky triple en mi mano cerrada y el cielo convertido en una pantalla en la que se proyecta una película acerca de un futuro muy próximo: una *buena* película, enmarcada por mi tronera y francamente bien iluminada por el director de fotografía. A mi alrededor arrastra los pies la gente provista de su cara de aeropuerto, de su cara de despedida. Entran de todos lados y van reuniendo poco a poco los detalles de su vuelo. Los terrícolas son unos viajeros de primera: lo hacen con enorme frecuencia. *Dinero limpio*... Desde luego que están pasando cosas en estos momentos. Me siento bien, formidable, casi como un adulto. No soy sólo un

pasajero: soy uno de los pilotos de la vida. Les he echado un pulso a los poderes y campos de fuerza que determinan las cosas. Tal vez fracase, pero sé exactamente qué voy a hacer.

Es tiempo de viajar. Comencé a bajar los pasillos hacia mi túnel de embarque. Movidio por cierto impulso, telefoneé a mi amiga Martina, para volver a decirle adiós. De repente, y sin realmente pensarlo, me parece muy normal viajar en primera clase.

## VI

Ha habido recientemente en mi barrio una pequeña ola de asesinatos de maricas. Sí, en estos momentos el clima está experimentando una fase de escabechina de maricas, y éste ha sido siempre un barrio proclive a la escabechina de maricas. Durante los primeros meses del año el aire era helado, como un lavado en frío. Ahora, cuando por fin ha llegado el verano, el aire es cálido, como un lavado en caliente. Por la noche arde todo, sin calor, pero con litros de sudor. Hay fiestas y jaranas callejeras. Londres se reduce a barricadas y estandartes. Todo el mundo habla solamente de bodas reales y disturbios.

También hay una pequeña ola de asesinatos de furcias. Últimamente las furcias han llegado a mi barrio. No sé quién o qué las trajo, pero aquí están: hola, chicas, bienvenidas. Te las encuentras en las aceras, solas, en parejas, en tríos. Son todo nervios. Llegan tíos en sus coches. Las chicas se doblan por la cintura para meter la cabeza por la ventanilla. Ellas son producto nacional, pero los tíos son extranjeros. A menudo hay problemas de idioma.

—Exacto. ¡No! Veinte *libras*.

Una de ellas es pelirroja, y, aunque todavía no sea una mujer, viste como la esposa de un burgués: estola de rata negra y bolso de cuero, con una cara afilada, cejuda, mentonuda. Me he fijado en su sobresaliente trasero en los momentos en que cierra un trato a través de la ventanilla. Luego sube al coche, dispuesta a vivir su lucrativo miedo. Hay otra que es rubia y gorda, vestida con abrigo de mendigo, absolutamente amorfo. Bromeas, pensé la primera vez que la vi recorrer las aceras. Pero esa tía trabaja mucho, tengo que admitirlo. Más de una vez la he visto ser elegida de entre las de su grupo por un tieso dedo oscuro que brillaba bajo la amarilla luz de las farolas. Hay una persa (creo) que navega por la calle con una falda azul pálido de bebé, abierta hasta la nalga, y corpiño translúcido. Da la sensación de valer las veinte libras que pide. Tiene unos pechos bailones, y unas piernas tostadas, brillantes por el uso de la hoja de afeitar, y no parece aburrirse tanto ni tener tanto miedo como sus colegas por el hecho de ser una furcia. Las otras están nerviosas, están hechas un manojo de nervios.

En cuanto ha llegado a mi barrio el negocio de las furcias, también ha llegado el asesinato de furcias. Hace tres semanas encontraron a una chica estrangulada en un coche robado. Anteayer encontraron a una chica apuñalada en el sótano de un hotel. Pese a todo, ellas siguen con su negocio en las polvorientas plazas. El negocio es ése, cobran por el riesgo, cobran por el miedo. Los tíos, los puteros, deben disfrutar del nerviosismo, del miedo. Y pagan un buen dinero. Ah, pobres chicas, inspiran compasión. Ayer noche llegué bastante tarde a casa y al salir del Fiasco me detuve un momento para apagar una colilla con el pie y admirar la templada noche. Dos furcias, la pelirroja y una robusta extranjera con cabeza pequeña y musculosa, como una bombilla o una cebolla, estaban apoyadas en la barandilla que rodea ese hotel de la esquina.

—Eh —les dije—, parece que una de vosotras la palmó el otro día.

La selección de vocabulario no era, quizá, la más apropiada, pero lo dije con intención amable, preocupada, con tenso compañerismo. Ellas se dieron media vuelta, como mujeres no profesionales en una fiesta o un club nocturno, con educada repugnancia.

—Lo siento —les dije—. ¿Queréis dinero? Tomad, ahí va algún dinero.

Vi entonces a su piojoso chulo, un asiático, que permanecía impaciente en la esquina del café español, todo él sonrisa y dientes y zancadas alevosas como la aleta de un tiburón, viniendo a por mí, con el rollo de pasta asomándole por el bolsillo superior de la americana, como si fuera su polla.

Tengo que exponer una hipótesis: Selina está tramando algo. Esta es mi teoría. Sí, esa Selina está tramando alguna cosa. Lo sé, simplemente, aunque con las chicas, lo admito, es difícilísimo estar seguro. Ayer, a mediodía, vine en taxi desde Heathrow. Eso de volar en primera clase, convenientemente bebido, no está mal del todo. Selina se mostró atenta, correcta, en el immaculado apartamento, como si acabara de surgir de la nada. En la salita dormían unas flores. La besé. Sus labios se escabulleron de los míos. Tenía el aliento metálico, huevudo. Está ovulando, pensé, la mala puta. Pues bien, la cuestión es la siguiente: esa circunstancia suele ponerla caliente, lo cual suele dejarme frío. Lo que me pone caliente a mí es que ella esté fría. Pero yo iba caliente. Y ella estaba fría. Sí, me ha derrotado con mis propias armas, otra vez, esa pequeña Selina. Confiando en la suerte, la invité a cenar en Kreutzer's. La polla me hacía cosquillas en el ombligo, mientras Selina hablaba y hablaba, de absolutamente nada. Champagne, gruesos filetes, espeso vino. Un conjunto perfecto. Hábil y velozmente, la conduje borracho de vuelta al apartamento. Se negó a meterse en la cama conmigo. Eso me puso furioso. Murmuré que ya era hora de que ella tuviera su propia tarjeta Approach americana, o su tarjeta Ventage, o ambas, probablemente. Ni así. Expansivo y generoso, le expliqué mis planes para hacer una nueva inversión en su boutique favorita. Tampoco al oírlo quiso meterse en la cama conmigo. Le di un

cheque por tres mil libras. Tras lo cual se ofreció, ¡a hacerme una paja! Bueno, no lo dijo con esas palabras, pero venía a ser lo mismo. Estábamos en la cocina. Yo bebía brandy, mientras la mojigata Selina tomaba su té a sorbitos. Se llevó la mano a la garganta y se puso a tararear mientras yo la miraba fijamente a los ojos. Me sentía harto de tanta comedia, de modo que cuando me ofreció esa paja (¿Se puede saber qué coño de relaciones tenemos ella y yo?), acepté, y le dije qué disfraz se tenía que poner, qué números tenía que hacer, etcétera.

—Eres increíble —dijo ella, y retiró su ofrecimiento.

Al final decidí tomármelo con calma. Rompí el cheque, terminé el brandy, me fui a la cama, y me hice una paja.

Dormí. Dormí muchas horas, o eso creo. Y cuando desperté me sentí..., bueno, fuera de las coordenadas del tiempo. Mis lecturas y mi sentido de la orientación siguen colgados allá arriba, en el avión, los cascos y los dioses meteorológicos del espacio atlántico. El tiempo viaja. La noche y el día pasan a mi lado en dirección contraria. Me estoy quedando rezagado. Tengo que ponerme al día, agarrarme a algún sitio, asegurar mi posición con todas mis fuerzas. Al otro lado de la puerta del dormitorio, Selina mantiene las distancias, me vigila. Pronuncié su nombre. Apareció en el umbral, enmarcada por la luz pero distante, sin estar tan ahí como antes, metida en alguna lejana película o narración... Hoy, en la cola de taxis del aeropuerto me he encontrado ni más ni menos que con Ossie Twain. No saludé a este alto viajero, que pagó su taxi, se abrochó la americana y sacudió la cabeza. Retrocedí en la cola y sonreí mis secretos. ¿Todavía está mirándome el rostro de Martina? Sí, sigue ahí, aunque más pálido... Y también ahora Selina me trae un café, en silencio, como una enfermera, y deja la cafetera en la mesilla de noche, lejos del alcance de mis manos, de mi aliento.

\*\*\*

—¿Diga? —dije. La línea parecía de las peores. Aunque lo más probable era que fuese mi cabeza la que producía todos aquellos zumbidos. Esto de mi tinnitus... Tarde o temprano tendré que taparme la cabeza con la almohada. Lo malo es que, según dicen, las personas que sufren del oído siguen teniendo que escuchar estos ruidos incluso cuando se quedan sordos. Mala suerte. Doblemente mala.

—¿John Self? Martin Amis.

—¡Aleluya! —dije—. Y justo a tiempo. Menudo infierno me ha costado encontrarte la pista. He llamado a tu editorial, a tu agente, a la cosa esa nacional de los escritores, ya sabes. ¿Qué pasa contigo? ¿Trabajas en plan agente secreto o qué?

No contestó. Decidí actuar con cautela. Los escritores son tremendos: hay que tratarles con amabilidad. Una gentuza de lo más rara. Se pasan el día sentados en su

casa.

—En fin, gracias por haber llamado. Y dale las gracias a tu agente por haberte dado mi recado. Bien, vamos a ver. ¿Verdad que has trabajado en el cine?

—... Alguna vez —dijo él.

—Bien, muchacho: hoy es tu día de suerte. Déjame explicarte cuál es mi idea. Tengo...

—Espera. Si la cosa va en serio, será mejor que vuelvas a hablar con mi agente.

—No, escúchame —dije—. Lo maravilloso es precisamente esto. Estamos trabajando a espaldas de los agentes. A espaldas de los grandes estudios.

—Ya, igual que todos los que venden sus películas a los pubs y a las compañías aéreas.

—No, no. Escúchame. Yo también tuve mis dudas al principio. Pero la cuestión es que mi productor hace que un abogado le redacte todos los contratos, y el abogado cobra su dieta, pero no tiene porcentaje. Todo está bendecido y arreglado, no te preocupes.

—¿Qué es exactamente lo que me estás ofreciendo? —dijo él tras una pausa de reflexión.

—¿Cómo?

—*Dinero*. Llámame cuando tengas una cifra concreta. Mi número sale en la guía.

Y colgó. Encendí dos pitillos y pulsé los catorce dígitos... En Manhattan eran las siete de la mañana. Fielding acababa de terminar sus ejercicios de jogging. Se encontraba animado, fresco, oxigenado. Estaba en forma para los negocios, como si este proyecto no fuera más que uno entre muchos. También hizo como si *Dinero limpio* hubiese perdido importancia desde su punto de vista, como si se estuviese metiendo de lleno en otra aventura más productiva; otra, de nuevo, entre muchas, como si hubiese dejado de ser su proyecto favorito, su criatura predilecta. Así me trata, después de la debacle con Doris Arthur. Echo de menos el calor humano, pero soy capaz de sobrevivir a esa circunstancia, soy lo suficientemente macho como para aguantarlo, y es posible que el calor vuelva a entrar pronto en escena... Fielding, por supuesto, dijo que ya había oído hablar de Martin Amis: no había leído nada suyo, pero recientemente se habían producido casos de plagio, robos textuales, que habían llegado a los diarios y revistas. Vaya, pensé. Así que el pequeño Martin se ha pillado los dedos. Un delincuente verbal. Un detalle que no había que olvidar.

Entre los dos apalabramos un trato: tanto por el borrador, tanto por la reescritura.

—Espera un momento —le dije—, este chico puede salir más barato. Me parece demasiado dinero.

—No lo es, John —dijo austeramente Fielding, y me dio sus explicaciones. Las escuché, soltando de vez en cuando un gañido de admiración. De modo que así es como se lo montan. La cifra parece estratosférica, hasta cómica, pero en realidad le

pagas al tipo a tanto la página. Un borrador, unas revisiones, le dices que su trabajo es una mierda y le das la patada. Así nos sale el guión con una rebaja del sesenta por ciento. Doris Arthur conocía la historia.

Acepté el riesgo y se lo pregunté:

—¿Cómo está Doris?

—Bien —dijo Fielding—. Le he dicho que escriba una novela a partir de su guión. Te equivocaste, John.

—Acerté, Fielding.

Doris me había dicho algo junto a la puerta del restaurante de periodistas de la calle Noventa y cinco. No recordaba ya qué era, pero sabía que no quería volver a oírlo en mi vida. Esa era una de las razones por las cuales Doris estaba donde estaba. Una de ellas. Sí, era una de las razones.

—Dale un cheque al chico ese, hoy mismo. Ponle a escribir inmediatamente. ¿Cómo andas de dinero?

Le dije que a medias. Fielding me dio instrucciones para que utilizara la cuenta especial, me dijo que ya se encargaría él de reponer la pasta.

—Tómatelo con calma, Slick —dijo Fielding—. Tómatelo como puedas.

Me preparé una copa y manipulé la guía en busca de Martin Amis. Sí, salía en la guía, y hasta dos veces. Una vez como Martin, otra como M. L. Hay gente capaz de hacer cualquier cosa con tal de conseguir que su nombre salga en letra impresa.

Con un premonitorio ruido de bolsas de compras, Selina entró precipitadamente en el apartamento. Llevaba el pelo aceitoso de color y calor. Hay veces, lo juro, que la melena de Selina se ondula como un río de aguas bravas, y bajo sus ondas oculta ungüentos, secretos. Dijo que estaba cansada, que estaba enferma. Se tomó una aspirina y se metió en la cama. No tenía sentido que me fuese en pos de ella. No sé si saben ustedes que esa chica tiene la parte interior de los muslos extraordinariamente suave. En esa zona tiene una piel de serpiente, brillante, super excitante. Si miras ahí te encuentras con sedosos y complicados repliegues en los tendones, junto a la grieta. No es frecuente encontrar chicas con cosas así.

Selina es como una nena de las que salen en las revistas para tíos. Probablemente sea una nena de las que salen en las revistas para tíos: hoy en día publican tantísimas que no hay modo de estar al día en todas. Las chicas normales no son como las chicas de las revistas porno. Voy a confiarles un dato poco conocido: las chicas de las revistas porno tampoco son como las chicas de las revistas porno. Eso es lo curioso de la pornografía, lo curioso de los hombres; cuando se trata de tías siempre te hacen tragar bolas inmensas. No existen chicas como las chicas de las revistas porno. Ni siquiera Selina lo es, ni siquiera las chicas de las revistas para hombres lo son. He visto de cerca a un par de ellas, y por eso lo sé. Todo el mundo tiene forma humana. Pero díganse a ustedes a la pornografía. Díganse a ustedes a los hombres.

¿Cómo llegué yo a descubrir este dato tan poco conocido? ¿Cómo llegué yo a tomarles las medidas a un par de chicas de las que salen en revistas porno? ¿No se les ocurre?

Con dinero, exacto.

\*\*\*

—Dime una cosa. ¿Tienes un horario fijo para escribir diariamente? ¿O escribes sólo cuando te da por ahí?

Suspiró y me dijo:

—¿En serio que te interesa saberlo...? Me levanto a las siete y escribo sin parar hasta las doce. De doce a una leo poesía rusa, traducida, por desgracia. Como rápidamente, y luego historia del arte hasta las tres. Luego, una hora de filosofía. Nada de cosas técnicas ni *duras*. De cuatro a cinco, historia de Europa, 1848 y todo eso. De cinco a seis mejoro mi alemán. Y hasta la cena, bueno, me tomo un descanso y leo lo que me da la gana. Shakespeare, generalmente.

—Sí, el otro día estaba yo relejendo un libro, *Animal Farm*. ¿Qué te parece?

—Es gracioso, pero no lo he leído.

—Ya. ¿Y qué me dices de..., de 1984?

—Oh, ya lo leeré cuando llegue ese año. No me interesa apenas la novela de ideas. Ni tampoco me gusta tener que sacar la cabeza del libro para respirar aire puro.

—¿Cuánto ganas?

—Depende.

—Pero ¿cuánto?

Me lo dijo.

—Entonces, ¿en qué diablos te lo gastas?

Les juro que este Martin Amis vive como un estudiante. He inspeccionado su casa con el ojo clínico del publicitario, atento a signos de estilo y de forma de vida, de nivel de gasto. Y no encontré nada, ni grabadoras ni archivadores, ni máquinas eléctricas de escribir ni ordenadores ni impresoras. Sólo una portátil color vainilla. Sólo bolis, cuadernos, lápices. Apenas dos habitaciones forradas de polvo que dan a una hollinosa placita, sin vestíbulo ni pasillo. Y se gana lo suyo. ¿Por qué no vive en el nivel que le permitiría su pasta? Este tipo debe de tener un horrible vicio libresco. ¿Cuánto cuestan los libros? Me parece que esa adicción a la lectura lo tiene agarrado del cuello.

—Yo diría que esto es un buen trabajo. Desde luego, no es nada vulgar —dijo. El guión de Doris yacía sobre su regazo. Lo había estado hojeando—. ¿Estas anotaciones a mano son tuyas? ¿Dónde está el problema?

—Tenemos un problema de protagonista. Tenemos un problema de motivaciones.

Tenemos un problema con la pelea. Tenemos un problema de verosimilitud.

—¿Cuál es el problema de verosimilitud?

Se lo expliqué. Me tomó un buen rato.

—... y, por lo tanto, ahí es donde intervienes tú —le dije, resumiendo.

—Más que escribir —dijo él—, lo que me pides es un trabajo de psicoterapia.

—Te explico el trato.

—Habla.

Le dije la cifra. También eso me tomó mucho tiempo. Joder, parecía una cifra desorbitada, tratándose de un escritor. Martin soltó una carcajada. Creo que se atragantó:

—¿Libras o dólares? —preguntó.

Dice Selina que soy incapaz de amar de verdad. No es cierto. Al dinero lo amo de verdad. Oh, dinero, te amo. Eres muy democrático: no tienes favoritos. Para mí y para quienes son como yo, tú lo igualas todo.

—Libras —dije, sin darle importancia—, aunque el dinero, naturalmente, es americano. ¿Estás muy atareado? —Le dejé que se encogiese un rato de hombros—. Quizá te deje sin filosofía durante un par de semanas —dije—, pero así es la vida. Y Shakespeare puede esperar. La historia puede esperar.

Mencioné fríamente el cheque que llevaba en el bolsillo de mi americana, y le expliqué un par de detalles acerca del calendario de pagos. Pero luego me puse a pensar: con este chico lo que hacemos es tirar el dinero. Lo haría por la mitad de pasta, seguro. La cantidad de libros que se podrá comprar...

—Pues diré que no.

¿Cómo? ¡El muy hijo de puta!

—¿Qué? ¿Por qué? —dije acalorada, congestionadamente, con un dolor extraordinario, aplastante, igual que si un hijo mío hubiera sido menospreciado de forma humillante y cruel, igual que si yo mismo hubiese tenido que regresar a casa llorando. Ooh, cuánto daño me puede hacer todavía el mundo. Es tan afilado como siempre.

—No es por nada personal —dijo—. Sólo que no sé casi nada de ti. No sé casi nada de Dinero limpio.

—Joder, pero si acabo de contártelo todo.

—Eso es lo malo. —Hizo una pausa, hundió la cabeza—. ¿Quién va a dirigir esa película? ¿Serás tú...? Me has contado la trama, y parecías un niño de diez años que trata de acordarse de un chiste verde. En fin, no es eso lo que me preocupa. La industria del cine está repleta de tontos florecientes y millonarios analfabetos. Lo que me preocupa es... Para hacer una película hace falta energía, un montón de energía. Eso es lo que son los directores de cine: gente que rebosa de energía. Mientras que tú, bueno, tienes aspecto de estar haciendo cola para ingresar en una unidad de cuidados

especiales. Como parpadee, le dará un ataque al corazón, pienso todo el rato. Te he visto por ahí, y eres un auténtico prodigio. Un caso.

Dado que he resultado ser el tipo de ser humano que soy, lo primero que me pregunto al ver a una mujer es: ¿me la tiraré? Del mismo modo, lo primero que pienso al ver a un hombre es: ¿tendré una pelea con él? Hace tres años, tres meses, tres semanas, hubiese respondido a las objeciones de Martin levantándole del asiento con una mano y dándole con la otra entre los ojos. Por alguna razón de naturaleza ambigua (creo que tiene que ver con su nombre, tan próximo al de mi paliducho padre), me siento muy protector con este Martin: en cierto sentido, detestaría hacerle daño, o ver que alguien se lo hace. Pero desde otro punto de vista, en otra noche cualquiera, me oigo a mí mismo —hasta me huelo— dándole a Martin la paliza de su vida, una paliza de las peores, furiosa, ciega, incontrolada. Noto que él nota a veces ese impulso, esa pegajosidad que se produce entre los dos. Por mucho que hable y hable, le doy miedo. Sí, es listo, y ojalá hablase yo tan bien como él, pero desde el primer momento le calé, ese chico es un anticuado.

Me recosté en el respaldo, y dejé que mis latidos siguieran su ritmo. Bajé la vista para echarle una ojeada al cenicero, esa fosa común, con los aplastados cadáveres de una docena de colillas.

—Doblaré la cifra —dije. Mencioné la nueva cantidad, y noté un pellizco de náusea en mis huevos—. Y eso no es más que el comienzo. —Saqué el talonario de cheques—. Venga, ¿crees sensato rechazar tanto dinero? Acéptalo. Cómprale un regalo a tu novia. O a tu madre. Acepta. Venga, tío, sálvame la vida.

—... Aceptaré.

—Gracias, Martin.

—Con una condición.

—¿Cuál?

—Que el cheque tenga fondos.

—Los tiene —dije, entregándoselo—. Necesitaré un boceto preliminar dentro de dos semanas. Joder, tío, sólo tienes que reescribirlo.

Miró la fila de ceros caedizos.

—No me parece... —dijo—. No me parece realista.

Me puse en pie de repente: rebosante de energía. Martin se arredró. Sus ojos me miraron. Sabe lo que hay entre nosotros. O quizá cree que se está volviendo paranoico.

No es cierto. No se está volviendo paranoico. Se lo garantizo yo.

Ahora, cuando voy en el Fiasco, yo también me estoy volviendo paranoico. Tengo la sensación de que la gente me sigue. Últimamente miro por el retrovisor mucho más a menudo que por el parabrisas, y más fijamente. Si algún coche me sigue cuando yo vuelvo una esquina, da igual, es normal, pasa cada día. Si un coche me sigue cuando

doblo una segunda esquina, entrecierro los ojos y aprieto las manos en torno al volante, encubiertamente, como un actor. Si ocurre a la tercera esquina, cuidado, alerta roja. Eso es la paranoia, al fin y al cabo. Alerta roja. Cierro las puertas con seguro y subo los cristales de las ventanillas. Utilizo maniobras de diversión. Tuerzo más esquinas a ver si todavía me siguen. Lo piso a fondo... A veces me coge paranoia de contacto con los coches que van delante de mí. Intento tranquilizar a todo el mundo, yo incluido, y adelanto a ese coche, para que no tenga la paranoia de que yo estoy siguiéndole. A veces pienso que el coche que va detrás de mí cree que estoy siguiendo al coche que va delante de mí. Pero cuando trato de hacer el adelantamiento y calmarnos a todos, el Fiasco ya no tiene su viejo ímpetu. Los adelantamientos son eternos. Lo cual resulta extremadamente peligroso, y por culpa de eso ya he tenido bastantes accidentes salvados in extremis. Al Fiasco le falta su marcha, su embestida de antaño. El otro día me dejó boquiabierto un coche de minusválido. Iba yo por Bayswater Road en plan señor, camino de Marble Arch, cuando aquel triciclo de juguete se me adelantó para colarse por un carril libre. Yo reduje, y pisé el acelerador, pero aquel cochecito me dejó clavado. Mi Fiasco no era rival para él. Ayer me entró la paranoia cuando un ciclista me siguió al doblar yo una esquina. Frené. Paré el coche, de pura incredulidad. La bicicleta pasó junto a mí sin detenerse. La montaba una señora... Hoy, mientras conducía, me ha entrado de golpe la paranoia. No me gustaba el asunto. Se estaba cociendo algo, había calma, mucha calma, demasiada calma. Hasta que comprendí por qué me sentía paranoico: no me seguía nadie.

La Boda Real se acerca cada vez más a su final. Londres está como Blackpool o Bognor o Benidorm cuando hace mal tiempo. Esto es historia: los súbditos ingleses se congregan en la capital para rendirle honores a la boda del heredero de la corona. Esto es historia, y todos quieren un pedazo. Los turcos y los persas y los negros engalanados, los nuevos sahibs de Londres, parecen perplejos, humillados: no están acostumbrados a ser menos numerosos que los aborígenes. Los pálidos festejantes van alegremente vestidos bajo el pegajoso calor veraniego. Se han puesto su ropa pop-art y salen de los autobuses en los que han viajado apretujados para hacer cola ante las mandíbulas de repentinos hoteles. Gritan y están contentos. Ha llegado su hora... Hace exactamente tres años me encontraba yo en algún aeropuerto mediterráneo, a punto de volver a casa, escoltando a Dolly, o Polly, o Molly, una de las antecesoras de Selina. Después de tomarnos nuestro cóctel de primera hora de la tarde pasamos a cumplir con nuestra obligación en la tienda libre de impuestos. Y caminé irreflexivamente entre ellos, mis compatriotas. El aeropuerto era una base de transbordadores aéreos británicos, que iban a Belfast, Manchester, Glasgow, Birmingham, Londres. Todos regresábamos del sol, volvíamos a la luna, verdaderamente en forma, pese a los tripones de la cerveza y al acolchado celulítico,

pese al pegamento del peluquín y al sellador de las grietas. Se podían comprar tabloides de Fleet Street en el kiosco. El inglés de pub con el que hablaba el barman era lacónico pero práctico: todos saben decir que no hay hielo: no ice. Y ahí estábamos todos, listos para volver a casa. Chicas con camisetas y tejanos cortados a medio muslo, o en alguna super femenina parodia de los volantes y encajes locales; las matronas con la pana a punto de reventar en el trasero, y una nueva floración de pecas en la cara; los bronceados machos exhibiendo su torso en el bar y tratando de representar su ideal de la gracia varonil: un mostachudo hombre-músculo. Hay mucha copa y mucho dinero de vacaciones. Hechas las paces con sus cuerpos, recalentados, aceitados, cuidados, todos llevan el bronceado sexual: una insultante salud. Hasta que toda la pandilla, toda la inocente catástrofe de la evolución de la especie —ellos, yo, Holly, o Golly, o Lolly, la pimpante tía buena de vestido que aletea al viento— nos dirigimos a través del enloquecido calor hacia la máquina de ruido, tensa y estruendosa en medio de la rechinante pesadilla. Cargados de transistores, productos libres de impuestos, grandes tetas, pantalones blancos, trepamos todos hasta lo alto de la puerta situada en la grupa del aparato.

Vigila. Espera. Ya vienen ahí otra vez: las masas. En aquellos tiempos, para mí el tránsito no era más que tránsito, una cosa anónima, indiferente: tránsito, simple tránsito. Ahora sé algo más acerca de las cosas que pasan a mi espalda. Los coches son concretos y poseen campos de fuerzas que pueden ser mojigatos, hostiles, altivos. Veo la cara de un coche, los ojos de un coche, la sonrisa despectiva y acalambrada de un coche, el acobardamiento, el erizamiento o la despreocupación de un coche. Y cuando contemplo la masa, la congestión humana de las calles, no veo personas sino campos de fuerza humanos: trampas, cabezas amenazadoras, sombreros duros, trotes, masas humanas que me individualizan con la mirada de sus faros.

\*\*\*

—Carlos y Lady Di se casan el veintinueve —le dije a Selina mientras me tomaba mi tostada y mi café. Ella vestía su más señorial camisón. Una seda rica como caramelo. Además, era una prenda brutalmente transparente—. ¿Por qué no convertimos ese día en la fecha de una doble boda? ¿No sería increíble? Ahora mismo podríamos bajar, tomar un taxi, e ir a comprarte un anillo en Bond Street. ¿Qué te gustaría? ¿Una esmeralda, un rubí, un bonito diamante? Podríamos almorzar en Knox's. Telefonaré a la agencia de viajes. Después de la ceremonia podríamos largarnos a pasar unos días en París. Podemos alojarnos en ese hotel nuevo, el que dicen que es el más caro del mundo. Y, de todas formas, necesitas renovar tu vestuario. También creo que ha llegado el momento de que tengas tu propio coche. El Fiasco es demasiado grande para ti. Te he oído comentarlo alguna vez. ¿Adónde te

gustaría ir este verano? Piénsatelo. ¿Las Barbados? ¿Las Seychelles? ¿Sri Lanka? ¿Bali?

—No te oigo, John. John. ¿Qué estás haciendo?

—Nada —dije, aunque en realidad fuera mucho. Me había montado en el taburete de la cocina, y agarraba uno de los pezones de Selina, para afinar la sintonía, y me había metido el otro en la boca y lo saboreaba como si fuese un caramelo de menta—. ¿Qué me dices? —dije.

—¿Cómo? ¡Ay! Mira, lárgate. Además, quiero ver la Boda Real por la tele.

—Vete a la mierda —dije.

—Y tú también.

—¡Jódete ya!

—Te jodes tú.

—Mierda ya, joder —dije, y bajé al Butcher's Arms.

... Había una anciana señora que vivía en un pisito. Un día, tres negros y dos skinheads llamaron a su puerta. Le dieron una paliza y la violaron y le robaron toda la pasta. Cuando el hijo de la anciana apareció allí con la bofia, uno de los negros estaba aún en la cama, durmiendo. Tenía dieciséis años. El hijo, setenta y dos. La anciana, ochenta y nueve, y vivía sola en su pisito... Un jefe guerrero árabe ha volado en pedazos. De repente, según un comentario del Morning Line, el Próximo Oriente está más explosivo que nunca, y constituye una seria amenaza para la paz mundial. Lo cual plantea unas cuantas preguntas de cierta importancia. ¿Habrán problemas con el petróleo? ¿Le pegarán una bofetada a la libra, o acorralarán los gangsters a nuestra moneda en los mercados monetarios internacionales? ¿Es posible que se recupere gracias al petróleo, con lo cual se devaluarían los dólares americanos que estoy ganando yo? Exijo respuestas. ¿O habrá quizá una Guerra Mundial, con todos los gastos y molestias que eso supondría...? Un presentador de televisión ha sido ingresado urgentemente en un hospital, aquejado de una misteriosa enfermedad. En la página cinco, la rubia Ulla muestra sus grandes tetas y sus diminutas bragas. Sissy Skolimowsky resulta ser bollera, y un ex novio suyo piensa demandarla. Ayer, mientras revolvía el cajón de Selina, tropecé con unos folletos extraños. Cosas de abogados: información general acerca de la legislación y los derechos de las tías... Maniobras de blindados rusos junto a la frontera polaca. Con 1984 he viajado lo suficiente como para que estas cosas me preocupen. Me preocupa Polonia. Me preocupa Lech, y la habitación 101, y Danuta (vuelve a estar embarazada, saben) y todos esos hijos que tienen. En mi opinión, Solidaridad podría fallecer pronto de sobreexcitación. Todo lo que hace Lech les parece razonable a los hombres y mujeres libres, pero apuesto a que en Polonia las cosas son de otro modo; allí llevan las riendas una pandilla de tipos duros. ¿Han oído contar ese curioso chiste polaco sobre el dinero? Es muy bueno. Preg.: ¿Cuál es la única cosa que vale la pena comprar con

dinero en Polonia? Resp.: Dinero. Dinero de otras marcas: dinero del nuestro, que a ellos les sale carísimo. ¿No resulta escandaloso? Es un chiste muy bueno, a que sí.

—Barry opina que sí lo han hecho. Fat Vince opina que sí lo han hecho. Cecil cree que sí lo han hecho. Vron cree que sí lo han hecho. Y yo también.

—¿Qué? —pregunté.

—Que ya se han acostado.

—Ella y el príncipe Carlos.

—Ya. Bueno, es lógico. Él es heredero del trono. Tiene que saber qué se lleva a casa, ¿no?

Otro día, otro pub. Fat Paul, el Shakespeare.

Fat Paul y yo somos como hermanos. Estamos siempre cantando y peleando, siempre riendo y cabreándonos. Cuando teníamos veintitantos años dejamos de pelearnos. Dolía demasiado. Él dejó de perder todas las veces. Ahora temo a Fat Paul, y procuro no estar borracho cerca de él. Se saca su buen dinero por ser mucho más violento que yo. También yo mejoraría mi eficacia si me ganara la vida con la violencia, como Fat Paul. Bueno, él es un profesional, me digo a mí mismo, y para mí nunca ha sido más que un pasatiempo.

—He abandonado la sexualidad —ha dicho Selina esta mañana, después de tomarse el té que le he llevado yo con todo mi afecto.

—¿Ah sí? —le he preguntado.

—Por Dios, trátame bien. Utiliza tu imaginación. Ya se me pasará. Sólo que he abandonado la sexualidad.

Entonces, ¿se puede saber para qué sirves?; eso fue lo que sentí deseos de decirle. Pero no lo he hecho. He resistido la tentación. He observado el orgulloso dramatismo de su rostro, las válvulas y órbitas de su garganta, la humedad de su pelo, los pechos, más pesados que nunca, sólidamente montados sobre la caja torácica, las colinas desnudas de su barriga, la repentina llamarada de sus caderas, el olor a sueño.

—Entonces, ¿se puede saber para qué sirves?

—No eres real —ha dicho ella.

Tiene suerte la pequeña Selina de que haya dejado de hostiar a las mujeres. Si alguna vez vuelvo a pegar a las mujeres, ella será la primera en enterarse... De modo que me he largado y me he pasado una aburrida pero necesaria mañana con mi director de arte y mi jefe de vestuario. Le dije a mi ayudante que también viniera. Es Micky Obbs. Todos ellos cobran por esperar el momento del rodaje. Fielding tiene una cuenta especial para correr con esos gastos. Luego he comido con Kevin Skuse y Des Blackadder. También ellos cobran. Tendrían que ver cómo manejo a esos tipos. Martin Amis tendría que haber visto cómo manejo a esos tipos. Creen que soy Dios. Sus sonrisas forzadas y sus exhaustas carcajadas, la tranquilidad de su odio, me lo confirman. Luego, al Shakespeare, a ver a mi padre, a buscar claves de este rollo de

los padres y los hijos.

—¿Dónde está Barry? —pregunté.

—Aquí —dijo Fat Paul—. Toma las llaves.

Mi padre estaba pensativamente dedicado a ver las pruebas de varias strippers en la cripta morada del viejo salón del bar. Menudo lote de desgraciadas: treintañonas, amas de casa con dos hijos, forzadas a subirse al escenario por cuestiones de dinero. Incluso tienen a sus chiquillos rondando por aquí, bostezando nerviosamente. Los niños me recordaron a otros niños, sí, a los niños de los presos de Brixton, a los pequeños visitantes. No tenía ganas de ver nada de eso, y me senté pesadamente, de espaldas a los focos.

—Sírvete algo, John —dijo mi padre, con su breve mirada de deudor—. A ver, ¿quién eres tú? ¿Emma? Muy bien, guapa, empieza.

—¿Qué le pasa a Vron? —pregunté.

—No me hables de Vron. Desde lo de *Debonair* me trae loco. Ahora quiere hacer un vídeo. Está obsesionada por el vídeo. Para Vron, lo de desnudarse en un escenario ya es poco. Dice que es una *artista del cuerpo*. Que lo suyo no es el strip-tease, sino *cultura física*. El miércoles pasado hizo cultura física de esa en el escenario del Shakespeare, y no veas el escándalo que se armó. Gracias, Emma. Sí, Emma, con eso será suficiente.

Me volví. Con la ropa sujeta de mala manera, Emma decía que sí con la cabeza bajo los focos. Un niño pálido con pantalones cortos se dejó caer de la banqueta del piano y avanzó hacia ella.

—¡La siguiente!

—¿Qué fue lo que pasó el miércoles?

Mi padre emitió un leve gemido nasal, con la mirada fija en el escenario.

—Hizo que ese desdichado de Rod le hiciera una *coreografía* completa. Rod, el fotógrafo. Tiene suerte de ser marica, porque de lo contrario estarían los dos en el hospital. Él se encargó de la iluminación, de la supuesta iluminación. Estaba tan oscuro que la gente tiraba los vasos, tropezaba con las paredes, en fin. Y no hizo lo corriente, ya sabes, lo de la chica pasando la gorra al final y cada uno echándole lo que le da la gana. No. Fue una actuación en toda regla, con taquilla, y cada entrada a dos libras. Vron salió cubierta de velos y pañuelos y cosas, y dio un par de pasos en la oscuridad. ¡Y luego volvió a largarse! No veas cómo se puso el público. Me fui a verla y le dije, a ver si te quitas todas esa maldita mierda que llevas puesta. Pero dijo que no, que ella no se quitaba nada. Dijo que eso era su número. Tuve que devolver el importe de las entradas. Descorazonador. ¡Gracias, chata! Precioso. Ya veré qué puedo hacer por ti.

—Eh. Quiero preguntarte una cosa. ¿Tienes planes para...?

—*Tendrás tu dinero* —me dijo, y me miró cara a cara por primera vez, con los

ojos entornados, los labios arqueados.

—No me refería al dinero —le dije—. Me refería a tus planes matrimoniales.

—Oh, eso. —Se encogió de hombros e hizo un ademán despectivo con la mano—. Haznos un favor, John. Pásate a ver a Su Alteza Real cuando te vayas. Quiere hablar contigo un momento. Oye. La tal Selina... —Su gesto de burla se agudizó, y pareció encender unas luces en el fondo de sus ojos—. Debe de ser bastante guarra, eh. ¿Me equivoco?

—¿Selina? —dije, con inconfundible lealtad; menudo tonto soy-Basura y sólo basura.

Mi padre gruñó y se volvió hacia el otro lado.

—Anda, hijo, vete. Corre.

Encontré a Vron viendo la televisión en una salita color mazapán. Estaba tendida en el sofá, con el cuerpo significativamente dispuesto, y la cabeza alta, como en bandeja. Me fijé en sus agudos tobillos, en sus medias negras, en el quimono turquesa con numerosos e interesantes orificios de ventilación. Llevaba unas pestañas postizas espesas como charreteras, y sus ojos se extendían como delgadas arañas sobre el tono mortuario de su maquillaje. Vron y la habitación en donde yacía tenían en común..., cierta textura a tienda de caramelos, sorbetes, bombones de licor. Mientras ella me hablaba (de Barry, de Rod, de los deméritos del peinado de Lady Di), estuvo haciéndose masaje en los pechos con los antebrazos, perezosamente: «para mantenerme en forma, John», me explicó. Luego, la conversación pasó a tratar de su propio cuerpo, y de lo poco avergonzada que de él se sentía. Otras personas podrán avergonzarse de su cuerpo, pero ella no es de esas. Desde luego que no.

—¿Por qué tendría que avergonzarme de mi cuerpo, John? Dímelo tú. ¿Por qué?

No supe qué contestarle. Después, Vron me preguntó si tenía algún contacto con gente que hiciera cine porno, o vídeo erótico, o porno duro.

—Ninguno que parezca importante. No.

—Barry duda de las posibilidades de mi futuro, John. En cambio, Rod tiene fe en mi talento. Tú tienes espíritu de artista. Y por eso te respeto, John. ¿Dudas tú de mí, John?

—Por mi experiencia, Vron, te diré que estas cosas pueden salir bien o mal, depende.

Me miró reflexivamente, con las manos cruzadas sobre las azules solapas.

—Sería una buena madre para ti. Lo sería —dijo—. De verdad.

\*\*\*

—La distancia entre el narrador y el autor depende del grado en el cual el autor crea que el narrador es malvado, iluso, despreciable o ridículo. Lo siento, ¿te aburro?

—¿... Uh?

—La distancia está en parte determinada por las convenciones. En un marco épico o heroico, el autor le da al protagonista todo lo que tiene, y más. El héroe es un dios, o posee poderes o virtudes divinas. En un marco trágico... ¿Estás de acuerdo?

—¿... Uh? —repetí. Acababa de metérseme un pedazo de galleta en uno de los huecos que dejan entre sí mis muelas superiores. Si vuelvo a pasar la película de este accidente de manera mental, supongo que debí de hacer una marcada mueca de dolor, para después dar rienda suelta a un estremecimiento. Me puse a repasarme la muela con la lengua. Martin, tan contento, siguió charlando. Los médicos de la boca son como decoradores del oeste o fontaneros de circunstancias. De joven, uno cree que el mundo de las reparaciones adultas es digno de la mayor confianza, eficaz y no excesivamente caro. Pero cuando uno crece se encuentra con que no hay más que matones y cuatrojos, chulos y ratas de biblioteca, chapuceros y melindrosos. Tomé un sorbo de mi copa y desvié el scotch hacia mi Upper West Side.

—Cuanto más descienes en esta escala, más libertades puedes tomarte con él. En realidad, puedes hacerle lo que te venga en gana. Lo cual crea un deseo de castigo. El autor no está en modo alguno libre de impulsos sádicos. Supongo que es...

—Oye, no te olvides de que me has de dar una fecha límite. No es necesario que la cumplas estrictamente, pero necesito decirles algo a Fielding y a Lorne. Y a Caduta. También a Davis. ¿Qué hay de la pelea?

—¿Qué pelea?

—La pelea entre Lorne y Spunk. Ya sabes, la gran pelea.

—Ese nombre no va a colar.

—Ya, ya. Le he hablado de este asunto. Mira, hay muchos norteamericanos que se llaman cosas así. Todos se llaman cosas como Orifice y Handjob.<sup>[12]</sup> No se fijan. Creen que son hombres divinos.

—Pues a mí me parece que eso será un problema. En fin, a ver qué te parece esta idea. Que Spunk, o como se vaya a llamar, deje que Lorne le dé una paliza.

—¿Que Spunk se deje...?

—Sí, Spunk.

—¿Por qué?

—Para demostrar que está por encima de todo eso. Y también que controla tan exquisitamente su propio cuerpo que es capaz de encajar los puñetazos y...

—Venga ya —dije—. Lorne no caerá en esa trampa. Lorne quiere que Spunk le ataque a traición, de la peor manera, y después pretende vapulearle.

—¿A Spunk?

—Sí. Verás, los héroes no... Tengo que explicarte una cosa: Lorne hace papeles de héroe. Los héroes nunca pierden una pelea. En tiempos de Lorne no perdían jamás. Luego empezaron a perderlas, durante una temporada, pero ahora han vuelto a lo de

no perder nunca. Los héroes, bueno, los héroes no pierden una pelea a no ser que tengan diez tipos en contra, y armados de navajas y látigos, y porque el héroe ha estado enfermo, y su madre está a punto de morir, y su mujer...

—Ya, entiendo —dijo Martin.

—E incluso así, a la siguiente pelea gana el héroe.

—A ver esta otra idea. Lorne deja que Spunk le dé la paliza.

—¿Por qué?

—Por amor a Butch. Se sacrifica por ella.

—Ya... A Spunk no le engañaremos tan fácilmente. Ni siquiera quiere pelear con Lorne, a no ser que sea absolutamente necesario. Sólo si le provocan y le atacan y todo eso.

—Entonces, no hay modo de resolverlo. Ninguno de los dos está dispuesto a perder.

—El escritor eres tú —dije—. Usa tu imaginación, joder. Pon tu talento a trabajar. Además, ¿no es eso lo que se supone que soléis hacer los escritores, todo el día?

—Si hubiese dos peleas, supongo que los dos querrían ganar la segunda. ¿Y si dejamos lo de la pelea?

—No, no lo vamos a dejar. Necesitamos la pelea. Quiero que haya una pelea.

—Ya veré qué puedo hacer por ti.

Luego discutimos el problema de la verosimilitud, en el piso de Martin, sentados en torno a su mesa ovalada y cargada de libros, provistos de una botella de whisky, vasos, ceniceros, cosas de escribir. Martin fuma y bebe lo suyo, aunque antes no lo hiciera. Hablando en general, mi estimación de sus cualidades ha subido algunos enteros. Pero encuentro que esa vida de estudiante que lleva lo estropea todo. ¿Hasta qué punto quiere arrastrarse por la vida? Afuera había cielos luminosos y parloteo de gente que pasaba.

—De manera que lo que tienes que hacer es —dije, a modo de conclusión— que se comporten de forma verosímil, sin que ellos lo sepan. Sólo de forma que ellos lo hagan, sin que se enteren ¿de acuerdo?

—Me lo pones difícil —dijo Martin.

Medité un momento.

—¿Tienes también este problema con tus novelas, Martin? —le pregunté—. Y, ¿te arman muchos líos cuando tratas de gente que hace cosas malas y todo eso?

—No, no me presenta ningún problema. Me llegan algunas quejas, claro, pero estamos prácticamente todos de acuerdo en que el siglo xx es una época irónica, decadente. Incluso el realismo, el tratamiento más puramente realista, se considera como demasiado engolado en este siglo.

—Realmente... —dije, y me pasé la lengua por la muela.

Cuando regresaba a casa por calles color ostra y carbón, el aire tembló

repentinamente, se sacudió el abrigo, como un perro mojado, como la superficie de aguas turbadas. Me detuve un momento —todos lo hicimos— y alcé los ojos al cielo, como podría alzar el rostro un esclavo o un animal, temiendo el castigo pero asumiendo de todos modos el riesgo. Con sus peldaños de luz, una iluminada escalera ascendía hacia el azul, más allá del cielo cotidiano formado por hueveras vacías, grandes pellejos, nieblas de cocina.

—De acuerdo, a ver —dije, y me sequé la cara con la mano.

En lo alto, en medio de la distancia transparente, se tostaba al sol una hueca nube rosada, una cúspide de color rosa sujeta por los extremos, en forma de ojo vertical, de boca vertical. En su centro se encontraba cierta esencia viva, meticulosa, femenina... Bueno, ¿aparto de mi mente esa idea? ¿Es posible que la pornografía que emite mi cabezota se cuele incluso en las nubes hasta determinar su forma, resistiendo de paso los embates del aire de las alturas? Alto ahí..., el color rosa, la boca, el destello. En fin, si en ese momento me pareció que era así, significa que en ese momento me pareció que así era. Probablemente no soy el único que opina que está determinado por su forma de ver las cosas. Y esa nube de ahí arriba me recordó, sin la menor duda, un chocho.

\*\*\*

Y es que, últimamente, todo tiene esa forma para mí. Llevo una semana de vuelta en Londres, y Selina sigue manteniendo las distancias. Selina me ha puesto el freno. Cada noche, mientras cenamos en restaurantes cotidianamente más caros, tengo que escuchar el manifiesto antisexológico desde la sopa hasta los postres. Dice que se encuentra en un estado de hipersensibilidad. En un estado extremadamente delicado. Al principio pensé que lo único que pretendía era conseguir que yo le diera de mi bolsillo un auténtico bingo o un espléndido plan de jubilación anticipada. Me equivoqué. Le he ofrecido miles y miles de libras. Le he ofrecido el matrimonio, hijos, casas, la leche. Tal vez me falte sutileza, no lo sé. Ella me mira como diciéndome: *¿Cómo te atreves?* Ojalá me explicase alguien a qué hormona hay que echarle la culpa de todo esto. Esa hormona suya está dándonos la lata por ahí dentro, y arruinando de paso mi salud. Como agarre a esa hormona algún día... La pequeña Selina ni siquiera se viste de gala. Tampoco se desnuda. No lleva prendas de burdel o de revista porno, pero tampoco usa pijama de hospital o calcetines. Duerme en cueros. Lo mismo que yo, lo mismo que yo.

Por la noche, antes de retirarme, tomé la precaución de beberme una botella de brandy, y entré en el dormitorio justo cuando Selina salía de la bañera. Mientras se cepillaba el pelo con los dos brazos alzados, permaneció en pie y desnuda junto a la cama. Fragmentos de humedad le brillaban en la piel como océanos en un globo

terráqueo. Crucé la habitación en actitud implorante. Le besé la garganta. Me arrodillé.

—Por favor —le dije.

Oí el ruido del cepillo en su pelo, la música japonesa de sus entrañas, el leve zumbido del silencio.

—Diez de los grandes —dije—, para que te los gastes en tu boutique preferida.

Sin respuesta.

—Cásate conmigo. Ten hijos conmigo. Podríamos irnos a vivir... Joder, esto es... ¡Cierra los ojos, simplemente! ¡No tardaré ni un minuto! Maldita sea, ¡acércate!

—Si me amases —dijo Selina—, lo entenderías.

De modo que, a continuación, intenté violarla. A fuer de sincero, debo confesar que no fue un esfuerzo muy distinguido. No estoy entrenado para estas cosas, y suelo estar poco en forma. Por ejemplo, malogré un montón de tiempo intentando controlar sus manos. Es evidente que la forma adecuada de violar a una tía consiste en resolver sobre todo el asunto de las piernas, y, de paso, darle algún que otro bofetón como parte del trato. Otro consejo: desnúdense antes de que empiece la acción. Fue cuando sujetaba los brazos de Selina con la mano derecha y la hebilla de mi cinturón con la izquierda, que ella me dio un buen directo con su huesuda rodilla. Me dio justo en donde más duele. Fíu, un buen golpe, pensé mientras caía de espaldas al suelo. Encogido y jodido, me quedé tumbado con la pantalla justo delante de mi cara. Tuve la sensación de estar poniéndome verde de pies a cabeza. Finalmente, me arrastré hacia el baño como un cocodrilo tras haber pasado por el matadero, y estuve rugiendo durante muchas lunas con la cabeza hundida en la taza.

Un buen golpe, pensé, mientras me comía una manzana en la cocina, mientras, cojeando, andaba de un lado para otro, retorciéndome las manos. Joder, ¿cómo estarán las cosas a partir de ahora...? Cuando, muy falto de confianza en mí mismo, regresé al dormitorio, Selina apenas si me dirigió un frío aleteo de sus pestañas. Estaba sentada en la cama, apoyada en el cabezal, sujetando con firmeza la sábana bajo los sobacos, y con una revista lujosa sobre la pendiente de su regazo.

—Lo siento. Lo siento muchísimo —dije—. Jamás en la vida había sentido tanta vergüenza.

Ella se volvió y alisó la almohada. Gradualmente —jadeando, cojeando, dando saltitos— me fui quitando la ropa y me metí en cama, a su lado. Apoyé una mano cautelosa en su hombro.

—Selina. Por favor, di que no pasa nada.

Ella me empujó con la blancura indefensa de su grupa, perdonándome.

—No pasa nada —dijo.

Estiró la pierna izquierda y coló su palma derecha bajo la almohada. Me quedé largo tiempo con la respiración de su cuerpo en mis brazos, escuchando entristecido

la disminución del volumen de sus suspiros.

Luego intenté violarla otra vez.

En términos de simple técnica, de tecnología de la violación, mi segundo intento fue sin duda mejor que el primero. La verdad, hubo todo un mundo de diferencia. Esta vez la atacé por detrás con un impulso serpenteante, caracoleante. El factor sorpresa tuvo esta vez un papel más sobresaliente, porque en ese instante Selina ya estaba dormida. Es difícil aumentar el grado de sorpresa que el que se consigue en tales circunstancias. Tras haber aprendido de la reciente lección, fui todo lo listo que puede ser un violador: aplasté su cuerpo y le separé sus piernas con las mías, mediante un movimiento de pinza inversora. Y vaya si funcionó. Fabuloso, me dije a mí mismo. Está completamente a mi merced. Brillante. Todo lo que necesito ahora es que se me empalme... Con la mano que le quedaba libre, Selina me clavó las uñas en el costado y le dio algún que otro maligno tirón a mi felpudo. Puedo soportarlo, pensé. Es antierótico, ciertamente, pero tampoco me hace tanto daño. Pero ¿y ahora qué? Selina misma le puso fin al impasse. De repente recordó sus posibilidades, y me dio un soberano golpe en la mandíbula con su afilado codo: me alcanzó en lo más hondo de mi dolorido Upper West Side, ahí en donde aún se mantiene con vida esa temblorosa muela. Esta vez di con mis huesos en el suelo más rápidamente incluso que antes, pero me fui enseguida a la cocina, con paso tambaleante. Las alegrías de la violación, pensé mientras me atiborraba de calmantes y scotch, están muy sobrevaloradas. ¿Cómo se las arreglan los violadores para aguantar todo esto...? Cuando volví a asomarme, Selina se había hecho la cama en el sofá. Se dirigió hacia allí, como si fuese un coche fantasmagórico, y comenzó a cerrar la blanca puerta.

—Yo dormiré en el sofá —le dije—. Vete tú a la cama.

Me ignoró. Le grité. Por vez primera en toda la noche, tuve la sensación de que en cualquier momento podían salirme mis peores instintos. Selina (vestida con su más lanudo camión) regresó a la cama, y aún pensé de nuevo en lanzar un último y heroico ataque contra ella. Pero mi ángel de la guarda me aconsejó que, por esa noche, lo dejase, que abandonase honorablemente la batalla mientras aún seguía con vida. Me pasé una revuelta y dolorida noche en el ardiente cuero (las sábanas parecían decididas a vendarme, atarme, medirme), y tuve que hacer las funciones de anfitrión para toda una pandilla de nuevos dolores que se dedicaron a explorar el repentino patio de recreo con que se habían encontrado.

Cuando me «desperté», alrededor de las diez, Selina se había ido. Por la mañana, encontré en el correo un sobre con el estado de mi cuenta bancaria. Lo abrí con desacostumbrado interés y me quedé mirando sus columnas un rato larguísimo. Ahí tema por fin las pruebas de que Selina me la estaba jugando. Durante las cuatro últimas semanas no había gastado ni un penique.

\*\*\*

—*Los Usureros. Presupuesto. Transnacionales.* No tengo palabras. Gracias, John.

—¿Qué les pasa? —le pregunté ante su ironía—. Son *libros*, ¿no?

—Ya los tienen aquí. Y pensar que me he pasado seis semanas esperando, para que me vengas con esto.

—¿Cómo iba yo a saberlo? Si quieres libros, pídeselos a tus amigos de Cambridge.

—No tengo amigos de Cambridge. Ni de ningún otro lado. Ahora ya no me queda ninguno. ¿Por qué crees que intento relacionarme con alguien como tú?

—¿Qué te parece éste? —dije—. *Animal Farm*...

—¿Cómo? Lo leí a los doce años.

—Entonces, probablemente no te diste cuenta de que era una alegoría. A esa edad, imposible. Sólo tenías doce años. Pues bien, los cerdos son algo así como los líderes..., de la Revolución. Y todos los demás, como los caballos, los perros, pues son... Mira, Alec, no me gusta decirlo, pero tienes un aspecto horrible.

—Tampoco a mí me gusta oírlo.

Alec Llewellyn tenía en su rostro el rastrero color del miedo. Es amarillo, como dice la gente, un amarillo de cerda en celo, con poros. Las peores víctimas eran las concavidades que se le habían formado bajo los ojos, en donde la oscuridad se le había concentrado en dos manchas negras, como de roña. En cuanto a los ojos en sí (esos ojos antaño húmedos, brillantes, casi espumosos), eran los ojos de un atrapado ser interior, una criatura que vivía dentro de mi amigo y cuya mirada se perdía en la lejanía, tratando de ver si algún día sería seguro salir al exterior. Llevaba el pelo largo, descuidado, lacio, con una curva hacia dentro por debajo de la mandíbula... En fin, esto era Pentonville, la cárcel de Su Majestad, y Pentonville no se parece a ningún otro lugar: no era como Brixton, con su ambiente tranquilo y hasta acogedor. No, Pentonville era desmoralizador, tenebroso, húmedo, con un aire hosco y sucio. Hasta los guardianes, con su sarga empapada de sudor, parecían subnormales. Me pasé dos piojosas horas esperando en un aula muerta con las diversas esposas, que, por cierto, también eran diferentes: no eran viejas y severas sino jóvenes y aburridas, jodidas, dolidas. Chicas de las que acaban liándose con tipos poco recomendables: delincuentes. O quizá nunca tuvieron oportunidad de elegir, y simplemente acabaron con delincuentes de poca fortuna.

—El sistema clasista —dijo Llewellyn— no funciona tan bien aquí como en Brixton. Comparto mi celda con un par de trogloditas al lado de los cuales tú parecerías el Cisne de Avon. El uno está encerrado por robo, el otro por violación. Es lo más gracioso de los dos. John —dijo con una entonación nueva, menos firme, más dura—, sabes que no soy yo el que tendría que estar aquí, sino tú.

No me gustó este tema de conversación.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le pregunté. Estábamos sentados en una húmeda pocilga que recordaba a uno de esos cafés de los años sesenta, pero que nadie se hubiese cuidado de arreglar en todos esos años, sin ventanas, con los cables de la luz colgando del techo, y un constante parpadeo en las bombillas. Cada pocos minutos me iba al mostrador y compraba otro café y otra pastilla de chocolate para Alec. Él iba comiendo y bebiendo tranquilamente, pero sin el más mínimo placer.

—Escúchame. El cartel dice «Las luces se apagan a las nueve». ¡*Apagan!* Y otro dice: «Una taza de té o “café”». ¡Café entre comillas! ¿Por qué? ¿Por qué? Y, en la biblioteca, hay un rótulo que dice: «Se proibe escupir». ¡*Proibe!* Es un error, un error.

—De acuerdo —dije, algo inquieto—, todo esto está organizado por una pandilla de analfabetos. En fin, tómatelo con calma.

—Sácame de aquí —dijo, alzando la voz—. Es un error. No soy yo el que tiene que estar aquí. ¡Eres tú! ¡Esto es una errata!

—Eh, tío. Tranquilo, joder.

Alec tenía razón en cierto sentido. Todo esto está en mí. El padre de mi padre era un falsificador al que a menudo pillaron con las manos en la masa. Uno de sus sudados billetes de cinco libras, enmarcado, todavía adorna un rincón del Shakespeare. Tiene un aspecto desamparado. Como una bayeta. Mi padre tiene mucha suerte, siempre se libra. Todo Londres sabe que Barry nunca ha estado encerrado. Fat Paul ha cumplido alguna sentencia por haber causado daños de diversa consideración a gentuza de por ahí. En cuanto a mí, me he pasado alguna que otra noche en comisaría (por embriaguez y conducta escandalosa, por resistirme a mi detención y, una vez, por pegarle a un poli: tres meses de sentencia suspendida). Sólo Fat Vince está del todo limpio: Gentleman Vince. Y todos esos tipos de ahí adentro, esos desgraciados con uniforme, esos perdedores de nariz enrojecida, esos ceñudos chapuceros, esos estafadores de grandes puños, esos retrasados mentales de carácter violento, son de los míos. Todos ellos resisten la marea como pueden, mientras los demás nadan en sentido contrario. Hay un buen montón de dinero en ese negocio. Lo único malo es que, si alguien se entera de lo que haces, terminas con tus huesos en la cárcel. Volví a mirar el resto de la habitación. Esta vez, al ver a Alec, imaginé que tendría la sensación de que me había alejado de la cárcel. No fue así. Sino que la sentí más cerca.

Le di mi pañuelo. Consolé su hombro con unos golpecitos. La verdad, no sirvo para estas cosas.

—Dos semanas —le dije—. Dos semanas, y estarás en la calle. Dos semanas, y tú y yo estaremos emborrachándonos en algún casino con un par de tías.

—No, yo no estaré ahí. Me iré con Ella y los niños. Es todo lo que puedo

permitirme ahora. —Me dirigió una sonrisa despectiva—. Borracho en un casino, contigo y un par de furcias. El mismísimo paraíso. ¿No crees que ya he tenido suficiente de todo eso?

Fui a buscarle más café, más chocolate. Alec se había pasado diez años haciendo visitas de cortesía a los barrios bajos. Había necesitado diez años para averiguar que los barrios bajos son reales, que los barrios bajos contraatacan a mordiscos, contraatacan a mordiscos de sus pequeños y mezquinos dientes. Pagué la cuenta al tipo del delantal que atendía el mostrador. Sí, otro mundo sin mujeres. Se notaba enseguida esa ausencia de mujeres, el sabor amargo de la testosterona libre de toda mezcla. Gracias a Dios, *mi* tiempo allí se terminaba por fin. Pronto estaría afuera, con las mujeres, con el dinero.

Cuando estaba regresando a la mesa de Alec oí sonar una estridente campana. Me quedé en pie. Él notó el alivio en mi rostro, y volvió a reunir fuerzas. Me miró con renovada enemistad.

—Esa amenaza que pesa sobre ti.

—Ah, sí —dije con frialdad—. Esas cincuenta libras que alguien ha pagado para que me arreglen la jeta. Cualquiera día, cuando menos me lo espere, alguien me arrancará la cabellera o me pisará el dedo gordo del pie...

—Sé quién las pagó.

—¿En serio? ¿Quién?

—Un golpe en la cara, con un instrumento contundente. ¿Estás preparado?

—Lo estoy.

—Agárrate fuerte.

—Ya me agarro.

—... Tu *padre* —dijo Alec Llewellyn.

Al cabo de una hora me encontraba en otra sala de espera, esta vez de un médico de los caros. Mientras aguardaba mi turno estuve pensando en Selina, denunciando en la comisaría de Paddington que habían intentado violarla varias veces. Pero no, Selina jamás me haría eso. Las denuncias por violación no dan dinero. Me sentía mal pensando en lo que hice. ¿Por qué? Seguro que pronto quedaría todo olvidado. No: sabía que estaba alejándose de mí. Espera, quise decir.

No corras tanto. Espera... Mrs. McGilchrist volvió a limpiar mi maldita muela, con cierta impaciencia. Me dijo que casi podía darla por perdida, y que pronto estallaría otra vez.

Una hora más tarde volvía a encontrarme en una sala de espera del Soho: Carburton amp; Linx. Estuve fumando y mordiéndome las uñas. Todas las prisiones, supongo, son salas de espera. Todas las prisiones..., todas las habitaciones. Todas las habitaciones son salas de espera. Su habitación es una sala de espera. Está usted esperando, al igual que yo estoy esperando. Todo se acerca al momento en que todo

habrá terminado. Menos mal que la flaca Trudi me mostró la puerta.

Terry Linex estaba medio tumbado en su madriguera, como un bicho licencioso rodeado de frondas y copas, de trofeos de dardos y diplomas italianos. Eran las cuatro en punto de la tarde, y llamó por el interfono para pedir whisky y hielo.

—Bien, hijo —dijo—, ¿cómo te sienta la vida en el carril de adelantamiento? ¿Puedo hacer algo por ti?

—Quería saber algo de mi finiquito dorado. —Tomé un sorbo de mi whisky. No podía quitarme a Selina de la cabeza. No me sonrojé ni me sentí azorado. Nadie puede sonrojarse ni sentirse azorado en presencia de Terry Linex.

—Está en camino —dijo.

—¿Cuánto será?

—Bueno, yo diría que estará a mitad de camino de las seis cifras.

—¿Cuánto? ¿Sesenta mil?

—Más.

—¿Cuándo?

—Pregúntaselo a Keith. Las cosas van despacio desde que nos dejaste. —Hablaba como adormilado—. Echamos de menos tu energía, John.

—¿Uh?

—Y tu instinto. Por otro lado, está el problema de los impuestos. Oye, ¿todavía andas con la tía esa, Comosellame Street? —Selina. Selina Street.

—Eso —dijo, y frunció el entrecejo y se humedeció los labios—. Ella y tú, bueno, supongo que lo habéis dejado, ¿no?

De repente sentí que la gravedad se había hecho más pesada que nunca, aplastante, como el tiempo que estábamos soportando. Era como si la gravedad acabase de ser fichada por los dioses del clima. Tiraba hacia abajo de mi cara, y de mi corazón, y de todos esos olvidados fragmentos y pedazos, de todos esos extraños habitantes de mi cuerpo. Obedecí a mi instinto. Le dije:

—Sí. Eso se acabó. ¿Por qué?

—Bien —dijo Terry, y bostezó—. ¿Quieres que te lo cuente...? La semana pasada rodé un spot de trajes de baño. La cuenta de Gallet. Me llevé a la modelo, Mercedes Sinclair. ¿Has trabajado alguna vez con ella, John? Una tía tan increíble que hasta te sentirías orgulloso de poder beberte el agua en la que se baña. En fin, que no me anduve con rodeos. Nos fuimos directamente al local de Smith para un..., un *cinq à sept*. Ya sabes de que va.

Desde luego que lo sabía. El local de Smith era un chaletito-meublé situado cerca de Park Lane, muy frecuentado por la gente de la publicidad. Le dabas a Didier treinta y cinco billetes, y él te proporcionaba a cambio una habitación para una hora, más una botella de champagne. Antes yo iba a su chalet a menudo, con mis Debby y mis Mandy, con mis Mitzi y mis Suki. Todos íbamos. Cambiaban las sábanas cinco

veces al día, pero las habitaciones siempre estaban más o menos arregladas y hasta aireadas. Tomé otro sorbo de mi copa, dispuesto a esperar.

—Fue una tarde de éstas en las que el negocio le queda pequeño. En realidad, la cosa era de lo más cómica. Toda aquella hilera de tíos jadeando en el mostrador, haciendo cola. Les hice reír a todos cuando alcé la voz y dije: «Apresúrate, Didier, o nos vamos a pasar aquí toda la noche». Pues bien, los primeros de la cola eran esa Selina y un tipo.

—¿Qué tipo?

—Alto, de pelo rubio. Me pareció que tenía acento americano, aunque, no sé. Estaban los dos de broma. Fuera como fuese, lo que sí es seguro es que el tipo conocía el local, y pidió habitación para una hora. Pero entonces saltó Selina, furiosa: «¡En mi vida me habían insultado tanto!». Ya sabes. De modo que el tipo acabó alquilando la habitación para toda la noche. Didier le preguntó que cuánto champagne iba a necesitar. Al final le costó la broma un montón, pero apenas si estuvieron allí cuarenta minutos. Didier y yo estuvimos riéndonos luego, comentando la jugada.

—El nombre. El *nombre* del tipo ése.

Terry Linex se encogió de hombros y, luego, se desperezó.

—Te diré lo que puedo hacer. Al final de todo el jaleo, el tipo acabó pagando con tarjeta de crédito. Tiene que estar registrado su nombre en algún lugar. Esta tarde pasaré por allí. Se lo preguntaré a Didier. Esta vez, sin que sirva de precedente, pienso quedarme toda la noche. El plan de *cinq à sept* queda corto cuando se trata de Mercedes. Es de las que nunca tienen suficiente. Te llamaré por la mañana. Por cierto que esa Selina está buenísima, y seguro que es de las que saben lo que se hacen. Pero has hecho bien dejándola. Le falta clase.

\*\*\*

Londres está repleto de historias breves que caminan cogidas de la mano. En el ajetreo callejero uno se encuentra con emparejamientos extrañísimos, de todos los colores, de todas las edades y sexos, damas y valets, jotas y dieces, de corazones y diamantes, espadas y oros, paseando de la mano. Puedes encontrarte con una joven de cara agrisada, maltratada por el alcohol o cualquier otra cosa, sosteniendo el peso de su viejo compañero, un anciano con las patas torcidas. Nada que ver el uno con el otro. O te encuentras con una punk de diecisiete años, algo así como un loro loco con patas largas, cogida del brazo de un lechero que casi podría ser su padre, pero que evidentemente no lo es. ¿Qué relación les une? O te encuentras con una rubia cuarentona de anchos hombros, flanqueada por un par de maricas lituanos en pantalón deportivo y camiseta. ¿Cómo encajan, si puede saberse? Londres está repleto de relatos cortos, de relatos largos, de epopeyas, farsas, sagas, culebrones y

comedias que andan por las calles cogidos de la mano.

¿Y cuál es mi papel estelar en todo ese embrollo? Tengo más bien la sensación de que estoy en una película muda del género slapstick. Slapstick porno, pastelazo que te crió, un momentáneo alivio cómico con la casera o el botones, antes de que la jodienda de verdad empiece en otra parte. Salí disparado de Carburton amp; Linex y me fui directamente a una cabina telefónica. Me había preparado muy bien mi discurso inaugural. Pero Selina no estaba. Ni allí ni en ninguna otra parte. De modo que me cargué la cabina en plan gamberro. La baquelita cedió amablemente y se partió en pedazos, pero luego se tomó su represalia lanzándome una descarga eléctrica.

Me puse en pie y dejé que el humeante cacharro colgara del cable. El Fiasco se negó a arrancar, de modo que también me metí con él. Abollé un guardabarros de una patada y lancé un ladrillo contra sus faros. Todo esto resultó terapéuticamente eficaz, y me calmó un poco hasta que una lucha depredatoria en pos de un taxi pirata (que luego me cobró seis libras por la carrera), volvió a encenderme. Subí las escaleras a saltos. Mis dedos de uñas mordisqueadas ardían en deseos asesinos.

El piso estaba vacío, naturalmente; encantado, sorprendido (francamente sorprendido) de verme en ese estado. Al principio, en medio del silencio, cuando vi el sobre con una florida *J* caligrafiada en su superficie, pensé que aquella embustera furcia ya me había dejado. Pero tanto su ropa como sus elixires y ungüentos, su té especial, su olor, su feminidad, todo rondaba y flotaba todavía por las habitaciones, aún no se había ido, aún no. «Ceno con Helle. Volveré a eso de las doce —decía la nota—. Te quiere, Selina». Estuve esperando, atento a los ruidos, en actitud supuestamente pasiva, pero esta espera fue en realidad tan activa y agotadora como el mayor esfuerzo que haya hecho en mi vida. Se puede matar el tiempo de numerosas formas, pero todo depende de la clase de tiempo que tenga uno que matar: hay tiempos inasesinables, inmortales. En cuanto me ponía a hacer una cosa siempre tenía ganas de hacer otra, pero cuando me ponía a hacer ésa otra comprobaba que tampoco tenía ganas de hacerla. Fumar y beber y maldecir y caminar de un lado para otro fue lo único que conseguí hacer. En fin, la cosa no tenía remedio, sólo podía esperar. De modo que bebí y caminé y fumé y maldije durante siete horas en una sala de espera privada, personal.

A medianoche se abrió la puerta. Selina tenía buen aspecto, parecía contenta, con cierto extraño color, cierta curiosa animación que nunca había visto. Inspiré ávidamente, dispuesto a hablar, a denunciar su comportamiento, pero me encontré con que me había quedado mudo, no de borrachera, sino de terror. Ella sabía que yo lo sabía, comprenden ustedes, y a ella le daba igual... Cómo detesto la verdad. Insisto en reclamar mis derechos, exijo que no me la digan. Abrió los grifos de la bañera. Se puso a tararear mientras preparaba un té. Al cabo de un rato nos fuimos a la cama y

nos quedamos tendidos, a oscuras, como pacientes en espera de que la verdad pasara a hacer sus rondas.

—Estoy preñada —dijo Selina Street.

Sabes una cosa, siempre te pilla por sorpresa, siempre temes secretamente que estas cosas te cojan sin preparación, sin haber madurado, en plena infancia mental. Los hombres son mujeriles sin una mujer, y a la inversa. Los adultos son infantiles sin un hijo. Los niños lo cambian todo, es como dar un paso, como irse de casa o conocer a una mujer y encontrar tu lugar, un trabajo, y entrar así en el baile, en la animada y temible conspiración. Lo siento, pero no puedo esperar. Ya sé que es la clásica trampa, que hay problemas, y que está por resolver el asunto de su amiguito, y que todavía no la he castigado por ello..., pero voy a dar el paso. En serio. Lo otro se acabó. De verdad. Ya basta. Fin. Cuando Selina pronunció esa frase, noté que mi mentón rascaba la almohada cuando me daba la vuelta en la cama y me acercaba a su cuerpo, a la cálida, pensativa, transfigurada forma que yacía a mi lado.

—De acuerdo. No haré preguntas. Todo está perdonado. No importa. Casémonos mañana mismo.

—No es tuyo —dijo ella—. Y puedo demostrarlo.

\*\*\*

Ah, esas noches: no es por casualidad que ocurren por la noche. Nadie podría tener esta clase de comportamiento durante el día. Enseguida se te ocurriría que quieres ponerte a hacer otra cosa. Conectarías el televisor, o bajarías al Butcher's Arms. La noche es el momento adecuado. Costó otras siete horas, y muchos escalpelos y pinzas y litros y litros de agua hirviendo, pero al final logramos llevar a buen término el parto de la verdad. Se hizo la luz. Hubo muchas palabras feas, horribles. Hubo castigos. No le pegué. Cuando pegas a una chica, sales luego a la habitación contigua y todo está bien, te encuentras en un lugar maravilloso y perfecto, y hasta está de moda eso de pegarles cuanto te dé la gana. Pero no me fui a ningún lado. Me quedé en la cama y no paré de hacer preguntas. Ya saben, una noche de ésas. Al final, Selina comprobó que lo insoportable era un poco menos soportable para ella que para mí, de modo que, cuando ya amanecía, con una caja de pañuelos de papel temblando sobre sus pechos de preñada, me dio la respuesta completa, el largo secreto. Era increíble, pero me lo creí.

Selina esperó, vigilándome. No sabía cuán increíble era para mí. No, aún no lo sabía. Me dijo:

—Lo has encajado muy bien, teniendo en cuenta... Esta misma mañana me iré. No importa. Puedes joderme ahora, si quieres.

Y yo quería. Y hasta lo intenté, por todos los santos. Pero al final me arrastré por las sábanas y, con la ayuda de mis lágrimas y de sus lentos recuerdos de excitación, acabé besándole su seco monedero hasta convertirlo en una brillante cartera, y luego en nada, absolutamente nada.

El teléfono sonó a las once. Yo estaba tendido en la cama, por no estar sin hacer nada.

—Tengo ante mí una lista de nombres —dijo Terry Linex—. Uno de ellos es el de ese tipo. Dime cuál te suena.

Al cabo de un rato dije:

—Éste.

—¿Algún millonario?

—No, no.

—Oye, qué nombre se oculta tras esa O. Se lo dije.

—¿Cómo dices? —dijo Terry.

—O-ese-ese-i-e —dije yo.

\*\*\*

—¿Existe alguna filosofía moral de la ficción? Cuando creo un personaje y le hago pasar por ciertas horribles pruebas, ¿qué es lo que pretendo hacer, desde el punto de vista ético? El responsable soy yo. Es una cosa que a veces siento con gran intensidad...

Por cierto, ¿saben lo que me va a costar la reparación del Fiasco? Novecientas libras. Sí. Al parecer, el ladrillazo jodió el capó, y ahora hay que ponerle toda la pieza nueva, o lo que sea. Además, tiene las tripas hechas un asco. Por eso no se ponía en marcha. Por eso me cabréé con él y le di el ladrillazo.

—Los personajes, por su parte, poseen una doble inocencia. No saben por qué tienen que vivir lo que tienen que vivir. Ni siquiera saben que están vivos... Por ejemplo, si...

... Esta mañana, a las diez, Selina abandonó mi vida para comenzar una nueva historia completamente distinta. Hay que reconocer su valentía. Duele, pero me quito el felpudo ante Selina, en serio. Piensa atacar a Ossie Twain con una demanda de paternidad, y, encima, ganará el pleito. No hay defensa posible. Lleva un mes con un equipo de abogados y médicos trabajando para ella, y ha cerrado su aparato a cal y canto. Es por eso que no quería... Seguro que ustedes ya lo habían adivinado. No son ciegos. Conocen el asunto. En cuanto a mí, me siento aturdido, muerto, e impresionantemente capaz de recuperarme del golpe. *Mantente fuerte*, me digo a mí mismo. El desengaño produce una extraña determinación. Por eso me he puesto a trabajar tan alocadamente.

—Como si estuvieras en tu casa. No, yo no quiero. Me parece que hay otra botella en algún rincón... Verás, los lectores tienden, por naturaleza, a creer en lo que leen. También poseen ese mismo poder que posee el autor para crear vida y...

—Eh, la pelea —dije—. ¿Cómo va lo de la pelea?

—La pelea es asunto resuelto. No habrá problemas.

—¿Cómo?

—Muy sencillo. Al darle la paliza, Lorne provoca a Spunk, y éste le mata para salvar a Butch y mantener a Caduta en la más completa inopia. Es *precioso*, piensa que Spunk quiere redimir a Butch y también proteger a Caduta.

Tardé un buen rato en atar cabos y entender su idea, pero al final descargué un puñetazo en la palma de la otra mano y dije:

—Martin, joder, eres un genio. ¡Para eso te contraté, muchacho! Por fin empiezas a ganarte la pasta que te pagamos.

—Tendré que trabajar bastante los enlaces entre las escenas importantes, pero tampoco será difícil. Creo que he dado en el clavo. Lorne tendrá esa escena en la que muere, pero Spunk puede matarlo de la forma que le dé la gana: control mental, kárate astrológico, lo que sea. Y, naturalmente, no tenemos por qué preocuparnos por el público en torno a todo este asunto. En la sala de montaje serás libre para cortar y pegarlo todo como quieras.

—Bien.

Hablamos de fechas límite. Luego él me dijo:

—¿Qué te pasa, John? Pareces deprimido.

Así que lo vomité todo, todo lo del Fiasco. A veces creo que la clave de mi vida la tiene mi Fiasco: estoy en pie junto al banco de trabajo, bajo las miradas y las piernas abiertas de las chicas de los posters y los calendarios, y sometido también a las miradas lobunas de esos gangsters engrasados que me observan por entre los resquicios que dejan los ejes de transmisión y los gatos, y entonces se vuelve hacia mí el jefe de taller, me dirige una mueca de burla y me dice: «Vamos a ver», y luego lo suelta y me dice que la factura me va a arruinar. Todo está jodido: la válvula de no sé qué, las pinzas de no sé cuántos, el piloto automático. En fin, que no arranca, que no gira, que no frena. Puedo oír las carcajadas que soltarán cuando me largue del taller. Al día siguiente, vuelvo a presentarme, con la grúa. Ese maldito coche detesta *circular*. Lo que le gusta es que lo cuelguen en algún taller de los más caros. Juro que ese jodido Fiasco me sale más caro que Selina.

—Mira —dije—, es un coche espectacular y todo eso, pero tiene averías continuamente.

Martin reflexionó y dijo, muy serio:

—Eso de tu coche me suena a chiste.

—Sí, es lo mismo que pienso yo a veces —dije, muy pensativo.

—¿Tienes novia, John? ¿Algún ligue especial? —¿Que si tengo algún ligue especial? Bueno, sí. En Nueva York. No sé cuántos títulos universitarios se ha sacado.

—Ya.

—¿Y tú, Martin?

—Lo siento, no me gusta hablar de mi vida privada. ¡Mierda!

—¿Qué ocurre?

Se enderezó en la silla, dio unos cuantos pasos hacia el pequeño televisor que había al otro extremo de su pequeña habitación, y lo conectó.

—¿Qué ponen?

—¿Que qué ponen? ¡La Boda Real!

—Oh, por Dios.

Llené otra vez mi vaso. Selina estaría viendo la Boda Real, seguro, en algún lugar, desde las fronteras de su nuevo dinero, de su nuevo protectorado; quizá la habitación de un hotel, o el piso de algún intermediario. Volví a llenar mi vaso.

—No me digas que piensas ver ese rollo.

—No hay motivos para resistirse.

—Maldita sea, estamos trabajando. Grábalo en vídeo y ya lo verás más tarde.

—No tengo vídeo.

—Ni vídeo ni nada, con todo lo que ganas. Me parece inmoral. Saca la pasta, tío. Compra cosas. Consume, cojones.

—Supongo que algún día tendré que empezar —dijo—. Pero en realidad no siento deseos de participar en la conspiración del dinero.

—¿Es tuyo el piso? ¿Qué coche tienes? ¿Se puede saber qué te pasa?

—Shhh... Fíjate qué tiempo hace —susurró—. Tres semanas de mierda, y ahora, fíjate bien. Pura magia.

Con una leve palpitación, la diminuta pantalla había cobrado vida: y ahí estaba la Boda Real, el Mall atestado de gente, el sol, y los caballos que tiraban de los coches para que los protagonistas llegaran a tiempo a la iglesia. Sonrojada y mirando hacia abajo ante el deslumbramiento del día histórico, Lady Diana avanzó lentamente por el pasillo central, mientras su padre trotaba junto a ella y aquellas damas de honor de bolsillo le seguían el rastro. Luego apareció Carlos, de mi misma edad, en pie y uniformado entre los tiesos príncipes. ¿Tiene razón Fat Paul? ¿Se la ha cepillado ya el príncipe Carlos? Lo que es seguro es que esta noche se la va a cepillar. Mientras me retorció en mi asiento y murmuraba para mí, comprobé que me había quedado mirando a Martin. Tenía los labios entreabiertos, suspendidos, y los ojos muy atentos, sin pestañear. Mirando fijamente su cara puedo detectar las zonas de ajamiento y fatiga, las manchas lunares y las sombras que marcan a todos los que están teniendo que soportar este siglo xx. Por supuesto, también se ven a veces personas que parecen

no haber sido en absoluto afectadas por todo esto, por el momento en el que han tenido que hacer su viaje a través del tiempo, no sólo el suyo propio sino también el viaje paralelo del planeta a través del tiempo. Son gente con colores en la cara. Nunca se les ve en la calle, en lo que solemos llamar la calle. Ese color es algo así como el brillo de la salud o del sol o de la juventud real o imitada, pero en realidad no es más que el color del dinero. El dinero suaviza la decadencia de la vida, como ustedes ya saben. El dinero frena la caída. En fin, sea como fuere, la cuestión es que Martin Amis no tiene ese color. Y yo tampoco. Y ustedes tampoco. Alto ahí. La princesa Diana sí lo tiene. Diecinueve años, apenas está empezando. Allá va, se instala en la carroza mientras los caballos piafan. Inglaterra entera baila. Volví a mirar a Martin y —lo juro, lo prometo— vi el destello de una lágrima en sus ojos. Amor y matrimonio. Los caballos avanzando por el largo paseo.

Al cabo de un rato me echó un rollo de papel higiénico en el regazo.

—¿Quieres una taza de té? —le oí preguntar—. ¿Una aspirina? ¿Un sedante? No sientas vergüenza. Ha sido muy conmovedor. Así, suénate bien. Te encontrarás mejor. ¡Fíu! ¿Estás mejor? Aguanta como puedas. No te preocupes. Al final todo acabará bien.

\*\*\*

Por las noches oigo voces sin hogar flotando por encima de los techos planos. Se oyen murmullos acalambrados. Vienen, van, siguen su camino. Camino como un sonámbulo hasta el cuarto de baño y me inclino para darle algún consuelo a mi dolorida boca. Veo por la ventana un grupo familiar recortado a la luz de una claraboya amarilla. Uno de ellos saluda con la mano, o me llama. Alzo una pálida mano. Tienen encendidas unas velas en la noche humeante, y murmuran con pitillos encendidos en sus labios. Más allá, más arriba, una mujer grandota duerme tendida en la azotea, bajo una lona. En Manhattan, las clases inferiores viven bajo tierra, en los túneles sin terminar de las nuevas líneas del metro. Aquí se esparcen por los alféizares y tejados. Es extraño que dejemos que el dinero rezume así, a nuestro alrededor... Y ahí afuera, esta noche también va tomando cuerpo, encontrando su forma, en medio de las baterías de pisos de protección oficial (altos y agrupados, como si fueran las radios a transistores que Dios ha dejado conectadas en toda la extensión de la ciudad); empieza cierto experimento, cierto paso adelante del vandalismo. De repente, a los críos les gusta meter *ponies* en los ascensores, subirlos hasta los pisos más altos, y montarlos por los pasillos y pasarelas del espacio aéreo de las casas municipales, entre puertas y ventanas por un lado, y la barandilla baja y el cielo nocturno por el otro. Es verdad. ¿De dónde han sacado los ponies? ¿De los solares, de los canales? Allá suben, a lo alto de las torres de la perversidad. Ni

siquiera, maldita sea, parece muy divertido. Yo he sido un gamberro cuando tenía la edad para serlo, y, créanme, no hay rival para el gamberrismo cuando se trata de encontrar diversiones por lo libre. El gamberrismo es un millón de carcajadas... No es nada bueno para los inquilinos tener que oír esos alaridos de pánico animal. No es nada bueno para los animales, cuyos genes no les han preparado para esta clase de vida nocturna, esta clase de vida en las alturas. Pero los ponies no pueden quejarse. Tienen que aguantarse como todos los demás. Tienen que adaptarse, mutar. No pueden esconderse. Nadie puede esconderse. Ya era hora, de hecho, de que los ponies abandonaran sus viejas costumbres e hicieran algo por el siglo xx.

Estoy hecho de desfase temporal, conmoción cultural, cambio zonal. Los seres humanos no estaban hechos para volar como volamos nosotros. Garganta reseca, visión moteada, borrones de memoria: viejos conocidos para mí, pero ahora todavía es peor, ahora que ando siempre metido en el transbordador planetario. Tengo que levantarme a media noche para mear. El momento culminante de mi cansancio diurno llega justo cuando a él le da la gana, a menudo inmediatamente después de tomarme el café de la mañana. Cuando me pongo a comer, me siento voraz y babeante o, por el contrario, increíblemente saciado, sin motivos aparentes. Siento un impulso que me conduce a enjuagarme la boca a media tarde. Incluso esas presuntas pajas mías me salen del revés, y las empiezo corriéndome. Me paso todo el día con mi ser nocturno a los mandos, obsesionado por pensamientos nocturnos, sudores nocturnos. Y me paso toda la noche, bueno, tampoco soy entonces lo que tendría que ser, soy otra cosa, un ser super evolucionado, una delgada cinta de humo de reactor que va adelgazándose y desvaneciéndose sobre el negro Atlántico.

Llegó el viernes, se dedicó a sus cosas, y desapareció, como suele ocurrir con los viernes. Teniendo en cuenta las circunstancias, me pareció estar muy en forma. Tenía la sensación de estar colgado sobre el mundo, solo. Diablos, pensé, tengo huevos como para soportarlo, lo soportaré. Me levanté a las once y, con tejanos y zapatillas de tenis, bajé haciendo jogging al bar. Comí mucha mierda de pub: torcidas salchichas, judías cocidas de color jengibre, un poco de tarta. También bebí mucha mierda de pub. Cervezas tradicionales de barril, buenos vinos, y licores selectos. Dejé nueve libras y cincuenta peniques en la máquina de las frutas, y setenta y cinco pavos en el mostrador de la tienda de apuestas de caballos, un local vecino al pub. Compré un periódico vespertino, y adquirí unos cuantos kebabs para llevarme a casa. Me corté las uñas a mordiscos. Hice una complicadísima, exigente, casi experimentalista visita al baño. A las cinco me preparé un combinado y dormí cuatro horas. Volví a levantarme, me lavé el pelo, lavé un par de tazas, le eché una ojeada al *Morning Line*, y bajé otra vez al pub. De vuelta a casa entré en el Pizza Pouch y me tomé un Helado Gigantesco. Pasé delante de la Furter Factory y me metí en el cuerpo tres Long Whoppers y un American Way. Y, cuando terminaba el día, me preparé un té y cerré

mis actividades con scotch y unos vídeos porno, a fin de prepararme para dormir. Dormí el sueño de los justos. Todo bien. Sin problemas. Al final resultaba que el asunto de Selina podría manejarse. ¿De dónde salen estas reservas de fuerza, de valentía, de voluntad? Me sentía sorprendido. Impresionado. Sólo al día siguiente comencé a deslizarme cuesta abajo.

\*\*\*

Mi ropa está hecha de glutamato monosódico y hexaclorofeno. Mi comida está hecha de poliéster, rayón y lurex. Mis lociones para el felpudo contienen vitaminas. ¿Tienen mis vitaminas agentes limpiadores? Espero que así sea. Mi cerebro está manipulado por un microprocesador de tamaño ínfimo que apenas cuesta diez peniques y que es el que lo organiza todo. Estoy hecho de... chatarra. Soy un noventa por ciento chatarra.

El sábado por la mañana se me ocurrió saltarme la rutina y darme un garbeo en el Fiasco. Ossie llegará a un acuerdo antes del juicio, seguro. Tiene pasta. No le fastidiará en lo más mínimo, si logra que nadie arme ruido... Con la corbata y el blazer, me dirigí a Chelsea, a los pubs y bares de bebidas alcohólicas donde suelen encontrarse las tías buenas del barrio. No pude apretar al remendado Fiasco: mucho tránsito, mucho agente de policía, mucha pereza por parte del propio coche. Pero sí entré en montones de pubs y bares (estaban repletos de tías buenas del barrio, en efecto, y también de chulos). Cuando volvía a casa, me quedé atrapado en un atasco por la zona de Bayswater, y una avispa se coló por la ventanilla y desapareció entre mis piernas. La verdad, no sé quién estaba peor, si yo o aquella pobre avispa. Yo mantenía el puño apoyado en el claxon, mientras, además, le gritaba al feo chófer de un autocar de turistas que se había cruzado en mi camino. Intenté avanzar, sin éxito, y la avispa me picó. Me metí en una calle secundaria y me bajé los pantalones para inspeccionar los desperfectos. Un puntito rojo brillaba en mi muslo. Tenía el mismo aspecto que una levísima quemadura de cigarrillo, y dolía igual. Y pensé: ¿no podías hacer nada mejor? Te has quedado sin tu agujón, desgraciada, criatura aumentada de maíz tostado y patatas fritas, de gases de tubo de escape y mierda de cloaca. Cuando estaba subiéndome la cremallera, una paloma pasó por la acera, comiéndose *una patata frita*. Una patata frita. Al igual que los tábanos y otros seres que dirigen y protagonizan sus propias películas diminutas, la paloma vivía en proyección acelerada. Prefería, sin duda, la comida rápida. La vida urbana está en todas partes. La avispa había muerto. Su picadura fue su último disparo. Las moscas tienen momentos de mareo y vértigo, y las abejas tienen problemas con el alcohol. Los petirrojos la palman víctimas de úlceras psicósomáticas y exceso de colesterol. En los callejones, los perros tosen hasta morir tratando de limpiar sus pulmones de

porquerías y drogas. Las flores de gachas cabezas soportan lumbagos y calvicies prematuras por culpa del stress. Hasta los microbios, las esporas que flotan en las capas intermedias del aire, empiezan a encontrar que esta vida es excesivamente dura para su sistema nervioso.

Puse de nuevo el coche en marcha, y comencé el lento regreso a casa. En las calles secundarias, en los lugares donde puede demostrar su capacidad de aceleración, el Fiasco responde mucho mejor. Pero entonces noté que me seguía un coche. No era simple paranoia. Me seguía de verdad. Me lanzaba destellos con los faros, berridos de su claxon, insultos, maldiciones y señales repugnantes, todo el repertorio del buen automovilista. Pisé a fondo y crucé un par de bocacalles a toda velocidad. El Fiasco debía de estar rozando su máximo cuando, por fin, el otro coche dejó de seguirme. Me adelantó.

—¿Quiere bajar del coche, por favor?

La pasma, la jodida pasma.

—Claro —dije, y me apeé. Pero tropecé, fastidiosamente, y quedé tendido en la acera. Pero me puse de nuevo en pie con rapidez pasmosa, lo juro, me sacudí el polvo de la ropa, y les mostré todo mi aplomo.

—¿Ha bebido mucho?

Yo ya estaba preparado para esta pregunta, por supuesto. Eso no era ningún problema. Durante los años, he podido ir preparándome para esta pregunta, afinando mis respuestas hasta encontrar la mejor, la que deja al poli boquiabierto.

—A ver, déjeme pensar —dije, sonoramente—. He tomado un champagne con sidra de peras y jarabe de grosella negra antes del almuerzo. Luego..., ah, sí, un vaso de cerveza negra con el *mutton vin-daloo*.

¿No les parece una respuesta fantástica? Nada de eso de sólo un par de vasitos de vino. No, la clave del truco es confesar alegremente que te has tomado un par de copitas del tipo lo más femenino posible, y al mismo tiempo disuadir a los agentes de la ley de olerte el aliento. Es una respuesta *francamente* buena.

—¿Cómo dice? Eh, Steve... No está mal, para no ser más que las tres de la tarde, ¿no?

Fastidiosamente, había vuelto a tropezar y me estaba costando horrores averiguar dónde estaban mis pies.

—¿Querría venir con nosotros a la comisaría, y contárnoslo otra vez? Eh, Steve, vamos. Creo que hemos pescado una buena merluza.

\*\*\*

Niego toda responsabilidad respecto a la mayor parte de mis pensamientos. No salen de mí. Salen de la mente de todos esos vagabundos y mendigos que rondan por

mi cabeza, esos sujetos que se pasean por ahí a modo de roedores nacionalizados y emancipados (con pasaporte y todo el papeleo en regla), como ratas de alcurnia que alzan una pata y dicen: «¿Qué hay, amigo?»; en cuanto a mí, no puedo hacer nada por impedir que se sienten a tomar el café o atascar la taza cuando les da la gana; no puedo hacer nada para evitarlo. El lugar por el que tengo que arrastrar mis pies es un piso de dos habitaciones, sin vestíbulo ni pasillo, una buhardilla de estudiante repleta de libros que no puedo leer. La gente de por aquí, por entre la que yo rondo, ni mejor ni peor que ellos, y con una absoluta igualdad en lo que se refiere a nuestra total impotencia, son como murciélagos enfermos o raídos micos con pantalones de hippy y camiseta desteñida. Y no hay nada que yo pueda hacer contra ellos, contra esos desconocidos terrícolas.

Verán, durante los últimos días (y esta idea me desagrada profundamente, y ojalá no le hubiese dejado un hueco en mi cabeza), me siento cada vez con menos ganas de enfrentarme al hecho de que las bocas de todas las mujeres han sido en un momento u otro anfitrionas de la... de algún hombre... Todas. Hasta la última. Incluso las ancianas, las viejas abuelitas, incluso esas retorcidas reliquias que rondan como loros por las calles oscuras, todas lo han hecho, maldita sea. Lo han hecho, o lo harán muy pronto... Dentro de diez, de veinte años, ya lo habrán hecho, todas las mujeres de la tierra. Hermanas, madres, abuelas: señoras, ¿qué están haciendo ustedes? ¿Qué han *hecho*?

No es que me sienta escandalizado; sólo decepcionado. Mi tono no es iracundo. Mi tono es preocupado, tierno, dolido. Imagínense, por favor, mi cara achatada y sudorosa, mi ceño fruncido. Hago una mueca, me encojo de hombros. Se lo muestro a ustedes tal cual. Un grupo muy numeroso de vosotras, chicas, me habéis hecho eso. Gracias. Lo disfruté de verdad, me sentí agradecido, conmovido. Gracias de nuevo. En serio. Pero ¿qué estáis haciendo? ¿Qué habéis *hecho*?

Por otro lado, fíjense en todo lo que tiene que aguantar la boca de los seres humanos. Intento verlo desde su punto de vista. Inimaginable, montañas de comida tercermundista metidas a la fuerza en ese delicado instrumento: pampas enteras de ganado, insondabilidades de mar viviente, horizontes de verde y patatas, cintas transportadoras de Wallys y Blastburgers, camionadas de colorantes y conservantes, aparte de pitillos, pajas, termómetros, taladros de dentista, tijeras de médico, drogas, lenguas, dedos, tubos alimenticios. ¿Es ésa manera de tratar a la boca, a la pobre boca humana? De modo que tal vez, después de todo esto, después de esa constante película de dibujos animados con sus interminables colores, texturas e impactos, la polla de un tío acabe no teniendo tan mal aspecto.

Ah, qué diablos. Muy pronto, también la mayoría de los tíos habrán hecho lo mismo, y entonces estaremos en el mismo barco que vosotras, tías. Supongo que yo mismo puedo acabar haciéndolo cualquier día; no voy a decir que de esa agua no

beberé, sobre todo teniendo como tengo esos pensamientos tan perversos, tan aplastantes, en mi cabeza. Dejan sus cartones de leche en los alféizares, y tienden sus húmedos colchones de matrimonio en el suelo, y cada día se sienten más confiados. Al principio estaban nerviosos, cierto, pero nadie ha tratado de desahuciarles en serio, y están, por otro lado, acostumbrados a la incertidumbre, a la vida más dura. Hay ahí cierta necesidad histórica. Cierta necesidad histórica. Con el tiempo, todas las bocas de los hombres habrán albergado alguna polla de hombre. Lo haremos algún día, aunque nosotros, precisamente nosotros, tendríamos que haber aprendido de la experiencia ajena. Y qué chiste tan divertido será cuando eso ocurra.

Ahora camino más que antes. El Fiasco sigue bajo la custodia policíaca. Siempre me digo que tengo que ir a recuperarlo. Pero no lo hago. ¿Les gustaría saber cuánto tiempo llevan Ossie y Selina con lo suyo? Dos años. Gracioso, ¿no? ¿Les da risa? Yo estuve a punto de morirme. Al final la pasma me trató con mimo. Había ciertas dudas acerca de si el Fiasco podía ser clasificado como vehículo capaz de desplazarse por esas calles de Dios, lo cual me favoreció. Quizá no salga muy mal parado. En realidad, el Fiasco no es tan rápido como yo creía. Ossie lleva tirándose a Selina casi tanto tiempo como yo; en realidad, más tiempo que yo, si contamos las últimas semanas. Al principio se gustaban, pero después de aquella visita que hicieron a Stratford la cosa acabó siendo puramente sexual. El Fiasco es de hecho muchísimo más lento de lo que yo me imaginaba. Naturalmente, me negué a ir a la comisaría y pedí, porque conozco mis derechos, que la pasma mandase al lugar de los hechos a un agente provisto del aparato para hacerme la prueba de alcoholemia. Me senté en la acera, fumé sin parar. Y también probé otro truco. La cosa consiste en tomar una moneda pequeña, preferiblemente de medio penique, y chuparla un buen rato como si fuese una pastilla para la tos. Suele joder el aparato que se supone que tiene que analizar tu aliento. En fin, sólo llevaba encima una moneda de cincuenta peniques, y uno de los agentes me pilló con ella en la boca. Cuando inspiré para proclamar mi inocencia, la moneda se me quedó atascada en la garganta. Cuando llegaron los otros polis yo ya estaba negro de tanto toser. Una vez llena, aquella bolsa de cristal casi me subió por los aires, como un globo de helio. Al parecer, Ossie es bastante excéntrico en la cama. En comparación con él, yo soy Mr. Normal Normal. A ella ya no le gusta tanto como antes, me dijo, pero, por otro lado, Ossie tiene cantidades ingentes de dinero. En cuanto a mí, llevo cinco semanas sin mojar la cama. Estoy tan echado a perder y tan contaminado de alcohol que ni siquiera soy capaz de hacerme una paja. Mis pajas son auténticos chistes. Menuda vida, ¿eh? Una vida de chiste. Tengo que hacerle frente a una cosa: por doloroso que al principio resulte aceptarlo, debo aceptar que no soy un alcohólico. Si lo fuera, poseería una de esas constituciones alcohólicas, tan absolutamente frías. Y no la poseo. Cuando comprendí la verdad, salí a ahogar mis penas. Pero no puedo seguir bebiendo como un alcohólico. Eso sólo

consiguen hacerlo los alcohólicos. Son los únicos tipos capaces de aguantarlo. Sólo los alcohólicos tienen lo que hay que tener para seguir adelante.

Ahora camino mucho. El paro es un problema. Estoy de acuerdo. Pero permítanme que les diga una cosa. No estar en paro también es un problema. El control de alcoholemia que me hicieron dio trescientas treinta y nueve. Llamé a un abogado, un especialista en casos de conductores bebidos. Ha defendido con éxito un grado doscientas cuarenta. Un grado doscientas cuarenta y cinco. Y hasta un caso que llegaba a doscientas cincuenta. Pero nunca ha probado fortuna con alguien que hubiera llegado a trescientas treinta y nueve. Me defenderá, sin embargo, a condición de que le dé todo el dinero que me pida. ¿Saben cómo se pagó Selina sus gastos de embarazada? No utiliza mi dinero ni tampoco el de Ossie. Es una chica de principios, y se está financiando su aventura trabajando como un perro en la boutique de Helle. Lo que pasa es que la boutique de Helle no es una tienda de ropa solamente: también es un sex-shop. Selina jura ante Dios que lo único que ha hecho allí es encargarse de la caja, vender consoladores y bragas con orificios extra y demás: no ha sido más que una comerciante de vibradores y una empaquetadora de artilugios eróticos. Selina niega, mostrándose sumamente indignada, haberles echado una mano a las chicas que se encargan de las duchas con ayudante, situadas en la trastienda. Dudo de su palabra, sobre todo teniendo en cuenta lo que cobran hoy en día los abogados. Qué más da. Las calles rebosan de ajeteo, pero casi nadie va a donde va porque lo haya querido o elegido. El que manda es el dinero. Los únicos que eligen son los que tienen dinero. Hombres acalorados con hojas de pedidos y albaranes sobre las piernas esperan al volante de sus coches. Las mujeres polinizan las tiendas. Ahora que ya no tengo que ir cada día a trabajar... ¿Por qué tiene la gente que vivir como vive? ¿Quién se lo ordena? ¿Por qué no me consultaron? Andamos todos regalando nuestros días para después regresar a casa con la espalda quebrada. Dejen de aceptar esa mierda, ¿me oyen? ¡Organícense! ¡Al diablo la fábrica! Cuando, por la mañana, se dirigen ustedes al trabajo, en realidad no están viviendo. En cierto sentido, no vivir debe de ser un gran alivio. Vivir, qué duro es; horrible eso de trabajar de nueve a cinco. Y peor vivir de nueve a cinco, que es lo que hago yo ahora. Vivir de verdad, ésa es mi ocupación, y me está matando. No es fácil ser un vagabundo. Sólo los vagabundos son capaces de soportarlo. De aguantar. Yo contribuyo a que funcione la maquinaria del dinero, hago esto, hago lo otro, hago recados para el dinero. El dinero me da por el saco. Lo mismo les ocurre a los Estados Unidos. Lo mismo le ocurre a Rusia. El dinero nos pisotea, nos acorrala, se nos mea encima, nos pone entre la espada y la pared. Si la tierra comenzase a dar marcha atrás mañana mismo, si decidiera suicidarse, ya todos tenemos escritas nuestras notas de suicidio, nuestras notas de dolor: nuestros billetes de banco. El dinero equivale a libertad. Nada más cierto. Pero la libertad equivale a dinero. Seguimos necesitando dinero. Tendríamos que darle la paliza al dinero, como

un perro dándole la paliza a una rata. ¡Grrrr!

—¿Qué ocurriría si se lo contases a Martina? —dijo Selina.

Eso me pregunto yo.

—Sería como hacerte un gran favor a ti mismo —prosiguió ella—. Tú le gustas a Martina. Me lo dijo Ossie.

¿Cómo es la cara de Martina? ¡Ah, maravillosa! Pálida, preocupada, y vigilante.

Ahora ando mucho. Esta mañana, bajo el sol, he visto a un crío pálido, de tres o cuatro años o los que sea que tienen hoy en día los críos, sentado en un cochecito sin sombrilla que empujaba su padre. El crío llevaba gafas muy gruesas con montura metálica de color negro. Unas gafas tan baratas como el cochecito. Se le han soltado las gafas de las orejas, le han resbalado, y el crío se ha puesto a tantear, a mirar hacia arriba pidiéndole ayuda a su padre, un tipo de unos treinta y tantos, pelo largo y frágil, camiseta, tejanos anchos. La cara del crío tenía esa expresión amablemente dolorida que a veces adoptan los hombres pálidos, pequeños, cortos de vista: mostraba sus blancos dientes, su cara arrobada, expectante, suplicante. El padre arregló despreocupadamente la situación. No sin amabilidad, al contrario. La pálida mano del crío fue alzada por el hombre, y las puntas de sus dedos oscuros ayudaron a esa mano pálida a devolver las gafas a su sitio... Me dolió verlo: la mirada envejecida, endurecida, tan pronto, y, a su lado, ese pequeño ser tan pálido, tan contenido.

\*\*\*

—Lloraste —dije.

—Bueno, un poco. Casi nada.

—Desde luego que sí, mentiroso. Te vi.

—Tal vez tuve que secarme alguna lagrimita. Pero *tú*... Lo tuyo fue increíble. Berreabas.

—Esa chica es absolutamente cojonuda, te lo digo yo —dije, con voz espesa—. La princesa Di ama a su pueblo. Haría cualquier cosa por nosotros, tío, cualquier cosa. ¡Cualquier cosa!

—Oh, no. No lo soporto. Vas a ponerte otra vez a llorar.

—No lloraré...

Martin me puso más hielo en la copa. Ayer me llevé a una chica de las que rondan por la calle. No hicimos nada. Hablar, solamente. Me dio otra vez la llorera. Le di cincuenta pavos. La noche anterior estuve en plan gamberro. Cuando salía del Pizza Pouch a las once, vi que en Ladbroke Grove había jaleo. Agarré una botella de ron que me vendieron en un restaurante armenio, y me fui directo al follón. No recuerdo muy bien lo que pasó: cristales rotos, escaparates saqueados, disparatados disturbios

callejeros, la ebria alegría de los chicos del caos. Al día siguiente me desperté con la espalda como una plancha de uralita, ondulada, escocida, encogida. En un callejón encontré dos televisores, baratos, blanco y negro. Lo que me costó librarme de ellos. Primero escaleras arriba, luego callejeando bajo su peso, buscando algún lugar donde desprenderme de los cacharros. Al final los metí como pude en unos repletos cubos de basura. Lo bien que me fue eso de meterme en un disturbio callejero... Horroroso. En serio, la violación y los disturbios están sobrevalorados. Hay veces en que participar en un disturbio resulta agotador. Es un trabajo duro, como todos los demás.

—Oye —dije—. El otro día subí todo Charing Cross Road, y en ninguna de las librerías tenían cosas tuyas.

—Ya, ya.

—Sólo uno de los dependientes había oído hablar de ti, y ése me dijo que estabas mal de la cabeza.

—¿Sabes cómo me explico a mí mismo el hecho de que la literatura actual sea tan sórdida? —me preguntó Martin—. Los escritores, como todo el mundo, tienen que arreglárselas sin criados. Han de ir a la lavandería y hacérselo todo ellos mismos. No es de extrañar que resulten tan morbosos. Tan retorcidos.

—Tendrías que llamar a tu editor, tío. Cantarle las cuarenta.

—Ya, ya.

La disposición de la boca define el rostro. Como si lo vieras reflejado en un combado espejo antiguo y encontrases un defecto en su superficie, un defecto distorsionador del reflejo, y, además, una gruesa película de polvo y grasa pegada a toda su extensión. En seguida se sabe a qué siglo pertenece. Conduce un pequeño lago negro, un 666. Por la noche, las cosas grandes y veloces parecen especialmente oscuras. Lo más negro que he visto en mi vida es un autobús enloquecido que, a las tres de la mañana, bajaba por West-way sin luces ni conductor. Lo leí luego en el *Morning Line*. Alguien que se había flipado. Daños al por mayor. Es como en esos sueños de persecuciones, en los que no te queda más remedio que correr y gritar. Yo los tengo cada noche. Corro muchísimo y grito hasta desgañitarme. Toda la velocidad y todo el volumen que uno pudiera desear, sí, pero no me queda más remedio que seguir corriendo, gritando. Qué vergüenza, la tía aquella que me la sopló un día en el retrete. Ooh, qué desvergonzada. ¡Mírala, va a por tus huevos! El miedo suele joderlo todo. Ayer tarde estaba en el baño, tropecé, caí, y rompí una botella de whisky. Luego hice subir a una furcia que me encontré por la calle. No pasó nada. Ella fue amabilísima. ¿Saben por qué? Porque la tía tenía miedo de que la asesinara. Por eso. Esta mañana, cuando finalmente he abortado una paja catastrófica, se ha puesto a sonar el teléfono. Era la revista *Cleopatra*. Querían saber si me importaría que me nombrasen Soltero del Mes. El éxito no me ha cambiado. Sigo siendo el que era.

—Todo está arreglado, no te preocupes. No habrá problemas. Lo que pasa es que Doris Arthur quería que tuvieras dificultades con tus estrellas. Lo mío es diferente. Ya verás como todo funcionará a la perfección con esos carísimos protagonistas que te has echado. Venga, hombre. Anímate.

Esta tarde he pasado por Queensway para que me reparasen el felpudo. Quince pavos por un simple toque femenino. Que era lo que yo andaba buscando. La tía me ha pasado los dedos por el pelo y, con su voz de imbécil, me ha dicho:

—Está perdiendo mucho.

—Todos perdemos mucho —le he contestado.

Así es. Todos vamos perdiendo: diciendo adiós con la mano, o dándonos un besito en la punta de los dedos, da igual, de la manera que sea, todos perdemos algo, nos despedimos de algo que se va encogiendo, alejando, desapareciendo. La vida se reduce a perder, perdemos a la madre, al padre, perdemos el pelo, la belleza, los dientes, los amigos, los amantes, la buena forma, la razón, la vida. No hacemos más que perder, perder, perder. Nos va quedando cada vez menos vida. Es demasiado dura, demasiado difícil. No valemos para vivir. No sé si resistiríamos otras cosas. Pero la vida no. A ver quién se lleva la vida de nuestros estantes. Que nos la quiten de encima. Es jodidamente difícil, y no valemos para vivirla.

—¿Y el guión? ¿Cuándo? ¿Cuándo?

Si pudiésemos extender el dinero como una delgada capa por encima de todas las cosas, quizá la vida se suavizara. El mundo estaría más acolchado. Pero la vida, qué dura es la vida. La vida es durísima. Sí, lo es, lo es. Mami, mamá, madre: nunca me lo dijiste. No, nadie me lo dijo. Es, es tan, es tan...

—*Tranquilízate* —dijo Martin—... Vale, hombre, tranquilo. Aquí está. Aquí lo tienes. Cógelo y puedes llevártelo. Y sécate esas lágrimas, hijo. Te aguardan momentos fantásticos. Ya verás. Al final todo saldrá bien.

## VII

En este instante del tiempo estoy haciendo una cosa que millones de personas de todo el planeta anhelan, ansían, se mueren por hacer. Los esquimales sólo sueñan en eso. Los pigmeos se vuelven locos por eso. Y ustedes no piensan más que en eso, amigos, les doy mi palabra. Sí, tíos. Y vosotras, nenas, lo mismo. Todo el mundo quiere hacerlo. Y yo lo estoy haciendo. Debo admitir que es asombroso que sea tan fácil animarse en cuanto uno llega a Nueva York. En esta ciudad no hay sitio para los aguafiestas ni para los revienta diversiones. No hay lugar para las calientabraguetas. En Nueva York no existen las calientabraguetas. No representan un problema.

Estoy tirándome a Butch Beausoleil. ¿Que no me creen? ¡Pues es cierto! Es más, por detrás. Ya se lo imaginan: ella está en cueros vivos, de rodillas, y agarrada al cabezal de su cama de latón. Si bajo la vista, así, y contraigo la tripa, le veo su felicitación del día de San Valentín, su redondeado corazón, y hasta puedo seguir la pista misteriosa de su grieta, como los entresijos de una manzana partida por la mitad. *Ahora* ya me creen, ¿no? Esperen, ahí viene su mano, avanzando hacia su grupa, diez dólares de manicura en cada una de sus uñas. Caramba, parece que quiere... ¡Wow! Ni siquiera Selina hace estas cosas a menudo. Y apuesto a que ni siquiera Selina lo hace la primera vez que se acuesta con un tío. Bueno, las auténticas artistas de la cama son gente que se adora a sí misma, todos y cada uno de los centímetros de su cuerpo. Yo también estoy de rodillas. Me encuentro en situación de declarar ante todos ustedes que la cámara no miente. Ya he visto a Butch desnuda en otras ocasiones. Parcialmente, en la pantalla, y totalmente, de frente, en una de esas revistas para pajeros que publican fotos indiscretas de los famosos. Pero ni siquiera eso me había preparado para toda esta carísima textura cutánea, para esta increíble tecnología camera que estoy viviendo en directo. Es de primera categoría, y Butch tiene la... Alto ahí, se vuelve. Me parece que quiere volverse. ¿Cómo? Ah, sí. Ya estamos metidos otra vez en ello. Tal como les iba diciendo, llevo veinte minutos en esto, y aún estoy funcionando a pleno rendimiento, creo, y conmovido y hasta asustado ante esta demostración de buena forma que estoy dando. Siento un dolor horrible en la espalda, cierto, y me noto la pierna derecha como muerta, pero, de

todos modos, voy a darle cuerda a este asunto todo el tiempo que el cuerpo aguante. Menuda juerga, menudo regalo, menuda sorpresa. Hemos almorzado en el Village y luego, en el taxi, ella ha dicho... Esperen. Quieto todo el mundo. ¿Pueden esperar un momento, joder? La tía quiere..., la tía pretende ahora..., o al menos parece estar tratando de... La releche, éste es nuevo. Un número desconocido para mí. Toda una revolución. Ah, ya veo. La cosa consiste en que ella deja la pierna ahí al mismo tiempo que cruza... Alto otra vez. No, ya lo entiendo. Estoy contigo, chica. Y luego, luego, oh, sí, en cuanto cruzamos el umbral de su apartamento Butch se fue a por una botella de champagne, me dio una línea de coca del tamaño de la cuerda de un verdugo, y me condujo juguetonamente, cogido de la mano, hacia su dormitorio, su laberinto de espejos. Aquí hay algún error, pensé al principio. Seguro que me confunde con otro tío. Pero de repente la tía se había desnudado y tiraba de la hebilla de mi cinturón, forzándome a dar grandes y pasmadas zancadas. En ese momento me hice cargo de la situación, tomé el mando. Olvídalo, Butch, eso no vas a poder hacerlo. No puede hacerlo nadie, ni siquiera tú. Da la sensación de estar intentando torcer el cuello para acercar la cara a... La hija de puta. Qué originalidad. Qué control. Qué ritmo. Qué *talento*. Debe de doler, seguro... o tal vez lo practica muy a menudo. Está muy entrenada. Intento encontrar el fallo en todo este asunto. Quiero decir que no puede ser que me esté dando todo esto gratis, ¿no les parece? No lo hace por cuestiones de salud... Aunque, bueno, quizá sea sólo por cuestión de salud. Exactamente por eso. Aquí en América, no sé si ustedes lo saben, la gente se pasa la vida buscando maneras divertidas de mantenerse en forma. Y, desde luego, lo que está haciendo Butch es mejor que tres horas de ejercicios aeróbicos... No puede ser que lo proponga en serio. ¿Quién? ¿Yo? ¡Uuuf! Eso no, por favor, duele. Ay. Jod..., tengo la pierna completam... Oye, déjame por lo menos que..., bueno, así está mejor. Bastante mejor, resulta soportable. Fíu, está resultando bastante duro. Con esos pulmones míos siempre sin resuello, y mi viejo corazón, jamás me había sentido más apalizado, al menos desde el día del partido de tenis con Fielding. Y aquel día, al menos nadie utilizó mis huevos como aparato para medir la fuerza muscular de sus manos. Los muros de contención del dolor se han derrumbado, y han vuelto a cerrarse. Estoy cada vez más cerca del final. Cada inspiración es un incendio... Por fin: Butch ha empezado a emitir ruidos, como todas las tías de primera. No estoy completamente seguro del significado que tienen esos ruidos, pero se diría que está preparándose para una especie de cataclismo apocalíptico, sí, y yo también estoy preparado para lo que sea, jadeante y tratando de que me pille bien agarrado. Hay que salvar la vida como sea. O ahora o nunca. ¿En qué podría pensar? ¿En qué voy a pensar para que no me asuste saltar del tren en marcha? Pensaré en Butch Beausoleil. Bien. Funciona...

... el sexo es como la muerte, dicen los poetas. En mi caso, también lo dicen los

médicos. Y el momento de la culminación, tal como compruebo enseguida, no es más que una parada a mitad de camino, al menos según la idea que Butch Beausoleil tiene de la cosa. Hay tías, en fin, con ellas te sientes como todo un machito. Bien, así que en esto consiste la fellatio, pensé. Las demás veces, bueno, eso no era una fellatio como Dios manda. Qué va. La leche. Seguro que el Fiasco se siente justo así cuando lo llevo al túnel de lavado. No es que me la esté soplando, lo que hace es *enjuagármela*. Pegarle unos buenos manguerazos... Qué, amigo, ¿te apetecería estar en mi lugar? Seguro que estás pensando, a mí me iría muy bien que me lo hiciesen un ratito. Pues, mira, un ratito, pase, pero ¿aguantarías tanto? Al cabo de media hora o una cosa así, Butch murmuró:

—¿John? ¿Puedo decirte una cosa?

—Sí —dije con voz poco firme y enderezándome un poco para echarles una ojeada a mis partes. Y allí estaba ella, hablándole directamente al micro.

—Estoy de acuerdo con Lorne Guyland, John. Necesitamos unas cuantas escenas explícitas. Creo que, visualmente, el contraste sería bellissimo. Hay que explicar con claridad que la chica se entrega al viejo por compasión, y también porque tiene un agudo sentido de lo artístico. Lo suyo es un acto de generosidad, de entrega artística. Podríamos hacer que ella dijese algo así como: «Tú eres viejo. Yo soy joven. Tú eres tosco, estás gastado. Yo soy clara y transparente como la mañana. Me entrego a ti, anciano. Un regalo de juventud».

—Caramba.

—¿Cómo dices?

—¿Dónde está el váter? —dije.

Me aguardaban cosas peores. Pero antes de contarles la pelea que hubo después, permítanme que les cuente la pelea que hubo antes. Algo me dice que voy a tener que joder y pelear mucho si quiero conseguir que al final rodemos la película. Vivo como un animal —comiendo y bebiendo, vomitando y durmiendo, jodiendo y peleando—, y se acabó. Nada más. Cuestión de supervivencia. Pero no basta.

Almorcé con Butch. Nos hartamos de comer y beber. Permanecí sentado frente a ella, sombrío, enfermo, silencioso, en absoluto seductor. ¿Estado del felpudo? Deprimente. ¿Pánico dental? Incesante. ¿Terror cardiológico? A tope. El aire estaba vacío. Derramé brandy sobre su regazo. Maldije a los camareros que, a su vez, me maltrataron y estafaron. Me pedorreé silenciosa pero inexorablemente en el taxi, camino de su dúplex. Me notaba la lengua como una hamburguesa abrasada. Mientras el portero representaba su breve papel de lascivia obsequiosa, vi en el espejo del vestíbulo que se me había roto la cremallera de la bragueta y que mi braslip teñido de rosa asomaba su triste jeta por la ventanilla... Tengo una teoría. Quienes deciden son ellas, ¿no? Son las tías quienes deciden. Todo está decidido. Esas noches en las que te presentas con tu orquídea y les montas todo el espectáculo,

y les pagas la carísima cena mientras ellas te hacen sus típicos números de los ojos y los labios... Nada de todo eso sirve a no ser que ellas ya hayan tomado previamente una decisión. Son ellas las que deciden, y lo hacen con antelación. Y deciden de acuerdo con sus propias razones. No tiene apenas que ver contigo. Hasta que una noche en la que estás, como todas las anteriores, eructando y rascándote el sobaco y pensando en todo el dinero que te está costando la broma, de repente, te lo dan todo.

Pero ocurrió una cosa, en la calle, y quizá fue eso lo que inclinó la balanza hacia mi lado. No estoy seguro. No sé qué fue lo que hizo que Butch decidiera obsequiarme con todo eso, pero sí sé que no fue por mí... Pagué el cheque y las puertas giratorias nos expulsaron al aire de la calle. No puede ser verdad, no es posible que haya este calor tan asfixiante. Mi resaca, que acababa de cumplir una semana de edad y que me estaba atacando en estéreo, era de esas que te ponen la sangre a temperatura de ebullición, de las que te oprimen los ojos, la garganta, los cojones.

—¿Quieres ir en taxi? —le pregunté a Butch.

Convulsivamente, le hice señas a la hilera de coches amarillos, perdí el equilibrio y caí hacia la boca ardiente de un aparato de aire acondicionado, que me lanzó su más llameante aliento en plena cara. Estábamos en la calle Octava, al oeste de la Quinta Avenida, rodeados de todos los colores de agosto, con el inmenso ajeteo de los taxis y los taxistas con camisas hawaianas, y con la agitación selvática en pleno apogeo. Ningún coche lograba avanzar hacia la bocacalle. Hasta que, de repente, ocurrió. Ocurrió lo que suele ocurrir en los incendios humeantes del verano neoyorquino.

A una docena de metros de distancia, un tipo alto había salido girando como una peonza al centro del escenario, dispuesto a poner en movimiento la circulación. Era grandote y blanco, e iba armado de una cadena, semidesnudo, con una cola amarilla en el pelo. La gente se volvió a mirarle: aquí había espectáculo, pero aquel rostro sin labios decía cosas extrañas, hablaba con la voz del fin del mundo. Pudimos oír el pavoroso siseo de la cadena que el tipo hacía girar en el aire, y luego el estruendo metálico que provocó el impacto del hierro contra los hocicos y las columnas vertebrales de los coches atrapados en el atasco. Los pobres monstruos metálicos gemían y aullaban como bestias fustigadas en una jaula. Nos acercamos un poco más. A través del feo ruido, comenzó a oírse la jugosa llamada de las sirenas, y doscientos polis corrían ya hacía allí por las aceras, bien sujetas sus pistolas desenfundadas. El artista circense de la cadena se negó a huir y lanzó alevosas arremetidas con sus eslabones chirriantes. Inseguros, los polis bajaron sus armas. Aquello no hacía más que avivar las brasas de la noche, les ofrecía la oportunidad del contacto con la piel sudorosa, de luchar con sus puños y sus porras. Ah, ya lo entiendo, pensé: esperarán a que la cadena pase delante de sus narices, y cuando siga su camino giratorio hacia otro lado saltarán sobre él y le sujetarán, como en las películas. Eso es lo que suele hacerse ante un tipo armado de una cadena, y eso fue lo que hicieron. Pero este artista

de la cadena les lanzó unos cuantos cadenazos rapidísimos, acompañados de amenazadores movimientos de todos sus miembros. Ah, magnífica confusión de brazos y piernas la que pude ver cuando estalló el jaleo. El tipo me pareció bastante bueno, aunque dudé de la eficacia callejera de aquellas patadas de kárate que tan bien quedan en televisión. Bruscamente, el empuje de la muchedumbre nos hizo perder nuestra butaca de primera fila, y para cuando recuperamos una buena posición ya había sonado un disparo, flotaba en el aire una nubecilla, y uno de los policías apuntaba con su pistola hacia el aire mientras el otro (todo él linternas y radios de onda corta) intentaba contenerle. Hasta que, por fin, el artista de la cadena cayó de rodillas, alzó los dos puños, agachó la cabeza y, transformando de repente su cara hasta darle una expresión plenamente juvenil, sonrió con gesto culpable. Se acabó. Ya está. Por hoy, se cierra el circo.

—¡No le peguen! —gritó alguien entre la multitud cuando vimos que los polis avanzaban un paso y aplastaban al tipo contra el asfalto.

—¡No le peguen! —repitió un gigante nórdico que se había acercado a la víctima, un monstruo de gimnasio alimentado con alfalfa.

Se oyeron nuevas voces en apoyo de este buen consejo, mientras los conductores, cabreadísimos, se montaban encima de los capós de sus coches machacados a cadenazos. Un viejo negro muy gordo y con delantal rojo se adelantó para, dándose aires de importancia, obsequiar a los agentes con su versión de los hechos. Nueva York está atestado de actores, productores, consejeros publicitarios. Pero cuando el artista de la cadena ya había sido arrojado sin contemplaciones al interior de un coche patrulla, y una furgoneta de la policía había llegado aullando hasta allí, y el último policía sacó su altavoz y, como un director de escena, comenzó a gritar —«Ya vale. Se acabó el espectáculo. Circulen. Se acabó»—, la muchedumbre ya había regresado a sus madrigueras de la selva, y yo me quedé solo con Butch a mi lado, que me cogió la mano, la apretó contra sus pechos, y me dijo:

—Llévame a casa.

\*\*\*

¿Dónde estábamos? Ah, sí, en casa de Butch, en el burdel de mi amiga. De hecho, a lo que más se parecía era a un laboratorio botánico o a un invernadero tropical. Cometí el error de tratar de secarme las manos en una sábana de follaje arrugado, y luego el de echar una meada en un humidificador tamaño gigante. Plantas, tierra, naturaleza, vida: todo eso está hiper valorado en Nueva York. Luego noté que, en lo alto de una trepadora, un loro me miraba despectivamente desde una esquina del techo. El aire tenía un olor dulce, cálido, intenso, y servía para cualquier cosa menos para respirar. Hice lo que tenía necesidad de hacer, y regresé a zonas más templadas.

Butch se había sentado en la cama y estaba viendo un vídeo para adultos (mudo, porno duro) en una pantalla de dos metros situada en la pared de enfrente. Me senté a su lado. Un tipo pálido y gordo le estaba dando el tratamiento a una rubia bronceada, en una monea cama de hierro. Aunque la copia fuese de primera calidad, los valores artísticos eran de tipo ínfimo: cámara fija, sin variación en los puntos de vista, sin primeros planos. Comprendí, casi enseguida, que la chica era Butch Beausoleil. Al cabo de un rato comprendí que el tío..., el tío era John Self. En otras palabras, yo. Como era de esperar, como ustedes ya se imaginaban, Butch daba muy bien su papel. Sus ojos cerrados, las curvas de su rostro contorsionado, mostraban un adulado placer ante la atención de la cámara. La cámara. Estudié el ángulo y miré hacia mi derecha. Había un ojo de vídeo, con su hocico bien visible, sobre una mesa junto a la ventana. En la pantalla, la pareja cambió de posición, y volvió y siguió haciéndolo, frecuente y agotadoramente. Me fijé en que todas esas contorsiones estaban pensadas de forma que la protagonista femenina pudiera exhibir sus virtudes. Pero también permitían ver al protagonista masculino, este actor gordo, este extra de tres al cuarto, con su espalda granuda, su abombada tripa de bebedor, su garganta tumefacta. No..., lo malo no era el cuerpo. Lo malo, lo peor, era la cara. Sus encías acojonadas, sus muecas de anciano, su terrible sorpresa... Ahora llegamos a la mamada, y les aseguro que valía la pena verme la cara en esos momentos. Hasta Butch lo comentó:

—¿No te gusta verlo? —me preguntó—. Eres un tipo feo, John. Y eso es lo que me gusta de ti, en serio. Me atrae... Esta parte es muy aburrida, voy a rebobinar. No te gusta eso, verdad. En serio, no parece que te guste.

—Mientras dura —dije—. Me gusta mientras dura. Luego, no. Y lo mismo digo de todo lo anterior.

—Ha estado grabando desde el principio. Lo tengo conectado de modo que haga la grabación y la proyección de forma automática.

La imagen se desaceleró. Butch estaba hablando, silenciosamente, en la pantalla, mirando a la cámara directamente. Mi cabeza se asomó a mirar un instante mis partes, y luego volvió a desplomarse hacia atrás. ¿De qué estaba hablando Butch? Del contraste visual. Juventud y ancianidad. Yo soy clara y transparente como la mañana. Un acto de generosidad estética. Ya, lo he pillado, tía.

—Oye, Butch, ¿cuántos años tienes?

—Cumpliré los veinte en enero.

—Santo Dios. ¿Por qué no vives en casa de tus padres?

—Odio a mi madre y mi padre murió.

—Vale. Borra la cinta.

—¿Cómo dices?

—Que lo borres todo. Ahora.

—No pienso hacerlo, John. Sólo follo una vez con cada persona.

Por eso me gusta guardar la grabación.

—Bórrala.

—Jódete.

—Hazlo.

—Oblígame a hacerlo.

De modo que le di la paliza. Sí, le pegué una buena paliza a Butch. No fue con mala uva, sólo unas cuantas sacudidas y palmetazos. En realidad no estaba haciéndolo de todo corazón, qué va: ya no disfruto como antes con esta clase de actividades. Pero ¿a que no saben una cosa? A Butch le gustó. Miren, ya sé que los hombres que pegan a las mujeres siempre dicen que a las mujeres les gusta que les peguen. Y, en serio, jamás en la vida entenderé por qué tratan de defenderse con ese argumento. A mí siempre me ha resultado transparente y clarísimo que las mujeres a las que yo pegaba no disfrutaban cuando yo les pegaba. Si les hubiera gustado, ¿para qué pegarles? ¿Para qué? A todas les disgusta, intensamente, y en general tienes que meterte luego en muchos forcejeos dialécticos, y muchos regalos de flores, y muchas promesas de que no volverás a pegarles nunca más. Es posible que me haya equivocado de mujeres a la hora de elegir aquéllas a las que pegar. A algunas les gusta. Hoy en día, no hay actividad humana que no tenga sus fans. A Butch le gustó. Lo supe. ¿Cómo? Después de que borrarse el vídeo (en ese momento le estaba haciendo una retorcida llave que le dolía lo suyo), me dijo que le encantaba ser dominada, e intentó que me metiera otra vez en la cama con ella.

—Bueno, bueno, ya veremos —dije—. Si te portas bien, a lo mejor te permito que lleves mi ropa a la lavandería. Y ahora, escúchame bien. No quiero volver a oírte explicar nunca más ninguna de tus piojosas ideas sobre la película. Tú eres una actriz. A partir de ahora tendrás que cerrar la boca y hacer lo que Papá Oso te diga.

—De acuerdo. Pero ven a la cama, feo hijo de puta.

Pero hice que se vistiera y luego me la llevé al cine. Luego a tomar una pizza y a una larga conversación. Lo nuestro, le dije, había terminado. No tenía intención, le expliqué, de poner en peligro nuestras relaciones laborales, nuestra colaboración artística.

\*\*\*

Fielding Goodney se estiró los puños de la camisa y tomó un sorbo de vino. De repente se puso a reír, dejando al descubierto sus robustas muelas. Era lo clásico: manteles de lino y camareros de etiqueta, menús con borlas de adorno y entrantes de a veinte dólares, clientes severos y mujeres tontas y relucientes. Elegí por fin. El único plato cuyo nombre me sentía en condiciones de pronunciar. En esto estoy con Spunk Davis: en todos los restaurantes la comida nos suena a chino. Por otro lado, si

el tiempo es oro, la comida rápida ahorra ambas cosas. Me encantan estos locales tan elegantes de Nueva York, pero lo que mis tripas me pedían era cualquier porquería que las llenase rápidamente. Pronto abandonaré la comida rápida y comeré a la altura que me permite mi dinero. Pero todavía no.

—¿Qué le hiciste a Butch? —preguntó Fielding.

—Le di una conferencia —dije yo. Muy discreto, como pueden comprobar. De hecho, me olí que Fielding también había visitado su casa. «¡Qué tipo tan horrible, ese Fielding!», dijo en determinado momento Butch, pero, no sé por qué razón, preferí no pedirle detalles. También por discreción, supongo.

—En fin, no sé lo que le hiciste, pero sigue así. Cuando estabas en Londres empezó a ponerse pesada. Todos se pusieron pesados. En cambio, ahora están como corderitos. Todos. No sé cómo lo has hecho, Slick, pero lo has conseguido. Lorne y Caduta están locos por ti. Incluso Spunk cree que eres magnífico.

¿Que *cómo* lo he hecho? Ni idea. El cine se reduce a suerte y anarquía, nada más. Y, sin embargo, ahí estaba yo, al borde de algo, agarrado a la barandilla, y muy sobrio.

—Será el nuevo guión —dije.

—Magnífico guión. Oye, el chico ese, ¿estás seguro de que es escritor? ¿No estará más bien metido en cosas de relaciones públicas, vudú o psicoterapia?

—¿Cómo?

Fielding se encogió de hombros:

—Qué forma de manipular las cosas. Lo único que ha hecho es agarrar el guión de Doris y echarle melaza a los engranajes. Todo marcha.

—Ahí está la gracia de su trabajo —dije.

Y, ciertamente, Martin no había modificado la trama del guión de Doris Arthur. Dejando a un lado algún que otro reajuste estructural, lo había mantenido prácticamente todo tal como estaba. Los personajes no eran menos mezquinos ni venales que antes, la acción seguía siendo tan escuálida y comprometedoras como al principio. Porque se había limitado a introducir una serie de largos monólogos en los cuales cada uno de los cuatro protagonistas era elaboradamente elogiado, exonerado y justificado por los otros tres. Así, después de que Lorne hubiese sido expulsado con abucheos del lecho conyugal, la fecunda pero desgastada Caduta larga un soliloquio acerca de su incapacidad para satisfacer a un siempre vibrante espadachín como su esposo. O, en otro momento: después de que Spunk haya abofeteado a Butch, ésta le dice a Caduta que fue ella misma la que provocó voluntariamente a ese joven soñador, a ese poeta errante, para asegurarse de que obtenía de él la siempre anhelada reacción apasionada; mientras que, por su parte, Spunk le habla confidencialmente a Lorne acerca de la trágica propensión de los varones a hacerle daño a lo que aman. Y así sucesivamente. Había que admitir que todo eso sonaba bastante raro en el

momento de leerlo, de manera que *Dinero sucio* (nuevo título definitivo) resulta una lectura bastante tediosa. Pero los monólogos irían a parar directamente a la papelera de la sala de montaje, suponiendo que llegaran a ser filmados, y por ese lado no me pareció que pudiese haber dificultades.

—Hay que reconocerle sus méritos —admitió Fielding—. Es un trabajo funcionalmente perfecto. Casi pornográfico.

Fielding hablaba con la tristeza del político que ha visto cómo le minaban subrepticamente su circunscripción.

—¿Cómo está Doris? —le pregunté.

—Bien. Los escritores —dijo vagamente— tienen más poder del que les corresponde. Bien, Slick. Ahora ya no vas a necesitar me. A partir de ahora mis funciones serán casi estrictamente ejecutivas. El dinero sobrante de la campaña financiera de *Dinero limpio* me empuja hacia otros proyectos. Oh, es cierto, ahora se llama *Dinero sucio*. Nos está llegando tanta pasta que no hay modo de ponerle freno. Quiero que empieces a pensar en tu siguiente película.

—¿Lo dices en serio?

—Llama a tu gente, Slick. Tenéis luz verde. Estamos rodeados de cheques en blanco. Por cierto, antes de que te vayas quiero que me firmes unos cuantos papeles.

El Autocrat negro esperaba inexorablemente en la calle. El chófer aguardaba, un chófer nuevo pero perteneciente al mismo grupo selecto de chóferes super elegantes y bigotudos que el anterior. Fielding le hizo una seña con la mano y me cogió del brazo para dar una vuelta a la manzana. Esta vez sin guardaespaldas. Fielding creía que podía prescindir de aquel extra, aquel adorno, que hubiera sido un guardaespaldas, porque incluso Fielding economizaba a veces, como es costumbre entre la gente de dinero. Pero este chófer también estaba armado: me fijé en el bulto de su sobaco, algo así como si llevase una repletísima cartera.

—¿Hay alguien que vaya a por ti, Fielding? —le pregunté mientras paseábamos.

—Sí, los pobres —dijo él, encogiéndose de hombros.

De modo que le hice la siguiente pregunta: ¿por qué, entonces, usar la limusina? Él se limitó a dirigirme una mirada muy seca. Pero me parece que sé el porqué. Con una limusina te sientes tan fabulosamente bien, tan espléndidamente maravilloso, que vale la pena soportar a cambio el odio callejero. Quizá forme parte del asunto, de la brutalidad, de la emoción que trae consigo el dinero. Dimos media vuelta, charlamos un poco más, y luego Fielding subió a la limusina y se dejó caer suavemente en el mullido asiento.

Yo regresé andando al hotel. Hay que ser duro para querer dinero en cantidades industriales. Hay que ser duro para ganar mucho dinero: todo el mundo lo sabe. El dinero es tan importante para quienes lo tienen como para quienes no. Lo dice ese libro, *Dinero*. Y es verdad. Hay un fondo común. Si tú quieres mucho, lo que haces es

reducir la cantidad que queda para los demás. No estoy seguro de ser muy duro. Ya lo averiguaré. Sé que el dinero me importa mucho. Martina me dio *Dinero*, y otros muchos libros: *Freud*, *Marx*, *Darwin*, *Einstein* y *Hitler*. *Dinero* es un libro con montones de cosas interesantes. Por ejemplo, que el dinero sucio desvía hacia otros lados el dinero limpio. La Ley de Gresham. La costumbre de grabar la cabeza de los monarcas en la superficie de las monedas fue un truco ególatra ideado por los poderosos. Cuando Calígula la cascó, fundieron todas las monedas existentes a fin de borrar su rostro de la pasta. No sé si saben ustedes que hubo épocas en las que se utilizó la carne a modo de dinero, y otras en las que el dinero circulaba en forma de alcohol, y de tías —por supuesto—, y de munición con la que hacer guerras. Y, la verdad, en un mercado con esa clase de fuerzas me hubiese sentido como en mi casa. Yo hubiera sido mucho más feliz en aquellos tiempos. No hubiese tenido que cobrar en dinero. Hubiese cobrado en lo otro, en todo ese dinero sucio. Hay veces en las que *Dinero* me produce cierta intranquilidad, cierta preocupación. Me recuerda la vez que Doris Arthur me lanzó un insulto imperdonable en la calle Noventa y cinco Este. Me da la sensación de que todo es ulterior. Y ustedes también la tienen, ¿no? Sí, ustedes también. No sé cómo, pero al final acabaré averiguándolo.

Regresé andando al hotel. Las sombras que proyecta la gente por la noche es diferente en Nueva York. Las luces están más bajas, y te proporcionan mucha mayor presencia lateral cuando andas por la calle por la noche. En Londres, nuestras farolas amarillentas son altísimas, de modo que la sombra es más pequeña que el verdadero ser humano al que sigue, o del que tira.

El teléfono ya estaba sonando cuando abrí la puerta de mi habitación. No tenía la menor duda respecto a quién podía ser el que me fastidiaba de ese modo en plena oscuridad; alguien a quien yo no conozco, a quien ustedes tampoco conocen, pero que, de todos modos, siempre está ahí, fastidiándome.

\*\*\*

—¿No te parece maravilloso? —me preguntó Martina Twain la primera noche que pasé en Nueva York—. Es increíble, pero ha cambiado radicalmente mi vida. No sé cómo he podido vivir sin él. Llego a casa, y siempre está esperándome. Y me encanta acariciarle por la noche. ¿No te parece precioso?

—Sí, fantástico —dije.

—Tienes un aspecto horrible —dijo ella—. Lo siento. Pobrecillo.

—Sí, ha sido una semana espantosa.

Después de mi última visita a esta parte del mundo, Martina se agenció un perro condenadamente estúpido (o un enorme cachorro condenadamente estúpido), un alsaciano negro con cejas castañas que no paran de moverse sobre sus curiosos ojos.

Se lo encontró en la Octava Avenida, saltando y brincando, sin dueño, muerto de hambre, acribillado de mordiscos de otros perros y patadas humanas. Lo agarró del pellejo del cuello y se lo llevó a su casa, e hizo que el veterinario le diera un repaso. Le recetaron un montón de antibióticos, y durante una semana más o menos el pobre cachorro se encontró bastante mal, despistado, desplazado, hundido. Era difícil de creerlo viéndole ahora, un histérico torbellino de agradecimiento y buena salud. Se llama Sombra, que es una abreviatura de su verdadero nombre: Sombra que Aparece de Repente, que es un viejo nombre indio, no sé si apache o cheyene. Lo del nombre me pareció muy bien. Detesto a esos perros que tienen nombre de perro, y también a los que tienen nombre de persona. Los nombres de los perros deberían contener una referencia al drama místico de la vida animal. *Sombra* es un *buen* nombre. Me cogió simpatía desde el primer momento, como suele ocurrirles a todos los perros. Imagino que se debe a que doy cobijo a un montón de olores de los que suelen interesarles a los perros. Yo también le cogí simpatía a él.

Cómo amaba a la vida. Este Sombra casi no podía creer en su buena estrella. En sus viejos sueños callejeros, en sus horas gimoteantes de la vida tirada que había llevado hasta entonces, jamás imaginó que las cosas podían ser tan maravillosas como lo eran ahora para él, tratado a cuerpo de rey en un dúplex de Bank Street, con un enorme cesto para dormir, una adorable dueña que le adoraba, toda la comida que fuese capaz de ingerir, y un precioso collar nuevo de cuero y acero que era toda una proclamación de su situación social, de todo el dinero que le rodeaba, y que prohibía estrictamente que los demás seres vivos volvieran a joderle como antaño.

—Es precioso, guapísimo —dije.

A ella le gustó. Me tocó el brazo y subió a cambiarse de ropa, seguida en todo momento por el perro.

Salí a la terraza con mi vaso de vino. Saludé a las abejas. Miré los pájaros de Nueva York, esa pandilla de gandules. De modo que nada de nada: Martina no estaba enterada. Ossie estaba *en Londres*, simplemente. Todo normal. Pero yo, por mi parte, tenía guardado en la bocamanga ese enorme as de corazones, esa tajada de información. ¿Cómo utilizarla? ¿Debía utilizarla...? En mis primeras reflexiones acerca de este asunto había llegado a decidir la siguiente táctica: esperar a que Martina mostrara las primeras señales de depresión o decaimiento, y en ese momento chantajearla con mi información. Y luego, bueno, ya se lo imaginan ustedes, Martina se fundiría en mis brazos, llorosa y entregada. Cuando volví a verla en persona, sin embargo, cuando vi de nuevo los labios, los ojos, puse inmediatamente en duda el valor de cambio de mi información. Eh, vosotras, tías que me leéis, ¿cómo jugar mi as? Ayudadme. ¿Debería hablar con ella inmediatamente, de hombre a mujer? ¿Acompañar el dato de alguna insinuación erótica? ¿Cerrar el pico? La verdad, no acabo de ver la economía de esta última posibilidad. Creo que de todo este jaleo

debería sacar algo en limpio... Maldita sea, tengo en mis manos un auténtico dilema moral. ¿Qué se puede hacer en esta situación, ante un dilema moral? He acabado extenuándome a mí mismo de tanto considerar los posibles reparos, los condicionantes. Había creído que nada sería más fácil que contárselo a Martina Twain. Pero ya puedo ver su expresión a medida que va enterándose de la verdad. Puedo ver mi propia expresión a medida que la verdad sale a la luz. Creí que sería fácil. Pero sería muy duro. Ya he tomado una decisión. Este asunto es demasiado complejo. No voy a decírselo. ¿Saben por qué? Porque es demasiado complejo, y no soporto la situación.

Justo en ese momento Sombra salió brincando a la terraza. Avanzó directamente hacia mí y se puso a olisquear codiciosamente mis pies. Lo cual estaba muy bien, pero no era lo que se diría un comentario elogioso acerca de mi higiene personal. Alcé un brazo —simple advertencia, nada más— y Sombra se retorció para tumbarse de espaldas y esconder la cabeza y encoger las piernas, víctima del pánico, en actitud suplicante. Supe entonces que aquel perro había tenido alguna vez a alguien como yo, una persona grande, tensa, blanca. Me arrodillé y acaricié su cálida tripa.

—Huele todo lo que te dé la gana —le dije—. No quiero que me tengas miedo. No lo soportaría.

Al enderezarme vi que Martina estaba contemplándome desde la puerta con expresión de curiosidad.

Hacia el final de la cena en uno de esos restaurantes de ensaladas que hay en el Village, éstos en los que los camareros parecen dentistas y sirven comida con garantías de vida eterna y en cuyo lavabo hay un roble asomando la cabeza por la taza, hice una cosa que no encajaba en absoluto con el ambiente. Y eso que no estaba bebido. Me las arreglaba como podía a base de frecuentes vasos tamaño bidet de vino blanco. Eso era lo más fuerte que había tomado. En fin, que apoyé la mano sobre la de ella y le dije:

—Tal vez te sientas un poco decepcionada. Entiéndeme bien. Si soy capaz de decirte esto es porque me siento absolutamente perdido. Pero yo confiaba en que, a diferencia de la mía, tu vida sería clara y recta. Tú misma suponías o asumías que lo sería. O no. En absoluto. En realidad no sé lo que me digo.

No lo sabía, de verdad. Era una de mis voces. A menudo no veo motivos para no decir ciertas cosas, en fin, el problema está en todas esas voces que habitan dentro de mí. La mano de Martina se movió bajo la mía, de modo que encendí un pitillo y ella dijo:

—Crees que estoy decepcionada. Pues no, no lo estoy. No lo estoy más que cualquiera.

En su rostro asomaba la sorpresa. ¿Algo más? Sí, también me pareció ver en él cierto desconcertado y semicontenido placer, cierto deleite surgido al comprender que

otra persona había estado pensando acerca de ella cosas que..., en fin, cosas relacionadas con ella y su bienestar. No es gran cosa, de acuerdo, se trata de uno de los aspectos más ínfimos del amor. Pero tenía que ver con el amor, sin duda. Sin duda.

—No pretendo criticar —dije—. ¿Criticar yo? Toda mi vida he sido un mal chiste. Mientras que tú no lo has sido nunca.

—Al final todo el mundo resulta un mal chiste.

Eso, pensé. Y me aplasté la frente con el filete de mi palma. Gran error, eso del filete contra mi frente. Seguro que mi rostro se retorció, mostró su dolor, porque la sonrisa de chico de Martina adquirió una intensidad salvaje. A menudo, en mis ensoñaciones diurnas de por las noches, su rostro se me aparece como una linterna mágica, un rostro humano, luminoso.

—Dios mío —dijo ella—, cuánto sufres.

—Ya lo sé. Es un escándalo.

Saqué rápidamente el billetero del bolsillo sudoroso que está sobre mi corazón. Pero los dedos de Martina (con las uñas ligeramente mordidas, sin pintar, tan diferentes de las de Selina) ya habían hecho presa de la cuenta.

—Está todo pagado —dijo.

Eso fue lo más cerca que estuvimos de la verdad. Martina no sabía nada. Y quizá jamás necesitaría saberlo. Todo se reducía a dinero, a eso se reducía todo. Si Ossie tenía una buena cuenta bancaria, y la tenía, bastaría con que apartara unos cuantos billetes de los grandes, y al hacer las cuentas a final de año ni se enteraría. Era de suponer que todavía estaba en condiciones de ir a ver a Selina cada vez que fuese a Londres. Qué potra, el tío. Nunca me gustó su aspecto: el típico actor de esta maldita vida. Pero qué suerte, el muy jodido. Imagínenselo. Martina en Nueva York, encargándose del dúplex, dando conversación a sus adinerados socios, y, hasta donde yo sé, brindándole magníficos polvos cada noche. Y luego, después de un par de semanas en este plan, un salto al otro lado del charco para darse el lote con Selina... Joder, me parece escandaloso. Repugnante. Pero así es también el dinero. No hay modo de luchar contra la conspiración del dinero. La única solución consiste en convertirse en uno de los conspiradores.

Acompañé a Martina a su casa, andando, y luego sacamos a pasear a Sombra. Se me había pasado el mareo y volvía a encontrarme como siempre, confiando en recibir un beso de buenas noches y alguna que otra insinuación antes de regresar al hotel. Bombardeado por innumerables impresiones sensoriales, con su rostro tenso mientras dirigía aquella película super rápida, Sombra probó los límites de la correa así como otros límites, los del olfato, la vista y el oído. Luego el perro se paró un momento para hacer sus cosas de perro, semiagachado, dobladas las patas traseras. Para Sombra no hay problemas. Para mí, un montón, pues me esperaban mi *Morning Line*,

mis pitillos, mis cafés, mis copas, mis dolores.

—Muy bien —dijo Martina.

—¿Qué es eso?

—Un recogedor para los excrementos del perro.

—Fantástico —dije—. Cómo sois los americanos. Un recogemierdas. Eh, oye, ¿en serio que vas a recoger...? Por favor...

—En este país la gente se pone muy seria con estas cosas —dijo ella—. Muy fiera. Te gritan de todo.

—Ninguna cagada de perro le ha hecho nunca daño a nadie.

—No creas, es muy tóxica, y en esta calle hay niños jugando a todas horas. Pueden contraer enfermedades.

—Con las cagadas de perro y con todo lo demás. Quiero decir que, una vez puestos, te puedes contagiar con cualquier cosa. Con los recogemierdas, y hasta con los niños.

—Mira —dijo Martina.

Al llegar a la esquina de la Octava Avenida, Sombra se detuvo y empezó a soltar gañidos. Miró hacia las pecaminosas zonas de la calle Veintitrés, Chelsea, el fin del mundo, allí donde ningún perro llevaba correa, donde todo andaba suelto, sin bozal. Un lugar sin collares ni correas ni nombres, allá por la calle Veintitrés. Sombra tironeó, estornudó, se rascó el hocico. Parecía desconcertado y hambriento, momentáneamente lobuno, sometido a los impulsos de una naturaleza fiera.

—Cada noche tira menos, pero todavía hay ocasiones en las que se diría que tiene ganas de volver allí.

—¿Y dejarte? Tranquilízate. Ahora ya sabe qué es la buena vida.

—Pero *su naturaleza*... —dijo ella, y también adoptó una expresión desconcertada, turbada.

Nos dijimos buenas noches. Contemplado por los ojos tristes y brillantes de Sombra, llamé a un taxi y subí. Sin incidentes. Un bar, una copa, y luego la habitación del hotel, en donde el teléfono me aguardaba pacientemente, haciendo sonar su saludo paciente y dolorido, como el dolor.

\*\*\*

Tengo todo un montón de cosas atrasadas que contarles acerca del mamón que insiste en seguir telefoneándome. Tendría que decírselo todo a ustedes, pero el problema es que no me... Bueno, vale, quizá tendría que hacer el esfuerzo. Tal vez ustedes lo entiendan. Yo, desde luego, no. Ahora que todo marcha bien, ahora que mi vida se multiplica y bulle, la vocecita que se oye al otro lado del hilo es como la voz de los murmullos callejeros, simples balbuceos, voces de terrícolas desconocidos —

recién llegados, artistas de última fila—, esas voces que oímos pero cuyas palabras no llegamos a entender. Por otro lado, ¿para qué esforzarse por entenderlas? Tal como se ha puesto últimamente el mundo de las llamadas amenazadoras, estas llamadas amenazadoras que recibo yo son casi amistosas. Esto me recuerda que en California obligan a los conductores condenados por el delito de ponerse bebidos al volante a acudir a las reuniones de los grupos antialcohólicos, cofradías de ex bebedores, etc. Un castigo consistente en aburrir al personal. Pues bien, a eso me suenan a veces esas llamadas, aunque yo hago siempre lo posible por conseguir que la conversación se anime un poquito.

—¿Qué tal está tu novia? —le pregunté el otro día.

—¿Qué novia?

Santo Dios, qué voz de gilipollas. Ahora me siento en condiciones de complicarle la vida al tipo ese.

—La pelirroja que lleva los labios espantosamente pintarrajeados. La que la otra noche me metió la lengua en la oreja, en el bar que hay enfrente del Zelda's.

—Así que la recordabas —dijo él. Parecía asombrado.

—Desde luego.

—Pero seguro que no recuerdas lo que ella te dijo. Absolutamente seguro.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé porque de haberlo recordado no estarías en Nueva York. No te hubieses atrevido a regresar. Jamás. Te hubieras quedado en Londres con *tu* pelirroja.

—Caramba —me había sorprendido—. ¿También tienes una delegación en Londres? Me pasma que sepas dónde está Londres. Me pasma que conozcas la existencia de Londres.

—Eres todo un hombrón —dijo él.

—Eres un ridículo hombrecillo —dije yo. Sigo teniendo la sensación de que Frank, mi voz telefónica, es un tullido, un disminuido físico de algún tipo. Me encantaría que lo fuese.

—Cualquier día nos veremos las caras.

—Lo sé.

—Algún día nos veremos las caras, y ese día...

Generalmente pone punto final a la conversación con un par de baratas frases despectivas y amenazadoras. Es como ese matón de pacotilla que mi padre ha contratado para que me busque las cosquillas. Me cuesta mucho tomarme en serio a esos tipos. No les respalda el dinero. Pero Frank vuelve a telefonearme. Ahora me llama muy a menudo, sobre todo por la noche, cuando me cuesta horrores distinguir su voz de todas las demás voces.

Hay tantas, que una voz más no puede hacerme ningún daño. Bueno, espero que no me lo haga. Espero que no me duela mucho.

Da la sensación de que el proyecto no tiene fallos. Desde que logré convencer a Spunk Davis, el proyecto es perfecto. En serio, ese muchacho es como una marioneta. Lo tengo en mis manos. Incluso está de acuerdo con lo de cambiarse el nombre.

—S. J. Davis —dijo cuando nuestra larga conversación llegaba a su fin—. ¿Qué te parece?

—¿Cuál es tu otro nombre, Spunk? —pregunté, cansinamente.

—Jefferson. A mi madre no le gusta. Dice que S. J. le suena indigno de un cristiano renacido.

—Y una mierda —le dije—. Seguirás siendo Spunk para tus amigos. Muchacho, has vuelto a nacer. S. J. Davis..., perfecto.

Las circunstancias me favorecieron. Ayer tarde me presenté en el Plaza de la ONU para sostener una charla en torno al guión, y Mrs. Davis salió a la puerta con un pañuelo empapado de sangre y aplicado a su nariz. Intentó ocultar sus ojos, pero pude comprobar que los tenía amoratados. Sí, seguro que era un potente directo a la nariz, un directo muy reciente. Y notar el aroma de la violencia, de la violencia de tipo casero, hizo que me subiera al rostro cierta familiar sensación de calor y dolor.

—Caray —dije—. ¿Se encuentra bien?

Apartó avergonzada la mano que yo le había acercado al rostro, y se quedó allí plantada, escondiendo la cara, pequeña y más condensada que nunca. Más allá de su figura divisé a Mr. Davis, rechonchamente tumbado en un sillón de anchos brazos, con chaleco, una lata de cerveza, y el televisor de la cocina encendido. Me dirigió una de sus prolongadas miradas —duras, exasperadas—, y alzó un dedo hacia su sucia frente.

Encontré a Spunk en el comedor del final del apartamento, sin luces, sin utilizar. Se sentó al borde de la mesa, brazos cruzados, una expresión de presunta compostura en su musculoso rostro. Se limitó a mirarme con ojos deslustrados.

—¿Qué ocurre, Spunk?

—Voy a matarle —dijo él, a manera de sobria explicación—. Voy a matar a ese tío —me confirmó acercándose a la puerta por la que yo estaba entrando.

Tomé sus hombros entre mis manos y noté su tensa potencia. Podía matarle, respecto a eso no cabía la menor duda. No le mataría, pero podía hacerlo. Me di cuenta entonces de que ahí estaba la oportunidad que yo había esperado, y experimenté un rebrote de elocuencia o autoridad, ese tono elevado que hay que emplear con los actores. Y a continuación me oí a mí mismo gritarle:

—¡No puedes matarle! Él es tú. Tú eres tu Papá y tu Papá es tú. Tú eres mejor, pero algún día serás él, él, con su jeta y su chaleco y su lata de cerveza. Es inevitable. Ocurrirá, aunque él ya se haya muerto. Lo sé muy bien. También yo tengo padre.

—¿Comprendes lo doloroso que está siendo todo esto para mí?

—Cuéntamelo. Cuéntamelo ahora mismo.

Emitió un quejido infantil. Se le retorció el rostro de tanto esfuerzo, pero al final lo soltó.

—Es como lo de mi nombre. Es..., haga lo que haga, gane lo que gane, actúe como actúe, siempre seré un tonto del culo. Siempre seré el tío al que le toman el pelo.

—Muchacho, todos somos ese tío. En el siglo xx, todos tenemos esa sensación. Somos un mal chiste. Tienes que aprender a vivir con ese sentimiento, Spunk. Vivir el chiste que te ha tocado vivir.

Y luego nos pasamos tres horas hablando, en el comedor, a oscuras, yo y mi hermano de sangre, mi hermano pequeño.

—¿Tienes alguna vez esa sensación, Fielding?

—Pues, no. No, supongo que no. Recuerda que sólo tengo veinticinco años, y que no tengo ningún tipo de problemas paternos. Pienso en toda esa bazofia como algo que está ahí afuera, esperándome. Cuéntamelo tú, John, siento curiosidad.

Estábamos cerrando una larga jornada de papeleo en los locales del Tenderloin. Un trabajo aburrido pero ligero; me he pasado el rato firmando cosas. Fielding ha creado una empresa, Dinero Sucio S. L., y ha contratado a tres oficinistas y un botones. Trabajan abajo. También pasa casi todos los días un abogado a sueldo.

—Tómame una copa.

—No, gracias —le dije.

—Dime, John. ¿Con quién te lo montas cuando estás en Nueva York? No puedo creer que le seas absolutamente fiel a esa Selina de Londres.

—¿Selina? Oh —dije, con picardía—, siempre me tiene contento y satisfecho. Aquí, pues ya ves, voy tirando.

—Hay una cosa que podríamos hacer juntos. Un sitio de la Quinta Avenida. Entrás en el local, y te sirven ambrosía on the rocks nada más llegar. Luego aparece la reina de Saba y se te lleva a su boudoir, y con un ataque combinado, mental y manual, logra que tengas la erección de tu vida. Lo nunca visto. Bajas los ojos y piensas: *Joder ¿de quién es esta polla?* Alzas la vista, y los paneles del techo se abren hacia los lados. Y a que no adivinas qué ocurre entonces...

—Se te cae encima una tonelada de mierda.

—Maldita sea, Slick, ¿por qué eres tan poco romántico? Lo que ocurre es que se abre el techo y, colgada de una cuerda de seda, desciende una princesa de piel aceitunada. Se abre de piernas. ¿Entiendes la cosa? Tú estableces la conexión, digamos que un centímetro o dos. Y entonces aparece un forzudo, uno de esos japoneses que practican el sumo, agarra la pierna de la tía, y con todas sus fuerzas la hace girar como una peonza.

—¡Joder!

—Mil dólares la vez. Lo pondremos en la cuenta de gastos de representación.

Pasatiempos. Quedará muy bien. ¿Qué me dices? Podríamos pasar por allí ahora mismo.

—No está nada mal, pero me parece que yo paso.

—Si prefieres las negras, hay un local en Madison. Etiopía. Pues bien, entras y entonces...

—No me lo cuentes. Además, esta noche tengo una cita.

—¿Ah sí? ¿La conozco?

—Pues sí. No..., no la conoces.

\*\*\*

Es posible que se hayan fijado ustedes en que, aparte de algún que otro desliz, cada vez uso menos palabrotas. Y sigo luchando además en otros frentes. Todas mis adicciones aguardan ahora en el pasillo de la muerte: palabrotas, peleas, pegar a las mujeres, fumar, beber, comida rápida, pornografía, apuestas y pajas: las tengo a todas acobardadas en un rincón, esperando a que les llegue a cada una el momento de dar el último y largo paseo. Ya saben ustedes por qué. Estoy cambiando... Dejar de decir palabrotas es, por supuesto, lo más fácil. No me ha costado nada. Tampoco echo de menos lo de pelearme ni lo de pegar a las mujeres. En cuanto a lo de fumar, bueno, cada vez que enciendo un pitillo me pregunto: *¿Necesitas en realidad este pitillo?* Hasta ahora, la respuesta ha sido siempre: *Sí*, pero apenas si acabo de empezar. Del mismo modo, quienes bebemos mucho no lo tenemos fácil para dejar de beber de repente. Dejar de beber *sí* que va a ser un problema, me lo huelo. Comida rápida: la táctica en esto consiste en que me conformo con una sola comida al día, excepto en esos días especiales en los que estoy muy hambriento. El juego nunca me ha creado muchos problemas cuando me vengo a este lado, cuando estoy en Nueva York. No encuentro en donde jugar. Seguro que hay garitos de juego, pero soy incapaz de encontrarlos. En cuanto al asunto de las pajas: toda mi vida he estado preguntando a unos y a otros, y mi conclusión es la siguiente: todo el mundo se hace pajas. Las chicas. Los curas. Yo. Usted. (Sí, usted, y ¿cuántos años tiene? A ver, tíos. Y tú, hermana. Venga, ya ha llegado el momento de retirarse). Yo voy a dejarlo. ¿Y ustedes? En mi caso se trata de un proyecto a largo plazo, lo admito, pero de momento he proscrito todas esas ayudas visuales que suelo utilizar. Es como ganar la mitad de la batalla. Sin pornografía, no le veo la gracia a eso de hacerse una paja. Pero, en cierto sentido, tengo una gran confianza. En serio, oigan. Estoy casi seguro de que puedo echar al váter toda la mierda que envuelve mi vida, y luego tirar de la cadena. Dejé las palabrotas sin apenas esfuerzo, ¿no? Además, ¿de qué sirven esas malas costumbres? De verdad, ¿para qué sirven? Sí, soy capaz de hacerlo. De hecho, incluso estoy convencido de que no sería tan difícil. Lo único malo es —y ahí está

quizá la raíz de mis problemas—, lo único malo es que no tengo con quien echar un polvo.

Con la sensación de encontrarme en plena forma y capaz de trabajar sistemáticamente, acepté el consejo de mi productor y comencé los ensayos por parejas de actores: Lorne y Butch, Spunk y Caduta, Butch y Spunk, ya me entienden. En términos humanos, trabajé de ese modo. Bueno, al principio, antes de que yo mismo lo fastidiase todo. Caduta y Spunk: no estuvo mal. Butch y Lorne: mal: Lorne y Caduta: muy mal. Spunk y Butch: horriblemente mal. Butch y Caduta: pésimo, espantoso, fatal. Pero los enfrentamientos más graves, los peores de largo, fueron los que hubo entre Lorne y Spunk. Las damas, como mínimo, utilizaron sus propias tácticas femeninas. Como mínimo no fueron violentas. Pero en el caso de Spunk y Lorne tuve que hacer de médico mental y de lameculos y de árbitro de la contienda, todo al mismo tiempo... Debido a la insistencia de Lorne, acordamos vernos para la primera sesión en el ático que Guyland tiene en la calle Ochenta y cinco. Intentábamos ensayar la escena en la que Spunk le dice a Lorne que sabe lo de la Amante, y que piensa decírselo a la Madre a no ser que Lorne acceda a hacer el negocio de la heroína. Spunk se quedó sentado, mirando a Lorne, y leyó sus frases con una expresión de tremendo desprecio. Lorne le oyó hablar, y luego se volvió hacia mí y me dijo:

—John, no pienso aguantar toda esa mierda. ¿Crees que voy a aguantársela a él, nada menos que a él? ¿En mi propia casa?

Spunk trató de defenderse, hablando entre dientes, con la excusa de que esta escena se le hacía muy cuesta arriba, porque siempre había odiado a su propio padre. Lorne replicó afirmando que él siempre había odiado a su hijo (un contable de mediana edad, según supe más tarde). Luego, Lorne acusó a Spunk de estar tratando de robarle *su* película. Spunk acusó a su vez a Lorne de tratar de convertir *Dinero sucio* en un simple medio de autopromoción. En mi opinión, Spunk metió aquí la pata hasta el fondo. Joder, pensé, con un guión así no hay modo de promocionar a Lorne. Lorne dijo que él era más fuerte que Spunk. Y más alto. Spunk invitó a Lorne a que lo demostrara.

—Ya lo ves, John —dijo Lorne, volviéndose hacia mí—. Ese punk se dedica a amenazarme en mi propia casa. ¿Lo ves? ¿Tengo o no razón?

Lo que vi fue que habría que dejarlo para otro día, y llevar el choque a algún territorio neutral, por ejemplo a nuestros locales de Tenderloin. Pero entonces surgió el problema del transporte.

Fielding dijo enseguida que había Autocrats para todas las estrellas. Se lo dije a Lorne, el cual me contestó que si Spunk tenía un Autocrat a su disposición, él, Lorne, sólo se conformaría con un Jefferson Succes. Se lo dije a Spunk, y éste replicó en son de burla que tenía intención de ir a trabajar haciendo jogging, pues tal era su

costumbre. Volví a hablar con Lorne, quien me dijo que por lo que a él se refería, pensaba ir a trabajar nadando, esprintando o saltando vallas si fuese necesario, para más tarde revelar, como quien no quiere la cosa, que se conformaría con que pasara a recogerle un Tigerfish o incluso un Mañana de dos puertas. Finalmente quedamos en que iría en Autocrat, pero el arreglo tenía truco. Yo debía ir en persona a buscarle, y hacer con él todo el trayecto de ochenta manzanas, de un extremo a otro de la ciudad. Y así lo hicimos: durante todo el recorrido sólo hablaba Lorne. Pronto descubrí que no hay modo de soportar una tortura así cuando, encima, estás con resaca. Era estrictamente imposible. Lo probé varias veces, y en cada nueva oportunidad pude comprobar que no, que no había modo.

El primer día, después de permanecer atascados y sin avanzar ni un palmo en Lexington Avenue durante toda una hora, el conductor cruzó hacia Central Park para probar suerte en las avenidas sin ley que quedan en el West Side. Cuando Line se fijó en todo aquel verdor, o en la ausencia de cemento (a estas alturas ya habíamos atravesado la mitad del parque), se quedó a mitad de la frase que estaba balbuciendo y elevó un tembloroso puño.

—¿Algún problema, Lorne? —le pregunté.

Pero Lorne no se movió ni dijo nada.

—¿Algún problema, Lorne? —volví a preguntar.

—*Salgamos cuanto antes* —dijo, muy tenso.

Cuando por fin atravesamos completamente el parque, Lorne recobró el habla.

—No hay que cruzar nunca el parque —dijo, muy mohíno—. Jamás de los jamases. Díselo al conductor. Esta vez hemos tenido suerte, pero Lorne Guyland no permitirá nunca más que le metas en el parque. *Jamás*.

Le pregunté por qué.

—Es peligroso —me dijo, más tranquilo.

—Ah, claro —le dije, y seguimos nuestro camino.

Pero en los locales de Tenderloin las cosas funcionaron como un sueño, como una conspiración. La clave del asunto radicaba en una cosa sencillísima que por fin logré comprender. Cada una de las estrellas sólo quería una cosa: permanecer el día entero sentada y escuchando alabanzas sin fin, todas esas rapsodias ególatras que Martin había metido en el guión. Y, bueno, yo no podía hacer lo que esperaban de mí, pero sí podía ofrecerles otra cosa. De hecho, me pareció recordar que Martin me había aconsejado que utilizara esa técnica. De modo que empezaba las jornadas diciendo:

—Eh, Spunk. ¿Por qué no ensayas otra vez ese largo discurso tuyo sobre Lorne? Y, más tarde:

—Lorne, ¿qué te parecería repasar de nuevo ese monólogo tuyo sobre Spunk?

De modo que mientras una de las estrellas borboteaba sus efusiones, la otra dormitaba tratando de no escuchar al rival. Pasados unos días comencé por este

procedimiento todas las jornadas de trabajo, y también lo probé con las chicas, con idéntico éxito. Ablandados y tranquilizados con esos glutinosos ejercicios declamatorios, los actores y actrices se entregaban con placer a los breves y duros diálogos que les daban la oportunidad de expresar los verdaderos sentimientos que tenían los unos hacia los otros. Estos sentimientos ya estaban, a estas alturas, en el peor nivel posible de putrefacción, pero ése era justamente el tono del guión. Los resultados comenzaban a ser bastante buenos, especialmente entre los hombres. *Dinero sucio* iba a ser una película francamente extraña. Díganme ustedes, si no, ¿cuándo han visto últimamente una película en la que todas las estrellas parezcan borrosas y perplejas, desenfrenadas y débiles? Lo que yo estaba consiguiendo era auténtico realismo. Cada vez era más limitado el respeto que sentía por Martin Amis.

Hubo problemas, naturalmente, pues al fin y al cabo estábamos en la capital mundial de los problemas. Esta mañana, por ejemplo, al llegar a casa de Lorne me lo he encontrado desnudo y deprimido, en la cama.

—Jamás le había visto tan mal —me ha dicho Thursday, que a la luz de las candilejas diurnas parecía quince años mayor que por las noches—. Ni siquiera se ha querido tomar el zumo de fruta.

También, según pude comprobar, el gran Bruno estaba muy deprimido. Telefoné a Fielding, y le pedí que fuera a entretener a Spunk. Luego entré en esa habitación de burdel que Lorne tiene por dormitorio. Estaba, como iba diciendo, desnudo, en la oscuridad de las cortinas corridas, mirando ciegamente a la pared. Al cabo de un par de horas logré que me explicara lo que le ocurría.

—Sincérate conmigo, Lorne —le había dicho yo—. Venga. Soy tu amigo. Soy tu más apasionado admirador.

—Pues, mira, John. Lo que pasa es lo siguiente. Nadie lo sabe, John. Absolutamente nadie. Nadie lo adivinaría, aunque estuviera dándole vueltas un millón de años. ¡Pero es verdad! La cuestión es, John, y sé que no vas a creértelo, la cuestión es, John, que soy un hombre muy inseguro. Soy un hombre profundamente ignorante, John. No sé nada de nada. Y eso hace que me sienta muy inseguro.

Ay, pobre mamón, pensé. ¿Dónde estaría Lorne si no ganase treinta mil pavos diarios? Lo sé muy bien. Estaría llorando a la salida de los teatros de Broadway, pidiendo limosna. Le puse la mano sobre el hombro. De repente se me había ocurrido lo que tenía que decirle.

—Santo Dios, Lorne. Si tú te sientes inseguro, ¿qué será de nosotros, de los pobres mortales?

Alzó la vista y me miró con parpadeante incertidumbre, pero al instante se despejó su expresión, como si fuese un niño.

—John... —dijo, soltando el aire por la nariz—. Vamos a hacer esa película.

Después de eludir Central Park, el Autocrat se quedó atascado en una calle

secundaria de la zona de los teatros. Lorne se puso a contarme la historia de sus éxitos de Broadway, del amor que sentía por las tablas, y qué sé yo cuántas mamonadas más, hasta que de repente nos llamó la atención un leve y persistente ratatat-tat, el golpeteo de una moneda contra el cristal. Como si fuese Sombra, Lorne se acurrucó contra una esquina.

—No pasa nada —le dije yo.

En un taxi vecino se encontraba Doris Arthur, que nos sonreía. Lorne se enderezó y recobró la compostura. Luego se asomó por la ventanilla y vio a aquella chica tan guapa que estaba mirándole. Forzó una sonrisa, le echó un beso con la mano, le dijo adiós con un ademán y se volvió con gratitud hacia mí mientras ella me miraba fijamente a los ojos. Para mí fue horrible. Su mirada había sido amenazadora, despectiva. Su taxi avanzó y nos dejó atrás, y todavía alcancé a ver cómo Doris se pasaba la lengua por los labios, en un gesto de inanidad o de burla, de sumisión consciente a cierto ramalazo de locura familiar. Mi corazón se encogió y mi cuero cabelludo humeó. ¿Por qué? Llevaba tres días sin probar las bebidas fuertes. Dejar las bebidas fuertes es una decisión inocua si la acompañas de la ingestión de enormes cantidades de cerveza, jerez, oporto y vino, y si además eres capaz de soportar resacas de las peores. Creo que en ese momento yo estaba padeciendo una resaca de las peores. Minutos más tarde bajábamos por la Novena Avenida, no lejos de la casa de Martina, y me sentí..., cómo decirlo, alimentado por su proximidad. Dios mío, era como agarrar una manzana y darle un buen mordisco con unos fuertes dientes rústicos. Ahora la llamo desde el trabajo, todos los días. Bueno, charlamos mucho, sobre un montón de cosas. Esta noche salgo con ella. Voy a la ópera. Sí, yo. Iremos a ver *Otelo*. Tengo muchísimas ganas de ir. Será la primera vez que vaya a la ópera. ¿Creen ustedes que podría acabar resultando justo el tipo de espectáculo que me va? Martina hace que me sienta fuerte. ¿Por qué hace Doris que me sienta débil? A veces tengo esa misma sensación cuando leo *Dinero*. He estado leyendo *Dinero*, y hojeando algunos de los otros libros que me dio Martina. Einstein. Ese tipo sí que tiene mérito. Contemplar el mundo y captar la conspiración, comprender sus secretos. Y lo mismo Darwin, Freud, Marx: qué astutas deducciones hicieron. Pero también leo novelas. He leído *El cazador oculto*, una novela de primera, si quieren saber ustedes mi opinión, escrita con fuerza y con elegancia. En cuanto a Hitler, la verdad, estoy consternado. Me resulta absolutamente increíble. Fíjense hasta donde llegó su violencia. Y yo que creía ser un tipo agresivo. Joder, Alemania: debían de estar todos borrachos allá por los años treinta y cuarenta, no entiendo cómo permitieron que tuviera tanto poder un desdichado loco de esa categoría. Estoy consternado. Me parece increíble. ¿Es verdad que todo eso ocurrió?

\*\*\*

En cuanto a lo de la ópera, bueno, al parecer se trataba de una función de gala con fines benéficos, todo un acontecimiento, de modo que decidí alquilar un smoking. Fielding me indicó las señas de una tienda de Lexington Avenue, y, en cuanto terminé el ensayo con Lorne y Caduta, tomé un taxi y me fui hacia la parte alta dispuesto a encontrar un traje de mi talla.

—No hay, señor —dijo aquel viejo extra en tono de amable decepción, después de su decimoquinta visita al almacén.

—¿Cómo dice?

—Que para esta noche no hay ninguno de su talla. Imposible.

Controlé mi furia y me lancé calle abajo, a otra tienda del ramo, y luego a otra. Y a otra.

Joder, pensé, y esto es *Nueva York*, recristo, la capital de las calorías, Gordilandia, la ciudad en la que los fatigordos tamaño tonel pueden pasear por la calle tranquilamente sin que nadie se fije, sin que nadie vuelva la cabeza ni se burle de ellos. Contemplan a esa negra de traje pantalón color beige, del que sobresalen los bordes de su ropa interior como gruesas cuerdas que atan el enorme paquete. Observen a esos Globos Andantes que caminan sudorosos en este horrible calor. Van tan tranquilos por el mundo. A nadie le importa su aspecto. En Londres habría disturbios, revoluciones de hilaridad, en cuanto cualquiera de esas montañas de sebo pisara la calle. Pero aquí, en el gran revoltillo, la simple rareza no hace gracia. De ahí el problema que crea el sentido del humor. Si alguno de ustedes tiene sentido del humor y pasea por Nueva York, se pasará todo el resto de su vida partiéndose de risa. En fin, a lo que iba: terminé en un deprimente tienducho llamado Altos, Anchos y Guapos, o Fuertes y Poderosos, o (seamos sinceros) Alquiler de Tiendas de Campaña, situado al borde mismo de Harlem, y salí de allí provisto de un traje que logré finalmente encontrar en medio de la ropa para postes telegráficos y piernas largas, revientapantalones y pesos pesados de cara atomatada. Llegué a Bank Street hecho un mar de sudor, quemado por el calor, y con unas espantosas ganas de mear. También Martina pareció desconcertada, y, sin darme tiempo a que me enterase de lo que estaba ocurriendo, bajamos en el ascensor, tomamos un taxi y subimos otra vez río arriba. Íbamos a llegar tarde. Martina, vestida con un traje color carboncillo y adornada con un collar de perlas de una sola vuelta, evitó mi mirada y estuvo hablando secamente, y de forma muy poco convincente, acerca de lo peligroso que resultaba perderse los dúos de amor del primer acto. No había hecho ningún comentario acerca de mi vestuario de gala —la chaqueta de árbitro, la gorda pajarita, la faja rosa de la que me había encaprichado, las relucientes polainas—, de modo que di por supuesto que mi aspecto no desentonaba. Tuvimos la suerte de encontrarnos con toda una procesión de semáforos verdes suspendidos sobre las calles, y luego salimos del taxi al sprint. En los vestíbulos y salas interiores, como si se tratara de

patios de colegio recién abandonados, no encontramos más presencia que la de numerosos timbres, y una chica nerviosa que nos exigió silencio y nos mandó hacia el patio de butacas. Nos habíamos perdido la obertura, pero bajamos por el pasillo central justo cuando comenzaban a separarse las aguas del rojo mar del telón.

La ópera es una de esas cosas que se toman su tiempo, ¿no les parece? Dura lo suyo, lo suyo de verdad. O, al menos, ésa es mi opinión acerca de *Otelo*. Me pareció entender que habría una segunda parte una vez concluida la primera, y la primera se tomaba las cosas de forma espantosamente lenta. El otro aspecto sorprendente de *Otelo* es..., bueno, que la letra no está en inglés. Yo confiaba en que de un momento a otro se pondrían serios y empezarían a cantar en plan normal. Qué va: lo hacían en español o italiano o griego, lo que fuera. Tal vez, pensé, tal vez esto sea una fiesta exótica o algo así, para hispanos o portorriqueños. Pero el público me pareció completamente ajeno a todo batiburrillo racial. Quiero decir que esos tipos con barbas de búfalo y abundante cabello, esas tías de metro ochenta con mandíbula cortada a tomahawk y bronceado venusino, bueno: son simplemente americanos. Inquieto, torcí el cuello en busca de un colega que también llevara smoking. Las señoras se habían arreglado un poco, sin duda, pero los tíos iban con uniforme de oficina. Sí, me había equivocado de medio a medio. Sin la menor duda. No era de extrañar, maldita sea, que Martina me mirase tan mal. De repente me cruzó la cabeza una idea: con mi aspecto, hubiese desentonado menos en el escenario que en la platea.

Por fortuna, debía de haber visto la película, o el serial televisivo, de *Otelo*, pues a pesar del endiablado idioma, la versión musical de la historia seguía una trama que yo conocía bien. Lo del idioma seguía siendo un problema, pero pude seguir la acción sin excesivas dificultades. Hay un general de centelleante espada que, en los viejos tiempos de la antigüedad, toma una posición en una isla, llevando consigo a una tía en plan Lady-Di, que es su novia. Pero luego, ella empieza a tontear con un lugarteniente, un tipo amante de la diversión con el que simpatiqué enseguida. La vieja historia de siempre. Ella intenta hacerle un número de éstos de tipo enrevesadamente sutil a su marido; ya saben, eso de andar todo el día haciendo propaganda de su amante y cantando sus alabanzas. Pero un compinche de *Otelo* ha husmeado la pista y, con la esperanza de obtener a cambio algún beneficio, le va con el soplo al jefe. Pero el muy merluzo de *Otelo* no puede o no quiere creer lo que le cuentan. Una situación típica. Bueno, el amor es ciego, pensé, y cambié de posición en la butaca.

A fuer de sincero, todo esto estaba lejos de ocupar el centro del escenario en mis pensamientos. Era una noche selvática del joven verano de Nueva York, y el sistema de refrigeración del teatro no era capaz de detener la invasión procedente del exterior. Empecé a notar que mi americana de alquiler desprendía un aroma impresionante. O, mejor dicho, más que un único aroma, toda una antología de olores mortales, la pista de los centenares de gordos sudorosos que se la habían puesto antes que yo, y que

volverían a usarla en cuanto yo la devolviese. ¿Soplaba el viento hacia la gente que ocupaba los asientos situados a mi espalda? Hasta la misma Martina frunció el entrecejo y olisqueó vacilante. Cada vez que me movía, la americana seleccionaba, estremecida, una nueva variante olfativa. O me estaba entrando una paranoia nasal, o esa americana tenía de todo: ceniceros llenos, soperas derramadas, butacas usadas de locales de porno, goteos de usuarios de revistas de desnudos, burbujeos alcohólicos. No cabía la menor duda. Aquella prenda había vivido lo suyo sobre los anchos hombros de una pandilla de tipos muy gordos y muy enfermos. Me rasqué la nariz. *Joder*. Otro malicioso pedo emergió de mi sobaco derecho. Martina olisqueó el aire, se agitó en su butaca. Será mejor que no me mueva bruscamente, pensé, y traté de quedarme quieto, envarado y como en trance.

El destino me había proporcionado otro motivo para evitar toda clase de meneos. Mi necesidad de echar una meada —muy intensa hacía una hora, cuando, mientras bajaba con el taxi a casa de Martina, ensayaba mentalmente una agradecida y copiosa sesión en el lavabo de su casa— había ido agravándose para convertirse en una fuente de agónicos dolores. Tenía la sensación de aguantar sobre mi regazo una bala de cañón al rojo vivo. Estudié la posibilidad de salir disparado hacia el váter, por supuesto, pero no era, evidentemente, el tipo de comportamiento que sería bien visto en un sitio así. Esto no es el cine, pensé. La gente que va a la ópera no usa los váteres, ni siquiera cuando están en su casa. Y, de todos modos, hubiera bastado que me levantase vestido de aquella guisa para que todo el teatro se me cayera encima. Retorcí mi cara y removí mis bajos tratando de aliviar al máximo la tensión de mi vejiga. Los olores aprovecharon la agitación para propagarse otra vez. Otelo aulló como un crío por lo del pañuelo que había perdido. Martina olisqueó el aire una vez más, se movió inquieta. Quizá pensaba que Otelo estaba pasando un mal momento. Pero lo que no sabía era todo el daño que *Otelo* me estaba haciendo a mí, los tormentos que me hacía pasar, el super sufrimiento que padecía la caldera hirviendo que estaba sentada a su lado.

Como un diluvio, el telón cayó sobre el escenario. La platea se regocijó de la circunstancia. Con paso tembloroso, seguí a Martina hasta el final de la fila, y luego pasillo arriba. Cuando salimos al vestíbulo, vi un indicador que parecía señalar la situación de los lavabos, y salí disparado, rompiendo así la negra puerta de mi dolor. ¡Ay! ¡Sólo para minusválidos! Había un cochecito eléctrico aparcado en la puerta, y un encargado vestido de blanco que me lanzó una mirada santurrónamente asesina. Tropezando, di media vuelta y divisé a Martina, que permanecía sentada, no muy lejos de allí, en un sofá sin respaldo, llorando a mares mientras rebuscaba en el interior de su bolso. Ojalá la gente no se empeñara en hacer cosas en el momento de llorar. Ya duele bastante llorar, y lo otro no hace sino complicar las cosas. Corrí hacia ella. Será por el pobre Otelo, pensé, y le dije:

—No es real, sabes. Sólo fingen. Joder, ¿qué pasa?

Le ofrecí mi mano, ella la tomó y la apretó contra su mejilla. Necesitaba ese contacto humano.

—No te vayas. Por favor. No te vayas —dijo—. Escúchame.

\*\*\*

Martina lo sabía todo. Sabía mucho más que yo. Pero ¿acaso no sabe todo el mundo mucho más que yo? *Ustedes*, por ejemplo.

Y ya saben, por supuesto, cómo son estas cosas cuando por fin les das riendas suelta, suelen salir desordenadamente, y lo normal es que uno no se encuentre en el estado más adecuado para escuchar con atención. Permanecí sentado junto a ella, con ambas rodillas subiendo y bajando a la velocidad de un taladro callejero, mordiéndome los labios, escuchando. Deslumbrante y frío, Ossie había regresado de Londres esa misma tarde. Hubo un enfrentamiento: Martina lo sabía; de hecho, estaba enterada desde hacía dos años. Las mujeres lo captan. Lo huelen. Selina, la niña, la trampa. Él lo confesó todo. Ossie estaba furioso, furioso y perplejo y fastidiado. Estuvo a punto de *pegarle*, el hijo de puta. Estuvo a punto de pegar a *Martina*. Ooh, si alguna vez... Martina me dijo que toda su vida había deseado tener niños, desde que ella misma era una niña. Ossie no quería hijos, pero había hecho lo posible, lo había puesto todo de su parte. En fin, que lo había probado. Se habían pasado *probándolo* los últimos cinco años. Se habían pasado horas cogidos de la mano en salas de espera de clínicas especializadas. Habían seguido cursos sobre cómo utilizar ciertas drogas capaces de obrar milagros. Ossie se había corrido en tubos de ensayo y andado de un lado a otro de la casa con un termómetro puesto en el culo. Nada, ningún resultado. Incompatibilidad... Y todo el dinero era de Martina. Todo, siempre. Ossie contribuía con el sueldo que le proporcionaba su talento, lo cual era sin duda mucho dinero. Pues, al fin y al cabo, ¿quién se dedicaría hoy en día a pasarse todo el día comprando y vendiendo dinero, si no fuera por dinero? Pero Ossie no tenía pasta de verdad, en esas cantidades ingentes que permanecen inalterables por mucho que despilfarres. De modo que Martina le había dado la patada. Aquella misma tarde. No hay nada tan capaz de liberar a las mujeres como el dinero... Con su mano apoyada todavía en la mía (y mientras los primeros terrícolas abandonaban el bar para regresar a las butacas), Martina me dio las gracias por ser amigo suyo. Estaba agradecida de lo que ella calificó de *desinteresada* atención por mi parte. Elogió mi varonil silencio acerca de la participación de Selina en aquel embrollo. Dijo que tenía la sensación de poder decirme todo aquello (y ahora sonaron los primeros timbres y zumbidos, y trajes y vestidos pasaron velozmente ante nuestras narices), porque, dijo, había comprendido, viéndome sentado allí, que también yo estaba conmovido, porque yo

también sabía lo que era el dolor de quien ha sufrido una decepción, porque yo también conocía el silencio de quienes padecen... ¿Qué les parece? Un ser humano, auténticamente humano. Bajé la vista, miré sus uñas y vi lo mordisqueadas que las llevaba. El dolor había llegado hasta las puntas de sus dedos, sin que yo me diera cuenta, sin que en realidad yo me hubiese fijado.

—Martina —dije—. Dulce amor...

—Va a empezar.

—Tengo que ir al váter.

—No queda tiempo. Anda, vete. Corre.

—¿Adónde?

—Allí.

—No lo puedo usar. Es para minusválidos.

—Da igual. Ve.

Emergí el cabo de un par de minutos, y salimos volando hacia nuestras butacas.

—¿Ya te sientes mejor? —me preguntó mientras nos sentábamos—. Estás como destrozado.

—No, me encuentro bien —dije. Pero no era cierto.

Estaba destrozado. No había conseguido quitarme la maldita faja. Joder, qué mala idea había sido lo de la faja rosa. Bajo la mirada burlona del encargado, pegué un resbalón y me pasé el rato retorciéndome sin éxito. Al final lo único que conseguí fue tensar más aún el nudo corredizo que me apretaba endiabladamente la tripa. Oí que Martina me llamaba desde el pasillo, y, deteniéndome sólo un instante para secarme las lágrimas con una toalla, salí.

El telón se abrió y volvió a comenzar la vieja historia.

El dolor tiene mucha paciencia, pero incluso el dolor llega a veces a sentirse aburrido y siente deseos de cambiar. Hasta el dolor acaba sintiéndose fastidiado, y entonces le vienen ganas de encontrar alguna variación. No siempre quiere el dolor aguantar ahí, doliendo todo el rato. Al cabo de una hora aproximadamente, había conseguido introducirme en algo así como una imparcialidad provocada por autohipnosis, cierta ingravidez que me recordó lejanamente los atascados sentimientos de rabia budista que experimento a veces cuando tomo conciencia de (o cuando alguien me comunica) algún nuevo fallo del Fiasco. Pero soy capaz de encajar los chistes, pensé, incluso cuando el chiste es mi vida, cuando el chiste soy yo. A menudo tengo la sensación de que doy risa. Carcajadas. Pero el chiste se está agotando, incluso ese chiste que soy yo empieza a perder su gracia, como todo lo demás. Cuando vi que mi vida comenzaba a adquirir forma, volumen, yo fui el primero en partirme de risa. Qué ingenioso, pensé. Las formas y volúmenes de la vida parecen ridículos, hasta que llega el momento en que te da la sensación de que son trampas, maldiciones, limitaciones humanas. Es posible que todos seamos tullidos, o

minusválidos. Yo lo soy. He sido derrotado por la vida. No fui rival para ella. Soy un tullido en conjunto y pieza por pieza. Tengo problemas de calvicie, problemas de encías, problemas de todo. El corazón no me marcha bien. No sé nada. Soy débil, fatuo, frágil. Necesito una nueva dimensión. Estoy harto de hacer papeles de una sola frase... y entonces, cuando el rollo del escenario se acercó un poco más a su conclusión, cuando a base de técnicas de kung-fu logré al fin arrinconar a mi dolor contra la pared del sometimiento (oh, este tripón de torpe tormento) oí la voz de la mujer pidiendo perdón, sola, la mujer que confiesa ser culpable de todos los peligros y adicciones que son consecuencia de su naturaleza corporal. «¿Oteló?»... «Sí...». Ah, perdónala, joder. Hay tías, hay personas, que tienen una doble vida. Con una sola no les basta. ¡Necesitan dos! Dale una buena paliza, tío, dale una buena lección, divorciate de ella, pero no, pero no... No soporto verlo. Él agarra ahora la almohada. ¡Una tragedia, una mierda de tragedia! No la mates, la culpa sólo la tiene su naturaleza, pensé, y tal fue la efusión de mis emociones que la necesidad de mear volvió a despertarse, y el resto del espectáculo se redujo para mí a simple lluvia ácida.

\*\*\*

—¿Me acompañas hasta el ascensor? —preguntó Martina.

—Pues, claro que sí.

Martina subió taconeando los peldaños y atravesó todo el vestíbulo. Yo iba siguiéndola, tan tranquilo. Me sentía..., bueno, de nada serviría negarlo, me sentía dolorosamente feliz. Durante la última media docena de subidas y bajadas de telón le había contado a Martina cuál era mi problema y, en un momento de hilarante confidencialidad, me ayudó a desprenderme de mi faja rosa para luego soltarme en el primer meódromo que encontramos. La meada en sí era pálida e inocente. No fue de un rubí encendido ni de un negro arterial, como yo me había temido. Atravesamos la calzada y nos sentamos en el cavernoso bar de un hotel, nos reímos de mi ropa, y hablamos con franqueza conmovedora de Selina y Ossie, Ossie y Selina. Más tarde, despreciamos los taxis que pasaban junto a nosotros y anduvimos toda la parte baja de la Octava Avenida, dejando atrás la calle Veintitrés y Chelsea sin una sola punzada de dolor.

—¿Te veré mañana? —le pregunté.

Llegó el ascensor y se abrieron sus puertas de acordeón.

—Sí, pero ¿qué se supone que tengo que hacer contigo?

—Nada.

Su sonrisa fue divertida o indulgente o simplemente amistosa, pero también cálida, abierta, rica. Avancé perezosamente. Ella retrocedió un paso para meterse en

el ascensor. Se detuvo un momento, aguardó. Y, cuando vi que su cara mostraba un repentino terror, lo primero que pensé fue: *Su reacción es exagerada, sin duda. No soy tan horrible*. Pero entonces noté un duro pecho contra mi espalda, y oí la sacudida con la que se cerraban las puertas: éramos, así pues, tres pasajeros los que ascendíamos en aquel vehículo. Me volví con cautela. Un chico negro, muy alto, de la edad de Félix, no, algo mayor, más alto, tembloroso, y con una navaja de ancha hoja en sus manos, una navaja de un palmo o más.

Ah, así es como suele ocurrir. Porque ocurre. Aquí estamos todos, y está ocurriendo. ¿Y ahora qué? La navaja, afilada: cosa seria. Lo único serio.

—Vale, chico —dije. Era mi turno—. ¿Tienes algún problema?

—Cállate —dijo Martina.

—El piso. El *piso*, el *piso*.

—El séptimo —dijo Martina—. El último.

El chico pulsó el botón de un manotazo. El ascensor experimentó una sacudida. Paró. Luego siguió subiendo.

—Dinero —dijo Martina Twain—. Quieres dinero. Te lo daré. Llevo encima setenta dólares. Llévatelos. Llévatelos. Puedes llevártelos.

Y le ofreció el bolso, sosteniéndolo por la correa. Alzó abierta la palma de la otra mano. Sin trampas. Toma, estaba diciéndole, te lo ofrezco todo. El ascensor siguió abriéndose camino hacia arriba, suavemente.

—Dale todo tu dinero —me dijo Martina—. Ahora.

—¿Por qué?

—Dáselo.

Su cara mostraba ahora orgullo o ira, y en sus ojos se reflejaba, con toda su dureza, su firme voluntad habitual. Fue fea durante unos momentos esa cara, y supe que no me quedaba otro remedio que desafiarla.

—Espera un momento —dije—. Ni siquiera nos lo ha pedido, todavía.

El ascensor se detuvo y el chico abrió la puerta de un tirón. Obedeciendo a un ademán de la navaja, Martina se encaminó a la puerta del apartamento.

—Ahí dentro no hay nada. Acepta nuestro dinero, por favor. Te lo prometo, te juro que no haremos nada. Toma nuestro dinero y vete.

Joder, pensé, la beneficencia de la culpa. La gente se lleva muy bien con su dinero, pero en cuanto aparece alguien que está verdaderamente necesitado, a todos se les ocurren de repente todas esas nuevas y magníficas ideas acerca de la redistribución de la riqueza.

—Abre —dijo el chico cuando llegamos a la puerta.

Con un sonoro sollozo, Martina comenzó a rebuscar entre las llaves de su llavero. Bien, pensé. Era una puerta con multitud de cerrojos. Para que no entre nadie. Me volví. ¿Y ahora? No sabíamos qué pasaría. Probablemente, el chico tampoco lo sabía,

todavía no. Permanecía tenso, temblorosamente presto, los nervios a punto, y su jodida navaja arrancando reflejos a la luz del rellano. Sí, todo temblaba. Martina seguía haciéndose un lío con las llaves. Del interior del apartamento salió un ladrido de ansiedad, un agudo gemido. El chico se puso tenso, pero no podía ponerse más tenso de lo que ya estaba. Y cuando sus ojos se desviaron lateralmente hacia la puerta pensé: *A la mierda*, y descargué toda la fuerza de mi gordo puño contra el metal de su mandíbula.

Durante diez segundos no pasó nada. El chico permaneció en su lugar, mirándome, incrédulo, desolado. ¡Vaya!, pensé. Ya no me queda ni sombra de la potencia de antaño. Pegarle había sido una de las peores ocurrencias de mi vida. Ahora hará lo que le dé la gana con Martina, sí, después de arreglarme la cara con su navaja. Sin embargo, tras este entreacto, tras esta lenta y vejada tregua, el chico cayó de lado hacia la pared, y también yo salté hacia allí, estaba preparado para el viaje, y le propiné otro puñetazo en el corazón. Agachó la cabeza, sin soltar aún la temblorosa navaja. Yo había retrocedido un poco, pero volví a asaltarle utilizando todo mi peso en la acometida; alcé mi gruesa rodilla *de cerdo* y se la incrusté en plena cara.

Cuando estás peleando, siempre tratas de explicarle de la forma más clara posible a tu adversario que el que está perdiendo es él. Al igual que en todos los deportes, es esencial mantenerse con la moral bien alta, tener la actitud más adecuada: pero tanto la moral como la actitud son precarias. Pueden desvanecerse en medio segundo, por ejemplo, en el instante en el que, bruscamente, tu nariz deja de apuntar hacia adelante para señalar hacia el interior de tu cráneo. Harían falta semanas y hasta meses para recuperar la moral después de eso, para volver a sentirte con ganas de pelear, pero tienes que conseguir este resultado en el otro medio segundo. Y, para entonces, un par de sucios dedos ya se te han clavado en los ojos, y una granuda frente se aproxima como un ladrillo a tus dientes.

De manera que, tras el rodillazo en la cara, le di un puñetazo en los huevos, y después un testarazo contra el labio superior. Sonó un doble ruido seco, y el chico se deslizó limpiamente hasta el suelo. Yo seguía maniobrando, con el piloto automático en marcha, dispuesto a rematar la faena. Otra cosa importante de las peleas —que es, de hecho, uno de los factores que salvan a las peleas de la condena eterna— es que, si consigues dar con los huesos del contrario en el suelo, puedes estar seguro de que podrás zurrarle a gusto, tomándote todo el tiempo necesario y con la mayor delectación. Y ya le había propinado un par de patadas exploratorias cuando, de repente, noté un golpe en el hombro y un tirón en el felpudo. Oh, no, otra pelea no, pensé, me di la vuelta, y la miré.

—Ya basta.

Bajé la vista, jadeando, recobrando el equilibrio. El chico estaba sin duda fuera de combate, perdida la navaja, unidas las temblorosas puntas de sus zapatillas

deportivas.

—Vale —dije—. Llamaré a la poli.

—Han estado a punto de matarnos. Por tu culpa.

—¿Cómo?

Me quedé mirándola fijamente. Martina pretendía controlar la situación. Suponía que la fuerza de su personalidad sería suficiente para manejarla. No había sido necesaria mi vandálica intervención, en absoluto.

—¿Conque sí, eh? —dije—. ¿No ha sido *él* el culpable?

—Si les das el dinero, se van.

—¿No te has enterado? Hoy en día no les basta con el dinero. Buscan venganza. No es suficiente con pagarles para que se vayan. Se quedan lo que les das y luego te rajan.

En este momento el chico se movió un poco y trató de ponerse en pie. En actitud reflexiva, giré sobre mis talones y, sin pensarlo, le di una patada en el culo.

—Eres un bastardo violento, eso es lo que eres.

—Sí, y tú una jodida mojigata.

—¿*Mojigata yo?*

—Luego discutimos eso. Ahora, llama a la policía. Venga.

Abrió la puerta con su tintineante manajo de llaves. Yo me apoyé con ambas palmas en la pared... Los ojos del chico estaban abiertos. No tenía la navaja muy lejos, pero este pícaro ya no volvería a las andadas. No era ningún peleón. Por esta noche se le habían acabado las ganas.

—¿Estás solo? —le pregunté. Él asintió tristemente, y lo mismo hice yo. La adrenalina o combustible utilizado en la pelea se me estaba solidificando, y notaba todo mi peso tirando de mis huesos hacia abajo. A mi edad todavía puedes ganar una pelea, incluso puedes ganarla con facilidad, pero siempre por los pelos... Estuve un momento mirándole, observando su cara derrotada, llorosa. Era demasiado joven y blando para esta especialidad laboral. Pensándolo bien, me sorprendió que hubiese tenido los cojones de tratar de robarnos. No parecía suficientemente andrajoso ni tirado como para intentar una cosa así. Aunque tal vez Martina y yo tampoco le pareciésemos gran cosa: una chica alta y de hombros delgados, sí, y su amigo, bueno, Fofete el Payaso. Me desanudé la pajarita. En este momento salió brincando al pasillo el pequeño Sombra. Me dijo hola y, moviendo la cabeza como una marioneta, inspeccionó al amigo que estaba tendido en el suelo. Tras estudiar las diversas posibilidades, decidió darle un lametazo en la boca. Pareció que esto fuera lo último que podía soportar el chico, otra humillación en una noche especialmente humillante.

Martina salió. Se inclinó sobre el chico en la elegante postura que utilizan las mujeres para mirar los cochecitos de niños de sus conocidas.

—¿Te encuentras bien? ¿Se encuentra bien?

—Sí. ¿Han dicho cuánto tardarían?

—Es viernes.

Martina y yo miramos hacia abajo, y él miró hacia arriba. Cambié el peso de pierna, y en el gesto de miedo que hizo el chico pude comprobar que estaba lejos de poseer una dentadura perfecta de negro. Los negros de Nueva York también tienen problemas, pero no suelen ir a resolverlos al dentista. En fin, un chico poco afortunado. Lo mismo que esas chicas, gordas pero sin tetas. Una desgracia. Malísima suerte.

—Déjenme ir.

Esto me hizo reír.

—Nada de nada, amigo. Mira, tío, hace unos minutos me estabas amenazando con un cuchillo. El coche patrulla viene para acá, ¿y pretendes ahora...? Pero ¿qué te has creído, que soy un estúpido liberal? Mira qué pinta tienes. Esta noche no irás a ninguna parte, amigo. ¿No te parece increíble? —pregunté, volviéndome hacia Martina.

\*\*\*

Es cierto lo que dice la gente: un asalto a mano armada en Nueva York es un asunto muy feo. Hay mucho riesgo. Te juegas la salud, tienes que soportar un montón de molestias, y siempre acabas liado con los agentes de la ley. Y puede salirte caro. Encima.

Me costó Dios y ayuda poner en pie al muchacho. Luego me lo cargué a la espalda y me fui con él hasta el ascensor. Cuando bajábamos, el ascensor se detuvo a mitad de camino, y una señora con un perrito de aguas completó el fantasmal pasaje del vehículo. Creo que la anciana no se enteró de nada. Probablemente, si te enteras de todo no llegas a viejo, al menos en Nueva York. De modo que lo que hay que hacer es permanecer quieto, y poner cara de caniche. Cuando avanzábamos cojeando, de tres en fondo, por el vestíbulo, oímos los gritos de la sirena, y le dije a Martina:

—Que quede claro. Si ya están ahí cuando salgamos a la acera, le doy una patada en el culo y se lo entrego. ¿De acuerdo?

Martina se asomó a la acera, escrutó los murmullos callejeros. Yo también salí, cargado con mi gorgoteante compañero de fatigas. En la Séptima Avenida el gentío aún estaba arremolinándose en torno a las madrigueras de los noctámbulos y los refugios pornográficos. Un par de galgos que caminaban sobre sus altas patas, excitados por su gran juerga en el caluroso Manhattan nocturno, cruzaron delante de nosotros, tirando con fuerza de su anciano auriga. Miré a la derecha, miré a la izquierda, miré enfrente. Y qué diablos vi si no la mujer, esa de pelo jengibre, apoyada en una farola, con un pitillo alzado, en una actitud de desafío y reproche,

como siempre.

Me libré del peso de aquel mamón, y dije:

—Vale, ya te puedes largar. Corre como el diablo...

Pero, se lo aseguro, aquel chico había hecho un atraco de más esa noche. En serio, no tenía futuro, ni el más mínimo futuro en el juego de la ley y el orden.

—Ayúdale.

—Ya lo intento. —Si logramos llevarle hasta la Octava Avenida, pensé, podría tumbarse en un portal o en un charco, y nadie se fijará en él—. Ayúdame.

Un desvencijado taxi pasaba ahora por la calle, lentamente. Nos observaba, como un dragón con librea a cuadros, cautelosos los ojos amarillos a causa de la ancianidad. Martina saltó a por él, y yo la seguí, tratando de vencerla en mi carrera de tres piernas, viendo que el taxi desaceleraba todavía más su marcha, hasta que se detuvo. El obeso taxista negro nos lanzó una mirada de hombre experimentado.

—¿Le acepta? —preguntó Martina, en tono confidencial.

—¿Está mareado?

—No, no le pasa nada —dije yo—. Le daré un billete de veinte. Llévelo... —Al soltarle un poco para coger la cartera, el chico se desplomó.

—No me interesa —dijo el taxista. Pero no se fue. De hecho, me pareció que estaba a punto de quedarse dormido sobre el volante. Ese taxi que conducía era como su casa. Por su aspecto, se hubiera dicho que llevaba clavado en ese asiento veinte años por lo menos.

—Doblo la oferta —dije.

—Le he dicho que no me interesa.

—Es su hermano, joder. Es uno de los suyos.

—Y a mí qué.

—Bien —le dije a Martina—, ya le aceptará la poli. Se lo llevarán gratis. Estoy harto del asunto.

Nuevas sirenas avanzaban hacia nosotros, a dos o tres bocacalles de distancia. Vi las luces giratorias que barrían el espacio en Christopher Street. El taxista intervino entonces:

—Parece que tienen ustedes muchas ganas de que alguien se lo lleve. Primero avisan a la policía, y luego cambian de opinión. Me parece que voy a quedarme por aquí, y van a tener que dar ustedes bastantes explicaciones.

Mi instinto, llegados a este punto, me inducía a salir corriendo de allí. Pero el taxista, con un experimentado movimiento en marcha atrás de su codo, abrió la puerta de atrás y me dirigió una sonrisa somnolienta.

—En cuanto a usted —dijo—, por regla general le digo a la gente que se guarde su pasta. Pero a usted le cobraré cincuenta. Y veinte para mi hermano, en cuanto le meta en el asiento de atrás. Es mi precio.

Martina y yo acabamos pagando a escote. Ella quería pagarlo todo, pero yo también, por alguna extraña razón, quizá genética. Al fin y al cabo, ella me había invitado a ver *Otelo*. Y Martina es rica, lo recuerdan ustedes, ¿no? A mitad de la escalera de la fachada tomé a Martina del brazo. La cabeza de jengibre seguía vigilándome. Enmarcada por las hojas y la luz de la farola, acercó una cerilla a otro pitillo, con el velo parcialmente levantado, cerrados los hombros hacia adelante. Ahora, ahí en medio de la calle, no parece tan loca, pensé. Se diría que controla su propia rareza.

—¿Ves a esa mujer de ahí? —dije—. Me sigue. Me sigue por la noche.

—No es una mujer —dijo Martina.

—¿Eh?

—Mírale las manos. Y los tobillos, los hombros.

Miré... Los gemelos no eran muy anchos, pero estaban soldados a los tobillos sin adelgazamiento visible. Los hombros eran gruesos. También la espalda. Joder, sí. Y las manos: no eran manos de mujer. Eran auténticos remos, avezados en las maniobras pajeras. Ante nuestras miradas, su cuerpo se enderezó. No sabía cuántas ganas de pelear, cuántas fuerzas para pelear, albergaba todavía mi cuerpo, pero bajé los peldaños y grité:

—¡Eh, marica! ¡Eh, no-hombre!

La figura retrocedió con la vacilante confusión que, en mi opinión, sólo se encuentra en las mujeres. Pero ¿hubiera retrocedido así *una mujer*?

—Venga, hermano, hablemos —dije, ahora en tono peleón (apretadas las mandíbulas, apremiante, con ganas de jaleo)—. ¡Eh, travestí!

No, a ella no le gustó todo esto, en absoluto. Y cuando comencé a cruzar la calzada, cuando estaba a cinco o seis metros de distancia, la figura se descalzó mojigatamente, y, levantándose el vestido con una mano y cogiendo los zapatos con la otra, se puso a correr en dirección a la Séptima Avenida. Yo me quedé plantado en la calle, viéndole huir. A *él*.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó Martina—. Has herido sus sentimientos.

Tengo la siguiente teoría: nadie penetra muy profundamente en las demás personas, ni siquiera cuando creemos que lo estamos haciendo. Casi nunca llegamos a entrar hasta dentro para luego hacerles salir. Simplemente llegamos hasta el umbral de la cueva, encendemos una cerilla e, inmediatamente, preguntamos si hay alguien ahí.

Me quedé solo en la calle, y tranquilicé a los gordos agentes. Tuve que esperar mucho rato. El coche patrulla que me había atemorizado se dirigía, en realidad, a hacer otro recado, a atender a algún marica vapuleado en Gay Street. Lo de «gay» es un chiste malo, el clásico jueguecito de palabras que suele malparir Manhattan.

—Sabes, John —me dijo Butch Beausoleil durante los ensayos, con el rostro

iluminado con sorprendente autoaprobación—, no entiendo por qué les llaman *gay*.  
¡Parecen todos tan tristes!

Sí, pensé. Unos estúpidos. Fielding tenía razón.

Pasó otro coche patrulla, con una ambulancia pisándole los talones, mientras un tipo con la camiseta manchada de sangre decía adiós desde la acera hacia la negra calle. Martina se asomó brevemente, acompañada de Sombra, con un vaso con scotch y hielo, y las llaves. También reaparecieron la anciana señora y su perrito de aguas.

—Buenas noches —dijo.

—Buenas noches —dije yo, siempre buen vecino.

Mis polis, cuando por fin se presentaron, fueron fáciles de manejar. Enseguida se mostraron satisfechos.

—Le tumbé de un golpe, pero luego se me escapó corriendo.

Creo que por dentro me clasificaron como el clásico psicótico al que le había rebotado como un boomerang su ataque sexual. No miraron con buenos ojos mi disfraz.

—Le di una buena paliza, pero se me escapó —volví a explicarles.

—Ya. Bueno, tendría que haberle pegado usted más fuerte. Luego comprobé que Martina me había preparado una cama, en el sofá de la sala de estar. Me desnudé, y me pasé largo rato viajando, tendido entre las sábanas. Por la chimenea bajaban ruidos extraños. Oí llantos, gruñidos y quejidos de tristeza, respiraciones que suenan espesas como un líquido, lagrimeos de suicida sofocados por la almohada. Al sufrimiento no le preocupa en absoluto el grado de los demás sufrimientos. Carece de sentido de la fraternidad. Es imposible que yo sea el único que se ha dado cuenta de eso. ¿Qué más dijo al respecto el primero que se fijó? Podía haber seguido oyéndose eternamente el llanto, pero yo no estaba para eso. Me envolví bien con la sábana, y subí escaleras arriba, como un fantasma. Abrí la habitación del enfermo. Sombra estaba en sus brazos, torturado, tanto que por un momento casi pareció humano, atrapado en otra especie. Pero enseguida saltó al suelo, se estremeció de alivio, pasó junto a mí y salió al pasillo, encantado, al parecer, de que un terrícola hubiese acudido a tomar el relevo. No pasó nada, pero pasó lo siguiente: tomé su mano, la cogí del hombro, le acaricié la nuca para ayudarla a dormir. Puedo hacer cosas que Sombra no puede.

Me tendí a su lado para darle calor, bajo una lluvia que me llegaba a los oídos a modo de lejano aplauso. Dios mío, pensé, atemorizado, lo sería que podría llegar a ser mi vida. Píllales cuando están llorando. Acércateles cuando están llorando. Cuando son débiles, cuando están en lo vivo y no pueden impedirte el paso.

\*\*\*

A velocidad de vértigo, acompañado mi paso por un estruendoso rugido, he cruzado como un cohete mi tiempo, violando todos los límites, límites temporales, límites de velocidad, límites urbanos, saltándome semáforos y tomando curvas por la izquierda, pisando a fondo y quemando las gomas, mirando a través del sucio parabrisas con el puño en el claxon. Soy ese tren fugaz que suelta su aullido al pasar junto a las ventanas. Aunque no voy a ninguna parte, he arremetido con ciega determinación hasta el fondo mismo de mi tiempo. He vivido a un ritmo desesperado. Ahora quiero desacelerar, echarle una ojeada al paisaje, frenar un poco. Necesito algún que otro punto y coma. Quizá Martina llegue a ser mi gran freno... Yo no puedo cambiar, pero tal vez pueda cambiar mi vida. La simple proximidad podría resultarme eficacísima. Tal vez pueda sencillamente sentarme, con una copa, y dejar que mi vida se encargue de todo.

Abrí los ojos y vi cómo iban adquiriendo forma mis impresiones..., la ventana con las cortinas echadas y su borde azulado de luz solar, los lomos de los libros en la estantería situada junto a la cama, el ramo de flores en la repisa de la chimenea con estufa de gas, el pequeño tocador de espejo basculante, los elementos imprescindibles de la casta femenina. Detalles y sacramentos, las rutinas que no cobran peaje. Podría ser que la madurez asumiera esta forma. Que empezase a gustarme, por ejemplo, dormir, o beber leche, o las cosas neutrales. El aire y el agua en lugar de la tierra y el fuego... Giré sobre mi eje: sólo una nota, escrita con su letra delgada y firme. Se había levantado temprano, como las personas adultas, y me decía que iba a pasarse todo el día fuera de casa. Me pedía que me asegurase de cerrar bien la puerta al salir. Me preguntaba si nos veríamos por la noche. Te quiere, Martina.

Tras usar el baño, sin entretenerme apenas, bajé desnudo la escalera. Sombra dormitaba en un charco de arenosa luz diurna. Me saludó perezosamente con un latigazo de su cola (como a un igual, hola, tío). Me puse a desenrollar mi traje de alquiler. Mi traje de alquiler tenía un aspecto incluso más festivamente ridículo bajo los potentes focos del día. Seguro que por la noche, bajo su luz alquilada, no tenía tan malísimo aspecto... Me senté en el sofá y me hice masaje en la cara. Me sentía raro: desaparejado, misterioso. Durante un buen montón de minutos pensé que debía de estar gravemente enfermo, con una enfermedad sin precedentes, terminal. Entre mis síntomas estaban cierta espectral claridad de la visión, aturdimiento mental y agilidad muscular, así como un extravagante sabor acuoso en la raíz de mi boca. Caray, pensé, ya está aquí, el rollo pulmonar, la jodienda cardíaca, el número cerebral. Hasta que comprendí lo que estaba ocurriendo. No tenía resaca. De modo que en esto consiste la mañana. Cosa que no carece de precedentes. Logro recordar alguno que otro.

Brindaré por eso, pensé. Pero resultó que el salvaje deseo de beber no era tan difícil de controlar, a fin de cuentas. Habiéndome fumado un solo pitillo, me preparé un zumo de naranja, me vestí, me despedí de Sombra y me dirigí a la puerta. Poco

después regresé. Di unas cuantas vueltas a la habitación y, tras apenas cinco minutos de pánico primitivo, acepté de inmediato la situación. Martina me había cerrado con llave. La puerta del apartamento se mostraba inamovible. Pese a que todas sus diversas cadenas, cerrojos y pestillos colgaban inanes, no había modo de abrirla. No me dejaba salir... Bueno, ¿qué más daba? No tenía necesidad de estar en ningún sitio. Y en el apartamento había comida, y bebida, y techo. Tendría que pasarme todo el día con bozal y correa, pero ¿qué más daba?

Tras varios fregoteos y aclarados acompañados de palabrotas, conseguí hacer un poco de café en uno de los utensilios de plata alineados como tropas en formación a lo largo de los estantes de la cocina. ¿Qué se interpone entre mí y el mundo inanimado de los objetos? Cuando me esforzaba por desenroscar el filtro, tiré con el codo el cartón de leche, que se derramó en el suelo. Cuando iba a coger el mocho, volqué el cubo de basura. Cuando giré para sujetar el cubo de basura antes de que fuera tarde, me golpeé la rodilla contra la puerta de la nevera, aún abierta, le di con el dedo gordo a un tarro de pepinillos, resbalé en el charco de leche y me encontré tumbado en el suelo, con el cubo de basura vomitando su contenido en mi cara... Luego me lié con el molinillo. Abrí la tapadera antes de hora, y, aparte de quedarme ciego un buen rato, esparcí los finos granos por todos los rincones de la cocina. Al final, logré salir de allí a duras penas, cargado de un tazón de café tibio pero negrísimo, que se volvió más negro incluso cuando le eché la leche. No entendía nada. ¿Y ahora qué?

Estuve peleándome con Sombra durante un rato, revolcándome con él por los suelos, diciéndole cosas como «Buen chico, Sombra», y «Quién manda aquí» y «Amigos, eh». Pero mi compañero de juegos se cansó enseguida, y regresó arrastrándose hacia su rayo de sol, donde se puso a bostezar. Toqué todos los botones del mando a distancia, pero no conseguí más que la inamovible imagen silenciosa y hormigueante del programa *El juego del dinero*: siempre el mismo presentador con cara de pastel, los mismos concursantes. Miré por la ventana. Telefoneé a Fielding, a Felix, a Spunk, y a Caduta. Miré por la ventana. Se me ocurrió de forma obsesiva revolver metódicamente los efectos personales de Martina, pero algo relacionado con su persona me acobardó y me detuvo a mitad de camino... No había ninguna cosa de interés en los cajones del escritorio ni en los del tocador, ni en la mesilla de noche o los armarios, los archivadores, la maleta que estaba junto a la cama, etc., pero sí hallé un objeto fascinante cuando, a gatas en el suelo, estaba terminando mi inspección del armario del piso inferior. Una caja de cartón en cuya tapa ponía OSSIE, y que, sin duda, había sido preparado por Martina el día anterior y dejaba allí para que él se la llevase. Contenía cosas de tocador, unas alpargatas, camisas sucias, un pasaporte caducado (erecta de vanidad la joven cara rubia), y un bolso de viaje repleto de cosas diversas: talones de tarjeta de crédito, facturas, billetes usados, un bloc de papel de

cartas con el membrete del Cymbeline, Stratford-upon-Avon, en cuya primera hoja constaba un número de teléfono y una hora de cita, con una nota de Selina en el envés. «Oh. Ooooh —decía la nota—. Qué *pillastre*. Seguro que en el banco no te hacen *eso*. Hasta las 5. S.»

Pues bien, tengo la sensación de que habita en mi interior un hombrecillo que actúa en calidad de ministro o propagandista o concesionario de las pajas. Es un campeón de la paja: cree sinceramente que las pajas me convienen, y siempre está insinuándome que me haga una paja, inmediatamente. Existe, por otro lado, en mi interior, una unidad paramilitar que tiene justamente la opinión contraria respecto a las pajas, y que pretende suprimirlas de una vez por todas. Pero la policía pajera está formada por tropas irregulares, que andan siempre ocupadas en otro lado, muy atareadas con sus cables y sus siestas... No sé cómo fue, pero sentí de repente una necesidad perentoria de hacerme una *paja*, sí, una paja con apoyo de imágenes. Naturalmente, hubiera podido subir la escalera, bajarme los pantalones, y trabajar a partir de mis recuerdos. Oh, ese vagón de metro lleno de tías, todas esas Junes, Jans, Joans, Jens, Jeans y Janes. ¿Dónde están? ¿Dónde está Selina? Es gracioso que Otelo se excitara tanto por el delito de Desdémona. Cuando sea viejo y rico y famoso, tal vez alguien escriba mi biografía. Mi pornografía, sin embargo, ya está en los estantes, habitada por el fantasma de Selina Street, con notas de agradecimiento a los pícaros estilistas, coordinadores de talentos, y consejeros y directores artísticos que me ayudaron a producir mi filmografía. Tal como están las fuerzas del mercado, jamás ha habido problemas a la hora de hacer cosas agradables para los hombres. En absoluto. Tal como yo he trabajado, no los ha habido.

A ver si me explico.

¿Quién necesita pornografía con una vida amorosa como la mía? Yo. Yo necesito pornografía.

Animado por el desafío, comencé a olisquear otra vez. Sombra se agitó y alzó la vista, estirando indignado el cuello cuando me vio anadear cautelosamente por el apartamento, fría y experta mi mirada, afinados y vigilantes todos mis sentidos. Verán ustedes, el auténtico profesional es capaz de encontrar, incluso en los más serios hogares, cosas sospechosas... Encaré los montones de revistas de la sala y el cuarto de baño. Sólo había cosas de *connaisseurs*, cosas de arte, cosas de dinero. No esperaba, naturalmente, tropezarme con una colección completa de porno duro, cosas como *Mouth Crazy* o *Brabursters*, pero les sorprendería lo frecuente que es dar con algún ejemplar suelto de *Lothario* o *Plaything*, o, al menos, de publicaciones más blandas como *Flair* o *Sugar*, y, cuando ni siquiera encuentras eso, siempre hay algún folleto de grandes almacenes o un catálogo de regalos en donde aparece una magnífica gama de bragas, de corsés, de fajas. Tras chasquear la lengua, me encaminé hacia los estantes de libros, enormes, de pared a pared, con los dedos

preparados para tirar del lomo de los volúmenes que tuvieran títulos significativos. Cosas como *Mujeres de Nueva York*, *Ropa interior victoriana*, *Las pin-up*, *Ejercicios para mantenerse en forma*, *Barrio chino*, *Bordello*, *Seda*, *Imágenes*, lo que fuera. Pero no había nada; sólo historia, novela, filosofía, poesía, y arte... Escandalizado, eché una ojeada a las tapas de los elepés, buscando alguna chica punk que me echase una mano con un gesto obsceno de sus labios, alguna negra cantante de soul. ¿Y qué fue lo que me encontré? Mucho paisaje danés, mucho dibujo estilizado de animales, montones de metálicos cantantes antiguos con cejas de foca y narices inteligentes. Por Cristo, ¿qué clase de hogar es éste? Subí un rato arriba y tropecé con un viejo álbum de fotos en el que aparecía Martina en traje de baño de una pieza, con el bronceado brazo de Ossie apoyado en su hombro, y una instantánea de alguna amiga, una chica en plan topless pero muy plana, que se retorció y jugueteaba bajo una ducha instalada en un jardín. Oh, Señor, con esto no habrá modo de conseguir nada. No sé cómo definir la pornografía, pero sí sé que el dinero siempre aparece de algún modo, por algún lado. Tiene que entrar en juego el dinero, por uno u otro extremo. Siempre hay dinero de por medio. Con un humor bastante sombrío a estas alturas, volví a la gran biblioteca, me arremangué, y me puse manos a la obra.

Al cabo de una hora había reunido todo lo necesario. Satisfecho de mi labor, cometí la equivocación de cargar con todo mi tesoro y subirme con él al piso de arriba. La épica escalada fue bien hasta que llegué al último peldaño. Porque en ese momento me desequilibré hacia atrás, o tropecé, o caí unilateralmente bajo el tremendo peso que sostenían mis brazos. Volví en mí casi inmediatamente (o eso me pareció), y me encontré con Sombra ladrándome a la cara. No se movía de ahí, temblando y lambeteándose las costillas, como un San Bernardo urbano que hubiese venido a salvarme tras el accidente sufrido cuando me sorprendió el tremendo alud. Finalmente logré llevar todo el equipaje hasta el dormitorio y lo tiré de cualquier manera sobre la cama. El porno blando puede ser a veces muy duro, pensé temblorosamente mientras me desprendía de mi faja rosa, pero así están las cosas...

La carrera se redujo a una pugna entre tres caballos, *La Femme au Jardin*, *La Maja Desnuda* y *Aline la Mulâtresse*, y en eso estaba cuando oí el orgásmico gañido de Sombra, y el ruido de unos pasos rápidos que subían por la escalera. Apenas si tuve tiempo de volverme primero de lado y luego boca abajo en un movimiento convulsivo, y ya estaba allí Martina, abriendo la puerta. Se quedó plantada en el umbral, con una sonrisa que partía en dos su rostro... Más tarde traté de ver lo que ella había visto y de comprender la impresión que podía haberle causado John Self tendido boca abajo en la cama, con una rodilla mojígatamente doblada, una expresión sofocada pero tímida, hojeando unos libros con ilustraciones de los grandes clásicos de la pintura. En fin, esto es lo que me dijo ella:

—Te he dejado encerrado. ¿Dónde está la llave que te di? Eres un tramposo, a que

sí. —Pero luego ocurrió como si una decisión repentina, o una antigua resolución, le hubiese dado un golpecito en el hombro, porque añadió—: Métete en la cama. Iré a ducharme, y enseguida estaré contigo.

Eran las ocho de la tarde. Cuando rodé escaleras abajo debí de quedarme dormido un buen rato. Y yo que había pensado que la luz de la calle me parecía un poco rara... A las diez llamamos por teléfono a una tienda de delicatessen para que nos subieran comida fría y vino blanco. Me senté en la cama, y me pareció que todo me sabía un poco raro. Otra cosa de las que aprendí esa noche, que tantas lecciones me tenía reservadas: Desdémona no hizo nada malo. Desdémona mantuvo su fidelidad. Era sincera. No, Desdémona no hizo nada malo.

\*\*\*

Así que ahora he cambiado del todo. Yo, con mi metro setenta y cinco y mis cerca de cien kilos. Tengo una pinta horterísima, con la hinchada americana y las piernas flacas, los calcetines de color vivo y los zapatos negros de ante, el cabello indefinido y peinado hacia atrás, la cara sudorosa y escamosa, esa cara de rata gorda, capaz de ser repentinamente obediente, repentinamente rebelde. ¿Qué más? También ustedes, tú hermano, y tú hermana, están metidos en esto, también ustedes viven en este clima, entre los viejos y el dinero, y las cosas pasan incontrolablemente a nuestro lado sin que nosotros cambiemos. Sólo Martina permanece al margen. Ella, y no sé si alguien más. Por Cristo, qué fuego el de sus ojos. Cuando mis labios se encuentran con los suyos, cautelosos, críticos, es el beso de la vida, el beso de la muerte: para darse un beso tienen que contribuir los dos. Ante su presencia y bajo su luz, a veces pienso... que tal vez, tal vez, no hay necesidad, tal vez no hay necesidad de sentir tantísima vergüenza como la que yo siento. ¿Seré capaz de permanecer bajo esa luz, bajo su luz? En cierto modo, no me lo puedo creer. ¿No les parece increíble? Pero lo intento, maldita sea, lo intento.

Y empiezan a ocurrir cosas, las cosas ocurren continuamente y soy incapaz de impedirlo. Ahora soy un director de cine, y debo hacer lo que hacen los directores. Tengo que mantener el torbellino dando vueltas en mi cabeza, e impedir que mis sesos se me escapen y traten de situarse en el estado que más disfrutan, el caos. Tengo que mantenerme en forma, tengo que ser firme. Tengo que equilibrar motivaciones y personalidades, y hacer un trabajo del más puro estilo realista. Realista quién, ¿yo? Justo después del puente largo del Día del Trabajo emergemos del túnel del agosto de Manhattan y llegamos al primer día de rodaje. Empezamos a rodar. Cobro un cheque por varios cientos de miles de dólares. ¿No es increíble? Espero que esto obre maravillas en mi confianza, en mi seguridad, tema que volveré a tratar más adelante.

Kevin Scuse y Des Blackadder han llegado a Nueva York. Vinieron ayer, en primera clase, y ahora se han refugiado hoscamente en el Hogg de la calle Sesenta y cinco Este. Oyéndoles hablar se diría que se han acostumbrado a volar en primera mucho más rápidamente que yo. Pero, claro, ésa es la etiqueta propia de la gentuza adinerada y móvil: ser desagradable, creer que tienes derecho a todo lo que recibes. Ojalá tuviera yo esa clase de carácter, ese estilo. Cecil Sleep, Micky Obbs y Dean Spares llegarán mañana. Los atrezzistas y encargados de vestuario, el tipo de la claqueta y la señora del té, el chico para todo y la cambiadora de toallas, todos aparecerán la semana próxima. Espero que su presencia obre maravillas en mi sentido de las proporciones, tema que volveré a tratar más adelante.

Fielding y yo somos ahora arrendatarios-fundadores de Blithedale Projects, los nuevos estudios del Upper West Side acerca de los que probablemente han oído hablar ustedes en la prensa. Hasta hace no mucho tiempo el Blithedale era un hotel para pensionistas: sigue teniendo el aspecto de una estación término londinense, o de sueño medieval de una nave de guerra amarrada en el dique seco de la dolorida espalda de Broadway. El año pasado hubo un genio de las propiedades inmobiliarias que logró echar a todos los viejales con el pretexto de que el edificio no reunía condiciones de seguridad en caso de incendio, y ahora la propiedad ha quedado dividida en cuatro partes. En esos locales enormes, oscuros y sofocantes, llego a sentirme joven y pequeño. Tal como Fielding me había prometido, las instalaciones del Blithedale son soberbias, modernas, desde la sala de montaje computarizada que se encuentra en el ático, hasta la piscina o el comedor de la planta baja. Dos producciones de altos vuelos han sido puestas en marcha en el Blithedale, y uno de mis colegas en la dirección es un viejo compinche grasiento del Soho, Alfie Conn. Su tripón cervecero, su felpudo requemado de sol, sus rasgos de criminal, suponen un gran consuelo para mí. El amigo Alf y yo fuimos a tomarnos una copa juntos, y él se pasó el rato tratándome con el mayor paternalismo. Mostrándose muy adulator. En los vestíbulos, ascensores y en la sala de videojuegos me encuentro con tipos como Day Farraday y Connaught Broadener, Cy Buzhardt y Cheryl Thoreau. Tendrían ustedes que ver la influencia que tengo, la cantidad de respeto que sienten por mí los porteros y los mensajeros, los diseñadores de producción y los localizadores de exteriores, así como las estrellas, productores y financieros. No se lo creerían ustedes. Se me acercan en el comedor y me preguntan en susurros acerca de mis esperanzas y mis sueños. Estoy de moda. Soy bienvenido. Lo manejo todo, ahora que ya no bebo tanto como antes. Espero que todo esto obre maravillas en mi estado físico, en mi capacidad de autocontrol, tema que volveré a tratar más adelante.

Naturalmente, hay estallidos de las estrellas, agujeros negros, enanos blancos, soles muertos. Son cosas inevitables cuando tratas con gente que quiere escribir su propia vida. Lo de ayer fue bastante típico. Butch me llamó a primera hora para

hablar de la escena con Spunk en la que ella está limpiando el tirador de una puerta. En el guión, ella limpia el tirador para borrar las huellas de Spunk, pero Butch considera que eso equivale a hacerle realizar labores caseras, a lo cual se niega. Estuve dándole toda clase de explicaciones, y ahora dice que está dispuesta a rodar esa escena a condición de que luego, cuando van a comer unos emparedados, los prepare Spunk.

—Spunk es un palurdo, John —me dijo Butch—, un subnormal. Puede perfectamente prepararlos él.

Llamé a Spunk y me dijo que estaba dispuesto a actuar de cocinero, a condición de que la comida fuera a base de yogurt y alfalfa.

—Butch es una puta, John —me dijo—, una puta rica, sencillamente. Sería incapaz de hacer nada en la cocina.

Lo que Spunk se niega a aceptar, sin embargo, es que Caduta le frote la espalda mientras él dormita en la bañera. Me parece, dijo Spunk, una escena enfermiza. Antes de que tuviera tiempo de llamar a Caduta para comentárselo, Caduta me llamó a mí.

—Quiero tenerte a mi lado, John, para decirte lo que te quiero decir.

Me fui en taxi al Cicero. Caduta me pidió que me sentara, me cogió de la mano. Rodeada en el nuevo guión de cinco niños con fijación cadutiana, aunque sean niños que no llegan a aparecer prácticamente, Caduta parece muy contenta con el papel tal como ha quedado ahora. Y me dijo:

—Tú entiendes esa obsesión tan profunda que tengo, John. No eres ciego.

—Bien —le dije (para entonces ya estaba prácticamente sentado en su falda)—, supongo que quieres hablarme de los niños, ¿no?

—Aciertas, John. Odio a los niños. A todos. Siempre les he odiado. Es una cosa que no puedo evitar, y que me paraliza. Me parece que sería mejor que no apareciesen. Ah, pero seguro que tú ya lo habías adivinado, John. Hay otra cosa, John —dijo, mientras yo me iba de puntillas hacia la puerta.

La otra cosa tenía que ver con esa secuencia de tres segundos en la que se vislumbra a Butch arreglando unas flores. A Caduta le parecía muy poco convincente. Es poco convincente, argumentó Caduta, que una guarra desvergonzada como Butch aparezca arreglando unas flores, sobre todo teniendo en cuenta que Caduta estaba lo suficientemente cerca como para encargarse ella misma de arreglarlas. En cambio, sería muy convincente que Caduta se encargase de arreglar las flores. Como mínimo, convencería a Caduta. Llamé desde allí mismo a Butch, que, fríamente, dio el visto bueno al cambio. Butch no se tomaría la molestia de arreglar unas flores, desde luego que no. Retrocedía hacia la salida cuando sonó el teléfono: era Thursday, que me pedía que fuese urgentemente a reunirme con Lorne para celebrar una importantísima reunión sobre ciertos aspectos del guión. Corrí ciudad arriba. Lorne Guyland me recibió con un apretón de manos que duró unos diez minutos, y con un discurso

anárquico de una hora entera, a lo largo del cual me presentó un mínimo de doce peticiones diferentes y muy serias. Quería más escenas de desnudo, varios zooms con primer plano final sobre su erección, con Caduta y con Butch, una profunda revisión del coeficiente de primeros planos de cada estrella, la introducción de un nuevo personaje femenino (una crítica de arte perteneciente a una buena familia, que ama apasionadamente a Lorne, pero que apenas interviene en la acción), una ampliación del discurso pronunciado por Lorne durante su agonía, y un curioso aparte (quizá una secuencia previa a los títulos de crédito) durante el cual Lorne se desplaza en vuelo supersónico a París para la concesión de la Legión de Honor, por sus servicios en favor de la cultura internacional. En caso de que no fuesen aceptadas todas y cada una de sus propuestas, Lorne invocaría una cláusula de su contrato, la referente a Disensiones de Tipo Artístico, y se iría irrevocablemente a Palm Beach, con todos los gastos pagados por nosotros:

—... hasta que toda esa pandilla de mamones que habéis formado terminéis de arreglar ese guión. John, eres un hombre de gran cultura, y sé que lo comprenderás.

A las siete de la tarde habíamos llegado a un compromiso. Lorne renunciaría a todas sus peticiones a condición de que yo aceptase cortar una frase de la secuencia posterior al coito entre Butch y Spunk. La frase era pronunciada por Butch, y consistía en una sola palabra. La palabra era: «Wow». El cambio pareció poner a Lorne de un humor excelente, extraordinariamente boyante. Cuando bajaba para irme, francamente agotado, Thursday dejó la mesita de los teléfonos y cruzó el vestíbulo como si pretendiera cortarme el paso. Llevaba unos pantalones cortos estilo corsé, y una blusa de volantes anudada por encima del ombligo.

—Quiero darle las gracias —me dijo— por todo lo que está haciendo por Lorne Guyland.

Dicho esto, se arrodilló en el suelo, y noté que sus manos me acariciaban las caderas.

—¿Podría quizá ayudarle en algo? —me preguntó.

Le dije que me encontraba bien tal como estaba, que gracias, y salí. De todos modos, me parece que Thursday es un tío, y lo que menos falta me hace en estos momentos es tener complicaciones de tipo sexual, tema que volveré a tratar más adelante.

De modo que fui a Bank Street a las ocho o algo más tarde. Luego, bueno..., actualmente las noches son uniformes, y esa noche fue tan uniforme como las demás.

Entro en el apartamento con mis propias llaves (sí, mi juego de llaves particular), dándole un discreto toquecillo al timbre, sólo para anunciar que ya estoy en casa. Le explico a Martina lo que he hecho durante la jornada. «Bromeas», dice ella. O bien: «Me tomas el pelo, es imposible». Ella está arreglando las flores, apenas me escucha. Martina está muy orgullosa de su terraza.

Me enseña todos los detalles de la terraza, me explica el nombre de todo. Yo ya conocía el nombre de algunas flores, las que formaban parte de algún logotipo publicitario, las que vienen en las cajas de bombones, las que salen en las máquinas tragaperras. Pero ahora conozco mejor el terreno. Esas de color cárdeno que parecen hacer un puchero, las que parecen bocas que aguardan al pez para tragárselo, son los tulipanes. Las que se espigan para desplegar un color anaranjado con motas se llaman azucena tigre. Esas cosas rojas con los pétalos abiertos en torbellino son las rosas, como todo el mundo sabe. También las hay de color rosa, y de color amarillo. Esas que parecen cofias con zarcillos y grueso tallo se llaman amarilis.

Vista de cerca, el agua que salía de la manguera me recordó toda la gama climatológica. La lluvia, claro, pero también el granizo, la nieve, el arcoíris. La tormenta. Con una leve manipulación del grifo, Martina lograba que el aire fuera soleado, que sonaran truenos.

Yo había pensado siempre que el día en que me encontrara con el dios de la meteorología le exigiría que me pagase todas sus deudas. Que le exigiría una satisfacción. Pero de momento es Martina quien se ha convertido en mi dios meteorológico, y *no* me he quejado de nada. Veo en su rostro... La veo a ella, a través de las frondas, tan serena... Y le digo: Ya te cambio yo la maceta de sitio. Y ella contesta:

—Eres un rey.

Ahí tienen. Y me tomo mi vasito de vino.

Mientras Martina prepara la comida, siempre estoy en la cocina, con los brazos cruzados, mirándola. Tiene unos movimientos correctos y delicados, de largos dedos. Sí, todo lo hace bonito. Incluso las manchas gemelas de sudor que emergen en las cúspides de su camiseta con preciosos semicírculos perfectos. Hasta el sudor busca en ella la forma, la regularidad. Escucho concentradamente los suaves gruñidos de esfuerzo, de atención, de satisfacción.

Comemos: tortillas, ensaladas, carne blanca, vino blanco. Vigilo mi consumo de alcohol, vigilo mi peso, vigilo a Martina Twain. Cojo el cuchillo como si fuese un lápiz. No hablo con la boca llena. Es demasiado tarde para cambiar. Ella es una comedora meticulosa, de modesto apetito. Me llama la atención lo de su apetito. ¿Café? Café, o alguna que otra infusión macabra, oriental. Ella lava, yo seco.

Después viene la música. Ni baladas roncas ni santurronas canciones folk, que eran las cosas que Martina prefería antaño, sino jazz, ópera, clásica. Yo me pongo a leer mi libro: *Freud*, por ejemplo, o *Hitler*. Nada de *Dinero*. *Dinero* me produce ataques de pánico, incluso cuando el tío que lo escribió habla de la banca italiana o del nacimiento de las grandes empresas norteamericanas. No sé por qué. Jugamos al ajedrez. Gano yo, siempre. Soy un buen jugador: el ajedrez es mi principal especialidad. De pequeño rondaba los cafés de Hampstead y los pubs de Bayswater,

buscando rivales que se quisieran apostar cinco libras... Me acabo el vino. Martina vacía el cenicero y cierra con llave la puerta de la terraza. Todo muy civilizado. Todo muy civilizado. Luego nos vamos a la cama, tema que volveré a tratar más adelante.

Pero antes me llevo a Sombra, para que dé su paseo a la luz de la luna. Permanezco quieto, sujetando la correa, mientras el perro hace sus cosas. Bajo el recogedor, a instancias de Martina, pero no lo utilizo nunca. Cada noche, el mismo sujeto asoma la cabeza por la ventana de la planta baja y se pone a gritarnos al perro y a mí por lo de la mierda que le dejamos enfrente. No le contesto. Me limito a decir:

—Muy bien, Sombra. Descarga todo lo que tengas que descargar.

Luego nos vamos hasta la esquina de la Octava Avenida, que se alarga bajo la noche neoyorquina. Y ahí es donde Sombra se pone a emitir sus ruidos de nostalgia. Empieza con un ansioso silbido que atraviesa sus senos nasales. Termina con húmedos gañidos de asfixia. ¿Acaso tiene por ahí una madre, unos hermanos, unas hermanas? Me fumo un último pitillo mientras miramos hacia la calle Veintitrés, esa zona de la ciudad en la que restalla el calor electromagnético, esos barrios en los que todas las formas de vida se han soltado de sus correas y no necesitan nombre. «¿Tiraba mucho?», me preguntará sin duda Martina cuando regrese. Sombra tira, con fuerza, pero también tiro yo hacia atrás, con mucha más fuerza.

—Eres un santo —dijo Martina.

Dejé la bandeja en la cama y eché las cortinas. Ahora me tomo el té con un poco de azúcar. Todos y cada uno de los días de la vida requieren su dosis de energía y de dulzura. Abandonando el calor de las sábanas, mi alma, tan seca, busca el fantasma de la dulzura en el brebaje matutino. Luego, una vez en la calle, y jamás antes de pisarla, sello el inicio de la jornada con el fuego del pitillo.

Avanzar a lo largo de la Octava Avenida es como ver un documental extraterrestre titulado *El terrícola*, una película malísima, mal dirigida y montada con insensatez, carente de distancia y de perspectiva, en la que se da tanta importancia a lo interesante como a lo que carece por completo de atractivos. Así no se hacen las cosas. Hay que elegir. Hay que estar eligiendo constantemente.

Entré con prisas en el Ashbery, dejando atrás los sonrientes uniformes, encaminándome directamente a la escalera. Catorce tramos, catorce ventanas cuadradas, a la carrera. Entré en mi habitación, tiré la llave: ni un paso más. Con la respiración como una cremallera atascada y la habitación atenta a mis movimientos, me quedé plantado, caídos los brazos, hundidos los hombros, caída la cabeza sobre el pecho, convertido en un mar de lágrimas. Tal vez porque jamás lo había deseado tanto como me imaginaba; no lo suficiente. No, no lo había deseado.

Luego me fui al baño, a ver qué tenía que decir el espejo. *Mis ojos...* Hacía muchísimo tiempo que no lloraban. Les faltaba práctica. No estaban en forma. Por su aspecto, cualquiera hubiese dicho que mis ojos habían llorado sangre, la sangre de la

vida, todo lo que tenía.

Ha llegado sin duda el momento de contárselo a ustedes. Sí, me iría bien... Oh, sí, qué descanso. Fíu, sí, exacto. Ahí, por la nuca, qué mano tan agradable..., sí. Magnífico, mejor, me siento muchísimo mejor. No paren. Sigán, sigan.

Ha llegado sin duda el momento de contárselo a ustedes, de explicarles todo lo de Martina y yo y el... Sí, sin duda ha llegado el momento. Eh, tú, hermano, dame una copa. La necesito. Quiero sentir tu mano apoyada en mi hombro. Necesito que te identifiques. Que me tengas simpatía. Que me prestes unos momentos de tu tiempo.

Yo sabía muy bien que no se trataría jamás de danzas de vientre ni de delicias turcas. Sabía muy bien que todo iba a ser muy serio. A Martina le gusta serpentear y prolongarlo, localizar el punto y, entonces, encontrada la mejor sintonía, tras haberla fijado, bailar la danza tranquila con destreza, con intensidad, con... con sentimiento. Trabaja con pautas carentes de complejidad, así, o asá, pero con mucho sentimiento, humanamente.

Tal es, en cualquier caso, la conclusión a la que yo he llegado. Admito que es un tanto aproximativa, todavía. Llevamos acostándonos juntos..., ¿cuántas noches? Diez. Diez noches seguidas. No obstante, creo que aún no he, que no logro, que no me siento capaz de... Exacto, ustedes lo han dicho.

Eso de empalmarla es francamente difícil, muy difícil.

\*\*\*

Ay de mí, pobrecillo, qué mala suerte tengo. Mierda de vida. Qué escándalo, qué desastre. La vida es una varita mágica, que da risa. La vida péndula, pendulona. Ja, qué chiste tan gracioso. Un chiste muy viejo. No es la primera vez que oigo este chiste. Naturalmente. A lo largo de mi vida me ha tocado mi buena ración de imposibilidades, impotencias, imperturbabilidades, mis turnos de incomparecencias, inutilidades, inexistencias, mis dosis de encogimientos, blanduras, fofeces. Pero jamás había vivido este chiste en su versión prolongada, en su versión por capítulos ininterrumpidos. Butch Beausoleil me permitió izar la bandera. Y lo mismo digo de Selina Street, y de una furcia snob de la Tercera Avenida. Mi vieja y maltrecha bandera ha estado en muchos frentes, ha levantado cabeza ante toda clase de trincheras, se las ha arreglado ante toda clase de formas y tamaños, ante rivales buenos y malos y feos. Pero con Martina Twain no hay manera de izarla. No señor. Cualquiera diría que Martina no es suficiente para que mi estandarte se anime.

—No importa —dijo Martina ayer noche, por vigésima vez.

Yo permanezco tendido, una lágrima de cien kilos, parpadeando, doliéndome de rabia, hecho de sal.

—¿No? —grazné yo.

Martina me abrazó y, con un cálido susurro, me dijo todo lo humanamente posible en las circunstancias.

—¿No? —volví a graznar.

Ahora ni siquiera puedo hacerlo como un animal. Incluso en plan animal la cosa no funciona.

—Joder —dije—. ¿Para qué cojones *sirvo*, entonces?

*Las publicaciones están a la venta, caballeros. No deben ser leídas aquí. Llévenselas a casa. Ahí podrán mirarlas a gusto.*

De modo que ahora me encuentro en el emporio del porno, en busca de pistas. Hojeo el brillo lechoso de un folleto de vídeos. Abuelitas, niñas, excrementos, mazmorras, cerdos y perros. Oh mundo, oh dinero. Supongo que hay gente a quien le gusta todo eso. Oferta y demanda, fuerzas del mercado. Los terrícolas somos una pandilla de gentuza de lo más variado. No hay dos con la misma dentadura, con las mismas huellas digitales. Aquí abajo te encuentras de todo. Tipos raros, sodomitas, de todo, y a nadie le da vergüenza. Ya no hay vergüenza. Todo el mundo está decidido a ser lo que es: he aquí la nueva moda. Las mujeres quieren salir de debajo de nosotros, los hombres. Los maricas y bolleras no se dejan arredrar por nada. Los negros se han hartado del poder blanco. Los delincuentes callejeros prefieren dedicarse a su oficio sin que la policía les moleste, porque resulta que la policía está empeñada en detenerles y meterles en la cárcel. Incluso los paidófilos —esos tipos a los que les gusta tanto la violación que solamente quieren practicarla con niños— se atreven a mostrar su sombrío rostro: quieren que se les trate con respeto. Que encendamos la luz. Nada importa. Echo una mirada al conjunto de esta tienda, los estantes con revistas, los reservados, el encargado con su cartera repleta de dinero. Me siento aparte, diferente, visible en medio de toda esta gente, pero los demás clientes son oficinistas que aprovechan el breve descanso del almuerzo, tipos que tienen que cuidar a toda prisa de sus necesidades y caprichos. En cuanto a mí, no sé qué quiero. Lo que quiero se ha alejado hace ya mucho tiempo de lo que quiero, y veo con dolor cómo se me escapa. Es una cosa que me da vergüenza y me produce orgullo. Me da vergüenza ser lo que soy. Pero ¿puede alguien avergonzarse de eso?

He vuelto a las pajas. Tendrían que verme. Ya estoy otra vez con todos ustedes; también yo me las hago. Hola, otra vez. Bien, aquí estamos todos, tendidos boca arriba y rasgueándonos a nosotros mismos, como si fuéramos una de esas guitarras torcidas de Picasso. Es *ridículo*, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? Ya saben lo que pasa con las mujeres de la calle en las ciudades calurosas, en las selvas de cemento. No es que salgan por culpa del calor. Sino que el calor les quita casi toda la ropa. En la repugnante atmósfera enfermiza del verano en Manhattan, en las filas de cojitranco que andan por la calle, las mujeres se deslizan con su ración extra de feminidad, toda esa cantidad suplementaria de tetas y caderas, y, encima, con todas

esas emanaciones, dulces transparencias, intoxicantes presencias. Los hombres se arrastran a través de la fiebre. Incluso Fielding da muestras de notar esta tensión suplementaria:

—Es de lo más puta —dice—. Slick, nos gana de todas todas. De modo que dejémonos ganar.

Insiste a cada momento en que la acompañe a cierta increíble contorsionista, a cierto burdel venusino, o que llamemos a esas tías que vienen a hacértelo en tu casa, a ésas con las que te citas por teléfono, vía agencia. Conozco a una tía, a una zorra, a una pájara. Hay artistas de la danza, del strip-tease, de todo. Si no le entendí mal, me parece que me insinuó que podíamos pasarnos un fin de semana en Long Island con Juanita del Pablo y Diana Proletaria. Pero yo no necesito tentaciones especiales. Sin ellas ya me ocurre de todo.

No se lo van a creer ustedes. Es increíble. De repente, la mitad de las tías de Nueva York quieren meter la mano en mis calzoncillos, sí, he dicho *mis* calzoncillos, ésos con la y griega invertida en la parte delantera, con el saco de los huevos de material elástico. ¿Consiste en esto el éxito? ¿El dinero? ¿Acaso es éste el resultado de la luz que ha arrojado Martina Twain sobre mí? Mientras haraganeo por el Blithedale, me acosan las nenas por todos lados, en el comedor, en la sala de videojuegos. Vienen directamente hacia mí, prietas sus carnes bajo el vestuario especial para la ola de calor, y me insinúan su deseo de pasar un rato íntimo en su casa o en la mía. Me siento en el bar a tomarme una cerveza de baja graduación y a tratar de poner en orden mis confusiones mentales, y enseguida se encarama en el taburete contiguo una tía buena que se me agarra al muslo como si estuviera a punto de perder el equilibrio.

—Invítame a una copa —suelen decirme—. Estoy ardiendo.

La otra noche, lo juro, subía la calle Cuarenta y tres al anochecer, y una neoyorquina, al verme llegar, se cruzó en mi camino, se plantó muy tiesa con las piernas abiertas, y dejó caer su pañuelo. Y en la recepción del Ashbery siempre me esperan recados de tipo salaz. Y mujeres de tipo salaz. ¿Qué quieres?, suelo preguntarles.

—¿No podríamos discutir ese asunto en tu habitación? En realidad, lo que me gustaría es discutir ese asunto en tu habitación.

Yo las aparto de mi camino, asustado, fracasado. Jamás había sentido mayor necesidad de la bebida. Pero voy tirando a base de simple vino y tranquilizantes. Trato de encontrar la clave de todo este embrollo sexual en el que me estoy viendo metido. Y a veces pienso: Soy yo. Yo soy la clave.

Me guardo las peores noticias para el final. Parece que —Señor, apiádate de mí; Jesús, dame un respiro—, parece que está apareciendo en mí cierta tendencia gay cuyo objeto es Spunk... Sí. ¿No es la leche? Hace un par de días me lo llevé a

Blithedale y le invité a comer allí. Mientras su cara se convertía en un muestrario de arrugas a medida que leía la carta, acabó armando un cristo con el camarero, al que pretendía convencer para que le sirviese una de sus ensaladas anti alimenticias. Tras unos cuantos tartamudeos y vacilaciones, al final resultó que ese pobre chico no sabe prácticamente leer... Casi me moría de vergüenza y ternura..., y de paso noté lo adorables que eran los bultos y los movimientos de tensión y relajamiento de los músculos de su cuello. Ahora, cada vez que la secretaria o la telefonista me dice que Spunk Davis quiere algo de mí, me entran los mareos y la emoción, como si se tratase de una vampiresa. Me acuerdo que una vez tuve una cosa extraña con la pequeña de Alec Llewellyn, su hija de nueve años, Mandolina, Mando. Fue una cosa erótica, sin duda alguna (me encantaba acariciarla), y venía acompañada de los síntomas clásicos (en cuanto ella me miraba con poca simpatía, bueno, allí se acababa todo, no restaba más que el suicidio); pero no era una cosa sexual, desde luego que no, ni siquiera remotamente. Tal vez lo que me pasa con Spunk sea como aquello. A veces me digo a mí mismo: Tranquilo, tío, lo único que pasa es que te recuerda tu propia juventud. A veces, en medio de las fiebres que me dan, de las ideas disparatadas que se me ocurren, comienzo a enfrentarme a otro hecho sorprendente: que seguramente he estado enamorado de Fielding Goodney desde el momento en que le conocí. Caray, tíos, ¿qué hacer? Tendré que dejar que pase el tiempo, supongo. Esperar que las cosas mejoren, y rezar pidiendo que nada llegue a salir verdaderamente mal. Habrá que echarle cojones.

\*\*\*

Gracias a la astucia con la que fingí ser un amante de la pintura, un chalado de los lienzos y un artista degustador del arte en general, me he pasado buena parte de esta última época siendo expuesto por Martina Twain a los efectos de la alta cultura. En consecuencia, ahora sufro un shock traumático cultural, y auténtico pánico, a medida que voy siendo arrastrado por ella a través de largos pasillos de parquet hacia los ocultos rincones en donde cuelgan visiones bañadas de extraña luz. Hay que hacer cola, pagar un buen dinero, para mezclarse con los vituperantes intérpretes y japoneses de cara iluminada por el flash, con buitres, universitarios, solitarios, catadores y consumidores salidos del torbellino de la sucia ciudad. Muchos de esos tipos, según he podido notar, son individuos de clase obrera en fase ascendente, o bien forasteros. Los hombres parecen rollizos, payasos con ropa deportiva de tonos pastel, siempre sonriendo, diciendo que sí con la cabeza, admirando. Las mujeres son del tipo muñeca parlante, esas que dicen *Mami* y se echan una meada si las vuelves boca abajo, con caritas muy monas cubiertas con pelucas de color merengue. Son consumidores heroicos, que ya han probado de todo, y ahora quieren también una

tajada de alta cultura, pegarle un buen mordisco a eso del arte. Es como si creyeran que todo eso está allí para ellos. Y tal vez sea así. Pero ¿para mí? Yo vengo de la mala orilla del Atlántico. Soy de Londres, inglés. Y estoy casi convencido a estas alturas de que nada de todo eso está hecho para mí. Me resulta muy duro. Mientras los demás contemplan el arte o leen libros o se rinden a la buena música, mi cabeza sigue zumbando con sus temas de siempre: el dinero, Selina, las erecciones, el Fiasco. Lo intento, pero no puedo. Es duro, muy duro.

Martina y yo vamos a toda clase de exposiciones. Fuimos a una exposición constructivista que había en no sé qué rincón perdido del barrio Este, en la zona alta. Elásticos postes de mayo y tipis enfajados, combinaciones espásticas de cemento y acero, hieráticos monstruos. Fuimos a una exposición modernista junto a Central Park. Naipes rotos y perfiles de piezas de ajedrez, campos de batalla de backgammon y fragmentos de dados, escombros del azar. Me sentía obligado a mostrar entusiasmo ante todo lo que íbamos viendo, pero hace mucho tiempo que se me acabaron las energías suficientes como para echarme faroles y parlotear, de modo que actualmente lo único que puedo hacer es fingir pasmo y concentración con mi cara de póker. Ayer visitamos una exposición de desnudos clásicos, todo mármol. Resultó agradable ver mujeres que, pese al calor, parecían mantenerse tan frías y neutrales. De todos modos, no eran desnudos integrales, pues alguna mano reciente había estado repartiendo hojas de higuera. Es ridículo, comentó Martina, refiriéndose a los tallitos y velos que les habían puesto. Pues, mira, no sé: tampoco hay que precipitarse; no va nada mal eso de dejar cierto campo para la imaginación. Ella no estuvo de acuerdo conmigo. Desde mi punto de vista, por supuesto, aquellas tías me hubiesen gustado mucho más si, encima, les hubiesen colocado ligeros y medias, sandalias con correas; en fin, lo mío no debe de tener que ver con la estética. Mañana vamos a la gran antológica de Monet, Manet, Money o como quiera que se llame.

De modo que aquí estoy, tras una cena ligera, sentado en la sala de Martina, tomando vino y mirando ceñudo las páginas de *Freud*, cuando de repente suena el teléfono... Ya no tengo sentimientos filiales respecto a Caduta Massi. Ahora sólo me gustaría tirármela.

—Para mí, eres como un hijo, John —me ha dicho hoy mientras tomábamos el té—. Por eso no me gustan Spunk ni Butch Beausoleil. Son como niños, me los recuerdan. Pero tú eres otra cosa.

Y, diciendo esto, tomó mi mano, la apoyó sobre la cachemira eléctrica de su regazo, y noté que mi polla experimentaba una enfermiza pero vivaz sacudida. Menos mal que, justo en ese momento, los pulmones del príncipe Kasimir decidieron despertarle con una de las malas pasadas que suelen jugarle. Dice Caduta que Lorne la llama *Madre* desde hace unos días. Se pegan unas magníficas lloradas juntos. Lorne sería capaz de dar su vida por Caduta en estos momentos, pero sigue empeñado

en las escenas de desnudo.

—Piénsalo, madre —le dijo ayer—, sería bellísimo...

Y el teléfono suena. Suena el teléfono, dispuesto a interrumpir esa ilusión del mundo adulto en la que ahora estoy viviendo, con mi libro, los trebejos caídos, el último acto de *Otelo* y sus flautas gitanas. Soy un adulto inteligente, a veces. Leo revistas sofisticadas y voy a películas para mayores. Pero suena el teléfono, y es para mí.

—Es para ti —dice Martina, y me da el teléfono. Noto la desaprobación o el desconcierto que se le nota (pienso) en la oscuridad de las venas del lado más tierno de su mano.

Es para mí..., y a que no adivinan quién me llama.

—¿Cómo has conseguido este número? —pregunté, sinceramente interesado. Estaba seguro de que nadie conocía la verdad acerca de mi vida secreta. Estaba seguro de que todo el mundo creía que andaba por ahí, de putas, callejeando, emborrachándome cada noche—. ¿Te lo ha dado tu amiga la pelirroja?

—Ella ha abandonado este caso, ya no nos vemos. Dice que actualmente no resultas divertido.

—Oye, tenemos que vernos. Estoy preparado.

Tal como ya he explicado, no sirve de nada colgar cuando llama Frank Teléfono. Vuelve a llamar, eternamente. Hay que dejarle hablar, dejar que suelte su rabia, sus insultos, sus sollozos, hasta que ha dicho todo lo que tenía que decir, hasta que se ha calmado, y está dispuesto a despedirse, agotado, tranquilizado, seco de tanto llorar. Le encanta contarme cuáles son las leyes que recaen sobre quienes no tienen dinero, toda esa clase de historias. Él no tiene dinero. Ni tiene tampoco ninguna otra cosa. El día que repartían belleza y encanto y simpatía y pasta, Frank estaba el último de la cola; y aproveché esta ocasión para recordárselo. Él contraatacó enumerándome todas y cada una de las torturas con las que pensaba obsequiarme en alguna ocasión, y tuve que oír la larga lista. Luego hubo un silencio, y, haciendo un repentino gesto de asentimiento, le dije:

—Eres tullido, ¿verdad?

—Pues... Verás... Sí —dijo él.

*Entonces, ¿cómo diablos piensas pelear conmigo, desgraciado?*, quise preguntarle. Pero lo único que le dije (y lo dije en serio) fue:

—Lo siento. Lo siento muchísimo.

Ante Martina traté de restarle importancia a esa conversación.

—Sólo un pobre actor en mala racha —le dije—. Insiste en llamarme a todas horas.

—¿Es el hombre aquel que se viste de mujer?

Ya se me había ocurrido alguna cosa parecida, por supuesto, pero ahora estaba

más seguro que nunca.

—No —le dije a Martina—. Este es un tipo bajito.

Le conté a Martina el asunto de Nub Forkner. Por cierto, que finalmente le hemos contratado, a él y también a Christopher Meadowbrook, que harán los papeles de matón. Es una pesadilla tener que tratar con ellos, pero tengo la certeza de que formarán una pareja tremenda. Gordo y enloquecido Nub, y grande y malogrado Chris. Como Alec y yo, cuando salíamos por ahí... La escena en la que amenazan a Spunk Davis, bueno, resulta auténticamente amenazadora. Toma planos largos, me digo a mí mismo, y deja que el clima se vaya cocinando solo. Toda la envidia, la bilis, el odio, que se vayan cocinando.

Saqué a pasear a Sombra y me fui a la cama con Martina Twain. En realidad prefiero no hablar de eso. De momento estamos en lo de los abracitos amorosos y poca cosa más. Como todas las chicas, Martina es adicta al calor: pone el acondicionador en marcha. Yo la abrazo. Me siento henchido de cierto deseo abstracto, y de otra cosa que ni entiendo ni puedo identificar. Mientras permanezco tendido ahí, inhumano, no-animal, desgoznado, rebusco en mi mente besos e impactos suaves, caricias frías. Y enseguida se me transforma todo en pornografía... La sala de proyecciones que albergo en mi cabeza (una sala particular, sólo para socios, pero con cuotas francamente irrisorias) empieza a oler a cerrado, a humo, no es más que un antro de butacas desvencijadas y ceniceros llenos, en donde la película avanza a trompicones. No ocurre nada. Muero cada noche una muerte como la de Desdémona bajo la almohada... Lo primero que hice ayer por la mañana fue tratar de introducirle a Martina una inesperada alegría matutina. Ya pueden imaginarse ustedes lo tremenda que era esa alegría. Sin embargo, y pese a todo, no funcionó. Tuve que levantarme a mear. A veces pienso que mi polla se me quedó traumatizada a consecuencia de aquel incidente mingitorio de la ópera. Pero probablemente haya muchos más problemas. Sí, probablemente haya muchos más problemas.

\*\*\*

Miren. Atención... Ahí voy otra vez. Sí, logro ver mi imagen. Me levanto, con un alegre bostezo, del lecho de la última starlet. Me tomo mi pastilla reconstituyente tamaño polla, y serpenteo en una piscina de vitamina C.

—Buenos días, señor.

Es mi ayudante para la ducha, o mi entrenador de tenis, o el cuidador de mi caniche, mi gurú capilar, mi yogui rejuvenecedor. Me tomo mi vaso de agua baja en calorías, mi agua de alta costura. El terapeuta domiciliario me toma de la mano, y me pongo en marcha, avanzo por Sunset Boulevard, con el cuero cabelludo enriquecido

con turbo semillas, con la boca llena de cobalto y estroncio 90, así como, colgando entre mis piernas, un cacharro biónico, un instrumento de ataque sexual valorado en más de un millón de pavos. La operación ha sido un éxito completo. Todos opinamos que ha sido maravilloso que haya podido cambiar tantísimo.

Bueno, ya saben ustedes que a veces me siento como si ya hubiese estado en California, y la operación no hubiera salido bien. Me siento... prostético. Soy un robot, un androide, un cuerpo invadido. Una vez leí —o me contaron, o se lo oí comentar a alguien en un bar o donde fuera (da igual, ahora ya forma parte de mi cultura)— que existe una considerable proporción de terrícolas, uno de cada cinco, o uno de cada tres, o tal vez hasta dos de cada uno, que tienen la impresión de que todos sus pensamientos y acciones están siendo determinadas por seres procedentes de otro mundo. Y no se trata de chiflados, locos de atar o babeantes vagabundos: estas ideas las tienen los inspectores de hacienda, los abogados, los burócratas. Antiguamente (y ojalá tuviera yo más información acerca de esa época. No creo que hoy en día encuentre muchos datos al respecto), antiguamente, los miembros de estas tribus de seres invadidos por habitantes de otras galaxias le daban vueltas a la idea de Dios, o a la del Infierno, o a la del Padre de la mentira, el destino del espíritu, e imaginaban que el alma era un ser interior, un ángel de húmeda sonrisa vestido con un camisón de color rosa, o un duende burlón que te hacía cortes de mangas y tenía mal aliento. Pero hoy en día el invasor es visto más bien como una gráfica sombreada producida por una compleja máquina con cara de extraterrestre.

A veces también yo creo que hay alguien que me controla. Que hay un invasor espacial que invade mis espacios interiores, un jodido chistoso. Pero no viene de ahí afuera. Viene de aquí adentro.

\*\*\*

Nos levantamos tarde, nos zampamos sendos platos de alubias enanas y nos fuimos en taxi a la parte alta. Casi me había olvidado de la lluvia, pero la lluvia que estaba cayendo despertó mis recuerdos. Llovía como si jamás hubiese dejado de llover, como si la lluvia no se hubiese pasado una temporada lejos de aquí, en su elemento. La belleza soleada de las avenidas, comprendí ahora, no es más que aire: nada, en realidad, simple aire enmarcado por líneas simétricas. Pero en estos momentos las grandes perspectivas habían desaparecido, habían sido borradas por la neblina, y apenas si parecían abiertas mandíbulas con los goznes averiados. Estábamos en el largo fin de semana del Labour Day,<sup>[13]</sup> y las calles aparecían desprovistas de su personal cotidiano, mientras que los pocos coches que se veían estaban parados o avanzaban por las calles como troncos arrastrados por la corriente. Salimos del taxi e hicimos cola bajo un paraguas rosado. Esta tarde lluviosa íbamos a

dedicársela a Edouard Manet.

Lo primero que hizo ese sujeto fue devolverme a París. Ya conocen ustedes el cuadro ese de la chica que sirve en un club de striptease o en un bar con trapecio, su expresión forzosamente amable, las botellas de champagne sin descorchar pero llenas sólo hasta la mitad, las naranjas en el cuenco de grueso cristal, y, detrás de ella, a cierta distancia, las filas de chiflados con chistera... Mi debut parisino fue el año pasado, con motivo del rodaje de un spot publicitario que anunciaba una nueva marca de filete congelado de carne caballar. Utilizamos los estudios ecuestres de esa galería que hay junto al río. La idea era la siguiente: chico encuentra a chica delante de la pista de hípica pintada por Degas, luego se la lleva a una brasserie muy lujosa para tomar unas albóndigas de percherón, o una hamburguesa de rocín o lo que fuese... París me sobreexcitó. Me pasé horas en los bulevares de la Rive Gauche, borracho, abriéndome paso a empujones por entre la multitud de paseantes y compradores y usuarios de dinero en circulación, pero parándome en seco cada cincuenta metros cada vez que veía, enmarcada en los ventanales de algún café, a alguna bronceada rubia o alguna niña abandonada de expresión impertinente, que, junto a su cerveza o su café, parecía esperar pacientemente que alguien como yo entrase y empezara a decir, en el idioma internacional, cosas como:

—*Bonjour, mon petite. Let me buy you a drink. Pourquoi non come back to my hotel. Come on, chérie, you know you love it.*

Me echaron a cajas destempladas de, bueno, al menos seis o siete locales, y sólo entonces comprendí de qué iba el rollo. Porque, en efecto, las tías de París se lo tienen bien montado. Han organizado las cosas de manera que puedan andar solas por ahí cada vez que les da la gana, sin que el primer borracho o despistado que se cruce con ellas pueda abordarlas y hacerles pasar un mal rato. En fin, pensé, ahora ya es demasiado tarde. Lo hecho, hecho está. Pero lo que me gustaría saber a mí es quién coño les ha permitido que se salieran con bien de este montaje.

... Y ahora, en el húmedo Manhattan, en la asfixiante galería en la que todo el mundo huele a perro mojado, miro a Martina, que contempla erecta y con toda su atención la figura de un torero muerto, y eso me hace pensar: sí, las mujeres, las mujeres son muy diferentes de nosotros, los tíos, tan diferentes como los franceses, por ejemplo (las mujeres se inclinan hacia uno y otro lado mientras conducen, y se ríen más que nada por amistad, y cogen las bebidas calientes con las dos manos, y se abrazan a sí mismas cuando tienen frío, y detestan los deportes, y dicen Madre mía mucho más a menudo que nosotros, y creen en sí mismas, y te echan la culpa por las cosas que les haces en sus sueños, y son teóricas de las conspiraciones, y dictadores benévolos), pero, pese a todo eso, son terrícolas, como nosotros, bastante parecidas en el fondo. Las mujeres son muy civilizadas. Las tías forman el sexo amable. Puede que te lo hagan pasar horriblemente mal en casa, pero nunca te lo hacen pasar mal en

la calle. Es frecuente que las mujeres obliguen a los hombres a reconocer su lado femenino. Antes pensaba que eso eran cosas de maricas y bolleras, pero ahora ya no estoy tan seguro. Quizá sea eso lo que me está pasando: cada vez soy más tía. Eso explicaría muchas cosas. En el pasado, he hecho algunos intentos de feminizarme. Me moví mucho entre mujeres, a ver qué resultados obtenía, y no me sirvió de nada. Aparte de que pude echar cantidad de polvos. ¿Quién sabe? Cuando ocurre, ocurre. En todo este embrollo no soy, en absoluto, el conductor del coche. Más bien ocupo uno de los asientos de pasajero, uno de los de atrás, o quizá voy en el maletero. No sé si alguna vez llevé el control. Pero sí sé que en estos momentos no controlo nada.

De modo que miré a Martina mientras ella miraba a Manet: los placeres civilizados, los sacramentos debidamente celebrados, sin voluntarismos ni corrección exagerada. Ostras para desayunar, peces muertos, más muertos que el hombre muerto. Mujeres vistiéndose, el orgullo viril de los hombres uniformados. El jardín como lugar para el trabajo y el descanso, y luego las peonías en su jarrón. La novia del escritor, la vigilia del escritor en su despacho. El mundo del dinero suficiente, el mundo de lo suficiente. Vi todo esto, pero no llegué a ver su brillo. A mí me gustó más bien todo lo referente a bares, comida, la tía buena del picnic, la rubia bien parida, cosas familiares o eróticas. Eso sí que lo vi. No vi su brillo. Pero vi el brillo de Martina: un brillo que se le notaba en los ojos, en los labios, en la piel, en todo.

\*\*\*

De todos modos, a continuación tuve que dejarla, maldita sea, y atravesar como un rayo toda la ciudad para trabajar una hora o dos en la recepción del Carraway, en donde Fielding había convocado una reunión de todos los adinerados que nos financian. Ahora contamos incluso con un par de adineradas. Por un lado, Lira Cruzeiros, de Buenos Aires, y por otro Anna Mazuma, de Zurich. Y últimamente se ha sumado también Valuta Groschen, de Frankfurt. Les aseguro que le hizo un gran bien a mi corazón ver todo ese poder-de-la-pasta, todo ese chillón grupo de gente ostentosa. Porque, vamos a ver, ¿cuánto dinero nos va a costar, tal como van las cosas, *Dinero sucio*? Creo que estamos gastando por encima de los treinta y cinco o cuarenta de los grandes cada día, y ni siquiera hemos empezado a rodar... Debido a cierta precaución inescrutable por parte de Fielding, Spunk Davis no había sido invitado (al igual que Butch Beausoleil). Sin embargo, estaban en la reunión las estrellas veteranas: Caduta Massi, que se pasó todo el rato mimando a su príncipe Kasimir; y Lorne Guyland, disfrazado al estilo robot con un curioso smoking, y acompañado de la vampiresa Thursday, bien agarrada de su brazo de robot. Se encontraban también por allí los miembros del contingente británico: Skyse, Blackadder, Mick Obbs, y mi famoso montador, Duane Meo. Se quedaron en un

rincón, ceñudos, y durante un rato, obligado a cuidar y consolar a todas esas almas en pena, me sentí como la gallina rodeada de sus polluelos, o como un cultivador aficionado de orquídeas. Pero Fielding se hizo cargo de la situación, y se dedicó a participar en un concurso de elogios dirigidos a estrellas y artesanos, con lo cual yo quedé libre de irme hacia los asientos ocupados por la gente de pasta.

No crean, se trataba de una multitud formada por tipos en general poco ostentosos, desprovistos de relumbrón; algunos incluso iban mal vestidos, y a más de uno le hubiera ido bien pasar por una clínica de felpudos o de trasplantes faciales. Con aquel magnífico champagne, los afiligranados canapés, los elegantes camareros y todo aquel dinero, aquellas sonrisas o saludos o gritos, me moví entre ellos como pez en el agua. Todos parecían estar hablando del arte de la interpretación, y de los aspectos más específicos de ese trabajo: contratos, descansos, disponibilidad, pruebas, proyecciones y todo lo demás. Bien, yo creía que eran productores circunstanciales, pensé. Aunque, claro, ser rico también tiene mucho que ver con el arte de la interpretación. ¿Acaso no es cierto estilo, cierta pose, cierta interpretación que obligas a que el mundo acepte? Tanto si tienes experiencia como si no, cuando eres rico has de andar por el mundo fingiendo que mereces todo lo que tienes, fingiendo que el dinero te ha elegido por tu bonita cara, o que se te pondrá la cara bonita gracias al dinero. Tanto si eres un loco del dinero como si eres un presumido del dinero, has de fingir que todo eso es absolutamente natural... En cuanto a mí, jamás he creído merecer tanto dinero, lo que hacía para ganarlo me producía más bien un notable embarazo, y seguramente es por eso que me las arreglo tan mal con el dinero. Aunque me parece que esta vez voy a tener tantísima pasta que no podré desprenderme fácilmente de ella. Será excesiva. De modo que no me quedará más remedio que entrar a formar parte de esa pandilla, la de los artistas del dinero.

Aguardé a que Fielding me dirigiera su gesto de asentimiento, serio y cómplice, y entonces, tras darles apretón de manos a Lorne y Caduta, me largué y me fui en taxi a la parte baja. Nos encontramos en la Novena Avenida con una de esas extrañas series de semáforos sincronizados, cincuenta manzanas sin una frenada, y los ojos verdes reforzaban el combustible de mi agitación diciendo sí, adelante, pasa, puedes conseguirlo, pero justo cuando este pasajero del asiento de atrás necesitaba algún límite, cierta lentitud, abandonar el carril de adelantamientos. De modo que hice parar al taxista y recorrí andando el último kilómetro a fin de apaciguar mi corazón dolorido. Paseé por las calles de Chelsea hasta la Octava Avenida, dejé atrás los bares con sus luces cárdenas o azules, los agujeros de antimateria de los tristes hoteles (una chica negra de grandes tetas escribiendo algo en un mostrador), y luego me detuve bajo el perfecto crepúsculo de Manhattan, con un aire en el que se equilibraban armónicamente los grises, los plateados, los amarillos, y contemplé a través de la brillante verja a los ocho críos que brincaban con su pelota bajo el alto

aro.

Martina permaneció silenciosa en la terraza, vestida con una camiseta y pantalones cortos, un brazo en jarras y el otro sosteniendo la manguera... Comimos ahí afuera, aventados por la brisa, una ensalada con pan y queso, y otra vez ese vino de juguete que suele servir ella, envueltos por el olor penetrante y almizcleño de la hierba y la turba húmedas. Más tarde, Sombra se acercó a su ama en son de súplica, pero bostezando y con los rasgos a medio camino entre la ansiedad y la somnolencia. Yo estaba sentado con *Hitler* en mi regazo: la noche de los generales, la tierra calcinada, colapso, humillación y muerte. El final feliz. Ahora tendría que empezar a leer *Dinero*, otra vez. Era Martina la que me había dado esos libros. Martina me había dado una biblioteca de instrucciones para vivir en el siglo xx. Pero también era eso mismo lo que yo le estaba dando: con mi ejemplo personal. Martina es observadora. Llevaba varias semanas observándome tan atentamente como yo la observaba a ella. Y Martina estaba aprendiendo no pocas cosas acerca del viaje de su planeta a través del tiempo. Por ósmosis, había aprendido algo gracias a este tullido gordo de cabeza en permanente caída libre, gracias a este sujeto vacío por dentro, gracias a este espantapájaros hecho de chatarra, de chatarra.

—Eh, tienes que decirme una cosa —le dije.

—¿Cuál?

—¿Por qué permites que yo ronde a tu alrededor? Mira, no me parece convincente. Nadie se lo creería. ¿Te lo creerías tú?

—Oh —dijo ella—, no eres tan horrible como piensas. Además, tú estás aquí, y no tengo a nadie más. Me pones a prueba. Pero me gustas.

—¿Por qué? —Supongo que porque soy un típico ejemplar del siglo xx—. ¿Por qué?

—Eres como un perro.

Al oír esto me puse ligeramente tenso. No es la clase de piropo que me gusta. Con las chicas, generalmente exijo que se me tome muy en serio. Pero también comprendo que durante estos últimos días exijo mucho a quien está conmigo, sobre todo porque ni yo mismo consigo aguantarme.

—Ya tienes un perro.

—Y ahora ya tengo dos. ¿En qué piensas cuando no piensas en nada?

—Tendré que pensármelo —le dije.

Qué ganas tuve en ese momento de tomarme un whisky: no puedo negar que en todos estos diálogos de Bank Street el miedo es uno de los factores más importantes. El miedo a lo desconocido, el miedo a las cosas serias. Quedaba en la botella suficiente vino como para llenar un vaso. Pero un vaso de vino no te proporciona grandes dosis de arrojo.

—Contesta tú primero a esa pregunta —le dije.

—Pienso en todo lo que he perdido.

Se quedó en silencio. Supuse que estaba pensando en las cosas perdidas. Me fijé en el dolorido blanco de sus ojos. Sí, tenía magníficamente desarrollados los músculos del llanto: esos ojos habían llorado a mares. Siguió hablando. Dijo que no se refería a cosas perdidas sino a personas perdidas. Hacía bastante tiempo que perdía personas, a un ritmo de una cada año. A mediados de los años setenta se había quedado sin sus abuelos. Luego había perdido a su madre (cáncer), a su mejor amiga (accidente de circulación), a su padre (suicidio), y, el último año, a su único hermano (ahogado, ahogado). Eso ocurrió hacía un verano, cerca de Nueva York, en el cabo. Yo no tenía ni idea de todo eso.

—Joder —dije. Es cierto que los ricos aligeran el drama de la muerte, porque te dejan cosas en herencia. En el lugar del que yo procedo ocurre exactamente al revés. Siempre tienes que estar rascándote los bolsillos para pagar deudas, para pagar funerales—. De todos modos —dije, vacilante—, este año no has perdido a nadie. Hasta ahora, por lo menos.

—Este año también. He perdido a Ossie..., para siempre.

—Ah, claro.

—¿Y tú, en qué piensas?

Noté que mi cara se ponía fofa y necia. Luego me encogí de hombros y dije:

—En el dinero. En eso, o en el miedo o la vergüenza. Es lo único que tengo frente a quienes puedan odiarme.

—Pobrecito —dijo ella—. Aunque quizá no seas tan especial...

Nos fuimos a la cama. Nos fuimos a la cama como lo hacen los adultos: ya saben ustedes, como si no fuese nada del otro mundo. Sin agentes estimulantes ni reforzantes musculares, sin gruñidos cabrunos ni risillas o gañidos nerviosos, sin atrezzo ni brandy ni parafernalia de burdel, sin clavos ni correas ni terceras personas. Martina se desnudó rápidamente. También ella usa unas bragas ingeniosas, pero apenas te da tiempo a echarles una ojeada. Avanzando sobre sus largas piernas de color tostado, con la curva de la cara interior de los muslos atractivamente marcada como si se tratara del extremo de unas pinzas (anchas las orillas de las caderas, firme pero no robusta la espalda), Martina se dirigió al baño. Después, su regreso, completo y frontal, con la piel mostrando los primeros e interesantes indicios del paso de los años, las primeras huellas del tiempo, de la muerte, pero que servían para garantizarte que, suponiendo que alguna vez tuvieras la ocasión, sabrías con absoluta seguridad que habías estado con toda una mujer. Eso era una mujer, sin la menor duda.

—Joder —dije—. Mientras estaba ocurriendo todo esto, tú tenías además en la cabeza todo ese jaleo. Ni por un momento me he parado a pensarlo. Lo lamento.

Y vislumbré también todos sus demás pensamientos, todo lo que le rondaba su alta cabeza, detrás de su rostro, muy por encima de mis alcances.

Me desnudé y me tendí en las sábanas junto a ella. Nos besamos, nos abrazamos, y ya sé que soy un lerdo y un torpe, y un perro aburrido, pero al final comprendí lo que su piel estaba diciéndome, vi aquello tan sencillo que contenía, a saber: Aquí estoy para ti, todo esto te ofrezco. Sí, pensé, en la dulzura está el truco, mis pobres manos violentas... Y a la mañana siguiente, cuando desperté, la leche (y que nadie se ría; no, nada de risas), me sentí como una *flor*: un poco marchita, por supuesto, algo dolorido el tallo, sin futuro auténtico quizá, sólo un futuro fallido, un futuro de jarrón, pero una flor que se alisaba los pétalos y se preparaba para, alzando la cabeza, alimentarse de la luz diurna.

\*\*\*

—¿Le dejas suelto? ¿Qué te parece?

—Sí, déjale correr —dije—. Es un buen bicho.

—¿Y si se escapa?

—Algún día tendrás que probarlo.

Washington Square, domingo del puente del Labour Day en Nueva York, con el aire tan pesado como el goteo que resbala por la pared de una cocina azul. Otra fecha importante en el calendario de la selva, con plena participación tribal, con chicos listos que patinan a una docena de ritmos diferentes, con ágiles maricas saltando y estirándose (detenido eternamente el disco que lanzan en la corriente térmica de la dorada neblina), y juegos y gritos, y dos coches de la policía con las cuatro puertas abiertas a modo de trampas en las que harán caer al primero que se desmande. Y ni un ápice de vergüenza en ningún lado. Cierta grado de amenaza y cierto grado de desesperación, y cierta dureza visible en el rastrojo de la mal afeitada barba de los polis, pero sin la menor vergüenza... El perro se retorció como un loco de ganas de soltarse y mezclarse por entre la variopinta gama de seres humanos. Le soltamos. Al principio se puso a correr en círculos cada vez más anchos, con la lengua casi colgada del cuello a manera de bufanda. Luego se detuvo, se sentó de perfil, tieso y civilizado, como un caballo de ajedrez que estuviera esperando tranquilamente en segunda fila, contemplando sin excitación las posibilidades que se le ofrecían.

Compré unas cuantas latas de cerveza ligera en el pequeño tienducho. Nos sentamos en un banco de piedra y estuvimos charlando, Martina de blanco (blusa blanca, falda blanca), y yo con el corazón envuelto por una faja de agitación. El ascenso a lo largo de la cadena del ser, la movilidad social: grandes frases, pero lo mío es mucho más agotador. Eso de mantenerse en donde uno está, de no resbalar, incluso para eso hay que tener unos huevos de campeonato. Mientras Sombra rondaba por allí, regresando cada vez con menos frecuencia para recibir una caricia estimulante, elegí un tema e interrogué a Martina acerca de la filosofía. No me refiero

a la filosofía de Martina, sino a la filosofía en general. Y ella me dio algunas muestras de las cosas a las que suelen dedicarse los filósofos. Por ejemplo, ¿de qué manera se las puede arreglar uno para decir que el *Morning Star* y el *Evening Star* son en realidad lo mismo? Repliqué diciendo que, sin la menor duda, no eran lo mismo: aunque la empresa periodística era una misma para los dos diarios, de todos modos eran dos cabeceras distintas, y a fines presupuestarios, fiscales, y demás, no cabía la menor duda de que esa empresa los trataba por separado. Martina sonrió y me dijo que sí con la cabeza. Y luego soltó una carcajada, de un tipo nuevo, que no sé si expresaba felicidad o resignación. La filosofía es una tomadura de pelo, pensé, y le dije:

—Bueno, dame otro ejemplo.

Pero su expresión había cambiado, y de repente se puso en pie.

—Oh, no —dijo—. ¿Dónde está Sombra?

También a mí me había preocupado este asunto. Hacía unos cuantos minutos que Sombra no venía a visitarnos, y, secretamente, yo había estado esforzándome por tratar de divisarle en medio del torbellino humano. Sin decir nada, zigzagueamos por la plaza, revisamos sus contornos, y luego atravesamos el hirviente y agresivo calor. Ni sombra de Sombra. Nos separamos y empezamos a correr en círculos cada vez más anchos, regresando cada vez con menos frecuencia en busca de esa caricia de estímulo.

Una hora más tarde corría yo por la calle Diecisiete, con mis aporreadas partes brincando en su bolsa, convertido en un jogger terminal, sin aliento, lloroso. Cada vez que Martina se reunía conmigo para volver a dejarme, me decía que nos habían robado el perro. Pero yo estaba seguro de que se había largado, que había emprendido el camino hacia la parte alta, que había regresado hacia la zona de la calle Veintitrés y el mundo que se abría a partir de allí. Al principio pensé: Joder, a ver si encontramos a ese maldito chucho, así podré dejar de correr y tomarme una copa. Incluso hubo momentos en los que se me ocurrió que la desaparición de Sombra no iba a causarme ningún problema personal. Pero ahora, cuando subía a toda velocidad calle arriba, tuve la horrible certeza de que mi destino estaba estrechamente atado al del perro, supe que si Sombra desaparecía también yo acabaría regresando a la calle Veintitrés para perderme en el laberinto con el resto de perros humanos. Sin Sombra, se habría acabado mi proceso de lenta aristocratización. Sólo me restaría volver a mis reductos urbanos, mi agua fría, mis desastres. Me pareció verle cruzar a toda velocidad entre los coches aparcados, los parquímetros y las bombas de incendios, pero cuando, tras esquivar la circulación, me planté en la lejana acera, sólo encontré un cubo de basura roto cuyo contenido estaba siendo esparcido por el viento. De modo que seguí corriendo, subiendo por la Octava Avenida, camino del fin del mundo.

Le encontré en la calle Veintitrés, en uno de los turbios callejones que hay junto al

viejo Limpopo. El instinto me aconsejó llamarle a gritos y lanzarme hacia él al sprint, pero finalmente desaceleré mi paso y me aproximé con vigilante cautela. Sombra estaba disfrutando del jaleo en el centro mismo de un débil ciclón de basuras; ya saben, la porquería tiende, en las ciudades, a pasarse las horas jugando al corro en una confusión de cartones de leche, latas de cerveza, pollos degollados... Me acerqué un poco más. Por su aspecto, se hubiera dicho que Sombra se había vuelto loco: se sacudía y se relamía, y cojeaba de una pata que, significativamente, parecía señalar hacia la parte alta de la ciudad. Le noté físicamente distinto, había experimentado algún cambio en un detalle vital que, sin embargo, me costaba identificar. El collar. Había perdido el collar. Había bastado una hora en la selva para que Sombra hubiese sido asaltado, violado, desnudado de todo lo que tenía. Ahora no le quedaba ni su nombre. De repente se volvió hacia mí, me miró sin curiosidad y volvió a desviar la vista. Cuando vi que estaba a punto de largarse al trote camino de la Octava Avenida, ladré su nombre con toda la potencia que me permitían mis cascados pulmones, y se volvió otra vez, con mucho esfuerzo, y vino hacia mí con los hombros hundidos en una actitud de profunda humillación, de abyección total. No le pegué. Le agarré del pelo. Le llevé a casa. Martina estaba esperándonos. Hasta ese momento no había llorado, pero lloró al vernos.

Y, mientras me daba las gracias y acercaba mi mano a su rostro, pensé: Le quiere de verdad, sí, quiere a Sombra, quiere a este perro. Sí, Martina ha estado engañándome. Es humana, simplemente humana. Al final resulta que es hasta demasiado humana.

\*\*\*

Uno, y dos, y tres, y cuatro. Estoy tendido en el decimocuarto piso del Ashbery, en calzoncillos, agitando mis piernas en el aire como un escarabajo patas arriba. ¿Qué hago? Hago ejercicio. Mi objetivo más inmediato consiste en reforzar mis tripas, pero de hecho también entran en mis proyectos otras consideraciones más importantes. Quiero estar en forma para Martina. En esto consiste mi renovación. Mi metamorfosis. Y cinco, y seis, y siete, y ocho. Sería capaz de cruzar la frontera del dolor, pero no la encuentro. Además, sé que la verdadera musculatura se encuentra en algún rincón de mi cabeza, la musculatura de la mortificación. Fíu, espero que todavía me quede un resto de esos músculos. Espero que no se me hayan atrofiado. Espero que no estén demasiado borrachos. Lo que necesito es poner mi cerebro en forma, entrenarlo. Necesito algún profesor de gimnasia que me haga sudar los sesos hasta ponerlos en condiciones. Necesito que mis sesos hagan ejercicio, hasta la extenuación. Mañana es el primer día de rodaje. Me dan un cheque enorme. Todo el mundo va a tener que tomarme muy en serio, usted incluido, caballero; y usted

también, señora. De lo de ayer no tengo nada que contarles. Parece que basta con mostrarse amable, sincero, fiel, y a cambio te dan todo lo que quieras. Vaya.

Me puse boca abajo e hice un par de flexiones de brazos. La primera funcionó notablemente bien. Mas, cuando me encontraba exactamente a mitad de la segunda, me fallaron los dos brazos a la vez, y la alfombra pegó un salto hacia arriba y me atizó en plena nariz. Luego, cuando yacía tendido, soltando tacos y escupiendo pelusa, sonó el teléfono. Hacía diez minutos que había estado hablando con Martina, y esperaba que la llamada fuese de Fielding o de mi amigo Frank. El gilipollas de Frank. ¿Será capaz todavía de hacerme daño?

De modo que fue una sorpresa doble.

—¡Hola! ¡Eh...! ¿Te acuerdas de mí?

—Bromeas —dije—. ¿Estás en Nueva York?

—Exacto.

—Es imposible.

—¿Por qué? Veámonos y te lo contaré todo. ¿Almorzamos juntos?

No me iba bien, de modo que acordamos tomarnos unas copas en el Bartleby, en Central Park South, a las dos y media. Me tendí de espaldas, cuan largo y blanco soy, parpadeando aún. Jamás adivinarían ustedes quién era. O quizá sí. Pues claro, era Selina.

Pero ahora tenía que ponerme el traje y salir a reunirme con Butch Beausoleil y Spunk Davis para comer, para celebrar unas conversaciones de paz, para tranquilizarles y animarles y prepararles para el gran día. Había pensado llevarles a comer al Balkan Coffee Shop de la calle Cincuenta y tres... Para empezar hubo un pequeño altercado en la entrada, por culpa del informal atuendo de Spunk (que, de hecho, estaba super elegante con su camisa de seda, su mono de alta costura y sus zapatos de cuero), pero dejé un billete de cincuenta en la ancha palma del gerente, que nos condujo hacia un reservado próximo a la barra. No entiendo por qué no me olí que habría problemas cuando vi que Spunk permitía que Butch entrase antes que él en nuestro reducto, con una cortesía de tipo exhibicionista, y que luego hasta le encendía el pitillo que ella sacó en cuanto estuvo instalada. A continuación, sin apartar la vista de la señorita, ¡Spunk aceptó una copa de champagne! Bueno, después de todo eso (y no sin antes haberme concentrado unos instantes en el atezado brillo de la piel de Butch y en la palidez furtiva de la tez de Spunk), no pude fingir sorpresa cuando, cogidos de la mano, me miraron los dos a la vez para pedirme que fuera su padrino de bodas. Joder, ¿no les parece una gentuza increíble? Hace dos semanas se peleaban sin parar. En fin, supe que mis tendencias gay respecto a Spunk habían fenecido (al igual que mis tendencias normales respecto a Butch: en realidad, ni siquiera había llegado a tenerlas), porque lo primero que pensé fue: Fantástico; esto equivale a un millón de pavos de publicidad gratuita. Lo segundo que pensé, por otro

lado, fue: Desastroso; con esto se hunde el proyecto, jamás lograré sacarles el más mínimo partido durante el rodaje, y también hay que pensar en Lorne Guyland, que caerá fulminado en cuanto se entere de la noticia... Pero ya saben cómo son las cosas, nunca pierdo la esperanza. Después de mi final de semana en el paraíso, me sentía como un viejo y listo hijoputa curado de espantos, de modo que tuve, exteriormente, una reacción muy diplomática. Les dije que esperasen, y que no le dijeran nada a nadie. Ellos se mostraron un poco ofendidos, por supuesto, y se limitaron a oírme hablar durante toda la comida que, por cierto, tenía aspecto y sabor de semen de foca y polla de anguila. Sí, me mostré muy persuasivo, elocuente, apasionado. Y les hablé muy en serio. Porque, de repente, me di cuenta: tengo treinta y cinco años, y soy un padre frustrado. Quizá hubiese tenido que tener hijos cuando era joven, antes de que me diera tiempo a pensármelo.

Cuando Spunk se fue al lavabo, Butch me dirigió una mirada significativa, hizo una breve pausa, y me dijo:

—Estoy preñada, John.

Magnífico, pensé: Ahora, incluso Caduta tendrá una crisis nerviosa. Pero se me ocurrió otra posibilidad:

—¿Estás segura de que es suyo?

—No estoy completamente segura, no.

—Pero ¿no tomas la píldora o algo?, ¿no te pones alguna cosa ahí adentro?

—Contéstame a una pregunta, John. ¿Por qué ha de ser siempre la mujer quien tome precauciones? ¿Qué?

—Bueno, porque siempre es la mujer la que se queda preñada.

—Estaba convencida de ser estéril.

—¿Quién?

—Que yo era estéril. Además, este año ya he tenido dos abortos. Spunk no sabe nada de nada.

—De los abortos...

—No. De que estoy preñada.

—Ándate con cuidado, Butch. Acuérdate de lo religioso que es Spunk. Piensa que ellos creen en eso del derecho a la vida y...

—Por ese lado no hay problema. Ya no cree ninguna de esas mamonadas. Él no sabe nada, John. Y yo siento deseos de proclamarlo ante todo el mundo.

Hazlo, pensé, y yo proclamaré ante todo el mundo..., en la primera página del *Daily Minute*. Butch se desperezó y se estremeció de felicidad. Seguro que iba cargada de cocaína, y de megalomanía. Sí, me encontraba ante una furcia enloquecida, engreída y estúpida.

Pero conseguí que me jurase mantener silencio de momento, y cuando Spunk regresó se fue ella a mear, y me pareció que se iba muy tranquila y confiada. De

hecho, se pasó tanto rato en el lavabo que pensé que estaba abortando allí mismo.

Spunk me dirigía miradas de hombre seguro de sí mismo.

—Ya sé lo que piensas, John. Piensas que esto va a afectar tu trabajo en la película. Pero te equivocas.

—A ver, explícame por qué me equivoco.

—Hemos estado ensayando juntos, ella y yo. Fue así como ocurrió todo. Ya sabes, en el guión está ese precioso párrafo en el que Butch me habla del viaje de mi alma.

—Sí —dije, no muy tranquilo.

—Esas frases... Son poesía, música. Y luego, ¿te acuerdas de ese otro párrafo mío, aquel en que digo que Butch es uno de los hijos de la vida? Mientras ensayábamos, acabamos comprendiendo nuestras vidas como una especie de doble florecimiento que...

—Mira, Spunk —le dije—, ¿por qué no te la tiras unas cuantas veces seguidas, y luego olvidas todo este asunto?

Spunk estuvo en un tris de largarme un puñetazo, pero yo estaba preparado, con mi mirada de adulto bien a punto. Me sentía incapaz de aguantar más mierda de ésa, más palabrería suave y feliz, y me alegró ver que volvía a ser mi enemigo de siempre.

—No lo entiendes, John —dijo— Butch está enseñándome a *vivir*.

Acerca de esto no cabía la menor duda. Spunk tenía un aspecto horrible. En comparación a su estado de forma normal, parecía un libertino degradado por el vicio hasta la pura y simple idiotez. Santo Dios, entre la cocaína y el champagne y los vídeos que Butch tenía en su alacena, hasta a mí me resultaba inimaginable lo que ese par de jóvenes debían de estar haciendo en la cama. De sólo pensarlo me puse a jadear de asfixia. De todos modos, en un sentido esta circunstancia me beneficiaba. No quería que Spunk tuviese en la pantalla un aspecto excesivamente saludable e incorrupto. Con un mes de esta clase de vida, y un poco de maquillaje oscuro en las ojeras, este chico parecerá todo lo maltrecho que yo necesito.

—Mira, ella ha tenido siempre dinero, ¿entiendes? —me dijo—. Y sabe cómo usarlo. El dinero... ella me ha enseñado que el dinero no es más que una cosa que hay que utilizar. Ya sabes que yo jamás había llevado dinero encima, ni un céntimo, nada. No quería olvidar qué siente el que es pobre. Pero eso es simple miedo. ¿Por qué no habría que olvidarlo? Ahora he superado todo eso, y me siento a gusto con mi dinero.

Caramba. Así que este filósofo, después de pensárselo mucho, había llegado a esta conclusión. La única pena era que todos los periódicos sensacionalistas norteamericanos, que el país entero, había llegado a esa misma conclusión mucho antes que él.

—Bueno —le dije—. Ahora ya lo sabes.

Se levantó y se puso tieso como un poste cuando regresó Butch, y mientras tomábamos el café y los pasteles estuvieron los dos besuqueándose como un par de colegiales. O quizá no, mejor sería decir que estuvieron besuqueándose como un par de actores en la secuencia previa a los títulos, en una película porno. Contemplé sus jadeantes escaramuzas con la curiosidad neutral que me proporcionaba mi propia paz, o riqueza, sexual. Tenía los mismos sentimientos en relación a mi encuentro con Selina... El camarero me dirigió una sonrisa benévola y adulta cuando dejé mi tarjeta Vantage sobre la bandeja. Supe que el romance sería conocido esa misma noche por toda la ciudad. Y, sí, el guión podía encajar todo ese fuego con apenas hacer algún retoque aquí y allá. Tendría que conformarme con la publicidad gratuita, y tratar de calmar como fuese a Lorne. Meter a ese aristocrático crítico de arte que me había pedido. Añadir otra escena de desnudos. Otra escena de torturas. Por mí, que saliera en pelota viva de la ducha para coger el jabón, me daba igual. Joder, qué industria tan psicótica. Ni siquiera es una industria: apenas una conspiración, una conspiración del dinero. También reflexioné, y no por primera vez, en la siniestra adaptabilidad del nuevo guión. Fielding tenía razón. Con ese guión podía hacerse lo que a uno le viniera en gana: poseía una plasticidad obscena. Ese guión era como Juanita del Pablo o Diana Proletaria: se la podías meter por donde te diera la gana.

—Su tarjeta, señor.

Miré la bandeja..., y noté que el sudor de la vergüenza se extendía por todo mi pecho como si fuese hielo. Como si fuese hielo caliente, sudor frío. Me puse en pie. En medio del ardiente brillo de la plata yacía mi tarjeta, rota en cuatro pedazos.

—¿Dónde está el cabrón del gerente? Eh, venga usted para acá.

—Nuestra empresa sigue siempre esta política. Hemos comprobado la validez de su tarjeta a través del ordenador. No sirve. Falta de pago.

—Pues su ordenador ha metido la pata, entérese bien. ¿Sabe quién es esa señorita? Butch Beausoleil. ¿Y sabe quién es este joven? Spunk Davis. Mire, si me diera la gana podría comprar hasta diez veces esta empresita de mierda. Podría...

Y me pasé así un buen rato. No me había ocurrido nada tan malo desde hacía por lo menos dos semanas. Seguí rugiendo, pero, en fin, aquello era tan ridículo que no conseguí seguir estando furioso. Apenas era una anécdota que comentarle a Martina, algo con lo que hacer chistes... Después de aquel fin de semana de tres días, apenas llevaba encima unos pocos billetes de cinco y diez dólares, pero Spunk se sacó un rollo de billetes de cien y arrojó un par encima del pastel de chocolate. Desfilamos ordenadamente hacia la salida. Pero yo me entretuve un momento y le pregunté al *maître*:

—¿Verdad que le dan dinero por hacer esta clase de descubrimientos?

—Es cierto. Cincuenta dólares por tarjeta...

Metí dos dedos en el bolsillo superior de su chaqueta, y pesqué allí el billete de

cincuenta que le había dado al entrar. Agité el billete ante sus ojos y después lo dejé caer al suelo y me fui.

Gracioso, ¿no? Política de la empresa... Para cuando llegué, tras atravesar la hoguera de Central Park, al Bartleby, ya no me sentía ni con fuerzas para telefonar a la gente de la tarjeta Vantage y pegarles una buena bronca. Lo mejor sería llamar a una de las secretarias de la productora, y encargarle que lo hiciera ella por mí.

\*\*\*

—Joder y comprar —dijo Selina Street—, ésas son las dos únicas cosas que habría que permitir que las chicas hicieran desmedidamente. ¿No te parece?

Estaba sentada, rodeada por los paquetes y envoltorios de su reciente operación de saqueo en la Quinta Avenida. Iba vestida con un nuevo modelo especial para la ola de calor: un tutú infantilmente adornado de volantes, y una falda más pequeña que unos sostenes, moteada de manchitas de sudor. ¿Estaba engordando de cintura, al menos un poquitín? Quizá, muy poquito.

—Qué sorpresa —dijo—. Estás cambiado.

—¿Ah, sí?

—¿Has dejado de beber o algo así? Parece que controles un poco más tu vida.

—Lo mismo te digo. Estás como siempre, pero más como siempre que nunca.

Pero en realidad estaba cambiada. Había adquirido lo que desde el principio estaba buscando. Es esa extraña cosa que uno ve entrar y salir de los coches, o tras los cristales de las joyerías, o en los salones de hoteles como éste. Cierta fulgor, protegido del tiempo y del clima por un sistema de doble acristalamiento. Selina había adquirido el color, el tono del dinero.

Me estuvo hablando de Nueva York, que era exactamente como se lo había imaginado. Yo agitaba los brazos, tratando de llamar la atención de los camareros en el ajetreado acuario del vestíbulo. Era uno de esos lugares a modo de feria en los que Norteamérica respira profundamente y ejercita su riqueza, con ascensores transparentes que suben y bajan a través de fuentes, y follaje y pureza computarizada, un stand en la Expo del Futuro en el que se muestra un mundo que todos conocerán algún día con el nombre de *Dinero*... Selina llevaba una semana en Long Island, haciendo Dios sabe qué con Dios sabe quién: tenía un aspecto salobre, herrumbroso, de afilada dentadura. Entre otras cosas, había venido aquí para firmar la liquidación de Ossie. Quien, por cierto, también rondaba por aquí. Aunque todo había terminado entre ellos dos, Ossie seguía portándose *muy bien* con Selina. Y, en esta situación, Selina florecía: estaba a la altura de las circunstancias. Además, Selina investigaba el mercado, estaba haciendo prospecciones comerciales para lo que insistía en seguir llamando «la boutique», que ahora prosperaba y crecía, crecía y prosperaba. Mientras

conversábamos, se rascaba el muslo con una olvidadiza uña, o cruzaba despreocupadamente las piernas, o volvía la cabeza y fruncía el ceño al ver una diminuta arruga que se le había hecho en la falda. Yo aproveché estas maniobras para inspeccionar por mi parte la perspectiva de sus piernas, y las bragas blancas que llevaba puestas, unas bragas hinchadas como una vela al fondo de una panorámica.

—Pues no te imaginas lo sentimental que me pongo pensando en ti —me dijo, inclinándose hacia adelante. Sus ojos barrieron lentamente mi cara—. La otra noche estaba en la cama con alguien, no te diré quién, y el tipo hizo que me diera la vuelta. Ya sabes, para joderme por detrás, como te gustaba hacer a ti. Y tuve que parar. No podía seguir.

Sacudió la cabeza con un ademán que pretendía expresar su incredulidad: ¿cómo era posible esa constancia?

—Pero luego volviste a empezar —insinué—. Más tarde, continuaste.

—Oh, claro, claro que sí. Lo superé enseguida. Y luego continué la mar de bien. No sabes lo rico que es. Me he pasado toda la mañana de compras. Quería hacerte un regalo. Tengo la sensación de que te debo un regalo. En realidad, lo aceptaste todo maravillosamente bien. Pero al final sólo me he comprado regalos para mí. Mira. ¿No son preciosas? Ya sé que tú las prefieres completamente blancas, o completamente negras, pero éstas, tan rojas, me sentarán superbién. Por lo general no pagaría tanto dinero por unas bragas nuevas. Y éstas también me han salido carísimas. Fíjate, por este pedacito de tela me han hecho pagar cien dólares. Y son diminutas. Pesan menos que una pluma. Tócalas. Son regalos para mí. Pero también podrían ser regalos para ti. ¿Sabes qué había pensado? Subir a mi suite y probármelas todas. Pediré que nos traigan champagne. Me gustaría darte algo que te sirviera para recordarme. Me gustaría regalarte mi bronceado. ¿Quieres subir?

Estudí detenidamente su cara, sus ojos de mujer que va de compras. Son ojos que poseen también cierto fulgor especial, el brillo de los escaparates a última hora de la tarde, cuando cierran los comercios bajo una cascada de luz dorada, bajo el lustre perlado del imprescindible comercio. Su cara tenía una expresión sentimental, pero no había sentimentalismo alguno en sus ojos, no había ni siquiera amabilidad. Olfateé el peligro; hasta mis sobacos lanzaban zumbidos de alarma. No se trataba del peligro del descubrimiento sino del de la decepción, la risa áspera, interrumpida. Selina acertaba: yo sí que había cambiado. Vi su ofrecimiento, el ataque que lanzaba contra mí. De manera que, con los juramentos que le había hecho a Martina humedeciéndome todavía los labios, sonreí, lamentándolo mucho (jamás sabrán ustedes cuántísimo lo lamenté), y le dije que no con la cabeza, para después decirle con palabras:

—Por supuesto.

Las tres y veinticinco. El champagne ya estaba en camino. Sí, ¿dónde está mi

champagne? El espectáculo había terminado, pero el otro espectáculo ya estaba comenzando. Porque es un espectáculo, sin la menor duda, esa exhibición a la que se entrega la verdadera artista de la cama. Y hay tiempo para reflexionar entre tanta ausencia de sentimientos, tiempo para reflexionar en medio de todos esos reflejos. El reflejo es lo que mantiene a la artista en la pasarela, lo que mantiene a la actriz bajo los focos, el juego de espejos ante el aplauso contenido. Esto es simplemente una función privada, la función más privada, que sólo ellas pueden ofrecer.

—Quiero ponerme encima.

—Lo que tú digas.

Su magnífico tipo, sus pronunciadas curvas, se encaramaron sobre mí. Cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás. Me fijé en las alcantarillas de su garganta, en las mironas gafas de sus sostenes, grandes como platillos de café, un ojo abierto, el otro cerrado, pero los dos mirando, y la cintura medida por una cadenita de oro, y las anchísimas caderas cubiertas de cintas y lazos. Su piel es como una super piel que contiene un único órgano. Sentada encima de mí, Selina es una erección, es una polla... Pero, entonces, ¿a qué venía el miedo, a qué venía la vergüenza? Sé que no volveré a sentirme bien hasta que me ponga a caminar. Tendría que tener las piernas metidas en *mis* pantalones, y no en los suyos. Pero ahí viene, con un pecho en cada mano. Al perro viejo no se le pueden enseñar nuevos trucos. Y la verdad es que Selina me tiene tomada la medida. Auténticamente corrompida, vulgar hasta la médula, puro siglo xx, Selina será siempre el negro que escriba mi pornografía, Selina, la pequeña Selina...

Se inclinó hacia adelante, apoyó las manos en mis hombros, y me metió una teta en la boca. Pasó el tiempo. Pasó el tiempo, hasta que el mundo exterior —el mundo real— llamó a la puerta de la habitación vecina.

—Sí —dijo Selina con fiereza—, *pase*. —Y luego, con más suavidad—: El champagne..., lo dejarán ahí. —Y luego, con más suavidad incluso—: No pares.

Pero yo empecé a escabullirme, y entonces noté que las puertas del dormitorio se abrían de par en par, y una tercera presencia invadía nuestro espacio.

De un solo movimiento, Selina se sentó sobre sus piernas dobladas y se volvió a mirar, estiró una de las piernas y giró sobre sí misma hasta ponerse en pie, como un gimnasta al concluir su ejercicio. Yo alcé la cabeza y me quedé mirando fijamente.

Era una situación muy de adultos, ¿no les parece? Selina estaba ahora anudando el cinturón de su salto de cama (y mirándome con una expresión que decía: a mí que me registren; y es que ni siquiera *ella* está dispuesta a perdonarme), mientras que Martina, enmarcada en el umbral, con un traje de estambre gris claro y zapatos negros, pegados el uno al otro (¿y qué fue lo que vio ella? La erección animal, las pelotas, la cara asustada). Y, finalmente, yo, el chiste archisabido, confundido, acabado, agitando los brazos. Me he encontrado desnudo muchas veces, pero jamás

tan desnudo como en esta ocasión, ni siquiera en aquel Boomerang, junto a Sunset Boulevard, despatarrado ante el chuloputas.

Una situación muy de adultos, pero Martina parecía una niña. Como una niña que ha sufrido en un solo día más reveses que en toda su vida anterior, y que ahora vacila entre el rechazo y la aceptación de la idea de que la vida podría ser infinitamente peor de cuanto hubiera podido imaginarse, que la vida era esencialmente cruel, y que nadie se lo había advertido.

Bajó la vista. Sacudió la cabeza. Creo que incluso descargó una patada en el suelo.

—Sombra, también lo he perdido.

—¡Oh no!

—Se ha ido por las azoteas.

Y, dicho esto, también ella salió corriendo, cruzó la antesala y la puerta de la suite, y siguió corriendo por el alfombrado pasillo que había al otro lado de la pared contra la que estaba apoyada mi cabeza.

\*\*\*

Por fin me puse en pie y empecé a coger la ropa, los pantalones, el traje, ese cadáver. Me costó una eternidad meterme en esa ropa muerta.

—¿Se puede saber a qué venía tanto escándalo? —dijo Selina con la voz muy tensa. Yo me sentía incapaz de mirarla—. No, no me lo digas. Seguro que has estado acostándote con ella, a que sí. Tú con ella. Menudo chiste.

Finalmente comencé a irme, con las manos alzadas en señal de sumisión, o a la defensiva. Cuando llegué a la puerta reuní fuerzas suficientes como para volverme y decir:

—¿Cómo es que ha venido aquí?

—Yo qué sé —dijo Selina—. Es la suite de Ossie. Pregúntaselo a él. Pregúntaselo a ella.

En el aleteante y agitado bar de la planta baja me tomé doce bourbons seguidos. Sí señor, eso es, bebe hasta reventar, me dije, y telefoneé a Martina. Tuve que marcar el número tantas veces que casi me quedé sin dedos. No descolgaban. No descolgaban. Comunicaban. Comunicaban. Qué ruido tan odioso. Y mientras permanecía hundido en la barra, jugueteando con mis últimas monedas, como suelen hacer los bebedores, oí unas palabras que jamás en la vida creí que pudieran producirme ningún placer, oí el sonido de mi propio nombre —*John Self*— anunciado por los altavoces. Me acerqué al teléfono rosado. Pensé: *Es ella*.

—¿Sí? —dije.

—Se acabó. Todo ha terminado. —Era la voz de ese gilipollas. La risa de ese

gilipollas.

—Tú —dije—. Oh, hazme un favor, ven a verme. Ahora mismo. Ahora. Estoy preparado.

—De acuerdo. Escúchame. Hay un aparcamiento de coches detrás de esa tienda porno a la que sueles ir. Tuerce a la derecha cuando llegues a la cabina, y después camina unos cincuenta o sesenta metros. Encontrarás un montón de bolsas de basura junto a una puerta reventada. Cuando llegues allí...

—Quiero que nos veamos las caras ahora mismo.

—Sí. Ahora.

Salí al silo de la Sexta Avenida, la Avenida de las Américas, en donde parecían aguardarme los rascacielos montados en sus zancos. Arriba, en el cielo, soltaba destellos el calor asfixiante. Treinta y ocho grados. Avancé por la calle, disparado como un cohete, y tuve la sensación de que mi corazón iba a arder de un momento a otro, y que todo yo me convertiría en vapor y ascendería en espiral hacia el cielo encendido. Los millones de ventanas de Nueva York me miraban con furia, lanzaban miradas asesinas al que había sido infiel. Por Cristo, mi vida había sido una vida seria durante diez minutos, pero ahora volvía a ser el mal chiste de siempre. Pues bien, echémosle leña al fuego, hagamos que el chiste tenga toda la mala leche del mundo, pensé, y salí corriendo en dirección sur.

Estaba preparado, muy preparado. A paso de jogging crucé frente a los escaparates del emporio pornográfico en donde chicas asalariadas giraban como un torbellino en sus respectivos infiernos, siempre, eternamente, por dinero. A paso de jogging atravesé el horno del aparcamiento, en donde los Tomahawk y los Boomerang aguantaban el castigo solar que les caía en plena cara, odiando el calor, odiando el odio. Saludé con la mano a los chicos con gorra de béisbol. Ellos me devolvieron el saludo, animándome. Sigue, sigue, vas por el buen camino. A paso de jogging recorrí otros cincuenta o sesenta metros. Encontré las grandes bolsas negras, rebosantes, y una puerta metálica reventada. Un buen escenario para una pelea, sí. Mientras esperaba y odiaba, me pareció que el pitillo se encendía espontáneamente. No sentía miedo. ¿Qué podía quitarme ese tipo a estas alturas? Estaba preparado, preparado. Y a continuación sentí que una sombra caía sobre mí y que un par de brazos largos me oprimían el corazón.

Tranquilo, pensé, después de que los primeros voltios de conmoción se hubiesen escapado de mi sistema. Una buena puntada en el tobillo resolverá este aprieto. Y luego un codazo en plena cara, y asunto terminado... Pero, asfixiado, noté que mis pies perdían el contacto con el suelo. No podía hacer nada con las piernas, y, atrapados mis dos brazos, el único recurso que me quedaba era el cabezazo directo. Pero ¿dónde coño estaba la cabeza de ese tipo, por todos los dioses? No había modo de encontrarla. Las cosas empeoraron de repente porque comenzó a sacudirme,

pegada su pelvis a mi trasero, todo ello acompañado por los ruidos que deben de hacer los simios al joder, y por el chisporroteo de su risa, y por la antorcha de su aliento clavada en mi nuca. Por vez primera comprendí hasta qué extremos estaba loco y furioso, y pensé, no habrá modo, este tipo recurre a unas reservas de fuerzas que no están a mi alcance, no puedo hacer nada por defenderme... Pero también yo soy fuerte, maldita sea, y jamás he estado tan furioso como hoy. Justo en ese instante me aproximó a menos de un palmo de la pared del callejón. Fantástico: justo lo que yo necesitaba. Levanté los dos pies y, con un empujón capaz de aplastarle los huevos a cualquiera, le envié marcha atrás contra la puerta, con todo mi peso sobre él. Pero volvió a enderezarse, sin perder la calma, sin darme cuartel. Con un fiero retorcimiento de las mandíbulas, me arrancó un buen mechón de pelo, y después escupió, soltó una carcajada, y me sacudió más fuerte que antes... Sólo me quedaba aguardar al final; no había reacción posible. Ahí viene el último apretón. Noté que se me ponía la cara morada; pero fue esa otra pelea, la pelea por seguir respirando, la que me dio la solución. Todavía tenía el pitillo entre mis labios. Torcido, pero encendido aún. Volví la cara congestionada hasta la máxima torsión de mi cuello. Me faltaban unos pocos centímetros, y se me estaban yendo las fuerzas, como un escape de gas. Pero él cometió un error. Tenía que cometerlo. Fue demasiado lejos. Me metió la lengua en la oreja, y supe una cosa: esto rayaba en lo insoportable. Era insoportable. De modo que, con un audible retorcimiento del cuello, volví mi cara hasta meter la boca en su desnuda garganta.

Estaba libre, bailando en el aire. Girando sobre mí mismo, aunque fuera tambaleándome, le di con el puño en plena cara. Le propiné seis, ocho, diez golpes a dos manos en la cabeza y los hombros, hundiéndole, como si estuviera metiendo un clavo de tienda de campaña en la tierra, y cuando me preparé a dispararle una patada a modo de golpe definitivo, vi esa cara, pero la vi demasiado tarde, la vi cuando mi pie avanzaba a semejante velocidad que no había ya forma de detenerlo (tampoco quería detenerlo, no, no quería). De modo que para cuando quise saber lo que estaba haciendo ya me había llegado el sonido, el elocuente sonido que produce un daño irreparable, el ruido seco que hace la máquina del millón cuando la bola sale rebotada contra el cristal: ¡Zok! Y, ¿saben ustedes qué era lo que yo acababa de hacer? Darle una patada en pleno rostro a una mujer.

—Eh —dije.

O quizá fue:

—¿Se encuentra bien?

Espera. Mira. El bulto rodó de costado. Fragmentos de carne semidigerida y dientes rotos emergieron de aquella boca. Nuestras miradas se encontraron. Horrible. Ya había visto antes esos ojos, pero en otra cara. Y en ese momento cayó la peluca, y debajo apareció el felpudo jengibre.

—¿Quién es usted? —dije, echándole una profunda calada al torcido pitillo. No era una mujer. Tenía voz de hombre, y de hombre era todo lo demás.  
—Oh, maldita sea —pareció decir—. Perro inhumado.

\*\*\*

Estoy sentado en mi habitación del Ashbery, bajo una nueva red de náuseas temida desde hace tiempo, esperada. Estaba bebiendo scotch y leyendo *Dinero*. Me puse en pie. Con la ayuda de mis lentas piernas y mis lentas manos, me hice con un bolígrafo, una hoja de papel, el diccionario. Cogí los tranquilizantes que Martina me había proporcionado. Me dijo que creaban menos adicción que mis acostumbrados Serafim. La etiqueta dice: *Martina Twain. Tomar por la noche...* Volví a sentarme. Escribí en la hoja de papel la lista de todos nuestros financieros. Tomé un sorbo de scotch. Comparé mi lista con el índice de nombres citados en *Dinero*. Ricardo, Gresham, Biddle, Baruch. Busqué la palabra *numulario* en el diccionario. Tomé otro sorbo de scotch. Busqué la palabra *valuta* en el diccionario. Me levanté, abrí la ventana, saqué la cabeza. Busqué las palabras *guelte* y *din*. Me levanté y fui al baño, donde vomité sonoramente. Regresé. Me tomé tres tranquilizantes con otros tantos tragos de whisky. Sonó un golpecito en la puerta, y Félix se coló en la habitación, muy presuroso, como el humo del pitillo huye hacia las esquinas cuando hay corriente de aire.

—Félix —dije, con la boca espesa—. ¿Qué pasa, tío? Hace mucho que no te veía.  
—Se acabó —dijo él—. Pero ¿qué ha hecho esta vez?

Con los labios secos y ardor de vudú en los ojos, Félix me dijo que toda Norteamérica estaba interconectada por medio de ordenadores cuyas raíces salen por debajo de los rascacielos y forman una enorme telaraña que conecta todas las ciudades, clasificando, archivando, aceptando, rechazando, rechazando. La América del software se extendía por todas partes, me dijo, formando un retículo de enlaces y cortes, con pantallas visualizadoras y tableros digitales, con listas de gente desacreditada, con listas de acreedores y de deudores. Y añadió que todos los estados de Estados Unidos codificaban mi nombre en estos momentos, que todas las unidades de control hacían muecas horribles y mostraban gráficas que parecían afilados electroencefalogramas. Toda América jugaba a marcianitos con las palabras «john self». Me había convertido en un enemigo del dinero. Y la poli andaba sobre mi pista.

—No me hagas reír —le dije.

—Hay que hacer las maletas ahora mismo.

—Será algún error.

—Las maletas. —Le llameaban los ojos, estaba implorándome. Su mirada era super triste—. Justo después del puente del Labour Day hicieron una comprobación.

El nombre de John Self salió en la lista negra. Diez veces. Quince. Estudiaron el caso. En serio, tío, es un montón de dinero lo que le reclaman.

Oímos el ruido del ascensor. El teléfono descolgado me habló con su nueva voz. No contesté. Ni siquiera hice las maletas. Félix se me llevó hacia abajo por el ascensor de servicio y me sacó a la calle por la cocina. Los obreros, con sus camisetas baratas, entre fregaderos y ollas, me miraron con fijeza. Todos notaron el peligro en mí. Salimos a la basura del callejón. Esas enormes manchas sucias de la acera, no habrá modo de limpiarlas, ni frotando un millón de años. Nos miramos cara a cara por última vez.

—Vale —dijo Félix.

—Gracias. —Me llevé la mano al bolsillo. Había dos billetes, seis pavos en total. Le di a Félix el de cinco dólares.

Él se quedó mirando el billete que tenía en la mano. Me lo devolvió, y yo se lo acepté.

—No, tío —dijo, gruñendo—. No acaba de entenderlo. Todo eso se ha acabado, por completo.

\*\*\*

Soy un objeto increíble lanzado hacia adelante, cerca de cien kilos de peso muerto violentamente proyectado, como un expreso al final de un sueño. Usted, sentado junto a la ventanilla del tren, levanta de repente la vista para verme pasar, rugiendo, arrastrando en pos de mí ese golpe de aire negro que agarra por las solapas al vagón en el que usted viaja y hace temblar hasta los cristales de las ventanillas. Pero enseguida desaparezo, renace la calma. Ya estoy lejos, pero sigo en marcha, sigo huyendo, sigo chillando.

Entro en el vestíbulo del Carraway y subo escaleras arriba, siempre con la cabeza gacha. Las puertas estaban abiertas, para airear la enfermiza habitación. Junto a ellas se encontraban un par de guardias de seguridad, una doncella del hotel, un tipo enorme con traje de rebajas, inclinado, tratando de escuchar la voz que le hablaba por un walkie-talkie, más una anciana muy alta con anorak y pantalones elásticos de color marrón, y una chapita en donde decía: Daisy's: Un Magnífico Retiro.

—Soy Beryl Goodney —me dijo la vieja dama—. La madre de Fielding. ¿Es usted ese pobre hombre?

Dejé atrás a la entristecida mujer, a los atemorizados y susurrantes guardias uniformados. Con una sábana sobre los hombros, Fielding permanecía sentado junto a la ventana, en una silla de respaldo vertical. Se volvió lentamente al oír mis pasos. Tenía el pelo pegado al cráneo, los labios hinchados, cierto elemento vital desaparecido en su antiguamente fiera mandíbula. Se ha quedado sin su mandíbula,

pensé. Y allí era donde más se le notaba antes su vitalidad.

—El dinero —dije—. ¿Dónde está el dinero?

—No hay ni un jodido céntimo.

Abrí mis manos como señalando toda aquella habitación lujosa, con sus muebles, sus ordenadores, su mesita de ruedas con las bebidas, sus candelabros, su Nueva York.

—Entonces, ¿quién paga todo esto?

—Tú.

—Pero ¿qué has hecho?

Me dirigió una mirada extraña. Luego, intentó ofrecerme una explicación, y me pareció que entre sus labios ceceantes asomaban inesperadas melladuras.

—Y tengo cuarenta y cinco años, Slick.

No pudieron detenerme en la puerta, llevaba demasiado impulso como para que nadie pudiese pararme, y salí corriendo hasta que llegué a la calle, jadeante, en donde me detuve por fin a pensar hacia dónde podía ir. En la esquina, un taxi amarillo frenó brutalmente y de él se apeó Doris Arthur. Enseguida se volvió hacia mí y hacia el hotel, como si nos tomara la medida.

—Ya te lo advertí —me dijo a voz en grito—. Intenté avisarte.

Me acerqué, la agarré del cuello y la arrastré hasta una calle secundaria. No sé por qué tengo esa extraña incapacidad de pegar a las mujeres, últimamente. Nada hubiera sido más natural en esas circunstancias. Pero me limité a cogerle la barbilla con una mano y decirle:

—Mala puta. Tú también estabas metida en eso.

—¿Es que no oyes lo que te dicen, bola de sebo? —¿Por qué? ¿Para qué seguiste con el cuento hasta el final?

Apartó la mano con la que yo estaba sujetándola, y entonces lo soltó:

—Por el sexo.

—Joder con las tías. Con las escritoras. La misma historia de siempre. Mucho hablar, mucho hablar, hasta que se presenta una polla que encaja bien.

—Tonto del culo —dijo ella, y sonrió—: No te enteras de nada. En la cama, Fielding hace de tía.

Y entonces oí un grito grave y serio a mi espalda. El tipo enorme del walkie-talkie estaba esperándome en la esquina. Y Doris había desaparecido y el mundo volvía a pasar a mi lado, de nuevo a toda velocidad.

\*\*\*

Y seguí corriendo. ¿Saben una cosa? Corro muy bien. En serio. Si pudiera irme

corriendo de América, seguro que lo conseguiría. Tengo piernas para eso y más. Pero no tengo alas. Ni dinero.

El siguiente lugar en donde estuve corriendo mucho fue la negra planicie del aeropuerto JFK, el fondo de ese cráter cercado por terminales de acerados ojos, con aviones crucificados volando y aullando sobre mi cabeza. Antes le había estafado veinticinco dólares a un taxista: y no era el clásico matón mascachicles, sino un honesto asalariado procedente de Israel, que ahorra para pagarse la universidad y mantener a sus padres, unos modestos pensionistas de Jerusalén. Cuando nos acercábamos al Kennedy, se le ocurrió preguntarme por esa vida lujosa que yo parezco llevar: Londres-Nueva York, Nueva York-Londres; de modo que empecé a decirle que, bueno, había interesantes contrastes entre una ciudad y la otra, y en eso estábamos cuando le pedí: Déjame ahí mismo, muchacho, y cuánto te debo, y... Salí corriendo y me dirigí hacia una pared. Salté, encajé la caída de tres metros al otro lado entre el codo y la pelvis, encontré mis pies, y me puse a correr otra vez hacia los charcos negros, las vallas, los cables, las pistas. No hubo persecución. Lo único que llegué a escuchar fue su pasmado «Oiga», pronunciado en una voz cansada, harta de tramposos, de cheques sin fondos, de fulleros del dinero de plástico, de los estafadores de Nueva York.

Probé en primer lugar la terminal de TransAmerican. Me estiré un poco el traje y me dirigí con paso ágil hacia el mostrador.

—No habrá ningún problema —dijo el tipo con cara de cacahuete, coronada con la gorra de uniforme. Clase turista, butaca de pasillo, zona de fumadores: incluso una película más o menos soportable para entretenerme. Le pasé mi Tarjeta Approach Platino. Tecleó mi nombre y mi número, dijo: «Un momentito, señor», y se coló por una puerta que tenía a su espalda. Silbando, con las manos en los bolsillos, me alejé del mostrador, como si paseara, y tomé posiciones junto a las puertas de cristal de la salida. Como era de temer, mi jovencito volvió a salir por la misma puerta, escoltado por dos policías de paisano. ¿Seguridad de aeropuertos? ¿Chicos de la CIA? No, simplemente, la poli del dinero: cerdos, cabrones, basura. Basura dinerada, de modo que salí y me puse otra vez a correr.

En el mostrador de la PakAir me entró pánico, pero lo probé una vez más en el de la British Albigensian. Allí encontró su punto final mi tarjeta Air Budget, y allí empezó también una nueva persecución, esta vez muy prolongada: veinte minutos que me pasé lanzado, cagando leches, por una carretera de circunvalación, y con un tipejo con cara de lebrél pisándome los talones. Manhattan, el aeropuerto JFK, resultan lugares muy diferentes cuando circulas por ellos sin dinero. Tú cambias, pero ellos también. Hasta el aire cambia. Lo noté en cuanto salí del Carraway. Con dinero, el deslumbrante Nueva York parece un invernadero acristalado. Sin dinero, es como si estuvieras desnudo, tratando de proteger el pito de la cascada de cristales rotos que

se te viene encima. Sin dinero es muchísimo más difícil soportar las miradas, los ruidos, los olores. Una ciudad durísima. Ahora comprendo lo cierto que es. ¿Dura? ¡Es una tormenta de mierda! Es a ras de tierra donde pasan las cosas de verdad. Ahí abajo todo tiene mucha más intensidad, todo resulta mucho más realista. Y también hay que tratar con la gente del dinero, aunque éstos sean diferentes, ingeniosos pícaros del cambio y el suelto, que hacen tintinear sus monedas mientras corren en pos de ti.

\*\*\*

Con las piernas cruzadas bajo mi peso, me instalé encima de un retrete de Air Kiwi y pasé revista a mis bolsillos, anhelando encontrar dinero o algún medio de conseguirlo. A estas alturas ya pienso en cosas como vender mi reloj, mi cartera y hasta mis calzoncillos, uno de mis riñones, el oro de mi dentadura. Podría ir en autobús hasta Canadá y ponerle un telegrama a mi padre, pidiéndole algo de pasta, o ganármela trabajando en lo que sea allí arriba, en la parte helada del globo terráqueo... Pero no, no pienso regresar a Nueva York, a Norteamérica. Mejor sería intentar un secuestro de avión. O cruzar a nado. No pienso regresar a Norteamérica. Jamás.

Soy una de esas personas que rondan por el mundo con montones de papeleo atrasado metido en los bolsillos interiores de la americana. De modo que al poco rato tenía sobre mi regazo todo un serial, una auténtica y larguísima biografía (no muy buena, por cierto), en forma de papelitos doblados y arrugados y polvorientos. Una factura del gas, entradas de la ópera, cupones-regalo del tabaco, pasaporte, recados telefónicos, demandas fiscales, programas de rodaje, más facturas, recibos de pagos hechos con tarjeta en el Kreutzer's, el Bartleby, el Happy Isles, impresos para anotar gastos de representación, una multa por conducir borracho, una postal con un Manet, una nota de Martina, ni un solo billete de curso legal, un billete de avión que no había sido utilizado... Manoseé este último papel durante un rato, hasta que finalmente tomé la decisión de averiguar qué era. Un billete de avión, abierto y sin utilizar. Airtrak. Nueva York-Londres. 20 kilos. YAP 1Y. OK.

¿Okay? Joder, llevaba tanto tiempo teniendo mala suerte... que ahora me sentía incapaz de admitir que aquello era un pulgar alzado, una cara guiñándome esperpénticamente el ojo. ¿Se acuerdan de lo que pasó hace ya algún tiempo, cuando Fielding me dio el billete de primera en el Berkeley? ¿Recuerdan lo de la falsa amenaza de bomba y todo eso? Pues bien, no llegué a utilizar aquel billete de avión que me había comprado ese mismo día, con mi propio y maravilloso dinero, y aquí estaba el billete, bastante arrugado, por supuesto, y hasta con huellas de dedos sucios, pero válido, honrado, utilizable.

Un asombrosamente amable asalariado me indicó que el mostrador de la compañía Airtrak se encontraba en el siguiente edificio. De modo que me fui directamente hacia allí, escudándome en un autobús que seguía mi mismo recorrido. Eran las diez treinta y cinco, y les quedaban butacas libres para el vuelo de las once. La bocaza que me atendió hizo sus comprobaciones y me dijo:

—Sí, el billete es bueno.

—Lo creo, amor mío, lo creo. Sabe lo que le digo, que ésta es la mejor compañía aérea del mundo. Sin discusión. Las demás compañías dirán lo que quieran, pero ustedes son la compañía *de la gente*. Maldita sea. Ya he oído hablar de sus problemas financieros, pero, no se preocupe, seguro que se arreglarán. Ustedes lo hacen bien. Desde luego. A partir de ahora volaré siempre con Airtrak. Sé que ustedes harían cualquier cosa por sus clientes, cualquiera. Ustedes son la única que de verdad...

Hubiese podido seguir así indefinidamente, según alcancé a comprender más tarde. Hizo falta que me agarrasen con auténtica fuerza del hombro para que callase. Y no era la poli ni nada de eso, sino un simple empleado de Airtrak cuya mirada de asombro y cuyas palabras tranquilizadoras me persuadieron por fin para que me secara las lágrimas, jadeara en falsete unas cuantas veces, y me largase por la puerta correspondiente. Sin equipaje, sin trampa ni cartón: sólo yo. Yo, perfectamente engrasado y preparado, dispuesto a volar. En la sala de espera el bar estaba cerrado, pero el destino o la justicia me envió un barrendero de aeropuerto con un carrito de miniaturas y una nevera portátil, de modo que me gasté los 6,75 dólares que me quedaban en tres reconfortantes botellines de whisky. Me sentía tan fuerte y tan orgulloso que me entraron ganas de telefonar a Martina y aclarar el malentendido. Pero me había quedado sin blanca. Sí, tuve que gastarme hasta el último céntimo, vaciarme completamente los bolsillos. Perfecto. Como tenía que ser. Ni un céntimo.

Poco después estaba abrochándome en el asiento de ventanilla de un grupo de tres butacas vacías. Daba gusto. Una buena inversión. Una magnífica relación calidad/precio. Un servicio magnífico. Emití un áspero grito de alegría cuando el enorme cacharro rugió y se estremeció, y salió al centro del ruedo. Contemplé los charcos de luz, los camiones de basura que iban quedando velozmente atrás, y noté que el relumbrón y el imán de Nueva York iban perdiendo fuerza. No, ahora no volverás a atraparme. Nos pusimos en nuestro sitio de la cola, después salimos a toda carrera, con estruendo y determinación, y nos hundimos en la negra tubería para enseguida ascender a la noche.

\*\*\*

Cuando el avión recobró la horizontalidad, encendí mi último pitillo. Aspiré lentamente su humo: jamás me había parecido tan dulce. Ante mí se abría el

programa de una fiesta solitaria: un buen asiento, una buena comida, pasatiempos; cócteles, cena, sesión golfa de cine. Restaba el problema del dinero, ciertamente, pero aún podía colarles un cheque, o presentarles mi tarjeta Approach americana, la que no es de platino, o, en último extremo, obtener todo eso a base de dominar por la fuerza a la azafata. Esta noche tenía intención de *emborracharme*, ahí arriba, en el país libre de impuestos. Me di la vuelta, tratando de divisar el carrito con las bebidas, y justo en ese momento ocurrieron tres cosas a la vez.

La primera, a modo de entrante, que alguien me dio una patada en pleno rostro; pero desde dentro. Esta bota dolorosa, este uppercut lanzado con todas las de la ley, con toda la potencia, me sacudió brutalmente la cabeza. Entretanto, comencé a sentir un auténtico jacuzzi de basura y veneno que me revolvió las tripas. Los tres botellines de whisky ingeridos de golpe y con el estómago hecho un estropajo, sumados a los efectos de tanto joder y tanto pelear, de tanto huir, esconderme, estafar. Lógico. Y, al mismo tiempo, bueno: yo había sabido siempre que existían las criaturas del aire, los dioses meteorológicos, los leviatanes de amperios y esporas cuyas vidas transcurrían en los cúmulos, a miles de metros del suelo. Pues bien, alguno de esos seres, enorme y furioso, nos arrastró ahora hacia el seno de su caos. Las mandíbulas que teníamos encima de nuestras cabezas se abrieron de golpe con expresión de asombro. La gente se puso a hablar en extrañas lenguas: incluso la voz del piloto comenzó a cantar a la tirolesa y a lanzar curiosos trémolos en mitad de aquellos tremendos espasmos. Por aquí arriba hay demonios, pensé, demonios recién caídos del cielo. No, es Nueva York, todavía Nueva York, que ha estirado sus tentáculos para hacernos cosquillas en el corazón con sus largos dedos. Ignorando toda clase de advertencias, me puse en pie y me fui, rebotando como una pelota de ping pong, hacia los meaderos del final de la cabina.

Creo que jamás me he sentido tan vacío como después de haber hundido la cabeza en ese orinal de aluminio. ¿Cerca de los cien kilos? Apenas si peso cien gramos. Soy una muela careada en un pedo de aire. Todo lo que tengo está abandonándose, cayendo, dejando atrás los vasos de plástico, los muslos de perro y demás productos destinados a la alimentación aérea, dejando atrás las prisas, el miedo, el difícil regreso a casa, para deslizarse por el aire y descender hacia las nubes, con rumbo hacia el negro Atlántico... Finalmente, el avión salió del aprieto. Igual que yo. Volvimos a oír la voz del piloto. También yo, llorosamente, hice recuento de los daños. El piloto tenía problemas, pero ¿acaso no tenemos todos nuestros problemas? Por mí, como si decía que iba a hacer un aterrizaje de emergencia en el Polo Norte. El dolor volvió a pasearse por mi Upper West Side. El dolor es el medio que utiliza la naturaleza para decirnos que algo va mal. Pacientemente, el dolor sigue repitiendo ese mensaje una y otra vez, incluso cuando hace ya mucho tiempo que lo hemos captado. Esta muela ha fallecido, me informó el

dolor; se acabó, ya no da para más. La muela ha fallecido, pero yo sigo con vida. Y luego empecé a percibir otro mensaje. No me quedaba más remedio que prestarle atención.

—Dentro de unos momentos notarán ustedes que damos un amplio giro. En fin, que yo también acabo de convertirme en un desempleado... Señoras y caballeros, tengo que informarles que éste es el último vuelo de la compañía Airtrak. La empresa se ha hundido del todo. En nuestro regreso al JFK vamos a pasar de nuevo por esa turbulencia. Por favor, abróchense los cinturones y apaguen sus cigarrillos. Gracias.

Me instalé en mi asiento justo cuando comenzábamos a descender sobre la bahía, a tiempo para ver los tensos arcos plateados y los lacios lazos de oro, las formas y las pautas que las calles dibujan sin enterarse.

## VIII

Al llegar hacia el final de una novela, se suele tener una sensación de pesadez. Puede que sólo se deba al cansancio de tanto volver páginas. La gente lee aprisa, como si quisiera llegar pronto al final, librarse de ti. Comprendo su problema. ¿Cuánto tiempo somos capaces de sumergirnos en las vidas ajenas? Cinco minutos, quizá. Cinco horas, nunca. Es un auténtico esfuerzo.

—Sí, claro —dije—. Oye, Martin. Lo que voy a decirte me resulta muy embarazoso. A que no lo adivinas...

—Nos han dejado plantados.

—Sí. ¿Cómo lo has sabido?

—Joder, pero si se veía venir desde el principio.

Así que, en ese momento, lo vomité todo, sin omitir detalle: Fielding, Frank y sus llamadas telefónicas, la pelea detrás del emporio del porno, aquella habitación del Carraway...

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué lo hizo? ¿Cuáles eran sus motivaciones? Por teléfono insistía en decir que era yo quien lo había jodido todo. ¿Cómo puedo ser yo el responsable de este desastre? Me acordaría. Si hubiese hecho algo mal, me acordaría, incluso a pesar de mis apagones mentales.

Martin se puso a reflexionar. Y noté que me salía el afecto hasta por los poros cuando le oí decir:

—Me parece que eso es sólo una cortina de humo. En realidad, tú no le has perjudicado en nada.

—¿En serio? De todos modos, ¿no resulta absurdo?

—¿Tú crees? ¿En estos tiempos que corren? A veces pienso que las motivaciones, en el sentido de fuerza motriz del comportamiento humano, han perdido toda su importancia. Las motivaciones no tienen lo que hace falta tener para motivar a la gente. Vete a dar una vuelta por la calle, y dime cuánta motivación ves por ahí.

—¿Por qué me eligió a mí? Eso es lo único que quiero saber. ¿Por qué ha tenido que ocurrirme eso a mí?

—Mira, encajabas en sus planes desde diversos puntos de vista. Pero intuyo que,

sobre todo, tuvo que ver con tu nombre.

—¿Qué le pasa a mi nombre?

—Los nombres son importantísimos. En fin, creo que tendrías que irte. Seguiré dándole vueltas al asunto, y, si quieres, podemos volver a vernos y hablarlo. No te preocupes. Al final todo quedará resuelto.

—Para ti, que al menos has cobrado la mitad de lo que te debíamos —dije.

—No llegué a cobrar el cheque que me diste. Toma. ¿Lo quieres?

—Joder, tío, para las cosas del dinero careces de la más mínima sensatez. Mira, quédatelo. Es posible que alguno de nuestros financieros hubiese puesto algo de pasta. Es posible que al final de todo este asunto todavía haya algún dinero.

—No lo entiendes, John. Los tíos del dinero tampoco tenían dinero. No eran gente con dinero, sino...

Le miré fijamente, hasta que Martin dijo:

—... actores.

Las calles cantan. Es cierto. ¿No las oyen ustedes? Las calles gritan. ¿Han oído hablar de la cultura de las calles? Falso. En realidad no hay cultura callejera. Las cosas son así. ¿Empieza el grito donde termina la canción? Y en las calles de los monólogos y en los callejones de los coros del oeste de Londres, los que tendrían que gritar, cantan, y los que tendrían que cantar, gritan. Respiran el aire que sale de los salones de marcianitos que no cierran en las veinticuatro horas del día, de los supermercados que no cierran en las veinticuatro horas del día, del hipocausto de la ciudad que no cierra en las veinticuatro horas del día. Al igual que los tugurios por los que ronda esa gentuza, ellos mismos funcionan a base de no cerrar en las veinticuatro horas del día. No cierran nunca. Esa mujer de piernas oscuras —¡qué fuerza, por Cristo!— apuñalada en los portales, a todas horas, con sol o lluvia: sí, también ella, como el resto del coro, ensaya permanentemente su queja personal, su grito contra la conspiración, contra la traición. Y todo acaba en obscenidades y movimientos apresurados, en odio dirigido contra sí misma, como si ya no soportase su propia proximidad. Madre mía... La canción que cantan quienes gritan es una canción dedicada a quienes no lo soportan, una canción que define e imita la significación de la palabra *insoportable*.

¿Se han fijado ustedes, por cierto, en lo alto que habla la gente en los snackbares y en los cines, en cómo los traspatios son cobijo de gente sin ingenio, gente torpe, gente con transistores, y que las palabrotas y señas de guerra sexual son la única forma de diálogo que queda en las colas de los autobuses, y que parece como si la vida hubiera salido toda ella al aire libre? Mientras, en los viejos pubs, los clientes de siempre hacen muecas y aguantan como pueden la música enlatada de rock. Hablamos en voz más alta para hacernos oír. Pronto estaremos todos gritando todo el día.

La televisión nos afecta. El cine también. No sabemos aún cómo nos afecta. Esperamos, y contamos los síntomas. Todos nos hemos enterado de que hay un problema de verosimilitud. ¡La televisión es real!, piensan algunos. ¿Dónde queda, entonces, la realidad? Todo el mundo necesita, exige, una personalidad de las que producen impacto, una vida de serial, de teatro callejero, todo el mundo quiere meterle un poco de *arte* a su vida... Nuestras vidas poseen cierta forma, cierta configuración artística, y todos queremos que esa forma quede revelada en todas nuestras acciones, incluso cuando nos movemos en los detalles más simples, entre nuestras llaves, nuestras esponjas, nuestras tazas de café, nuestros cajones de las camisas, nuestros talonarios de cheques, nuestras sábanas, nuestros peinados, nuestras varillas de los visillos, nuestras garantías de la nevera, nuestros bolis, nuestros botones, nuestro dinero.

Ando buscando dinero, ando buscando dinero. A ver si alguien me da un poco. Venga. Decídanse. *Toma, hombre, un poco de dinero...* Esta mañana he intentado cobrar un cheque. Todo funcionó como un sueño, como un sueño agradable, hasta el último momento, porque entonces me fastidió la tía de la caja, que me dijo que nones con la cabeza. Un simple movimiento al otro lado de la madera del mostrador. Rebusqué en todos los rincones del apartamento. Esperaba encontrarme billetes arrugados de una libra en el fondo de una zapatilla deportiva, billetes de cinco en los bolsillos de los tejanos, billetes de diez bajo los almohadones del sofá, billetes de veinte en el jarrón del escritorio. Todo lo que encontré fueron noventa y cinco peniques. Al volante de mi nervioso Fiasco (con el indicador del depósito de gasolina en la zona de reserva), fui a las oficinas de Linex amp; Carburton. No sé qué me tiene reservado el futuro, pero sé que, sea lo que sea, necesito dinero para protegerme de eso. De otro modo, bajará algún dios del dinero, de un mordisco me arrancará un buen pedazo de mi ser. Entré en la madriguera de Terry Linex y le dije:

—Dame mi finiquito. Quiero mis cincuenta de los grandes.

Terry me había prometido que mi liquidación tras el abandono de la empresa sería una cifra importante, a mitad de camino de las seis cifras. Y Terry cumplió su palabra, a su modo. Porque, no crean, Terry también tenía su ración de problemas, el pobre. Me sirvió una botella entera de whisky para prepararme. Las cosas no le iban bien. Asuntos fiscales de diversa catadura: no acabé de entender muy bien las diversas entradas y salidas. Nos estrechamos la mano. Me dio un cheque, a cobrar al cabo de unos días. Terry me había prometido que mi liquidación estaría a mitad de camino de las seis cifras. Y así fue. Una cantidad de tres cifras. Exactamente, ciento veinticinco pavos.

Al cabo de una hora estaba bebiéndome el brandy de cerezas del año pasado en la cocina de Alec Llewellyn. Los dos teníamos el cuerpo encorvado sobre la mesa, como tahúres en plena partida. A estas alturas ya hemos estado así, frente a frente,

muchísimas veces. Ninguno de los dos dijo gran cosa, porque no había mucho que decir. Alec Llewellyn me debe varios miles de libras. Pero, qué le iba a decir. En su casa no había dinero. Estaba clarísimo. Todo era dinero en cifras rojas, dinero negativo. Ni siquiera mencioné la deuda. Pero él la recordaba muy bien. El radar dinerario seguía funcionando en los escombros de su cara sensual, tan jodida ahora. Sabía por qué había ido yo hasta su casa, y me temía.

Será la última vez que Alec me tenga miedo. De modo que me recosté en la silla y dejé que ese miedo fuese cobrando intensidad.

\*\*\*

Supongo que estarán ustedes preguntándose cómo logré huir de Nueva York. Yo también me lo pregunto, en cierto sentido. Supongo que estarán preguntándose también quién me pagó el billete. ¿Martina? No. Ay, no fue Martina, no.

Airtrak se limitó a depositarnos en la terminal, a las doce y media de la noche. Era una auténtica escena del siglo xx, pánico planetario, fotógrafos y periodistas, tipos con su nombre grabado en una chapita, gente con cuadernos de notas, todo el resonante alboroto de los refugiados. ¿Le proporcionó un vuelo a su gente la compañía aérea de la gente? No, no lo hizo. Apenas si nos dio un cupón para tomar un refresco, y otro cupón para tomar un bollo. Yo estaba de todos modos a punto de desmayarme cuando, en medio de aquel torbellino, me encontré ni más ni menos que con Big Bruno y Horris Tolchok. ¡Bien! Venid ahora a por mí, pensé. Pero enseguida les esquivé y me puse a huir de nuevo, a escabullirme de Bruno y de Horris, de la mierda del dinero, a escabullirme de Norteamérica entera... Pasé la noche metido en el váter de PakAir. Cada pocos segundos soltaba un fuerte eructo, y esperaba que mi maldita muela me propinase un directo en la cara. En los lavabos había una máquina de aspirinas. Pero no tenía ni cinco. Nada de nada. Si esa noche hubiese podido matarme, lo habría hecho. Pero el suicidio, al igual que la aspirina, al igual que todo lo demás, cuesta dinero, y yo no tenía. A no ser que seas un tipo valiente de verdad, el suicidio te cuesta una pasta. Probé las pastillas de Martina. No logré tragármelas. No tenía nada de alcohol, para ayudarme. A las cinco de la mañana, más o menos, llegué a un punto en el que sentí cierta compasión por mi pobre muela, que estaba sufriendo sus propios momentos de agonía, que estaba muriendo joven, y violentamente, víctima de sí misma, mucho antes de lo que hubiese debido corresponderle.

A las ocho telefoneé al Bartleby. Lo más difícil fue conseguir que la telefonista violase la política de la empresa y me aceptase la llamada a cobro revertido. Selina Street fue directamente al aeropuerto, en taxi, portándose como una verdadera heroína. Me recogió en la terminal de British Albigensian (Llegadas: me pareció mucho más seguro) y se me llevó sigilosamente a tomar una comida ligera en el

Welcome-In, cerca de La Guardia. En cuanto me echó una ojeada supo a qué atenerse. Le gustó lo que veía. Me condujo animadamente a través de la penumbra del restaurante del hotel. Seguí su culo tentadoramente tieso, un imán para pollas en uniforme de verano. En cuanto a mí, no sentía ningún rencor hacia ella. ¿Quién, yo? ¿Rencor yo?

—Ayer, lo de Martina —dije, mientras le quitaba el apio, el calabacín y la sandía a mi primer bloody mary—, fue una trampa. Me tendiste una trampa.

—Sí. Lo siento —dijo ella.

—¿Cómo te las arreglaste?

—Fue muy sencillo.

Sí, fue muy sencillo. Martina y Ossie habían acordado reunirse a las tres y media en la suite de él. Para asuntos estrictamente de negocios. Pero luego Selina le dijo a Ossie que Martina había telefoneado para pedir un aplazamiento del encuentro. Mandó a Ossie a ver a sus abogados, y luego se tomó una copa conmigo. Martina fue puntual, como siempre. Martina es muy puntual. Es un dato que todos conocemos.

—¿Por qué?

Era típico de Selina. La trampa había sido sencilla, pero su interpretación del papel que se había asignado a sí misma resultó intensamente artística... No, en absoluto. No hizo más que lo que tenía que hacer. Nada más que pornografía. Se limitó a mostrarme su Octava Avenida, sus suavidades interiores. Y del resto me encargué yo solito.

—Mira, engañar a la gente puede resultar muy divertido —dijo Selina, encendiendo uno de los escasos pitillos que fuma muy de vez en cuando—. Tú no te has enterado porque no lo practicas. Te falta talento. Cuando mientes, bueno, no es más que un chiste. Ossie y yo nos divertimos horrores provocando tu encuentro con Martina. Era fantástico. Nos permitía un doble control sobre vuestros movimientos. Luego, él se horrorizó cuando vio el cariz que iban tomando las cosas. Hasta yo me horroricé.

—Cada uno a su modo.

Las camareras de este oscuro restaurante se han visto obligadas por la administración a embutir sus espléndidos cuerpos en disfraces de zagalas: corpiños, medias, otra vez todo eso. No cabía la menor duda de que, tras una investigación de marketing, habían llegado a la conclusión de que éstos eran los fetiches preferidos por el mayor número de hombres. Además, las camareras decían cosas como *Espero que disfruten de la cena*, o *Que tengan ustedes un buen día*, o *Como gusten*. La gente cree que los norteamericanos son así, supuestamente encantadores. La gente es muy necia. Todo esto es simple política empresarial. Les enseñan a decir cosas así. Estas camareras están programadas. Todo se reduce a dinero. Dios mío, qué ganas tengo de largarme de Dinerolandia.

—¿Y algún postre, después del filete, señor?

—Gracias, pero...

—Como usted guste.

—Pero creo que sólo me tomaré un brandy.

—Calma, John —dijo Selina.

—¿Llegaste a amarme? Para haber hecho todo eso, seguro que en algún momento llegaste a amarme.

—No necesariamente —dijo Selina—. Pero me gusta divertirme, soy adicta a las diversiones. —Luego se encogió de hombros para expresar, más que indiferencia, un abrazarse a sí misma, un apuntalarse a sí misma—. No me gustaría que fueses feliz con otra. Sobre todo, no me hubiera gustado que hubieses sido feliz con ella. Además, ¿se puede saber qué viste en Martina?

—No lo sé.

—Lo siento. Fue cruel. ¿Te hubiera hecho feliz?

—No lo sé.

Luego Selina dijo una cosa que no me siento con fuerzas para repetir, al menos por ahora. Yo iba hundiéndome velozmente bajo las mentiras, la franqueza, la oscuridad. Selina tomó una habitación para mí y me dejó encerrado allí, como una madre que tiene que ir a cuidar de otros hijos más pequeños. Probablemente intenté lograr que participase conmigo en algún acto de consuelo o venganza: sexo, bofetadas, violación, no recuerdo cuál, pero tampoco sirvió de nada. Sólo sé que caí en aquella cama, y que al segundo rebote ya me había dormido.

Y así pude finalmente volver a casa. Desperté, y comprobé que durante mi noche había transcurrido todo un día y medio. También comprobé que Selina había pagado la cuenta y me había dejado un billete abierto, más treinta dólares para bebidas. Se había portado como la buena amante que sin duda es. Ya no había peligro en el JFK. Tomé un vuelo de la TransAmerican, como todo el mundo. Metido en un tubo, hice el recorrido de Nueva York a Londres, y otro tubo me condujo de Heathrow hasta Queensway en donde, tras recorrer el intestino final, salí al aliento cargado de una mañana londinense. Con un cartón de leche y un periódico, Martin Amis me esperaba.

Ya estoy en casa, ya estoy en casa. Pero sigo corriendo.

\*\*\*

—Por fin he atado cabos —dijo Alec Llewellyn, satisfecho pero también algo alarmado—. Tengo enfrente de mí a un sudoroso mudo. Un tipo que ha venido a verme porque quiere recuperar su dinero. Necesita su dinero. Me parece bien. Yo no tengo ni cinco, pero me parece bien. Y entonces me pregunto: ¿por qué necesita este

tipo su dinero?

Estuve tosiendo un ratito, y luego le dije:

—Olvídate del dinero. Págame cuando quieras. Pero háblame de ti. Oigamos cómo te han ido las cosas.

—Hombre, así que quieres que te hable de mí, ¿eh? Bien. Echémosle una ojeada a mi historia. Ya estoy aquí, en casa. Llevo tres semanas sin tomar ni una sola copa. Sólo la que me tragué de golpe al salir de chirona, y se acabó. Permaneciendo aquí, estoy violando unos nueve mandatos judiciales, entre unas cosas y otras. En cuanto descorche una botella de sidra, o me pase demasiado rato en el baño, o, simplemente, si no logro que ella se corra cada noche, la tía puede marcar el número de la poli y mandarme otra vez a la jodida celda... Entiéndeme bien, me encanta estar aquí. Busco trabajo, como todo el mundo, claro. Pero no hay trabajo. Ella trabaja, y yo limpio la casa. Tengo permiso para soltar palabrotas y fumar, y nada más. Me he convertido en un condenado amo de casa. Dentro de poco lo comprobarás. Verás como me pongo el delantal y empiezo a preparar la comida de los niños.

Y así fue, efectivamente, en cuanto oyó que Ella y los niños llegaban a casa. Entró, pues, toda la familia, cargada de colorido y complicaciones, cambiándolo todo: Ella, con su legendaria melena rapada ahora a lo chico, para demostrar, por si hiciera falta, quién lleva los pantalones; y la pequeña Mandolina, mi ahijada, ese gato de ojos verdes y lengua retorcida; y, finalmente, Andrew, siempre el último. Andrew ha tenido problemas. Andrew sigue teniendo problemas y siempre los tendrá. Su rostro de recién nacido y, sin embargo, con expresión anciana, decía: acabo de llegar, y no estoy seguro de que esto me guste. Nadie me explicó nada. Hubiesen debido avisarme, hubiesen debido advertirme. Quiero regresar. ¿Podrías arreglarlo tú?

Con dificultades, logré ponerme en pie. Normalmente hubiera ido a darle un beso a Ella, a decirle alguna tontería, saludarla. Normalmente nos hubiésemos dirigido palabras de mutuo consuelo. Al fin y al cabo, no hace tantos años que le pegué ese polvo en las escaleras, mientras Alec permanecía tumbado tras una cogorza. ¿Lo sabe Alec? Improbable, porque ni siquiera lo sabe Ella; ahora ya no lo sabe. Ha reescrito el guión, y aquello no ha ocurrido. Corren tiempos difíciles. Ni siquiera un beso. Ni siquiera una sonrisa, una cinta en el pelo, unos volantes de campesina en su vestido, como antaño. Ahora lleva pantalones.

—¿Qué tal se encuentra el magnate cinematográfico? —dijo Ella.

—Tirando a fatal.

—Tienes un aspecto horroroso.

—No me extraña.

—Dile hola a John —dijo Alec cuando Mandolina se acercaba corriendo. Llevaba un paraguas roto.

—Hola, ¿sabes arreglarlo? Es nuevo —dijo, y me entregó aquel cadáver—. Ya

tengo diez años.

Las chicas saben siempre que son chicas, desde el primer momento, pero los críos no parecen darse cuenta de que son críos. Los críos no saben nada del tiempo. Joder, qué paranoias me dan los niños. Especialmente ellas. Siempre tengo la sensación de que se pondrán a mirarme fijamente, y que mi aspecto les producirá espanto. Verán en mí el tiempo, el clima, el dinero, la pornografía. Siempre le doy dinero a Mando. Siempre tiene alguna cosa tremenda que decirle a los adultos. Y no me gustaría que me las dijese a mí. Creo que por eso suelo darle dinero... El paraguas de juguete colgaba de mi mano. Era barato y no estaba hecho para durar. Él mismo sabía que tarde o temprano se estropearía. Dicen que todo, todas las cosas, quieren persistir en su ser. Incluso la arena quiere seguir siendo arena. No quiere romperse. Pero yo no estoy muy seguro de que sea así. Este paraguas parecía aliviado por el hecho de haberse roto, se había alejado así del mundo de las cosas definidas, y volvía a ser un amasijo de plástico.

—Te compraré otro paraguas —dije—. Ahora tengo que irme corriendo.

Alec me acompañó a la puerta. Sí, allí, en el rellano, fue donde ocurrió.

—Oye —le dije—, ¿podrías prestarme algún dinero? No... Sólo un billete de cinco, cualquier cosa. Me he dejado la cartera en casa, y el depósito del Fiasco está vacío.

Alec desapareció durante un rato. Oí voces afiladas en cadencias de recriminación y petición. Oí el parloteo infantil, que poco a poco bajaba de tono y finalmente cesaba. Todo esto era mala señal, muy mala señal. En mis últimas carreras por el tiempo he sufrido algunos momentos largos, pasmosamente lentos, pero ninguno ha sido tan largo ni tan lento como éste. La puerta se abrió. Andrew tenía lágrimas en los ojos.

—¿Qué te ocurre?

—¿Te soy simpático?

—¡Andrew! Pero ¡por supuesto!

Alec salió en ese momento, y con su ancha mano escondió la cara del crío. Este regresó al silencioso interior del piso. Su padre se encogió de hombros y me tendió tres billetes de una libra.

—Gracias —le dije—. Te lo agradezco de verdad. Me tiré a Ella ahí. Una vez. No sabes cómo lo siento.

—Ya lo sé. Y también lo sabe Andrew..., más o menos. Yo me he tirado a Selina.

—¿En serio? ¿Cuándo?

—Constantemente. Muchas veces. Joder, no hay duda: estás casi acabado. ¿No es cierto?

El Fiasco abandonó la carrera en Maida Vale. Tosió, gimió, y, agotado, se aferró con las uñas a la acera, como un nadador exhausto. Confié en que sólo fuera falta de

combustible, pero me dio la sensación de que la cosa era más grave. Además, acababa de meterle tres libras de gasolina en el depósito. Quizá se le había roto el cambio de marchas. O el colector de escape. O *todo* el motor. Lo dejé allí, y seguí mi viaje rumbo sur.

\*\*\*

Las tres menos diez en el Shakespeare. Las tres menos diez en la casa de los reptiles, con dos carreras perdidas ya, el aliento requemado por las copas de mediodía, y migas y restos de comida por todo el suelo. Estaba bebiendo esa cerveza fuerte, la que te debilita. Mi gordo amigo Fat Paul me había dado diez libras. Y ahora estaba invirtiendo el suelto que me quedaba en la ranura del Moneymaze, la canturreante máquina tragaperras situada junto a la puerta del lavabo de caballeros. Es increíble lo de las máquinas. Te acercas a ellas, y tienen pulsadores para toda clase de operaciones. Funcionamiento automático. Retención de frutas. Revoltillo tropical. Hacen de todo, con tal que les vayas metiendo dinero.

Las tres menos diez en el Shakespeare. Fat Paul empezaba a recoger vasos y anunciar la hora de cierre. Fat Vince no estaba, y eché de menos el calor de su mano sobre mi hombro. Me colé por entre los espejos hacia el salón de la trastienda. Allí estaba Vron. Tendida en el sofá, bebiendo champagne rosado. Una revista de las corrientes permanecía abierta sobre su pornográfica barita hogareña... La habitación, según pude comprobar, había sido acolchada y adornada con colores de caja de bombones: frambuesa, chocolate, lima. Hasta las paredes hacían que me dolieran las muelas.

Asomé mi enorme masa por el umbral.

—¿Dónde está Barry? —dije.

—Abajo.

Mi voz sonaba espesa, pero la de ella también. Sólo movía la mandíbula inferior. Y lo hacía lentamente, como si los goznes estuviesen excesivamente engrasados, y corriese el riesgo de caérsele al suelo. Se enderezó y me miró con otros lentes.

—¿Quieres tu dinero, John?

—¿Cuánto tardará?

—Siglos —dijo ella. Se volvió hacia el reloj. Le resbaló el codo, y sonrió de forma carente de sentido—. Es hora de empezar los ensayos.

—¿Qué ensayos?

—Los de mi arte, John.

—¿Ensayas tus números?

—Hay que hacerlo, John. Tendrías que haberme hecho un vídeo, John.

Se recogió la bata. Alzó el vaso, dio tres tragos, cuatro. Avanzó en ángulo camino

de la escalera. Se apoyó pesadamente en la barandilla. Cogió mi mano.

En esta habitación dormía mi madre. Aquí murió. En la cama, no en aquélla sino en otra, sobre una colcha de seda verde —una seda hecha por hombres, no por gusanos, de aspecto húmedo, con charcos brillantes, como espejismos en el asfalto—, Vron yacía profundamente sumergida en la majestad de los ropajes. No me miraba. Con severo empeño, dirigía su vista al espejo en forma de corazón que colgaba en la pared de enfrente. Aquel espejo defectuoso apenas me permitía entrever una imagen gris de nubes erizadas. Pero a Vron le daba una visión adecuadamente enmarcada de su materia prima.

—Todo depende del libro, John —empezó a decirme—. Hay libros que son..., más para adultos que otros, John. Más..., explícitos. —Sus ojos se encontraron con los míos, y entonces se sentó en la cama y se soltó la melena. La bata se deslizó hombros abajo. Y, con un ademán explicativo o revelador, estiró la envolantada línea divisoria central—. En algunos libros tienes que dar más que en otros. Y como depende de cuánto tengas, de cuánto puedas dar, John. —Se arrodilló, estiró la espalda, y pude ver toda su pompa: los zapatos de altísimos tacones, las medias de malla, el brillo plateado de las bragas, el sostén de dos cañones. Ahora dejó que la bata se desprendiera de sus hombros—. Hay libros que avanzan con el paso del tiempo, John. Pero eso no quita que una pueda seguir siendo toda una artista. —Llevó las dos manos a la espalda, tensó el cuello. Se desabrochó (alzadas las alas a punto de emprender el vuelo), y la suave prenda cayó y luego resbaló al suelo llevada por su propia inercia. Con purpúreos dedos, se acarició los pechos como si estuviese untándoselos con algún ungüento especialmente caro—. Pero en los mejores libros, John, lo que muestras es el arte de amarte a ti misma. ¡A *ti misma*, John!

Avancé un par de pasos, a tientas, pero costaba mucho esfuerzo porque el porno duro hace que el aire se espese. El porno duro deja el aire tan duro como el cemento o el acero.

Se tendió en la cama y, tras una pausa en éxtasis, su mano comenzó a bajar, hasta que sus dedos comenzaron a colarse por el césped muscular de su entrepierna.

—Dicen que nosotras, las artistas, no escribimos los textos de los libros. Pero se equivocan, John. No es cierto. Yo escribo el texto, John. Yo lo he escrito. —La mano se había colado por debajo del plateado elástico, la última correa, el último estorbo. Al cabo de unos momentos comencé a oír un ruido rítmico, húmedo y monótono, el ruido de alguien que mastica chicle—. Vron —dijo, usando ahora una voz diferente—, Vron en toda su majestad. La poesía del cuerpo de Vron nos proporciona una visión de la verdadera belleza. La filosofía de Vron se resume en una palabra: Placer. La alegría es su religión. Su arte es el arte del amor... *Vron*.

Se dio media vuelta. Estiró el cuello. Había otro espejo: Vron podía ver lo mismo que yo estaba viendo. Una mujer a gatas, unos dedos que sujetaban el elástico

plateado y tiraban de él.

—Ahí tienes, John —dijo—. Hazlo por ahí. El resto le pertenece a Barry.

\*\*\*

—Por todos los dioses —dijo Martin—. ¿Qué te ha pasado?

Le saludé con la mano.

—¿Has ido al médico? Oye, tengo el lago ahí afuera. Te llevaré a urgencias. El St. Martin's no está lejos.

—No te preocupes —dije, y vacié mi vaso—. No tengo nada roto. Tiene mal aspecto, pero no es tan grave como parece.

La cosa tenía muy mal aspecto, debo reconocerlo: algo así como un bocio volcánico. Y sentía la cara como si me la hubiesen aplastado desde la mandíbula hasta la cuenca de los ojos. Cuando abro la boca noto los quejidos de mis cartílagos. Y cuando vuelvo la cabeza oigo el burbujear de los tejidos. Bostezar podría resultarme fatal. Mortal. El pómulo parece normal al tacto, pero también me lo noto diferente, desde un punto de vista estructural. Va a costarme mucho tiempo recobrar me del dolor de esta herida. Sí, y también del de la otra, del dolor interno.

—Ya entiendo —dijo Martin—. Así que piensas aguantar como un auténtico macho. ¿Qué te ha pasado?

—Estaba en un pub —le dije.

—¿Y qué pasó?

—Un tipo y yo... no nos entendíamos.

—¿Qué pasó?

—No tengo ganas de hablar de eso. ¿No podrías hablar de otras cosas?

—... De acuerdo. De hecho, quería volver sobre el tema de las motivaciones. A mí me parece que es una idea que no está sacada de la vida, sobre todo de la vida del siglo xx, sino del arte. Hoy en día las motivaciones no proceden del exterior sino del interior, de dentro de la cabeza. Son motivaciones neuróticas. Y recuerda que hay gente, como los mitomaníacos del oro, como esos magníficos mentirosos, que son artistas. Si no todos, sí algunos. Estudiemos otro fenómeno reciente: el crimen gratuito. ¿Me sigues?

—Sí, sí.

Lo que ocurrió fue lo siguiente:

Yo estaba tambaleándome junto a la cama verde. Lo mío con Vron, bueno, terminó en menos de un minuto. Fue cuestión de cuarenta segundos, como mucho. Olía a polietileno quemado, a velas apagadas con saliva, a azufre, al menos en mi cabeza. Cuando estaba poniéndome los pantalones, a punto estuvo de tumbarme una

nueva oleada de atormentadoras náuseas. Los espasmos del porno duro se te meten hasta el fondo mismo de las tripas. Vron yacía tendida boca abajo, con los ojos y la boca abiertos, pero tan parecida a un cadáver que me puse en tensión y traté de oír el sonido de su respiración. Cuando éste reapareció, pausado, oí también otro sonido, un leve tic tic húmedo y rítmico. Me volví. Barry Self se encontraba en el umbral del dormitorio. Estaba mascando chicle.

—Ahí has perdido tu dinero, John —dijo secamente, señalando con el dedo.

Le aparté y me fui, y luego bajé corriendo las escaleras. Vadeé por entre los espejos. Sabía que aquello no se había terminado, en absoluto.

El ingenioso Fat Paul esperábame en el bar vacío. Estaba preparado. Me mostraba su puño bien cerrado. Yo entendí el significado del dato. Mis piernas eran como unas piernas vistas a través de la superficie del agua. ¿Habrían cerrado la puerta trasera? Daba igual. Puedes correr, pero no lograrás escaparte. Después de lo que has hecho, te darán de patadas como a un perro. Sí, un auténtico ataque fascista caerá sobre ti. Y no me encontraba en forma como para salir corriendo. Ni siquiera me encontraba en forma como para mantenerme en pie. Pero tenía que aguantar.

—Bueno —se explicó Fat Paul—, no puedes salir bien librado de eso. No, señor. Creo que es justo, John. Piensa que se casaron el martes.

Hizo un gesto de asentimiento, apretó los labios. Se acercó a la mesa de billar. Las bolas cayeron como bombas y corrieron en masa hacia el agujero. Fat Paul sostenía dos bolas en sus manos la blanca y la negra.

—Venga, hombre —le dije—. Déjalo correr. Pero si somos como hermanos.

No es fácil oír la risa de Fat Paul —no tiene unos labios hechos para reír—, pero eso fue lo que oí. Hizo una pausa. Reflexionó. Lanzó las bolas, que se deslizaron por el lecho verde y se metieron en la trampa. Sonó una campana. Primer asalto. No Decimoquinto asalto. Cogió dos tubos de monedas, de los que te dan en el banco. Los echó al fondo de la bolsa, y cerró la palma sobre el negro escroto.

—Pesa más o menos igual —dijo, interesado—, pero con las monedas será menos grave. ¿Entiendes? Se te curará antes.

—Escúchame, Fat Paul —dije—. Dinero. ¿Cuánto te paga? Cincuenta pavos, más o menos. Yo te daré cien. Deja que me escape.

Fat Paul frunció el ceño:

—No. No me gano ni un sólo billete, solo una copa. Venga, John, tienes que ser un poco realista.

Se me aproximó. Noté un leve sonido, un tic tic, rítmico, pero seco.

—¿En dónde? —le pregunté.

—En la cara.

—¿Muy fuerte?

—Todo lo fuerte que pueda mi brazo.

—¿Cuántos?

—Uno solamente. Pero ha de ser limpio y directo. ¿De acuerdo? Lo siento, John.

Aguanté sin retroceder, pensando que así iría todo más aprisa, que así terminaría antes. Del piso de arriba me llegaron ruidos de ira y miedo, pero quizá fuera solamente risa, simples carcajadas. El brazo comenzó a describir el arco. La bolsa negra y alargada alcanzó la máxima distancia, colgando en el aire. Pronto comenzaría a volar, pronto llegaría el golpe.

Al cabo de un rato oí ruido de cerrojos, y vi a Barry Self que me ayudaba a salir a la calle, a la niebla y los brillos. Me caí otra vez. Él me miró, burlón, satisfecho. La burla había estado siempre en su rostro, pero la satisfacción era una novedad. Llevaba mucho tiempo esperando este momento. Treinta y cinco años.

—Bien, hijo. Ahora estamos empatados.

—Cabrón... Eres mi padre —le dije.

—No soy tu padre —dijo, y me dijo quién era—. Ay, *Fat John*. Pesado mamón. ¿Es que no te enteras *de nada*, hijo de puta?

Lo gracioso es que ahora me siento mejor. En serio. Después de esa experiencia me siento mejor. Me siento sólida y señorialmente tranquilo. Ahora sí que soy perfectamente capaz de administrar mi vida. Sí, todo va saliendo bien. De hecho, el futuro parece luminoso, brillante, porque ahora he decidido suicidarme. Sí, lo he decidido. Ah, qué sencillo es. Lo difícil es decidirse, y en mi caso ha sido la vida la que ha tomado esa decisión por mí. Esta noche. Tengo los medios, aquí, en mi piso. Esta noche, solo. Lo último, lo definitivo.

—Gracias de nuevo por haber venido —dije.

Martin se agitó un poco.

—Supongo que lo que tendría que hacer es salir corriendo —dijo—, y dejar que te las arregles solo.

—No, ¡quédate! Espera, quédate un rato por aquí. Un par de horas.

Soltó un suspiro e inclinó la cabeza.

—Venga, hombre, un par de horas solamente. Ya sé que no te debo ningún favor. Vale, te he fastidiado a veces. Pero no se repetirá. Venga, pórtate como un amigo.

Martin desvió la mirada al resto de la habitación. Se miró el reloj.

—Acabo de leer un libro sobre Freud. ¿Y tú, qué has leído?

—La lectura está sobrevalorada —dijo—. Tan sobrevalorada como las mujeres de Shakespeare. Si yo estuviera en tu lugar, no le complicaría la vida a mi cabecita con lecturas... ¿Qué es eso? ¿Un juego de bolos...?

—¿Eso? Es un ajedrez, joder. De ónice —dije.

Eligió al azar una pieza del interior de la caja de jade.

—¿Qué es esto? ¿El rey o la reina?

—Es un peón. ¿Qué tiene de malo?

—¿Juegas a menudo?

—Sí. Antes, sí. ¿Y tú, también juegas? ¿Eres un buen jugador?

—Claro —dijo él—. ¿Qué te parece si echamos una partida? Así mataremos el tiempo.

—Vale, sí —dije, y sentí una repentina oleada de excitación. ¿De dónde procedía? ¿Deseos de disculpa, de venganza? Ahora verá este jodido, pensé, le voy a dar una lección a este mierda de remilgado, a este estudiante, ya estoy harto de sus chistes y sus licenciaturas. Cree que soy un perfecto ignorante. Pero no sabe que soy un as del ajedrez. Ahora aprenderá.

—De acuerdo —dije—. Pero hemos de apostar dinero.

—¿Dinero? ¿Qué te has creído que es esto, una partida de dardos en el Jack the Ripper? No se hacen apuestas con el ajedrez.

—Diez libras. Y podemos doblar. Nos jugaremos dinero.

—... Pero si tú no tienes ni cinco.

—¿Ah, sí? Este juego de ajedrez vale por lo menos quinientas libras. Y tengo ahí en ese armario un abrigo de cachemira que fácilmente debe rondar las mil. Y —añadí, estirando el índice—, y además tengo el Fiasco. A ver, ¿qué es lo que encuentras tan jodidamente divertido?

—Nada. Disculpa. Oye, ¿estás seguro de que no preferirías jugar a pares o nones? ¿No? De acuerdo. Pero va en serio, ¿eh?

—Desde luego que va en serio, tío. Y prepárate, porque vas a llevarte una desagradable sorpresa. Venga, empecemos.

\*\*\*

Saqué el dado numerado de mi juego de backgammon. Dispuse el reloj de dos esferas: una hora para cada uno. Amis sacó las blancas.

—¡Ja! —dije—. 1. P3R. Díganme ustedes.

—¿Dónde has aprendido eso? ¿En algún libro?

Nunca me pillarán jugando de acuerdo con ninguna regla tradicional, pero he incorporado a mi repertorio prácticamente todas las aperturas conocidas. Yo creía que no existía ningún jugador capaz de desconcertarme antes de llegar al medio juego: pero al quinto movimiento el pequeño Martin se salió de la carretera. Hizo una apertura carente por completo de sentido; su caballo comenzó a trotar por la zona central del tablero mientras yo iba lanzándole tarascadas con mi cambiante primera línea del frente. Existe una apertura *así*, pero no es un ataque, sino una defensa. Es un pichón, pensé, y doblé la apuesta. ¡Y él la redobló! Me quedé mirando el dado redoblado... El ajedrez es un choque de cerebros, un enfrentamiento de culturas personales, y en algún rincón de ese juego hay una rica veta de vergüenza. Seguimos

doblando y redoblando. El dado de las apuestas había llegado a treinta y dos. De momento, lo dejamos así.

—He estado pensando en esa aventurita que tuviste en Nueva York —me dijo, devolviendo su alfil a un segundo plano—. Creo que ya sé cómo explicarla de cabo a rabo. ¿Quieres que te lo cuente?

—Cállate un momento. Estoy concentrándome.

Me encontraba en una fase bastante avanzada de mi planteamiento de ataque, pero la estructura de mis peones tenía un aspecto ligeramente mellado. La partida transcurrió silenciosa y plácidamente durante un par de movimientos que ambos dedicamos a cuidar de nuestros huertos de retaguardia. Los dos enrocamos, del lado del rey. Yo estaba buscando planos, pautas y formas, cuando de repente él se lanzó a realizar una tediosa serie de leves ataques, empujones y codazos, dirigidos contra mi primera línea de peones. No resultaba difícil reaccionar frente a esta táctica en sí, pero tuve que retirar mi artillería, previamente dispuesta hacia su semidespoblado lado del rey, y desatendí además el centro, en donde Martin había empezado a establecer un par de piezas secundarias: otra vez ese caballo, un útil alfil en los cuadrados negros... Joder, pensé, esto acabará convirtiéndose en una de esas partidas... Tres movimientos más tarde, Martin me había forzado a situarme en unas posiciones de intrincada inercia, pues tenía a todas mis piezas atascadas y amontonadas, desviadas de sus objetivos, entrecruzadas. Eso significaba que iba a necesitar algún tiempo para recuperar cierto grado de libertad. Sin embargo, no me daba respiro ni para eso. Cada uno de mis movimientos estaba limitado a realizar delicadas reparaciones y afinamientos, dentro de un espacio cada vez más reducido.

—Fielding Goodney... —dijo Amis—. Todo le funcionó bien hasta que entré yo en escena. Yo era el *joker* de esa baraja. No sé hasta qué punto su plan era realista, pero imagino que, más o menos, tenía que funcionar así. Doblo —añadió, y movió otra pieza.

Su segundo alfil salió alanceando y logró atrapar a mi rey contra una reina que ya estaba medio atascada por culpa de sus paranoicos secuaces. Menudo infierno. Era una pesadilla claustrofóbica, me sentía rodeado de agujas y horcas y espetones. Tragué un poco de scotch y busqué alguna posibilidad de intercambiar piezas. Había dos en oferta, ambas con inconvenientes de consideración: un peón doblado, un desfiladero abierto que abriría paso a su torre centrada, la cual podría entonces... ¡Eso era perder la partida en cuestión de minutos! Esto empieza a ser *grave*, pensé, y alcé la mano a mi dolorida cara.

—Teniendo en cuenta el tipo de estrellas que contrató, teniendo en cuenta sus respectivas neurosis y fantasías, el guión de Doris Arthur estaba pensado de forma que no hubiese modo de trabajar a partir de él. Verte a ti, tratando de seducirles para que lo aceptasen e interpretasen los papeles de aquella manera, habría sido un

espectáculo increíble. Pero te resististe. Aguantaste. No estabas tan jodido como él se había imaginado. Te quedaba un resto de fuerzas que él no podía minar.

—Sigue —dije. De repente veía luz, respiraba aire fresco. Suponiendo que, poco a poco, lograrse colar mi reina hasta la tercera fila, podría cubrir el caballo, liberar mi alfil y *amenazar* al suyo... Sí. Lo único que necesitaba era el *tempo* adecuado. Déjame en paz, hijo de puta. Maldita sea, déjame respirar, aunque sea sólo durante un movimiento. Sigue hablando. Le eché una fugaz ojeada al reloj y, apresurada, aturulladamente, saqué a mi reina de su panal. Martin reflexionó un momento y luego, mansamente, adelantó un peón.

—Sigue.

—Esas chicas que, según me has contado, estuvieron acosándote en tu último viaje a Nueva York, yo diría que también estaban a sueldo de la productora. O eso, o... estaban haciendo pruebas con vistas a su contratación. Pero tú no estabas tan borracho ni eres tan estúpido como él había llegado a creer. En cuanto a esa amiga tuya, la que tiene esos grados universitarios, es posible que fuese lo mismo que yo: el *joker* de la baraja. Ella y yo éramos los dos *jokers*.

Por fin había logrado establecer una situación en la que podía ponerme a jugar, a contraatacar. Me cuesta mucho esfuerzo describir lo que pasó entonces, algo así como si todas las piezas de mi rival fuesen ahora cojas. Podía tomarme las cosas con calma, imponer mi propio ritmo: era como jugar contra *Selina*, sólo veía bellos dibujos blancos en las posiciones contrarias. No, ya no había oposición. Ociosa e inútilmente, Martin seguía empujando sus peones del lado de la reina, como si no le importase todo aquel arsenal que yo estaba acumulando a su izquierda. Mis alfiles, emparejados, comenzaron a proyectar sus focos hacia su rey, y mis torres se habían ido preparando para lanzar sus cañonazos. Hasta el tiempo estaba de mi parte.

—El plan original de Fielding debía de ser aproximadamente así: para empezar, sabía que tú no ibas a leer la letra pequeña de los contratos. Y estaba convencido de que, a partir del guión de Doris Arthur, un trabajo ingeniosísimo, pensado de forma que los cuatro personajes fueran detestables, las estrellas acabarían renegando de ti. En ese momento Fielding estaría en condiciones de llevarles a los tribunales por violación del contrato. Nada grave. Ocurre constantemente. Todas las estrellas tienen seguros que cubren esta eventualidad, de modo que en realidad nadie pierde nada. Excepto John Self. Fielding se había cubierto además con un seguro para el caso de que no se llegase a terminar la película. Pero tú fastidiaste su plan cuando decidiste incorporarme a mí.

—Doblo —dije, pasando los dados del sesenta y cuatro al dieciséis; una típica operación en estos casos—. Mil seiscientas libras. ¿De acuerdo?

Me dio la sensación de que ya no le interesaba la partida. Sus movimientos son movimientos de espera. Pero ¿qué es lo que está esperando? Yo había logrado

avanzar con todas mis fuerzas hacia el lugar en donde quería arrinconarle. Martin podía esperar todo cuanto quisiera: para cuando se dé cuenta, las negras se le meterán en donde más duele. En cuanto haya colocado el caballo en su sitio, atacaré directamente la entrepierna de su defensa. Sí, mis torres y yo vamos a romperle en pedazos. No es que lo tenga fácil. Es que va a ser un paseo.

—En cuanto a lo del dinero, bueno, esa es otra historia. Contaba con la enloquecida agilidad que proporcionan las estafas más complicadas. Me dijiste que tenía en su habitación un gran equipo de ordenadores. Seguro que lo utilizaba para realizar alguna de sus hábiles manipulaciones de los circuitos de memoria de bancos y grandes multinacionales. No era fácil. Podía jugársela durante algún tiempo. Pero en cierto momento debió de tener bastante dinero en sus manos. Podía hacer dinero. Pero no le importaba el dinero. El dinero no le importaba como dinero. Doblo.

Y a este tipo tampoco le interesa el dinero. ¿Se me habrá pasado alguna cosa por alto? Revisé rápidamente la posición de sus piezas, las posibles trayectorias. Cero: no pillé ni el más mínimo intento de sacrificio libresco, ninguna treta brillante, nada de nada. Quizá esos peones del lado de la reina que él había seguido haciendo avanzar pudieran crearme algunos problemas más adelante, pero... ¿Más adelante? ¡Joder! Dicen que los peones son el alma del ajedrez. Quizá sea ésta la razón por la cual nunca les prestó gran atención, al menos hasta que llega la fase final de la partida, que es cuando no te queda más remedio que pensar en tu alma. Esos cuatro skinheads blancos estaban acercándoseme como invasores del espacio en una agitada pantalla. Las rotas defensas negras estaban abiertas por completo, como bocas de metro.

—Lo extraño —dijo Martin, meditabundo—, lo extraño es que Fielding tardase tanto en realizar la maniobra final, en cortar por lo sano y salir corriendo. Es probable que estuviera demasiado metido en sus propias cábalas, en su propio arte. Todos los artistas de la mentira, todos los ilusionistas y prestidigitadores, tienen una limitación: se emborrachan con su arte. Además, hay que contar con el carácter del propio Fielding, con sus ganas de disfrutar del juego hasta el último momento. ¿Por qué no permitió que salieras tranquilamente por la puerta del Carraway? Porque estaba enganchado. Enganchado en la ficción que él mismo había construido, ebrio de su propio arte, como te decía. Quería llevar sus trucos hasta el final. Nos pasa a todos. Era un actor frustrado, y quería obtener, como actor, su gran venganza. Llevó su arte de actor a la vida real.

Ahora comenzaba a percibirse cierta maniobra en el flanco de ese avance lento y pesado de los peones. Supongo que los dos teníamos ganas de que hubiese una carnicería, porque, cuando finalmente se produjo, el baño de sangre en la zona central del tablero fue de tremenda brutalidad. Los peoncillos blancos despertaron y sacaron fuerzas de flaqueza. Tuve que contemplar cómo iban haciendo su trabajo, me llevé por delante lo que pude, y me retiré gimoteando hacia mis propias líneas. Los partes

de guerra me informaban de que sólo me había quedado con un peón de desventaja, pero tenía dos piezas amenazadas, y, además, una de sus torres había asomado su gorda cabezota por mi retaguardia. Ojalá logre al menos sobrevivir, pensé, me conformo con sobrevivir. No me quedan esperanzas de derrotar a este muchacho. Pero tampoco permitiré que me derrote él. No soportaría otra derrota.

—¿Recuerdas —me preguntó—, recuerdas qué fue lo que te dijo Fielding en el callejón, después de la pelea? Te dijo una frase. ¿La recuerdas?

—No sé. Algo así como perro inhumado. No lo entendí bien.

—¿No sería *perro inhumano*? Fascinante. Pura transferencia. Ah, condenado lago. Te diré una cosa. Juegas mejor de lo que yo esperaba, pero nos estamos apostando un buen dinero. Si ganas, pagaré lo que hemos apostado. Si hacemos tablas, ganas tú: pagaré como si me hubieses ganado. Y si gano yo..., simplemente tendré derecho a que me des una cosa tuya. Lo que yo te pida, pero sólo una cosa. — Señaló los dados—. A estas alturas el dinero no es más que un chiste. O un símbolo. Un símbolo sexual, o de posición social, o un símbolo fálico. ¿Me he dejado alguno de sus simbolismos?

El muy cabrón, el muy ingenioso, pensé. Sí, había pescado la referencia, la trampa. Lo que este chico quiere es mi Fiasco.

—¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Y sobreviví, más o menos. En efecto, salí perdiendo en el intercambio —un caballo por una torre—, pero recuperé el peón perdido y avancé de puntillas hasta el final de la partida como un perro callejero volviendo a casa tras una reyerta, como un perro que vuelve en busca de comida, de calor, de cobijo. Fue de la siguiente forma. Blancas: rey, peón, torre; negras: rey, peón, caballo. Los peones enfrentados en la fila del alfil de reina. Desde un punto de vista teórico él tenía probabilidades de victoria. Pero yo contaba con un tanto a mi favor: el reloj. Martin se había pasado el rato hablando, y había hablado durante *su* tiempo. En mi reloj quedaban todavía diecinueve minutos, y en el suyo menos de siete... Nuestros peones se encontraron cara a cara, escoltados por sus reyes. Su torre hizo amplios barridos, se acercó, pero sólo para retroceder de nuevo. Mi caballo siguió vigilando su territorio, sin retroceder. Yo logré cerrarle el paso, impedir que me atacara por los atajos, atascar la partida: todos sus movimientos parecían dejarle expuesto a una maniobra de horquilla de mi rey y mi caballo. El tiempo avanzaba. Incluso me aventuré a realizar una salida al descubierto con mi caballo, forzando una inocua separación de su peón y su torre.

—Exquisito —dijo Martin, e hizo un movimiento de espera con su rey.

Miré codiciosamente el tablero. Podía cargarme su torre. Un intercambio de piezas, y luego sólo los peones frente a frente: tablas. Fin. Creo que hasta tuve una pequeña erección cuando me incliné sobre el tablero para decirle:

—Espero que dijeras en serio lo de antes, amigo, porque ahora ya no puedes echarte atrás. Doblo.

—Doblo.

—Doblo.

—Doblo.

Me hundí en mi asiento y saboreé mi copa. Ah, qué lujo en mi rostro aporreado, en mi apartamento de alquiler, en mi horrible situación. Tenía ganas de que Martin viera venir mi maniobra. Yo mataría su torre con mi caballo. Y él mataría mi caballo, o se daría por vencido. En fin, quedaría sólo el cuarteto de peones y reyes: su rey a la izquierda de mi peón, y mi rey a la derecha del suyo. Cuando tuviera su cheque en mis manos, lo rompería en pedazos y se lo arrojaría a la cara. «Toma, ya has cobrado», le diría, y señalaría la puerta con un tieso índice.

—Sesenta y cuatro mil libras —dijo Martin—. Creo que no tendrás suficiente dinero para pagarme. Pero ya sé lo que voy a llevarme, y me lo llevaré. No vas a echarlo de menos, tranquilo. Jamás llegaste a saber que lo tenías.

—¿Qué es lo que pretendías quedarte? El Fiasco, ¿verdad?

—No lo entiendes. Tu coche es un mal chiste. Creo que ya he averiguado cómo se las arregló Fielding para meterte en ese brete. ¿Cuánto habrás quedado a deber después de todo el jaleo?

—No lo sé. Tampoco creo que sea gran cosa. Fielding lo pagaba casi todo.

—Te equivocas. Por fin lo he comprendido. Y resulta maravilloso, una maniobra bellísima. Creo que firmaste todos los papeles dos veces. Una vez como consignatario, y otra vez como *Self*. Era tu *nombre*. La empresa no se llamaba Goodney and Self. Sino Self and Self. Los hoteles, los billetes de avión, las limusinas, los salarios, el alquiler del estudio, todo, todo lo pagabas tú. Con tu nombre.

Me encogí de hombros, como si nada de todo aquello me afectara personalmente, y dije, simplemente:

—Juguemos.

Maté su torre. Él mató mi caballo. Las cuatro piezas restantes permanecían agarrotadas en su posición. Nos pusimos en pie, nos desperezamos mirándonos el uno al otro por encima de la mesa cuadrada. Le tendí la mano y le dije:

—Tablas.

—No. Lo siento, pero pierdes tú.

—Venga, hombre, sabes muy bien que no hay forma de resolver este atasco —le dije, señalando con despreocupación el tablero. Yo sólo podía mover el rey, y cualquier movimiento era un suicidio.

—Zugzwang.

—¿Cómo?

—Que estás obligado a mover. Es un Zugzwang. Es decir, que en esta posición, el que tiene que jugar, pierde. Si me correspondiese jugar a mí, ganarías tú. Pero te corresponde jugar a ti. Tú pierdes.

—Menudo churro. Ganas de puro churro.

—En absoluto —dijo él—. La oposición en sí misma es una estructura forzada en la que la interrelación de los reyes asume unas pautas fijas. Pero también existe lo que se llama la oposición heterodoxa. En posiciones complejas, que suelen llamarse estudios conjugados...

Me tapé las orejas con las manos. Martin siguió hablando, confusamente, cerúleamente, como si su rostro estuviese iluminado por una vela parpadeante. Y no sé si mi extraña voz nueva llegó a alcanzarle cuando dije:

—*El chiste soy yo. ¡Yo! Fuiste tú. Fuiste tú.*

No llegué a ver venir mi primera arremetida, pero él sí se dio cuenta a tiempo. Se agachó, o esquivó lateralmente la andanada, de manera que mi puño se estrelló contra el interruptor de la luz que estaba justo detrás de su cabeza. Giré lateralmente con el brazo extendido, a fin de darle un buen revés, pero me caí, tropecé con la silla y apenas si le rocé el hombro. Me levanté agitando los brazos como un molino de viento. Me lancé por toda la habitación como si fuese un enorme gorila metido en una jaula diminuta. Pero ni una sola vez logré conectar mis golpes. Joder con el tío, es como si no estuviera aquí, es como si no estuviera aquí. Mi último mazazo me proyectó contra el sofá de cuero de rinoceronte, que me propinó una coz en plena cara con su afilado pie de acero. En ese momento estalló mi cabeza. La habitación se inclinó peligrosamente, se transformó en un largo túnel y huyó aullando hacia la noche.

Cuando desperté, Martin seguía en la habitación, seguía hablando.

Cuando desperté, Martin ya no estaba en la habitación, y no se oía nada por ningún lado.

\*\*\*

Poco después de que amaneciese salí por última vez a la calle. Después regresé. ¿Qué puedo decir? El policía que estornudaba, el trágico guardia de circulación, el cartero calvo y negro con zapatillas deportivas. Y la gente que, solitaria, abandonaba la noche y se colaba en el día para hacer sus recados cotidianos. Después regresé. ¿Qué puedo decir? ¿Hay algo que decir?

Puse en fila las botellas de scotch, los tranquilizantes que me dio Martina, y otras cuarenta pastillas que saqué del tarro de la cocina en donde suelo guardar todas las que me sobran. Escribí una nota de suicidio, esta vez muy corta. Decía simplemente: «Querida Antonia: No entre en el dormitorio. Vuelva a su casa y llame a la policía.

Siento haberle dejado algún dinero a deber. Siento que el apartamento esté hecho un lío». Me tragué las píldoras a puñados. Les sorprendería comprobar qué rápido es. Al principio la niebla parecía amor, en serio, parecía amor, eso que no hay modo de encontrar en el mundo, y me puse a llorar mientras iba diciendo: «Venga, lleváosme. Deprisa. Venga». Pero luego noté que empezaba a sobrevenirme la vergüenza final. Sí. Mi vida era un chiste. Pero mi muerte será una cosa seria. Quizá es por eso que tengo miedo... Amigo, no hagas como yo. Hermana, busca otro método. Pronto, ni tú ni yo existiremos. Anda, sintamos un poco de miedo los dos, juntos. Dame la mano. Estréchamela...

## IX

Diciembre 1981 — enero 1982

*A que no saben una cosa. El otro día estuve a punto de matarme. Sí, fue por muy poco. ¿El culpable? Aciertan ustedes: el Fiasco.*

*Yo iba lanzado, a unos cuarenta kilómetros por hora. Pensándolo bien, tal vez no fueran más que treinta, o veinticinco. Al Fiasco no le gusta el clima frío. Al Fiasco tampoco le gusta el clima caluroso, ni el lluvioso. Si quieren que les diga la verdad, el Fiasco siempre acaba jodiéndome la marrana cada vez que tiene que llevarme a algún sitio. Pese a las innumerables virtudes que lo adornan, jamás ha sido un objeto de los que sirven para llevarte de A a B. Lo que le gusta, aquello para lo que sirve especialmente, es para quedarse parado... Las calles estaban atascadas. Era el tipo de circulación que más detestan los coches, todos en cola y forzando mil diferentes tiempos de reacción en pocos minutos. Hice una maniobra brusca, torcí a la derecha buscando un atajo experimental, me metí en una callecita secundaria que esa mañana estaba aún por estrenar, con el asfalto aparentemente húmedo, pero seguramente seco. Aceleré para lanzarme hasta el primer cruce, toqué el freno, y me encontré de repente en una caída libre de negro hielo. Durante uno o dos microsegundos sentí incluso un pálpito de gratificación, pues llegué a imaginar que el Fiasco estaba por fin demostrando cierta recuperación de su buena forma. Impulsados hacia un plano más puro del espacio, convertidos en un trineo sobre ruedas agarrotadas, nos deslizamos por el tobogán de una ciudad infantil: Yujú, pensé. Aunque, ¿cómo va a terminar esto?*

*Salí flotando a la calle principal que acababa de abandonar, flotando sobre un grito silencioso. ¡Y qué normal parecía la calle! Un obeso autobús soltó un ronquido de pasmo. Alguien se cayó de su bicicleta. La furgoneta del lechero se estremeció, se quedó helada. El Fiasco dio media vuelta sobre sí mismo, se desplazó lateralmente por la nieve semiderretida hacia los coches aparcados de la acera contraria. Entre los bloques coloreados de la circulación detenida, manipulé con todas mis fuerzas el inútil volante. Siguiendo su curso, como un buque que encuentra su muelle, el Fiasco continuó su camino hasta ir a dar contra la acera, en donde se quedó clavado, y se*

caló.

*Me apeé. La calle entera miraba expectante, detenida. Metí una moneda en el parquímetro y entré directamente en el Princess Diana, pedí un scotch doble, y dejé que la barra sostuviera todo mi tonelaje mientras yo me dedicaba a curar mis heridas imaginarias. Joder. A punto estuve de matarme.*

*Es Navidad, en Londres. En Londres, la Navidad es una época en la que el cambio que te dan los taxistas está tan caliente como las monedas que vomitan las máquinas tragaperras, una época en la que los subnormales de las oficinas intentan hacer sus gracias en los pubs y los restaurantes baratos, una época en la que a lo largo de los días muertos que transcurren antes de la Nochevieja la gente se dedica a enseñar sus regalos a los demás en los autobuses y los metros: collares que se cierran sobre los cuellos como fríos emplastes, guantes que yacen en los regazos tan tiesos como pulpos en conserva, relojes y estilográficas que lanzan sus destellos a la luz de alquiler. Las Navidades son la época en la que todas las chicas lo encuentran todo cálido y encantador.*

*La primera nevada del año, como cada año, provocó desesperación, paralización general, anarquía. Me he pasado toda la semana caminando por las calles de Londres y preguntándome por su aspecto. Porque tienen un aspecto horrorosamente familiar. La gente girando como peonzas a cada patinazo. Todos vamos de compras. Todos andamos con la vista fija en las aceras, tratando de ver dónde metemos los pies, pero sin jamás conseguirlo. Durante quince minutos la nieve permaneció blanca, crujiente, maravillosamente limpia. Luego dejó de tener color; pasó al no-color, pues ni siquiera era gris. ¿Qué aspecto tiene? Fijándome bien, observando sus bordes de sucia espuma, sus alargados canales de brillos y mierda, a lo que más recuerda es a la ropa sucia metida en una lavadora, a los cielos de Londres. Las calles de Londres, en invierno, parecen los cielos de Londres en verano. Exactamente eso. Los cielos de Londres en verano. Sí. Entonces, ¿puede decirse que todo está igual?*

*La segunda nevada del año, como cada año, provocó desesperación, paralización general, anarquía. Esta segunda nevada permaneció blanca y dura mucho más tiempo que la primera. Era un material de calidad muy superior: más cara, sin duda. La nieve sorprendió a todo el mundo, tal como ocurre cada año. Me sorprendió a mí. Pero, claro, la nieve sorprende. ¡La nieve es sorprendente! Es el elemento de sorpresa. Durante un tiempo el mundo tuvo una apariencia lunar. Silenciosa. Nevada. A la mañana siguiente todo permaneció en silencio, hasta que por fin comenzaron a oírse, en tono de disculpa, los primeros gemidos de los coches. Todos salimos a la calle andando de puntillas, y miramos el mundo con parpadeos y guiños. Todo el mundo parece pensar que todo es por culpa suya. Pero a veces también creemos ser dignos de cierto crédito.*

¿Crédito? Yo no tengo crédito, y es probable que jamás llegue a tenerlo. Sí, estoy en la ruina. ¿Conocen ustedes algún apartamento barato? ¿Podrían prestarme algún dinero... sólo hasta el jueves? Se lo devolveré. En serio. Martin tenía razón: yo fui el último en enterarse, como siempre, pero mis abogados han podido finalmente establecer quién financiaba todo ese psicodrama, desde las carreras de los taxis hasta las facturas del laboratorio, desde la sopa hasta los helados. Yo. El gran bobo. Joder, ¿por qué no me fijé en los papeles que Fielding me hacía firmar? Enfrentémonos a la realidad, me porté como un gilipollas. De todos modos, Fielding también engañó y estafó a mucha otra gente: tengo pruebas, porque hasta la fecha he sido demandado judicialmente por ocho o nueve de los estafados, entre los que se incluyen Lorne Guyland, Caduta Massi, Butch Beausoleil y Spunk Davis. Al final decidí telefonar a las cuatro estrellas, y me limité a contarles, sollozando, mis desdichas. Caduta retiró la demanda de inmediato, pero siguió dándome la tabarra. «Yo, que te di..., ¿por qué John, por qué? ¿Querrías decirme por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué le hiciste todo esto a tu propia...? ¿Por qué? ¿POR QUÉ?». Si alguien me diese un penique por cada una de las veces que Caduta dijo «por qué», a estas alturas habría salido de este aprieto. Por otro lado, no tengo respuesta. Lo más fácil fue cuando hablé con Lorne. No hubiera podido mostrarse menos duro, ni más tranquilo. «Mira, John —me dijo—, son cosas que pasan». ¿Es cierto? «Continuamente, John». ¿En serio? ¿Continuamente? Como era de suponer, Spunk no representó ningún problema. Prehistoric estaba siendo un gran éxito de taquilla en Nueva York, y Spunk ha firmado contratos para hacer un montón de comedias románticas. Probablemente hayan ustedes oído hablar de él: ahora se llama Jeff Davis. Su ex amante, Butch Beausoleil, a diferencia de él, todavía sigue en la brecha. Horris Tolchok me atormenta diariamente por correo y por teléfono. «Tengo un vídeo en el que sales desnudo —me dijo una de las últimas veces— pegando a mi cliente. Tengo base suficiente para acusarte de violación, jovencito». Pero mi propio abogado opina que podemos pasarle la patata caliente a Fielding. Que, por cierto, está siendo sometido ahora a una serie de pruebas psiquiátricas en una institución de Palm Springs. ¿Quieren saber por qué lo hizo Fielding? ¿De verdad que quieren saberlo? Pues bien, llamen a Beryl. Telefoneen a su mamá. Les daré su número. Ella les dirá el porqué. Ella se pasará horas y horas hablando de las motivaciones de su hijo. Incluso les llamará a ustedes. Si realmente quieren saber por qué hizo Fielding lo que hizo, llamen a Beryl Goodney. Su número es el 2210-6110. Prefijo 215.

Sin dinero es como si tuvieras un día de edad y midieras un centímetro de estatura. Y, además, como si estuvieses en cueros. Pero lo maravilloso de esa situación es que, no teniendo dinero, tampoco le vale la pena a nadie meterse contigo. Podrían meterse contigo, pero si no tienes dinero no sacan ningún partido de hacerlo. Por otro lado, aparte de las demandas judiciales de tipo mercantil, ahora

tengo que vérmelas también con acusaciones por violación del código penal. Han puesto en marcha intentos de conseguir mi extradición —fíjense bien, ésta sí que es buena—, porque me demandan en los Estados Unidos por Temeridad, Enriquecimiento Injusto y Grave Indiferencia. Dice mi abogado que podemos luchar contra estas acciones legales, y que tenemos todas las probabilidades de ganar, a condición de que le dé montones de dinero. Tal como están las cosas en este momento, lo mejor que puedo hacer es no ir a los Estados Unidos. Pero no tengo ganas de ir a los Estados Unidos, no puedo permitirme el lujo de ir a los Estados Unidos... Y todo este cerco a mi alrededor comienza a debilitarme de forma muy acelerada. Mi vida va perdiendo su forma. Los grandes objetivos, los pentagramas de la estructura y de los proyectos carecen de fuerza para dañarme o deleitarme.

Fat Vince me ha encontrado un empleo: encargado de un carromato de helados en Hyde Park. La campaña empieza en primavera. Dice que quizá yo tenga mucho futuro en esa industria. Algún día, es posible, quizá regrese al negocio de la publicidad. A los publicistas les encanta que hayas fracasado, y es entonces cuando más ganas tienen de demostrar lo mucho que te quieren. De momento, mi nombre suena a inmundicia. Es parte del precio que me van a cobrar por dejarme entrar de nuevo en su mundo. Al final me dejarán entrar otra vez. Pero a veces pienso: No, no quiero regresar. Cuando veo los anuncios de la tele me entran náuseas. Ahora que la TV está siempre ahí, ahora que la TV es la religión, la parte mística de los cerebros corrientes, no quiero trabajar en este campo tan sensible, no quiero venderle cosas a la tele. Si todo el mundo abandonara sus herramientas y uniera sus manos durante unos diez minutos, si todo el mundo dejase de creer en el dinero, el dinero dejaría de existir. Jamás lo haremos, por supuesto. Quizá el dinero sea la gran conspiración, la gran ficción. Y también la gran adicción: todos tenemos esa adicción, y no podemos abandonar ese hábito. Ni siquiera es una cosa muy del siglo xx, o sólo lo es desde el punto de vista de la amplitud del montaje. No se puede darle, simplemente, la patada y prescindir de él, aunque uno quiera hacerlo. No hay modo de sacarte de encima ese mono pesado que es el dinero.

Sigo llorando y balbuceando y aullando muchísimo, pero es lo que he estado haciendo toda mi vida. Bebo, y me meto en peleas, y voy de matón por la calle. Sigo siendo una zona de alerta roja, de alto riesgo. La peor zona de la ciudad.

En cuanto a mi intento de suicidio, bueno, aquello fue un desastre total, como ustedes ya se habrán imaginado. Me terminé botella y media de scotch y me tragué mis noventa pastillas. Durante un rato me sentí de puta madre. Esto de suicidarse da gusto, pensé. Me senté a esperar. Hasta que me entró el miedo. Fue como un encogimiento, como si, mientras yo iba empequeñeciéndome, empalideciendo, el mundo creciese y se ennegreciese. Chico, me dije a mí mismo, ahora sí que necesitas un trago, un tranquilizante. De repente me reanimé otra vez, empecé a ver de nuevo el

lado bueno de las cosas. Hundí mi bota en la pantalla del televisor, pisoteé el hi-fi y el vídeo. Pensaba bajar corriendo las escaleras para emprenderla también con el Fiasco, pero a esas alturas ya comenzaba a tambalearme y, además, recordaba a medias que había abandonado el coche en Maida Vale. Fue entonces cuando volví a pensármelo bien. Mira, no iba en serio, empecé a gritar. Ya sabéis lo que pasa. Me he tomado unas cuantas copas, y se me ha ido todo de las manos. Me he precipitado. ¿Es que no puede uno cometer una equivocación? Me puse inmediatamente a hacer un poco de jogging, y hasta hice un par de flexiones, pero caí. Me bebí en la cocina un tarro entero de mostaza francesa.

Me metí los dedos hasta las amígdalas, sin alegría, sin la menor alegría. Pensé que ya tocaba la muerte con mis manos, pero la muerte comenzaba a pegar brincos y hacer fintas en mi cabeza, escabulléndose lejos de mi alcance, buscando el camino, la vía directa. De modo que me puse a andar y andar, dispuesto a seguir andando de un lado para otro del apartamento hasta que... A media mañana, mientras el día caminaba a paso lento al otro lado de mi ventana, me sentía tan jodido que pensé que lo mejor sería tumbarme en la cama. Daba igual. Después de toda esa excitación, me serví una copa. Ya estaba tan rendido que casi no me enteraba de nada. Ni siquiera podemos descartar la posibilidad que durante esos momentos intentase hacerme una paja. En fin, fuera como fuese, la cuestión es que al cabo de unas horas me despertó un trío formado por un poli y dos ambulancieros. Estoy muerto, iba pensando yo. Quizá lo he conseguido, quizá consiste en esto, y la muerte es igual que la vida, lo mismo de siempre, pero peor. Más tarde trataron de sonsacarme, pero yo no pensaba aguantarlo. Me porté como un hombre, le pedí prestadas diez libras a la asistenta, y me pasé el resto del día entrando y saliendo de pubs. ¿Saben qué fue lo que me salvó? Los tranquilizantes de Martina, sospecho, no eran más que placebos. Recuerdo que una vez, en Nueva York, disolví un par de pastillas de éstas y pensé que tenían el mismo aspecto y el mismo sabor que las aspirinas. También siento un escepticismo cada vez más acentuado respecto al contenido de mi tarro de pastillas... He aquí, pues, la receta exacta de mi intento de suicidio: un litro de scotch, cincuenta aspirinas, una dosis de antibióticos para una semana entera, y doce píldoras de levadura. No es de extrañar que me encontrase tan mal. Pasó casi una semana antes de sentirme capaz de decir sin vacilación alguna: Sí, vuelvo a estar vivo.

Ahora comprenderán ustedes por qué no recuerdo gran cosa de esa noche y esa oscura mañana, a pesar de que durante esas horas me dediqué sobre todo a recordar. Pícaros recuerdos que a menudo había tratado de alejar comenzaron a sobrevenirme, de uno en uno, haciéndome señas con los brazos en alto. Imagino que es porque estaba caminando por el pasadizo negro y tenía acceso a las cosas ocultas. Tomé nota por escrito. De otro modo no los hubiera recordado. No recuerdo haberlos

recordado. No recuerdo haberlos escrito. La letra no parecía mía, me salió mucho más recta, mucho mejor, lo cual demuestra lo lejos que había ido.

Me acordé de aquella vez en el Berkeley Club, donde siempre sospeché que había ocurrido alguna cosa horrible. Y, en efecto, fue horrible. Fielding me llevó al lavabo para enfriarme. Luego se volvió desde el meadero con la polla en la mano. «Completamente bebido, ¿eh, Slick?», me dijo y me lanzó un chorro encima... Me acordé de aquella vez en la calle Noventa y cinco, cuando Doris Arthur, en respuesta a mi invitación de regresar al hotel, posó sus labios en mi mejilla y murmuró: «Tonto del culo. Todo es un chiste. Fielding está tomándote el pelo. Todo es un juego. Salta del tren en marcha. ¡Salta!». Me acordé de aquella vez en el bar irlandés que está enfrente del Zelda's (Cena y baile. ¿El peor momento? Quizá), cuando me estuvo besando y metiendo mano aquella pelirroja que tenía los mismos ojos que Fielding. «¿Sabes quién soy? —susurró—. Soy yo. Yo. Tu productor». Y, mientras ocurría todo eso, yo me quedaba sentado, sonriendo, atontado, estupidizado, cretinizado, forzado a mover una de mis piezas en la partida... Y me acordé de Martin, aquí, en mi apartamento, mientras yo yacía tumbado, murmurando entre dientes: «No sabes cuánto lo siento». Lo dijo una y otra vez. «No sabes cuánto lo siento. No sabes cuánto lo siento».

Toda esa mañana en la que noté la muerte tan cerca, y en la que la vida parecía tan agradable, no llegué a pedir socorro. Me he preguntado por qué. Sólo puedo explicármelo de este modo. Sopórtelo conmigo, por favor. Mi vida ha sido un combate entre la vergüenza y el miedo. En el suicidio, gana la vergüenza. La vergüenza es más fuerte que el miedo pero sigues temiendo la vergüenza. Y sigues temiendo al miedo, al menos en mi caso, y de repente te entran ganas de suspender la función. En el suicidio no frustrado, vence la vergüenza, pero les aseguro que ninguno de ustedes disfrutaría contemplando su victoria. El suicidio es una vergüenza. Me hubiese resultado odioso que alguien me viese cuando estaba suicidándome. En la vida hubiese soportado que alguien me viese en el dormitorio, cuando estaba suicidándome.

Tengo una nueva amiga, gracias a Dios. Se llama Georgina. Trabaja de secretaria en una empresa de áridos, en White City. Es una enorme, algo así como una enfermera gorda, que es lo que me recomendó el médico. Les gustaría Georgina, lo sé. Le estoy muy agradecido... La conocí en el Blind Pig, ¿o quizá fue en el Butcher's Arms? Me encontraba boca abajo en aquel momento, después de haber sido vapuleado por un australiano hipersensible, fortísimo e increíblemente sobrio. Ella se me llevó a su piso, y, con sus propias manos, me aplicó el bistec sobre el ojo. Estuve cortejándola durante una semana. Pesa más o menos igual yo, y nos va de puta madre. Georgina es una mujer de gran... Esta Georgina es una mujer de gran corazón.

*Escribo a Martina unas dos veces por semana. Y cada mañana voy a ver si aparece ese sobre con rayitas rojas, blancas y azules. De momento, nada. No pierdo las esperanzas. Es posible que mis cartas de amor no sean grandes obras de arte, pero son jodidamente sinceras, eso se lo garantizo a ustedes. Y, si las quieres tanto, las tías tienen que aceptarte otra vez, ¿no les parece? Si abres de par en par tus puertas y las quieres mucho, tienen que aceptarte. ¿O no? Por fuerza. Al principio estuve demasiado ocupado como para pasármelo mal por ella. Ahora es diario, un dolor puntual, tan puntual como Martina. Es la mejor de todas. Es lo mejor de lo mejor, y yo quiero lo mejor... ¿O no? ¿Alguna vez he querido lo mejor? Quizá no tuve jamás lo que hay que tener para querer lo mejor. Cultura y todo eso: el problema no es, o no se reduce a, que algunos de nosotros no estemos hechos para esas cosas. El problema es que, encima, las odiamos. Yo estoy intentándolo. Estoy leyendo bastante. Es la única diversión que todavía puedo permitirme. La lectura es barata, lo reconozco. He leído todas las novelas de intriga sobre temas erótico-financieros que hay en los estantes de Georgina. Paso por la biblioteca pública. La biblioteca pública es un sitio fantástico para los que estamos en paro. Es gratis y tiene calefacción. Te ofrece cobijo.*

*También le he escrito cartas a Selina. Éste podría ser un final más realista. Selina acabará teniendo unos ingresos, una casa. Una casa no es un hogar, ya lo sé. Pero, como mínimo, es una casa. Ossie no vivirá con ella. Si le queda algún resto de sentido común, y si ella le acepta, Ossie volverá con su esposa, de rodillas. Confío en que Martina encuentre a su Sombra... Le escribí a Selina utilizando las señas de su ginecólogo. Pienso educar a ese hijo que va a tener Selina como si fuera hijo mío, a pesar de que será de clase bastante más alta que yo. También la princesa Di va a tener descendencia. El mundo prolifera. A ver quién consigue impedirlo. En su carta de respuesta, una carta locuaz (matasellos de Londres, sin remite), Selina me cuenta que bautizará a su hijo con el mismo nombre que le pongan al hijo de Charles y Diana, suponiendo que ambos sean del mismo sexo. Imagino que será algo así como Mary o Elizabeth, o George o James. Doy mi aprobación. Pero no volveré a ver a Selina hasta que tenga dinero otra vez.*

*El Fiasco sigue funcionando, aunque en este momento se encuentre en paro. El Fiasco es mi gran chifladura. El Fiasco es mi orgullo y mi alegría. Entre nosotros, no sé si hubiera sido capaz de sobrevivir a todo esto de no ser porque tenía mi Fiasco. Ahora lo limpio a menudo, en la misma calle, con el balde, el trapo, la gamuza. Ese motor volverá a ir por esas carreteras de Dios, no se preocupen ustedes. Le seré fiel al Fiasco. Me muero por mi Fiasco. Hemos vivido juntos muchísimas cosas. Y mi Fiasco y yo todavía hemos de vivir juntos muchísimas más.*

*En cuanto a la otra demanda judicial —esa que me cayó encima por conducir bebido, o, más bien, por posesión embriagada de un vehículo no estacionario—, mi*

abogado está intentando aplazarla indefinidamente. Lo cual me sale caro a mí, y le permite a él ganarse un dinero. Es la misma técnica que utilizan los demás abogados que me pasan sus minutas. Mi principal fuente de ingresos es mi apartamento. Me he mudado, ahora vivo en una cajita de mierda situada en una planta baja de Ladbroke Grove, y he realquilado mi apartamento de alquiler a un jeque polígamo y a su caravana de criaturas. Fue muy fácil: pegué un anuncio en el escaparate de una tienda de maricas, junto a esos otros anuncios que decían: *DOY LECCIONES DE FRANCES Y DE TURCO*, y *¿SE ATREVE A TELEFONEAR A LA PERRA DE BAYSWATER?* Tengo poquísimas ganas de averiguar en qué consiste el turco, sobre todo después de haber visto el estado en que se encuentra mi apartamento. Paso por allí todos los jueves, a cobrar el alquiler. Impasible, envuelto en su batín, el coloso me entrega la pasta. Y, por encima de su hombro, llego a entrever un ambiente insondable de abuelas silenciadas, esposas escocidas e hijas azotadas. Sólo hay un chico: y jamás en la vida habrá niño mejor tratado que él. El apartamento está en ruinas, pero cobro en dólares, y así tengo contentos a mis abogados. Por otro lado, Papá me pasa de vez en cuando algún billete de diez, cuando le van bien los negocios.

Fui un fumador millonario, pero ahora se acabó. Todo eso forma parte del pasado. Me conformo con dos cajetillas diarias. No puedo permitirme otra cosa. Yo mismo tengo que liar me los pitillos, maldita sea. Y ya casi no bebo: apenas un whisky, un par de jarras de cerveza, un bourbon y unas cuantas aguas azucaradas. O bien una botella de jerez de Chipre o de oporto búlgaro, para ayudarme a descender hacia la noche. Es todo lo que me puedo permitir. También ahorro en pornografía. Se acabaron las revistas de desnudos y las duchas con ayudante. Salen muy caras. Todavía me hago alguna que otra paja, una y otra vez. ¿Y quién no se la casca? Ustedes podrán decir de las pajas lo que les dé la gana, pero a mí me parece evidente que más baratas, y más a mano, imposible. Al final hay que conformarse con las pajas. Que son absolutamente democráticas.

Ya no veo a Terry Linex porque me debe dinero. Ya no veo a Alec Llewellyn porque me debe dinero. Ya no veo a Barry Self porque me debe dinero. Ya no veo a Martin Amis porque yo le debo dinero, en cierto sentido. Dinero, siempre el dinero. Llegué a imaginar que Martin y yo llegaríamos a ser amigos. Pero, ahora que ya no hay dinero entre nosotros, ya no hay nada entre nosotros.

Le vi una vez. Yo había bajado al abrevadero, el London Apprentice o el Jesus Christ, y estaba tomando cerveza y echando pacientemente el resto de mi subsidio del paro en la ranura de la tragaperras de las frutas. Nuestras miradas se cruzaron cuando él entró: me miró de la misma forma en que me miraba cuando no nos conocíamos más que de vista: como si mi imagen fuese una afrenta, como si le produjese un pinchazo en el cogote. Conseguí un par de kiwis y los cambié por un doble o nada apretando el botón del automático. Salieron tres fresas, equivalentes a

un bote de dos pavos. Volví a jugármela, puse en movimiento la frutería por medio del mecanismo manual, en homenaje a los viejos tiempos, a la verdadera artesanía, pero fallé y al final me salieron dos cerezas a la izquierda. Veinte peniques. Fue en ese momento cuando noté el campo de fuerzas de Martin a mis espaldas. No me volví. «Eh, ¿qué haces aquí?», me dijo. Y añadió: «¿No tendrías que haber desaparecido?». Me limité a echarle una ojeada por encima del hombro, y le dije — no sé por qué: algún extraño gene debió de empujarme—: «Vete a tomar por el culo». A través del espejo combado que hay detrás de la barra, le vi salir a la calle, envarado, herido, jodido. Me jugué mis ganancias y fui subiéndolas a treinta peniques, cincuenta, una libra y cuarenta peniques. Volví a jugármelas. El robot se quedó paralizado, se atontó, y escupió una moneda de diez peniques. Borracho, me confundí y metí la moneda en donde no debía, tras lo cual me cabreé con la máquina, que se negaba a devolverme mi dinero, y me echaron a la calle, como siempre. No les gusta que les peguen a sus máquinas... Seguro que ustedes creen que los ingresos que uno cobra por estar en el paro resultan extraordinariamente maravillosos. Pues se equivocan. Más que un clavo ardiendo al que agarrarse, son en realidad simple basura, porquería. Nada.

El dinero, el dinero apesta. En serio. Y cómo apesta. Agarren un montón de billetes usados, y abaníquense la cara con él. En serio, pásense unos billetes bien usados por las narices. Calcetines de niño y resaca porno, esperma reseco, pura basca, manteca, mocos, polvillo del que se mete en los billeteros, sudor manual y mierda de las uñas de la gente que ha tocado ese dinero durante todo el día. Ah, cómo apesta.

Fui a ver a Mrs. McGilchrist para ver qué le pasa ahora a esa agonizante muela que me ha estado dando la tabarra. Me senté envuelto en el batín de plomo mientras ella me sacaba fotos de rayos X. Dijo que la muela estaba muerta, pero que aún era viable. Sé exactamente a qué se refiere. Me trabajó con sus taladros, me vació de mierda e hizo todo lo que tenía que hacer. Más tarde me pasó la factura, pero yo reaccioné con un truco nuevo e inesperado: no pagué. ¿Qué puede hacer para evitarlo? ¿Qué puede hacer? Ahora ya no me duele. Es como si tuviese ahí un agujero, una cosa carente de sustancia. El otro día mastiqué con mi muela muerta una tostada, y descubrí que todavía tiene mucho que ofrecer. Perdí otro diente el mes pasado, un diente frontal, justo en el barrio más céntrico, en Central Park South. Se lo llevó por delante un árabe en el One Off the Wrist, el nuevo bar de combinados que han abierto en Queensway. ¿Quién fue el que me dijo que los árabes no sabían pelear? Como pille algún día al que me lo dijo... De hecho, esta circunstancia me hizo pensar. Después de ese percance ya no aguantaría más que una sola pelea. La última. Reconozco que ya no voy a aguantar más que una pelea, como máximo. Luego, se acabó. Voy a dejar de pelear antes de que las peleas me dejen para el

arrastre. Una noche, malogrado por la bebida y la rabia, intenté forzar a Georgina. La peor idea de mi vida. Verán, esa Georgina es muy grandota. No es de esas pequeñitas que se ponen a chillar, a pedirte compasión en cuanto cierras los puños. Qué va, Georgina, si no les importa a ustedes, devolvió golpe por golpe. Desperté con una oreja hinchada y otro ojo amoratado. Georgina me entró el té y me preguntó si tenía intención de repetir lo de la noche anterior. No señor, en absoluto, le dije. A mi edad eso de las peleas resulta fatal. A mi edad, cuando uno lo necesita todo, cuando nada se renueva. Y, además, se acabaron las visitas a Mrs. McGilchrist, de modo que ahora no me queda más remedio que recurrir a los de la seguridad social. Esa muela ennegrecida sigue muerta, pero yo aún estoy con vida. Ese diente frontal ha desaparecido, pero yo todavía puedo contarlo.

Hoy, al abrir los ojos, he pensado, fñu, jamás en la vida me había sentido tan viejo. Y, sin embargo, es exactamente así: nunca había sido tan viejo. Y lo mismo se irá repitiendo cada mañana, a lo largo de toda nuestra vida. A ti también te ocurrirá, hermano. Y a ti también, hermana. ¿Cómo os va la vida? ¿Estáis bien...? Muy pronto, cuando me mire al espejo descubriré que me ha estallado la nariz. El liquen cubrirá mi rostro dándole un tono verdigris. Las cosas de por dentro comenzarán a pudrirse. Mi gordo amigo Fat Paul me dijo una vez que el dinero no vale nada si no tienes buena salud. Cierto, pero ¿qué ocurre si no tienes buena salud, pero tampoco tienes dinero? Es justamente cuando tienes mala salud que te irían la mar de bien unos cuantos pavos.

De todos modos, no puedo quejarme. Gracias a Georgina, estoy más en forma que antes. El otro día fui a ver a mi médico, no al de la dentadura ni al de la polla, sino a mi médico de cabecera, mi doctor del tiempo. La maquineta del tictac aguanta bastante bien. En conjunto, las acciones todavía flotan en la superficie, aguantan bien, al menos las de Felpudo, Huevos y Encías, S. L. Me preguntó por el tabaco y la bebida y todo eso. Mentí a través del hueco dejado por el diente que voló, y a pesar de eso se mostró pasmado: pasmado por lo mal que estoy, por lo mucho que aguanto.

Esta tarde me he presentado en casa de Georgina con una botella de Desdemonia Cream. Una velada típica: spaghetti, parloteo sobre la vida cotidiana, un poquito de tele, un rato consolador en la apretujada cama. Había llegado temprano, porque el Fiasco se había decidido a arrancar, contra todo pronóstico. Georgina no estaba aún en casa, y yo siempre pierdo las llaves que ella me va dando una y otra vez. Tiene uno de esos pisos de habitación con cocina, justo encima de una tienda de apuestas hípicas, en una calle estrecha y muy frecuentada. Hacía frío, pero se podía aguantar. La segunda nevada aún ensucia las aceras. Me he sentado en un banco, cerca del chamuscado puente, cerca de la boca del metro. Llevaba puesto mi chaquetón de pelo de burra: lo encontré en un rincón del armario, y de hecho me parece que abriga más que el de cachemir, por el que un ropavejero de Portobello Road me dio

doscientas quince libras.

*Cuatro de enero de 1982. El mundo ha empezado a funcionar de nuevo. Por la aromática trampa del metro (cuyo aliento está a mitad de camino entre el eructo caliente de un puesto de hamburguesas y el acre aroma especioso de un restaurante indio) salen masas de gente a intervalos de cinco minutos, todos ellos muy serios, con su cara de invierno, encaminándose decididamente hacia el calor y la comida. Georgina tenía que salir tarde o temprano en uno de estos grupos, para encaminarse hacia las mismas cosas que los demás, y que en su caso caben en una sola habitación.*

*La vida en Inglaterra está bastante bien, pero este planeta es duro para sus habitantes, y no me convencerán ustedes de lo contrario. En las mejores, más ricas y libres latitudes, sigue siendo un planeta muy duro. Si alguna vez viajan ustedes a la Tierra, ¡ándense con cuidado! Probablemente habrán oído contar que los polacos han fracasado. Es cierto. Dictadura militar. Ley marcial. Un tipo con nombre de médico, de los que te hacen curas antialcohólicas, se ha puesto al mando de la situación. Lo primero que ha hecho es triplicar todos los precios, ese ojos de besugo, ese condenado hijo de puta. Ya no se oye hablar apenas de Lech Walesa, ese hombre firme de pelo en pecho. Danuta tuvo su bebé, todo salió bien, pero ahora se ha quedado sola, y tiene que cuidar ella misma de todos los críos.*

*¿Dónde está esa tía? A veces Georgina tiene que quedarse trabajando un buen rato más, aunque no le pagan las horas extras.*

*Escandaloso, estoy de acuerdo: pero hoy en día le pasa a todo el mundo. Viene la recesión, los patronos se aprovechan de los miedos, También ellos sudan lo suyo, supongo, y tienen más que perder.*

*Quiero tener dinero otra vez, pero me siento mejor ahora que no tengo ni cinco. Tiene sus ventajas. Nadie puede hacerte nada cuando estás sin blanca. No puedes ganar dinero por mucho que se metan contigo. Así que te dejan en paz. He sido rico y he sido pobre. Ser pobre es peor, pero ser rico también puede resultar muy jodido. Saben, durante esas horas de las pastillas y el alcohol, durante esas horas de mi suicidio, pasó ante mis ojos todo mi futuro. Y, a que no lo adivinan: era un futuro pesadísimo, una lata. Como mínimo, mi pasado era... ¿Qué? Un pasado rico. Y ahora mi vida carece de forma. Mi vida no es más que presente y más presente, un presente constante.*

*Bien, me gustaría, antes de terminar, darles a ustedes algún que otro consejo sabio y prudente. Creo que estoy más cerca de ustedes de lo que jamás llegó a estarlo él, John el rico. Pero si tuviese algún buen consejo que darles, les aseguro que me lo guardaría todo para mí. ¿Quieren saber qué sentido tiene la vida? La vida es acumulación, una acumulación de todas las vidas que han sido vividas en el planeta Tierra. Ese es el significado de la vida.*

Sí, creo que me he librado de mi problema de la edad, de mi problema del tiempo: no lo he resuelto, pero lo he dejado a un lado. Siendo producto de los años sesenta, me hicieron creer que ser joven era todo un logro. Todo el mundo parecía empujarme a creerlo, sobre todo los viejos. Siendo un iconoclasta, no tuve tiempo para la mortalidad. Me pasaba los días denunciando a todo el mundo —a ustedes, jodidos viejatas—, y todo el mundo se limitaba a sonreír y asentir. Parecían estar todos convencidos de que yo era maravilloso... Pensándolo bien, en aquellos tiempos mi aspecto no estaba nada mal. Tenía un felpudo crespo, pero eléctrico y fuerte. Mi tripa era plana, mis dientes eran blancos. Era, efectivamente, mucho mejor en aquel entonces. Pero me dijeron que yo lo era todo, y mentían, aquellos jodidos viejales estaban mintiendo.

Otra cuestión. Esto tampoco posee gran interés ni tiene aplicaciones generales, pero es lo único acerca de lo cual estoy seguro de tener razón. Si en alguna ocasión se encuentran ustedes metidos en algún jaleo de paternidad o maternidad, si alguna vez tuvieran ustedes un hijo que en realidad no es de él, o en realidad no es de ella, dígansele al niño. Dígansele cuanto antes. Háganlo. Si eres niña, eres tu mamá, y tu mamá es tú. Si eres niño, eres tu papá, y tu papá es tú. ¿Y cómo va uno a vivir seriamente si no sabe quién es?

Pocos padres han maltratado a sus hijos en la misma medida en que Barry Self me ha maltratado a mí. Pero Barry Self no es mi padre. Mi padre es Fat Vince. En cierto sentido, así pues, mi vida ha sido un chiste desde el mismísimo primer momento, desde el mismo útero, desde el primer centelleo en los ojos de Fat Vince. Yo creía ser capaz de aceptar una broma pasada. Pero ¿podré encajar este chiste?

Destapé el Desdemona Cream y le pegué un festivo trago. Bueno, es Año Nuevo, ¿no? Me puse a silbar y cantar, y a parlotear acerca de Fielding, Lorne, Caduta, Butch y Spunk, de todo lo que pasó, de toda esa historia, de toda esa conspiración... Ya he resuelto el problema de la motivación. Fui yo el que proporcionó toda la motivación necesaria. El timo hubiera concluido en cinco minutos de no haber sido por John Self. Yo fui la clave. Yo era el artista necesitado, el artista dolido. El artista deseante. Yo quería creer. Yo quería dinero. Quería dinero por encima de todo. El timo, el abuso de confianza, falló por mi culpa. Para mí, la «confianza» es un estado psicopático. La confianza es un grito de socorro. Me refiero a que, bueno, basta con que saquen ustedes la cabeza por la ventana y echen una ojeada a lo que está pasando en la calle. ¿Qué opinión les merece ahora eso de la «confianza»?

Fat Vince y yo ya nos hemos enfrentado: tuvimos nuestra llorera conjunta en la trastienda del bar de billares. «Hubieses debido decírmelo Vince», le dije. «No era yo quien tenía que decírtelo, hijo». «Pero, cuando viste que ninguno de los demás pensaba decírmelo, hubieses debido decírmelo». Le miré cara a cara, miré su cara obesa, su cara de mesa de snooker. «No te confundas respecto a mis sentimientos —

le dije, y me acabé la botella—. Me siento orgulloso de poder llamarte padre». Y es verdad. A su modo, Fat Vince es un gran hombre. Amaba a mi madre, cosa que Barry jamás llegó a hacer. Yo diría que con Vince he mejorado mucho.

Y Georgina me ama. Me lo ha dicho. Esta noche voy a contarle con la mayor claridad hasta qué punto le estoy agradecido. Sin Georgina yo sería hombre muerto. Si me porto como debo portarme, Georgina resplandecerá de placer. Selina resplandecía con el dinero, Martina con la pintura pero, sobre todo, con las flores... Georgina resplandecerá probablemente con las flores, y hasta con el dinero, pensándolo bien. No puedo permitirme el lujo de darle dinero. Y cuando pueda permitírmelo, me digo a mi mismo, Georgina dejará de ser suficiente para mí. Me largaré con alguien como Martina (No. No. Eso no volverá a ocurrir jamás) o con Selina o con alguna Tina o Lina o Nina.

Durante toda la tarde el cielo ha tenido aspecto de huevera vacía, o casi completamente vacía, con un huevo aquí, otro allí. Luego ha aparecido el tocino entreverado de grasa, el crepúsculo. Y ahora, en el lejano oeste, las nubes nocturnas son delgadas y equinas, como llaves vistas de canto o locomotoras españolas. Pero las nubes obedecen a sus funciones naturales y no saben lo bellas que son ni les importa un bledo esa circunstancia. ¿Qué es lo que sabe su propia belleza, lo que se preocupa ser su propia belleza? Sólo las mujeres bellas... ah, sí, y también los artistas, supongo, los verdaderos artistas, y no los artistas de la cama, de la meada, los artistas de pega, las diversas variedades de falsos artistas entre los que se ha ido desenvolviendo mi vida. Yo soy un artista, un artista de la huida.

¿Saben qué me dijo la pequeña Selina aquella vez en el Welcome-In, junto a la Guardia, en medio de la oscuridad, de las chicas de alquiler, de los aviones que huían velozmente? Me dijo: «Quizá te parezca cruel por mi parte, pero siempre supe que no ganarías dinero. Desde el principio. Nunca me pareció que tu olor fuera el adecuado para atraer dinero Nunca oliste como hay que oler...» Ahora hace más frío. Lo noto, y noto también que necesito cobijo. Denme un poco de cobijo. ¿De dónde viene el viento? ¿Por qué sopla? ¿Es por las estrellas, por los mitos? ¿Quién sabe? Si sigo siendo pobre, Georgina podrá considerarse afortunada. ¿Se trata de fortuna?, ¿es esa la palabra que necesito? Soy bueno con ella. No puedo permitirme el lujo de no serlo. Ella me ama. Me lo ha dicho. Me parece que esa Georgina debe de haber tenido una pandilla de amigos bastante brutos.

Me quité la gorra e hice una leve inclinación a modo de saludo. Mi gorra, mi gorra de tela tiene como objetivo el mantener mi pelo en cierto orden. No puedo seguir yendo a que me hagan esos replanteamientos capilares a veinte pavos cada uno. Ahora me corta el pelo Georgina, tarareando como un jardinero sobre mi figura acolchada, meditabunda. Bebo, canto, balbuceo a través del agujero dejado por el diente perdido. La gente sale apresurada del metro, y la noto muy mortal: los jóvenes

*semisanos, los viejos semiastutos; una cuarta parte de belleza, otra cuarta parte de sabiduría. Seres humanos, os rindo mis honores.*

*Hasta que, de repente, he notado un ruido seco en la tapadera de mis pensamientos. Al bajar la vista me encuentro, entre los manchados prismas del forro de la gorra, una moneda de diez peniques. Alzo la mirada: una señora muy compacta pasa junto a mí, con una breve y estimulante sonrisa. Bueno, es para reírse. No hay más remedio que reír. No tengo otra elección. No tengo orgullo. Por mí, pueden reírse ustedes a gusto. Por fin aparece Georgina, que se separa del gentío; su sonrisa es conmovedora y deliciosa —una sonrisa divertida pero austera, y plena de confianza— cuando avanza taconeando hacia mí.*

# Notas

[1] El nombre del protagonista y narrador en primera persona de esta novela, John Self, posee una amplia gama de significados: Juan Yo, Juan él Mismo, etc. El lector español debe recordar esta polivalencia intraducible, sobre todo en el desenlace de la novela, pues allí desempeña un papel importante en la resolución de la trama. (N. del T.) <<

[2] Ciertos sonidos percibidos por el oído sin causa exterior objetiva. (N. del T.) <<

[3] Slick, el apodo con el que Goodney se dirige a John Self, es un término de argot que significa «listo», «pícaro». (N. del T.) <<

[4] El nombre Frank suena igual que la palabra frank, «franco». (N. del T.) <<

[5] En el original hay un juego de palabras intraducible, basado en la polisemia de la palabra note, que significa «nota» y, también, «billete de banco». (N. del T.) <<

[6] OAP son también las siglas de Old Age Pensioner, «anciano pensionista». (N. del T.) <<

[7] Spunk es un término de argot que significa, en Inglaterra, «semen», «leche». Sod es una abreviatura de «sodomita». Fart significa «pedo». (N. del T.) <<

[8] Scum significa en el argot americano lo mismo que spunk en el inglés. (N. del T.)

<<

[9] Los pop-holes son orificios a modo de gateras que se dejan en los gallineros para que las aves puedan entrar y salir. Es un término en desuso, de ahí la sorpresa de John Self. (N. del T.) <<

[10] Para la clase obrera inglesa, book («libro») sólo significa «revista». (N. del T.) <<

[11] Jizz significa, en argot norteamericano, «semen». (N. del T.) <<

[12] Orifice significa orificio; Handjob significa paja (N. del T.) <<

[13] El primer lunes de septiembre es la Fiesta oficial del Trabajo en los Estados Unidos. (N. del T.) <<